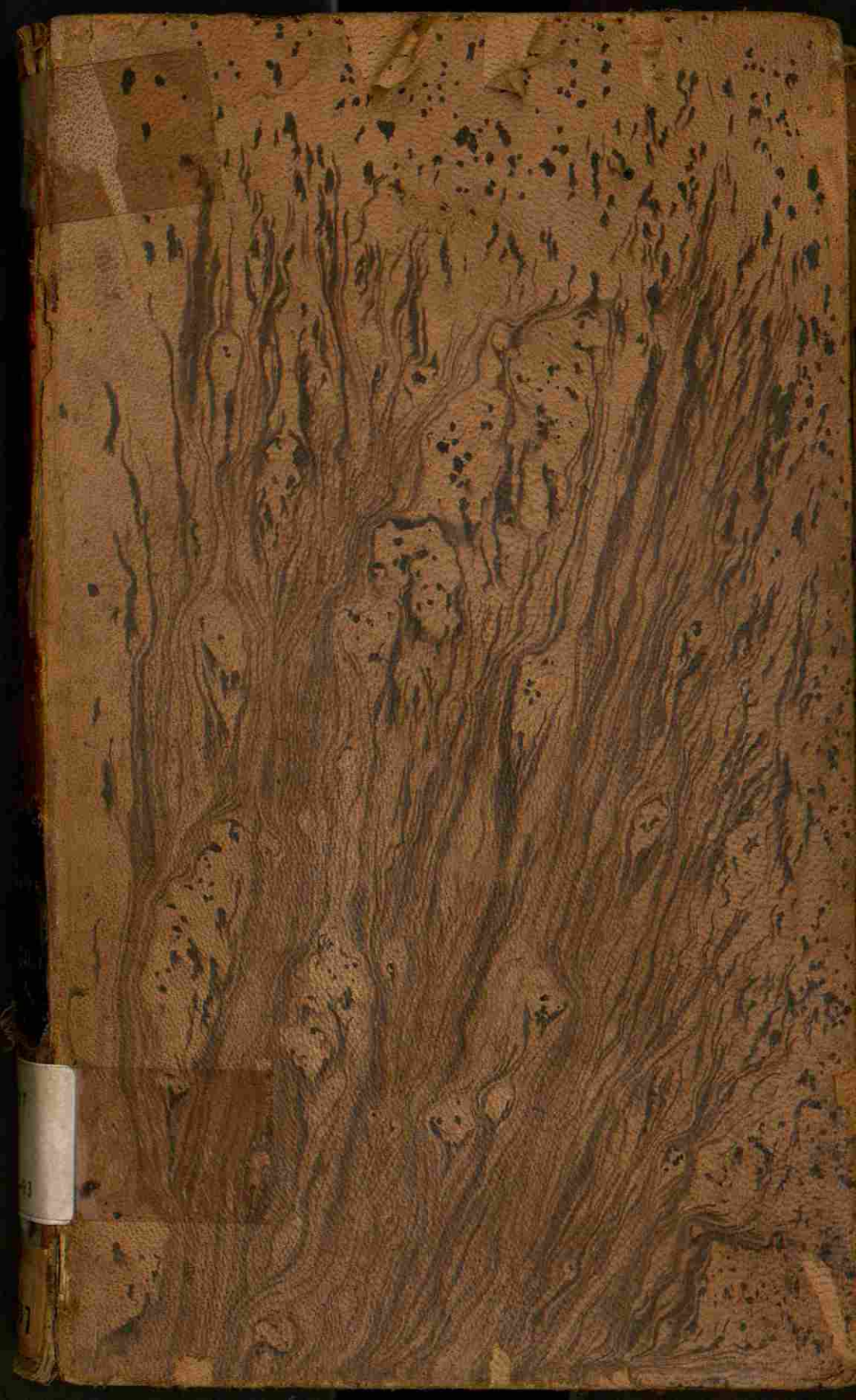
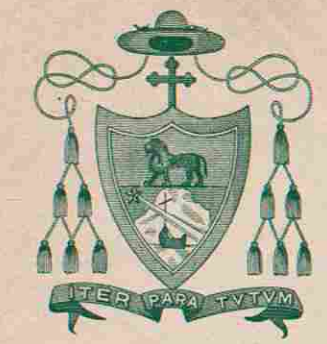


TESORO
DE ORATORIA
SAGRADA
IV

DICCIONARIO
POSTÓLICO
R

BV4217
T4
v.4
1871-93

008537



EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis

TESORO

DE

ORATORIA SAGRADA.

PRIMERA PARTE.

TOMO IV.

DIVISION DE LA OBRA.

CUATRO COLECCIONES, CADA UNA DE LAS QUE CONSTITUYE UN COPIOSÍSIMO REPERTORIO, FORMAN ESTA GRANDIOSA OBRA, EL TESORO DE ORATORIA SAGRADA. LAS CUATRO COLECCIONES, Ó PARTES DE LA OBRA, INDEPENDIENTES ENTRE SÍ, SON LAS SIGUIENTES:

1.ª DICCIONARIO APOSTÓLICO MORAL. Comprende de 500 á 600 SERMONES COMPLETOS, y dispuestos de modo, que, con ayuda de los Títulos, Planes, Divisiones, Pasages y Figuras de la Sagrada Escritura y Sentencias de los Santos Padres, debidamente ordenado todo en el Indice de materias, pueden sacarse miles de discursos, repertorios integros para CUARESMA, ADVIENTO, etc.; siendo esta obra, por su estructura especial, un THESAURUS BIBLICUS, y un FLORES DOCTORUM más completo que todos los conocidos hasta el dia.

2.ª VARIEDAD completísima de PANEGÍRICOS DE LA SMA. VÍRGEN, relativos á todos sus MISTERIOS, sus VIRTUDES, los HECHOS todos de su vida, y á los principales TÍTULOS y ADVOCACIONES con que la honran los fieles; distinguiéndose por el gran número de Sermones propios para el mes de MAYO, y acomodados á las diferentes clases de auditorios y demás consideraciones locales ó accesorias que convenga tomarse en cuenta.

3.ª SERMONES panegíricos y doctrinales sobre los MISTERIOS DE LA VIDA, PASION Y MUERTE DE N. S. JESUCRISTO; sobre la EUCARISTÍA, SAGRADO CORAZON DE JESÚS, festividades principales del Año Cristiano, Octavarios y Novenas dedicadas á las más notables advocaciones de N. S. Jesús.

4.ª SERMONES morales; EJERCICIOS ESPIRITUALES para Religiosas y diferentes clases y categorías sociales; MISIONES dispuestas al alcance de todas las inteligencias; NOVENARIO DE ANIMAS, y demas séries de índole análoga.

TESORO
DE
ORATORIA SAGRADA,
Ó SEA,
BIBLIOTECA SELECTA
DE
PREDICADORES;

COLECCION ESCOGIDA

de Sermones, Pláticas y otros Discursos sagrados, sacados de los mas sobresalientes autores nacionales y extrangeros, en especial modernos;

CONSIDERABLEMENTE

ampliada con gran copia de trabajos originales, Sermones, Planes de sermon, Divisiones, Pasages, Figuras de la Sagrada Escritura y Sentencias de los Santos Padres.

2.ª EDICION

CORREGIDA, ORDENADA Y COMPLETADA

POR UNA SOCIEDAD DE ECLESIÁSTICOS,

bajo la direccion

del R. P. Ramon Buldú,

Lector franciscano.

Comede volumen istud, et vadens loquere ad filios Israel. Ezech. III. 1.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

PRIMERA PARTE.

Tomo IV.

CON LICENCIA DEL ORDINARIO.

BARCELONA:
LIBRERÍA CATÓLICA de los editores Pons y C.ª, Archs 8, y Capellans 3.
1873.

45168
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

BV4217
T4
v.4
1871-93

FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

Imprenta de M. Gonzalez, Cendra, núm. 14.

TESORO
DE
ORATORIA SAGRADA,
Ó SEA,
BIBLIOTECA SELECTA
DE
PREDICADORES.

PRIMERA PARTE.
DICCIONARIO APOSTÓLICO:

Comprende de 500 à 600 Sermones completos, y dispuestos de modo, que, con ayuda de los titulos, Planes de Sermon, Divisiones, Pasages, Figuras de la Sagrada Escritura y Sentencias de los Santos Padres, debidamente ordenado todo en el Indice de materias, pueden sacarse miles de discursos, repertorios integros para la Cuaresma, Adviento, etc.; siendo esta obra, por su estructura especial, un THESAURUS BIBLICUS y un FLORES DOCTORUM.

2.ª EDICION
CORREGIDA, ORDENADA Y COMPLETADA
POR UNA SOCIEDAD DE ECLESIÁSTICOS,
bajo la direccion
del R. P. Ramon Buldú,
Lector franciscano.

Prædicate Evangelium omni creaturæ. MARCH. XVI, 15.

Tomo IV.

CON LICENCIA DEL ORDINARIO.

CONFESION GENERAL.

(SU NECESIDAD Y SU UTILIDAD.)

VIII.

Multi sunt vocati, pauci vero electi.

Muchos son los llamados, mas pocos los escogidos.

(*Matth.* xx, 16.)

Muchos son los llamados y pocos los escogidos: éstas son las palabras que Jesucristo, Dios y hombre verdadero, respondió á sus apóstoles, cuando le preguntaron, si eran pocos los que se salvaban. Palabras terribles, y que dichas por la Verdad eterna no admiten duda, tergiversacion ni efugio; palabras espantosas, que debieran llenarnos de un saludable pavor, que fuese el principio de nuestra verdadera felicidad. Muchos son los llamados y pocos los escogidos: muchos son los llamados á la vida en tantos millones de hombres que habitan la superficie de la tierra, y pocos los escogidos á la fe divina, á la fe viva que obra por la caridad. Muchos son los llamados al catolicismo, y pocos los que viven en la inocencia de costumbres que enseña una religion tan santa; pocos los que mantienen limpia é inmaculada aquella vestidura blanca de la gracia bautismal, que se les dió por los méritos de Jesucristo para limpiarlos del pecado original, numerarlos en la santa Iglesia y hacerlos herederos de la gloria. Muchos son los llamados á la union de esta confraternidad cristiana, y pocos los que habiendo perdido por sus pecados personales aquella primera gracia, la recuperaron por los frutos de una verdadera penitencia. Muchos son los llamados á la fe, y pocos los que viven segun sus principios, ó inocentes ó penitentes. Algunos hay dotados de una alma buena, á quienes unos padres ejemplares, una santa educacion, un prudente retiro de los peligros, y, sobre

008537

todo, una proteccion singularísima del Todopoderoso, los han mantenido inocentes, puros, castos, humildes, afables, veraces, modestos y caritativos; algunos hay, pero son pocos. Algunos hay, en quienes parece que Adan no pecó, que ni sus pasiones y apetitos se rebelaron contra la razon y la divina ley; pero son pocos. Algunos hay que como frágiles cayeron; pero un pronto arrepentimiento, una vigilancia más cuidadosa, un dolor más vivo y una vida más fortificada los ha hecho entrar por la senda estrecha, y abrazar una conducta más santa; pero son pocos. Otros hay que van por el camino ancho de la perdicion, y éstos son muchos. Muchos son los que arrastrados de la concupiscencia de la carne, de la concupiscencia de los ojos y de la soberbia de la vida, viven olvidados del fin para que Dios los crió, y no dan un paso para conseguirlo. Muchos son los que dominados de una vergonzosa ociosidad, por lo que mira á su salud eterna, pasan los años en una vida inútil para el cielo, y se hallan á la hora de la muerte sin ser del número de los inocentes ó penitentes, que son los únicos que tienen derecho á la bienaventuranza. Muchos son, innumerables son los que pasan la vida en una espantosa y temible circulacion de pecados y malas confesiones: pecar y confesar; confesar y pecar; y pensando que caminan por un camino recto para el cielo, se hallan en su término con la eterna perdicion. Muchos son ciertamente los llamados y pocos los escogidos.

¿Qué remedio, pues, podremos aprontar á esta multitud de los llamados, para que entren en el corto número de los escogidos? Yo no encuentro otro, ni tan eficaz, ni tan experimentado, como una confesion general hecha con las debidas circunstancias. Este es aquel remedio que tomó para sí David, cuando arrepentido decia: PSALM. XXXI, 5. *Confitebor adversum me injustitiam meam Domino; et tu remisisti impietatem peccati mei*: yo me resolví, dice aquel penitente monarca, á manifestar mis maldades delante de Dios con dolor de haberlas cometido, y el Señor se apiadó de mí, perdonándome mis pecados. Esta confesion general nos hace conocer más profundamente nuestros extravíos, nos proporciona manifestarlos con mayor sentimiento á los ministros de Dios, y nos enfervoriza para tomar unas resoluciones más firmes de entablar una vida irreprensible. Justo es que expliquemos en esta doctrina, con la mayor claridad y sencillez que nos sea posible, una materia de tanta importancia para la salvacion de innumerables almas. Pidamos ántes los auxilios de la gracia: A. M.

1. Todos sabreis, sin duda alguna, que confesion general no es otra cosa que una sacramental acusacion de todos los pecados de obra, palabra y pensamiento, de omision ó comision, que se hayan hecho en un año, en dos, en cuatro, en diez, en veinte ó en toda la vida; sean pecados cometidos contra la obligacion de cristianos, sean contra los deberes de ciudadanos; sean de ignorancia, sean de flaqueza ó sean de malicia; estén perdonados ó no lo estén; en suma, es una confesion de todas las culpas cometidas contra Dios, contra el prójimo, ó contra sí mismo, en toda la vida, ó en la parte de ella que abraza la confesion. Su utilidad ó su necesidad se ha de deducir precisamente de la pasada ó presente vida de los penitentes. A tres clases podemos reducirlos todos: en la primera, colocamos aquellas personas que han vivido inocentes ó verdaderamente penitentes; personas que mantienen la gracia bautismal, ó que, si la perdieron, volvieron á recuperarla con una confesion bien hecha; despues de la cual, dedicados á la oracion y á la mortificacion de sus pasiones, ejercitados en la caridad con sus prójimos, benéficos á su pueblo, frecuentes en la recepcion de los santos sacramentos, y exactos en el cumplimiento de las obligaciones de su estado y de su oficio, llevan una vida irreprensible, y esperan con tranquilidad la muerte y el premio de sus virtudes en la bienaventuranza. En la segunda clase colocamos aquellas personas, que, aunque no son tan perfectas como éstas de que acabamos de hablar, no son tampoco de las rematadamente malas: son como un medio entre los relajados y devotos; quisieran servir al Señor, pero tienen todavía para ellos demasiada fuerza las costumbres del mundo; y aunque no quisieran condenarse, no se resuelven de veras á hacer todo lo que es menester para ir al cielo. Y en la tercera y última clase ponemos todas aquellas personas, que viven en habitual desórden de costumbres, ó con poca seguridad de sus confesiones pasadas. Pues advertid, cristianos, lo que os digo en el nombre del Señor: para los primeros no es necesaria ni conveniente la confesion general; para los segundos es muy útil y conveniente; y para los terceros es absolutamente precisa y necesaria, bajo la pena de eterna condenacion. Vamos desenvolviendo estas importantísimas verdades.

He dicho, y lo vuelvo á repetir, que la confesion general no es necesaria ni conveniente para aquellas personas verdaderamente buenas, que cumplen, con toda la perfeccion que pueden, las obligaciones de cristianos y los deberes de ciudadanos; aunque algunas veces resalten á su imaginacion varios escrúpulos ó pensamientos impertinentes de si estarán ó no bien confesados, si llevarian todo el preciso

dolor, si el propósito tendria toda la firmeza necesaria, si explicarian tal ó tal circunstancia, si dirian tales ó tales pecados. Cuando á semejantes personas se les ocurran estos pensamientos ú otros á este modo, no pasen á hacer confesion general, aunque se les figure que haciéndola, se aquietarian. Preséntense á su confesor ó padre espiritual, manifiéstenle el estado de su conciencia y el de sus dudas, sus pensamientos y escrúpulos; y si les respondiese con entereza que se aquieten, que sigan sirviendo á Dios en espíritu y verdad, y se olviden de todas esas cosas, obedézcanlos con la mas profunda sumision y la mayor prontitud, y experimentarán la tranquilidad en su alma. Pero si no obedeciesen á sus confesores, y aferrados en sus modos de pensar, pasasen á hacer su confesion general, créanme, que cuanto más revuelvan su conciencia, más la embrollarán y turbarán; cuantas más confesiones generales hagan, ménos paz tendrán. Vendrá seguramente á acontecerles lo que á los enfermos hidrópicos, que cuanto más beben, se les aumenta la sed, y más se empeoran, aunque á ellos se les figura que sanarán ó se aliviarán bebiendo. Ved ahí, cómo no era necesaria ni conveniente la confesion general. No, amados señores mios: lo conveniente, lo útil, lo necesario á semejantes personas es, oir á Dios en sus ministros, obedecerlos, tranquilizarse y seguir viviendo bien, ayudados de la gracia del Señor.

2. Pero, si á los cristianos perfectos y fervorosos no es necesaria la confesion general, es ciertamente muy útil y conveniente á los cristianos tibios para enfervorizarse en el amor de Dios, para servirle con fidelidad y cumplir sus obligaciones con mayor exactitud. La malicia horrible del pecado se conoce más profundamente, se concibe un aborrecimiento más provechoso de la culpa, se afirman más los propósitos de la enmienda, y se toman unas resoluciones más constantes para mejorar la vida. En suma, les es muy conveniente la confesion general; pero, como esta segunda clase abraza innumerables personas, especificaremos algunas para hacer más práctica esta doctrina. Primeramente, podemos asegurar ser muy útil y muy conveniente la confesion general á todas las personas que han llegado á los veinte años de edad, para enmendar los defectos de las confesiones de la niñez. Y valga la razon, amados mios, ¿qué confesiones haciais vosotros, y hacia yo, cuando teníamos diez años, doce, catorce ó diez y seis? Unos íbamos á confesar, porque así nos lo mandaban nuestros padres; otros, porque así lo disponian nuestros amos; éstos, por obedecer á sus tios; aquéllos, por complacer á sus abuelos ó á sus hermanos; pero todos, ó la mayor parte, íbamos sin entender qué cosa sea el dolor de los pecados, á quién se pide,

cómo se alcanza, ni las disposiciones necesarias para recibir dignamente el cuerpo y sangre del Señor. Sin duda les será á todos de grande utilidad en llegando á los diez y ocho, veinte ó veinte y cuatro años, asegurar del modo posible las anteriores confesiones con una general, que abrace todas las antecedentes, hecha, como suponemos, con todos los requisitos que deben acompañarla. No es ménos útil, en segundo lugar, á todas las personas que tratan de tomar estado de vida permanente y perpétuo, sean los jóvenes que van á numerarse al venerable clericato, sean los que pretenden entrar en alguna congregacion religiosa, sean los que abrazan el santo estado del matrimonio. Porque como todas estas personas deben procurar mejorarse en aquellos nuevos establecimientos en que han entrado, les conviene mucho zanjar todas las dudas de la vida anterior; de modo, que si en adelante se suscitasen algunas, no se entiendan nunca con las pasadas, en cuanto á revolverlas ó confesarlas, sino en cuanto á sentirlas y llorarlas; que esto siempre es justo y obligatorio, porque no sabe el hombre, miéntras vive, si es digno de ódio ó de amor, si Dios no se lo revela. En tercer lugar, es muy útil y conveniente la confesion general á todos los que obtienen ó acaban algun empleo de grande responsabilidad en los pueblos, por ejemplo, los magistrados y todos los dependientes de los tribunales, los procuradores del comun, los administradores de mayorazgos, capellanías ó fábricas de iglesias ú hospitales, los depositarios de los bienes de obras pias, de los propios de los pueblos, los tutores, curadores y otros á este modo, aún cuando no obren con malicia, fraude ó engaño, porque, en tal caso, la confesion general no solo les seria conveniente, sino precisa y necesaria; hablo únicamente con los que les parece que obran bien en tan delicados empleos, y, no obstante, les damos este consejo, por parecernos muy útil. Porque, á la verdad, son muchas las necesidades y apuros en que un hombre puede verse miéntras vive; y teniendo dinero á la mano, es fácil salir de ellas, y luego olvidarse de algunas partidas, quedar sin concluir algunas cuentas, dejar pendientes algunos asuntos, que, por falta de claridad, producen innumerables perjuicios.

Últimamente, por abreviar, es muy útil y conveniente á los que nunca la han hecho, para tranquilizarse sobre lo pasado, para conocerse mejor sobre su estado presente y para prevenirse más bien á lo que está por venir. Si han sido justos, para justificarse más; y si han sido santos, para santificarse más, como lo encarga el Señor: *Qui justus est, justificetur adhuc; qui sanctus est, sanctificetur adhuc.* Apoc. XXII, 2.

3. Pero, si alguna clase de los dichos, ó algunos de ellos, despues de un sério y maduro exámen de su vida, llegan à comprender que viven en habitual desórden de sus pasiones, ó que varias de sus confesiones pasadas fueron malas, nulas y sacrílegas, no hay medio, amados mios, ó hacer una confesion general bien hecha, ó condenarse. Ved por que dije en el principio, que les era precisa y necesaria á semejantes personas, esto es, á los cristianos relajados.

Pienso comprendeis muy bien, que el desórden habitual de las pasiones se forma de una larga série de pecados, en que mal acostumbrada un alma ha vivido mucho tiempo. Si solo un pecado, dos ó tres se cometieran, jamás llegarian las gentes á ser pecadores habituales. La reincidencia en las culpas, la repeticion de muchos pecados graves forman aquel hábito vicioso, que con su triste duracion nos demuestra haber sido malas, nulas y sacrílegas sus confesiones, por no haber llevado en ellas un exámen exacto, un dolor sobrenatural, un firme propósito de la enmienda, ó por haber callado los pecados, ó alguno de ellos vergonzosa ó maliciosamente. Digamos algo de cada uno de estos cuatro gravísimos defectos.

Si la ley santísima de Dios, si los mandamientos de la santa madre Iglesia y las obligaciones del propio estado, reguladas y dirigidas por la recta razon, fueran los principios para formar nuestro exámen de la conciencia, pocas personas harian malas sus confesiones; pues casi solo serian de este número aquellas que tardan un año, ó más, en llegarse al sacramento de la penitencia, y entónces con un exámen superficial y somero, junto á su ignorancia, van al sacramento con una vana confianza de que las preguntas del confesor encontrarán los pecados, que ellas no han buscado en su alma, decidirán los asuntos que allí de repente se les acuerden, y resolverán las dudas que en la confesion vayan ocurriendo. ¡Qué dolor, amados mios! ¡qué estupidez tan reprensible! Sin embargo, como estas personas, por lo comun, llevan una vida natural, sin asuntos graves ni enredosos en su conciencia, sus pecados son bastante claros y abultados, y todo confesor que tenga un poco de celo por la salvacion de las almas, adelanta más con sus preguntas oportunas, que lo que tales penitentes descubren en su conciencia con su mal formado exámen. No faltan de estos desgraciados en todos los pueblos; pero, á la verdad, entre los cristianos relajados son los ménos. Mayor es el número de los malignos, que por reglas de su conciencia toman, no la ley santísima de Dios, no los venerables decretos de la Iglesia, no las justas y sábias providencias de los príncipes, sino los estilos del mundo, las malas costumbres del mundo, lo que ven hacer á los demás, aunque sea contrario al Evangelio. ¿Quién se examina sobre los juegos de suerte, tantas veces prohibidos por las leyes canónicas y civiles? ¿quiénes sobre las galas, la asistencia á los teatros, la concurrencia á novillos, romerías y toros? ¿quién de la renuncia de los bienes de la tierra? ¿de la mortificacion interior y exterior de sus pasiones y sentidos? ¿y quiénes, finalmente, de otra infinidad de cosas, que seria molesto individuar? ¡Oh, cuánto hay de esto en el mundo! oh, qué poco se repara en esto! *Delicta quis intelligit?* Psalm. xviii, 13, ¿quién examina sus delitos? decia el santo rey David; quién conoce sus pecados? Ved ahí como á todos los cristianos relajados les era necesaria la confesion general, pues no se examinan por principios rectos, sino por usos y costumbres malas que han visto practicar á otros; no reparando que Jesucristo no dijo, yo soy la costumbre, sino yo soy la verdad. Joan. xiv, 6.

Asimismo tienen necesidad de hacer confesion general (entendedlo bien) los que no han llevado en sus confesiones antecedentes un dolor sobrenatural, un dolor universal, un dolor sumo. No querais mentir al Espíritu Santo, confesad ingénuamente la verdad; ¿podreis salir por fiadores de que ha sido tal vuestro dolor? Este, vuelvo á decir, ha de ser un dolor sobrenatural en su principio, que, acompañado de la gracia excitante del Señor, nos mueva á aborrecer el pecado; que sea un don, un impulso del Espíritu Santo, sin cuyo auxilio no podemos convertirnos, y todo natural dolor seria infructuoso: ha de ser pues un dolor sobrenatural en su principio, y ha de ser sobrenatural en su fin, que mire á Dios, que se refiera á Dios, á quien tema como juez, en quien espere como protector, y á quien empiece á amar como fuente de toda bondad. Un dolor universal que se extienda al aborrecimiento de todos los pecados, porque todos desagradan y ofenden á Dios; y, finalmente, un dolor sumo en el aprecio, que estime en más la divina gracia que todas las cosas de la tierra, estando resuelto á perderlas todas ántes que perder la amistad de Dios. Todos los que en sus confesiones no han llevado un dolor con las circunstancias expresadas, se confesaron mal y sin provecho alguno, y tienen necesidad, para salvarse, de una buena confesion general.

Igualmente, todos los que no tuvieron en sus pasadas confesiones un propósito firme, eficaz y universal de abstenerse de sus pecados, se confesaron mal, porque es absolutamente necesario que este buen propósito y sincera resolucion acompañen al verdadero dolor para la justificacion del pecador. Yo no puedo comprender que aborrece la ponzoña el que todos los dias se envenena, ni que detesta la maldad el que se halla voluntariamente sumergido en ella. Dios no manda imposibles: la ley santa y divina es observable con el auxilio que nos

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

concede de sus gracias: luego, si no la observamos, es porque no queremos eficazmente. Convengo en confesar de buena fe, que los pecadores envejecidos se hallan como atados con las cadenas de la culpa. Así lo confesaba David cuando decia: *Funes peccatorum circumplexi sunt me.* PSALM. CXVIII, 61. Es cierto tambien, que los malos hábitos son difíciles de arrancar, y exigen esfuerzos extraordinarios en las criaturas; pero Dios nuestro Señor nos ofrece su gracia poderosa para vencer esta gran dificultad; Dios nos manda romper las cadenas de los vicios que nos oprimen y abruman: luego podemos y debemos despedazarlas por medio de una buena confesion general.

Por último, deben hacer confesion general los que han callado por vergüenza ó malicia alguno ó algunos pecados mortales. Concluyamos epilogando en breve cuanto hemos dicho. Los cristianos perfectos que há mucho tiempo viven cumpliendo con exactitud sus obligaciones, no hagan confesion general, ni anden revolviendo su conciencia; manifiesten á los directores espirituales sus dudas, y aquiétense con sus resoluciones. Los cristianos tibios procuren hacerla, porque les será muy útil y conveniente, para llegar á una vida buena y fervorosa. Los cristianos relajados deben hacer su confesion general, si pretenden conseguir su salvacion. Dios nuestro Señor conceda á todos su santa bendicion, para que cada uno cumpla con sus obligaciones en la parte que le corresponde. Así sea.

CONFESION GENERAL.

(MODO DE HACERLA.)

IX.

Scrutemur vias nostras, et revertamur ad Dominum.

Examinémonos y convirtámonos al Señor.

(*Jer. Lam.* III, 40.)

Diversos y encontrados caminos llevan siempre en sus operaciones Dios y el diablo. Dios es la suma santidad, y el diablo es la misma malicia. Dios es la misma humildad, y el diablo príncipe, capitan y cabeza de todos los soberbios. Dios es la verdad por esencia, y el diablo es mentiroso y padre de la mentira. Dios nuestro Señor nos asegura, que su yugo es ligero y su ley es suave; y el demonio nos la representa como dura, áspera é impracticable. La negacion de nosotros mismos, la humildad del corazon, el desprendimiento de las cosas terrenas, el amor á los enemigos, la frecuencia de la oracion y otros preceptos de la ley santísima de Dios, que podemos y debemos cumplir ayudados de la divina gracia; el enemigo de nuestra salvacion nos lo hace mirar con tedio y aborrecimiento, como cosas imposibles á la humana fragilidad. Unas veces, las cosas leves nos las representa gravísimas y como irremisibles para inducirnos al desaliento y desesperacion; y otras veces, las cosas graves nos las propone como leves, para que nos precipitemos sin temor en las culpas; y siempre trastornando el buen órden que Dios dispuso, en todo procura destruir las obras del Señor.

A este modo me persuado habrá sucedido en no pocas almas con la doctrina de la confesion general. Los más de mis oyentes la habrán mirado como necesaria, ó á lo ménos como útil, para conseguir el cielo, y con la inspiracion del Espíritu Santo, habrán resuel-

concede de sus gracias: luego, si no la observamos, es porque no queremos eficazmente. Convengo en confesar de buena fe, que los pecadores envejecidos se hallan como atados con las cadenas de la culpa. Así lo confesaba David cuando decia: *Funes peccatorum circumplexi sunt me.* PSALM. CXVIII, 61. Es cierto tambien, que los malos hábitos son difíciles de arrancar, y exigen esfuerzos extraordinarios en las criaturas; pero Dios nuestro Señor nos ofrece su gracia poderosa para vencer esta gran dificultad; Dios nos manda romper las cadenas de los vicios que nos oprimen y abruman: luego podemos y debemos despedazarlas por medio de una buena confesion general.

Por último, deben hacer confesion general los que han callado por vergüenza ó malicia alguno ó algunos pecados mortales. Concluyamos epilogando en breve cuanto hemos dicho. Los cristianos perfectos que há mucho tiempo viven cumpliendo con exactitud sus obligaciones, no hagan confesion general, ni anden revolviendo su conciencia; manifiesten á los directores espirituales sus dudas, y aquiétense con sus resoluciones. Los cristianos tibios procuren hacerla, porque les será muy útil y conveniente, para llegar á una vida buena y fervorosa. Los cristianos relajados deben hacer su confesion general, si pretenden conseguir su salvacion. Dios nuestro Señor conceda á todos su santa bendicion, para que cada uno cumpla con sus obligaciones en la parte que le corresponde. Así sea.

CONFESION GENERAL.

(MODO DE HACERLA.)

IX.

Scrutemur vias nostras, et revertamur ad Dominum.

Examinémonos y convirtámonos al Señor.

(*Jer. Lam.* III, 40.)

Diversos y encontrados caminos llevan siempre en sus operaciones Dios y el diablo. Dios es la suma santidad, y el diablo es la misma malicia. Dios es la misma humildad, y el diablo príncipe, capitan y cabeza de todos los soberbios. Dios es la verdad por esencia, y el diablo es mentiroso y padre de la mentira. Dios nuestro Señor nos asegura, que su yugo es ligero y su ley es suave; y el demonio nos la representa como dura, áspera é impracticable. La negacion de nosotros mismos, la humildad del corazon, el desprendimiento de las cosas terrenas, el amor á los enemigos, la frecuencia de la oracion y otros preceptos de la ley santísima de Dios, que podemos y debemos cumplir ayudados de la divina gracia; el enemigo de nuestra salvacion nos lo hace mirar con tedio y aborrecimiento, como cosas imposibles á la humana fragilidad. Unas veces, las cosas leves nos las representa gravísimas y como irremisibles para inducirnos al desaliento y desesperacion; y otras veces, las cosas graves nos las propone como leves, para que nos precipitemos sin temor en las culpas; y siempre trastornando el buen órden que Dios dispuso, en todo procura destruir las obras del Señor.

A este modo me persuado habrá sucedido en no pocas almas con la doctrina de la confesion general. Los más de mis oyentes la habrán mirado como necesaria, ó á lo ménos como útil, para conseguir el cielo, y con la inspiracion del Espíritu Santo, habrán resuel-

to hacerla; pero en el mismo momento habrá tambien procurado el diablo representársela á unos como imposible, á otros como gravosa, y á todos como á propósito solamente para embrollar su conciencia, inquietar el espíritu y turbar el corazon. Pero nada ménos: la confesion general, bien hecha, produce en el alma la mayor tranquilidad, y no hay medio más oportuno para asegurar las conciencias. Cuanto el diablo, como enemigo de vuestras almas, os representa en contrario, es para engañaros y perderos: no deis oidos á sus malignas sugestiones. Él sabe bien, que innumerables almas han salido de su tiránica servidumbre por este medio, y no quiere que vosotros consigais la misma felicidad, y logreis la gracia y amistad de vuestro Dios. No le escucheis, vuelvo á deciros, sino oid á vuestro Dios, que por su profeta Jeremías os dá la idea mas clara de vuestra confesion general por estas notables palabras: *Scrutemur vias nostras, et quæramus, et revertamur ad Dominum:* escudriñemos nuestras costumbres, busquemos los desórdenes de nuestra vida; y avergonzados con una saludable confusion á la vista de nuestras culpas, volvámonos al Señor con todas las veras de nuestro corazon. Hé ahí las dos cosas que debe practicar el que trate de hacer su confesion general. La primera, un exámen exacto de todos los pecados de obra, palabra y pensamiento. La segunda, una conversion verdadera á Dios nuestro Señor, acompañada del más profundo dolor. Vamos á explicar una y otra á mayor gloria de Dios, y provecho de vuestras almas, despues de haber implorado los auxilios de la gracia: A. M.

1. Es menester sentar como un principio del todo cierto, y como una verdad enseñada constantemente en nuestra santa Religion, que nada bueno podemos hacer en el órden sobrenatural sin el auxilio de la divina gracia.

Toda persona, pues, que trate de hacer confesion general, ha de empezar su grande obra recurriendo á Dios, para que ilumine su entendimiento, é inflame su corazon. Debe postrarse en la divina presencia con un espíritu de verdadera humildad, y decir á Dios como el santo Job: *Quantas habeo iniquitates et peccata, scelera mea et delicta ostende mihi:* Job. XIII, 23: manifestádme, Señor, todos mis pecados; dadme vuestra luz, para que yo vea todas mis culpas que he cometido contra vos, contra mis prójimos y contra mí mismo; y dicho esto, anímese con la esperanza de que su Majestad le ilustrará con su gracia, para que conozca las especies, gravedad y número de todas ellas. Convendrá tambien, que, por su parte, ponga todos aquellos cuidados que exige un negocio de la última importancia como es

éste, para que, en lo sucesivo, no resalten algunos recelos de que no hizo lo que debia; ya por no haberse retirado en su casa ó en la iglesia una hora, á lo ménos, en cada dia de los ocho que podrán anteceder á su confesion; ya por no haberse valido de aquellos libros en que se encuentran ciertos interrogatorios, ó sean exámenes comunes, sobre los mandamientos de la santa ley de Dios, sobre los preceptos de nuestra madre la Iglesia, obras de misericordia y obligaciones de su estado, de su oficio y empleo. Pero lo que más que todo le servirá y aliviará mucho para hacer bien el exámen, es el escudriñar sus costumbres, no por junto, sino separadamente y por tercios; esto es, primero, desde el uso de la razon hasta que comulgó la primera vez; segundo, desde la primera comunion hasta los veinte años, ó hasta que tomó estado; y tercero, desde que tomó estado hasta el presente. Hecha mentalmente esta division, procurará traer á la memoria los pueblos en que haya estado, las casas en que ha habitado, las compañías que ha tenido, los asuntos que ha manejado; y hecha debidamente esta pregunta á su alma, oirá la respuesta de su conciencia, que, con una asombrosa prontitud, le presentará los pecados graves que cometió. Estas culpas, decia san Bernardo, *transierunt á manu, sed non á mente*, pasaron en la ejecucion, mas no se pasaron de la memoria. Esta les dirá: en tal edad cometí tal pecado con tal compañía; en tal pueblo, en tal casa caí en tales y tales culpas; y seguramente se admirará de la prontitud de su memoria, si la examina sin confusion y con método. No hay palabras bastante significativas para expresar la importancia de este aviso. Oidme; cuando á un hombre se le han perdido cien reales de un pueblo á otro, ¿en dónde debe buscarlos? Cosa manifiesta es, que en el sitio ó sitios en que los perdió. Debe, direis, volver poco á poco por el mismo camino, mirando cuidadosamente los pasos que por él dió. ¿Y qué conseguirá con esa diligencia? Que aquí hallará veinte reales, allí cuarenta, mas adelante diez, y luego unos cuantos cuartos. Y despues de todo, qué deberá hacer? Contar lo hallado, y cotejarlo con lo perdido: si encontró sus cien reales, se aquietó por haber hallado todo lo que habia perdido; si no los encuentra todos, tambien procura aquietarse por haber practicado las debidas diligencias que dicta la prudencia. Á este modo debeis vosotros ir con la imaginacion por aquellas casas, aquellos pueblos, aquellos sitios, en que perdisteis la inocencia bautismal con los primeros pecados de vuestra infancia ó puericia, ó perdisteis la gracia que os habian conferido los santos sacramentos de la Penitencia y Eucaristía en la menor edad; y mirando poco á poco las compañías que tuvisteis, los asun-

tos en que os empleasteis, y las palabras que proferisteis, encontrareis sin duda todos vuestros pecados, y, en tal caso, debeis tranquilizaros, por haber hecho bien vuestro exámen; pero si no los hallais todos, no os perturbeis por eso, porque al fin cumplisteis con vuestra obligacion de escudriñar vuestras costumbres; y como el olvido resulta inculpable, bastará decir vuestras culpas, segun que se presenten en vuestra conciencia.

Para vuestro mayor alivio podreis dividir todos los pecados en dos especies; esto es, en pecados actuales y pecados habituales. Llamo, por ahora, pecados actuales, los que se han cometido pocas veces, de cualquier especie y gravedad que sean; y pecados habituales aquellos que, por una mala costumbre, se han cometido muchas veces y por muchos años, de cualquier especie que sean. Ciertamente en la averiguacion de los primeros no hallareis gran dificultad, porque como se han cometido raras veces en la vida, jamás se caen de la memoria, y responde de ellos y su número en el momento que se la examina. Nuestra confusion proviene de los pecados habituales. Cuando tratamos de averiguar aquellas culpas á que por un mal hábito nos hemos acostumbrado, unas veces se nos representan muchas, otras veces pocas; ya nos parece llegarian á mil, ya pensamos serian diez mil, ya que no son mas de ciento; y perdido el tino mental en este confuso laberinto, no acertamos á salir de él; y cuanto más nos examinamos, mas embrollada advertimos la conciencia y mas inquieto el corazon.—No direis que no he escuchado con toda paciencia, como me lo manda san Pablo, vuestra triste situacion: oid vosotros ahora mi doctrina, como lo encarga tambien el mismo apóstol. II. Ad. Timoth. iv, 2. Esos pecados habituales, que tanta grima y confusion os causan, son mas fáciles de examinar que los pecados actuales. No os admireis de lo que pronuncio. Vosotros sabeis que Dios no manda imposibles; y siéndolo para muchas almas la averiguacion del número fijo y determinado de todos sus pecados, pueden y deben convertirse á Dios de todo su corazon, aún cuando en sus confesiones no digan todas sus culpas, por no haberlas podido encontrar todas. Bástales examinar sus conciencias prudente y cuidadosamente, y despues decir al confesor sus pecados, segun que los hayan podido averiguar. Bástales formar varios cómputos por dias, semanas ó meses, diciendo: esto me parece, poco más ó ménos. Pongamos un ejemplo: un maldiciente habitual, que por una mala costumbre ha prorrumpido en maldiciones con frecuencia por cuatro años, seis ú ocho, si quisiese examinar á punto fijo, cuántas sean sus maldiciones en todo ese tiempo, seguramente se llenará de confusion y no acertará con nada. ¿Qué deberá pues hacer? Mirar atentamente si su costumbre fué siempre igual, y, en tal caso, en una palabra tiene hecho el exámen y su confesion, diciendo: me acuso de haber echado tres maldiciones cada dia, ó cuatro, ó catorce, aquellas que verdaderamente le parezcan, por el espacio de un año, dos ó seis. Si su mala costumbre no fué siempre igual, porque unas veces se enmendaba por varios meses, y en otros tiempos era mayor el número de sus maldiciones, y en otros era menor, descontará el tiempo en que no maldecia, y computará unos dias con otros, diciendo: me parece que unos dias echaba dos, en otros ninguna, en otros una, y me inclino á que en cada semana del año serian como seis, poco más ó ménos, excepto un mes, dos ó tres, en que me enmendé. Lo mismo que decimos de las maldiciones, debeis entender de los pecados deshonestos y cualesquiera otros, porque siendo de una misma especie, no es menester decir con una dos, con otra cinco, con otra tres, con otra uno. Redúzcanse todos á un número, y díganse de una vez. Pero notad con mucho cuidado que he dicho, *cuando los pecados sean de una misma especie*, porque si fuesen de especie diferente, debeis separarlos, so pena de hacer nula y sacrílega vuestra confesion. En todo pecado pueden concurrir varias circunstancias que lo hagan mudar de especie, ó que le den nueva gravedad dentro de la especie misma, por razon del lugar donde el pecado se comete, de la persona que lo comete, del modo, tiempo y fin con que lo comete. Los pecados de una misma especie y circunstancias han de decirse de por junto y en una sola partida; los pecados de diversa especie y diferentes circunstancias, separadamente.

Y qué, direis vosotros, ¿se hará así bien nuestra confesion?—Sin duda alguna, hermanos mios, con tal que por otra parte no tenga alguna nulidad. Esto se demuestra hasta la evidencia con este símil: supongamos un mayordomo, á quien su señor le manda dar cuenta de mil fanegas de trigo, y quinientas de cebada que ha recibido: si se empeñase en contar las mil fanegas de trigo grano á grano, yo creo seguramente que antes de contar cincuenta fanegas, se hallaria fatigado el cuerpo, embrollada la memoria, y todo lleno de confusion y aturdimiento. Pues ¿qué deberia hacer? Ello se está diciendo: miraria si habia tenido órden de su amo para vender algun grano, ó para prestarlo; y luego midiendo lo restante por fanegas, diria de este modo: por carta-órden de mi amo de tantos de tal mes vendí quinientas fanegas á tal precio; aquí está el dinero: presté cuatrocientas á los labradores para sembrar; aquí están los vales, las escrituras ó resguardos: las ciento restantes aquí existen, como apare-

ce por la medida. ¿No es esta una cuenta legítima, una cuenta bien dada, y cuanto el amo podia apetecer? Seguramente que sí. Luego, poniendo aparte la cuenta de la cebada, por ser fruto diferente, y formándola de la misma suerte, cumpliria el mayordomo con su obligacion exactamente. Sí, señores. Pues lo mismo vuelvo á decir á vosotros: *Scrutemur vias nostras, et quæramus, et revertamur ad Dominum.* Para hacer bien vuestra confesion general, dirigid vuestro espíritu á Dios para examinaros como conviene; dividid en varios tercios vuestra vida; escudriñad en cada edad vuestras costumbres, mirando los lugares en que habeis estado, las compañías que habeis tenido, y los asuntos que habeis manejado, y vereis como los pecados actuales, esto es, los que habeis cometido raras veces, luego se os presentan; y los pecados habituales que habeis cometido muchas veces por una mala costumbre, se os harán fáciles de averiguar, formando varios computos prudenciales por dias, semanas ó meses, con la debida separacion de especies y circunstancias. ¿Qué legítima excusa podreis hallar para esto? Ninguna, direis, porque bien sabemos que nadie se condena por falta de memoria, sino por falta de voluntad, por falta de una resolucion vigorosa y eficaz de convertirse á Dios. Así es, amados mios; y en esto consiste lo segundo que debeis practicar para vuestra confesion general, como lo manda Dios por su Profeta: *Et revertemur ad Dominum.* Vamos á explicarlo:

2. El Espíritu santo, en las palabras del profeta Jeremías que os dije en el principio, nos manda examinar nuestra conciencia, y convertirnos al Señor: *Scrutemur vias nostras.* Nos dice, lo primero, que busquemos todos los desórdenes de nuestra vida, veamos todos los malos pasos que hemos dado en ella; y luego aborreciendo todas nuestras iniquidades, abandonando nuestras culpas, nos volvamos al Señor con un corazon contrito y humillado: *Et revertamur ad Dominum.* Esta conversion á Dios exige necesariamente dos cosas, una de parte de Dios, que es la divina gracia con que excita, mueve, acompaña y eleva al pecador; y otra de parte de la criatura, que es la libre cooperacion á esta gracia. El hombre por sus propias fuerzas no puede convertirse á Dios como conviene; necesita de un auxilio sobrenatural, que le mueva y sostenga en su conversion; pero este auxilio quedaria para él sin efecto, si no lo recibiese, si no obrase con él, si el hombre por un fatal abuso de su libertad lo desatendiese y despreciase. Convertíos á mí, y me convertiré á vosotros, dice el Señor por su profeta Zacarías, I, 3. Ved ahí la libre cooperacion de la voluntad del hombre; y nosotros decimos á Dios con el profeta Jeremías, XXXI, 18: conviértenos, Señor, á tí, y nos convertiremos; para demostrar la necesidad que tenemos de la divina gracia. Comprendiendo una alma estos dos principios, y sabiendo que Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva, y que nos manda pedir, y ofrece darnos lo que pidamos; debemos conocer nuestros pecados y aborrecerlos, no solo por su fealdad y malicia, no solo porque ellos nos privan de la gracia y de la gloria, y nos destinan á un fuego eterno, sino tambien porque son ofensas de un Dios infinitamente bueno, santo y amable; y puestos á los piés de un Crucifijo, ó postrados en cualquier otra parte con la más profunda humildad delante de Dios, le diremos con todo el sentimiento de nuestro corazon estas ó semejantes palabras: mi Dios, mi criador y salvador, yo, vilísimo pecador, os adoro con la más viva fe, porque me habeis criado y redimido á costa de vuestra sangre y vida; pero tiemblo delante de vos, porque yo fuí quien derramó esa sangre y os quitó la vida, siendo vos mi justo juez que me habeis de sentenciar segun mis costumbres. Conozco, lleno de confusion, todos los desórdenes que me conducen al infierno: no puedo aborrecerlos como debo, si no me dais vuestra divina gracia. Dádmela, Dios mio, por esa bondad infinita, y por los méritos de vuestra pasion y muerte. Yo confiadamente la espero, prometiendo de mi parte la enmienda de mis costumbres, y ofreciéndome á satisfacer cuanto pueda por mis pecados, con los que desgraciadamente os ofendí. Compadeceos, Señor, de mí, que no supe lo que hice, cuando os ofendia. Yo levantarme contra Dios! yo desobedecer á Dios! yo ofender á Dios! infeliz de mí! dónde tenia mi entendimiento? en qué empleaba mi corazon, cuando pecaba? Oh, quién nunca os hubiera ofendido! ¡oh, quién siempre hubiera observado vuestra santa y divina ley! ¡oh, qué tarde os amo, hermosura antigua y siempre nueva! Desde este instante no emplearé mis ojos sino en llorar con lágrimas de la más amarga contricion mis culpas; desde este momento no emplearé mi lengua sino en pediros perdon y publicar vuestras misericordias; no destinaré mis manos sino para castigar los desórdenes de mi vida, ni mis piés y todos los sentidos de mi cuerpo y potencias de mi alma, sino en despojarme del viejo Adan y vestirme del nuevo en Jesucristo.

Aquí teneis los pasos más importantes para la justificacion del pecador; aquí es donde debeis aplicar todos vuestros cuidados y esfuerzos; aquí donde el enemigo de vuestras almas, el demonio, no quisiera que llegárais. Esta fe, este saludable temor, esta viva esperanza, este principio del divino amor, ó este empezar á amar á Dios, como á fuente de toda bondad, por donde el pecador, ayudado de la divina gracia, va pasando del estado de siervo del demonio al de los

hijos amados de Dios, no puede sufrirlo Satanás, y hace todos los esfuerzos que le dicta su malicia, para desconcertar esta grande obra del Señor. Por eso vosotros debeis con grandes gemidos y generosos esfuerzos importunar la divina misericordia, valiéndoos de la intercesion de los Santos, y especialmente del amparo de Maria Santísima, para resistir al enemigo y perfeccionar vuestra conversion. Gloriosa santa María Magdalena, podreis decir, préstame aquellas preciosas lágrimas, con las que regaste los piés de nuestro amable Salvador: bienaventurado san Pedro, que tan amargamente lloraste tus negaciones, dame tus profundos y provechosos suspiros: dadme, Dios mio, la saludable confusion del Publicano, el generoso arrepentimiento del Hijo pródigo, el íntimo conocimiento de David en su pecado. ¡Oh Vírgen inmaculada, oh Madre de Dios! Vos sois mi esperanza y mi consuelo; vos sois la abogada de los pecadores, el refugio de los pecadores y la medianera de nuestra reconciliacion con Dios. Emplead, Señora, á favor de mi pobre alma ese gran poder que os ha concedido el Señor. Presentad mi corazon á vuestro Hijo Jesucristo, Dios y hombre verdadero; pero presentadlo penetrado de contricion, bañado en lágrimas, y con las resoluciones más firmes de ser fiel perpétuamente. ¡Oh Dios de piedad, usad conmigo de vuestra grán misericordia! ¡Pequé, Señor! ¡hice el mal delante de vos! Lo detesto, lo aborrezco con todo mi corazon. Abomino todo pecado, y quiero amaros con todas las fuerzas de mi voluntad. ¡Oh, quién me diéra que os amára más que todos los justos de la tierra, más que todos los santos y bienaventurados espíritus del cielo! ¡Oh, si muriera de amor! ¡oh, si mi corazon se partiera de dolor de mis pecados, de agradecimiento al sumo Bien, que tanto me ha sufrido, y en digna satisfaccion de haber muerto por mi amor! Gracias os doy, Dios mio, por haberme hecho aborrecer el pecado y amar la virtud. Esta mudanza es obra de vuestra diestra: continuad en mí las misericordias, para que, perseverando en serviros hasta la muerte, continue amándoos en la eterna vida.

Hé ahí un corazon contrito y humillado en la presencia de Dios, á quien su Majestad no desprecia. Ved ahí un corazon derretido en el divino amor, á quien Dios ama; y ved ahí como un pecador consigue su justificacion, convirtiéndose de veras al Señor, segun se lo manda por su Profeta: *Et revertamur ad Dominum.* Hacedlo así vosotros, y vuestra confesion general será buena; vivireis, y no morireis; Dios se olvidará de vuestras culpas, os concederá nuevos auxilios de su divina gracia, y obrando vosotros con ellos, será vuestra la eterna gloria. Amen.

CONFESION.

(CALLAR PECADOS POR VERGUENZA.)

X.

Pro anima tua ne confundaris dicere verum.

Por tu alma no te avergüences de decir la verdad.

(*Eccles.* IV, 24.)

Una de las mayores lástimas que experimenta el pueblo cristiano, y que más aflige al compasivo corazon de los ministros de Jesucristo, es el mortal abuso que innumerables almas hacen de los santos sacramentos de la Penitencia y Eucaristía. Son estos unas fuentes perennes é inagotables de la divina gracia; y la mala disposicion con que los reciben, los convierte en un piélago profundo de pecados y sacrilegios. Son una saludable triaca para sanar las enfermedades de las almas, y su mala recepcion los trasforma en un veneno mortífero que las mata. Son la única tabla á que podemos asirnos para salvarnos del naufragio de la culpa, en que nos hemos voluntariamente sumergido; y en ella misma, ¡qué dolor! lastimosamente perecemos. Y aunque esta desgracia acontezca en muchos por falta de exámen, dolor y propósito en sus confesiones, la experimentan innumerables por callar por una pecaminosa vergüenza sus pecados en el santo tribunal de la Penitencia. Todos los que han viajado en el mundo, anunciando el Evangelio de Jesucristo y procurando la salvacion de las almas, viven profundamente penetrados del más vivo dolor, al considerar el espantoso estrago que el demonio hace en las almas con este pecaminoso empacho y confusion. Todos tristemente se lamentan y todos claman uniformes, que es menester experimentarlo para

creerlo, porque solamente tocándolo con todos los sentidos se puede comprender la malignidad y universalidad de esta desgracia.

Confieso, señores, que estas almas me deben una particular compasion, al ver que caen en el infierno por donde los demás cristianos suben al cielo. Recibiendo debidamente los sacramentos de la Penitencia y Eucaristía, logran los pecadores arrepentidos su justificacion, y los justos su santificacion, y unos y otros su eterna salvacion; y participando esta clase de pecadores pusilánimes de los mismos sacramentos, empeoran sus almas por los sacrilegios que cometen, aumentan enormemente sus crímenes, y comen su juicio y condenacion, como dice el apóstol san Pablo. I. Ad. Cor. xi, 29. Los otros fieles, cuando confiesan y comulgan, se unen á Jesucristo, están en Jesucristo, se incorporan ó hacen una misma carne con Jesucristo, se santifican, se deifican; y ellos, confesando y comulgando, ofenden de nuevo á Jesucristo, crucifican de un modo terrible á Jesucristo, y se hacen reos del cuerpo y sangre de Jesucristo. Ibid. 27. ¿Qué haria yo para sacar á estas almas de un estado tan triste y lastimoso? Parece podria aquietarme con proponerles estas palabras del Espíritu Santo al capítulo cuarto del Eclesiástico: *Pro anima tua ne confundaris dicere verum;* esto es, cuando se trata de salvar el alma, es menester superar la mala vergüenza que nos impide decir la verdad. Pero el deseo que me asiste de su salvacion, me obliga á proceder con lentitud en este asunto, y procurar con razones invencibles y autoridades irrefragables desvanecer toda esa gran fuerza que las almas se figuran en la pecaminosa vergüenza que las domina. Pidamos los auxilios de la gracia. A. M.

1. Un lobo, cuando se abalanza á una oveja, lo primero que hace es, dice el padre san Agustin, echarle la mano á la garganta, para que no balando la oveja, ni los perros la defiendan, ni los pastores se la quiten, y asi pueda llevarla, despedazarla y comerla: *Ecce lupus gutturem ovis apprehendit.* Á este modo podemos nosotros considerar que sucede, cuando el lobo del infierno echa la mano á alguna alma, oveja de Jesucristo, por haber ella cometido algun grave pecado, pues lo primero que hace, es apretarle la garganta con una funesta vergüenza, para que no hablando en la confesion, los perros y pastores de la Iglesia no la defiendan, y él pueda llevarla y sepultarla en el infierno. Cinco respetos podemos considerar en esta mala vergüenza, que á la manera de cinco dedos ó cinco uñas del lobo infernal, oprimen el alma, dando una fuerza extraordinaria á su confusion ó su rubor. El primero, por el temor servil á Dios; el segundo, por el engaño del demonio; el tercero, por el respeto al confesor; el cuarto, por la gravedad de la culpa; y el quinto y último, por la estimacion de si misma, que se le figura perderá. No hay efugio: por alguno ó algunos de estos capítulos se callan los pecados. Vosotros vais á oir cómo se desvanecen estas dificultades, y levantan estas formidables uñas del demonio, que tanto daño hacen en las almas.

La existencia de Dios es la primera y mas fundamental verdad del cristianismo. Sí, señores; Dios existe en todas partes por esencia, presencia y potencia: todo lo ve, todo lo conoce, nada se le esconde á su clara y penetrante vista. Si yo subiese al cielo, dice el real profeta David, allí está siendo el gozo de todos los bienaventurados; si bajo al infierno, allí le encuentro ejercitando su soberana justicia en aquellas infelices víctimas del pecado; si tomando las plumas de las águilas, atravieso los mares y vuelo hasta los extremos de la tierra, allí le veo criándolo todo con su omnipotencia, gobernándolo todo con su sabiduría, y conservándolo todo con su adorable providencia. Esta es una verdad, amados mios, que la confiesan cuantos racionales existen. El Señor vió tu pecado, vió cuando lo cometiste, con quién lo cometiste, en dónde lo cometiste, y todas las demás circunstancias que lo acompañaron. Nada se oculta á su clara y penetrante vista, dice el apóstol san Pablo: Ad hebr. iv, 13. *Omnia nuda et aperta sunt oculis ejus.* El conocimiento de esta verdad conduce á muchos cristianos al confesonario, para arrojar á los piés de los ministros de Jesucristo el grave peso de sus culpas, de que se miran horriblemente abrumados, y en el momento mismo de aligerarse de ellas, se retraen y ocultan, mirando á Dios con un pavor perjudicial á sus almas, pues no le miran y temen como juez, ni le miran y aman como padre, ni le miran y esperan en él como su última y perfecta felicidad. Por eso dice el Espíritu santo: Isai. xxxvii, 3. *Venerunt filii usque ad partum, et virtus non erat pariendi.* Pero, almas, ¿qué es lo que concedeis á Dios? ¿qué callais á Dios? ¿Podreis con todas vuestras diligencias ocultarle vuestro pecado? ¿hacer que no entienda vuestro pecado? Esto es del todo imposible: la Fe os enseña esta verdad. ¿Pues qué necedad mayor que empeñaros en ocultar á Dios un pecado, que está tan patente á sus divinos ojos como la misma luz? Por eso dice el Espíritu santo á David, y en él á todos los que callan pecados por vergüenza en la confesion: *Tu fecisti abscondite, ego autem faciam in conspectu Israël et in conspectu solis*: II. Reg. xii, 12: tú has cometido ese adulterio con Bersabé con el mayor secreto; tú has tramado solapadamente la muerte de su inocente ma-

rido; pero yo lo publicaré, yo lo haré saber á todo Israel delante del mismo sol que te alumbra. Ved ahí lo que os dice el Señor: ese pecado no se ha de quedar oculto eternamente, tú lo has de decir á un hombre solo para tu bien, ó yo lo he de publicar á todos para tu mal; tú lo has de decir en secreto para irte al cielo, ó yo lo he de decir á tu padre y á tu madre, á tu marido y á tu mujer, á tus parientes y á tus vecinos, para arrojarte al infierno despues de haberte llenado de confusion delante de todo el universo: elige pues, si tienes entendimiento. En esta alternativa preciso será que digas con san Agustin: una vez que mi pecado no ha de quedar oculto, mejor es que yo padezca un poco de rubor, al decirlo en secreto á un hombre para irme al cielo, que el que Dios me llene de confusion delante del universo, y luego me arroje á los infiernos. Con que tenemos ya desvanecido el primer respeto ó motivo, ó levantada la primera uña de la formidable mano del demonio.

El santo profeta Isaías, hablando en espíritu con Lucifer, le dice: XIV, 11 ET SEQQ. *Quomodo cecidisti de cœlo, lucifer, qui mane oriebaris?* Tú que la mañana de tu creacion resplandecias como una brillante estrella, ¿cómo caiste del cielo? Ay! tu soberbia te precipitó para siempre en los infiernos. Tú pensabas levantar tu solio sobre las estrellas del cielo; te atrevias á decir en tu corazon que subirias sobre la altura de las nubes, y llegarias á ser semejante al altísimo Dios que te crió; y fuiste por tu orgullosa presuncion derribado de tu primitiva felicidad, y sepultado en lo profundo del lago del abismo. El evangelista san Juan, confesando esta verdad en su Apocalipsis, exclama: ¡Ay de la tierra y del mar, que ha bajado el diablo á vosotros con una ira muy grande! XII, 12. Por eso el apóstol S. Pedro dice: velad y vivid con sobriedad, porque vuestro enemigo el diablo os rodea como un leon rugiente, que busca á quien devorar, I. V, 8: resistidle fuertes en la fe. Este enemigo de las almas se llama tambien en las santas Escrituras serpiente antigua, que seduce á todo el orbe de la tierra, porque á la manera de una culebra se enrosca y revuelve entre artificios y lazos para dañar á las almas. Él indaga el tiempo oportuno para dañar, inflama las pasiones conmovidas, irrita para la venganza, estimula á la enemistad, excita las acusaciones, renueva la memoria de las injurias y procrea otros males innumerables. Él conoce nuestros genios, sabe nuestras inclinaciones, ve nuestra pasion dominante, y por allí nos acomete, por donde barrunta será menor la resistencia y mas fácil la caida. Él sorprende á los incautos, hiere á los desarmados, despoja á los tímidos: á unos mata, á otros cautiva, á otros sofoca. No compele á cometer el pecado, no precisa ni violenta á nadie á cometer el pecado; pero incita, pero seduce, inclina y mueve con sugestiones á cometerlo, facilitando el pecado, apartando del espíritu la memoria de la fealdad del pecado; y despues que con sus astucias serpentinas ve al hombre caido en el pecado, ruge y brama como leon furioso para acobardarle, desanimarle, aturdirle, á fin de que no confiese su pecado, ni salga de su pecado.

Ahora pues, amados mios, instruidos en estas sólidas verdades, ¿en qué pensais? ¿Quereis que el diablo esté en vosotros por el pecado, que os acompañe en la muerte por el pecado, que os acuse de vuestros pecados en el tremendo tribunal del Omnipotente, y que se os destine á acompañarle en los braseros eternos? ¿Es esto justo? os ha criado Dios para eso? Nada ménos. Pues ¿qué remedio? Que tú te acuses de ese pecado, y entónces el diablo no tendrá de que acusarte en el dia del juicio. Una de dos ha de ser, ó hablar tú, ó el demonio. Si tú hablas, callará él; si tú callas, él hablará, él te acusará, él te perderá. Abre pues tu boca, te diré con las palabras del Espíritu santo en los Proverbios, XXXI, 9, y sentencia lo que sea justo. No es justo que el demonio, enemigo de tu alma, la acuse, la pierda, la condene por esa mala vergüenza con que ocultas y desfiguras tu pecado; pues abre tu boca, confiesa tu culpa, y él quedará confundido: *Aperi os tuum, decerne quod justum est, et judica.*

2. Convengo de buena fe en cuanto se me ha dicho, responderás: es una necedad callar el pecado por lo que mira á Dios que todo lo sabe, y por lo que hace al demonio, que no procura sino mi mal eterno. No es por esto mi vergüenza: provienen de otro principio mis temores, mi rubor y mi empacho. Esto de decir á un hombre todas mis fragilidades, mis caidas y mis crímenes, los mas feos y mas ruines, me atormenta, me desanima y me llena de tanta vergüenza, que no me resuelvo á vencerla. Yo seguramente diré á Dios mis pecados; pero á los hombres no me atrevo.—Está bien, no direis que no he oido con toda paciencia vuestras dificultades; debo por tanto exigir de vosotros que escucheis con toda atencion mi doctrina. Respondedme: ¿el temor de acercaros á ese hombre proviene de que él no tenga facultad para absolver vuestros pecados? Si es así, haceis muy bien, porque nadie se debe ir á confesar con quien no tenga la facultad de absolver. Pero no es eso: el confesor tiene ciertamente una facultad asombrosamente grande, que le concedió Jesucristo, cuando dijo á sus apóstoles y sucesores en el ministerio sacerdotal: *Lo que ateis sobre la tierra, quedará atado en el cielo; y lo que desateis sobre la tierra, será desatado en el cielo.* MATTH. XVIII, 18.

Tiene una potestad que no se halla en los príncipes, en los reyes ni en los emperadores de la tierra; ni se encuentra en los ángeles, arcángeles, virtudes, principados, querubines, serafines y demás espíritus del cielo. No es así? Indubitablemente. Y esa facultad grande y verdaderamente admirable, ¿es para haceros algun mal, ó para procuraros mucho bien? Vosotros sabeis que es doctrina del apóstol san Pablo, que esta potestad le es dada para vuestra edificacion, no para destruccion vuestra: *In ædificationem, non in destructionem.* Y ¿sois tan necios, que dudais acercaros á un hombre, que revestido de todo el poder de Dios, desea, apetece y quiere favoreceros, librándoos de la esclavitud de Satanás, restituyéndoos á la gracia de Dios, y devolviéndoos el derecho de la herencia á la gloria eterna, que teniais perdida por el pecado? ¿Puede hallarse mas funesta ceguedad? ¿Qué diriais de un pobre que pereciese de necesidad, por no acercarse á la casa de un vecino poderoso, en cuya puerta se hallase su dueño con un gran tesoro en las manos para dárselo, apenas el pobre llegase á pedirlo? ¿Qué diriais de un herido, ó de otro cualquier enfermo, que teniendo á su lado el mas diestro facultativo, de quien seguramente recibiria la salud, no la quisiese, precisamente por no manifestar la herida ni descubrir la enfermedad? ¿No colocariais á uno y otro en la casa de los dementes? Pues, hermanos mios, ¿ignorais que el confesor es el médico de vuestras espirituales dolencias? ¿ignorais que es un hombre poderoso que quiere socorrer vuestra necesidad con todos los tesoros de la divina misericordia? Y si esto lo sabeis, decidme, ¿qué os detiene? ¿acaso el recelo de que publique vuestro pecado? Este es otro error tan perjudicial como el primero. La obligacion del sigilo sacramental es tan grande en un confesor, que no se da caso, ni es posible figurarnos alguno en que le sea lícito violarlo. Si se originan discordias, si suceden muertes desgraciadas, si se incendian ciudades, si se pierden reinos, y todo pudiera remediarse con violar el sigilo sacramental, nada le moveria todo esto al confesor: él guardaria su secreto, y dejaria perecer el universo ántes que faltar á su obligacion. Que le encarcelen, que le destierren, que le maltraten y quiten la vida, él la daria muy gustoso, como san Juan Nepomuceno, por la conservacion del sigilo sacramental. ¿Tendriais vosotros recelo en decir vuestros pecados á una estátua de madera, de mármol ó de bronce? Pues el mismo debeis tener para decirlos al confesor. Lo que yo sé por la confesion, decia san Agustin, ménos lo sé que lo que absolutamente ignoro. No se puede decir más sobre el particular, y á la verdad es del todo cierto; porque lo que uno ignora, puede llegar á saberlo estudiando en los libros, preguntando á

quien lo sepa, y tratando con personas sábias que le saquen de su ignorancia; pero las cosas de la confesion en cuanto á manifestar el delincuente, ni una accion sola, ni una sola palabra, ni una seña puede hacer en órden á declararle; luego es evidentemente cierto lo que decia el santo: *Id quod per confessionem scio, minus scio quam id quod nescio.* August. serm. 66. Pues, doncella tímida, niño ignorante, hombre cobarde, mujer pusilánime, ¿por qué recelais llegar al confesor? Él no puede haceros ningun mal; él desea haceros mucho bien; él no debe, ni puede, ni quiere revelar vuestro pecado; él es un hombre como vosotros, pecador como vosotros; ¿pues por qué te avergüenzas de confesarte conmigo, decia san Agustin, si soy un pecador como tú! *Quid erubescis, oh homo, confiteri? Peccator sum sicut es tu.* Asi concluye el santo, y asi debemos concluir nosotros, que vuestra vergüenza, por este capítulo, no es ménos injusta que por los dos antecedentes.

Asi es verdad, direis vosotros, pero es porque aun no hemos llegado al punto de la dificultad. Pues, amados mios, ¿en qué consiste? En que mis pecados, padre mio, son tantos, tan feos, tan enormes, tan horrorosos, que con solo venírseme á la memoria me estremecen, me aturden, me llenan de espanto, y no me atrevo á confesarlos.—Es cierto, carísimos oyentes, que al considerar las innumerables maldades que se han cometido y cometen en el mundo, es menester decir que es grande, que es infinita, que no tiene término la misericordia de Dios. ¿Quién puede pensar en el inmenso cúmulo de horrores en que cayó el gentilismo por más de cuatro mil años? ¿Quién traerá á la memoria sin horror las monstruosas ingratitudes, las rebeldías y obstinacion del judaismo por tantos siglos? ¿Quién podrá acordarse sin estremecerse de tantas herejías, de tantos cismas, de tantos escándalos, de tantas abominaciones como se han visto en medio del cristianismo? ¿En cuántos centenares de libros se podrá formar la cuenta de tantos sacrilegios, de tantas torpezas, de tantos hurtos, de tantas bestialidades, de tantas murmuraciones, de tantas muertes, de tantas....; pero ¡Dios inmortal! nos vemos precisados á decir con vuestro Profeta. Jerem. Thren. iii, 22. *Misericordiæ Domini quia non sumus consumpti: quia non defecerunt miserationes ejus:* que es un puro efecto de vuestra misericordia el que no hayamos perecido por tantos y tan enormes pecados. Sí, cristianos: un puro afecto es de su misericordia, que no tiene términos ni límites. Bendecid, pues, os diré con el santo Tobías, xii, 6, bendecid al Dios del cielo, y confesad su santo nombre delante de todas las criaturas, porque usó con vosotros de misericordia.

Ahora oidme: vuestros pecados, por grandes y enormes que sean, ¿qué comparacion tienen con todos los que se han cometido en el mundo desde su principio? Casi ninguna. Y cuántos pecados se han cometido en el mundo, y se cometerán hasta la consumacion de los siglos, ¿podrán superar el número de las misericordias del Señor? Eso de ninguna suerte, porque lo finito, por más que se multiplique y aumente, jamás llegará á lo infinito; siempre habrá de uno á otro una distancia infinita: luego si vuestros pecados, por más feos y enormes que sean, son casi nada respecto de los de todo el mundo, y los pecados de todo el mundo, comparados con la infinita misericordia de Dios, son verdaderamente nada, vuestros pecados serán ménos que nada, si podemos explicarnos así, á la vista de la infinita é inmensa misericordia de Dios. ¡Ay, pecadores de mi alma! *Convertimini, convertimini, et facite justitiam coram Deo, credentes quod faciat vobiscum misericordiam.* Tob. XIII, 8. Convertíos, convertíos á Dios de todo vuestro corazon: obrad justamente en su adorable presencia, y hallareis la divina misericordia. Pues qué, ¿pensabais que esos pecados no se habian cometido jamás en el mundo? ¡Ah! no solo otros muchos pecadores los cometieron, sino tambien muchos Santos. ¿Serán hechicerías, serán pactos con el demonio? Un Cipriano fué en algun tiempo hechicero, y ahora es un ilustre mártir por Jesucristo. ¿Serán amancebamientos? San Bonifacio vivió torpemente amistado en su juventud con Aglae, matrona romana, y ahora le veneramos en el catálogo de los santos. María Egipciaca, María Magdalena, Margarita de Cortona, Pelagia, Táis y otras, ¿cómo vivieron en algunos años? Vedlas sin embargo en el reino de los cielos. ¿Serán hurtos? Los santos Dimas, Murio y Sanderino fueron ladrones, y no obstante eso llegaron á ser santos. ¿Serán..... pero sean los que se fuesen, resuélvete á llorarlos de corazon, á confesarlos con sinceridad, y á hacer por ellos frutos de penitencia, y cuenta con el perdon de todos. Resuélvete con David á decir á Dios: *Salvum me fac in misericordia tua, Domine:* Psalm. XXX, 17: sálvame, Dios mio, por tu misericordia, y seguramente la hallarás.—Pues, padre, de esa suerte me resuelvo á confesar todos mis pecados, que por tantos años he callado.—En hora buena, amados mios, resolveos, y no penseis por eso perder vuestra estimacion con el confesor. Pero esto era cabalmente el último respeto, ó la postrera uña de las cinco con que el lobo del infierno tenia apretada vuestra garganta. Procuremos que la levante presto.

Cuando fuera cierto, que se perdiera una pequeña parte de estimacion para con un hombre, podríamos muy bien sacrificarla en

cambio de la paz que lograríamos en la conciencia, por haber confesado todos nuestros pecados. Porque, á la verdad, miéntras los ocultamos, toda desgracia nos espanta, cada mision nos aturde, cualquiera tempestad nos atemoriza, y la muerte repentina que llega á nuestra noticia, nos asombra. Llevamos en el corazon clavada la espina de la culpa, y esta cada dia nos atormenta y en todo lugar nos martiriza. Por el bien de nuestra alma deberíamos pasar valerosamente el rubor y confusion que nos costase manifestar al confesor nuestro pecado, como dice el Espíritu Santo: *Pro anima tua ne confundaris dicere verum.* Pero por dicha vuestra sucede todo lo contrario: no solo no se pierde la estimacion, sino que se gana. El confesor sabe muy bien, que cuando una persona llega á confesar los pecados, que por muchos años callaba por vergüenza, ha vencido generosamente muchas veces aquella gran dificultad que sentia en manifestarlos, y este cierto conocimiento le hace concebir un grande aprecio de vuestras resoluciones y de las santas disposiciones de vuestra confesion. ¿Quereis experimentarlo? Llegad al confesor más adusto del mundo, y decidle solamente estas palabras: Padre, yo por mi mala vergüenza há mucho tiempo que callo mis pecados en la confesion; pero ahora, ayudado de la gracia de Dios, me resuelvo á confesarlos. No le digais más, porque esto basta para ganarle el corazon. Desde ese mismo momento no pensará en otra cosa aquel ministro de Dios, que en compadecerse de vosotros, en orar por vosotros y ayudaros, lleno de paciencia y mansedumbre, para que hagais bien vuestra confesion general.—Pues de esta suerte, padre, ya no pienso más que en prepararme para hacerla, porque ya he visto tan claro como la luz, que ni por lo que mira á Dios, ni por el engaño del demonio, ni por el miedo del confesor, ni por la gravedad de la culpa, ni por mi propia estimacion, hay motivo razonable para callar los pecados.—Sea así, amados de mi alma; y Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo, os dé su santa bendicion, para que consigais la divina gracia; y obrando vosotros con ella, alcanceis la gloria. Amen.

CONFESION.

(FRECUENCIA DE LA)

XI.

Baptizabantur ab eo in Jordane confitentes peccata sua.

Recibian de él el bautismo en el Jordan, confesando sus pecados.

(*Matth.* III, 6.)

La confesion que hacian los pueblos cuando recibian el bautismo de S. Juan Bautista, era una confesion pública; pero la que nosotros hacemos en el santo tribunal de la penitencia, es una confesion secreta y oculta. El pecador, movido de Dios, se postra á los piés del ministro de Jesucristo, y es testigo contra sí mismo, declarando y acusándose de sus pecados. Confesion, cuyo ejercicio no solamente vengo á encomendaros, sino su frecuencia: lo uno es de precepto, y lo otro de consejo. El confesar al sacerdote nuestros pecados, á lo ménos una vez en cada año, es lo que nos ordena expresamente la Iglesia; y este es el precepto: pero el no retardar la confesion, é ir frecuentemente á lavarse en esta santa piscina, donde están encerradas las aguas de la gracia, y de donde se nos comunican y se derraman sobre nosotros saludablemente, es á lo que la Iglesia, sin hacer ley ni imponernos precepto, se contenta con convidarnos; y este es el consejo. Pues hoy pretendo haceros ver la importancia de la frecuente confesion por lo que mira á los pecadores; y su importancia por lo que mira á los justos. Pidamos los auxilios de la gracia: A. M.

1. La frecuente confesion es de la mayor importancia para los pecadores; porque es uno de los medios más poderosos para arrancar de nosotros la raiz y principio del pecado. Llamo principio del pecado

á los deseos y apetitos con que hemos nacido, que, segun S. Juan, son la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y el orgullo y soberbia de la vida; esto es, las pasiones que nos dominan, las inclinaciones que nos arrastran, y la propension de la naturaleza corrompida, que nos lleva á los bienes sensuales y perecederos, como son riquezas, honras y placeres. Llamo principios del pecado á los apegos criminales, que nos enlazan, á los hábitos viciosos que nos cautivan, á los objetos aduladores que nos atraen, á los respetos humanos que nos sujetan, á las ocasiones que nos exponen á peligros manifiestos y ataques peligrosos. Pues, para cortar estas raíces emponzoñadas y detener sus progresos, no hay cosa más eficaz que el uso frecuente de la confesion.

Considerando absolutamente esta materia, ya sé cuál es la virtud del sacramento de la Penitencia, y que una sola confesion, hecha con todas las disposiciones y afectos necesarios, puede bastar para fortalecernos contra las recaidas, y mantenernos en el estado de gracia en que nos ha puesto; pero tambien sé, que esta confesion, por santa y fervorosa que sea, no apaga de un golpe el fuego de la pasion en el corazon, ni quita de un golpe la costumbre, ni borra de un golpe la memoria de los objetos que le hieren y mueven sensiblemente, ni corrige de un golpe las ideas vivamente impresas en el alma, ni libra de un golpe de ciertas ocasiones y tentaciones; pues es necesario algun tiempo para todo esto. De suerte, que aún despues de haber alcanzado en el sacramento de la Penitencia el perdon de las ofensas de que nos hemos confesado y de que nos ha absuelto el ministro de Jesucristo, tenemos que combatir los mismos enemigos dentro y fuera de nosotros. Verdad es, que se les han quitado muchas fuerzas; pero no se les ha vencido del todo. Verdad es, que se han cerrado las heridas que habíamos recibido de ellos; pero aún están en disposicion de abrirlas y tirarnos nuevas flechas. Y así, si dejamos de perseguirlos, si dejamos pasar mucho tiempo de una confesion á otra, en este largo intérvalo repararán sus pérdidas pasadas, y volverán á tomar sobre nosotros la misma superioridad que en los principios. ¿Cuántas experiencias funestas nos han enseñado esta doctrina? Pero ¿queremos nosotros librarnos de su tiranía y defendernos de sus golpes? ¿Queremos apurar esta mala levadura que llevamos en el corazon, que se aumenta sin cesar, y se extiende sobre las potencias de nuestra alma para corromperlas? ¿Queremos desarraigar estos principios de muerte, que nos son tan íntimos y familiares, y detener las impresiones que hacen en nuestras almas tantos objetos como nos cercan? Pues el medio más seguro, y que no admite la menor duda, es, usar fre-

cuentemente de las armas de la penitencia, y presentarse regular y frecuentemente á su tribunal. A fuerza de los remedios que dá un confesor, á fuerza de acusarse en su presencia, de confundirse, de reprenderse sus faltas, de resolverse, prometer y sujetarse á justas satisfacciones, no hay pasion tan violenta, cuyo ardor no se amortigüe poco á poco con la asistencia de Dios, ni nudos tan apretados que no se desaten, ni costumbre, ni tentacion que no se venza. Pongámonos en estado de conocerlo por nosotros mismos, y la experiencia nos convencerá de esta verdad.

Además, la confesion frecuente es de la mayor importancia para los pecadores, porque es un poderoso remedio para precavernos de las fatales resultas del pecado. El pecado tiene tres efectos, que son sus ordinarias resultas, es á saber: la ceguedad del entendimiento, la dureza del corazon, y la impenitencia final, ó la muerte en pecado. Ceguedad del entendimiento: un hombre entregado á su pecado, que persevera y vive por largo tiempo en él, va perdiendo de dia en dia las ideas de Dios y de la religion, olvida las verdades del cristianismo, y se deja preocupar de tal modo, ó por mejor decir, se deja infatuar de tal manera de los errores y falsas máximas del mundo, que no tiene ya regla que le dirija en todos sus juicios, ni en toda su conducta. La dureza: el mal se comunica al corazon. Todas las puntas de la conciencia se embotan, y caen, por lo que mira á la salvacion, en una especie de letargo, en que no les mueve cosa alguna; no hay advertencias ni amonestaciones á que den oidos ni les hagan alguna impresion: viene, en fin, la impenitencia final, ó la muerte en el pecado; porque sucede muy comunmente, que sorprendidos de la muerte cuando ménos la esperaban, y acostumbrados á no confesarse sino de una Pascua á otra, no pueden esperar á este término, y la muerte los arrebata de este mundo sin que hayan tenido lugar de pensar en sí y reconocerse. Luego, el remedio más cierto y seguro para todo esto es la frecuente confesion. Y, en efecto, en la frecuente confesion se acuerdan muchas veces de Dios y de su ley, se advierten sus obligaciones, y se ocupan en las verdades eternas: remedio contra la ceguedad del entendimiento. En la frecuente confesion se excitan muchas veces al ódio del pecado, al arrepentimiento y al dolor; al amor de Dios, al temor de sus juicios, á santos deseos y resoluciones: remedio contra la dureza del corazon. En la frecuente confesion se reconcilian prontamente con Dios, si han tenido la desventura de perder su gracia; destierran el pecado del alma casi al mismo tiempo que entró en ella; no le permiten establecerse; y por este medio, segun la palabra de Jesucristo, están siempre dispuestos

y siempre vigilantes contra las sorpresas de la muerte. Vigilancia que el Hijo de Dios nos recomendó tanto en el Evangelio, y que por medio de una sábia y prudente precaucion hubiera podido salvar millones de réprobos, á quienes una muerte improvisa y no esperada ha precipitado en el infierno. Allí comprenden, aunque tarde, lo que es el haber dilatado tanto el levantarse del pecado, y haber vivido tan largo tiempo en estado de condenacion. Comprendámoslo nosotros; pero con tiempo y desde ahora, cuando este conocimiento nos puede ser tan saludable.

2. Tambien es muy importante la frecuente confesion por lo que mira á los justos. El que es santo, dice la Escritura, santifíquese más cada dia; es decir, que el alma justa se purifique siempre más y más delante de Dios, y renueve siempre más y más su fervor en el servicio de su Majestad. Con que es fácil de concebir lo mucho que contribuye á uno y á otro la frecuente confesion. No hay cosa mas propia para purificar más y más el alma justa que la frecuente confesion. El justo, segun el testimonio del Espíritu Santo, cae siete veces al dia; con que no habrá alma tan inocente ni tan limpia en los ojos de Dios, que no tenga siempre necesidad de purificarse: porque la proposicion del Sábio es universal, y no dice solamente algunos justos, sino absolutamente y sin restriccion el justo, sea el que fuere. Y la razon es, porque el justo no deja de ser hombre, y todo hombre en la tierra es frágil y está sujeto á las fragilidades humanas. Sin embargo, es de grandísimo interés á un alma, que quiere ser de Dios, adquirir, en cuanto le es posible, la mayor pureza de corazon y mantenerse en ella; porque no puede de otro modo gozar de algunos favores del cielo, ni recibir ciertas gracias, que solo comunica Dios á las almas puras, y se las manifiesta á proporcion de su pureza; por lo cual dijo el Salvador del mundo: *Bienaventurados los limpios de corazon, porque ellos verán á Dios.* MATTH. v, 8. Luego, no se puede dudar, que con la frecuente confesion se purifica el alma cristiana de las más mínimas culpas: pues cuantas veces entra en sí misma, tanto más se examina, y tanto más se la abren los ojos para percibirlas; y, desde que las percibe, no sosiega ni descansa hasta borrarlas con las lágrimas de la penitencia. De este modo las impide el crecer; y se preserva de caidas más graves á que podia estar expuesta por una multitud de faltas, aunque leves, que dejaria aumentar y acumularse. De este modo se presenta siempre á Dios, segun nos dice el Profeta, *como una reina que se pone delante del príncipe su fiel esposo, hermoseada con diversos adornos, y con un rico vestido de oro.* PSALM. XLIV, 15. En este estado

atrae á sí los ojos de Dios, y le agrada; y porque no hay estorbo que le pueda apartar, viene á ella, la honra con su presencia, y la colma de sus dones y de sus gracias.

No hay cosa más propia para renovar sin cesar el fervor de una alma justa que la frecuente confesion. No hay fuego, por ardiente que sea, que no se apague cuando no se pone cuidado en mantenerle; y no hay piedad tan fervorosa, que para no decaer y resfriarse no tenga necesidad de reanimarse y despertarse muchas veces. Aquel obispo del Apocalipsi lo habia experimentado, cuando Dios le reprendia que habia perdido mucho de su primera caridad, y habia caido en la relajacion y en la tibieza. A esto se ven reducidas tantas almas, que se vieron en otros tiempos abrasadas del celo de la honra de Dios y de su santificacion. Nada se escapaba á su fidelidad, nada las detenia, ni las costaba cosa alguna, y solo les ha faltado la constancia. Pues para volver á entrar en tan dichosas disposiciones, no hay mejor práctica que prescribirlas la frecuencia del sacramento de la Penitencia.

Porque cuanto más se acercaren á este sacramento, tanto más participarán de sus gracias. Y ¿qué es lo que inflama el fervor de una alma santa, sino los santos movimientos de la gracia? Cuanto más se llegaren á él, tanto más llenarán su espíritu de piadosas consideraciones, y la voluntad de vivas afecciones; y ¿no son éstas siempre el nuevo pábulo para alimentar y perpetuar este fuego? Así, es evidente, que no se levantan por lo comun de este sagrado tribunal sin una cierta uncion ó consuelo espiritual, que se introduce en el corazon, y ocupa, por decirlo así, toda la capacidad del alma. Se sienten totalmente recogidas dentro de sí mismas, y penetradas del todo de una alegría celestial; y aún, algunas veces, enternecidas de devocion, se les bañan los ojos en lágrimas, y se les deshace el corazon en suspiros; y con este nuevo fervor alargan los pasos, se adelantan, se hacen más regulares que otras veces, y más prontas y contínuas en todos sus ejercicios.

Hermanos mios, desembaracémonos y desatémonos de todos los lazos y de toda la corrupcion del pecado. No suframos la menor mancha, y sea todo esto el fruto de una digna confesion y penitencia. Frecuentemos este sacramento; de esta suerte arrancaremos de nosotros la raiz y principio del pecado; nos precaveremos de sus fatales resultas; se renovará sin cesar el fervor de nuestra alma; Jesucristo reinará en nosotros hasta que tengamos la dicha de vivir eternamente en él y con él en el cielo, que es lo que os desea.

DIVISIONES.

CONFESION SACRAMENTAL.—Nunca puede ser excesivo el deseo de alcanzar la contricion.

Nunca será excesiva la frecuencia con que se nos hagan reflexiones para inclinarnos á la contricion.

Nunca será excesivo el vigor que empleemos en combatir los obstáculos que ordinariamente se oponen á la contricion.

CONFESION SACRAMENTAL.—Las causas de la contricion son gloriosas para los verdaderamente arrepentidos.

Los efectos de la contricion son admirables en los que ántes habian sido más insensibles.

CONFESION SACRAMENTAL.—Confesando el penitente sus pecados, ha de dar á conocer:

1.° Su condicion.
2.° Sus costumbres.
3.° Las causas de los pecados.

CONFESION SACRAMENTAL.—Un penitente debe acusarse:

1.° Sin excusar su malicia.
2.° Sin acusar al prójimo.
3.° Sin engañar á su juez.

CONFESION SACRAMENTAL.—El dolor debe preceder:

1.° A nuestra confesion.
2.° Debe acompañarla.
3.° Debe continuar despues de ella.

CONFESION SACRAMENTAL.—Debe haber exactitud en la esposicion de nuestros pecados.

Debe haber sinceridad en lo que digamos contra nosotros mismos.

Las resoluciones que hemos tomado ántes de acusarnos, y miéntras nos acusamos, deben ser eficaces.

CONFESION SACRAMENTAL.—Nosotros pedimos al confesor que nos instruya: está bien; pero, es preciso que por nuestra parte instruyamos al confesor.

Nosotros pedimos á nuestro confesor que nos consuele; está bien que se lo pidamos; pero conviene que nosotros demos consuelo al confesor.

CONFESION SACRAMENTAL.—Hay hombres que abusan de la confesion, pues no van al confesonario sino para disputar.

Hay mujeres que abusan de la confesion, pues no van al confesonario sino para conversar.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Vir sive mulier, cum fecerint ex omnibus peccatis, quæ solent hominibus accidere, et per negligentiam transgressi fuerint mandatum Domini atque dereliquerint, peccatum suum confitebuntur. Num. v, 6.

Cuando un hombre ó mujer cometieren alguno de los pecados en que suelen caer los mortales, y por descuido traspasaren el mandato del Señor y delinquieren, confesarán su culpa.

Fili mi, da gloriam Domino Deo Israel, et confitere, atque indica mihi quid feceris, ne abscondas: et dixit ei: vere ego peccavi. Josue. vii, 19.

Hijo mio, dá gloria al Señor Dios de Israel, y confiesa y declárame qué has hecho: no me lo encubras:.... y le dijo: verdaderamente yo he pecado.

Si abscondi quasi homo peccatum meum, et celavi in sinu meo iniquitatem meam. Job. xxxi, 33.

Si, como suelen hacer los hombres, encubrí mi pecado y oculté en mi pecho mi maldad; *sea yo castigado de Dios.*

Dixi: Confitebor adversum me injustitiam meam Domino, et tu remisisti impietatem peccati mei. Psalm. xxxi, 5.

Confesaré, dije yo, contra mi mismo al Señor la injusticia mia; y tú perdonaste la malicia de mi pecado.

Iniquitatem meam annuntiabo, et cogitabo pro peccato meo. Psalm. xxxvii, 19.

Yo mismo confesaré mi iniquidad, y andaré *siempre* pensativo por causa de mi pecado.

Sacrificium Deo spiritus contribulatus; cor contritum et humiliatum Deus non despicies. Psalm. l, 19.

El espíritu compungido es el sacrificio *mas grato* para Dios: no despreciarás, oh Dios *mio*, el corazon contrito y humillado.

Preoccupemus faciem ejus in confesione. Psalm. xciv, 2.

Corramos á presentarnos ante su acatamiento, dándole gracias.

Qui abscondit scelera sua, non dirigetur: qui autem confessus fuerit, et reliquerit ea, misericordiam consequetur. Proverb. xxviii, 13.

Quien encubre sus pecados no podrá ser dirigido: más el que los confesáre y se arrepintiere de ellos, alcanzará misericordia.

Quodcumque ligaveris super terram, erit ligatum et in cœlis; et quodcumque solveris super terram, erit solutum et in cœlis. Matth. xvi, 19.

Todo lo que atares sobre la tierra, será tambien atado en los cielos; y todo lo que desatares sobre la tierra, será tambien desatado en los cielos.

Vade, ostende te sacerdoti, et offer pro emundatione tua, sicut præcepit Moyses. Luc. v, 14.

Anda, preséntate al sacerdote y lleva la ofrenda por tu curacion, segun lo ordenado por Moisés.

Ecce sanus factus es; jam noli peccare, ne deterius tibi aliquid contingat. Joann. v, 14.

Bien ves como has quedado curado; no peques pues en adelante, para que no te suceda alguna cosa peor.

Sicut misit me Pater, et ego mitto vos. Hæc cum dixisset, insufflavit, et dixit eis: accipite Spiritum Sanctum: quorum remiseritis peccata, remittuntur eis; et quorum retinueritis, retenta sunt. Joann. xx, 21, 22, 23.

Como mi Padre me envió, así os envio tambien á vosotros. Dichas estas palabras, alentó *ó dirigió el aliento* hácia ellos, y les dijo: recibid el Espíritu Santo: quedan perdonados los pecados á aquellos á quienes los perdonáreis, y quedan retenidos á los que se los retuviéreis.

Si confiteamur peccata nostra, (Deus) fidelis est et justus ut remittat nobis peccata nostra, et emundet nos ab omni iniquitate. I. Joan. i, 9.

Si confesamos *humildemente* nuestros pecados, fiel y justo es Dios para perdonárnoslos, y lavarnos de toda iniquidad, *segun su promesa.*

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Desde el principio del mundo Dios ha exigido la confesion del pecado como medio necesario para perdonarlo. Apenas el primér hombre infringió el precepto que se le habia impuesto, Dios le buscó como un padre piadoso, dice Cornelio á Lápide, y le obligó á confesar su culpa, con el fin de concederle el perdon. *Adam et Eva requisiti*

fuerunt, dice S. Gregorio, *ut peccatum, quod transgrediendo commiserant, confitendo delerent.* (In lib. Moral.)

Adan, despojándose de su cinturon de hojas, pobre y frágil vestidura que se habia fabricado él mismo, y que le molestaba sin cubrirle, y obligado á recibir de las manos de la bondad divina un vestido más completo, Genes. III, 21, es un ejemplo del pecador incapaz de cubrir por sí mismo la desnudez de su alma, y obligado á pedir á Jesucristo una vestidura que no le haga *ruborizarse* más en la presencia de Dios. Esta vestidura es la gracia, que el pecador no puede alcanzar sino mediante la confesion y el arrepentimiento de sus pecados.

El mismo empeño observamos en el misericordioso Dios con respecto al fratricida Cain. ¿Dónde está tu hermano? le pregunta. Pero la insolente respuesta de este criminal es una prueba de su obstinacion. No lo sé, contesta, ¿acaso soy yo el pedagogo de mi hermano? Esta insensata pretension de ocultar su delito á los ojos de Dios, tuvo el doble resultado fatal de haberlo de confesar desesperadamente y sin fruto. En toda la historia sagrada vemos siempre, que á la ocultacion del pecado sigue la maldicion, y que el perdon va siempre, en pos de la confesion del mismo.

No puede ser más expreso de lo que es el precepto impuesto por Dios al pueblo de Israel de confesar sus pecados: *Vir sive mulier, cum fecerint ex omnibus peccatis, quæ solent hominibus accidere, et per negligentiam suam transgressi fuerint mandatum Domini, atque dereliquerint, confitebuntur peccatum suum;* Num. 5, 6 et 7: cuyas últimas palabras, dice el sábio Belarmino, pueden traducirse en estos términos: *ellos confesarán expresa y distintamente su pecado.*

No es ménos significativo aquel pasaje del libro del Levítico, Cap. 5, 4 et 5: *Anima quæ juraverit.... oblitaque postea intellexerit delictum suum, agat pœnitentiam pro peccato suo.* Cornelio á Lápide afirma de un modo absoluto, que en el texto original hebreo y en el caldeo, en vez de las palabras: *haga penitencia por su pecado*, se encuentran estas otras: *que confiese el pecado que ha cometido.*

En el libro del Levítico, Cap. 13, manda Dios, que los leprosos sean conducidos al sacerdote é inspeccionados por él; lo que tambien practicó Jesucristo con los leprosos que se le presentaron para alcanzar su curacion: *Ite, ostendite vos sacerdotibus*, Luc. XVII; y lo mismo hizo con aquel otro: *Vade, ostende te sacerdoti*, Matth. VIII. Reflexionando los santos Padres é intérpretes, que el Salvador observó esta conducta solo con los leprosos, dicen, que la lepra es figura del

pecado, que necesaria y únicamente debe ser manifestado al sacerdote para aplicar el debido remedio.

Segun los rabinos, el que ofrecia el sacrificio por el pecado, debia poner sus manos sobre la cabeza de la víctima, y decir: *Señor, yo me arrojo á vuestros piés; yo he pecado, yo he obrado inicuamente, yo he prevaricado*, yo he hecho esto y aquello; *yo me arrepiento, yo me avergüenzo de mis acciones; no volveré jamás á incurrir en ellas.* Los sacrificios, segun los mismos doctores hebreos, no servian para nada, ni expiaban los pecados, á ménos que los acompañasen la penitencia y la confesion. Aún ahora, los judíos hacen en el dia de la *expiacion* esta confesion *particular* de sus pecados, y se dan golpes *para que sirvan de satisfaccion*, como lo he oido decir á ellos mismos. A Lápide, in cap. 4 Levit.

El bautismo que conferia S. Juan Bautista se llama «bautismo de penitencia;» y nos dice el Evangelio, que los hebreos iban á recibirle, haciendo ántes la confesion de sus pecados: *Exibant ad eum Jerosolyma et omnis Judæa.... et baptizabantur ab eo in Jordane* confitentes peccata sua. Matth. III, 1, 5 et 6.

La probática Piscina, que se nos recuerda en el santo Evangelio, Joann. V, era una verdadera figura del tribunal de la Penitencia, como lo insinúa su mismo nombre: *Bethsaida* ó *Bethesda*, esto es, *casa de misericordia*; porque, en efecto, en ningun otro sacramento, en ningun otro lugar manifiesta el Señor con tanta efusion su misericordia, como en el sacramento de la Penitencia. En él encontramos las verdaderas aguas que limpian nuestra alma de sus pecados.

Lázaro, muerto de cuatro dias, hediondo y luego resucitado por la omnipotente palabra de Jesucristo, es una viva figura del pecador infeliz adormecido y aletargado en el seno de sus vicios, y luego vuelto de muerte á vida por la poderosa palabra del Salvador pronunciada por el ministro de la Penitencia. Esta palabra rompe todas las cadenas de sus pecados, así como entónces mandó romper todas las ataduras de su amigo. Joann. XI.

AUTORIDADES DE LOS SANTOS PADRES.

Confiteberis peccata tua. Epist. S. Bernab. n. XIX.

Confesarás todos tus pecados.

Quamdiu sumus in hoc mundo, de malis quæ in carne gessimus, ex toto corde resipiscamus, ut á Domino salvemur, dum habe-

Miéntras estamos en este mundo, arrepintámonos sinceramente de los pecados á que nos inclina nuestra naturaleza, para que el

mus tempus pœnitentiæ. Postquam enim mundo exivimus, non amplius possumus ibi confiteri, aut pœnitentiam adhuc agere. S. CLEMENT. EPIST. II AD COR.

Señor nos salve, miéntras hay lugar á la penitencia: porque despues de muertos ya no podemos confesarnos más, ni tenemos tiempo para hacer penitencia.

Confessæ sunt, et secundum corpus exterminatas se ab eo, et velut cupidine inflammatas valde illum dilexisse. S. IRENÆUS, ADV. HÆRES. LIB. I, 9. *De mulieribus á quodam Marco vitiatis.*

Confesaron que él (Marco) las habia atropellado en sus cuerpos, y que ellas, encendidas en el fuego de la concupiscencia, le habian amado ciegamente.

Si peccaverimus debemus dicere: PECCATUM MEUM NOTUM TIBI FECI, ET INIQUITATEM MEAM NON ABSCONDI: *si enim hoc fecerimus, et revelaverimus peccata nostra, non solum Deo, sed etiam iis qui possunt mederi peccatis nostris, delebuntur peccata nostra.* ORIGEN. HOM. II IN LEVIT.

Cuando hemos pecado, debemos confesarlo, diciendo: *te he declarado, Señor, mi pecado, y no te he ocultado mi malicia:* porque si lo hacemos así y manifestamos nuestros pecados, no solo á Dios, sino tambien á los que los pueden borrar, quedarán realmente perdonados nuestros pecados.

Confiteantur singuli, quæso vos, fratres charissimi, delictum suum, dum adhuc qui deliquit in sæculo est, dum admitti confessio ejus potest, dum satisfactio et remissio facta per sacerdotes apud Deum grata est. S. CYPRIAN. DE LAPSIS.

Os ruego, hermanos carísimos, que cada uno confiese sus pecados miéntras estamos en este mundo, miéntras Dios recibe nuestra confesion y se complace en nuestra penitencia y en el perdon que nos conceden los sacerdotes.

Necessario iis peccata confiteri oportet quibus est dispensatio mysteriorum Dei. S. BASIL. IN REGUL. QUÆST. 228 DE POENIT. CAP. 6.

Es necesario confesar los pecados á aquellos á quienes está confiada la dispensacion de los divinos misterios.

In forensibus judiciis post confessionem vita aut mors; apud Dominicum autem tribunal post confessionem criminum datur corona. S. CHRYSOST. HOM. DE POENIT.

En los tribunales comunes, á la confesion del delito sigue la absolucion ó condenacion del reo: pero en el tribunal de Jesucristo se ciñe una corona al reo despues que ha confesado sus crímenes.

Secunda post naufragium tabula est culpam simpliciter confiteri. S. HIERON. EPIST. LXV AD PAMMACH. C. 3.

La confesion sincera de los pecados es la segunda tabla que nos queda despues del naufragio.

Deus noster, quia pius est et misericors, vult ut peccata nostra confiteamur in hoc sæculo, ne pro illis confundamur postea in futuro. S. AUGUST. HOM. XII EX 50.

Nuestro Dios, por lo mismo que es piadoso y misericordioso, quiere que confesemos nuestros pecados en esta vida, por no sufrir una eterna confusion en la otra.

Virus peccati salubriter aperitur in confessione, quod pestifere latebat in mente. HOM. XL.

La ponzoña del pecado, que agravaba al alma miéntras oculta, sale fuera y la cura por medio de la confesion.

Confessio sanat, confessio justificat, confessio peccati veniam donat; omnis spes in confessione consistit; in confessione locus misericordiæ est; nulla tam gravis culpa quæ per confessionem non habeat veniam. S. ISIDOR. HISP. IN COMMENT. LIB. I, CAP. 10.

La confesion de los pecados cura, justifica y obtiene el perdon; en la confesion tenemos puesta toda nuestra esperanza, en ella encontramos la misericordia: no habiendo pecado, por enorme que sea, que no se borre por medio de la confesion.

Sicut in baptismo originalia, ita in confessione remittuntur peccata actualia. S. ANSELM. *in Elucidario.*

Así como en el bautismo se nos borra el pecado original, en la confesion se nos perdonan los pecados actuales.

Erubesce, sed tamen revela totum. S. BERN. DE VITA SOLIT.

Llénate de confusion, pero por esto no dejes de confesarlo todo.

CONFESION DE LA FE.

Corde creditur ad justitiam, ore autem confessio fit ad salutem.

Es necesario creer de corazon para justificarse, y confesar la fe con las palabras para salvarse.

(*Rom.* x, 10.)

El espíritu del mal, desde el instante que perdió á nuestros primeros padres, no ha cesado de tender sus lazos al género humano. Ha tenido siempre mensajeros de lisonja y de corrupcion; de ahí todos esos títulos que, bajo diversos nombres, bajo diversos espíritus, han trabajado, y todavía trabajan, en seducir á las almas con sus escritos, con sus palabras, con sus consejos y con sus ejemplos. Se anuncian á los pueblos como profetas de la verdad, de la virtud y de la dicha, miéntras no dan de sí mas que tinieblas, vicio y miseria. Su ciencia es tan falsa como perverso su genio; ó más bien, no poseen sino la ciencia y el genio del mal. Ministros de Satanás en la tierra, prosiguen en ella su obra de perdicion. ¡Desdichado del que los escucha! Jesucristo nos dice, que nos guardemos de los falsos profetas, que se nos presentan cubiertos con pieles de ovejas, con que pretenden disimular su cualidad de lobos. Fisonomía agradable y corazon duro, tales son los rasgos con que el Salvador los caracteriza; y, en efecto, tales fueron siempre, y tales son ahora. Recordad con qué lisonjeras palabras sedujo la antigua serpiente á Eva, y en que desgracia la precipitó. Los falsos profetas no han degenerado de su padre; preguntad á la historia, y en todas partes y en todas épocas los reconocereis por el mismo carácter, sea cual fuere la época y el país á que hayan pertenecido.

No os dejeis seducir por vanas palabras, por lisonjeras y magníficas que sean; antes de aceptar la palabra de un hombre, examinad si sus obras son justas, buenas, edificantes y útiles; cuáles son las consecuencias que de su doctrina se desprenden, y cuáles los efectos que ordinariamente producen. Por los rasgos con que el Salvador pinta á los falsos profetas, podreis reconocerles. No basta empero que os guardeis de ellos, es preciso que confeseis la fe sin rubor, que la sostengais con firmeza. Nuestra lengua debe estar siempre pronta para profesar públicamente nuestras creencias, y para tomar su defensa cuando la ataquen sus enemigos. El maligno espíritu, como que está sumamente interesado en privar al Señor de la gloria que de nuestra fe puede resultarle, ata á veces la lengua de los fieles, para que enmudezcan y se hagan culpables del delito de no defender la fe. No creo que haya entre vosotros, hermanos mios, quien falte al precepto que la religion os impone, de confesar sin rubor la fe católica que profesais; sin embargo, permitidme que para moveros á confirmar en ella á vuestros hermanos, os demuestre, que todos debemos estar siempre prontos á confesar la fe que profesamos, y hasta á denunciar cuanto puede serle injurioso. Pidamos los auxilios de la gracia. A. M.

1. La fe, que, en expresion de S. Bernardo, es la luz del alma, la puerta de la vida y el fundamento de la salud eterna, nos obliga á actos interiores y exteriores. Saber los misterios de la religion, creerlos y no dejar jamás de asentir á ellos; tales son los actos interiores. Confesar la fe, y no negarla jamás, tales son los exteriores. Unos y otros están comprendidos en estas palabras que el Apóstol dirigia á los de Roma: *Corde creditur ad justitiam, ore autem confessio fit ad salutem.* El corazon y los afectos interiores bastan para que las creencias produzcan nuestra justificacion; más para la salvacion eterna es indispensable que confesemos nuestra fe con la boca. Dejemos, por no ser conducentes á lo propuesto, los actos interiores, y hablemos de los exteriores.

El precepto que la religion nos impone de confesar sin rubor la fe católica que profesamos, es, á la vez, natural y divino. Es precepto natural, pues la luz impresa en nuestras almas desde su orígen nos indica, la necesidad de profesar públicamente la religion verdadera que dá á Dios el culto debido, que regula nuestros actos y que es el alma de la sociedad. Es precepto divino, porque el mismo Jesucristo nos lo intima, afirmando, que solo reconocerá por discípulos suyos á los que le confiesen ante los hombres. El Apóstol de las gentes tambien nos dice en su carta á los de Roma, que solo se salvarán los que,

creyendo de corazon, confiesen á Jesucristo con sus labios. Es pues indudable la obligacion que tenemos de confesar exteriormente la fe.

Pero ¿en qué tiempo ó tiempos nos obliga este precepto? pues, siendo afirmativo, no puede obligarnos siempre, en todo caso y en todas circunstancias. El doctor angélico, compendiando sobre este punto las profundas doctrinas de los santos Padres y de los mas profundos teólogos, dice, que «obliga el precepto de confesar exteriormente la fe cuando de su omision se sustraen ó deprimen, ó el culto y honor debidos á Dios, ó la utilidad espiritual del prójimo.» De ahí podreis deducir, cuantos son los que pecan por no confesar exteriormente su fe cuando tienen obligacion de hacerlo. No ignoro, que no todos los fieles han sido destinados por Jesucristo á ser doctores de su Iglesia para instruccion de los otros; que no todos son pastores que deban enseñar la fe á sus súbditos; pero tampoco ignoro, que todo fiel, como dice el angélico Maestro, está obligado á confesar la fe para confirmar en ella á sus hermanos, y para reprimir los insultos de los incrédulos, siempre que la necesidad lo reclama. No puede negarse, que en estos dias funestos hay una necesidad especial de sostener vigorosamente la religion, como quiera que se deprimen el honor y culto debidos á Dios, y que son frecuentes las ocasiones en que se pone en peligro la salud espiritual de nuestros prójimos; colegid pues cuanta necesidad hay de confesar con la boca la fe que profesamos de corazon. Sin embargo, son pocos los que despegan sus labios para hacer actos externos de fe, y se toleran y dejan impunes innumerables impiedades á ciencia y paciencia de muchos. Se habla y discute contra ciertos dogmas de la fe, ó ciertas prácticas religiosas; se leen en las reuniones ciertos escritos que, poco á poco, vierten el veneno en los espíritus y en los corazones; bajo formas elegantes y atractivas se prodiga el sarcasmo, la blasfemia y la malicia sobre las personas y las cosas mas respetables; y, sin embargo, los circunstantes enmudecen, ni una sola palabra pronuncian para apartar á sus prójimos del peligro que corren.

Amados hermanos, vosotros que lo oís, que lo presenciais, que tal vez lo autorizais, haced un detenido exámen de vuestra fe, y ved si permaneceis firmes en la que fué el principal blason de vuestros padres, ó si alguna vez os avergonzais de ser cristianos. Ved si haceis alarde y profesion de vuestra fe, cuando en vuestra presencia se atacan los dogmas y la moral sagrada, ó si incurrís en el delito de enmudecer. Si dejais sin réplica los insultos que con tanta frecuencia se hacen á la fe y á la Iglesia, estremeceos; pues Jesucristo ha pronunciado contra vosotros la fatal sentencia. Escuchadla: *Qui me eru-*

buerit, et sermones meos, hunc Filius hominis erubescet cum venerit in majestate sua. Al que tenga rubor de confesarme y de defender en público mi doctrina, tendré tambien á ménos el reconocerlo por mio en el juicio universal.

Confesad pues, amados oyentes, confesad vuestra fe para instruir y confirmar en ella á vuestros hermanos; propaladla para reprimir los insultos de los incrédulos. Revestios del celo santo de un Moisés, que prefirió el confesar su santa religion á todos los tesoros y conveniencias que se proporcionaba siendo reputado por vástago de la hija de Faraon. Manifestando vuestra creencia, hablando de ella á vuestros hermanos, y reprimiendo los insultos de los incrédulos, contribuireis á sostener la unidad de la fe, fortalecereis á los flacos y débiles, que se dejan alucinar incautos; evitareis la muerte espiritual, fruto del veneno que se difunde, salvareis vuestra alma, y salvareis tambien á vuestros hermanos.

2. No os contenteis, empero, con hacer profesion pública de vuestra fe siempre que el honor de Dios y la utilidad del prójimo lo exijan; sed, además, solícitos en denunciar los pecados contra esta excelente virtud. Asunto interesante es éste por las circunstancias actuales, y por la crasa ignorancia que sobre él se advierte en el pueblo cristiano. La Iglesia impone á todos, hombres y mujeres, eclesiásticos y seglares, nobles y plebeyos, ricos y pobres, la obligacion de denunciar los pecados contra la fe, los de herética pravedad y apostasía; los de sortilegio y maleficios en que se abusa para su ejecucion de los misterios más venerandos de la Iglesia, haciéndose, por lo tanto, muy sospechosa la fe de los que fomentan semejantes delitos. Estamos gravemente obligados en conciencia á delatar esas culpas, como todas las que hagan prudentemente dudar de la fe de quien las practica; pero con especialidad los escritos, dichos y hechos de los herejes y de los apóstatas: *Sermo eorum ut cancer serpit*, dice el Apostol, II Timot. II. Las palabras y conversaciones de estos hombres son como el cáncer, que se propaga insensiblemente y es mortal de necesidad. En la superficie del cuerpo humano preséntase á veces un pequeño tumor canceroso, contra el que los facultativos no encuentran ni han descubierto un perfecto y seguro antídoto sino amputándolo, en caso de estar situado en parte que permita la incision. Del mismo modo las canceradas doctrinas de los hombres que se han separado de la Iglesia no tienen otro remedio que cortarlas en tiempo oportuno. Es indispensable arrancar con prontitud y en sus principios la mala semilla, que los enemigos de la Iglesia siembran en su

cuerpo místico, para que no se pierda con ella el trigo precioso de los verdaderos creyentes.

De este peligro, que tanto interesa precaver, nace la obligacion de denunciar á la autoridad eclesiástica los pecados contra la fe. Y esta denuncia debe hacerse sin pérdida de tiempo. Cuando se trata de otros pecados, la caridad exige que, ántes de la denuncia, se amoneste y corrija á solas al delincuente, á no ser que pueda prudentemente juzgarse que ningun fruto se sacará de la correccion; pero «cuando amenaza la desgracia espiritual ó temporal de muchos, dice el angélico doctor, no ha lugar á la admonicion ó correccion fraterna; pues, en este caso, el que peca, lo hace contra el bien comun, que debe siempre anteponerse al particular. 2, 2, QUÆST. 33, ART. 7.» Y no se entienda, que esta obligacion se nos impone solo con respecto á los pecados públicos; aunque sean secretos, si tenemos noticia verídica de ellos, debemos denunciarlos, siempre que sean contra la fe y contra el bien comun. El Pontífice S. Leon estaba tan persuadido de esta responsabilidad, que obliga en conciencia á todos los fieles, que en uno de sus sermones, despues de exhortarlos á denunciar estos pecados contrarios á la fe, aunque fuesen ocultos, les decia: «Hermanos mios, contra los enemigos comunes de la Iglesia, y por la salud espiritual de todos sus hijos, uno debe ser el cuidado de todos, una misma la vigilancia; y los que creen no estar obligados á la delacion, se hacen reos por su silencio ante el tribunal de Jesucristo. SERM. XV, Ó 5 DE JEJUN. DEC. MEN.» No os contenteis, pues, con prestar á Dios el tributo de aquellos actos exteriores que constituyen el justo homenaje de la virtud de la religion; tomad la defensa de la fe siempre que la veais atacada por sus enemigos, y denunciad los pecados que sean contra ella. Hay muchos en nuestros dias, que con aire complaciente y semblante halagüeño dan oidos á proposiciones injuriosas al dogma, á las prácticas sagradas de la Iglesia, á todo lo santo y respetable, y que hasta se atreven á prodigar elogios á los escritos burlescos que atacan la religion: guardaos de imitarlos; defended vuestras creencias religiosas para gloria y honor de Dios, para confusion de los incrédulos y para edificacion de vuestros hermanos; y denunciad lo que pueda causar la desgracia espiritual del prójimo para que no os haga reos vuestro silencio ante el juez supremo.

¡Dios eterno! dignaos oir mis súplicas; escuchad los clamores que os dirigimos los que somos polvo y ceniza. Haced que en todos estos fieles resalte y se perciba la acendrada posesion de un mismo espíritu de fe fervorosa, que estimule á confesarla sin rubor ante las gentes para gloria vuestra y confusion de vuestros enemigos, y les mue-

va á denunciar y dar parte de los pecados contra la fe para sostener con firmeza la religion. No permitais que sus obras estén en contradiccion con sus creencias; y, al contrario, haced que sean buenos cristianos, católicos, religiosos, dignos del premio que nos promete la fe, el goce absoluto de una gloria eterna é inefable.

DIVISION.

CONFESION DE LA FE.—Las chanzas del mundo no deben sonrojarnos, cuando se trata de rendir homenaje á la verdad de nuestra religion.

Los rigores de la persecucion no deben arredrarnos, cuando Dios quiere que hagamos una declaracion auténtica de nuestras creencias.

CONFIANZA EN DIOS.

Crede Deo, et recuperabit te.
Confia en Dios, y él te sacará á salvo.
(*Eccles.* II, 6.)

La confianza en Dios es uno de nuestros mas sagrados deberes; sin embargo, pocos son los que en él esperan. El mundo es un mar agitado, en cuyo seno abundan los escollos y peligros de todo género. Dónde quiera que dirijamos nuestro rumbo, sea el que fuere el término á que aspiremos, vemos condensarse sobre nosotros tempestades horrorosas, que, á cada instante, amenazan echar á pique la frágil barquilla de nuestra alma; y en vez de recurrir á Dios, de quien únicamente podemos esperar la calma y la bonanza, nos desanimamos, murmuramos, y á veces cedemos á la desesperacion. Pero ¿por qué no acudimos en los peligros, tanto espirituales como temporales, al que

cuerpo místico, para que no se pierda con ella el trigo precioso de los verdaderos creyentes.

De este peligro, que tanto interesa precaver, nace la obligacion de denunciar á la autoridad eclesiástica los pecados contra la fe. Y esta denuncia debe hacerse sin pérdida de tiempo. Cuando se trata de otros pecados, la caridad exige que, ántes de la denuncia, se amoneste y corrija á solas al delincuente, á no ser que pueda prudentemente juzgarse que ningun fruto se sacará de la correccion; pero «cuando amenaza la desgracia espiritual ó temporal de muchos, dice el angélico doctor, no ha lugar á la admonicion ó correccion fraterna; pues, en este caso, el que peca, lo hace contra el bien comun, que debe siempre anteponerse al particular. 2, 2, QUÆST. 33, ART. 7.» Y no se entienda, que esta obligacion se nos impone solo con respecto á los pecados públicos; aunque sean secretos, si tenemos noticia verídica de ellos, debemos denunciarlos, siempre que sean contra la fe y contra el bien comun. El Pontífice S. Leon estaba tan persuadido de esta responsabilidad, que obliga en conciencia á todos los fieles, que en uno de sus sermones, despues de exhortarlos á denunciar estos pecados contrarios á la fe, aunque fuesen ocultos, les decia: «Hermanos mios, contra los enemigos comunes de la Iglesia, y por la salud espiritual de todos sus hijos, uno debe ser el cuidado de todos, una misma la vigilancia; y los que creen no estar obligados á la delacion, se hacen reos por su silencio ante el tribunal de Jesucristo. SERM. XV, Ó 5 DE JEJUN. DEC. MEN.» No os contenteis, pues, con prestar á Dios el tributo de aquellos actos exteriores que constituyen el justo homenaje de la virtud de la religion; tomad la defensa de la fe siempre que la veais atacada por sus enemigos, y denunciad los pecados que sean contra ella. Hay muchos en nuestros dias, que con aire complaciente y semblante halagüeño dan oidos á proposiciones injuriosas al dogma, á las prácticas sagradas de la Iglesia, á todo lo santo y respetable, y que hasta se atreven á prodigar elogios á los escritos burlescos que atacan la religion: guardaos de imitarlos; defended vuestras creencias religiosas para gloria y honor de Dios, para confusion de los incrédulos y para edificacion de vuestros hermanos; y denunciad lo que pueda causar la desgracia espiritual del prójimo para que no os haga reos vuestro silencio ante el juez supremo.

¡Dios eterno! dignaos oir mis súplicas; escuchad los clamores que os dirigimos los que somos polvo y ceniza. Haced que en todos estos fieles resalte y se perciba la acendrada posesion de un mismo espíritu de fe fervorosa, que estimule á confesarla sin rubor ante las gentes para gloria vuestra y confusion de vuestros enemigos, y les mue-

va á denunciar y dar parte de los pecados contra la fe para sostener con firmeza la religion. No permitais que sus obras estén en contradiccion con sus creencias; y, al contrario, haced que sean buenos cristianos, católicos, religiosos, dignos del premio que nos promete la fe, el goce absoluto de una gloria eterna é inefable.

DIVISION.

CONFESION DE LA FE.—Las chanzas del mundo no deben sonrojarnos, cuando se trata de rendir homenaje á la verdad de nuestra religion.

Los rigores de la persecucion no deben arredrarnos, cuando Dios quiere que hagamos una declaracion auténtica de nuestras creencias.

CONFIANZA EN DIOS.

Crede Deo, et recuperabit te.
Confia en Dios, y él te sacará á salvo.
(*Eccles.* II, 6.)

La confianza en Dios es uno de nuestros mas sagrados deberes; sin embargo, pocos son los que en él esperan. El mundo es un mar agitado, en cuyo seno abundan los escollos y peligros de todo género. Dónde quiera que dirijamos nuestro rumbo, sea el que fuere el término á que aspiremos, vemos condensarse sobre nosotros tempestades horrorosas, que, á cada instante, amenazan echar á pique la frágil barquilla de nuestra alma; y en vez de recurrir á Dios, de quien únicamente podemos esperar la calma y la bonanza, nos desanimamos, murmuramos, y á veces cedemos á la desesperacion. Pero ¿por qué no acudimos en los peligros, tanto espirituales como temporales, al que

vela siempre para escuchar los gemidos del que llama en su auxilio? El bien verdadero solo puede venir del cielo. Allí, pues, debemos acudir en nuestras necesidades mas urgentes; á Dios, que es el único, que puede reprimir los elementos y refrenar las leyes mismas de la naturaleza, debemos invocar en medio de las borrascas, que en nuestra alma suscitan el mundo, la carne y el infierno. Haciéndolo así, el Señor alejará de nosotros todo temor, se mostrará propicio á nuestras súplicas; y la calma del corazon, la paz del espíritu, la tranquilidad mas perfecta, serán el efecto de nuestra confianza en su poder y en su bondad.

Nuestra dicha en este lugar de quebranto, amados oyentes, es la proteccion del cielo, y esta proteccion se ha asegurado infaliblemente á los que depositan en el seno de Dios toda su confianza. Deseoso de que todos disfruteis de la felicidad prometida á los que confian en el poder y en las bondades del Señor, voy á demostraros; que nuestra confianza es un tributo debido á Dios, en virtud del derecho de soberanía que sobre nosotros le corresponde, y que, al mismo tiempo, es el mas sólido fundamento de nuestra felicidad. Lo demostraré despues de haber implorado los auxilios de la gracia. A. M.

1. Dios exige toda la confianza del hombre; y la exige por qué tiene un derecho incontestable á ella, y por qué con esta confianza el hombre dá honor á Dios. No creo, que nadie se atreva á negarle el derecho supremo que tiene á nuestra confianza, pues se funda en la esencia misma de la divinidad. Yo soy Dios; hé aquí la primera palabra con que dá principio á su ley santa. Yo soy Dios, y, de consiguiente, nada hay superior á mi sabiduría; nada que pueda resistir á mi poder. Yo soy Dios, y dispongo como soberano de la vida y de la muerte, de la salud y de la enfermedad; yo dispongo á mi placer de las calamidades y de los beneficios. Yo soy Dios, presido á todas las empresas, concedo todos los bienes, atiendo á todas las necesidades, preparo el alimento á las aves del cielo, y doy al campo sus lirios para ornato. Yo poseo conocimientos superiores de que vosotros careceis; dispongo de medios que vosotros no podeis hallar; tengo recursos que no podeis imaginar; soy infalible en mis palabras, invariable en mis promesas, constante en mis beneficios, padre que á todos los aventajo en ternura, amigo que excedo á todos en generosidad, señor á quien ningun otro iguala en magnificencia.

Y reuniendo Dios todas estas perfecciones ¿podríamos disputarle el derecho supremo á nuestra confianza? Si lo intentásemos, la simple voz de la naturaleza desmentiria el lenguaje impío de nuestra infidelidad. Y sino, decidme; ¿cuál es nuestro primer instinto en las contrariedades imprevistas, que á veces nos acometen, y en las deshechas tempestades, que de repente se levantan en nuestro corazon? ¿No elevamos al punto nuestros ojos al cielo, para implorar el auxilio de nuestro Criador? Y esto ¿qué prueba sino que solo de Dios puede venirnos el auxilio en nuestras necesidades?

Persuadidos de esta verdad, los justos pusieron siempre su confianza en Dios. En él esperó Adan, cuando contemplaba con horror como, á consecuencia de su pecado, la tierra se cubria de abrojos y de espinas. En él esperó Abrahan, cuando se le mandó que sacrificase á Isaac, de quien el mismo Dios le habia prometido, que haria nacer una posteridad numerosa como las estrellas del cielo. En él esperó Job, en medio de sus crueles padecimientos y de la desgracia de su familia. En él esperó José, al verse perseguido por sus hermanos y calumniado por una mujer licenciosa. En él esperó Ezequías, cuando se hallaba tendido en el lecho del dolor y estrechado por sus enemigos. En él esperó la casta Susana, entre los horrores de la mas negra calumnia. En él esperó Tobías, en la pérdida de su vista y en la dolorosa ausencia de su hijo. En él, en fin, esperaron todos los justos, y sus esperanzas no quedaron defraudadas.

Y teniendo nosotros la misma fe; ¿cómo es que no tenemos la misma confianza? Cuando se trata de una empresa cualquiera, de solicitar un empleo, de escoger á los que han de secundarnos y auxiliarnos en nuestros proyectos, en vez de acudir á Dios para obtener un feliz resultado, buscamos comunmente el favor de los hombres, y, á veces, lo buscamos por los medios mas indignos. Pocos son los que no miran con indiferencia la parte que el Señor puede tener en el éxito de nuestros negocios. ¿Podremos decir acaso, que esperan en él los que dia y noche trabajan para aumentar su capital, sin reparar en los medios, con tal que conduzcan al fin que se proponen? ¿Podremos decir que esperan en él, los que, por conservar unos bienes quizá mal adquiridos, adulan las pasiones de hombres viciosos, pero influyentes? ¿Podremos decir que esperan en él, los que, al verse amenazados ó afligidos por algun desastre que echa por tierra su fortuna, ó de una enfermedad que pone en peligro su existencia, se quejan de la Providencia, y se abandonan á la desesperacion? ¡Dios mio! ¿Son éstos vuestros servidores? ¿Son éstos vuestros hijos? ¿Son éstos los cristianos que se lisonjean de conoceros? ¡Desdichados! Os reconocen por su Criador, por su bienhechor y padre amoroso; pero no tienen en vos mas que una confianza ideal, una confianza dudosa, que, en la práctica, casi se confunde con el mas reprensible despecho.

Amados oyentes, no es esta la confianza que Dios exige de nosotros, en virtud del derecho de soberanía, que ejerce sobre los hombres. No es tampoco la que exige como esencial al culto de la misma divinidad. La ofrenda más pura, el culto más aceptable, la adoracion más sublime, que podemos ofrecer á nuestro Criador, se reduce á depositar en él toda nuestra confianza. El que depone en el seno de Dios todas sus inquietudes, abandona en sus manos todos sus intereses, espera de él únicamente el cumplimiento de todos sus deseos, adora su conducta en todos los acontecimientos de la vida, y confia en su misericordia, aún en medio de las más grandes tribulaciones: este es el único que puede lisonjearse de ofrecer á Dios en la tierra el homenaje más digno, que exige su divinidad. Con esta cordial confianza, el justo honra públicamente todos los atributos del Criador; honra públicamente la inmensidad del que está presente en todas partes; la sabiduría del que todo lo arregla y dispone del modo más conveniente al órden y armonía del universo; la providencia del que atiende á todas las necesidades; y, en una palabra, la fidelidad inalterable, la bondad suma, la misericordia sin límites del Criador; y ¿pudiera Dios mirar con indiferencia un homenaje de esta naturaleza? ¿Puede dejar de exigirle? No: muy al contrario; Dios se complace en ser llamado Dios de la esperanza, para manifestar, que con este título se paga un tributo de honor á todos sus atributos.

Pues bien; muchos fieles le niegan este culto. En todos los momentos de la vida experimentamos los efectos de su paternal proteccion; en todas sus obras vemos impreso el sello de su adorable providencia; y, sin embargo, muchos se atreven á murmurar y quejarse de sus divinas disposiciones, le ultrajan con sus temores y desconfianzas, y se olvidan de él; como si fuera una de aquellas divinidades fingidas é impotentes, que no tienen ojos para ver las necesidades, ni oidos para escuchar las plegarias, ni manos para socorrer las humanas miserias, ni corazon para compadecerse de ellas. Y ¿qué diremos de aquellos, que rinden á los hombres este tributo de confianza, que pretenden negar á Dios? Esto es erigir falsas divinidades en el sitio que debe ocupar nuestro Criador en el corazon humano. Segun la sagrada Escritura, toda confianza que no tiene á Dios por objeto y fundamento, es una apostasía oculta, una secreta idolatría. Lo que mas detestaba el Señor en el culto de los ídolos, no eran los templos que se les erigian, ni los altares que se les dedicaban, sino la confianza que en su mentida influencia se cifraba. Esto era lo que no podia sufrir su Majestad; y para vengar este ultraje, abandonaba á los idólatras á los efectos de esta impía confianza. Yo me serviré, decia á

los hijos de Israel, que, en medio de sus calamidades y miserias, esperaban de los ídolos la proteccion que solo de Dios debian esperar; yo me serviré de los mismos que prefirieron á mí, para llenarlos de confusion; quedarán burladas sus esperanzas; sus designios no tendrán éxito; éste será su mayor suplicio; y entónces verán, que yo soy el único Dios que hiero y curo, que mato y doy la vida, y no hay quien pueda librar á nadie de mi poder.

A los cristianos, que desconfian del Señor, podríamos decirles lo que Moisés decia un dia á los hebreos. Hombres ingratos, el Dios á quien servís ¿no es un Dios justo, poderoso, misericordioso y fiel? ¿No ha empeñado en favor vuestro su palabra y sus juramentos? ¿No os ha colmado siempre de beneficios? ¿Abandonó jamás á ninguno de los que confiaron en él? ¿Por qué, pues, desconfiais de su bondad? ¿por qué no os arrojais en su seno con seguridad? Hermanos mios, decia S. Pablo á los primeros fieles; ¿hay en la tierra algun hombre, que haya sacrificado por vosotros á su propio hijo, ó se haya sacrificado á sí propio? Si hallais uno siquiera, confiad en él en buena hora, como en Dios; empero, si solo Dios ha llevado su amor hasta este exceso, justo es, que solo en él fundeis vuestra esperanza con seguridad. Es un tributo que debemos á Dios, en virtud del derecho de soberanía que ejerce sobre nosotros; y es, además, el fundamento más sólido de nuestra felicidad.

2. Los Libros sagrados comprueban esta verdad en mil pasajes, á cuál mas expresivos. «Dichoso el hombre, dice el real Profeta, que espera en tí, ¡oh gran Dios! Psalm. 83.» «Esperad en el Señor, añade el mismo Profeta, y obrad la bondad, y habitareis en la tierra, y gozareis de sus riquezas: exponed al Señor vuestra situacion, y confiad en él; y él hará brillar vuestra justicia como luz, y el derecho de vuestra causa como el sol de medio dia. Psalm. 36.» «Confia en Dios, prosigue el Eclesiástico, y él te sacará á salvo de tus peligros é infortunios; espera en él, conserva su temor hasta el fin de tus dias, y no se malogrará tu galardon. Contemplad, hijos, las generaciones de los hombres, y vereis como ninguno que confió en el Señor, quedó burlado en sus esperanzas. Eccli. cap. 2.» Fácilmente pudiera aducir muchas otras citas de los Libros sagrados, que evidencian esta verdad consoladora; pero si estos no os bastan, leedlos detenidamente, y apenas encontrareis una sola página, en que no se hable de la felicidad prometida á los justos, que confian en las bondades del Señor.

Tal vez se nos objete, que el justo, á pesar de su imperturbable confianza en Dios, se encuentra á veces rodeado de amarguras; al paso, que el impío goza de paz y prosperidad; pero, sin ánimo de penetrar

los abismos insondables de la Providencia, siempre admirable y siempre justa, permitidme que os diga, que Dios nunca hace cosa alguna desfavorable al hombre que en él confia. Si Dios no le concede ciertos beneficios, es porque prevé, que han de serle perniciosos. Si le aflige, es porque, á fuer de médico inteligente, quiere preservarle de otras enfermedades más funestas. Si somete á pruebas terribles su confianza, es porque quiere aumentar el mérito de ésta, para aumentar despues el premio. Recordad, amados oyentes, la historia del antiguo José. ¿Quién podia imaginarse, que las injustas persecuciones que sufria el inocente hijo de Jacob, su cautiverio, su venta á los comerciantes Ismaelitas, eran los medios de que Dios se servia para enaltecerle? Si José, en medio de su desgracia, hubiese desconfiado del Señor ¿no se hubiera hecho indigno de la proteccion del cielo? Mas, porque esperó siempre en él, tuvo la dicha de ser el protector de sus hermanos, que con tanta inhumanidad le habian perseguido.

No lo dudeis, amados oyentes; el hombre que con sinceridad de corazon espera en Dios, es siempre feliz. Con su confianza se atrae el amor de Dios, y se le hace favorable; y ¿podria menos de quedar satisfecho, poseyendo el favor y el corazon de un Dios? En el curso de su vida, echareis de ver una igualdad que encanta. Si le falta un medio, le sustituye otro; haciéndose superior á todos los contratiempos, nada le abate; sabe, que aún cuando el Señor le conduzca hasta las puertas de la muerte, solo es para su dicha y felicidad; hasta en su más extremo desastre, espera hallar en el cielo un recurso; y esta tranquila confianza en el poder y bondad de Dios, le hace eficazmente dichoso; tan dichoso, como puede serlo el hombre sobre la tierra.

Entreguémonos, pues, con confianza en las manos de Dios; confiemos siempre en su poder, en su bondad y en sus inefables misericordias. Evitemos, empero, esa confianza tímida, que titubea á cada momento; esa confianza reservada, que se divide entre Dios y las criaturas; esa confianza lánguida, que se atreve á prescribir á Dios el tiempo de sus misericordias. Sea nuestra confianza firme, imperturbable, pronta, constante; y entónces no dudemos jamás de la proteccion del cielo. Escrito está, que jamás se verá abandonado y burlado el hombre, que con sinceridad de corazon espera en Dios: *Nullus speravit in Domino et confusus est;* desterremos, pues, de nuestros corazones toda inquietud. Si se levantan á nuestro alrededor las tempestades de las pasiones, de la adversidad, ó de los peligros, clamemos á Dios, esperemos en él, y él apaciguará los vientos; á la borrasca sucederá la calma; en medio de los oprobios, surgirá la gloria; entre las aflicciones, aparecerá el consuelo; del seno de la muerte, saldrá la vida.

Afianzada nuestra alma, por medio del áncora de la confianza en el Señor, navegaremos felizmente por este tormentoso océano, sembrado de escollos y peligros, y llegaremos al deseado puerto de la salvacion, para descansar por toda la eternidad.

Véase: MISERICORDIA.

CONFIANZA

(FALSA).

Sapiens timet, et declinat à malo: stultus transilit et confidit.

Teme el sábio y se desvia del mal; pero el insensato pasa adelante, y se presume seguro.

(*Prov.* XIV, 16.)

Hay una falsa confianza, amados oyentes, que hace, que los pecadores lo esperen todo de la gracia, sin cooperar ellos en cosa alguna por su parte, y que esperen la recompensa de los Santos, aunque no trabajen para merecerla. Esta falsa confianza, que siempre cuenta con la bondad de Dios á quien ofende, que quiere ser coronada sin pelear, y que espera contra la misma esperanza; esta falsa confianza que no quiere comprar el cielo, y que con todo eso le espera, es el error más universal y más comun entre los cristianos; y á desvanecer este error se dirige el presente discurso. Persuadido de que la falsa confianza es causa de la condenacion de casi todos los pecadores, y que los que temen perecer, nunca perecen; quiero inspiraros saludables pensamientos de desconfianza, para que os valgais de ciertas precauciones, y useis de remedios, que, turbando la

008537

falsa paz del pecado, pongan en su lugar la paz de Jesucristo, que excede á cuanto se puede pensar. Y para tratar una materia tan útil con alguna extension, la reduciré á dos proposiciones; á saber: no hay disposicion mas insensata que la del pecador, que, sin trabajar, presume enmendarse; esta es la primera: ni tampoco la hay más injuriosa á Dios; esta es la segunda: la locura de la falsa confianza, y el atentado de esta contra Dios, serán los dos puntos de este discurso. Explicaré estas dos verdades despues de haber implorado, etc. A. M.

1. Convengo desde luego con vosotros, hermanos mios, en que las misericordias de Dios son siempre mas abundantes que nuestra malicia, y en que su bondad dá á todos los pecadores motivos legítimos de confianza. La doctrina que yo voy á explicar, es, por sí, bastante terrible; y no hay necesidad de añadir nuevos terrores, ocultando algunas de aquellas verdades que pueden suavizarla; y si se necesita usar de alguna precaucion en esta materia, más debe ser pasando en silencio algunas cosas, que pudieran turbar las conciencias, que callando las que pueden servirlas de consuelo. Es verdad, que los Libros santos, en todas partes, nos están dando magníficas y benignas ideas de la bondad de nuestro Dios; pero no habeis de inferir de aquí, que sea ménos insensato el pecador que confia temerariamente, ni que la misericordia del Señor pueda servir de legítimo fundamento á la confianza de aquellos, que siempre están deseando su conversion, y que, sin trabajar por su parte en esta grande obra, lo esperan todo de una bondad, á quien está ultrajando su confianza. No hay pecador, que no espere convertirse: el deshonesto, el ambicioso, el mundano, el vengativo, el injusto, todos esperan, y ninguno se arrepiente; hoy, pues, quiero manifestaros, que esta disposicion de falsa confianza, es la más funesta en que puede hallarse la criatura.

Aún cuando no tuviera más prueba que daros de la locura de la falsa confianza, que la incertidumbre de su salvacion en que se halla el pecador, que ha perdido la gracia santificante; no necesitaba de otra para justificar mi primera proposicion. Y bien conoceis, que cuando digo la incertidumbre de su salvacion, no hablo de aquella incertidumbre comun á todos los fieles, que hace, que ninguno pueda saber si es digno de amor ó de ódio, si perseverará hasta el fin, ó si caerá para nunca mas levantarse. ¡Oh, qué motivo de temor tan terrible aún para los mas justos! Hablo de otra incertidumbre más funesta, la que no supone en el pecador, de quien vamos hablando, un estado dudoso de justicia y temor cristiano acerca de las caidas futuras, sino que se funda en un estado cierto de culpa, y un arrepentimiento que nadie puede asegurarle. Digo, pues, que vivir con confianza en este estado, es la mayor de todas las locuras. Porque, decidme, amados oyentes mios, el pecador inveterado, que vive encenagado tranquilamente en las pasiones injustas, aún en medio de las solemnidades de la religion y de todos los terrores de la divina palabra, fundado en la necia esperanza, de que algun dia ha de salir de ese deplorable estado; no podeis negar que, por lo ménos, es dudoso si saldrá de él, ó si permanecerá hasta el fin en su pecado. Quiero concederos, que esteis llenos de buenos deseos; pero no ignorais, que los deseos á nadie convierten; y que muchas veces, los mayores pecadores son los que más desean su conversion. Pues aún cuando la duda no fuera mas que igual; ¿seria razon vivir con tranquilidad en este estado? ¿Es posible, que en la funesta incertidumbre de si morireis en vuestro desórden, ó si Dios os sacará de él, vacilando, por decirlo así, entre el cielo y el infierno, y titubeando entre estos destinos, habeis de permanecer tranquilos, sin acabaros de determinar? La esperanza es el partido mas agradable y lisonjero; ¿y ha de bastar esto para que siempre esteis esperando? ¡Ah! amados oyentes mios; aún cuando no hubiera más razon para temer que el esperar, seria imprudencia el vivir en esa profunda calma.

Pero aún no es ese el estado en que os hallais; en esta funesta duda, que puede formarse á sí mismo el pecador, no son iguales las razones por ambas partes; porque si nos preguntais: ¿moriré yo en mi pecado, en el pecado en que actualmente vivo, despues de tanto tiempo, ó no moriré en él? La primera parte es infinitamente más cierta; primeramente, porque no bastan vuestras propias fuerzas para recobrar la salud que habeis perdido; necesitais de un socorro sobrenatural y celeste, el que nadie os puede asegurar. En segundo lugar; no solamente necesitais de un socorro divino, sino tambien de un socorro singular y raro, que se niega á casi todos los pecadores: necesitais de un milagro para convertiros, porque la conversion del pecador es uno de los mayores prodigios de la gracia; y vosotros mismos sabeis, que son muy raros estos ejemplos en el mundo. En tercer lugar, para no salir jamás del estado en que os hallais, no teneis que hacer mas que seguir vuestras inclinaciones, condescender con vosotros mismos, y dejaros llevar de la corriente; para esto no teneis necesidad de esfuerzos ni violencias. Ahora os pregunto, en órden á las cosas futuras y á los sucesos inciertos; ¿pronosticais en favor de aquellos que tienen más obstáculos que vencer, y más dificultades que combatir? ¿No os parecen siempre más seguros los más fáciles? Sua-

vizad cuanto quisiereis esta verdad en vuestro espíritu, miradla á las mas favorables luces; esta proposicion, acerca de vuestro eterno destino, es la mas indubitable de la moral cristiana: *Es mucho mas cierto, sin comparacion, que no me he de convertir, y que he de morir en mi pecado, que el que el Señor me ha de sacar de él, y que ha de usar conmigo de misericordia.* Este es el estado en que os hallais; y si en él podeis vivir tranquilos y confiados, me admira vuestra seguridad.

Pero, aún paso mas adelante, y os suplico que me esteis atentos: el pecador que espera su conversion sin procurar enmendarse, no solamente confia, estando en una funesta incertidumbre, en la que todas las razones son contra él, sino que tambien confia contra la moral certidumbre, que nos enseña la fe, que debe tener de su perdicion. Las pruebas son las siguientes: primeramente, esperais á que Dios os convierta; pero ¿cómo lo esperais? oponiendo siempre nuevos obstáculos á su gracia, remachando vuestras cadenas, y multiplicando vuestros delitos.

En segundo lugar: la gracia solamente se concede á las lágrimas, á las instancias, y á los deseos; quiere ser deseada por mucho tiempo; pero vosotros ¿la pedís? ¿la solicitais? ¿Decís todos los dias al Señor con el Profeta: Señor, convertidme; sacadme del cieno para que no me sepulte en él para siempre? ¡Ah! lo que decís es: Señor, vos me convertireis; por mas que yo me defienda contra vos, vos rompereis por último mis cadenas y mudareis mi corazon, por grande que sea su perversidad. ¡Oh, insensatos! ¿Puede haber cosa más propia para apartar de nosotros un beneficio, que pedirle temerariamente, y aspirar á él, al mismo tiempo que nos estamos haciendo indignos de recibirle? En tercer lugar: bien sabeis, que la gracia de la conversion, que esperais con tanta confianza, es el mayor de todos los dones; y tambien sabeis, que apenas hay pecadores que sean más indignos de ella que vosotros: sois indignos de ella por la calidad de vuestros desórdenes, y por aquella profunda seguridad en que vivís, la que en la presencia de Dios es el mayor de todos vuestros delitos.

Pero el pecador se dice en su interior á sí mismo, que la edad mudará las pasiones, que las ocasiones que nos arrastran no serán siempre las mismas, que con el tiempo se proporcionarán otras circunstancias más favorables para la salvacion, y que lo que no podemos hacer ahora inmediatamente, se podrá hacer más adelante, cuando se hayan mudado mil cosas á que ahora tenemos apego. ¡Dios mio! de este modo se divierte el alma desgraciada; y esta es la torpe ilusion de que se vale el demonio para engañar á casi todos los hombres, tanto á los sábios, como á los ignorantes; tanto á los ins-

truidos, como á los crédulos; tanto á los grandes, como al pueblo. Porque decidme, amados oyentes mios; cuando esperais que algun dia ha de usar el Señor con vosotros de misericordia, sin duda os prometeis que ha de mudar vuestro corazon; pues ¿por qué habeis de contar con esta mudanza para el tiempo futuro, más que para el presente? Primeramente; ¿serán entónces más favorables vuestras disposiciones para la penitencia? ¿Hallareis en vuestro corazon más facilidad para romper sus cadenas? ¿Os parece, que unas inclinaciones, que con el tiempo y los años habrán echado más profundas raices, serán más fáciles de arrancar? En segundo lugar, ¿os parece que en adelante, los auxilios serán más frecuentes, ó más poderosos? Cuanto más irriteis la bondad de Dios, dilatando vuestra conversion, más se apartará de vosotros; cada dia, cada instante de dilacion minora sus favores y su amor. Pudiera tambien añadir, que cuanto más espereis, contraeis mayores deudas, aumentais más el tesoro de iniquidad, tendreis más delitos que expiar, deberá ser más rigurosa vuestra satisfaccion, y consiguientemente será más difícil vuestra penitencia.

¿Quereis que ponga fin á esta primera parte de mi discurso, con una razon que acabará de convenceros? Vosotros mirais la vana esperanza de una conversion futura, como un movimiento de la gracia en órden á vuestra salvacion, y como una señal de que el Señor os visita, y que no os ha entregado todavía á toda la obstinacion de la culpa: pero, amados oyentes mios, el Señor solo puede visitaros en su misericordia, inspirándoos inquietudes y temores saludables acerca del estado de vuestra conciencia: por aquí empiezan todas las operaciones de la gracia. Luego, miéntras estais tranquilos, es evidente que Dios os trata segun todo el rigor de su justicia.

Bienaventurado el hombre, amados oyentes, que siempre está temeroso: *Beatus homo qui semper est pavidus.* Prop. 28. v. 14. Pero acaso me dirá alguno; ¿qué idea es la que estoy proponiendo del Dios que adoramos? Respondo, señores: que es una idea digna del mismo Dios; y así, voy á probar, que la falsa confianza es injuriosa á su Majestad, porque con ésta se forma la idea de un Dios, que ni es verdadero, ni sábio, ni justo, ni aún misericordioso.

2. Causa admiracion, amados oyentes, que la falsa confianza quiera hallar en la misma religion motivos que la autoricen, y que tenga á la más culpable de todas las disposiciones por movimiento saludable y fruto de la fe y de la gracia. Y, á la verdad, el pecador que, sin querer salir de sus desórdenes, se promete mudanza, alega para justificar su presuncion, primeramente, el poder de Dios, que tiene en sus manos los corazones de los hombres, y que puede mudar

la voluntad en un instante. En segundo lugar, su justicia; porque habiendo formado al hombre de barro, esto es, flaco, debe atender á su flaqueza. Finalmente, su misericordia, la que siempre está dispuesta á recibir al pecador cuando se convierte. Muy fácil es quitar á la falsa confianza unos pretextos tan indignos de la virtud; y manifestar, que la disposicion del pecador, que neciamente confia, ultraja á Dios en todas las perfecciones de que acabamos de hablar. Voy á exponer las razones. Cuando os figurais un Dios poderoso, dueño de los corazones, y que muda á su arbitrio las voluntades rebeldes de los hombres; ¿no concebís al mismo tiempo un poder arreglado por la sabiduría, esto es, que nada hace que no sea conforme al órden que tiene establecido? Pues, el pecador presuntuoso atribuye á Dios un poder ciego y que obra sin discrecion; porque aunque es verdad, que el Señor puede todo lo que quiere, con todo eso, como es infinitamente sábio, tiene establecidos sus decretos con buen órden; no quiere solo por querer, sino que para todo cuanto hace, tiene sus eternas razones en los secretos de su divina sabiduría. Y así es evidente, que esta divina sabiduría no quedaria suficientemente justificada para con los hombres, si se concediera la gracia de la conversion á la falsa confianza. Porque decidme, ¿qué disposicion puede ser para recibir la mayor de todas las gracias, el haberla despreciado mil veces? El justo, que todos los dias castiga su carne, que contínuamente está gimiendo para alcanzar el don precioso de la perseverancia, ¿no se habia de distinguir en nada del pecador, que siempre la está esperando, sin ponerse jamás en estado de merecerla? ¿Puede ser este el Dios á quien adoramos? ¿Seria tan admirable en sus dones, segun la expresion del Profeta, si los repartiera con tan poco órden y prudencia?

El segundo error, que autoriza la falsa confianza, se funda, en la injusta idea que nos formamos de la divina justicia. Nos persuadimos á que, habiendo nacido el hombre con una violenta propension á los deleites, nuestros desórdenes son más dignos de la piedad del Señor que de su indignacion; y que basta nuestra flaqueza para solicitar sus gracias, en vez de armar su indignacion contra nosotros. Pero pudiera deciros, que si nacisteis flacos, la bondad de Dios ha cercado vuestras almas de mil socorros: vuestra alma, desde su creacion, ha estado siempre amparada con los socorros de los sacramentos, con las luces de la doctrina, con la fuerza de los ejemplos, con las inspiraciones de la gracia, y aún, acaso, tambien con los particulares socorros de una educacion santa y cristiana, los que el Señor se dignó proporcionaros, y que puede ser hayan faltado á otros muchos. ¡Ah ingratos!

¿Con qué podreis justificar vuestras flaquezas delante del Señor, ni mover su justicia á que use de benignidad con vosotros? ¿Qué otra cosa puede ver en vuestras transgresiones más que el abuso de sus auxilios, y los medios de salvacion mudados, por el desórden de vuestra voluntad, en ocasiones de pecado?

Pero dejemos esto, y decidme: esa flaqueza de que tanto os quejais, y á la que quereis que atienda Dios, ¿no es obra propia vuestra, y fruto de vuestros particulares desórdenes? Acordaos de aquellos felices dias, cuando todavía no habia naufragado vuestra inocencia; ¿hallabais entónces tanta dificultad para vencer vuestras pasiones? ¿Eran entónces tan violentas las inclinaciones á los deleites, que no fueseis dueños de ellas? ¡Ah! pues ¿de qué proviene que os tiranicen vuestro corazon con tanto imperio? ¿No consiste en que, habiéndolas dejado prevalecer por un funesto descuido, os habeis puesto casi fuera de estado de poderlas vencer? ¿No os habeis forjado vosotros mismos esas cadenas con vuestras propias manos? ¿Por qué habeis de presumir, que lo que debe irritar al Señor contra vosotros, ha de ser capaz de aplacarle? ¿Qué es lo que ve en la fragilidad de vuestras inclinaciones? Ve el fruto de vuestras culpas, y los efectos de una vida llena de libertades y placeres. ¿Es este el fundamento que teneis para apelar á su justicia, á aquella justicia en cuya presencia piden los Santos no ser juzgados?

Pero, á lo ménos, me direis: aunque es cierto que debemos temer su justicia, tambien lo es, que es infinita su misericordia. Cuando su bondad no hallára en nosotros cosa alguna que la moviese, ¿no hallaria en sí misma motivos bastante poderosos para esto? Esta es la tercera ilusion de la falsa confianza; y para impugnarla, me contentaré con haceros una pregunta: cuando decís que la bondad de Dios es infinita, ¿qué quereis decir con eso? ¿Quereis decir, que nunca castiga los delitos? Me parece que no os atreveriais á eso. ¿Que nunca abandona al pecador? Pues Saul, Antíoco, Faraon y otros muchos, os están dando pruebas de lo contrario. ¿Qué, ha de salvar á los impúdicos, á los vengativos y á los ambiciosos del mismo modo que á los justos? Bien sabeis, que en el cielo no ha de entrar cosa alguna manchada. ¿Qué no es tan terrible como le predicamos? Pues nosotros no os referimos de su justicia más que lo que él mismo nos ha enseñado. ¿Qué se veria precisado á condenar á todos los hombres, si fuera cierto todo lo que nosotros decimos? El mismo Evangelio os dice en términos expresos, que serán pocos los que se salven. ¿Qué no castiga sino á más no poder? Pues cada auxilio que despreciais, puede ser el término de sus misericordias: ¿Qué nada le cuesta el perdonar? Pero ¿no ha de mi-

rar por los intereses de su gloria? ¿Qué es menester poco para aplacarle? A lo ménos es menester mudarse, y la mudanza del corazon es la mayor de sus obras. ¿Qué mas quereis decir? ¿Qué no despreciará el sacrificio de un corazon contrito y humillado? Pues eso mismo es lo que yo os he predicado hasta ahora, amados oyentes mios; convertíos al Señor, y entónces podeis confiar en él, por grandes que sean vuestros delitos.

Pero si siempre vivís fiados, en que ya llegará el tiempo de que penseis en vuestra eterna salud, sin pensar jamás en ella, ¡ah! acordaos, que de este modo han perecido hasta ahora todos los pecadores, y que este es el camino real que guia á la muerte en pecado; acordaos, de que el pecador que siempre está deseando en vano, nunca se convierte; cuanto más frecuentes sean en vosotros esos estériles deseos de salvacion, más seguramente debeis creer que se llena vuestra medida; y que cada auxilio que despreciais, os acerca un grado más á la obstinacion; y así no confieis en unos deseos que adelantan vuestra perdicion; y que siempre han sido muy propios de los réprobos.

¡Gran Dios! haced que cuantos pecadores se hallan aquí reunidos, trabajen en enmendarse, que todos teman vuestra justicia, que todos procuren hacerse dignos de vuestra misericordia, para que todos disfruten un dia de vuestra misma felicidad en el cielo, que os deseo.

PLANES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

I.

Spera in Deo, et fac bonitatem, et passeris in divitiis ejus (SAL. XXXVI, 3). Debemos colocar nuestra confianza en Dios. ¿Cuáles son los fundamentos de nuestra confianza en Dios? ¿Cuáles sus frutos? ¿Cómo hemos de confiar en el Señor?

I. Los fundamentos de nuestra confianza en Dios, son: su bondad, su sabiduría y su omnipotencia. Por su bondad infinita, Dios quiere salvarnos: por su sabiduría, sabe auxiliarnos: por su omnipotencia, puede hacernos eternamente dichosos.

II. Los frutos de la confianza los indica el real Profeta con estas palabras: *Pasceris in divitiis ejus*. La palabra *pasceris*, indica la liberalidad de Dios; y la palabra *divitiis*, la variedad y preciosidad de los bienes que se obtienen con la confianza. En el mundo se adquiere todo con riquezas; pero lo que nos es indispensable para alcanzar la felicidad eterna, lo obtendremos con una santa confianza.

III. Para que nuestra confianza sea santa, debe ir acompañada de obras cristianas. *Fac bonitatem*, dice el Profeta; esto es, procura que tu conducta sea verdaderamente cristiana; y entónces pon tu confianza en Dios, que te otorgará los dones mas preciosos.

II.

San Pablo, en su carta á los Hebreos cap. 6, dice, que la confianza *sirve á nuestra alma como de una áncora segura y firme;* palabras, que nos demuestran la naturaleza y la utilidad de la confianza en Dios.

I. Nos demuestran su naturaleza; pues el áncora es un instrumento fuerte de hierro; y la confianza es todavía mas fuerte, porque se apoya en la bondad y fidelidad de Dios. El áncora tiene la figura de arpon ó anzuelo de dos lengüetas; y la confianza va acompañada de dos virtudes; del amor de Dios, y de la resignacion á todas sus disposiciones.

II. Nos demuestra su utilidad. El áncora, afirmada al extremo del cable ó gúmena, y arrojada al mar, sirve para amarrar las embarcaciones y asegurarlas del ímpetu de los vientos; y la confianza en Dios, unida estrechamente con el divino amor, nos salva en las borrascas de las tentaciones y tribulaciones de la vida.

DIVISIONES.

CONFIANZA EN DIOS.—Dios quiere que pongamos en él nuestra confianza:

1.° En las ocasiones que no podemos evitar.

2.° En la práctica de las virtudes cuya adquisicion nos parece imposible.

3.° En las cosas que la obediencia nos prescribe.

CONFIANZA EN DIOS.—Debemos confiar en su misericordia, despues de haber pecado.

Debemos confiar en su justicia, cuando es necesario hacer penitencia.

CONFIANZA SALUDABLE.—Lo es 1.°, la confianza de los humildes.

2.° La de los penitentes.

3.° La de los sencillos.

CONFIANZA SALUDABLE.—Es una confianza, que, sin menoscabo de la modestia, nos hace esperar las gracias que necesitamos.

Es una confianza, que nos hace encontrar lo grande, tras lo cual vamos, en lo que parece más pequeño, entre las gracias que Jesucristo puede dispensar.

CONFIANZA SALUDABLE.—La confianza que salva al pecador es:

1.° La que le infunde dolor y odio al pecado.

2.° La que le dá modestia y circunspeccion en la gracia que pide.

3.° La que le infunde respeto y amor hácia aquel que le perdona.

CONFIANZA PERNICIOSA.—Perjudica al pecador

1.° La confianza que le hace olvidar la justicia de Dios, y solo le pone á la vista su misericordia.

2.° La confianza que le induce á diferir su conversion.

3.° La confianza que le induce á cometer sacrilegios.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Ubi sunt dii eorum, in quibus habebant fiduciam? Surgant, et opitulentur vobis, et in necessitate vos protegant. DEUTER. XXXII, 37 *et* 38.

¿Dónde están sus dioses, en los cuales tenian puesta la confianza? levántense *ahora* y vengan á socorreros y á ampararos en la necesidad.

Deus fortis meus, sperabo in eum: scutum meum, et cornu salutis meæ: elevator meus, et refugium meum: salvator meus, de iniquitate liberabis me. II REG. XXII, 3.

Dios es mi defensa, en él esperaré: es mi escudo y el apoyo de mi salvacion: él es el que me ensalza *sobre mis enemigos*, y él es mi amparo. *Sí*, Salvador mio, tú me librarás de *toda violencia ó* iniquidad.

Etiam si occiderit me, in ipso sperabo. JOB. XIII, 15.

Aun dado que el Señor me quitáre la vida, en él esperaré.

Ipse castigavit nos propter iniquitates nostras, et ipse salvabit nos propter misericordiam suam. TOB. XIII, 5.

Él nos ha castigado á causa de nuestras iniquidades, y él mismo nos salvará por su misericordia.

In te speraverunt patres nostri, speraverunt et liberasti eos. PSALM. XXI, 5.

En tí esperaron nuestros padres: esperaron en tí, y tú los libraste.

Bonum est confidere in Domino, quam confidere in homine. PSALM. CXVII, 5.

Mejor es confiar en el Señor, que confiar en el hombre.

Habe fiduciam in Domino ex toto corde tuo, et ne innitaris prudentiæ tuæ. PROV. III, 5.

Confia en el Señor con todo tu corazon, y no te apoyes en tu prudencia.

Scitote quia nullus speravit in Domino, et confusus est. ECCLI. II, 11.

Sabed como ninguno, que confió en el Señor, quedó burlado.

Propterea expectat Dominus, ut misereatur vestri. ISAI. XXX, 18.

Por esto dá largas el Señor, para poder usar de misericordia con vosotros.

Non omnis qui dicit mihi, Domine, Domine, intrabit in regnum cœlorum, sed qui facit voluntatem Patris mei... ipse intrabit in regnum cœlorum. MATTH. VII, 21.

No todo aquel que me dice: ¡Oh Señor, Señor! entrará *por eso* en el reino de los cielos; sino el que hace la voluntad de mi Padre, ese es el que entrará en el reino de los cielos.

Videns Jesus fidem illorum, dixit paralytico: confide, fili, remittuntur tibi peccata tua. MATTH. IX, 2.

Al ver Jesús su fe, dijo al tullido: ten confianza, hijo *mio*, que perdonados te son tus pecados.

Gloriamur in Christo Jesu, et non in carne fiduciam habentes. PHILIPP. III, 3.

Nos gloriamos en Jesucristo, léjos de poner confianza en la carne.

Nolite amittere confidentiam vestram, quæ magnam habet remunerationem. HEBR. X, 35.

No querais, pues, malograr vuestra confianza, la cual recibirá un grande galardon.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Un ejemplo brillante de confianza en Dios, nos presenta la historia sagrada en el patriarca Abrahan, cuando al preguntarle su hijo Isaac, dónde estaba la víctima del sacrificio, que iban á ofrecer, y que era el mismo Isaac, su padre contestó: *Deus providebit victimam holocausti, fili mi.* GEN. XXII, 8; persuadido íntimamente, de que en sí mismo se cumplirian las grandes promesas que el Señor le habia hecho; aunque quedase privado del único hijo, sobre quien recaian las mismas promesas, y en quien cifraba sus esperanzas. Por esto, dice el

Apóstol, fué constituido padre de los creyentes, porque su fe y confianza en Dios, fué la mas ciega y heróica, esperando contra toda esperanza: *Contra spem in spem credidit.* Rom. iv, 18.

Otro ejemplar de confianza, digno de ser imitado, vemos en Job; el cual, abatido por la mano poderosa del Señor, presentando un cuadro el más horroroso y compasivo, y denigrado por las injustas acusaciones de sus amigos, colocado, en fin, en una posicion la mas desolada, exclama: *Etiam si occiderit me (Deus), in ipso sperabo.* (c. 13.)

David, en sus Salmos, nos manifiesta, cuán firme era su confianza en Dios; con cuya proteccion, dice, desafio á todos los ejércitos, á todos los altivos, á todos mis enemigos, y á todo el poder de la tierra: confio siempre en tí, oh Señor, y jamás me veré confundido. Psalm. xxx.

Reunidos los Amonitas, Moabitas y los habitantes de la montaña de Seir, para pelear contra el rey de Judá, clamó éste, juntamente con el pueblo, al Señor, para que les librase ó defendiese de aquella muchedumbre; y movido el Señor por los clamores y súplicas de todo su pueblo, les alentó á no temer y poner en él toda su confianza, diciéndoles, por boca de Jahaziel: *Nolite timere, nec paveatis hanc multitudinem: non est enim vestra pugna, sed Dei.* II Paralip. xx, 15. Así defiende Dios á los que acuden á él, y ponen en él toda su confianza.

Véase tambien el desenlace glorioso, que tuvieron las calumnias contra Susana, Daniel, xiii; contra Daniel, Ibid. xiv; y de los tres niños en el horno de Babilonia, Ibid. iii.

AUTORIDADES DE LOS SANTOS PADRES.

O testimonium animæ naturaliter christianæ! pronuntians hæc: non ad Capitolium, sed ad cœlum respicio. Tertull. in Apolog.

¡Oh prueba de una alma naturalmente cristiana! Pues, pronunciando estas palabras (Dios me guarde), no dirijo mi vista al Capitolio, sino al cielo.

Tantum per nos operabitur Deus, quantum se nostra in eum fiducia extenderit. S. Basil. Orat. de virt. et vit.

Dios nos ayudará tánto, como nuestra confianza sea en él.

In promissis veritatis nemo dubitet: sit homo qui esse debet, et mox ei addentur omnia, per quem facta sunt omnia. S. Hieron. in cap. 6 Matth.

Nadie dude de las promesas que nos ha hecho la misma verdad: sea el hombre cual debe ser, y de seguro le dará todas las cosas necesarias aquel Señor, por quien todas fueron criadas.

Si spes mea in homine erit, titubante homine, titubabit spes mea: at in Domino sperans non infirmabor. S. August. in Psalm. 25.

Si tengo mi confianza en el hombre, vacilará cuando vacile el hombre; pero si la tengo en el Señor, me mantendré firme.

Si maledictus homo, qui spem suam ponit in homine, ergo nec in semetipso debet spem ponere, quia et ipse homo est. Idem, Epist. 25 ad Macedon.

Si es maldito de Dios el hombre, que pone su confianza en otro hombre, *sin ponerla en Dios*, tampoco puede confiar en sí mismo, porque tambien es hombre.

Tota spes nostra in Deo sit, nihilque nobis tamquam de nostris viribus præsumamus, ne nostrum facientes quod ab illo est, et quod habemus, amittamus. Idem, in Psalm. 70.

Pongamos toda nuestra confianza en Dios, sin presumir jamás de nuestras fuerzas; no sea, que arrogándonos injustamente lo que nos viene de él, perdamos tambien lo que del mismo hemos recibido.

Nemo Dei longanimitatem negligat, quia tanto districtiorem justitiam in judicio exiget, quanto longiorem ante judicium patientiam prorogavit. S. Gregor. hom. 13 sup. Ev. *Sint lumbi.*

Nadie desprecie la longanimidad de Dios, porque tánto más rigurosa será su justicia, al juzgarnos, cuánto mayor habrá sido su paciencia en tolerar nuestros pecados.

Vides quam longa patientia sit in Deo, quam velox misericordia! Longanimis, *ait sanctus*, et multum misericors. *Libenter igitur ad te confugio, Domine Jesu, qui diutius pateris, et velociter misereris, quia tu es Deus et non homo.* San Petr. Damian. serm. de San Marc. Ep.

¡Mira cuán extensa es la paciencia de Dios y cuán pronta su misericordia! Ya dijo el Salmista, que (Dios) *es muy paciente y misericordioso.* A tí, pues, me acojo, oh Jesús, Señor mio, porque como Dios, y no como mero hombre, nos toleras mucho y nos perdonas pronto.

Si tribulatio infertur, per te sperabo: si præmia promittantur, per te obtinebo; si insurgat hostis, nonnisi in te sperabo. S. Bernard. serm. in Nativ. Chr.

Si me veo en la tribulacion, en tu proteccion esperaré, oh Dios mio; si se me promete el galardon, lo tendré por tu fidelidad; si me acosa el enemigo, en tí solo pondré mi confianza.

CONFIRMACION.

Qui confitebitur me coram hominibus, confitebor et ego eum coram Patre meo.

A todo aquel que me reconociere y confesare delante de los hombres, yo tambien le reconoceré y me declararé por él delante de mi Padre.

(*Luc.* x, 32.)

Estas palabras del Evangelio, amados hermanos mios, son una regla muy equitativa de que no podemos quejarnos. Jesucristo será para nosotros delante de su Padre, lo que para él hubiéremos sido delante de los hombres. Si nos declaramos por él delante de los hombres, él se declarará por nosotros delante de su Padre; si le desconocemos, nos desconocerá. No solamente quiere Jesucristo, que le confesemos delante de los hombres, en aquellas ocasiones solemnes en que se trata de sufrir la muerte, como han hecho los mártires, ántes que renunciar á la fe; quiere, que le demos testimonio de ella en todas las circunstancias, así con nuestras palabras, como con nuestras obras, y que jamás nos sonrojemos de él, ni de su doctrina: porque quien se avergonzare de él y de sus palabras, de ese tal se avergonzará el Hijo del hombre, cuando venga en el esplendor de su majestad y en la de su Padre, y de los santos ángeles, á juzgar á los hombres. Luc. IX, 26. Nada hallareis tampoco en eso, que no se ajuste pefectamente á la equidad. Vosotros mismos, hermanos mios; ¿tendriais por amigo vuestro, al que viese con indiferencia vuestro honor lastimado, vuestros intereses perjudicados, ó que, aún despues de protestaros su fidelidad, se uniese con vuestros detractores?

Debemos, con todo, confesar; que en medio de las tentaciones, que nos asedian, es difícil, que el hombre no falte nunca á su fe con sus obras; y si tan solo nos considerásemos á nosotros mismos y nuestra propia debilidad, diríamos como los Apóstoles: ¿Quién podrá salvar-

se? *Quis poterit salvus esse?* MATTH. XIX, 25. Así es, que no podemos contar con nosotros mismos para ser constantemente fieles á Jesucristo, sino con la gracia de este divino Redentor, merced á la cual todo lo podemos; y para comunicarnos esta gracia, que nos hace superiores á todos los esfuerzos del demonio, de la carne y del mundo, se dignó Él, instituir el sacramento de la Confirmacion. Sí; amados hermanos mios: el sacramento de la Confirmacion fué instituido para darnos la fuerza de profesar nuestra fe en todas las circunstancias de la vida: esto es lo que me propongo explanar en la primera parte de este discurso. Luego veremos por qué entre tantos cristianos, que han recibido este sacramento, hay tan pocos que poseen el don de fortaleza. Imploremos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. En todas épocas, amados hermanos mios, ha tenido Jesucristo enemigos, y no hay género de persecucion de que su religion no haya sido blanco. El mismo lo habia anunciado á sus Apóstoles; habíales predicho, que serian muchos y largos sus padecimientos. Os delatarán, les decia, á los tribunales, y os azotarán en sus sinagogas; y, por mi causa, sereis conducidos ante los gobernadores y los reyes, para dar testimonio de mí, á ellos y á las naciones; si bien cuando os hicieren comparecer, no os dé cuidado el cómo, ó lo qué habeis de hablar, porque os será dado en aquella misma hora lo que hayais de decir, puesto que no sois vosotros quien habla entónces, sino el Espíritu de vuestro Padre, el cual habla por vosotros; y vosotros vendreis á ser odiados de todos por causa de mi nombre; pero quien perseverare hasta el fin, este se salvará. Luc. x, 17, 18, 19, 20, 22 et 24. Recibireis, dijo tambien Jesús á los Apóstoles; recibireis, sí, la virtud del Espíritu Santo, que descenderá sobre vosotros, y me servireis de testigos en Jerusalen, en toda la Judea, y Samaria, y hasta el cabo del mundo. ACT. I, 8. La promesa de Jesucristo no tardó en cumplirse. El Espíritu Santo descendió sobre los Apóstoles el dia de Pentecostés. Y ¿qué maravillosos efectos no produjo en ellos aquel divino Espíritu? Eran unos hombres débiles, tímidos. Mas, luego que recibieron al Espíritu Santo, fueron otros hombres. Pedro levantó la voz al momento, y publicó la Resurreccion de Jesucristo. Los demás Apóstoles dieron testimonio, como él, de esta divina resurreccion.

El Espíritu Santo se comunicó, no solamente á los Apóstoles, sí que tambien á los mismos fieles. Sabedores los Apóstoles, de que los moradores de Samaria habian recibido la palabra de Dios, les enviaron á Pedro y á Juan; quienes, luego de llegados, hicieron oracion por ellos, á fin de que recibiesen al Espíritu Santo, porque aún no

CONFIRMACION.

Qui confitebitur me coram hominibus, confitebor et ego eum coram Patre meo.

A todo aquel que me reconociere y confesare delante de los hombres, yo tambien le reconoceré y me declararé por él delante de mi Padre.

(*Luc.* x, 32.)

Estas palabras del Evangelio, amados hermanos mios, son una regla muy equitativa de que no podemos quejarnos. Jesucristo será para nosotros delante de su Padre, lo que para él hubiéremos sido delante de los hombres. Si nos declaramos por él delante de los hombres, él se declarará por nosotros delante de su Padre; si le desconocemos, nos desconocerá. No solamente quiere Jesucristo, que le confesemos delante de los hombres, en aquellas ocasiones solemnes en que se trata de sufrir la muerte, como han hecho los mártires, ántes que renunciar á la fe; quiere, que le demos testimonio de ella en todas las circunstancias, así con nuestras palabras, como con nuestras obras, y que jamás nos sonrojemos de él, ni de su doctrina: porque quien se avergonzare de él y de sus palabras, de ese tal se avergonzará el Hijo del hombre, cuando venga en el esplendor de su majestad y en la de su Padre, y de los santos ángeles, á juzgar á los hombres. Luc. IX, 26. Nada hallareis tampoco en eso, que no se ajuste pefectamente á la equidad. Vosotros mismos, hermanos mios; ¿tendriais por amigo vuestro, al que viese con indiferencia vuestro honor lastimado, vuestros intereses perjudicados, ó que, aún despues de protestaros su fidelidad, se uniese con vuestros detractores?

Debemos, con todo, confesar; que en medio de las tentaciones, que nos asedian, es difícil, que el hombre no falte nunca á su fe con sus obras; y si tan solo nos considerásemos á nosotros mismos y nuestra propia debilidad, diríamos como los Apóstoles: ¿Quién podrá salvar-

se? *Quis poterit salvus esse?* MATTH. XIX, 25. Así es, que no podemos contar con nosotros mismos para ser constantemente fieles á Jesucristo, sino con la gracia de este divino Redentor, merced á la cual todo lo podemos; y para comunicarnos esta gracia, que nos hace superiores á todos los esfuerzos del demonio, de la carne y del mundo, se dignó Él, instituir el sacramento de la Confirmacion. Sí; amados hermanos mios: el sacramento de la Confirmacion fué instituido para darnos la fuerza de profesar nuestra fe en todas las circunstancias de la vida: esto es lo que me propongo explanar en la primera parte de este discurso. Luego veremos por qué entre tantos cristianos, que han recibido este sacramento, hay tan pocos que poseen el don de fortaleza. Imploremos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. En todas épocas, amados hermanos mios, ha tenido Jesucristo enemigos, y no hay género de persecucion de que su religion no haya sido blanco. El mismo lo habia anunciado á sus Apóstoles; habíales predicho, que serian muchos y largos sus padecimientos. Os delatarán, les decia, á los tribunales, y os azotarán en sus sinagogas; y, por mi causa, sereis conducidos ante los gobernadores y los reyes, para dar testimonio de mí, á ellos y á las naciones; si bien cuando os hicieren comparecer, no os dé cuidado el cómo, ó lo qué habeis de hablar, porque os será dado en aquella misma hora lo que hayais de decir, puesto que no sois vosotros quien habla entónces, sino el Espíritu de vuestro Padre, el cual habla por vosotros; y vosotros vendreis á ser odiados de todos por causa de mi nombre; pero quien perseverare hasta el fin, este se salvará. Luc. x, 17, 18, 19, 20, 22 et 24. Recibireis, dijo tambien Jesús á los Apóstoles; recibireis, sí, la virtud del Espíritu Santo, que descenderá sobre vosotros, y me servireis de testigos en Jerusalen, en toda la Judea, y Samaria, y hasta el cabo del mundo. ACT. I, 8. La promesa de Jesucristo no tardó en cumplirse. El Espíritu Santo descendió sobre los Apóstoles el dia de Pentecostés. Y ¿qué maravillosos efectos no produjo en ellos aquel divino Espíritu? Eran unos hombres débiles, tímidos. Mas, luego que recibieron al Espíritu Santo, fueron otros hombres. Pedro levantó la voz al momento, y publicó la Resurreccion de Jesucristo. Los demás Apóstoles dieron testimonio, como él, de esta divina resurreccion.

El Espíritu Santo se comunicó, no solamente á los Apóstoles, sí que tambien á los mismos fieles. Sabedores los Apóstoles, de que los moradores de Samaria habian recibido la palabra de Dios, les enviaron á Pedro y á Juan; quienes, luego de llegados, hicieron oracion por ellos, á fin de que recibiesen al Espíritu Santo, porque aún no

habia descendido sobre ninguno de ellos, sino que solamente estaban bautizados en nombre de Jesús. Entónces les imponian las manos, y así recibian al Espíritu Santo. Habiendo ido S. Pablo á predicar á Efeso, encontró á algunos discípulos, que aún no habian recibido mas que el bautismo de Juan. Él los bautizó en nombre de Jesús; y luego que les hubo impuesto las manos, el Espíritu Santo descendió sobre ellos, y hablaban varias lenguas y profetizaban. Act. xix, 6. De esta comunicacion del Espíritu Santo, habla el mismo apóstol cuando dice á los fieles: En él habeis esperado tambien vosotros los gentiles, luego que habeis oido la palabra de la verdad (el Evangelio de vuestra salud); y en quien, habiendo asimismo creido, recibisteis el sello del Espíritu Santo, que estaba prometido, el cual es la prenda ó las arras de nuestra herencia celestial, hasta la perfecta libertad del pueblo, que se ha adquirido el Señor para loor de la gloria de él mismo. Así, Dios es el que á nosotros, junto con vosotros, nos confirma en la fe de Cristo; y el que nos ha ungido con su uncion: el que, asimismo, nos ha marcado con su sello; y que por arras de los bienes, que nos ha prometido, nos dá el Espíritu Santo en nuestros corazones. Cor. i, 21 et 22. Nosotros, hermanos mios, tambien tenemos parte en este don precioso; participamos de él por el sacramento de la Confirmacion, el cual nos dá el Espíritu Santo con la abundancia de sus gracias, para volvernos cristianos perfectos, y hacernos confesar la fe de Jesucristo, aún á riesgo de nuestra vida. El Espíritu divino desciende sobre nosotros en este sacramento, de una manera invisible; pero, tan realmente, como descendió sobre los Apóstoles y sobre los primeros fieles.

Solamente los que han recibido el Bautismo, pueden recibir la Confirmacion. El Bautismo nos hace cristianos, y nos pone en el número de los hijos de Dios; la Confirmacion nos hace perfectos cristianos y soldados de Jesucristo. Este sacramento lo recibimos de mano de los Obispos, como los primeros fieles lo recibian de las de los Apóstoles. Las ceremonias, que lo acompañan, nos dán á comprender, de una manera sensible, los admirables efectos, que en nosotros produce. El Obispo comienza con una oracion, invocando el Espíritu Santo; le suplica, que descienda sobre los que confirma, y les dé el espíritu de inteligencia y sabiduría, que les eleva al conocimiento de los misterios de la fe, y les inspira el aprecio y el deseo de los bienes celestiales, descubriéndoles la vanidad de los bienes perecederos; el espíritu de consejo, de fuerza y de ciencia, que les indica la senda de la verdadera dicha, los peligros y obstáculos, que pueden desviarles, y les enseña á precaverse, ó les dá fuerzas para superarlos; el espíritu

de piedad y de temor de Dios, que destierra de su alma cualquier otro temor, y haciéndoles conocer lo ligero del yugo del Señor, lo dulce de su servicio, les pone en disposicion de renunciar á todo, primero que desagradarle. Entretanto, el Obispo hace esta oracion; y, despues de hecha, impone las manos sobre los que confirma, para indicar la firmeza en la virtud, que el Espíritu Santo les comunica. En seguida, hace con el sagrado crisma la señal de la cruz sobre la frente, pronunciando estas palabras: Yo te marco con la señal de la cruz, y te confirmo con el crisma de salvacion, en nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. El óleo de que se compone el santo crisma, tiene tres propiedades, á saber: alumbra, dulcifica y fortalece; y la uncion, que con él hace el Obispo, designa la luz, que el Espíritu Santo derrama en las almas, la uncion interior con que el Espíritu Santo ablanda el rigor, que pueda haber en la ley de Dios, y la fortaleza, que comunica para practicarla. El bálsamo, mezclado con el aceite en el santo crisma, que es de buen olor y lo preserva de la corrupcion, significa, que el que es confirmado, va á ser, segun la expresion del Apóstol, el buen olor de Jesucristo, es decir, un objeto de edificacion para sus hermanos. La uncion se hace en la frente, en donde aparece la vergüenza, á fin de que el fiel, confirmado, no se sonroje del Evangelio, no tema mostrarse cristiano, y confiese la fe de Jesucristo, aún á riesgo de su vida. Hácese en forma de cruz, para enseñarle á glorificarse en la cruz de nuestro señor Jesucristo, en quien está nuestra salvacion, nuestra vida y nuestra resurreccion, por quien fuimos salvados y redimidos. Gal. vi. 14. El Obispo dá con la mano en la mejilla del confirmado, para hacerle recordar, que habiendo recibido el sagrado carácter de soldado de Jesucristo, debe lidiar generosamente bajo los estandartes de su divino Jefe, y estar pronto á sufrir las mayores afrentas, ántes que serle infiel. El Espíritu Santo desciende sobre nosotros en el sacramento de la Confirmacion, para dotarnos, sobre todo, de esta constancia; obrando en él, lo que obró con los Apóstoles, esto es, llenándonos de su virtud, y dándonos una gracia de fuerza, de valor é intrepidez, que nos hace superiores á cualesquier tentaciones y pruebas.

Tal es la idea, que se ha tenido siempre en la Iglesia católica, del sacramento de la Confirmacion. En él se vuelve á marcar el cuerpo, dice Tertuliano, con la señal de la cruz, para que se fortalezca el alma. Lib. de Res. carnis, cap. 8. Con el Bautismo se nos regenera á la vida, escribia el santo papa Melquíades á los Obispos de España; pero en la Confirmacion, recibimos la fuerza necesaria para el comba-

te. Somos lavados y purificados por el Bautismo; la Confirmacion nos fortalece. EPIST. AD HISP. EPISC.

2. Pero ¿por qué entre los mismos que han recibido el sacramento de la Confirmacion, vemos, que son tan escasos los que tengan el don de fortaleza? ¿Por qué encontramos tantos cristianos, que, despues de cobrar fuerza y valor en la fuente misma de estas gracias, son débiles, pusilánimes, están prontos á ceder al primer soplo de tentacion, y á abandonar la causa de Jesucristo, luego que han de sufrir algo para sostenerla? ¡Ay! hermanos mios, es que al recibir el sacramento de la Confirmacion, muchos no obtienen sus gracias; y otros, despues de haberlas obtenido, no se curan de conservarlas y fomentarlas. Por desgracia, es demasiado cierto, que entre los que reciben el sacramento de la Confirmacion, los hay que no participan de los dones del Espíritu Santo, porque no se encuentran en las disposiciones indispensables. La Confirmacion no se instituyó, como el Bautismo, para darnos la gracia que santifica, sino para acrecentarla y perfeccionarla. Es preciso, pues, hallarse en estado de gracia para recibirla; es preciso haber conservado la gracia del Bautismo, ó reparado, por medio de la Penitencia, la pérdida que se ha sufrido. Pero en el siglo corrompido en que vivimos; en un siglo, en que la malicia precede á menudo al uso de la razon; ¿hay muchos, por ventura, que reciban la Confirmacion con el vestido de inocencia, que se les puso en el Bautismo? Y los que han tenido la desgracia de mancharlo ¿lo han lavado, por ventura, con las lágrimas de una penitencia sincera?

Otra de las disposiciones necesarias, en los que han llegado al uso de la razon para recibir este sacramento, es estar instruido en los principales misterios de la fe. Los Apóstoles se prepararon para recibir al Espíritu Santo, perseverando en la oracion. Seria preciso prepararse tambien para la Confirmacion, con el recogimiento y la oracion, penetrarse de la necesidad, que hay de las mercedes del Espíritu Santo, y demandarlas con fervor. Seria preciso, presentarse al sacramento con modestia y piedad, como hombres que suspiran por la venida del Espíritu divino, y cuyo deseo mas ardiente es, que él tome posesion de sus almas, y las proteja, defienda y apoye siempre. ¿Son comunes estas disposiciones, hermanos mios?

No es mi ánimo, empero, decir, que no haya almas virtuosas, que se presenten al sacramento de la Confirmacion, con las disposiciones y la preparacion que exige este sacramento, y en quienes el Espíritu Santo venga á habitar con la abundancia de sus gracias. Las hay, si, y en ellas se observa una conducta verdaderamente cristiana, la práctica de las buenas obras, la asiduidad en escuchar la palabra de Dios y

en frecuentar los sacramentos, el desprecio á los placeres peligrosos, el celo por los ejercicios de la piedad, la caridad para con el prójimo; la dulzura, la paciencia; y especialmente la fortaleza, el valor que dá el Espíritu Santo para sufrir las mofas y los sarcasmos, que su amor á la piedad y á la virtud puede acarrearles. La uncion del Espíritu Santo, derramada en su corazon, les consuela en medio de estas pruebas: dichosas si, despues de haber sobrellevado el yugo del Señor, desde su juventud, crecen en gracias y méritos, á medida que avanzan en años. Pero, desdichadas de ellas, si entibian su primer fervor, y si con sus faltas fuerzan el Espíritu Santo á abandonarlas: y eso es lo que sucede con mucha frecuencia. Vosotros, cuya conciencia se alarmaba ántes por las faltas más leves, cuya vigilancia se despertaba á la sola apariencia del mal; vosotros, que vencíais enérgicamente las tentaciones ¿por qué sois ahora tan débiles, que el menor soplo baste para ahuyentarle? ¿Cómo es, que caeis sin luchar, y casi sin remordimientos, en las faltas más graves? ¡Ah! os habeis cansado de una vida cristiana y recogida; os habeis entregado á la disipacion; habeis dado de mano á la oracion; os habeis acercado poquísimas veces á los sacramentos, y ni siquiera os habeis preparado para ellos.

¡Ah! quien quiera que seais los que habeis tenido la desgracia de no recibir los dones del Espíritu Santo al recibir la Confirmacion, ó de perder estos dones tan preciosos despues de haberlos recibido; reconoced la enormidad de vuestra falta: recurrid al sacramento de la Penitencia; pedid al Señor, que os perdone, y se digne reparar las pérdidas, que habeis experimentado. Este Dios, lleno de bondad y de misericordia, no desatenderá vuestros ruegos; él no niega su buen Espíritu á los que se lo demandan; *Dabit Spiritum bonum petentibus se.* Luc. XI, 13. Pero acordaos, de que no podeis recibir al Espíritu de Dios, si no os despojais del espíritu del mundo: juntos, no pueden subsistir. El espíritu del mundo, es un espíritu de orgullo, ávido de elogios, que busca todo lo que brilla á los ojos de los hombres, todo lo que puede halagar la vanidad y el amor propio; al paso, que el Espíritu de Dios, es humilde, modesto, prefiere obedecer á mandar; no busca, en lo que hace, su propia gloria, sino la gloria de Dios. El espíritu del mundo, es tímido; teme los desprecios, las burlas; al paso, que el Espíritu de Dios, es fuerte y valeroso, y se complace en sufrir ofensas por Jesucristo. El espíritu del mundo, es un espíritu de interés, y piensa, ante todo, en su provecho temporal; su mayor alegria, es realizar algun beneficio; y su mayor desconsuelo, sufrir una pérdida; al paso, que el Espíritu de Dios, es un espíritu desinteresado, que se considera más feliz en dar, que en recibir; no

se apega á los bienes de la tierra, y los pierde resignado. El espíritu del mundo, es un espíritu de disimulo, de astucia, de artificio; se doblega á todas las circunstancias, toma todas las formas, para granjearse el favor de los hombres; hasta parece, que se olvida de las ofensas, cuando lo reclaman sus intereses, ó ántes las disimula, cuando no puede vengarse; al paso, que el Espíritu de Dios, es un espíritu de rectitud y de sinceridad, que obra en todo con sencillez de corazon, se olvida verdaderamente de las injusticias, que se le han hecho, y perdona sin ningun disimulo. El espíritu del mundo, es tibio en las obras de piedad, se entusiasma por los insensatos goces del siglo y por cuanto puede lisonjear los sentidos; al paso, que el Espíritu de Dios, es templado, sóbrio, sufrido; aléjase de los placeres mundanos, y al mismo tiempo está lleno de ardor y celo por todo lo que tiene relacion con el servicio de Dios.

Ved, pues, amados hermanos mios, el espíritu que os anima; y si abrigais el Espíritu de Dios, conservadle preciosamente. Nunca os olvideis del dia en que tuvisteis la dicha de recibirle en la Confirmacion. Celebrad su aniversario con fervor; y en la Pascua de Pentecostés, dad gracias al Espíritu Santo por haberse comunicado con vosotros; rogadle, que se digne continuar iluminando vuestro espíritu con sus divinas luces, y sostener vuestra debilidad con la fuerza de su virtud: suplicadle, que confirme y perfeccione lo que ha obrado en vosotros, para que sigais con paso firme el camino de la salvacion. Así sea.

CONFIRMACION.

(SU NATURALEZA Y SUS ELEMENTOS.)

Imponebant manus super illos, et accipiebant Spiritum Sanctum.

Les imponian las manos y recibian el Espíritu Santo.

(*Act.* VIII, 17.)

La gracia de la regeneracion hizo, que los hijos del antiguo Adan, se convirtiesen en hijos del Adan nuevo; este es el efecto del santo Bautismo, que comunica á nuestras almas una vida infinitamente más preciosa, que la material, que recibimos de nuestros padres el dia de nuestro nacimiento. Este hijo, débil rama desprendida de un árbol emponzoñado, de un *olivo silvestre*, para servirme de la comparacion de San Pablo, é ingertado en el árbol de la vida, en el *olivo dulce*, debe algun dia producir flores y frutos; pero este delicado ingerto tendrá que sufrir muchas tempestades y correr muchos peligros. Frágil, vacilante é incierta es la vida de un niño; es una flor, que se mece sobre un abismo, y que un soplo cualquiera puede marchitar. No hay necesidad de armarse contra esta frágil y débil criatura; puede cualquiera someterla fácilmente. Es preciso, por consiguiente, que el niño crezca y se fortalezca en el órden de la gracia y de la vida divina, como necesita crecer tambien en el órden de la naturaleza y de la vida temporal. Además; ese niño, hermano de los ángeles, ha nacido para ser soldado, pues la vida del hombre en la tierra, es una lucha contínua, segun la expresion de la Sagrada Escritura. El Bautismo, al borrar en nosotros el pecado original, no extingue el fuego de la concupiscencia; y la experiencia diaria

nos enseña, que nos rodean muchos enemigos visibles é invisibles, interiores y exteriores, á quienes tenemos que combatir sin tregua. Para asegurarnos la victoria en esta lucha decisiva, en la que se trata de la eternidad, y tambien para cobrar nuevas fuerzas espirituales, instituyó Jesucristo el sacramento de la Confirmacion, del que voy á ocuparme, suplicándoos que me presteis vuestra atencion. A. M.

1. Ya sabeis, carísimos hermanos mios, que la Confirmacion es un sacramento, en el cual el Espíritu Santo nos infunde en abundancia sus gracias, para hacernos perfectos cristianos. El Bautismo nos dá una vida nueva; la Confirmacion es el desarrollo, el acrecentamiento, la perfeccion, la consumacion de esa vida divina. Por medio del Bautismo, nos hacemos discípulos y servidores de Jesucristo; por medio de la Confirmacion, adquirimos valor y fortaleza para declararnos sus soldados, y pelear á la sombra de su divino estandarte, con la cabeza erguida y espada en mano, sin desalentarnos jamás, á pesar de la duracion del combate. En una palabra, el Bautismo nos hace cristianos; la Confirmacion nos hace cristianos perfectos. Ved aquí, como la Confirmacion es un sacramento de vivos; y seria, por lo tanto, un sacrilegio, recibirlo en estado de pecado mortal. No produce la primera gracia en nuestras almas; pero, aumenta, confirma y perfecciona la gracia santificante recibida en el Bautismo. De ahí, procede el nombre de Confirmacion, con que este sacramento se designa hoy, despues de haberle llamado los Padres y los Doctores, *imposicion de manos*, *santo crisma*, *sacramento del santo crisma*, *sello del Señor*, *sello espiritual*.

La Confirmacion es un verdadero sacramento de la nueva ley, pues reune las tres condiciones, que requiere todo sacramento, esto es, signo sensible, institucion divina, y gracia. El signo sensible, consiste en la imposicion de las manos, la uncion del santo crisma y las palabras pronunciadas por el Obispo. La gracia se manifiesta en los efectos producidos por la Confirmacion. Por último, la institucion divina de este sacramento, es un punto de doctrina acerca del cual no puede permitirse la menor duda. El concilio de Trento, reasumiendo en este punto la fe del mundo católico, anatematiza á los que digan, que hay más ó ménos de siete sacramentos, entre los cuales comprende la Confirmacion; y hablando de este sacramento en particular, añade: «Si alguno dice, que la Confirmacion, en los que han sido bautizados, no es sino una ceremonia supérflua, y que no es un sacramento verdadero, y propiamente dicho, anatematizado sea.»

San Lúcas, en las Actas de los Apóstoles, nos revela la existencia de este sacramento, cuando refiere, que los Apóstoles imponian las manos á los que habian bautizado, y que éstos recibian el Espíritu Santo. A pesar de la disciplina del secreto, todos los Padres hablan, más ó ménos explícitamente, del sacramento de la Confirmacion; y entre los muchos, que pudiera citar, bastará la autoridad de San Agustin: «La Confirmacion, dice el Santo, es un sacramento, que tiene la virtud de comunicar el Espíritu Santo; y es sacramento, lo mismo que el Bautismo.» Por último, las sectas separadas de la unidad católica, desde los primeros siglos, están conformes con los santos Padres, en reconocer el sacramento de la Confirmacion, como sus liturgias nos lo manifiestan.

Vamos á ver ahora, si la Confirmacion es necesaria para salvarse. No es necesaria de esa necesidad, que las escuelas llaman *necesidad de medio*, como el Bautismo; el Bautismo es necesario á todos los hombres, como la Penitencia es necesaria á todos los pecadores; pero se puede ganar el cielo sin haber recibido la Confirmacion. Este sacramento, es necesario de una *necesidad de precepto;* y si no se recibiese miéntras se puede, se incurriria en una falta muy grave, porque la Confirmacion nos dá los auxilios necesarios para nuestra salvacion; y por derecho divino, estamos obligados á proporcionarnos los auxilios espirituales, que se nos ofrecen; auxilios sin los cuales no podríamos triunfar de nuestros enemigos. Apresuraos pues, carísimos hermanos mios, á recibir en tiempo oportuno este gran sacramento; pues uno de los presentes mas excelentes, que Dios puede haceros, es infundiros su espíritu, y daros la abundancia y la plenitud de las gracias.

2. La materia de este sacramento ha consistido siempre en el santo crisma, que es, como ya sabeis, una mezcla de aceite y de bálsamo, que el Obispo consagra solemnemente el dia del Jueves santo. Estas dos sustancias, que no sin razon emplea la Iglesia, significan perfectamente la gracia, que la Confirmacion infunde en nuestras almas. El aceite es, al mismo tiempo, un símbolo de dulzura y de fortaleza. Indica, que el cristiano debe ser, á la vez, el leon de Judá, y el cordero de Dios, semejante al nuevo Adan, de quien debe ser fiel imágen. Antiguamente, cuando los atletas tenian que luchar en la arena, se ungian el cuerpo con aceite para darle mayor fuerza y flexibilidad; el aceite, en la Confirmacion, indica la fortaleza, que necesita el soldado de Jesucristo, para que, cual otro atleta, pueda luchar constantemente contra todas sus malas pasiones. Se usa igualmente el aceite, para calmar el dolor, que causa una herida; empleado en el sacramento de la Confirmacion, significa, que el Espíritu Santo, por su gracia, sua-

viza todo lo penoso, que pudiera tener para nosotros el cumplimiento de la ley de Jesucristo. El bálsamo es un perfume de olor suave, que impide la corrupcion; así indica, que el cristiano, que ha recibido la Confirmacion, debe despedir siempre el buen olor de sus virtudes, de suerte, que pueda decir con S. Pablo: *Nosotros somos el buen olor de Jesucristo en la presencia de Dios.*

La forma de la Confirmacion consiste en las palabras, que pronuncia el Obispo al conferir este sacramento. Es preciso tambien, que los confirmantes asistan á la imposicion de las manos, y á la oracion, que preceden á la administracion del sacramento. Esta oracion y esta imposicion, sin ser esenciales á la validez del sacramento, se han practicado siempre en la Iglesia, desde los tiempos de los Apóstoles.

Todos vosotros, hermanos mios, ó á lo ménos la mayor parte, habeis recibido el sacramento de la Confirmacion: habeis recibido la plenitud del Espíritu Santo. En aquel dia feliz, todos fuísteis armados soldados de Jesucristo. Combatid, pues, con denuedo en los combates del Señor. Hijos de héroes, hijos de mártires, y de confesores, que han sido vuestros gloriosos antepasados, y cuya sangre se ha transmitido hasta vosotros y corre en vuestras venas: haceos dignos de tan noble orígen; y acordaos, que despues de llevar en la tierra una corona de espinas, estais destinados á ceñir en el cielo una corona inmortal de gloria. Amen.

CONFIRMACION.

(DISPOSICIONES, EFECTOS, CEREMONIAS, SUS VENTAJAS SOCIALES.)

Et cum imposuisset illis manus Paulus, venit Spiritus Sanctus super eos.

Y habiéndoles Pablo impuesto las manos, descendió sobre ellos el Espíritu Santo.

(*Act.* XIX, 6.)

El asunto de que voy á ocuparme en este dia, es importante, pues se refiere á las disposiciones necesarias para recibir la Confirmacion, á los efectos que produce, á las ceremonias con que se confiere, y, finalmente, á sus ventajas ó virtudes.

1. En la Iglesia primitiva, se acostumbraba conferir el sacramento de la Confirmacion al mismo tiempo, que el santo Bautismo, aún á los párvulos, que acababan de nacer. Más adelante, se aguardó á que hubiesen llegado á la edad de la razon.

Las disposiciones, que se requieren para recibir dignamente este sacramento, se refieren, unas, al cuerpo; y al alma, otras. Relativamente al cuerpo, es muy propio, pero no necesario, el ayuno. Es preciso tambien, presentarse con respeto y con modestia, y tener el rostro limpio, sobre todo la frente, donde el Obispo hace la uncion. Con respecto al alma, se exigen tres condiciones: primera, haber recibido el Bautismo, porque siendo el Bautismo la puerta de los demás sacramentos, no puede recibirse ninguno, sin haber sido antes bautizado; segunda, es preciso estar en gracia, porque la Confirmacion es un sacramento de vivos, y seria un horrible sacrilegio recibirlo en peca-

do mortal; tercera, debe estarse suficientemente instruido en lo relativo al sacramento de la Confirmacion, y en particular, en su excelencia, y en las disposiciones, que se requieren para recibirlo.

2. Si con estas piadosas disposiciones se recibe el sacramento de la Confirmacion, produce tres frutos principales en el alma dispuesta de este modo. En primer lugar, nos comunica el Espíritu Santo, con la abundancia de sus gracias y de sus dones: ya sabeis, que son siete los dones del Espíritu Santo: la *sabiduría*, que nos aparta de los bienes de este mundo para hacernos aspirar á los bienes eternos, únicos verdaderos, que puede ambicionar un cristiano; el *entendimiento*, que proporciona el conocimiento de la verdad; el *consejo*, esto es, el don de elegir lo que mas conviene al servicio de Dios y salvacion de nuestra alma; la *fortaleza*, que nos infunde el valor necesario para vencer todos los obstáculos, que puedan oponerse al cumplimiento de nuestros deberes, y arrostrar las burlas y las injurias de los incrédulos ó de los malvados; la *ciencia*, por medio de la cual conocemos la voluntad de Dios, en lo relativo á la salvacion, y nos enseña los peligros, que debemos evitar; la *piedad*, que nos infunde un tierno amor á Dios, y hace que abracemos con júbilo todo lo que es de su servicio; y en fin, el *temor*, que nos inspira un profundo respeto á Dios, y nos hace evitar todo lo que podria ser una ofensa á su majestad infinita. Ved aquí, hermanos mios, los dones del Espíritu Santo, que recibimos en la Confirmacion; y así, las tres Personas divinas, cooperan á la grande obra de nuestra salvacion. El Padre nos crió en el órden de la naturaleza; y en el órden de la gracia, nos hace sus hijos adoptivos. El Hijo nos rescató; y por un amor inefable, como veremos, se nos entrega en la Comunion. El Espíritu Santo nos santifica y nos comunica todas sus gracias en el sacramento de la Confirmacion.

Tambien produce el efecto de infundirnos la perfeccion cristiana, y hacernos soldados de Jesucristo. El cristiano, que no ha recibido sino el Bautismo, es como un soldado poco aguerrido, que no está acostumbrado aún á las fatigas de los campamentos, y al fuego de las batallas, y que se acobardará tal vez, al primer encuentro con los enemigos; pero el cristiano, que se ha perfeccionado por medio de la Confirmacion, es como el soldado bien equipado y provisto de excelentes armas, que adiestrado desde mucho tiempo en la táctica militar, sabe resistir con valor y brio á todos los esfuerzos de sus contrarios.

La Confirmacion comunica al alma un carácter indeleble; por lo cual este sacramento, como los del Bautismo y del Órden, no puede

recibirse sino una vez en la vida. Cuando uno ha sido alistado, por medio de la Confirmacion, en la milicia de Jesucristo, conserva siempre, de grado ó por fuerza, el título ó la cualidad de soldado; así bien puede ser un mal soldado, un tránsfuga, un desertor, un traidor; pero, siempre es soldado; es un carácter sagrado, que no se borra jamás, con el cual hemos de presentarnos algun dia en el tribunal del Juez supremo.

3. Ya sabeis cuáles son las ceremonias de la Confirmacion. El Obispo empieza por implorar las luces y auxilios del cielo; pues de la oracion nos viene toda nuestra fortaleza; luego invoca para los confirmados los siete Dones del Espíritu Santo; y al invocarlos, tiene sus manos extendidas sobre ellos. El Obispo toma en seguida el vaso que contiene el santo crisma, y hace la uncion en forma de cruz sobre la frente de cada confirmado. Esta uncion se hace sobre la frente, que es la parte mas visible del cuerpo humano, para manifestar al confirmado, que nunca ha de avergonzarse de la cruz de Jesucristo, que fué el augusto instrumento de nuestra redencion. El Obispo toca, en fin, la mejilla del confirmado, como si le diera una ligera bofetada, y dice: *La paz sea contigo*, para anunciarle, que, en adelante, deberá sufrir con valor y resignacion, no solamente los trabajos y las penalidades de la vida, sino tambien las injurias y las afrentas que pueden causarle los hombres; y, sobre todo, las que le ocasione su fe. La recompensa de su paciencia será la paz, la paz que viene de Dios, la paz que el mundo no conoce, y que excede á todo sentimiento, como dice San Pablo. Termina la ceremonia el Obispo con una oracion, en la que implora al Espíritu Santo, que confirme su obra, y llene de sus abundantes gracias á los que acaban de recibir el sacramento.

4. La confirmacion trae, además, varias ventajas; dá al hombre una elevada idea de sí propio y de su dignidad. Cuando el hombre en su juventud se encuentra mas expuesto; cuando el mundo se le presenta lleno de atractivos y seduccion, lleno de peligrosos encantos para los ojos fascinados y para un corazon, que solo anda en pos de expansiones, y solo desea verter sus primeros tesoros y fijar en un objeto sus inquietos deseos; en el supremo momento, en que las nacientes pasiones comienzan á fermentar en la cabeza y en el corazon de un jóven, la Iglesia lo llama á sus templos para conferirle la fortaleza y el valor que necesita; le hace soldado de Jesucristo, le arma caballero de la cruz, le anima en la lucha contra sus malos instintos, y le promete el triunfo sobre todos sus enemigos. De esta suerte, el jóven cristiano recuerda el sentimiento de su propia dignidad; com-

prende cuán vil y degradante seria para él, humillarse bajo el vergonzoso yugo de las pasiones y del demonio, y resuelve luchar hasta el fin.

La Confirmacion, no solo nos dá fuerza contra nuestras malas pasiones, sino que nos dá tambien el valor necesario para hacer frente al respeto humano, y manifestarnos abiertamente cristianos; y nos arma soldados de Jesucristo. Ahora bien; ¿un soldado se avergüenza jamás de su bandera? ¿no tiene á honor y gloria llevar sus insignias militares? Pues el cristiano tampoco debe avergonzarse jamás de su fe, ni de su bandera, que es la cruz de Jesucristo. Así, el sacramento de la Confirmacion dá al hombre fuerza y dignidad para luchar contra sus enemigos; siembra, en cierto modo, de flores el camino del jóven; le ciñe en la frente una corona de pureza y de honor: miéntras que, privado de este sacramento, el hombre seria arrojado al acaso en la vida, como un barco sin timon ni piloto, y no tardaria en ser el juguete de las tempestades y de las deshechas olas; es decir, el juguete de todas las malas pasiones, cuyo gérmen lleva siempre en su corazon, y que bien pronto acabarian por perderle.

Bendito seais pues, ¡oh Dios mio! por haber instituido este gran sacramento. Haced, que seamos más y más fieles á las inspiraciones de vuestro Espíritu Santo; que su divina luz ilumine siempre nuestro entendimiento; que el ardor de sus fuegos derrita el hielo de nuestros corazones; y que, atraidos todos por ese brillante sol, tendamos siempre hácia las esferas de la bienaventuranza eterna. Amen.

CONFIRMACION.

(EXHORTACION PARA DISPONER A LOS NIÑOS, QUE HAN DE RECIBIRLA.)

Hijos mios, el sacramento que vais á recibir, es como la perfeccion de vuestro Bautismo: es un sacramento de fortaleza y la plenitud del Espíritu Santo. Por medio del Bautismo os hicisteis hijos de Dios; pero con la Confirmacion os vais á hacer hombres perfectos: es decir, que este sacramento debe producir en vosotros los mismos efectos, que producia antiguamente en los primeros fieles, si le recibís con las mismas disposiciones que ellos.

Primeramente: con este sacramento recibian el don de las lenguas y de los milagros: es verdad, queridos hijos mios, que yo no espero que produzca en vosotros estos prodigios, porque estos dones exteriores ya son inútiles á la Iglesia, y la fe no necesita ya de estos grandes testimonios; pero, sí, espero, que el espíritu de Dios, que vais á recibir, os haga hablar el idioma de Dios, que, en adelante, vuestras conversaciones sean santas, que os abstengais de las conversaciones profanas del mundo, que no hableis el idioma de la ira, de la murmuracion, de la mentira y del libertinaje: de este modo, hablareis un idioma nuevo é ignorado de los hijos del siglo: dareis á entender, que habita en vosotros el Espíritu Santo, que habla en vosotros; y que ya que no hayais recibido el don de las lenguas, habeis recibido otro mas excelente, que es el de usar santamente de la vuestra.

En segundo lugar: luego que los primeros fieles recibian el sacramento de la imposicion de las manos, que era el mismo que el de la Confirmacion, quedaban más firmes en la fe, con más valor para confesar á Jesucristo, y más intrépidos en la presencia de los tiranos. Vosotros, amados hijos mios, no teneis que temer á los perseguidores, porque ya se acabó el tiempo de las pruebas; pero, aún dentro

del mismo seno de la Iglesia, teneis que sufrir otros combates: el primero, contra el mundo; y el segundo, contra vosotros mismos. El valor y la constancia en ellos contra el mundo, debe ser en vosotros, queridos hijos mios, el fruto visible de este sacramento: en el mundo hallareis unos hombres corrompidos en la fe, que procurarán arruinar la vuestra, y hablarán el idioma de la impiedad; oponed á estas conversaciones, amados hijos mios, un valor digno de los soldados de Jesucristo: defended los intereses y la gloria de vuestro Maestro, y confundid á los impíos, solamente con el horror que manifesteis á su impiedad: vosotros no permitiriais que en vuestra presencia se hablase mal de vuestros padres; pues ¿cómo habeis de sufrir, que delante de vosotros sea ultrajado el Dios de quien recibisteis el sér, que es vuestro primer padre, y que ha de ser vuestra eterna recompensa?

Tambien hallareis en el mundo algunos hombres, que se burlan de la virtud y de los ejercicios de la religion; que tratan de flaqueza de ánimo á la exactitud en el cumplimiento de las obligaciones que nos impone; pero, hijos mios, luego que hayais recibido el sacramento de valor y fortaleza, no tendreis miedo á estos censores de la virtud. Si acaso entre los de vuestra edad, se hallan algunos tan corrompidos, que sean capaces de burlarse de los que son fieles á Dios, no os asustarán sus burlas, sino que os compadecereis de su ceguedad; confesareis públicamente á Jesucristo, no conocereis aquel respeto humano, que hace muchas veces, que no nos atrevamos á hacer pública profesion de la fe y de la virtud en presencia de aquellos que se burlan de ella neciamente, y temereis á Dios y no á los hombres. Finalmente, en el mundo hallareis autorizados todos los vicios con el mal ejemplo, y aún, acaso, hallareis estos escollos entre vuestros mismos parientes y amigos: su vida desarreglada os servirá de un contínuo incentivo para los desórdenes; á cualquiera parte que os volvais, vereis aplaudido el vicio y justificadas las pasiones. Para resistir á estos malos ejemplos se necesita valor: estos son, hijos mios, vuestros tiranos y perseguidores; pero la gracia del sacramento de la Confirmacion, si permaneciereis fieles en ella, os dará fuerza para vencerlos.

Por último: el segundo combate que tendreis que sufrir, mas terrible y peligroso que el primero, será contra vosotros mismos. ¡Ah, hijos mios! vuestras pasiones irán creciendo con vuestra edad; la corrupcion, que sacamos con nosotros al tiempo de nacer, se irá fortificando cada dia; y aún puede ser, que ya en vosotros se haya adelantado á la edad: acaso habrá naufragado ya la gracia de la inocencia; acaso habreis manchado ya aquel vestido de pudor y de justicia con

que vistió vuestra alma el sacramento del Bautismo. Si los principios son corrompidos, juzgad, hijos mios, cuáles serán las resultas: si ya está inficionada la raiz ¿qué será de lo restante de vuestra vida? Si vuestras pasiones, que todavía están débiles y tiernas, se hallan ya más fuertes que vosotros ¿qué os sucederá cuando lleguen á su mayor vigor?

Resistid en el principio, amados hijos mios: este es el efecto que debe producir en vosotros el sacramento que hoy os administra la Iglesia: acostumbraos á vencer vuestras pasiones en esta primera edad; estos primeros esfuerzos os merecerán unas abundantes gracias para toda vuestra vida: Dios cuidará mas de preservaros; viviréis en medio de la corrupcion del mundo sin mancharos: os parecereis á aquellos tres niños hebreos, á quienes preservó el Señor en medio de las llamas, porque sus primeros años fueron agradables á su vista. De estos principios depende todo, queridos hijos mios: si vuestra juventud es prudente y arreglada, la virtud y el temor de Dios os acompañarán en todas las edades; si habeis sembrado en la bendicion, cogereis bendiciones abundantes: estas puras primicias de vuestra vida santificarán lo restante de ella: Dios las aceptará como felices prendas de vuestra eterna salud, como la primera ofrenda de una víctima que le pertenece, y que se ha reservado para sí. Pero, si teneis la desgracia de extraviaros en vuestros primeros caminos, y de no aprovecharos de la gracia de valor y fortaleza que vais á recibir, en adelante, cada paso que deis será una caida. Viéndoos el demonio, despojados de aquella gracia de santidad que habiais recibido en el Bautismo, y de la gracia de fortaleza que hoy recibís, nada hallará en vosotros que pueda resistirle: sereis el juguete de sus engaños y de vuestras propias flaquezas: ireis adelantando en la culpa, segun vayais creciendo en edad: empezasteis olvidándoos de Dios, y acabareis despreciándole. El que siembra en la carne, dice el Apóstol, segará frutos carnales: si la raiz está dañada, las ramas que de ella nacen no pueden estar sanas: os disponeis unos dias infelices y culpables, una vida inquieta y llena de pasiones, una vejez triste y abandonada de Dios. Feliz aquel, queridos hijos mios, que lleva el yugo del Señor desde su juventud: Dios le bendecirá; sus pasiones, refrenadas en tiempo, siempre serán más dóciles, y no le será tan trabajosa la virtud: aficionadas sus inclinaciones, desde el principio, á la obligacion, se ordenarán á ella por sí mismas: sus dias serán tranquilos, su vida santa, su vejez honrada; y su muerte, que será semejante á su vida, no será más que un tránsito á la feliz inmortalidad, que os deseo á todos.

DIVISIONES.

CONFIRMACION.—La gracia de la Confirmacion

1.° Nos dá á conocer la debilidad de nuestro enemigo.

2.° Hace, que por Jesucristo lo suframos todo con alegría.

3.° Nos infunde el valor de la constancia para morir por la verdad.

CONFIRMACION.—La gracia de este sacramento, hace superiores á su temor á los hombres más tímidos.

La gracia de este sacramento perfecciona la confianza de los hombres más atrevidos.

CONFIRMACION.—Por este sacramento el Espíritu Santo nos fortifica:

1.° Contra los estímulos de la carne, que jamás se cansa de insurreccionarse contra el espíritu.

2.° Contra los insultos del mundo, que quiere hacernos sonrojar cuando nos entregamos á actos piadosos.

3.° Contra las dificultades de nuestro estado, que nos hacen murmurar contra la Providencia, que en él nos ha puesto.

CONFIRMACION.—Los auxilios extraordinarios, que recibimos por medio del sacramento de la Confirmacion, nos vuelven terribles contra nuestros enemigos.

Las señales por las que damos á conocer, que hemos recibido el sacramento de la Confirmacion, son los actos de generosidad.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Emitte Spiritum tuum, et creabuntur, et renovabis faciem terræ. PSALM. CIII, 30.

Enviarás tu espíritu y serán criados, y renovarás la faz de la tierra.

Dabo eis cor unum, et Spiritum novum tribuam in visceribus eorum; et auferam cor lapideum de carne eorum, et dabo eis cor carneum, ut in præceptis meis ambulent, et præcepta mea custodiant, faciantque ea, ut sint mihi in populum, et ego sim eis in Deum. EZECH. XI, 19, 20.

Yo les daré un corazon unánime, é infundiré un nuevo espíritu en sus entrañas; y les quitaré el corazon que tienen de piedra, y daréles un corazon de carne, para que sigan mis mandamientos, y observen mis leyes, y las practiquen, y con lo cual sean ellos el pueblo mio y yo sea su Dios.

Spiritus Sanctus docebit vos in illa hora quid oporteat vos dicere. LUC. XII, 12.

El Espíritu Santo os enseñará en aquel trance, lo que debeis decir.

Tunc imponebant manus super illos, et accipiebant Spiritum Sanctum. ACTOR. VIII, 17.

Entónces les imponian las manos, y *luego* recibian al Espíritu Santo *de un modo sensible.*

Ipse Spiritus testimonium reddit spiritui nostro, quod sumus filii Dei. IDEM, VIII, 16.

El mismo Espíritu *de Dios* está dando testimonio á nuestro espíritu: de que somos hijos de Dios.

Charitas Dei diffusa est in cordibus nostris per Spiritum Sanctum, qui datus est nobis. IDEM, 5.

La caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo, que se nos ha dado.

Nescitis quia templum Dei estis vos, et Spiritus Dei habitat in vobis? I CORINT. III, 16.

¿No sabeis vosotros, que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?

Signati estis Spiritu promissionis Sancto, qui est pignus hæreditatis nostræ. EPHES. I, 13.

Recibisteis el sello del Espíritu Santo, que estaba prometido, el cual es la prenda *ó las arras* de nuestra herencia *celestial.*

Qui autem confirmat nos vobiscum in Christo, et qui unxit nos Deus, qui et signavit nos, et dedit pignus Spiritus in cordibus nostris. II CORINT. I, 21, 22.

Así, Dios es el que á nosotros, *junto* con vosotros, nos confirma en la fe de Cristo, y el que nos ha ungido *con su uncion;* el que asimismo nos ha marcado con su sello, y el que por arras *de los bienes que nos ha prometido,* nos dá el Espíritu *Santo* en nuestros corazones.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

En el sacramento de la Confirmacion, se nos infunden los dones del Espíritu Santo, de cuyo auxilio necesitamos para cumplir las promesas que hicimos, y defender contra el infernal enemigo la bandera de Jesucristo, á cuya milicia nos alistamos. En el libro del Deuteronomio, se nos presenta una figura muy expresiva de este sacra-

mento, cuando Moisés, al saber que el Señor destinaba á Josué para sucederle en el mando de su pueblo, le impuso sus manos, como para comunicarle los dones sobrenaturales que necesitaba, á fin de cumplir la gran mision que recibió.

Cuando Jesucristo fué bautizado en el Jordán por el santo Precursor, descendió el Espíritu Santo en forma de paloma, y se detuvo sobre la cabeza del Salvador. Este hecho nos significa, que, si el santo Espíritu vino para dar testimonio de la mision altísima del Mesías, paróse sobre su cabeza, como para asegurarnos, de que aquel misterioso personaje queda con esto lleno de todos los dones de la gracia, y autorizado para predicar á los hombres su doctrina celestial. Joann. 1. Esta comunicacion de los dones del Espíritu Santo, se verifica en nosotros al recibir el sacramento de la Confirmacion, quedando así armados contra los contínuos ataques de nuestros enemigos, y confortados para dar testimonio de la divina religion, que profesamos.

Los Apóstoles recibieron con la más imponente solemnidad el sacramento de la Confirmacion en el dia de Pentecostés, cuando el Espíritu Santo descendió y se comunicó á los mismos con misteriosas y visibles lenguas de fuego, llenándolos de sabiduría, fortaleza y demás dones, que les eran indispensables para confesar en medio de los tormentos, y predicar entre sábios é ignorantes la doctrina de su divino Maestro. Actor. 2. Nadie, por poco versado que esté en la historia del santo Evangelio, desconoce cuán ignorantes, cobardes y pusilánimes fueron los Apóstoles ántes de recibir al divino Espíritu; ni se le oculta el contraste singular, que presentan su conducta anterior con su sabiduría, virtud é intrepidez despues de haberle recibido: pues los mismos efectos produce proporcionalmente en nosotros, el sacramento de la Confirmacion, por medio del cual se nos comunican los dones del Espíritu Santo.

Los Apóstoles, instruidos por virtud divina, continuaron administrando este sacramento, imponiendo las manos sobre los que creian, y comunicándoles el Espíritu Santo. Actor. 8.

Lo mismo hizo S. Pablo con aquellos discípulos ó creyentes, que encontró en Efeso. «Preguntóles: ¿habeis recibido al Espíritu Santo despues que abrazasteis la fe? Mas ellos le respondieron: ni siquiera hemos oido si hay Espíritu Santo... Oido esto, se bautizaron en nombre del Señor Jesús; y habiéndoles Pablo impuesto las manos, descendió sobre ellos el Espíritu Santo, y hablaban varias lenguas y profetizaban.» Actor. 19, 2, 5 y 6.

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Cum regeneratus quis fuerit per aquam, postmodum septiformis Spiritus gratia ab episcopo confirmetur, quia aliter perfectus christianus esse nequaquam poterit. S. Clem. epist. 4 ad Julium Jul.

Despues que el hombre ha sido regenerado con el agua del Bautismo, debe ser confirmado por el Obispo con la gracia del Espíritu Santo; pues de otro modo, jamás seria un cristiano perfecto.

Ungi quoque necesse est eum, qui baptizatus est, ut accepto chrismate, idest unctione, esse unctus Dei, et habere in chrismate in se gratiam Christi possit. S. Cypr. ep. 12 ad Joann.

El que ha sido bautizado, debe ser tambien confirmado, para que, recibido el crisma, ó la uncion, pueda considerarse consagrado á Dios, y pueda poseer, por medio del sacramento, la gracia de Jesucristo.

Caro ungitur, ut anima consecretur; caro signatur, ut anima muniatur; caro manuum impositione adumbratur, ut anima Spiritu illuminetur. Tertull. libr. de carn. resurr.

El cuerpo es el ungido, pero es el alma la que queda consagrada; el cuerpo es el santiguado, y el alma queda fortalecida; el cuerpo recibe la imposicion de las manos, para que el alma sea iluminada por el Espíritu Santo.

An nescis etiam ecclesiarum hunc esse morem, ut baptizatis manus imponatur, et ita invocetur Spiritus Sanctus, uti scriptum est in Actibus apostolorum? Etiam si Scripturæ auctoritas non subesset, totius orbis in hanc partem consensus instar præcepti obtineret. S. Hier. contra Lucifer.

¿Ignoras, que la Iglesia universal acostumbra imponer las manos á los ya bautizados, invocando así sobre ellos al Espíritu Santo, segun vemos practicado en los Hechos de los apóstoles? Aun cuando no existiera la autoridad de la Escritura, la costumbre de todo el órbe católico en este punto, constituiria un precepto.

Quod est anima corpori hominis, hoc est Spiritus Sanctus corpori Christi, quod est Ecclesia; hoc agit Spiritus in tota Ecclesia, quod agit anima in omnibus mem-

El Espíritu Santo es con respecto al cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, lo que nuestra alma con respecto al cuerpo; si ésta vivifica y dá movimiento á todos los

bris unius corporis. S. AUGUSTI. IN FER. 2 PENT.

Baptismi gratiam omni homini vel omni sexui tradidit auctoritas antiquorum: confirmationis autem insigne sola pontificalis persona suæ vindicat dignitati. SAN PETR. DAM. LIB. 1 DE DEDIC. ECCLES.

miembros del cuerpo, lo propio hace el Espíritu Santo con respecto á la Iglesia.

La tradicion de los más antiguos Padres, ha reconocido idóneas á todas las personas, sin distincion de sexos, para conferir el Bautismo; pero la colacion del sacramento de la Confirmacion, se ha reservado exclusivamente á la dignidad de los Obispos.

DONES DEL ESPÍRITU SANTO, QUE SE NOS COMUNICAN POR EL SACRAMENTO DE LA CONFIRMACION.

Los dones del Espíritu Santo son ciertos hábitos sobrenaturales, que adornan y perfeccionan al alma, inclinándola á seguir las inspiraciones, y á obrar segun los movimientos interiores con que nos favorece este divino Espíritu. Estos dones son siete, segun los anunció Isaías al hablar de los dones de que estaria adornado el Mesías (CAP. 11): *sabiduría*, *entendimiento*, *consejo*, *fortaleza*, *ciencia*, *piedad* y *temor de Dios*.

1.° La Sabiduría es un don, que nos hace despreciar los bienes de este mundo, y nos los hace mirar con desdén y hastío: *Omnia arbitror ut stercora* PHILIPP. III, 8; haciéndonos juzgar con rectitud las cosas divinas para amarlas con preferencia.

2.° La Inteligencia ó entendimiento es un don, que nos hace conocer y penetrar las verdades de la religion, que Dios oculta á los sábios orgullosos del siglo, y revela á los humildes; por esto decia S. Agustin, que el entendimiento es fruto de la fe: *Fidei fructus intellectus.* TRACT. IN JOANN.

3.° El Consejo es un don, que en los importantes negocios de nuestra salvacion, nos induce á reflexionar y á practicar lo más propio para la mayor gloria de Dios, y lo más conveniente á nuestra alma; al contrario, los consejos humanos nos llevan á buscar nuestros intereses temporales, y no los de Jesucristo: *Quæ sua sunt quærunt, non quæ sunt Jesu Christi.* PHILIPP. II, 21.

4.° La Fortaleza es un don, que, haciéndonos colocar toda nuestra confianza en Dios, nos mueve á superar todas las dificultades, que se oponen á lo que emprendemos para gloria de Dios, y á despreciar los peligros, que podrian amedrentarnos y hacernos desistir.

5.° La Ciencia es un don, que nos ilumina sobre lo que debemos creer, y sobre el camino, que debemos seguir para vencer los obstáculos, que nos impiden conseguir nuestro último fin, que es Dios; pues, como dice Sto. Tomás, el don de la ciencia no se limita á considerar las verdades, que el hombre debe creer, sino que se extiende hasta los actos, cuya naturaleza debe determinar el mismo conocimiento de la verdad, para que sean agradables á Dios: por esto las Sagradas Escrituras nos dicen, que la ciencia de los santos conduce al varon justo por caminos rectos: *Justum deduxit Dominus per vias rectas, et ostendit illi regnum Dei, et dedit illi scientiam sanctorum.* SAP. X, 10.

6.° La Piedad es un don, que nos hace obrar con prontitud, facilidad y alegría, todo lo que pertenece al culto y servicio de Dios, no ménos que al honor de sus Santos, y que nos mueve á compadecer y aliviar las miserias de nuestros prójimos: en este sentido, dice S. Agustin, que la piedad es el culto de Dios: *Pietas cultus Dei est.* EPIST. CL, 18. El apóstol Santiago dice, que la verdadera piedad nos mueve á ejercer las obras de misericordia en favor de los huérfanos y viudas atribuladas (C. I, 27); y S. Pablo habla tambien de este don, cuando dice: Por cuanto vosotros sois hijos, envió Dios á vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual nos hace clamar: Abba, *esto es*, Padre *mio.* GALAT. IV, 6.

7.° El temor de Dios es un don, que nos inspira hácia Dios un respeto amoroso y filial, con un temor saludable de desagradarle. Este don nos hace muy atentos y solícitos en la observancia de la ley divina: por esto David llama dichosos á los que temen á Dios, porque siguen el camino recto. PSALM. CXXVI, 1. El Profeta pide al Señor, que traspase sus carnes con el dardo de este temor santo, para poder reprimir los deseos carnales, que le incitan al desprecio de su ley santa: *Confige timore tuo carnes meas.* PSALM. CXVIII, 120.

CONFORMIDAD

CON LA VOLUNTAD DE DIOS.

Non mea voluntas, sed tua fiat.
Señor, no se haga mi voluntad, sino la tuya.
(*Luc.* XXII, 42.)

Toda nuestra vida debe ser una continuada conformidad con las órdenes del cielo, y una universal sumision á los fines y designios de Dios para con nosotros. Sin esta sumision, la virtud no es más que, ó una disposicion natural, ó un querernos complacer á nosotros mismos: sin ella las ilusiones de nuestro espíritu son nuestra única ley, las inconstancias de nuestro corazon nuestra regla, y el capricho de nuestros deseos nuestro freno y el único motivo de nuestra conducta: en una palabra, nosotros hacemos de nosotros mismos nuestra propia divinidad.

En la conformidad con la voluntad de Dios consiste todo el precio de nuestros sacrificios, el mérito de nuestra paciencia y la santidad de nuestras alegrias: ella es la que quita las amarguras á nuestras aflicciones y el veneno á nuestras prosperidades; la que fija nuestras irresoluciones, la que calma nuestros temores, alienta nuestros desmayos y regla nuestras esperanzas. Es la seguridad de nuestro celo y el consuelo de nuestros disgustos: en suma, asegura todas nuestras virtudes, y nos hace útiles aún nuestras imperfecciones.

Esta virtud inspira los buenos consejos, responde de la felicidad de nuestras empresas, nos hace dueños de los sucesos, santifica todos los estados, regla todas las obligaciones; y mantiene la subordinacion de los pueblos, la autoridad de los imperios, la majestad de los soberanos, la fidelidad de los vasallos, la desigualdad de las condiciones, toda la armonia del cuerpo político; y hace que cada uno, contento con su suerte, no mire con envidia la ajena, y no piense mas que en cumplir y santificar las obligaciones de su propio estado.

¿De qué proviene pues, oyentes, que esta conformidad tan necesaria, y de tanto consuelo, sea tan rara entre los fieles? ¿De qué proviene, que en medio de la contínua sucesion de las cosas humanas, vivamos casi todos como si no hubiera un Sér soberano, superior á nosotros, que las gobernase; como si el acaso fuera el solo Dios del universo, ó como si nosotros mismos fuéramos los artífices de la felicidad ó desgracia de nuestra suerte?

Permitid, pues, que os hable de una materia de tanta importancia.

Manifestaré, primeramente, las causas ocultas de nuestra repugnancia á la voluntad de Dios. En segundo lugar, las útilidades que acompañan á la sumision á su voluntad santísima.

Es decir: ¿de qué proviene, que nunca queramos nosotros lo que Dios quiere? Y no obstante esto; ¿de qué proviene, que sea de tanta suavidad y consuelo el no querer sino lo que quiere Dios? Imploremos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Las principales causas de nuestra resistencia á la voluntad divina son: primeramente, una vana razon, que todos los dias llama las obras del Señor al juicio de las propias luces, que quiere intimamente conocer lo que debiera adorar, y condena con temeridad lo que no puede comprender. En segundo lugar, un exceso de amor propio, que hace que todo lo atribuyamos á nosotros mismos, y que nos miremos como si fuéramos solos en el mundo y todo se hubiera hecho para nosotros. De modo, que todo lo que no se comprende en el plan de nuestros fines y de nuestras pasiones, nos altera. En tercer lugar, finalmente, una falsa virtud, que bajo el pretexto de buscar á Dios, no busca mas que á sí misma, y sustituye siempre los deseos inútiles de un bien, que el Señor no nos pide, á las obligaciones que su santa voluntad nos ha impuesto.

Primeramente, una vana razon. Nosotros siempre queremos que Dios dé cuenta de su conducta; y siendo unas vanas criaturas, contínuamente nos atrevemos á llamar al Señor á juicio con nosotros. Pues ¿qué otra cosa oimos todos los dias en el mundo, sino

reflexiones insensatas en órden á los fines de Dios? Contínuamente se le pregunta la razon de la incomprensible sabiduría de sus consejos y de los arcanos de su providencia. ¿Por qué permite tantos infieles en la tierra? Por qué no se salvan todos los hombres? ¿Por qué ha hecho tan difícil la salvacion? ¿Por qué á los hombres los hizo tan flacos? Por qué no ha hablado con mas claridad acerca de las mas de las cosas que debemos creer? ¿Por qué permite tantos sucesos tan funestos á la fe y á la gloria de su Iglesia? Y otras mil ridículas preguntas con que intenta el hombre burlarse de Dios. El vil esclavo quisiera llamar á cuentas á su Señor soberano; el vaso de barro se atreve á preguntar al soberano Artífice ¿por qué le hace de este modo? Si los príncipes, en la conducta de los negocios públicos, y en las infinitas máquinas con que mueven todo el cuerpo de los estados é imperios, tienen secretos que nosotros no podemos penetrar; ¿por qué hemos de querer que Dios, en sus eternos fines acerca de la salud y destino de los hombres, no los tenga para sus criaturas? Si el gobierno de un solo estado pide consejos ocultos y medidas desconocidas, que muchas veces nos alteran, porque no conocemos las razones y utilidades secretas; ¿por qué hemos de querer, que el gobierno del universo, que la conducta universal de todos los hombres y de todos los siglos, desde el principio hasta el fin del mundo, no tenga, respecto de nosotros, ciertos secretos y ciertas oscuridades, con que las razones eternas se ocultan á nuestras débiles luces?

Adoremos los secretos de Dios, hermanos mios. Si lo que conocemos de sus obras nos parece tan divino y admirable; ¿por qué no hemos de inferir, que lo es tambien lo que no conocemos? Si es sábio en las obras que nos manifiesta; ¿por qué no lo será tambien en las que nos oculta?

La segunda causa de nuestra oposicion á la voluntad de Dios, es el excesivo y desordenado amor de nosotros mismos. Como todo nos lo atribuimos á nosotros mismos, y no hacemos caso de cuanto pasa en el mundo, sino en cuanto dice relacion con nosotros; como vivimos del mismo modo que si fuéramos solos en el mundo, y como si el universo solo hubiera sido hecho para nosotros, quisiéramos que Dios en nadie mas pensase que en nosotros; que se conformase con el plan de nuestro amor propio; que no obrase sino para nosotros solos; que todo lo ordenase á nosotros solos; que no dispusiese de las cosas de la tierra sino en nuestro favor; que en vez de ser el gobernador del universo y el Dios de todas las criaturas, solo fuese el Dios de nuestras pasiones y de nuestros caprichos. Y así, nosotros,

que no somos mas que un átomo imperceptible en medio de este vasto universo, quisiéramos hacer mover toda la máquina á medida de nuestro gusto; que todos los sucesos se acomodasen con nuestros deseos; que el sol solamente saliese y se ocultase para nosotros.

Y de aquí proviene, primeramente, que ni en la afliccion, ni en la prosperidad, no nos conformamos con la voluntad de Dios. No juzgamos de las circunstancias en que nos hallamos, sino en órden á nosotros mismos. De este modo, cualquiera cosa que turba un solo instante nuestros placeres; cualquiera cosa que descompone la soberbia y ambicion de nuestros proyectos y de nuestras esperanzas, nos molesta é inquieta; nos quejamos de Dios; creemos que nos mira con ceño y nos maltrata. En segundo lugar, se infiere, que como nos amamos excesivamente á nosotros mismos, y no ponemos límites á nuestros deseos, jamás estamos contentos con nuestro estado: siempre juzgamos que falta alguna cosa al ansia de nuestro amor propio: si no tenemos todo lo que deseamos, nada nos parece lo que poseemos: nos deshacemos en ideas, en pretensiones, en proyectos y en medidas: no sabemos gozar tranquila y cristianamente de lo que nos ofrece la Providencia.

En tercer lugar, se infiere, que como nuestro amor propio se ha apoderado de todo el universo, y miramos todo lo que deseamos como herencia nuestra, la felicidad de nuestros prójimos nos turba y ofende; miramos con envidia su elevacion; su prosperidad nos inquieta; su fortuna es nuestra desgracia; cuanto les es favorable, lo volvemos contra nosotros; no sabemos querer lo que Dios quiere; y no contentos con nuestras desgracias, nos formamos tambien un infortunio de la felicidad de nuestros prójimos.

Ultimamente, se infiere, que como juzgamos ser los únicos que poseemos la prudencia, cuanto no se acomoda con nuestras ideas y con nuestro modo de discurrir en la disposicion de las cosas de la tierra, lo censuramos y reprobamos: quisiéramos que nuestras ideas y consejos arreglasen la fortuna del público; no respetamos como debemos el órden de Dios, en el órden exterior de este mundo visible.

¡Qué grande y qué magnífico es el mundo, hermanos mios! ¡Qué órden, qué sabiduría, qué magnificencia ofrece á nuestra vista el gobierno de los estados é imperios, cuando en él contemplamos á un Dios invisible, que dispone de todo cuanto en él hay, con peso, con número y con medida! Pero, si separais á Dios, si considerais al mundo por si solo, si no mirais en él mas que las pasiones humanas, que parece lo ponen todo en movimiento; si no contemplais en él la voluntad eterna del Señor, que es el invisible principio que comunica

el movimiento á todas las cosas; entónces no es más que un cáos, un teatro de confusion y desórden, en el que ninguno está en su puesto.

La última raiz de nuestra oposicion á la voluntad divina, es una falsa virtud. Nunca queremos buscar á Dios por los caminos que nos abre su mano misma; y hacemos que consista la virtud, no en querer lo que Dios quiere, sino en escuchar nuestras inclinaciones y seguirlas.

En primer lugar: nunca nos agradan las obligaciones de nuestro estado; y siempre hacemos, en lugar de ellas, otras obras arbitrarias, que no nos pide Dios. En segundo lugar: si Dios nos pone en un estado de enfermedad habitual, echamos á este estado la culpa de nuestra tibieza y de nuestras infidelidades en el servicio de Dios: nos figuramos, que con una salud más segura, cumpliríamos con mil ejercicios de piedad para los cuales nos hallamos inhábiles: no acabamos de comprender, que el Señor sabe mejor que nosotros lo que nos conviene; que nosotros no debemos escogernos el camino; y que toda la perfeccion de la fe y toda la seguridad del alma fiel consiste, en no querer más que lo que Dios quiere.

En tercer lugar: no sufrimos con paciencia nuestras propias imperfecciones; somos molestos á nosotros mismos; aquellas infidelidades que todos los dias advertimos en nosotros, causan muchas inquietudes á nuestro amor propio, y nos disgustan de la virtud: quisiéramos no ver en nosotros nada que reprender, vivir satisfechos de nosotros mismos, aplaudir en nuestro interior nuestra virtud, y gozar del lisonjero testimonio de nuestra conciencia; nuestras faltas nos inquietan, y nos acobardan en el camino del Señor, porque nos turban aquella paz, absolutamente humana, y humillan aquella oculta soberbia, que busca dentro de nosotros mismos una vana condescendencia: no sabemos mirar nuestros defectos como permision de Dios, y sacar de ellos la útilidad que se propone su sabiduría: Dios quiere que obremos nuestra salud con temor y temblor, y nosotros quisiéramos obrarla con una entera seguridad. En cuarto lugar: si los pecadores revestidos de la pública autoridad, ponen algun obstáculo á nuestro celo, ó algunas contradicciones á las empresas que son útiles á la virtud, no observamos con ellos regla alguna de caridad: creemos tener derecho para declamar contra sus malas intenciones, para descubrir sus vicios, para hacerlos pasar por enemigos públicos de todo lo bueno, y de la justicia; con pretexto de que gemimos oprimidos de su ceguera, nos cegamos á nosotros mismos; y en vez de pedir á Dios en silencio, que mude su corazon, y dejar en sus manos

los intereses de su Iglesia, á la que sabrá proteger á pesar de la malicia y poder de los hombres, nos persuadimos á que el título de protectores de la piedad, nos autoriza para violar las leyes de la piedad misma.

Finalmente, no podemos sufrir los desórdenes de nuestros iguales, de nuestros parientes, de nuestros superiores con quienes tenemos que vivir: tenemos por virtud el censurarlos, el desacreditarlos, el exasperarlos; nos quejamos de nuestra suerte, que nos une con lazos de obligacion y sociedad á unas personas que viven como paganos, sin pensamiento alguno de piedad ni de religion: tendríamos por mucho mayor bien el vivir entre unas almas fieles, que pensasen como nosotros; y con la amargura y aspereza de nuestra compañía, hacemos que la piedad les sea tan odiosa como nosotros mismos. Despues de haberos manifestado los obstáculos, que se hallan en nosotros para someternos á Dios, es necesario explicaros las utilidades y consuelos, que nos facilita la sumision á su santísima voluntad.

2. Tres copiosas fuentes de pesares forman todas las desgracias é inquietudes de la vida humana: los vanos pronósticos de lo futuro; las infinitas inquietudes acerca de lo presente; y los inútiles pesares de lo pasado. Lo futuro, nos inquieta con sus temores y esperanzas; lo presente, nos agita con sus embarazos y contratiempos; finalmente, aún lo pasado, nos atormenta, haciéndonos presentes, con una molesta memoria, los males que debiera haber hecho olvidar el tiempo. Esto es lo que hace desgraciados en la tierra á todos los hombres, que no viven de la fe y en dependencia de Dios. La sumision á la voluntad de Dios nos hace esperar sin inquietud lo futuro: nos hace mirar con tranquilidad lo presente: y acordarnos con utilidad de lo pasado. En todas estas situaciones, nos hace hallar en Dios y en la contínua conformidad con sus órdenes, la paz y el consuelo, que jamás podria hallar el pecador en sus pasiones, ni en sí mismo.

Digo, que esta sumision hace esperar lo futuro sin inquietud. Una alma sometida á la voluntad de Dios, no padece estas inquietudes, estos miedos, ni estos cuidados, que agitan á los hijos del siglo. Sabe que lo futuro está determinado en los consejos eternos de la Providencia: que no pudiendo nuestras inquietudes y cuidados mudar ni aún el color de un solo cabello, mucho ménos mudarán el órden de estos inmutables decretos: que nada se arriesga en entregarse á él, en órden á todo lo que debe suceder: que el saber, que todo un Dios se digna de mezclarse en lo que nos pertenece, nos sirve de consuelo, y aún mucho más el leer en los libros santos, que nos manda, que nos entreguemos á él solo; y finalmente, que él se encarga de lo fu-

turo, y solo nos manda, que santifiquemos con la fe el uso de lo presente.

No quiero decir con esto, que la fe autoriza la pereza ó la imprudencia; y que para estar sujeto á Dios, en órden á lo futuro, sea preciso entregarse á él; de tal modo, que se abandonen todos los cuidados y se desprecien todas las precauciones. El fiel confia en Dios, pero no le tienta: trabaja como si todo dependiera de si mismo; está tranquilo en órden al suceso, porque conoce que todo depende de Dios; usa de prudencia en la eleccion de los medios, pero permanece con sencillez y sumision esperando los sucesos: en una palabra, la prudencia es comun al fiel y al mundano; pero la paz y la tranquilidad solo son para el fiel. Pero cuando digo *comun*, quiero decir, que les es comun solo el nombre de prudencia, porque hay gran distincion en las señales de una prudencia cristiana y sujeta á Dios, y las de una prudencia humana.

La segunda raiz de las inquietudes humanas son los sucesos presentes, y lo que todos los dias pasa á nuestra vista. Casi nunca nos sucede cosa alguna segun nuestros deseos; lo que amamos, nos abandona; lo que deseamos, huye de nosotros, y siempre nos sucede lo mismo que tememos. Nunca somos felices en todo; si la fortuna nos halaga, la salud nos abandona; si gozamos salud, nos falta la fortuna; en cualquiera situacion que nos hallemos, siempre falta alguna cosa á nuestra felicidad; y lo peor que tiene el hombre es, que un solo pesar puede más para con él, que mil placeres; y lo que le falta, por poco que sea, emponzoña todo cuanto posee. Pero una alma fiel halla, en una conformidad absoluta á las órdenes de Dios, un alivio siempre pronto á los estorbos de su presente situacion. Los hombres, á quienes nos entregamos, no nos podrán sacar de los enredos y peligros en que nos empeñan. Todos los dias vemos á los amadores del mundo, caer con sus protectores y con aquellos apoyos de carne y sangre en quienes ponen una vana confianza. Infinitas circunstancias hay, en que los hombres, con todo su poder, nada pueden hacer por nosotros; á lo ménos, nunca podrán hacernos más felices que ellos; y como ellos nunca son enteramente dichosos, no debemos esperar que hagan nuestra condicion mejor que la suya, ni que hagan por nosotros lo que no pueden hacer para sí mismos. Pero el gran consuelo para una alma sometida á Dios, es el poderse decir á sí misma: Dios es bastante poderoso para sostenerme; nada aventuro en dejarle obrar; tiene remedios para todas mis necesidades; lo que á los hombres parece desesperado, es fácil á su poder; quiere que esperemos contra la misma esperanza; y cuanto más inútiles parecen los socorros humanos, más bien acude á socorrernos, para acostumbrarnos á que todo lo esperemos de él, y á no poner nuestra confianza en los hombres.

En segundo lugar: nos sometemos á la voluntad de un Dios sábio, que tiene sus eternos fines en los sucesos, que nos proporciona; que ve las diferentes utilidades de las circunstancias en que nos coloca; que nada hace por acaso, y conoce los sucesos, aún ántes de tomar las medidas. ¡Ah! nosotros podemos inquietarnos acerca del estado que nos proporcionamos nosotros mismos, porque no nos conocemos bien para poder determinar lo que nos conviene; y, por lo comun, en nuestras elecciones, más consultamos los intereses de nuestra pasion, que los de nuestra alma; pero lo que consuela á una alma fiel sometida á Dios, es la sabiduría del mismo Señor en quien pone su confianza. Dios tiene sus razones, se dice contínuamente el alma fiel, para colocarme en estas circunstancias; y aunque yo no las conozco, no por eso son ménos justas y adorables. Yo no debo medir sus incomprensibles fines con mis luces flacas y limitadas. Es verdad, que yo no veo á donde pueda conducirme por los caminos por donde me lleva; pero una vez que su mano es quien me los franquea, no hay más que caminar sin temor. Muchas veces guia hácia la tierra de promision por los rodeos penosos y áridos del desierto, y casi siempre nos oculta sus fines por dejarnos entero el mérito de la sumision y de la confianza. Finalmente, debemos caminar sin temor, no solo porque nos sometemos á la voluntad de un Dios poderoso y sábio, sino tambien de un Dios bueno, compasivo y misericordioso, que nos ama y no quiere más que nuestra salvacion. Los hombres, muchas veces fingiendo favorecernos, solo intentan dañarnos; en tanto nos estiman, en cuanto les somos útiles; más bien quieren aprovecharse de nosotros para su felicidad, que hacernos dichosos. Pero Dios solo quiere nuestra salvacion: cuanto dispone en órden á nosotros, no lo dispone más que para nosotros. Solamente nuestros intereses eternos reglan sus pasos en órden á nosotros: si nos castiga, es por salvarnos; si nos humilla, no intenta más que nuestra salvacion; si nos eleva, nuestra salvacion es quien le mueve; por último, en cualquiera situacion que nos coloque, siempre es Padre que nos guia, amigo que nos gobierna, protector que nos ampara, guia que nos dirige y enseña los caminos.

En fin; los disgustos de lo pasado son el último manantial de las inquietudes humanas. No nos acordamos de los molestos sucesos de nuestra vida, sino con unas tristes representaciones que emponzoñan la memoria. Nuestras pasadas pérdidas nos atormentan, aún con

las inútiles reflexiones acerca de las medidas que pudiéramos haber tomado para evitarlas. Contínuamente nos estamos acusando de haber sido nosotros mismos los autores de nuestras desgracias. Contínuamente nos estamos diciendo, que si hubiéramos tomado tal ó cual precaucion, nos hubiéramos ahorrado muchas lágrimas y pesares; añadimos á nuestras desgracias la de atribuirlas á nuestra inconsideracion. Despues de hecho el daño, nos representamos como muy fáciles los medios de evitarle, para sentir más vivamente la pena de haber caido en él; y en vez de contemplar en esto la sabiduría y voluntad de Dios, que lo gobernaron todo, y que debieran hacernos olvidar nuestras penas, no miramos en ellas más que nuestros engaños, los que aumentan nuestros pesares y hacen que sean eternos nuestros trabajos. Pero las almas sometidas á Dios no se ocupan más que en meditar en los grandes sucesos, que les han acaecido, en las maravillas del Señor y en el órden de su adorable voluntad; se acuerdan de los diferentes caminos por donde las ha conducido su sabiduría; admiran en ellos las inefables disposiciones de su providencia; este es el libro en que contínuamente estudian las grandezas de Dios y sus misericordias para con las criaturas; este es el más suave consuelo de su peregrinacion: miran á Dios en todas las cosas; el invisible es como visible para ellos en todos los diversos y maravillosos sucesos de su vida; no ven más que á Dios en el universo, y nunca cuentan con los hombres de quienes se sirve su sabiduría para cumplir sus adorables fines.

Estas son las utilidades, que sacan los fieles de la sumision á las órdenes de Dios: á cualquiera parte de la vida humana, que os volvais, no hallareis más que este punto fijo, y este consuelo sólido: sujetarse á Dios, y no querer sino lo que Dios quiere. Este es el gran secreto de la piedad cristiana, la más preciosa utilidad de la fe, y la mayor ciencia de una alma fiel. Fuera de esto; ¿qué es la vida humana, más que un mar furioso y agitado, en el que siempre estamos al arbitrio de las olas, y en el que cada instante se muda nuestro estado y nos dá nuevos sustos? ¿Qué son los hombres sino el triste juguete de sus insensatas pasiones, y de la contínua variedad de los sucesos?

Gran Dios, ¿por qué no os ha de estar sujeta mi alma? *Nonne Deo subjecta erit anima mea.* PSALM. LXI, 2. ¿Sois, por ventura, algun Señor tan cruel, que haya peligro en poner nuestra suerte en vuestras manos? ¿Qué es lo que yo puedo temer, en órden á cuanto me pertenece, oh gran Dios, entregándome todo á vos solo? ¡Ah! miéntras que yo mismo he querido ser el árbitro de mi suerte, me he

confundido con mis propios proyectos; jamás han correspondido los sucesos á mis deseos y medidas. Vos, Señor, os divertiais en trastornar el edificio, segun yo le iba levantando; queriais enseñarme, que el hombre edifica en vano la casa, y que si no la sostiene y levanta vuestra soberana mano, solo se dispone tristes ruinas: que es mucho más seguro el dejaros obrar á vos solo, Dios mio, ó no obrar sino segun vuestras órdenes. ¿De cuántas inquietudes me hubiera librado, si hubiera sido fiel á esta obligacion? Mi suerte hubiera sido la misma, pero no hubieran sido los mismos mis pesares; en mi sumision á vuestra voluntad santa, hubiera hallado la paz, que jamás he podido hallar en el mundo, ni en mi propio corazon, y, despues, la recompensa que prometeis á los que en la tierra no han deseado más, que el cumplimiento de vuestra voluntad eterna: recompensa, que os deseo á todos.

PLANES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

I.

Poniendo por tema las palabras del salmo V: *scuto bonæ voluntatis tuæ coronasti nos:* se prueba, que la voluntad de Dios es como un escudo, que nos defiende, 1.° de nosotros mismos: 2.° de nuestros enemigos exteriores.

I. Aunque nuestros enemigos exteriores nos concedan alguna tregua, tenemos siempre que luchar con la triple concupiscencia, esto es, con las riquezas, los deleites, los honores. La voluntad de Dios nos pone á cubierto de esta triple concupiscencia; pues el que se conforma con esta voluntad, se contenta con lo que el Señor le concede, y hace un santo uso de todos los dones divinos.

II. Esta voluntad divina, es un escudo maravilloso contra nuestros enemigos exteriores. Nos consuela en la pérdida de los bienes, como lo prueba el ejemplo de Job; en los desprecios, como lo demuestra la conducta de David; en los peligros y tentaciones, como es de ver en Susana; en las injusticias y crueldades, testigo el antiguo José; en las enfermedades, como vemos en santa Teresa, santa Clara y otros Santos.

II.

Jesucristo nos enseñó á pedir, que se haga la voluntad de Dios. Esta voluntad debe ser cumplida siempre y por todas partes: 1.° En-

teramente; porque hemos de respetar en todas sus disposiciones el derecho que tiene sobre nosotros: 2.° Indiferentemente, ya nos conceda prosperidad, ya, adversidad; pues es el mismo Dios que nos envia una y otra. 3.° Universalmente, esto es, no solo en nuestros asuntos particulares, sino en las desgracias comunes ó públicas. 4.° Prudentemente, examinando con diligencia, que es lo que quiere de nosotros; no sea que, bajo pretexto de hacer la voluntad de Dios, hagamos la nuestra. 5.° Constantemente, á ejemplo de Jesucristo, el cual, poco antes de espirar, dijo: *consummatum est.*

DIVISIONES.

CONFORMIDAD CON LA VOLUNTAD DE DIOS.—Debemos conformarnos con la voluntad de Dios:

1.° Porque es nuestro Criador: 2.° porque es nuestro Salvador: 3.° porque es nuestro Protector.

CONFORMIDAD CON LA VOLUNTAD DE DIOS.—Cuando nos conformamos con la voluntad de Dios le ofrecemos un sacrificio:

1.° El más noble.
2.° El más ventajoso.
3.° El más suave.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Num Dei possumus resistere voluntati? Genes. L, 19.

¿Podemos acaso nosotros resistir á la voluntad de Dios?

Dominus dedit, Dominus abstulit; sicut Domino placuit, ita factum est: sit nomen Domini benedictum. Job. I, 21.

El Señor me lo dió *todo*, el Señor me lo ha quitado: se ha hecho lo que es de su agrado: bendito sea el nombre del Señor.

Dominus est: quod bonum est in oculis suis faciat. I Reg. III, 18.

El es el Señor: haga lo que sea agradable á sus ojos.

Doce me facere voluntatem tuam, quia Deus meus es tu. Psalm. CXLII, 10.

Enséñame á cumplir tu voluntad, pues tú eres mi Dios.

Fiat voluntas tua sicut in cœlo, et in terra. Matth. VI, 10.

Hágase tu voluntad, como en el cielo, así tambien en la tierra.

Non omnis qui dicit mihi, Domine, Domine, intrabit in regnum cœlorum, sed qui facit voluntatem Patris mei, qui in cœlis est, ipse intrabit in regnum cœlorum. Matth. VII, 21.

No todo aquel que me dice: ¡Oh Señor, Señor! entrará *por eso* en el reino de los cielos: sino el que hace la voluntad de mi Padre celestial, ese es el que entrará en el reino de los cielos.

Ille servus, qui cognovit voluntatem Domini sui, et non fecit secundum voluntatem ejus, vapulabit multis. Luc. XII, 47.

Aquel siervo que, habiendo conocido la voluntad de su amo, no se portó conforme queria *su Señor*, recibirá muchos azotes.

Descendi de cœlo, non ut faciam voluntatem meam, sed voluntatem ejus, qui misit me. Joann. VI, 38.

He descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad de aquel, que me ha enviado.

Nolite fieri imprudentes, sed intelligentes quæ sit voluntas Dei. Ephes. V, 17.

No seais indiscretos *é inconsiderados*, sino atentos sobre cuál es la voluntad de Dios.

Qui facit voluntatem Dei, manet in æternum. I Joann. II, 17.

El que hace la voluntad de Dios, permanece eternamente.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Nada mas justo y conforme, que el sujetarnos á la voluntad divina, aún en aquellas cosas de sí indiferentes, pero que no son tales, desde el momento en que se nos manifiesta la voluntad de Dios. El hombre puede desear y pretender cosas lícitas, y aun buenas, miéntras no se le manifieste en contrario la voluntad divina; pero si ésta, al manifestársele, es contraria á sus pretensiones, aunque justas, debe el hombre renunciarlas y obedecer la voz de Dios. ¿Qué cosa mas justa para Abrahan, que el conservar la vida á su hijo Isaac, fruto de grandes promesas y objeto de las mas lisonjeras esperanzas? Esto, no obstante, al momento que Dios se lo pidió en holocausto, la conservacion del hijo, antes tan justa, habria sido pecaminosa, como contraria á la voluntad divina.

Un ejemplar perfectísimo de conformidad, digno de ser imitado por todos los cristianos, fué el patriarca Job. En todas sus desgracias, solo vió la mano de Dios, que le humillaba: no dió la culpa á los ladrones, que le robaron sus reses; ni á los vientos, que arruinaron su casa; ni al fuego, ni á la envidia, ni á otra cosa; sino que á todas estas desgracias solo contestó: *Dominus dedit, Dominus abstulit: sicut Domino placuit, ita factum est, sit nomen Domini benedictum.* (cap. 1.)

El patriarca José, léjos de atribuir á sus hermanos su esclavitud,

su desgracia é injusto encarcelamiento, solo lo atribuye á la voluntad divina. GENES. XLV, 8.

Observemos al virtuoso Tobías, que privado de la vista por sus obras de misericordia, y siéndole pesada su vida por no poder continuar practicándolas, desea morir, y lo pide á Dios: pero ¿cómo? Oigámosle: *Et nunc, Domine, secundum voluntatem tuam fac mecum, et præcipe in pace recipi spiritum meum.* TOB. III, 6.

Mas, donde encontraremos mucho que admirar y que imitar, es en nuestro Señor Jesucristo, víctima perfectísima de su conformidad á la voluntad del Padre. A más de las repetidas veces, que declara ser su objeto, su vida y su alimento, el cumplir esta soberana voluntad, son muy significativas aquellas palabras, que S. Pablo le pone en boca: *Hostiam et oblationem noluisti, corpus autem aptasti mihi: holocautomata pro peccato non tibi placuerunt. Tunc dixi: ecce venio: in capite libri scriptum est de me*, etc. HEB. X, 5.

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Dicimus: fiat voluntas tua: non ut Deus faciat quod vult, sed ut nos facere possimus, quod Deus vult. S. CYPRIAN. DE ORAT. DOMIN.

Cuando decimos: hágase tu voluntad; no pretendemos que Dios haga lo que quiera, sino que nosotros podamos hacer lo que Dios quiere.

Satanæ voluntas semper iniqua est, sed numquam potestas injusta; quia à semetipso voluntatem habet, sed à Domino potestatem: quod enim facere inique appetit, hoc Deus fieri nonnisi juste permittit. S. GREG. LIB. III, MORAL. CAP. 6.

La voluntad de Satanás siempre es mala, su poder nunca es injusto; porque si la voluntad es suya, el poder lo tiene del Señor; y lo que él desea hacer por malicia, Dios no se lo permite sino con justicia.

Da, Domine, quod jubes, et jube quod vis. S. AUG. IN CONFESS. CAP. 29.

Concededme, Señor, gracia para hacer lo que me mandais, y mandadme lo que quisiereis.

Quidquid hic accidit contra voluntatem nostram, noveris non accidere nisi de voluntate Dei. IDEM IN PSAL. CXLVIII.

Todo lo que en esta vida acaece contra nuestra voluntad, sabed que no sucede sino por voluntad de Dios.

Qui sunt recti corde? Qui voluntatem suam ad Dei voluntatem dirigunt, non voluntatem Dei ad suam curvare conantur. IDEM IN PSALM. CXXIII.

¿Quiénes son los rectos de corazon? Aquellos que conforman su voluntad á la de Dios, sin pretender forzar la voluntad de Dios á sus deseos.

Velle quod Deus vult, hoc est jam similem Deo esse. S. BERNARD.

Querer lo que Dios quiere, es hacerse ya semejante á Dios.

Ita subjici voluntas nostra debet voluntati divinæ, ut quod certum est eum velle, id nos velimus omnino, et quod certum est nolle, similiter execremus. IDEM IN SERM. DE SUBJECT. DIVIN. VOLUNTATI.

Nuestra voluntad debe sujetarse de tal modo á la de Dios, que queramos absolutamente lo mismo que él quiere, y que detestemos lo que él ciertamente no quiere.

Hoc perfectæ conversionis est forma: Domine, quid me vis facere? IDEM SERM. 1 IN CONVERS. S. PAULI.

Esta es la fórmula de una perfecta conversion, decir: Señor, ¿qué quereis que haga?

CONFUSION

DE LOS BUENOS CON LOS MALOS.

Vis, imus, et colligimus ea? Et ait: Non.

¿Quieres que vayamos á coger la zizaña? A lo que le respondió: No.

(*Matth.* XIII, 28 et seq.)

La divina sabiduría permite la confusion de la zizaña y el trigo, de los justos y de los pecadores en la Iglesia, para proporcionar á unos y otros, medios de conversion, y ocasiones de mérito. Y cuando los siervos del Padre de familias, movidos de los escándalos, que afrentan su reino, le piden que les permita arrancar la zizaña, que el

su desgracia é injusto encarcelamiento, solo lo atribuye á la voluntad divina. GENES. XLV, 8.

Observemos al virtuoso Tobías, que privado de la vista por sus obras de misericordia, y siéndole pesada su vida por no poder continuar practicándolas, desea morir, y lo pide á Dios: pero ¿cómo? Oigámosle: *Et nunc, Domine, secundum voluntatem tuam fac mecum, et præcipe in pace recipi spiritum meum.* TOB. III, 6.

Mas, donde encontraremos mucho que admirar y que imitar, es en nuestro Señor Jesucristo, víctima perfectísima de su conformidad á la voluntad del Padre. A más de las repetidas veces, que declara ser su objeto, su vida y su alimento, el cumplir esta soberana voluntad, son muy significativas aquellas palabras, que S. Pablo le pone en boca: *Hostiam et oblationem noluisti, corpus autem aptasti mihi: holocautomata pro peccato non tibi placuerunt. Tunc dixi: ecce venio: in capite libri scriptum est de me*, etc. HEB. X, 5.

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Dicimus: fiat voluntas tua: non ut Deus faciat quod vult, sed ut nos facere possimus, quod Deus vult. S. CYPRIAN. DE ORAT. DOMIN.

Cuando decimos: hágase tu voluntad; no pretendemos que Dios haga lo que quiera, sino que nosotros podamos hacer lo que Dios quiere.

Satanæ voluntas semper iniqua est, sed numquam potestas injusta; quia à semetipso voluntatem habet, sed à Domino potestatem: quod enim facere inique appetit, hoc Deus fieri nonnisi juste permittit. S. GREG. LIB. III, MORAL. CAP. 6.

La voluntad de Satanás siempre es mala, su poder nunca es injusto; porque si la voluntad es suya, el poder lo tiene del Señor; y lo que él desea hacer por malicia, Dios no se lo permite sino con justicia.

Da, Domine, quod jubes, et jube quod vis. S. AUG. IN CONFESS. CAP. 29.

Concededme, Señor, gracia para hacer lo que me mandais, y mandadme lo que quisiereis.

Quidquid hic accidit contra voluntatem nostram, noveris non accidere nisi de voluntate Dei. IDEM IN PSAL. CXLVIII.

Todo lo que en esta vida acaece contra nuestra voluntad, sabed que no sucede sino por voluntad de Dios.

Qui sunt recti corde? Qui voluntatem suam ad Dei voluntatem dirigunt, non voluntatem Dei ad suam curvare conantur. IDEM IN PSALM. CXXIII.

¿Quiénes son los rectos de corazon? Aquellos que conforman su voluntad á la de Dios, sin pretender forzar la voluntad de Dios á sus deseos.

Velle quod Deus vult, hoc est jam similem Deo esse. S. BERNARD.

Querer lo que Dios quiere, es hacerse ya semejante á Dios.

Ita subjici voluntas nostra debet voluntati divinæ, ut quod certum est eum velle, id nos velimus omnino, et quod certum est nolle, similiter execremus. IDEM IN SERM. DE SUBJECT. DIVIN. VOLUNTATI.

Nuestra voluntad debe sujetarse de tal modo á la de Dios, que queramos absolutamente lo mismo que él quiere, y que detestemos lo que él ciertamente no quiere.

Hoc perfectæ conversionis est forma: Domine, quid me vis facere? IDEM SERM. 1 IN CONVERS. S. PAULI.

Esta es la fórmula de una perfecta conversion, decir: Señor, ¿qué quereis que haga?

CONFUSION

DE LOS BUENOS CON LOS MALOS.

Vis, imus, et colligimus ea? Et ait: Non.

¿Quieres que vayamos á coger la zizaña? A lo que le respondió: No.

(*Matth.* XIII, 28 et seq.)

La divina sabiduría permite la confusion de la zizaña y el trigo, de los justos y de los pecadores en la Iglesia, para proporcionar á unos y otros, medios de conversion, y ocasiones de mérito. Y cuando los siervos del Padre de familias, movidos de los escándalos, que afrentan su reino, le piden que les permita arrancar la zizaña, que el

hombre enemigo habia sembrado en el campo divino, condena su celo y les dá á entender, que esta mezcla, que tan injuriosa parece á su gloria, tiene sus razones y sus útilidades en el órden adorable de su providencia.

No obstante, esta mezcla, destinada á corregir el vicio, y purificar y probar la virtud, engaña ó desalienta á ésta, y dá motivo de murmuracion á aquél. Esta mezcla, que debiera ser útil para todos, ha llegado á ser perniciosa para todos; y aún hoy, dice S. Agustin, tienen trabajo los justos en aguantar á los pecadores, y los pecadores no pueden sufrir la presencia de los justos, siendo mútuamente molestos los unos á los otros: *Oneri enim sibi sunt.* Es, pues, muy importante, el explicar las razones eternas, y las útilidades de esta conducta de Dios para con su Iglesia; y ésta es una materia muy importante, porque se ordenan á ella todas las demás obligaciones de la vida cristiana. A la verdad, hallándose siempre mezclados en la tierra, el vicio y la virtud, no hay cosa mas digna de explicacion que las reglas de la fe, que enseñan á los pecadores, la útilidad que deben sacar de la compañía de los justos, con quienes tienen precision de vivir; y á los justos, la que han de sacar del comercio con los pecadores, el que les es inevitable en la tierra.

Para fundar, pues, estas verdades, de modo, que sirvan de doctrina sólida, basta registrar los primeros designios de la Providencia, y exponer cuáles han podido ser las eternas razones de su sabiduría, en la confusion que permite en la tierra, de buenos y malos. Dos son las principales, y de ellas, deduciré las reglas que intento proponeros.

Los buenos, sirven en los decretos de Dios, para la salvacion ó condenacion de los malos: ésta es la primera.

Y á los malos, los sufre Dios, para la instruccion ó mérito de los justos: ésta es la segunda. De la explicacion de estos dos principios, se infieren todas las verdades principales, que se contienen en esta materia, las que arreglan, ó la conducta de los pecadores para con los justos, ó las disposiciones de los justos para con los pecadores. Imploremos los auxilios de la gracia. A. M.

1. ¿No parece, hermanos mios, que hubiera sido cosa más gloriosa para Jesucristo, el haberse formado en la tierra una Iglesia, que únicamente se compusiese de justos, sin mancha en sus costumbres, como en su fe, y que fuese natural y anticipada imágen de la Jerusalen celestial, y de aquella Iglesia de los primogénitos, cuyos nombres están escritos en el cielo? ¿No parece, que un campo

regado con su sangre divina, no debia producir zizaña con el trigo? Es verdad, hermanos mios, que los justos forman acá en la tierra la parte más esencial y más inseparable de la Iglesia. No obstante, aunque los pecadores no sean más que manchas de este cuerpo divino, pueden hallar en su compañía, con los justos, ó mil felices medios de salvacion, que les faltarian si vivieran separados de ellos, ó un terrible motivo de condenacion, que justificará la severidad de los juicios de Dios para con ellos. He dicho mil felices medios de salvacion, pues hallan en su compañía, con los justos, los socorros de las instrucciones, de los ejemplos, y de la oracion; esto es, los medios más eficaces para su conversion. La primera útilidad, que saca el pecador de la compañía de los justos, es el socorro de las instrucciones; y éstas hacen mayor efecto, aún en las almas más mundanas, porque tienen por caracteres propios é inseparables, la verdad, la autoridad y la caridad. La verdad. Los justos tienen la vista demasiado sencilla, y los labios demasiado inocentes, para alabar al pecador los deseos de su corazon; llaman con una noble sencillez al bien, bien; y al mal, mal: saben, que solamente deben respetar la verdad; se compadecen demasiado de los desórdenes de sus prójimos, para aplaudírselos; desean muy eficazmente su salvacion, para poder, con lisonjeros consejos, hacerse cómplices de su perdicion; podrá suceder que callen, porque no siempre es tiempo de hablar, pero cuando lleguen á hablar, siempre será para dar gloria á la verdad; y nunca halla en ellos el vicio, ni aquellas indignas adulaciones de los que le admiran, ni aquellas artificiosas condescendencias de los que les justifican.

Pero los justos, no solamente conservan la verdad entre los hombres, sino que sus palabras tienen tambien cierta autoridad, que nace solamente de la virtud, un peso y una fuerza, que no se halla en los discursos de los demás hombres. A la verdad, el pecador por más elevado que sea, pierde, con sus desórdenes, el derecho de reprender á los que se descaminan: pero el justo, puede condenar con satisfaccion en los demás, lo que él ha empezado á prohibirse á sí mismo; y todo cuanto dice, halla en sus costumbres una nueva autoridad, á la que es imposible no rendirse; por eso, sin saber cómo, concedemos á los justos una especie de imperio sobre nosotros mismos: por más elevados que seamos, la virtud se forma como un tribunal aparte, á que sujetamos con gusto nuestra elevacion y nuestro poder; y parece, que los justos, que algun dia han de juzgar á los ángeles, tienen desde ahora derecho para ser jueces de los hombres. Los justos, añaden

á esta autoridad inseparable de la virtud, los santos artificios y la discreta circunspeccion de una caridad afectuosa y prudente.

No quiero mas testigos de esta verdad, que á vosotros mismos. ¿Cuántas veces, al mismo tiempo que seguiais con mas furor los desórdenes del mundo y de las pasiones, un amigo cristiano, ha despertado la embriaguez de vuestro corazon, á las luces de una razon más tranquila; os ha hecho confesar la injusticia de vuestros caminos, las secretas amarguras de vuestro estado, el abuso del mundo, y la vanidad de sus esperanzas, y ha introducido, en lo íntimo de vuestro corazon, un rayo de luz y de verdad, que despues no se ha vuelto á apagar, y os ha atraido secretamente á la virtud y á la inocencia? Agustin conocia, que se fijaban sus irresoluciones con las conversaciones de Ambrosio: Alipio, sentia confortarse su flaqueza con la santa familiaridad de Agustin: la verdad, cuando está acompañada de las persuasiones sinceras y amorosas de un amor cristiano, parece, que tiene un nuevo derecho sobre nuestros corazones.

Lo que dá nuevas fuerzas á las instrucciones de los justos, es el estar animadas con su ejemplo; segundo motivo de salvacion, que su compañía proporciona á los pecadores. Y, á la verdad, amados oyentes mios, si vivierais en medio de un mundo, en donde Dios no fuera conocido; si todos los hombres fueran semejantes á vosotros, y no vierais mas que ejemplos de disolucion por todas partes, como no conoceriais la virtud, nunca la podriais desear; la culpa permaneceria siempre tranquila, porque su oposicion á la santidad, nunca turbaria sus falsas delicias; no sentiriais levantarse en vuestro interior aquellas secretas turbaciones, que os reprenden vuestra propia flaqueza, y tendriais por imposible la vida de los cristianos, porque no veriais ejemplos de ella; pero en cualquiera estado, que os haya puesto la Providencia, hallais justos de vuestra edad y de vuestra condicion, que observan la ley del Señor y caminan á su vista, con santidad é inocencia: su ejemplo solo, es una voz poderosa, que contínuamente os está hablando en lo íntimo de vuestro corazon, y que, no obstante vuestra repugnancia, os llama á la verdad y á la justicia. Nosotros os anunciamos la piedad, desde estos cristianos púlpitos; pero los justos os la persuaden con su ejemplo. Nosotros os manifestamos el camino desde léjos, pero ellos van delante de vosotros, para que se os haga más fácil, y para animaros á que los sigais. Nosotros os señalamos las reglas, y ellos os dan el modelo. ¿Cuántas veces, amados oyentes mios, movidos con la vista de un justo de vuestra clase y de vuestro estado, os habeis reprendido interiormente las infelices inclinaciones, que no os permitian hacer lo mismo? ¿Cuántas veces, la memoria de

su inocencia, os ha llenado de confusion, os ha hecho suspirar por vuestra flaqueza, y balancear algun tiempo, entre la obligacion y la pasion? ¿Cuántas veces, sola su presencia, ha despertado en vosotros deseos de salvacion, y os ha hecho, que os prometais interiormente á vosotros mismos, que algun dia seguireis sus pisadas?

Finalmente, sirven tambien los justos para vuestra salvacion, con sus gemidos y oraciones; y en esta última útilidad, conocereis lo respetable que es la virtud en los que la practican. *Orad los unos por los otros, para que seais salvos*, dice el apóstol Santiago, *porque mucho vale la oracion perseverante del justo*. Jacob. v, 16. Si el Señor mira aún con ojos de misericordia á la tierra; si aún derrama sus favores sobre los reinos é imperios, es porque nos los alcanzan los justos con sus oraciones é interiores suspiros. Por ellos, se derraman todas las gracias en la Iglesia: á ellos, deben los siglos las victorias de la fe, aquellos hombres célebres por su doctrina, que suscita Dios en las necesidades de su Iglesia, para que se opongan á las empresas del error, á la relajacion de las costumbres, y á la debilitacion de la disciplina. A ellos, debe el mundo los inesperados socorros en las públicas calamidades, la tranquilidad de los pueblos, y la felicidad de los siglos: todo se les debe á ellos, porque todo se hace por ellos. Hemos visto, que Dios se sirve de los justos, para corregir ó confundir á los pecadores; demostremos ahora, que tambien se sirve de los pecadores, para confirmar la fe, ó para probar la virtud de los justos.

2. El cuerpo de los justos, esparcido por todo el mundo, halla su aumento y útilidad en las caidas, y aún en los errores de los que se descaminan. Advertid, amados oyentes, que el descuido, el disgusto y el olvido de las gracias, son los mas frecuentes escollos de la virtud de los justos; y su confusion con los malos, sirve, en primer lugar, para su instruccion, preservándolos de estos escollos, y dándoles contínuas lecciones de vigilancia, de fidelidad, y de reconocimiento.

De vigilancia; en las caidas de sus prójimos, están contínuamente leyendo los justos, las razones que tienen para estar vigilantes; ven en un principio, que les es comun con ellos, que deben temer las mismas flaquezas, y que solamente los distingue el uso de una fe siempre atenta; aprenden en la misma historia de las desgracias ajenas, cuáles son los grados que guian insensiblemente á la culpa; que los principios de ésta son leves; que por poco que se conceda al enemigo, siempre son funestas para el alma, las ventajas que él logra; y ven, que entre los que caen á su vista, hay muchos, que en otro tiem-

po, han sido más fervorosos que ellos, en los caminos de Dios, y que confiaban más que ellos, de no apartarse con unas tan vergonzosas caidas de aquel estado de fervor y justicia. De este modo, aprenden todos los dias en los desórdenes de sus prójimos, que no hay más seguridad para la virtud, que la vigilancia; y que nunca hay mucha distancia, entre la relajacion y la caida.

El vivir los justos mezclados con los pecadores, mantiene su vigilancia contra las tentaciones de relajacion, y confirma tambien su fidelidad contra la tentacion del disgusto. Y, á la verdad, si retirados del siglo, vivieran separados de los pecadores, puede ser, que en aquellos momentos en que el corazon árido se deja arrastrar de su propio peso, en que se cansa de sí mismo, en que la virtud no halla gusto alguno sensible que la sostenga; puede ser, que entónces se figuráran una suerte mas feliz, y unos placeres más agradables en el mundo, que en la virtud. Pero la presencia de los pecadores disipa esta ilusion; el justo, no necesita de su fe para desengañarse de la falsa felicidad de los pecadores: bástale abrir los ojos; busca á los que son felices en el mundo, y no los halla; en todas partes ve unas inquietudes, á las que llaman placeres, y en ninguna ve felicidad; consulta á los mismos mundanos, y todos atestiguan contra el mundo y contra su falsa felicidad; entre los mismos pecadores, halla mucho mayor fastidio y mucho más disgusto de la vida humana, que el que ellos han experimentado en la virtud; vé, que sus pasiones son la causa de todas sus desgracias y penas; que el corazon del justo, que está libre de ellas, no tiene más trabajo, que el no conocer suficientemente su felicidad. De este modo, la presencia de los pecadores confirma la fidelidad de los justos contra la tentacion del disgusto, y, además de esto, aviva su agradecimiento, y los defiende contra el olvido de las gracias.

En tercer lugar, la presencia de los malos, contribuye á la instruccion del justo: conoce algunos pecadores, que gimen con el peso de sus cadenas; que desean su libertad; que toda su vida están fluctuando, entre los deseos de la virtud y la tiranía de las pasiones; y que, con todo eso, nunca llegan á ponerse en salvo; y se acuerda, de que el Señor se puso delante de él para sacarle del desórden, al mismo tiempo, que él, en vez de esperarle y llamarle, huia de su presencia; y se acuerda tambien, de que, cuando aún tenia las armas en la mano contra su gloria, sin haber llegado á la penitencia con más preparacion que sus culpas, una luz celestial le hirió repentinamente; una luz invisible rompió de un golpe sus cadenas; y el dueño de los corazones le dió un corazon nuevo. El fruto de su agradecimiento debe ser el agrado,

el sufrimiento y la caridad para con los prójimos, que se descaminan.

Tambien sirven los malos para mérito de los justos. Aún cuando los pecadores no sirvieran de más, que de dar nuevo realce á la fidelidad de los justos, con la ocasion de su mal ejemplo, seria siempre una gloria inmortal para la virtud, el poder resistir á ellos; porque, además de que se necesita de fuerza para resistir al mal ejemplo, que se tiene siempre á la vista, particularmente cuando se halla favorecido con las inclinaciones corrompidas de la naturaleza, son estos unos ejemplos, que la amistad, el parentesco, el interés, la complacencia y el respeto, hacen más poderosos y más á propósito, para engañar al justo: éste tiene que defenderse de sus jefes, de sus amigos, de sus parientes y de sus protectores. Es preciso, que les ame, que les respete, que les trate, que les dé gusto, y, al mismo tiempo, tenga valor para no imitarlos. Es preciso, que la voluntad de éstos le sirva de ley, sin que tenga sus acciones por modelos. Finalmente, es preciso, que tenga valor para condenar, con su modo de vida, lo que está más autorizado entre los hombres; para pasar la plaza de una alma cobarde y tímida, despreciando los juicios de los hombres como sus ejemplos: de este modo, el justo, con su fidelidad, honra la grandeza del dueño á quien sirve, y es, en el mundo, un espectáculo digno de los ángeles y del mismo Dios.

Pero, no solamente los malos ejemplos de los pecadores dan mayor realce á la fidelidad de los justos, sino, que su malicia, proporciona tambien á su virtud mil gloriosas pruebas. Porque, si la virtud no hallára oposicion, si no fuera oprimida y perseguida, aunque tuvieran los justos el mérito de la inocencia, no tendrian el de la fidelidad. Si su piedad no hallára acá en la tierra, más que aplausos y respetos, seria demasiado agradable el camino para ser seguro. Si todos aplaudieran la virtud, presto se destruyera á sí misma; esta peligrosa calma, la adormeceria; estos favores humanos, la debilitarian; estos aplausos públicos, ó corromperian su raiz, ó la servirian de desquite en las penas.

Esta es la útilidad, que la divina sabiduría saca de la malicia de los pecadores; los sufre; ¿qué digo sufrir? los favorece de tal modo, que algunas veces se escandalizan sus siervos, con el Profeta, de la prosperidad de los impíos. Son unos instrumentos de justicia, destinados á ejercitar su fe; y aunque inútiles para sí mismos, sirven, á lo ménos, á las adorables disposiciones de aquel Señor, que sabe sacar bien del mal para la eterna salud de sus prójimos. De este modo, todas las cosas, y aún los mismos impíos, cooperan al bien de

sus escogidos: oprimiéndolos, hacen que resplandezca su paciencia; cargándolos de burlas y oprobios, proporcionan nuevas victorias á su caridad; tratándolos de engañadores y de hipócritas, libran su piedad de la tentacion, de los aplausos y alabanzas; despojándolos de sus bienes, purifican su desasimiento; suscitando obstáculos y contradicciones á su virtud, coronan su preseverancia. En este punto, amados oyentes, vosotros, que servís al Señor, y caminais por la senda de sus mandamientos, no siempre os aprovechais de vuestra fe. Quisierais, que la devocion siempre fuese amparada, favorecida, y aún preferida al vicio, acá en la tierra. Quisierais, que fuese humillada la soberbia de los impíos, que la piedad recibiese acá en la tierra su recompensa, y que en vez de las cruces y tribulaciones, que deben ser su galardon, gozase de las distinciones, que no la están prometidas en el mundo. Pero no conoceis, que vuestros injustos deseos, quitan á la sabiduría de Dios el principal medio de salvacion, que en todos los siglos ha preparado á sus siervos, y que, por proporcionar un vano triunfo á la virtud, la quitais la ocasion y el mérito de sus verdaderas victorias.

Además de que la malicia de los pecadores, prueba y purifica la fe de los justos; los escándalos y desórdenes de aquéllos, les afligen, y arrancan de su piedad gemidos de celo y de compasion, que les sirven de nuevo mérito en la presencia del Señor. Ultima útilidad, que sacan los justos de su confusion con los pecadores. Siendo testigos de la general corrupcion, y del diluvio de culpas de que parece estar inundado el mundo, se consumen de dolor, como el Profeta; se sienten despedazar con las más vivas impresiones del Espíritu de Dios, como Pablo, á vista de los desórdenes é impiedades de Atenas: *Incitabatur spiritus ejus in ipsum.* Act. xvii, 1. Quieren morirse de tristeza, como Elías, al pié de la montaña, al ver las prevaricaciones de Israel: piden, como Jeremías, una fuente de lágrimas para llorar los excesos é iniquidades de su pueblo: desean, como Moisés, ser borrados del libro de los vivientes, por no ser testigos de la incredulidad de sus hermanos; y suspiran, como Daniel, por el fin de la cautividad, por la libertad del pueblo de Dios, y por la venida del Rey eterno. Este es el fruto, que saca la piedad de los justos, de los desórdenes y escándalos de que son testigos.

Vé á Jerusalen, decia en otro tiempo el Señor al ángel exterminador, señala en la frente, y perdona á los hombres, que gimen y están afligidos por las iniquidades que en ella se cometen. Ezech. ix, 4. Este es el más esencial carácter de los justos; esta es la señal decisiva por donde se les conoce; todos los demás habitadores de Jerusalen, son entregados al furor de la espada y de la venganza del cielo; solamente el corto número de justos, que gime, es perdonado, señalado en la frente con el sello de la salud. El Señor no reconoce por suyas, sino aquellas almas que, movidas del celo de su gloria, derraman contínuamente en su presencia la amargura de su corazon por las iniquidades de su pueblo, y todos los dias le dicen con un profeta: Atended, oh Señor, desde lo alto de la morada de vuestra gloria, y echad una mirada hácia nosotros. Isai. lxiii, 15. ¿Dónde está vuestro celo? ¿Dónde la fuerza de vuestro brazo? O, á lo ménos, ¿qué se han hecho las entrañas de vuestras antiguas misericordias para con vuestro pueblo? ¿Por qué habeis permitido, Señor, que nos hayamos apartado de vuestros santos caminos? ¿Por qué habeis dejado endurecer nuestro corazon, para que no os temiésemos? Miradnos, Señor, atendiendo á los siervos fieles, que aún os conservais entre las tribus de vuestra herencia.

Estos son los gemidos de la fe, y el uso que deben hacer los justos de su confusion con los malos, con quienes viven. Y, vosotros, oyentes, los que sois aun la zizaña de este divino campo, mirad á los justos, que habitan entre vosotros, como los más felices recursos de vuestra salvacion; respetadlos, ya que no os resolvais á imitarlos; uníos á ellos, si es que aún no podeis seguirlos; desead el serles semejantes, si es, que aún no podeis alcanzar de vuestra flaqueza más que deseos; favoreced sus santas obras, si es, que aún no podeis ejecutarlas vosotros mismos: y respetando la virtud, procurad merecer el dón precioso de aquel Señor, que no deja sin recompensa deseo alguno de fe y de piedad; dón, que, más tarde, os haga dignos de una recompensa eterna en el cielo.

Véase: PROVIDENCIA.

CONOCIMIENTO DE SÍ MISMO.

Tú qui es?
¿Tú quién eres?
(*Joan.* 1.)

El tiempo de la vida retirada del Salvador habia terminado, y el de su vida pública iba á empezar; habia llegado, por fin, el dia tan deseado, y por tan largo tiempo esperado, en el que Jesucristo debia manifestarse al mundo, mostrar su divino poder, y predicar á los humildes y sencillos ese Evangelio saludable, que debe anunciarse á las generaciones futuras, hasta la consumacion de los siglos. Ya el ojo atento descubria, por todas partes, signos precursores de ese gran suceso: notábase en los pueblos, que esperaban con cierta impaciencia un libertador, como un estremecimiento, y un temblor general. Los fariseos, confusos é inquietos, agitándose, se informan, deliberan, consultánse, y envian sus delegados, hábiles y astutos, á San Juan, para preguntarle, quién es, si el Mesías, ó un profeta. *Tu quis es?* La respuesta que reciben es admirable, digna de la humildad y santidad del precursor de Jesucristo: «*Yo soy la voz de Aquel que clama en el desierto. Ego vox clamantis in deserto...*» Ya veis, amados fieles, que la más bella leccion que nos dá este Evangelio, se resume en una pregunta y una respuesta, que se cambiaron la Sinagoga y el hijo de Isabel, santificado ántes de nacer. Permitidme, pues, tomar de este Evangelio la misma forma de enseñanza, y haceros algunas preguntas, no con el espíritu envidioso, y receloso de los fariseos, sino con el fin de procurar vuestra útilidad, y hasta de agradaros, instruyéndoos sin fatigaros. Algunas preguntas y respuestas, formarán la materia de este discurso. Pidamos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. *Tu quis es?* La primera pregunta, que me permitiré dirigiros,

es la misma que los fariseos hicieron á San Juan, en las orillas del Jordán; ya veis, que los actores y el lugar de la escena en nada se parecen. *¿Quién sois?* Esta pregunta os parecerá, sin duda, un poco indiscreta, y aún algo impertinente, para un auditorio piadoso y cristiano como el que me está escuchando; y os sentireis, tal vez, inclinados á preguntarme, con qué derecho yo, me atrevo á hacérosla, y á tomarme esta libertad. Tengo la felicidad de conoceros, de respetaros, y hasta de amaros; sé perfectamente quienes sois, y lo que valeis; conozco vuestras cualidades, vuestra honradez personal, y vuestro estado civil; mas, no se trata aquí de vuestro rango, de lo que sois en la sociedad, del aprecio que os mereceis como ciudadanos, como magistrados, como militares, como políticos, ó como funcionarios del Estado... Es más sublime el objeto que me propongo; y al preguntaros *¿quiénes sois?* no os hablo en mí nombre, ni en el de un monarca, ó de un legislador humano; sino en nombre del Evangelio, ó de la Iglesia y de su divino fundador, como su enviado y su delegado. Vosotros podeis ser ciudadanos romanos, lo que en otro tiempo era grande honor, *civis sum romanus;* podeis ser ciudadanos españoles, franceses, ingleses ó americanos; eso es muy honroso; pero, ¿qué sois como hombres, como cristianos? *Tu quis es?* Ved la gran cuestion, la pregunta mas importante, que todos los dias debeis dirigiros á vosotros mismos, y que yo os hago en este momento.

Todos los séres pertenecen á una de estas tres clases: Dios, ó el mundo divino; el espíritu, ó el mundo espiritual; el cuerpo, ó el mundo corporal. El hombre es, á la vez, cuerpo y espíritu: criado á imágen y semejanza de Dios, es como un maravilloso compendio de todas las bellezas de la creacion; es su obra maestra, su rey y su pontífice; como cristiano, por la Encarnacion que le ha regenerado, despues de la culpa, ha llegado á ser otro Cristo, *christianus alter Christus...* Reconoced, pues, vuestra dignidad, *agnosce ó christiane, dignitatem tuam*, y no os sorprenda que os dirija esta solemne pregunta. *Tu quis es?* ¿quién eres? Todos los santos y sábios, segun el Evangelio, se la dirigian todos los dias, al pié de su crucifijo: Luis XIV, moribundo, acabó por dirigírsela á sí mismo y por comprenderla, cuando, respondiendo á la palabra de majestad, que cierto cortesano murmuraba aún á su oido en el momento de morir: *¡Hermosa majestad!* exclamó: *¡una majestad que se muere!* Y lo habia admirablemente comprendido y meditado un piadoso rey de Inglaterra, de la dinastía dinamarquesa, que, tomando su corona, fué á suspenderla de la cruz, en presencia de sus cortesanos atónitos. Esta

pregunta debiera estar escrita con letras de oro en nuestras academias, en los gabinetes de nuestros hombres de Estado, en el centro de nuestras corporaciones científicas, en el seno de nuestras instituciones y asambleas políticas. Dícese, que en el siglo pasado, un ministro poderoso de un rey de Portugal, imbuido de las preocupaciones de una filosofía enemiga de la Iglesia y de la fe, llamó á su gabinete á un sacerdote, hombre venerado de todos, y le acusó de ser un visionario... Verdaderamente, Señor ministro, respondió el santo Religioso, tengo ese consuelo y esa felicidad todos los dias, por que todos los dias me dedico á examinarme y á conocerme á mí mismo. Hagamos todos lo mismo, hermanos mios; todos los dias, en una pieza solitaria, ó al pié de la cruz, preguntémonos lo que somos: esta es la primera escuela de la sabiduría.

2. *¿De dónde venís?* Despues de haberos preguntado, quien eres, es natural preguntaros, de dónde venís. No os alarmeis, hermanos mios, con esa nueva informacion: pues procederé con el mismo respeto, las mismas consideraciones y reserva, que en la anterior. Si me permito penetrar en los secretos de vuestra familia, si ensayo remontarme hasta vuestro orígen, y conocer vuestra genealogía, esto no podrá ménos de redundar en gloria y honor vuestro: pues vosotros poseeis los más hermosos títulos del mundo, títulos que nadie puede disputaros. Los cortesanos, y los poetas aduladores de la córte de Augusto, decian, que él era la obra de algunos siglos; pues bien, vosotros, cada uno de vosotros, es la obra de todos los siglos. Vosotros sois la primera y la sola aristocracia del mundo: hijos de los santos del Nuevo Testamento, y de los justos del Antiguo, vuestra ilustracion está por encima de todas las ilustraciones; y perteneceis, por una filiacion divina, á la primera familia, á la de Adan y Eva, que tan hermosos, tan puros, tan santos y felices salieron de las manos de Dios. Escuchad la gloriosa y al mismo tiempo triste historia, de vuestros augustos antepasados.

Al principio, Dios crió al primer hombre á su imágen y semejanza; le crió adulto en el cuerpo, adulto en la inteligencia y la voluntad; y le dió una compañera, formada de una parte de él mismo, para significar la union indisoluble, que debia existir entre los dos; y los puso en un jardin de delicias, en el que todo debia concurrir á su felicidad y á su gloria. A las prerogativas que concedió á Adan, á la triple diadema de rey, de pontífice, y padre del género humano, añadió, gratuitamente y por pura bondad, las gracias sobrenaturales, como perfeccion y coronamiento de los dones naturales con que tan magníficamente le habia enriquecido. Pero él

quiso que todo esto fuese una recompensa, el resultado de una eleccion libre y voluntaria. Ahora bien; la eleccion libre supone la facultad de hacer ó no hacer una cosa, de obedecer ó desobedecer. Todo favorecia á Adan, y la misma prueba debia contribuir á su gloria. Naturalmente inclinado hácia Dios, y sostenida su voluntad con las gracias que, por singular privilegio, habia recibido, era de presumir se dirigiria hácia el bien; así que, su fidelidad no parecia dudosa, y su dicha podia creerse afianzada y casi inadmisible. Mas, ¡ay! no fué así; vosotros conoceis la lamentable historia de su pecado, y los males que atrajo sobre sí y sus descendientes, por su desobediencia.—Adan, que habia abusado de las gracias más extraordinarias, fué arrojado del Paraíso terrenal, y condenado á comer el pan con el sudor de su frente... La muger, á causa de la falta de Eva, fué condenada á vivir sometida al hombre, y á parir con dolor. —La muerte, con todo su cortejo de sufrimientos, debia ser la expiacion suprema de su infidelidad; y nosotros, descendientes de un padre culpable, solidarios del mal que cometió, quedamos envueltos en el mismo anatema que él.—Más vino el Salvador, segun la promesa misericordiosa hecha á nuestros primeros padres; vino el Hijo de Dios para librarnos, y nos dió una nueva madre en la augusta Vírgen María.—Rejocijémonos, pues, y mostrémonos dignos de esta misericordia infinita, con la cual Dios ha descendido hasta nosotros, para levantarnos, consolarnos, y devolvernos los derechos á la herencia celestial.

3. *¿En dónde estais?* Hay tres lugares: uno, que está encima de nosotros, el cielo, en donde Dios habita con sus santos y elegidos; otro, que está debajo de nosotros, el infierno, donde el demonio y los réprobos sufren los tormentos eternos; y el lugar en que nos hallamos, lugar de expiacion, lugar en donde hemos de acumular méritos. Estamos en la prueba, y podemos, á riesgo y peligro nuestro, usar ó abusar del más bello de los privilegios: el de nuestra libertad. Nosotros descendemos del pecado y de la corrupcion por nuestro orígen, *venimus á peccato;* y en el camino militante hemos de soportar los trabajos de la expiacion. Vivimos en un destierro, destierro temporal, es verdad, pero destierro lleno de tristeza y amargura. El hombre Dios nos ha redimido, ha pagado con su sangre nuestro rescate; sin embargo, no podemos llegar al cielo, sino supliendo lo que falta á su pasion, como dice el Apóstol, con sacrificios, penitencias y expiaciones personales. Cuando, pues, el pobre, entre en su cabaña cubierta de paja, no debe olvidar, que, como dice un poeta, entra en el lugar de su destierro y de su expiacion. Cuando un mo-

narca, rodeado de toda la pompa de su córte, hace su entrada, al son de varias y acompasadas músicas en su palacio, no es, á pesar de todo su esplendor, sino un pobre desterrado, un pobre condenado á una expiacion perpétua. Y nosotros todos, hijos de los campos ó de la ciudad, cuando franqueamos el umbral de nuestra morada, recordemos, que entramos en la mansion del destierro, de las lágrimas y de la expiacion: el lecho en que reposamos, los vestidos más ó ménos preciosos que llevamos, son el lecho y vestidos de pobres é infortunados desterrados, que expian, con las lágrimas, un pasado culpable y desgraciado. —La expiacion se cumple por todas partes: en Oriente como en Occidente, en el Norte lo mismo que en el Mediodía, óyese la misma queja, el mismo gemido: el del pobre condenado, que llora y expia su crímen. Este pabellon de los cielos, que los poetas han pintado tan gracioso y tan magnífico; esa admirable naturaleza, cuyas bellezas y maravillas han descrito, pueden embellecer y adornar más ó ménos nuestra morada; pero no cambian nuestra suerte, ni el terrible anatema que sobre nosotros pesa.—Nosotros venimos del pecado, y estamos sometidos á la prueba, y en estado de expiacion; pero de una expiacion feliz y misericordiosa, que puede purificarnos y regenerarnos para la vida eterna, gracias á la grande expiacion del Calvario, que le comunicó esta virtud.

4. *¿A dónde vais?* Esta es la última pregunta.

Tres cosas hay principalmente que distinguir en nuestra corta vida: ser ó existir, moverse, y vivir.—Vosotros habeis sido llamados á la existencia. Hace veinte, treinta, ochenta años, no existiais: ahora existís; habeis recibido el beneficio de la existencia.—Esta existencia no podeis renunciarla, ni aún á vuestro Gefe.—*La vida es un depósito confiado por el Cielo.—Querer disponer de él, es un crímen.* Vosotros no podeis volver hácia atrás, volver á la nada; del mismo modo, que no podeis quedaros siempre en el mismo punto, en una inmovilidad voluntaria,—una mano invisible, pero inexorable, os empuja hácia adelante.—Una voz misteriosa os grita: Marcha, marcha...! Es necesario, pues, moverse y marchar; pero marchar adelante: esta es la ley del progreso; porque detenerse, marcar el paso sin avanzar, no puede llamarse progreso:—es un alto gimnástico, una ilusion; es necesario, pues, avanzar, moverse. Pero, ¿hácia dónde, hácia qué objeto, en qué sentido? Es necesario marchar hácia la virtud; y por la virtud, á la gloria y á la felicidad: es preciso llegar al bien; y por el bien, á la verdad y la belleza eterna. Ved aquí, el progreso y la verdadera civilizacion.

Todos nosotros somos del tiempo presente, de este siglo; todos

queremos el progreso y la civilizacion; pero téngase presente, que hay dos clases de progreso y de civilizacion, que es necesario no confundir: una falsa, y otra verdadera; la de los intereses, de los goces sensuales y materiales, y la de la justicia, de la inocencia y de la fe. Nosotros nos gloriamos de los progresos de toda clase de que somos testigos; nosotros vemos con asombro, que nuestras ciudades se transforman como por encanto; que el genio del hombre produce maravillas; que el vapor y la electricidad forman, en cierta manera, de todos los pueblos un pueblo solo. No nos engañemos, sepamos distinguir, y guardémonos bien de confundir dos cosas esencialmente distintas, á saber: el instrumento, con la obra; el medio, con el fin: lo corruptible y lo perecedero, con lo incorruptible é inmutable. Guardémonos de parecernos á un pobre caballero sin juicio, que se creia el más irreprensible y el más virtuoso de los hombres, porque poseia un palacio suntuoso, con lujo y magnificencia: imaginábase que el vestido lo hacia todo; adoraba á su sastre, y se vanagloriaba de adornarse con las virtudes al ponerse sus blancos guantes. No hay civilizacion verdadera para el individuo, para la familia, para los pueblos, sin la religion, sin el Evangelio; y mas os diré, sin el catecismo. ¡Ay! si quereis convenceros de esta verdad, leed la historia de la antigua civilizacion del Oriente y del Occidente, de la clásica civilizacion de Roma, y hallareis un sorprendente refinamiento de lujo, unido á una corrupcion y á una espantosa barbárie de costumbres. ¿Qué nacion moderna igualó jamás la magnificencia del Oriente, las riquezas y el esplendor proverbial de Babilonia, de Persépolis, de Echbatana, que se cita todavía como la última expresion del lujo, y en donde los artesonados y las columnas que adornaban los palacios, eran de oro maciso? A pesar del progreso del arte moderno ¿podemos nosotros imitar el primor y la grandiosidad de los famosos monumentos del Egipto, de la Grecia, y de Roma? Y, sin embargo, bajo esas engañosas apariencias, bajo esa falsa y bárbara capa de una civilizacion enteramente sensual y materialista, se ocultaba la más espantosa miseria, la ignorancia más abyecta, y la más degradante esclavitud del hombre, cuya dignidad, libertad, y derechos eran vergonzosa é inhumanamente pisoteados.

Yo he visto, y me acordaré siempre de ello, salir de los puertos de Inglaterra, buques cargados de millares de pobres desheredados de este mundo, que dejaban la madre patria con sus familias, para ir, al través de las olas y las tempestades del Océano, á buscar un poco de oro y pan en lejanas tierras; y si les hubiéseis preguntado, porque abandonaban el pais que les vió nacer, os habrian respondido

llorando: «Es que en este siglo de progreso y civilizacion, no tenemos pan, ni hay colocacion para nosotros en la vieja Inglaterra.» La extrema miseria, pues, y la extrema degradacion, no son incompatibles con una civilizacion material y sensualista.

No apartemos, pues, los ojos del Evangelio y de la Iglesia, y marchemos con ella. Tiene remedios para todos nuestros males, alivio para todos nuestros dolores: quien marcha con ella, avanza; quien avanza sin ella, retrocede. Jesucristo es quien dirige el siglo, los pueblos y todos los progresos. Es el guia de los ignorantes, la lumbrera de los sábios, el protector de los débiles, el juez de los poderosos de este mundo, el principio y fin de toda civilizacion fecunda. Él solo es grande, él solo poderoso, él eterno; él solo debe reinar y mandar; y á él solo son debidos la gloria, y el honor, y la alabanza, por los siglos de los siglos. Así sea.

CONSEJO.

Qui agunt omnia cum consilio, reguntur sapientia.

Los que obran siempre con consejo, se gobiernan prudentemente.

(*Prov.* XIII, 10.)

La principal, la más grave herida, que recibió el hombre con el pecado, es la ignorancia que, cual densa nube, cubrió el entendimiento de nuestros primeros padres, y como un cáncer incurable se propagó á todos sus infortunados descendientes. Muchas verdades esenciales son para nosotros misterios impenetrables: solo vislumbramos la verdad entre sombras y figuras: nuestros sentidos están fascinados: nos engañamos y plácenos engañarnos: damos el nombre de bien al mal, y el del mal al bien. De ahí, proviene ese torrente de

máximas del siglo, tan opuestas á las leyes del Evangelio: de ahí, esa prudencia segun la carne, que prevalece sobre la santa locura de la cruz: de ahí, esa terquedad de dictámen, ese falso pundonor, esa prevencion en nuestros juicios, y esa presuncion, que se revela en nuestra conducta: de ahí, tantos pasos que damos en falso, tantos tropiezos que experimentamos por nuestra conducta en el camino de la salvacion.

Esa profunda ignorancia nos pone en la necesidad de no tomar por guia en los negocios árduos el juicio propio, sino de oir los pareceres de hombres instruidos y virtuosos. Nadie se basta á sí mismo, dice Sto. Tomás, por viveza y comprension que tenga, para tomar una resolucion acertada en todos los negocios que ocurren: *Nullus in iis, quæ subsunt prudentiæ, sibi quantum ad omnia sufficit.* 2, 2, Q. 49, ART. III, AD 3. Por esto el Sábio nos aconseja, que no hagamos cosa alguna sin tomar consejo, para no vernos luego precisados á arrepentirnos: *Fili, sine consilio nihil facias, et post factum non pœnitebis.* ECCL. XXXII, 24. Y el Espíritu Santo nos dice, que los que obran siempre rigiéndose por los consejos, saben gobernarse á sí propios con prudencia. Examinemos, pues, la necesidad de oir y seguir los consejos y pareceres ajenos, y las cualidades de aquellos á quienes debemos pedir consejos en nuestras dudas. Imploremos antes los auxilios de la gracia. A. M.

1. El hombre no debe emprender negocio alguno de grande importancia, sin consultarlo ántes. S. Agustin se propone á sí propio este problema: ¿Qué calidad es más ventajosa al hombre; la ciencia ó la docilidad? ¿Qué es preferible en un hombre; ser más docto que dócil, ó más dócil que docto? Y contesta, que la docilidad es, sin comparacion, mejor, que la doctrina ó ciencia. LIB. III CONTRA ACAB CAP. 8. La razon es obvia: el que es dócil, puede, oyendo á un buen consultor, hacerse sábio: pero el indócil, de nadie puede aprender sino de sí; y en semejante estado, corre contínuos riesgos de errar. Para el acierto en las resoluciones, que cada dia se ofrecen, no bastan las reglas generales de la prudencia, aunque son muy exactas y seguras; es menester aplicarlas á los casos particulares; y esta aplicacion no se consigue con la doctrina propia, por grande que sea; es necesario, que concurra tambien la docilidad para atender á los pareceres de hombres prudentes, que pueden instruirnos; conviene solicitar y enterarse bien de los dictámenes de los otros; en una palabra, es indispensable consultar; *Consilium semper à sapiente*

llorando: «Es que en este siglo de progreso y civilizacion, no tenemos pan, ni hay colocacion para nosotros en la vieja Inglaterra.» La extrema miseria, pues, y la extrema degradacion, no son incompatibles con una civilizacion material y sensualista.

No apartemos, pues, los ojos del Evangelio y de la Iglesia, y marchemos con ella. Tiene remedios para todos nuestros males, alivio para todos nuestros dolores: quien marcha con ella, avanza; quien avanza sin ella, retrocede. Jesucristo es quien dirige el siglo, los pueblos y todos los progresos. Es el guia de los ignorantes, la lumbrera de los sábios, el protector de los débiles, el juez de los poderosos de este mundo, el principio y fin de toda civilizacion fecunda. Él solo es grande, él solo poderoso, él eterno; él solo debe reinar y mandar; y á él solo son debidos la gloria, y el honor, y la alabanza, por los siglos de los siglos. Así sea.

CONSEJO.

Qui agunt omnia cum consilio, reguntur sapientia.

Los que obran siempre con consejo, se gobiernan prudentemente.

(*Prov.* XIII, 10.)

La principal, la más grave herida, que recibió el hombre con el pecado, es la ignorancia que, cual densa nube, cubrió el entendimiento de nuestros primeros padres, y como un cáncer incurable se propagó á todos sus infortunados descendientes. Muchas verdades esenciales son para nosotros misterios impenetrables: solo vislumbramos la verdad entre sombras y figuras: nuestros sentidos están fascinados: nos engañamos y plácenos engañarnos: damos el nombre de bien al mal, y el del mal al bien. De ahí, proviene ese torrente de

máximas del siglo, tan opuestas á las leyes del Evangelio: de ahí, esa prudencia segun la carne, que prevalece sobre la santa locura de la cruz: de ahí, esa terquedad de dictámen, ese falso pundonor, esa prevencion en nuestros juicios, y esa presuncion, que se revela en nuestra conducta: de ahí, tantos pasos que damos en falso, tantos tropiezos que experimentamos por nuestra conducta en el camino de la salvacion.

Esa profunda ignorancia nos pone en la necesidad de no tomar por guia en los negocios árduos el juicio propio, sino de oir los pareceres de hombres instruidos y virtuosos. Nadie se basta á sí mismo, dice Sto. Tomás, por viveza y comprension que tenga, para tomar una resolucion acertada en todos los negocios que ocurren: *Nullus in iis, quæ subsunt prudentiæ, sibi quantum ad omnia sufficit.* 2, 2, Q. 49, ART. III, AD 3. Por esto el Sábio nos aconseja, que no hagamos cosa alguna sin tomar consejo, para no vernos luego precisados á arrepentirnos: *Fili, sine consilio nihil facias, et post factum non pœnitebis.* ECCL. XXXII, 24. Y el Espíritu Santo nos dice, que los que obran siempre rigiéndose por los consejos, saben gobernarse á sí propios con prudencia. Examinemos, pues, la necesidad de oir y seguir los consejos y pareceres ajenos, y las cualidades de aquellos á quienes debemos pedir consejos en nuestras dudas. Imploremos antes los auxilios de la gracia. A. M.

1. El hombre no debe emprender negocio alguno de grande importancia, sin consultarlo ántes. S. Agustin se propone á sí propio este problema: ¿Qué calidad es más ventajosa al hombre; la ciencia ó la docilidad? ¿Qué es preferible en un hombre; ser más docto que dócil, ó más dócil que docto? Y contesta, que la docilidad es, sin comparacion, mejor, que la doctrina ó ciencia. LIB. III CONTRA ACAB CAP. 8. La razon es obvia: el que es dócil, puede, oyendo á un buen consultor, hacerse sábio: pero el indócil, de nadie puede aprender sino de sí; y en semejante estado, corre contínuos riesgos de errar. Para el acierto en las resoluciones, que cada dia se ofrecen, no bastan las reglas generales de la prudencia, aunque son muy exactas y seguras; es menester aplicarlas á los casos particulares; y esta aplicacion no se consigue con la doctrina propia, por grande que sea; es necesario, que concurra tambien la docilidad para atender á los pareceres de hombres prudentes, que pueden instruirnos; conviene solicitar y enterarse bien de los dictámenes de los otros; en una palabra, es indispensable consultar; *Consilium semper à sapiente*

perquire. Tob. iv, 19. Pide siempre consejo al hombre sabio, decia el virtuoso Tobías á su hijo.

Aparecióse un dia el Señor á Salomon y le dijo, que le pidiese lo que juzgase más conveniente; y éste, que se hallaba entónces en los primeros tiempos de su gobierno, no le pidió un entendimiento capaz por sí solo, para resolver con acierto todos los negocios y atenciones de un monarca, sino un entendimiento dócil y dispuesto á oir los consejos y pareceres ajenos: *Dabis servo tuo cor docile, ut populum tuum judicare possit.* III Reg. iii, 9. Nadie, pues, por docto que sea, debe desdeñarse de consultar á otros, aunque no tan doctos, miéntras estén bien instruidos y enterados de los negocios. Los más distinguidos sábios, se han sujetado con más ejemplar docilidad al consejo de los más ignorantes, y, de esta suerte, lograron el acierto, que deseaban en empresas difíciles y escabrosas. Moisés, forma un consejo de veinte y cuatro ancianos, con quienes consultaba las dudas, que le ocurrian en el desempeño de su ministerio; sobre lo cual, el padre S. Juan Crisóstomo, dice lo siguiente: Hom. de fer. reprehen. «¿Quién puede compararse á Moisés, en la sabiduría y rectitud de corazon? Amigo familiar del Señor, goza de la honra de conversar con Dios íntimamente. Tan profunda era su instruccion, que, al parecer, nada ignoraba en órden á la naturaleza y á la gracia. A otros profetas habló el Señor, por medio de figuras y enigmas; pero á Moisés, con claridad y luminosa evidencia, como á un amigo, con quien repartió los divinos secretos de su alma. Por otra parte, sus palabras tenian grande ascendiente: Moisés dominaba á las criaturas, sacó al pueblo de su penoso cautiverio, dividió las aguas; sin embargo, incurre en un descuido, se lo advierte su suegro, y Moisés se deja advertir y corregir. Conoce, que necesita un consejo para evitar un error; y en vez de avergonzarse de verse reprendido por un ignorante, se atiene á su consejo, y obedece sin repugnancia.» Ahora bien; si ninguno puede gloriarse de ser tan sábio como Moisés, ninguno debe despreciar el consejo. ¿Cómo hubiera logrado lo que deseaba Naaman, enviado por el Señor para la salvacion y libertad de los Asirios, sino hubiese oido el consejo de sus criados?

Pero, quien nos ofrece sobre esto un ejemplo más instructivo que todos, es nuestro adorable maestro Jesucristo. Cuando quiso multiplicar, en presencia de una gran multitud que le seguia, algunos panes y pocos peces, preguntó á su discípulo Felipe: *Unde ememus panes, ut manducent hi?* Que fué como decir: yo debo proveer de sustento á esta devota multitud que me sigue; solamente tenemos cinco panes y dos peces; ¿dónde encontraremos sustento bastante para tanta gente? ¿Qué haremos? El Omnipotente consulta á un hombre débil; aquél, cuya sabiduría es infinita, consulta á un ignorante. Señor, ¿cómo pedís consejo? ¿Quién puede ser vuestro consejero? ¿No sondeais los abismos y los más recónditos secretos del corazon del hombre? ¡Ah! lo comprendo; preguntais, os aconsejais, para darnos una leccion sublime. Quereis desterrar la soberbia de nuestros corazones; y con vuestro ejemplo, nos enseñais á pedir consejo en nuestras dudas, y á sujetarnos con docilidad y rendimiento al juicio de los demás. El consejero no ha de proporcionárnoslo la casualidad, sino que le ha de elegir cada uno, meditándolo detenidamente: *Consiliarius sit tibi unus de mille*, Eccl. vi, 6, dice el Espíritu Santo. Toma á uno entre mil para consejero tuyo.

2. Dos son las principales prendas, que San Bernardo pide en cualquier consejero, prudencia y benevolencia: *Ad consilium soli eligantur, qui et prudentes esse videantur, et benevoli.* Epist. 42, ad archiepisc. Senon. El que es benévolo, pero no prudente, es fácil que se engañe al dar consejos; el que es prudente, pero no benévolo, es probable que nos engañe. El Salvador, antes de entregar á S. Pedro las llaves de la Iglesia, quiso que le diese pruebas manifiestas de estas dos cualidades, de la prudencia y de la benevolencia; no porque tuviese necesidad de esas pruebas, sino para darnos una leccion de la conducta que debemos observar. Probó la prudencia de Pedro, cuando, despues de preguntarle, qué juicio formaban los hombres de su persona, añadió: y vosotros, ¿qué es lo que pensais de mí? Entre las equivocadas opiniones en que cayeron los otros apóstoles, solo Pedro, y con una luz sobrenatural, le declaró por Hijo de Dios. Puso á prueba su benevolencia, cuando, delante de los mismos Apóstoles, le preguntó por tres veces, si le amaba más que todos; y no dejó de preguntarle, hasta que vió á Pedro muy afligido y triste, porque se lo repetia tantas veces. Debemos procurar, por lo tanto, que brillen estas dos prendas en aquellos á quienes consultamos en nuestras dudas. La prudencia, es una garantía para fiarnos de su entendimiento; la benevolencia, nos responde de su voluntad. Mas, por desgracia, es muy raro encontrar en alto grado las dos prendas de buen entendimiento y buena voluntad! Si, por dicha, las encontráreis reunidas en un hombre, apreciadle mucho toda la vida; porque solo estos hombres son aptos para consejeros: *Cor boni consili statue tecum*, dice el Eclesiástico, *non est enim tibi aliud pluris illo.* Cap. xxxvii, 17.

San Jerónimo, escribiendo á Venancio, que habia dejado el estado monacal, le exhortaba á buscar para consejero, uno que le amase con sinceridad y sin interés. No te faltarán, le decia, Lib. i, epist. 33,

imprudentes consejeros, que aprobarán tu desacertada resolucion; pero advierte, que esos falsos amigos se aman á sí propios y no á tí: buscan tus bienes, no procuran tu verdadera útilidad. Guárdate, como dice el Espíritu Santo, Eccl. xxxvii, 9, de los consejeros á quienes dominan afectos perniciosos. Nunca preguntemos al vicioso, el modo de arreglar nuestra vida; ni al que tiene apego al mundo, le consultemos para despreciar sus corrompidas máximas; ni al codicioso, para restituir; ni al avaro, para hacer limosna. Los que guardan el temor santo de Dios, son los que nos ilustrarán con seguridad y acierto en nuestras dudas.

Roboam, príncipe fiero, altivo y celoso de su autoridad, diose por ofendido de las respetuosas representaciones de diez tribus de Israel, y consultó con algunos jóvenes imprudentes y viciosos, acerca de la conducta que debia guardar en circunstancias tan críticas. Esos jóvenes le dieron el funesto consejo, de gravar con impuestos al pueblo, más aún de lo que habia hecho Salomon, su padre; pero el resultado de este consejo, fué la sublevacion de diez tribus, que se eligieron otro rey. Roboam, reducido á reinar solamente en dos tribus, conoció, por fin, cuán desacertado habia andado en consultar á jóvenes, que no tenian temor de Dios; pero, ya era tarde, y no pudo remediar los males causados por aquel funesto consejo. Asuero era un gran monarca; pero echó sobre su nombre una gran mancha, repudiando en su embriaguez á la prudente Vastí, cuyo único delito consistia en haberse negado á obedecer una órden indecorosa. Si aquel monarca no hubiese consultado á un ministro y confidente pérfido, otra sin duda, hubiera sido su conducta. Pidamos, pues, consejo ántes de obrar, y con esto no nos arrepentiremos de nuestros actos. Si las obras que emprendemos salen bien, habremos logrado el fruto de pedir consejo; si salen mal, habremos hecho lo que dictaba la prudencia, y, por lo mismo, ningun cargo nos hará Dios, que no nos pide el buen éxito de nuestras empresas, sino madurez y prudencia al emprenderlas. S. Agustin, en edad muy avanzada, no se desdeñaba de preguntar á su coepíscopo jóven; y á pesar de sus años y de su experiencia, no tenia reparo en aprender de los mozos: *En adsum senex*, decia, *à juvene coepiscopo, et episcopus tot annorum à collega necdum anniculo paratus sum discere.* Epist. lxxv, ad Auxil. Como no hay edad alguna en que no pueda aprenderse algo, tampoco estamos nunca dispensados de la obligacion de pedir consejo.

Pero, pidamos consejo á personas virtuosas, que nos digan lo que nos conviene. Es indispensable tambien, que, al pedir consejo, nos desprendamos de nuestros propios deseos, y busquemos de todo corazon la verdad, y no la lisonja, ó la mentira. Caifás, queriendo que Jesucristo fuese condenado á muerte, tomó consejo, no para oir la verdad, sino para hacer creer al pueblo, que la resolucion que se habia tomado era el resultado de una discusion séria; que los delitos, que falsamente imputaba al Salvador, habian sido bien probados, y que no se le castigaba, sino en conformidad á lo prescrito por las leyes. No dice á sus consejeros: examinemos si Jesús es culpable; oigamos á los testigos, veamos si están acordes; si lo que ellos califican de delitos, son verdaderos milagros; oigamos al acusado, veamos cómo se defiende; examinemos bien el asunto, para no exponernos á obrar contra la justicia; sino que dice: este hombre hace muchos milagros; el pueblo le admira; conviene pues que muera. Los que con esta disposicion piden consejo, buscan, aunque en vano, tranquilizar su conciencia, que les atormenta.

Por último, el que busca consejo, es preciso que lo oiga con un corazon sencillo, y dispuesto á recibir el aviso, y á seguir la direccion que le señale el consejero. Los fariseos, que sentados en la cátedra de Moisés escudriñaban la ley del Señor, fueron desgraciados; porque no la leian con ánimo de aprovecharse, y para poner en práctica lo que ella prescribia; sino para alimentar su orgullo, y criticar á los demás. El jóven, que con grandes apariencias de virtud consultó á Jesucristo sobre el modo de adquirir la vida eterna, apenas oyó el consejo del soberano Maestro, segun el cual habia de renunciar las riquezas, se retiró lleno de tristeza: porque su corazon solo respiraba codicia, y le disgustaba cuanto se oponia á su pasion.

Pidamos, pues, consejo; pero ántes, desprendámonos de nuestros propios deseos, y recibamos los avisos ó consejos con sincera humildad. De este modo, los consejos nos aprovecharán, el Señor bendecirá nuestros esfuerzos; no tendremos que arrepentirnos de nuestras obras, ántes al contrario, nos harán felices en este mundo, y bienaventurados en el otro, que es lo que os deseo.

PLANES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

I.

Interesa mucho pedir consejo; por eso vamos á probar: 1.°, Que nadie está dispensado de pedirlo: 2.°, que el pedirlo es indicio de buen acierto: 3.°, que quien obra sin consejo, se expone á cometer grandes desaciertos.

I. Para demostrar la primera parte, basta considerar la fragili-

dad humana, el poco alcance de nuestras facultades, y la frecuencia con que nos ofuscan las pasiones, como el interés, el amor propio, etc.

II. Así como el enfermo se ocupa de su enfermedad, el hombre debe ocuparse de sus acciones. La primera condicion para acertar con los remedios, es llamar al médico; y la primera condicion para acertar en nuestras acciones, es llamar á un buen consejero. El que se conoce, no se fia de sí mismo; y el que no se fia de sí mismo, pide consejo; y de esta suerte, acierta casi siempre en sus empresas.

III. Nadie más digno de compasion que el hombre, que obra sin consejo en asuntos de importancia; pues, no se conoce á sí mismo: se cree sábio, y dista mucho de serlo: se tiene por previsor, y á cada paso se vé burlado: piensa bastarse á sí mismo, y luego se encuentra en la necesidad y la tribulacion abandonado. En sus desgracias, nadie le compadece; porque se tiene por hombre privilegiado, y, sin embargo, ha de reconocer que no lo es.

II.

1.° Es necesario pedir consejo. 2.° Es muy importante tener un buen consejero.

I. Atendidas las contínuas necesidades del hombre y sus innumerables dudas, es evidente, que el hombre tiene necesidad de consejo para satisfacer las primeras, y aclarar las segundas.

II. ¿De qué serviria pedir consejo, sino halláramos un buen consejero? El buen consejero libra de la muerte, (como el ángel á Lot. Gent. xix); salva de la desgracia, como procuró Ruben salvar á sus hermanos. Gen. xlii; evita muchos pecados; y preserva á muchos incautos de la muerte temporal y eterna.

Véanse los efectos de un mal consejero en Roboam, III Reg. xii; en Achitofel II Reg. xvi; en Holofernes, despreciando los consejos de Achior, Judith. v.

DIVISIONES.

CONSEJOS SALUDABLES.—Es preciso ser prudente:
1.° Para aprovecharse de los buenos consejos.
2.° Para poder darlos.

CONSEJOS MALOS.—El que pide malos consejos, se acredita de ser un hombre apasionado.

El que sigue los malos consejos, dá á conocer, que está desesperado.

El que dá malos consejos, revela que es perjudicial á toda clase de personas.

CONSEJOS BUENOS Y MALOS.—Dar buenos consejos á su prójimo, es hacer oficios de ángel bueno, por los cuales se merece recompensa.

Dar males consejos á su prójimo, es hacer oficios de ángel malo, por los cuales se merece castigo.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Consilium semper à sapiente perquire. Tob. iv, 19.	Pide siempre consejo al hombre sábio.
Præcipitabit eum (impium) *consilium suum.* Job. xviii, 7.	Su mismo consejo (del impío) le llevará al precipicio.
Consilium impiorum longe sit á me. Job. xxi, 16.	Léjos de mí el modo de pensar de los impíos.
Qui autem sapiens est, audit consilia. Prov. xii, 15.	El sábio toma los consejos *de otro.*
Sicut aqua profunda, sic consilium in corde viri. Prov. xx, 5.	Como las aguas profundas, así son los designios en el corazon del hombre.
Unguento, et variis odoribus delectatur cor; et bonis amici consiliis anima dulcoratur. Prov. xxvii, 9.	El perfume y los varios olores, recrean el corazon; con los buenos consejos del amigo, se baña el alma en dulzura.
Multi pacifici sint tibi, et consiliarius sit tibi unus de mille. Eccli. vi, 6.	Vive en amistad con muchos; pero toma á uno entre mil para consejero tuyo.
Cum fatuis consilium non habeas: non enim poterunt diligere, nisi quæ eis placent. Eccli. viii, 20.	No te aconsejes con tontos; porque estos no pueden amar sino aquello que á ellos place.
Noli consiliari cum eo, qui tibi insidiatur, et à zelantibus te absconde consilium. Eccli. xxxvii, 7.	No quieras aconsejarte con aquel que te arma asechanzas; y encubre tus intentos á los que te envidian.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Es muy peligroso despreciar los buenos consejos, y suele ser orígen de muchas desgracias. Los ángeles, que se aparecieron á Lot, le dieron el buen consejo de salir de Sodoma con su familia y sus futuros yernos, sin volver la vista atrás; pero, habiéndose burlado éstos del aviso de Lot, perecieron en la comun ruina. La esposa de Lot, por haberse vuelto á mirar la ciudad, infringiendo el consejo de los ángeles, fué convertida en estátua de sal. El mismo Lot, por no haber subido al monte, segun el consejo de los celestes mensajeros, quedándose en una cueva al pié del mismo, pecó con sus hijas. GENESIS, CAP. 19.

Ruben, propuso á sus hermanos, abstenerse de toda tropelía contra el comun hermano José, y devolverle á su padre; pero despreciaron su consejo, y despues, ellos mismos, afligidos por sus angustias, reconociendo su pecado, decian: *Merito hæc patimur, quia peccavimus in fratrem nostrum.* GENESIS, CAP. 42.

Roboam, desatendiendo los prudentes consejos de los ancianos del reino, dió oidos á las desacertadas máximas de los jóvenes compañeros suyos; el resultado fué perder diez tribus de las doce que formaban sus estados. III REG. CAP. 12.

Holofernes, despreciando el consejo de Achior, quiso burlarse del poder de Dios, sitiando á Betulia; y pagó su soberbia y presuncion, siendo decapitado por la célebre Judith. JUDITH. V Y XIII.

AUTORIDADES DE LOS SANTOS PADRES.

Adverlendum, quod in acquirendis consiliis plurimum valet vitæ probitas, virtutum prærogativa, facilitatis gratia. S. AMBROS. LIB. 2 DE OFFIC.

No olvidemos, que al tomar consejos, vale mucho tomarlos de un hombre honrado, dotado de virtudes y del don de acierto.

Talis debet esse, qui consilium dat: ut seipsum formam aliis ad exemplum bonorum operum exhibeat in doctrina, in integritate, in gravitate. IDEM. IBID.

El que dá un consejo, debe ser tal, que sirva á otros de ejemplar por sus buenas obras, por su doctrina, por su conducta y gravedad.

Quid tibi prodest habere sapientiam, si consilium neges? Si consulendi copiam includas, clausisti fontem, ut nec aliis influat, nec tibi prosit. IDEM. IBID.

¿De qué te aprovecha la sabiduría, si te niegas á dar consejos? Si cierras la puerta á los que te lo piden, inutilizas el manantial de tus conocimientos, que no aprovechan ni á tí, ni á los demás.

Consilium omne (bonum) à Deo est, à quocumque proficiscatur. S. AUG. LIB. 1 DE DOC. CHRIST.

Todo buen consejo procede de Dios, venga de donde viniere.

Dare stulto consilium charitatis est; dare sapienti, ostentationis; dare vero tempore perversitatis, sapientiæ. S. GREGOR. IN MORAL.

Es obra de caridad, dar consejo á un ignorante; de ostentacion, darlo á un sabio; de sabiduría, darlo á uno que vive en la maldad.

Consilium quippe imitari negligit improvidus, sapientiam vero ille quærit in altero, penes quem est scientiæ magnitudo. CASSIAN. PART. 2, LIB. 3, EPIST. 4.

El hombre descuidado, desdeña seguir el consejo; mas el prudente, busca un acertado consejo en otro, que esté dotado de gran sabiduría.

CONSUELOS.

Non contristemini sicut et cæteri qui spem non habent.

No os entristezcais del modo que suelen los demás hombres, que no tienen la esperanza.

(I Thessal. IV, 12.)

Hay una doctrina especial, que no la enseña el mundo, ni la ha enseñado jamás: esta doctrina, es la siguiente: esperar en el Señor, poner en su infinita bondad toda la confianza, y nunca dudar de su justicia, aún cuando el hombre se vea rodeado por todas partes de infortunios, y abrumado con el peso de la adversidad. Por esto, los

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Es muy peligroso despreciar los buenos consejos, y suele ser orígen de muchas desgracias. Los ángeles, que se aparecieron á Lot, le dieron el buen consejo de salir de Sodoma con su familia y sus futuros yernos, sin volver la vista atrás; pero, habiéndose burlado éstos del aviso de Lot, perecieron en la comun ruina. La esposa de Lot, por haberse vuelto á mirar la ciudad, infringiendo el consejo de los ángeles, fué convertida en estátua de sal. El mismo Lot, por no haber subido al monte, segun el consejo de los celestes mensajeros, quedándose en una cueva al pié del mismo, pecó con sus hijas. GENESIS, CAP. 19.

Ruben, propuso á sus hermanos, abstenerse de toda tropelía contra el comun hermano José, y devolverle á su padre; pero despreciaron su consejo, y despues, ellos mismos, afligidos por sus angustias, reconociendo su pecado, decian: *Merito hæc patimur, quia peccavimus in fratrem nostrum.* GENESIS, CAP. 42.

Roboam, desatendiendo los prudentes consejos de los ancianos del reino, dió oidos á las desacertadas máximas de los jóvenes compañeros suyos; el resultado fué perder diez tribus de las doce que formaban sus estados. III REG. CAP. 12.

Holofernes, despreciando el consejo de Achior, quiso burlarse del poder de Dios, sitiando á Betulia; y pagó su soberbia y presuncion, siendo decapitado por la célebre Judith. JUDITH. V Y XIII.

AUTORIDADES DE LOS SANTOS PADRES.

Adverlendum, quod in acquirendis consiliis plurimum valet vitæ probitas, virtutum prærogativa, facilitatis gratia. S. AMBROS. LIB. 2 DE OFFIC.

No olvidemos, que al tomar consejos, vale mucho tomarlos de un hombre honrado, dotado de virtudes y del don de acierto.

Talis debet esse, qui consilium dat: ut seipsum formam aliis ad exemplum bonorum operum exhibeat in doctrina, in integritate, in gravitate. IDEM. IBID.

El que dá un consejo, debe ser tal, que sirva á otros de ejemplar por sus buenas obras, por su doctrina, por su conducta y gravedad.

Quid tibi prodest habere sapientiam, si consilium neges? Si consulendi copiam includas, clausisti fontem, ut nec aliis influat, nec tibi prosit. IDEM. IBID.

¿De qué te aprovecha la sabiduría, si te niegas á dar consejos? Si cierras la puerta á los que te lo piden, inutilizas el manantial de tus conocimientos, que no aprovechan ni á tí, ni á los demás.

Consilium omne (bonum) à Deo est, à quocumque proficiscatur. S. AUG. LIB. 1 DE DOC. CHRIST.

Todo buen consejo procede de Dios, venga de donde viniere.

Dare stulto consilium charitatis est; dare sapienti, ostentationis; dare vero tempore perversitatis, sapientiæ. S. GREGOR. IN MORAL.

Es obra de caridad, dar consejo á un ignorante; de ostentacion, darlo á un sabio; de sabiduría, darlo á uno que vive en la maldad.

Consilium quippe imitari negligit improvidus, sapientiam vero ille quærit in altero, penes quem est scientiæ magnitudo. CASSIAN. PART. 2, LIB. 3, EPIST. 4.

El hombre descuidado, desdeña seguir el consejo; mas el prudente, busca un acertado consejo en otro, que esté dotado de gran sabiduría.

CONSUELOS.

Non contristemini sicut et cæteri qui spem non habent.

No os entristezcais del modo que suelen los demás hombres, que no tienen la esperanza.

(I Thessal. IV, 12.)

Hay una doctrina especial, que no la enseña el mundo, ni la ha enseñado jamás: esta doctrina, es la siguiente: esperar en el Señor, poner en su infinita bondad toda la confianza, y nunca dudar de su justicia, aún cuando el hombre se vea rodeado por todas partes de infortunios, y abrumado con el peso de la adversidad. Por esto, los

mundanos carecen de valor y dignidad, para sobrellevar los rudos embates de la desgracia, cuando se sienten heridos por su dura mano. La pérdida de una considerable fortuna, la de un amigo, cualquiera otra desgracia, abre en sus corazones una profunda herida, para la cual no encuentran bálsamo alguno. Los justos, al contrario; persuadidos íntimamente, de que nada en el mundo sucede sin una disposicion providencial, y que Dios, ora nos pruebe con las adversidades, ora nos halague con la prosperidad, siempre se manifiesta padre amoroso y solícito del mayor bien de sus criaturas, sufren con una santa resignacion; y ésta templa y suaviza el dolor que nos causan las penas y contratiempos. Los dolores en la tierra son muchos; las tribulaciones, muy frecuentes y amargas; unas, porque las envia Dios, para castigo de nuestras culpas; y otras, porque las permite para nuestro mérito; por esto, nos interesa á todos saber, cómo debemos proporcionarnos los consuelos entre las tribulaciones y adversidades; y á este efecto, voy á demostraros, que únicamente Dios puede suministrarnos un bálsamo para nuestras llagas, lenitivos para nuestros dolores, y consuelos para nuestras tribulaciones y adversidades.

Dios de toda consolacion, comunicadme vuestras santas luces, para que acierte á explicar á mis oyentes, la liberalidad con que colmais de dulzuras las almas, que acuden á vos en sus aflicciones. Os lo pedimos por la mediacion de la que es tambien Madre de los afligidos. A. M.

1. La tribulacion es el pan de la vida, y todos, sea cual fuere nuestra condicion, hemos de devorarlo en el fondo de nuestra misteriosa existencia. Rotos por el pecado original los nobles é íntimos vínculos, que habia entre Dios y el hombre, y entre el hombre y las demás criaturas, que, como rey de la naturaleza, le habian sido sometidas, nótase un lamentable desconcierto en las relaciones, que median mútuamente entre los hombres, y en las que habian de dirigir nuestras facultades, para cumplir en la tierra con el destino que el Criador nos ha impuesto y señalado. Bajo el primer aspecto, se explican las antipatías, los odios, las guerras; y bajo el segundo, se comprende bien esa singular tristeza, que, por punto general, domina á nuestro espíritu, aún en los momentos en que se nos tiene por felices; de lo cual se desprende, que las tribulaciones ó adversidades son siempre, de un modo ó de otro, el resultado de la culpa, y el agua amarga, con que está amasado el pan de nuestra degradada existencia.

Sentado este principio, único que explica la condicion actual del hombre, fácil es ya deducir, que en las tribulaciones y adversidades, no debemos buscar los consuelos sino en Dios. Sea que como padre irritado, nos someta á las duras pruebas del infortunio, ó como amante dueño, se complazca en que le demos testimonios de nuestra fidelidad en medio de los peligros, lo cierto es; que únicamente Dios puede proporcionarnos las dulzuras, aplacándose por la paciencia y constancia con que soportamos sus amorosos desvíos, ó por las lágrimas con que humedecemos la cadena de la adversidad merecida. Este es el único orígen de consuelos para las almas atribuladas, las cuales deben recurrir incesantemente á Dios, para no ahogarse en el hondo mar de sus penas. Por esto decia Jacob: yo dirijo mi oracion á Dios, que alcanza á los humildes y consuela á los tristes: *Ego deprecor Dominum, et ad Deum ponam eloquium meum... qui ponit humiles in sublime, et mœrentes erigit sospitate.* Job. v, 8 *et* 11. S. Pablo añade, que Dios no nos somete á pruebas superiores á nuestras fuerzas, sino que en ellas nos ayuda; y que de sí mismo podia asegurar, haber experimentado consuelos tan grandes, como las tribulaciones: por lo cual, aunque padeciese, jamás se angustiaba: *In omnibus tribulationem patimur, sed non angustiamur.* II Cor. iv, 8. Estos son los verdaderos consuelos, y no hay que buscarlos en otra parte.

Con efecto; ¿dónde, sino en Dios, ha de buscarlos la criatura afligida? ¿Los buscará en los amigos? pero ¿qué podrán éstos decirle, que sea capáz de mitigar sus penas? Le dirán, tal vez, que el tiempo lo remediará todo. ¡Ah! ¡cuán ineficáz es, en las grandes adversidades, ese consuelo del tiempo! ¿Acaso el tiempo no trae consigo nuevos infortunios? ¿No renueva la idea de los anteriores? Y este recuerdo es terrible y cruel, puesto que vuelve á abrir las llagas, que en un momento de tranquilidad habian empezado á cicatrizarse; reproduce los dolores, que en un momento de alivio habian permitido alguna tregua; y la sangre, mal restañada, brotando de nuevo con mayor violencia, redobla la amargura, aumenta el sufrimiento, despierta las pasiones, enciende el despecho, é induce á la desesperacion. ¿De qué servirá al que se lamenta de la pérdida de un esposo, ó de un padre, que algun amigo le recuerde la fragilidad de la vida, y la inflexibilidad de la muerte? ¿Mengüará con esto la intensidad del dolor, que le causa la memoria de tan caros objetos? ¿De qué servirá, al que se halla sumido en la indigencia, por haber sufrido en sus intereses una quiebra irreparable, que un amigo le hable de la inconstancia de la fortuna, ó de la caducidad

de los bienes terrenales? ¿Acaso estos, podrá decirle el desgraciado, son ménos necesarios para la vida? Todos los recursos de que pueden valerse los amigos, son vanos é impotentes para dar consuelo al que sufre. Job decia, con razon, que los amigos, aún los más íntimos, son, por lo comun, consoladores onerosos.

¿Esperará tal vez el afligido, hallar algun consuelo en las delicias mundanas? Iré, decia Salomon, iré á hartarme de delicias y de bienes. Pero..... ¿y qué? ¿se satisfará mi alma? ¿Se mitigará mi dolor? ¿Se disminuirá mi pena? Nó, mil veces nó: porque todo es vanidad. Las angustias del corazon pertenecen al órden moral más fino y delicado; y de tal manera hieren nuestra sensibilidad, que no se remedian ni con placeres, ni con medio alguno de los que el mundo puede ofrecernos. Quizá al mismo tiempo en que se entrega al placer para disminuir su dolor, principia éste á tomar intensidad, y á serle más duras y amargas sus penas. La espada de la tribulacion penetra, en los que se entregan absolutamente al placer, mucho más que en los otros, y con su acerada punta les pone un activo veneno en lo más delicado de sus entrañas.

Solo Dios puede colmar de consuelos á los corazones atribulados. La religion, dice al desgraciado: «Llora en buen hora; empero, no sea tu afliccion como la de aquellos, que ninguna esperanza tienen para lo porvenir. Arrójense éstos al abismo del dolor; para ellos, no hay consuelo, ni confianza. Pero tú, que eres cristiano, reconoce en Dios el orígen de tus males; resígnate en un todo al órden providencial, que rige y gobierna los destinos prósperos y adversos; sufre como justo; invoca á Dios, que siendo nuestro Padre, no puede ménos de mirarnos con ojos compasivos, y él levantará la mano que te castiga, ó te enviará consuelos en proporcion de tus aflicciones.» Si el alma atribulada, fortalecida con estas palabras, acude á Dios con confianza, Dios se verá en cierto modo obligado á prodigarle consuelos. «Con toda mi voz, dice el real Profeta, con toda mi voz clamé al Señor, y me escuchó. Mi alma no acertaba á encontrar consuelo; me acordé de Dios, y Dios me consoló.»

José se vió perseguido por sus hermanos, que, dominados por la más repugnante envidia, trataron de perderle; pero puso su confianza en Dios, y el Señor le dispensó consuelos superiores á las angustias, que devoraban su corazon, y á los rigores de la adversidad, á que estaba sometido. Sus propios hermanos le odiaban, pero en cambio, el rey de Egipto le dispensó todos los favores de la amistad. Hubo de soportar las amarguras del destierro; mas en breve, su engrandecimiento y su gloria le hicieron olvidar su pena. Una mujer

licenciosa le quitó el manto para presentarla como prueba de un delito, que el virtuoso jóven no quiso cometer; mas al poco tiempo, el rey le hizo vestir una túnica de finísimo hilo para presentarle á su pueblo. Sujetos estaban con cadenas los piés de José, que habia echado á correr para no sucumbir á los depravados deseos de su señora; en cambio, Faraon le condecoró despues con un collar de oro. Fué objeto de desprecios y baldones por un crímen, que no habia cometido; pero en compensacion, obtuvo luego una autoridad casi ilimitada, en virtud de la cual le adoró todo el Egipto. ¿No os admira tanta gloria al lado de tanta tribulacion? Pues acudid á Dios en las tribulaciones; y tambien os consolará á vosotros, como consoló á José; como consoló á Jacob, á Moisés, á Elías, á Job, á Tobías, á Ezequiel, á los jóvenes del horno de Babilonia, á los Apóstoles, y á cuantos han buscado en él un lenitivo para su dolor.

No busqueis, pues, en el mundo, un lenitivo para vuestro dolor, porque el desengaño vendria á hacerlo más amargo; levantad vuestros ojos al cielo; decid á Dios: Señor, vos que colmais de consuelo los corazones atribulados, y á los pobres que padecen; mitigad mis penas; y bien pronto os sentireis consolados. Si, acaso, sucumbe vuestro corazon á los disgustos que le causa un compromiso, que viene á convertirse para vosotros en un martirio cruel, ó en una interminable servidumbre, acudid al Padre de las misericordias; Dios no ha llamado bienaventurados á los que lloran, sino porque se cree como obligado á consolarlos, cuando en él depositan toda su confianza. Si vuestro cuerpo puede apenas sobrellevar dolencias habituales, que le hacen intolerable una vida, que mas puede llamarse muerte continuada, haciéndoos ver á cada momento la tumba abierta á vuestros piés, dirigíos á Dios; su infinita bondad y su inagotable misericordia, llevarán á vuestra afligida alma la esperanza y el consuelo.

2. No olvideis, empero, amados oyentes, que el cielo solo rasga las nubes de sus consoladoras aguas para los que esperan en él; para los verdaderos penitentes, que lloran sus extravíos; para los débiles, que ponen su confianza en Dios; para los que gimen, reconociendo sus imperfecciones; para los humildes, que por considerarse indignos de todo, se hacen á todo acreedores; y para los que aman á Jesucristo, como único bien que temen perder, y única felicidad que aspiran á gozar. Sobre estos, derrama el Señor los divinos consuelos, y su corazon se encuentra, á veces, como anegado en un torrente de delicias, que, si no hubiese de llegar á todo su complemento en el cielo, podríamos decir, que ya gozaban la gloria en la tierra.

Más, para los que no temen á Dios, para los que buscan las alegrías mundanas, no hay consuelo divino. No podemos recibir á un mismo tiempo los consuelos del mundo, y los de Dios. Aunque no siempre son las tribulaciones un efecto del pecado de quien las padece, sin embargo, consideradas en general, ó son pena del pecado, ó consecuencia del pecado. Cuando, pues, se trata de buscar para ellas un consuelo, hay que dirigirse á aquel á quien toca, por soberano derecho, el perdonar las culpas; hay que detestar lo que él detesta; hay que invocar su misericordia; y solo recurriendo á él arrepentidos, y resueltos á hacer siempre su voluntad santísima, podemos esperar los favores de su infinita bondad.

El hombre no tiene, por sí solo, fuerzas suficientes para hacerse superior á los duros embates del infortunio. Natural es, que en la tribulacion, busquemos consuelos; pero ¿dónde hemos de buscarlos? ¿Hemos de cifrar nuestra fe y nuestra esperanza en Dios, ó hemos de ponerla en las criaturas? En nuestros dias, para nada se cuenta con Dios, ni para temer su justicia, cuando le irritamos, ni para confiar en su bondad, cuando padecemos. El mundo absorbe todas nuestras atenciones de un modo exclusivo; somos tan locos, que cambiamos por una gota de veneno, que el mundo nos suministra, el torrente de consoladoras delicias que el Señor puede enviarnos. De aquí, se originan tantos tédios, que inundan de amargura aún á las almas mejor dispuestas, tantos actos de desesperacion, tantos atentados contra la propia existencia. No, amados mios; no pidais consuelos á quien no puede dároslos. No vayais á las cisternas que no tienen agua para templar vuestra sed. Cuando la adversidad os oprime con su mano de hierro, y agobia vuestro cuello con la pesada carga del infortunio, elevad vuestros ojos al cielo, recurrid á Dios, y confiad en la omnipotencia de su mano, y en la paternal generosidad de su corazon. Haciéndolo así, experimentareis inefables consuelos, al mismo tiempo que pese sobre vosotros el yugo de la adversidad.

Mitigad, Dios mio, las penas de cuantos padecen. Vos habeis llamado felices á los que lloran, y no lo habeis dicho, sino porque os creeis como obligado á prodigarles consuelos. Vos permitís nuestras tribulaciones, porque quereis quitarnos el peso de las cosas de la tierra, que nos impide levantar nuestras almas, nuestros pensamientos, y nuestros deseos hácia vos, único bien, que puede hacernos felices. Haced, pues, que los infortunios arrojen de nuestro corazon lo que, en algun modo, os impide de hacernos experimentar todas las dulzuras de vuestros paternales y divinos favores. Sed nuestro único

consuelo, en este lugar de miseria y de quebranto, y nuestra felicidad en el cielo. Amen.

CONSUELOS DE LA RELIGION

EN LA MUERTE DE LAS PERSONAS QUE AMAMOS.

Domine, salva nos, perimus.
Señor, sálvanos, que perecemos.
(*Matth.* VIII, 25.)

Este grito de angustia, proferido por los Apóstoles, próximos á perecer entre las irritadas olas del mar, y el temor de la muerte, que con él manifestaban, eran tal vez disculpables. Verdad es, que entónces Jesús habia obrado ya el milagro de las bodas de Caná, y habia curado al leproso; pero, por otra parte, sus discípulos empezaban apenas á creer en él; esta creencia no habia echado aún profundas raices en su corazon; y el temor instintivo de la muerte, es de suyo tan poderoso, que les hizo olvidar, que estaban bajo la proteccion de un maestro, cuyo poder sobrenatural se les habia revelado manifiestamente con grandes milagros de bondad. Sin embargo, Jesucristo les reprende su temor, diciéndoles: ¿por qué temeis, hombres de poca fe? Ahora bien; si Jesucristo reprendia á los Apóstoles por su poca fe, cuando aún no habia sellado sus promesas con la expiacion y la muerte del Calvario; cuando aquéllos no habian aún aprendido á considerar la muerte, como el dia de la verdadera libertad, como la aurora de la felicidad eterna; ¿con cuánta más razon, pudiera el Salvador acusarnos de poca fe á nosotros, los cristianos, que tanta pusilanimidad mostramos al menor peligro de nuestra vida, y que con tales extremos de dolor y desesperacion, lloramos la muerte de las personas, en quienes tenemos depositado nuestro afecto? No vengo,

hermanos mios, á predicaros una dura insensibilidad, contraria á los sentimientos de mi propio corazon; pero, sí, me propongo presentar á vuestra fe, á vuestra razon, y á vuestras meditaciones, algunas reflexiones sobre el modo como debemos proceder en la muerte de nuestros prójimos, y la clase de consuelos que debemos buscar en tan aflictivas circunstancias. Imploremos los auxilios de la gracia. A. M.

1. Del Señor, y no de los hombres, es de quien debemos esperar el alivio de nuestro dolor. Toda afliccion inmoderada, es contraria á la razon y á la fe: á la razon, con respecto á aquellos, que no creen en la felicidad que nos espera en la otra vida; á la fe, con respecto á los fieles cristianos; porque, como nos dice el Apóstol, *los cristianos no deben contristarse, como los que no tienen esperanza.* I Thessal. iv. Entre todas las desgracias á que el hombre está expuesto en este mundo, las más sensible para él, amados hermanos, es la muerte de sus prójimos, porque le recuerda eficazmente, que él tambien ha de morir; y porque la pérdida de los que mueren, es, aquí bajo, irreparable. Todas las pérdidas, excepto las que nos causa la muerte, son más ó ménos reparables. No hay pena alguna, que no mitigue la esperanza; la esperanza, que nos ayuda á soportar la desgracia, y que, cuando todo nos abandona, queda sola á nuestro lado para darnos consuelo y aliento. El comerciante, llevado del deseo del acrecentamiento de su capital, se ausenta por mucho tiempo de su patria, donde deja sus mas tiernos recuerdos y afecciones; pero espera regresar á ella algun dia. El labrador, deposita á costa de grandes trabajos y sudores, las semillas en la tierra; pero espera recobrarlas centuplicadas, al tiempo de la siega. El enfermo, gime postrado en el lecho del dolor; pero espera recobrar más ó ménos tarde la salud perdida. Todos, pues, esperan en la tierra, y con la esperanza, olvidan, en parte, los males y pesares que les afligen. *Pero el que baja al sepulcro no sube de allí: ni volverá más á su casa, ni le verá más el lugar donde habitaba.* Job. vii. Así, pues, cuando la muerte nos arrebata alguna persona, con quien estamos unidos por los vínculos de la sangre ó de la amistad, tenemos que renunciar á toda esperanza de volverla á ver, segun la naturaleza. De aquí es, que los que creen, que para el hombre todo acaba con la vida presente, no pueden hallar consuelo alguno cuando reciben uno de esos terribles golpes, que hieren su corazon. Con efecto, figuraos, que uno de esos hombres, dotado de sensibilidad, pierde una esposa querida, ó un hijo, que hacia todas sus delicias: ¿qué recursos hallará en su alma para aminorar el peso de su desgracia? ¿La resignacion? No, porque

esta consiste en la sumision á la voluntad de Dios, y el alma contaminada por la impiedad, no se somete á los decretos de un Dios á quien no reconoce. Por el contrario, el alma cristiana, aún en medio de las mayores angustias y tribulaciones, encuentra siempre algun consuelo; consuelo emanado de la confianza que tiene, de que la esposa, el hijo, el padre, ó el amigo, que ha perdido, goza de una felicidad infinitamente superior, á la que podia disfrutar en la tierra. Pero esta confianza nace de la fe; y el alma, que se ha acostumbrado á no ver ni esperar nada más allá del sepulcro, no cree en las promesas de la fe.

¿Qué medio le quedará, pues, amados hermanos, al que carece de cristiana esperanza para calmar la agudeza de sus dolores? Quédanle los consuelos de la razon humana; ésta, empero, condena tambien la afliccion inmoderada. Mientras mi hijo vivia, dirá una madre para consolarse, lloraba yo con la esperanza de conservarlo; mas ahora, que ha muerto, ¿podré acaso volverle á la vida con mis lágrimas? Los amigos procuran consolarnos con mil vulgaridades, sacadas de las consideraciones humanas. La muerte, nos dicen, es una necesidad comun á todos los hombres; la desgracia, que nos aflige, ha sucedido á muchos otros; no debemos contar con la vida de nuestros prójimos, más que con nuestra propia existencia; es preciso tener valor, y soportar con entereza los males, que no se pueden remediar: el sacrificio es grande; pero ¿qué otro remedio queda? Los suspiros y las lágrimas no dan la vida á los que han dejado de existir. Todas estas reflexiones, son, en realidad, muy conformes á la sana razon: son otros tantos lugares comunes, con que podemos fácilmente consolar á los demás, cuando nosotros estamos libres del dolor, que á ellos les devora. Pero, ¿es tan fácil ser consolado, cuando la razon habla tan solo á la razon, sobre todo, si ésta se halla extraviada por efecto de un sentimiento profundo y apasionado? No; porque sobrexcitado este sentimiento, el hombre que no tiene fe, nada escucha; solo piensa en la persona querida, que acaba de perder, y se entrega enteramente á su dolor, que parece ha de ser eterno.

¡Cuán triste es, pues, hermanos mios, la suerte del que carece de esperanza! Cuando la muerte le arrebata los objetos de su cariño, la razon sucumbe en él bajo el peso del dolor: en su desesperacion, quisiera conservar á su lado los restos inanimados, que ya no forman un sér humano, y al separarse, por fin, de aquellos mortales despojos, todo queda para él sepultado bajo la tierra que los cubre. Ni aún el dolor sobrevive en él mucho tiempo á la pérdida de la persona amada: olvida, más bien que se consuela; porque no hay verdadero

consuelo sin la fe, único y precioso bálsamo para curar las heridas del alma.

2. Pero nosotros, los cristianos, *no debemos contristarnos como los que no tienen esperanza.* La fe, nos impone la obligacion de moderar el dolor, que nos causa el fallecimiento de nuestros prójimos: ella nos enseña, que la muerte es menos amarga, desde que el mismo Jesucristo quiso someterse á ella; que no es más, que un sueño tranquilo y deseable para el justo; un tránsito de las miserias de la vida presente, al reposo de otra mejor vida; una disolucion momentánea de nuestro cuerpo, que un dia ha de resucitar incorruptible é inmortal. ¿Será, pues, preciso, que nos opongamos absolutamente á todas las propensiones de la naturaleza, y contengamos las lágrimas, que brotan de nuestros ojos, como un desahogo de nuestro legítimo dolor? Nó, nó, hermanos mios; no es posible dominar hasta tal punto la sensibilidad, y sustraerse enteramente á las leyes de la naturaleza. Nuestro mismo misericordioso Salvador, autorizó nuestras lágrimas, llorando por la muerte de Lázaro, á quien amaba. Por tanto, pueden los cristianos pagar un justo tributo de dolor á la muerte de sus deudos, con tal, que moderen su afliccion, aceptando los consuelos de la fe, y esperando, que los que han muerto duermen en la paz del Señor, y se han separado de nosotros temporalmente, para pasar á otra vida mas dichosa.

¿Por qué llorais al que ha muerto? os preguntaré con S. Juan Crisóstomo. ¿Por qué era malo? Pues el Señor ya ha puesto término á sus maldades. ¿Por qué era bueno? En este caso ¿no deberiais más bien alegraros de que haya muerto, ántes que su alma haya sido contaminada por el vicio?.... No digo, que no lloreis por los que mueren; pero, sí, digo, que no lloreis con exceso. Pensemos, que el que ha dejado de vivir era una criatura mortal, que Dios mismo le ha llamado á sí, y seremos consolados. Pues ¡cómo! sois hombres, y como tales nacidos para morir; y ¿os quejais tan amargamente, porque la sentencia dictada contra todos los hombres, se haya cumplido en uno de vosotros? La muerte es una condicion necesaria de nuestra naturaleza, y, por lo tanto, no hay que admirarnos de que no seamos inmortales. Dime tú, padre cristiano, que lloras un hijo que era la alegría de tu corazon; ¿lo has perdido por ventura? Nó; ántes bien, en lugar de un hijo sujeto á las miserias y á la muerte, tienes ahora un hijo, que disfruta de la gloria de los santos, y no teme las vicisitudes de la tierra. Si Dios te le hubiere conservado, y las necesidades, ó conveniencias de la vida, le hubieran separado de tí, sin esperanza de volverle á ver en este mundo, ¿le llorarias acaso tan amargamente?

A buen seguro que nó. Tratándose de los intereses pasajeros de la tierra, el padre se separa de su hijo, la madre se desprende de los brazos de su hija, porque el bien temporal de ambos exige este sacrificio; y estos mismos padres lloran sin consuelo por la pérdida de una inocente criatura, cuya alma ha volado á los cielos. Padres inconsolables, padres cristianos, ¿dónde está vuestra fe?

Consolaos, pues; vuestros hijos no han muerto, sino que duermen tranquilamente. Ese niño, que era vuestro orgullo, y debia perpetuar vuestro nombre, si hubiese vivido, quizás lo hubiera deshonrado; tal vez hubiera comparecido algun dia delante de Dios, cargado de iniquidades y sellado con el sello de los réprobos; al paso, que ahora, libre de las agitaciones y penas de la vida, que ni siquiera ha conocido, reposa en el seno del Padre celestial. Esa jovencita, tan digna de vuestro cariño, ha caido como una flor, cuando empezaba á abrir su tierno capullo; pero, en cambio, ha tenido la felicidad de salir de este mundo, antes de conocer sus peligros y seducciones, llevando consigo al sepulcro la corona de pureza, que ciñe la frente gloriosa de las vírgenes. Consolaos, digo: vendrá un dia, en que la vida acabará tambien para vosotros; y si hubiereis vivido como verdaderos cristianos, si hubiereis amado á Dios más que todas las fragilidades de la tierra, si hubiereis santificado vuestras penas con la resignacion y la esperanza, os reunireis con vuestros queridos hijos en la morada de los ángeles, sin temor de volver á perderlos.

Consolaos, esposos cristianos, que vuestra separacion no es eterna. Estrechos vínculos unian vuestra suerte, y hacian comunes los dolores y alegrías de vuestra vida, cuyos rigores suavizabais con mútuos cuidados y atenciones: juntos, gozabais en los instantes de felicidad; y juntos, padeciais en las horas de afliccion. Un cruel golpe ha venido á romper esta union tan dichosa, y ya no queda más que uno de vosotros, para llorar al que ha dejado de existir. Pero pensad, que Dios ha querido recompensar sus virtudes. Consagrad religiosamente vuestra memoria al esposo, que tan digno se hiciera de vuestro amor; y esperad, que en el cielo, donde todo es puro, donde no tienen cabida las miserias y aflicciones de la tierra, volvereis á uniros con los vínculos de una caridad angélica, emanada del amor del mismo Dios.

Consolaos, pobres huérfanos, para quienes los dias pasan míseros y tristes, desde que no teneis por protector y apoyo de vuestra infancia, un padre que ha sacrificado su vida al anheloso afan de asegurar os aquí bajo una suerte dichosa; desde que hallais á ménos entre los cuidados que se os prodigan, el tierno, solícito é incomparable amor

de madre. Vuestros padres y vuestras madres, desde el seno de la felicidad eterna, donde la fe nos los muestra, velan todavía por vosotros, intercediendo con Dios, y rogándole, que os haga buenos cristianos, para que la muerte, que os ha separado, os reuna algun dia en una misma eternidad.

Demos, pues, gracias á Dios, hermanos mios, porque habiéndonos llamado al conocimiento de las verdades tocantes á nuestra vida futura, nos ha suministrado los consuelos, que necesitamos para sobrellevar con resignacion la pérdida de las personas que amamos. Jesucristo nos hace considerar la muerte, como un profundo sueño del que algun dia hemos de dispertar: el hombre que muere, no queda reducido á la nada; duerme tan solo. Por eso el Salvador, hablando de Lázaro, decia á sus discípulos: No ha muerto; está dormido: y cuando le introdujeron en la casa del jefe de la sinagoga, despues de haber hecho retirar á la multitud, que en ella se encontraba, dijo tambien: Esta muchacha no está muerta, sino que duerme: *Non est mortua puella, sed dormit.* Ved, aquí, el fundamento de la esperanza cristiana. Esta esperanza, templa nuestros dolores y modera nuestra afliccion, porque nos hace considerar la muerte corporal, como un sueño del que despertaremos para disfrutar de la felicidad y gloria eternas, si por la fe, creemos sinceramente en Dios, y por la caridad, le amamos sobre todas las cosas, respetando y cumpliendo en todo su santa voluntad.

Voy á concluir, hermanos mios, con una importantísima reflexion. Lloramos amargamente la muerte corporal de nuestros parientes, y miramos con indiferencia la muerte de su alma. Sentimientos y respetos puramente humanos, nos causan el mayor desconsuelo, al paso, que ningun dolor manifestamos cuando el pecado precipita nuestra alma al abismo de la condenacion eterna. Y, sin embargo, como cristianos que somos, deberíamos considerar, que la muerte del cuerpo no es de temer, sino la del alma; y que vale infinitamente más, que seamos libertados de las ataduras del cuerpo, y vivamos con Jesucristo, segun el deseo del Apóstol, Philip. I, que seguir penando en la tierra, con peligro contínuo de perder el galardon preparado á nuestra fidelidad. Avivemos, pues, en nuestros corazones, la llama de la fe, para que no seamos seducidos por las ideas sensuales y mundanas; acordémonos siempre, de que la desgracia del hombre, no consiste en morir, sino en morir privado de la gracia de Dios; y no olvidemos, que su felicidad suprema, la felicidad á que debe aspirar con todos los esfuerzos de la perseverancia, es la de dormir en la paz del Señor. Esta es la gracia que á todos os deseo.

PLANES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

I.

Los que tienen necesidad de consuelo, no olviden: 1.°, que quien busca consuelos humanos, queda privado de los consuelos divinos: 2.°, que solo deben desear los consuelos divinos, que sean del agrado de Dios.

I. El que solo suspira por los consuelos humanos, olvida la bondad y ternura de Dios, y por esto el Señor no le consuela.

II. Solo Dios sabe que consuelos nos convienen; cuándo y cómo debe concedérnoslos; por consiguiente, hemos de pedir los consuelos que son de su agrado. Pedir determinados consuelos; abandonar, cuando Dios no nos los concede, los sacramentos y las prácticas de devocion, es una prueba evidente, de que se aman más los consuelos, que al Dios de todo consuelo.

II.

El cristiano se muestra injusto con Dios, cuando pretende que el Señor le consuele; pero al mismo tiempo, no quiere someterse á su voluntad.

I. Es natural desear en la tribulacion, que el Señor nos consuele; pero no olvidemos, que la tribulacion nos es provechosa, y por lo mismo, no hemos de pedir que se nos libre de ella, sino que Dios nos consuele del modo más conveniente. Querer absolutamente, que Dios aparte de nosotros la tribulacion, puede ser un acto de oposicion á su voluntad santísima, y á sus amorosos designios sobre nosotros. Y si nos mostramos injustos con él, contrariando sus designios, ¿seremos dignos de los consuelos divinos?

II. Por lo mismo, que deseamos los consuelos del cielo, debemos someternos en todo á la voluntad del Señor. Pues bien, el Señor quiere, que observemos sus preceptos, que le consagremos nuestros afectos, que nuestra vida sea pura y edificante, que consolemos á los pobres, á los enfermos, á la viuda y al huérfano. ¿Hacemos todo esto? ¿No seria ridículo é injusto pretender, que nos conceda los consuelos que le pedimos, y al mismo tiempo, no practicar lo que nos prescribe?

DIVISIONES.

CONSUELOS. — La prudencia exige, que busquemos los consue los donde los hay verdaderos.

La esperanza nos aconseja, esperar los consuelos de la divina Providencia.

La caridad exige, que demos consuelo á los demás con uncion evangélica.

CONSUELOS. — Es difícil consolar á los que no apetecen sino consuelos humanos.

Es fácil consolar á los que no quieren sino consuelos divinos.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Secundum multitudinem dolorum meorum in corde meo, consolationes tuæ lætificaverunt animam meam. Ps. XCIII, 19.

A proporcion de los muchos dolores que atormentaron mi corazon, tus consuelos llenaron de alegría á mi alma.

Ad punctum in modico dereliqui te, et in miserationibus magnis congregabo te. ISAI. LIV, 7.

Por un momento, por poco tiempo te desamparé, mas *ahora*, yo te reuniré *á mí*, usando de gran misericordia.

Quomodo si cui mater blandiatur, ita ego consolabor vos, et in Jerusalem consolabimini. IDM. LXVI, 13.

Como una madre acaricia á su hijito, así yo os consolaré á vosotros, y hallareis vuestra paz y consolacion en Jerusalen.

Convertam luctum eorum in gaudium, et consolabor eos, et lætificabo á dolore suo. JER. XXXI, 13.

Cambiaré su llanto en gozo, y los consolaré, y los llenaré de alegría, en cambio de su pasado dolor.

Benedictús Deus, et Pater Domini Nostri Jesu-Christi, Pater misericordiarum, et Deus totius consolationis. II COR. I, 3.

Bendito sea Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo, el Padre de las misericordias y Dios de toda consolacion.

Sicut abundant passiones Christi in nobis, ita et per Christum abundat consolatio nostra... sicut socii passionum estis, sic eritis et consolationis. ID. IBID. V, 7.

A medida que se aumentan en nosotros las aflicciones por *amor de* Cristo; se aumenta tambien nuestra consolacion por Cristo... así como sois compañeros en las penas, lo sereis tambien en la consolacion.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Léanse los capítulos desde el XII hasta el XXIV del Génesis, en donde constan los inefables consuelos que Abraham recibió de Dios.

Jacob, cuando huia del furor de Esaú, fué consolado por el Señor, que se le apareció sobre una escalera, por la cual los ángeles subian y bajaban del cielo á la tierra. GEN. XXVIII.

La historia del antiguo Testamento nos ofrece muchos rasgos de la ternura con que Dios consuela á sus fieles servidores: á Josué CAP. I, 5, á Elías III REG. XVII, 6, á Ezequías IV REG. XIX, á Judith CAP. X, á Esther CAP. IX, á Sara y á Tobías CAP. III, 25, á Daniel CAP. VI, á Susana DAN. XIII, y tantos otros, que fuera prolijo enumerar.

AUTORIDADES DE LOS SANTOS PADRES.

Consolatio mitis esse debet, non aspera, quæ magis dolorem leniat, et furorem mitiget, quam commotionem excitet. S. AMBR. LIB. DE S. JOSEPH.

El consuelo ha de ser manso, no áspero; y que tienda á mitigar el dolor, y amansar el furor, y nunca á excitar las pasiones.

Facilior erit consolatio, si inter flagella quæ patimur, quæ fecimus ad memoriam delicta revocemus: atque hæc non jam flagella, sed dona esse conspicimus, si, quæ carnis delectatione peccamus, carnis dolore purgamus. S. GREG. IN REGIST.

Mucho más fácil nos será consolarnos, si en las penas que sufrimos, recordamos nuestros pecados pasados; y las miramos, no como castigos, sino como un dón de Dios, puesto que satisfacemos con la afliccion del cuerpo, lo que por deleitar al cuerpo cometimos.

Magna consolatio tribulationum est auctoris nostri dona ad memoriam revocare. ID. LIB. V, MOR.

Es un poderoso motivo de consuelo en las tribulaciones, recordar los dones que hemos recibido de nuestro Criador.

Véase: AFLICCIONES, y PROVIDENCIA.

CONVERSACIONES.

Sermo vester semper in gratia sale sit conditus.

Vuestra conversacion sea siempre con agrado, sazonada con *la* sal *de la discrecion.*

(*Coloss.* IV, 6.)

Las conversaciones, amados hermanos mios, tienen una grande influencia en nuestra vida. La conversacion constituye nuestra vida social, y casi toda nuestra existencia. Las faltas que en ella se cometen, se reproducen todos los dias, y aún, muchas veces, cada dia; y estas faltas, van minando la conciencia de un modo tanto más peligroso, cuanto que, siendo imperceptibles, se tiene poco cuidado de evitarlas. Sin embargo, son de gran trascendencia para la salvacion de nuestras almas. Nuestro Señor Jesucristo ha dicho: «Por vuestras palabras sereis condenados, y por vuestras palabras sereis justificados.» ¡Terrible idea! ¿Cuál de nosotros, podrá acordarse, de todas las palabras que ha pronunciado? El torbellino del tiempo las arrastra consigo; mueren al instante mismo que nacen; mas, á pesar de esto, se escriben todas en un gran libro, y vendrá dia, en que se nos traerán á la memoria para ser pesadas en la balanza del santuario. Ellas, decidirán la gran cuestion de nuestra salvacion eterna: «Por vuestras palabras sereis condenados, y por vuestras palabras sereis justificados.»

Dios, nuestro Señor, que me ha inspirado la idea de hablaros en este dia, de los grandes deberes que os imponen las conversaciones, me conceda la gracia de hacerlo dignamente, para que el sencillo y familiar discurso, que voy á dirigiros, os sirva juntamente de enseñanza y de modelo; y al mismo tiempo, que las palabras que salgan de mi boca, sean sazonadas con la sal y con la gracia; con la sal, á

fin de que no diga cosa alguna ménos grave, ni ménos conveniente á la santidad de mi ministerio; con la gracia, para que pueda captarme vuestra atencion, é insinuarme suavemente en vuestros corazones. Imploremos las luces del Espíritu Santo. A. M.

1. No os he indicado, oyentes mios, la division de mi discurso, porque se desprende naturalmente del texto del Apóstol, que he tomado por base de él. Así, pues, os manifestaré, en primer lugar, como vuestras conversaciones deben ser siempre sazonadas con la sal de la discrecion, y, despues, como deben ser sazonadas con la sal de la suavidad.

Generalmente hablando, cuatro son los defectos que en nuestras conversaciones incurrimos, contrarios á la discrecion: 1.° las palabras demasiado libres; 2.° la murmuracion; 3.° las palabras sobrado tímidas y condescendientes; 4.° las palabras vanas é inútiles. O yo me engaño mucho, hermanos mios, ó no hay aquí quien no necesite ser aleccionado sobre alguno de estos cuatro puntos. Cuando digo, que las palabras demasiado libres se oponen al consejo del Apóstol, no comprendo, bajo tal calificacion, los discursos notoriamente licenciosos y opuestos, no solo á la moral cristiana, sino tambien á la decencia del trato familiar y á las consideraciones sociales. No os haré, oyentes mios, la injuria de creer, que alguno de vosotros use semejante lenguaje. Por lo demás, esa clase de conversaciones, no son tampoco las más peligrosas, porque llevan en sí mismas impreso un sello tal de reprobacion, que nadie puede tomar parte en ellas sin incurrir en la nota de grosero y mal educado. Pero hay un modo peligrosísimo de desfigurar y ocultar el mal, cubriéndolo con un velo bastante tupido para no ofender la modestia de aquellos á quienes se presenta, y al mismo tiempo bastante transparente, para que lo descubran y para que lo conozcan y apetezcan. Una alusion chistosa y oportuna, un chiste original y repentino, un equívoco ingenioso, una anécdota, una palabra ambígua, una sonrisa, un gesto ó un silencio afectado, forman, hermanos mios, ese velo detestable, y son los senderos por los cuales muchos se encaminan al mal. Si criminales son los que hablan de tal suerte, no lo son ménos los que les escuchan. Ninguno, que conozca el corazon humano, creerá jamás, que amais sinceramente la virtud, si oís con gusto estos discursos tan opuestos á ella: á lo sumo, os tendrá por hombres virtuosos exteriormente, y tan solo en lo necesario para salvar las apariencias. Tal será el acertado juicio, que toda persona sensata y morigerada formará de vosotros.

Entre los discursos demasiado libres, cuento tambien esos cantares tan comunes hoy dia, en los cuales, so pretexto de cultivar el arte de la música, ó de saborear sus bellezas, se vierten máximas peligrosas, que despiertan los malos sentimientos. Y, sin embargo, hermanos mios, esto se hace sin el menor escrúpulo, se hace con gusto y hasta con pasion; siendo así, que semejantes cantares son indignos de toda persona cristiana y piadosa, y que con ellos, se profana la voz humana, y se corrompe el corazon, así del que los canta, como del que los oye cantar.

El segundo defecto opuesto á esa sal de la discrecion, con que el Apóstol quisiera que fueran sazonadas todas nuestras conversaciones, es la murmuracion. Quisiera yo, oyentes mios, tener ahora el arte y la habilidad necesarias, para haceros una fiel y animada pintura de este horrendo vicio, á fin de que, teniéndolo siempre á la vista, huyerais de él como de un mónstruo abortado por el abismo, para tormento y perdicion de las almas. Ante todo, conviene que indaguemos su orígen. La maledicencia es hija de la falta de ingenio. Reúnense varias personas en una tertulia, y, al poco rato, apurados ya los lugares comunes de la conversacion, ésta va haciéndose pesada y lánguida, á causa del escaso talento é instruccion de los circunstantes, quienes, con el objeto de animarla, empiezan á tratar de las imperfecciones reales de sus prójimos, ó de las que se les atribuyen maliciosamente. La maledicencia procede tambien del orgullo, en aquellas almas ruines que, no pudiendo sobreponerse á sus semejantes, por medios lícitos, procuran rebajarles, enajenándoles el buen concepto público. Proviene otras veces de la fea hipocresía, como sucede cuando uno, para mejor ocultar sus propios defectos, se convierte en censor de la conducta de sus hermanos, y habla de ella con una especie de virtuosa indignacion.

Sabido ya el orígen de este vicio, veamos cuáles son sus consecuencias. Apenas suena el rumor de la murmuracion, una inmensa multitud de ecos lo repiten y derraman por todos lados. Por todas partes se propalan los defectos y las imperfecciones, que vuestra falta de caridad ó de justicia ha atribuido á vuestro hermano; y lo peor es, que, por punto general, todo el mundo propende á dar crédito al murmurador. El resultado es, que por la facilidad de hablar mal, de una parte, y por la facilidad de creerlo, de otra, el prójimo queda desconceptuado en la opinion de sus hermanos.

El tercer defecto opuesto á la discrecion de que habla el Apóstol, es el que he designado con la denominacion de palabras excesivamente tímidas y condescendientes. Léjos de nosotros la idea de imitar á

esos espíritus de contradiccion, dispuestos siempre á disputar con todo el mundo, que á fuerza de querer parecer rígidos y celosos, se hacen ridículos, y presentan la religion bajo un aspecto odioso y repugnante. Nó, no es esta nuestra idea; pero, sí, tenemos que deplorar ahora un vicio muy comun entre los cristianos, y aún entre las personas piadosas. Supongamos, que en una reunion de personas se blasfema de la religion, se ultrajan nuestras santas creencias, y se ofende la moral: la mayor parte de los circunstantes oyen con horror tan impíos dislates, pero todos refrenan los impulsos de su piedad, de su fe y de su indignacion, y, tal vez, algunos aprueban las opiniones del blasfemo, por pusilanimidad ó por necio respeto humano. Semejante modo de proceder, es digno de la mayor censura. Hay ocasiones, hermanos carísimos, en que es necesario levantar y defender con firmeza el estandarte de Jesucristo. Así como en tiempo de las antiguas persecuciones, eran reos de idolatría los que guardaban un silencio indebido, los que se avergonzaban de confesar su fe, y los que dejaban caer siquiera un grano de incienso en el fuego profano de los ídolos, así tambien ahora, los que callan cuando los predicadores de la mentira y de la licencia ultrajan nuestras santas creencias, se hacen cómplices de estos falsos é impíos apóstoles.

El cuarto defecto contrario al precepto del Apóstol, son las palabras vanas é inútiles. Ante todo debo advertiros, oyentes mios, que para no errar en la inteligencia y aplicacion de este precepto, conviene huir igualmente de dos opuestos extremos: estos extremos consisten, en la interpretacion sobrado rigurosa, ó demasiado lata del mismo precepto. Cuando nuestro Señor, por boca del Apóstol, condena las palabras inútiles, y dice, que seremos juzgados por ellas, no prohibe esos discursos y conversaciones, que aunque no son de inmediata útilidad, son, sin embargo, inevitables en el trato social, y nos sirven de agradable diversion en medio de nuestras graves ocupaciones. Pero guardaos de dar un sentido demasiado lato á esta explicacion. Nuestro Señor nos permite únicamente, los discursos vagos y superficiales, á la manera que nos permite el descanso, es decir, por intérvalos.

Voy á daros una idea de las conversaciones útiles y provechosas que debiérais escoger con preferencia á todas las demás, y que, por desgracia, son tan raras en el dia. Supongamos, que acabais de oir la palabra de Dios. ¿No seria bueno, que discurrierais en comun sobre los puntos del sermon que habeis oido, á fin de grabar mejor en vuestro corazon y en vuestra memoria las verdades, que se os han probado, y los preceptos que se os han inculcado? Si por ca-

sualidad presenciais la muerte de uno de vuestros hermanos, ¿no seria útil, que en vez de apartar la memoria de este suceso, discurrierais algun rato sobre su grandísima importancia y trascendencia? Cuando leeis un buen libro, ó teneis noticia de una buena accion, ¿no seria provechoso, que hablárais acerca del particular con los que están en vuestra compañía? ¿Creeis, hermanos mios, que las reflexiones que hicieseis sobre tan importantes materias, serian ménos agradables que vuestras ordinarias conversaciones, reducidas, en su mayor parte, á contínuas y enojosas divagaciones? ¿Podrá creerse, que esas visitas, con frecuencia tan incómodas para los que las hacen, como para los que las reciben, sean mas agradables, que la sosegada discusion de los importantes asuntos que acabo de indicaros? Nó, nó, hermanos mios; la seriedad y solidez del discurso no perjudican, ántes bien, acrecientan su atractivo é interés. Haced la experiencia, y os convencereis de lo que os digo. Veamos ahora cuáles han de ser nuestros discursos y conversaciones, para que, conforme al segundo consejo de S. Pablo, abunde en ellos la suavidad y el agrado.

2. A este agrado y á esta suavidad, se oponen cuatro principales defectos: 1.° las chanzas pesadas; 2.° el lenguaje soberbio é imperioso; 3.° las disputas acaloradas y obstinadas; 4.° las preguntas indiscretas. Discurramos brevemente sobre cada uno de estos defectos.

Entre las chanzas ilícitas, que acabo de indicaros, no se comprenden, hermanos mios, esos inocentes y placenteros altercados, que, en tono de broma, se suscitan algunas veces entre los mejores amigos, ni las prudentes reprensiones que se dan en igual tono. San Francisco de Sales permite unas y otras, las autoriza, y hasta las considera como una especie de virtud civil ó social, que llama *Eutrapelia*. Hablamos aquí únicamente de aquellas chanzas pesadas, que tienen por objeto humillar al prójimo, y son, por lo mismo, diametralmente opuestas al espíritu de caridad, como es fácil demostrarlo. En efecto, todos sentimos que se nos ridiculice, y deseamos que se nos respete. ¿Por qué razon los que tanto gustan de chancearse con los demás, no pueden sufrir que nadie se chancee con ellos? ¿Por qué razon, cuando se les replica con oportunidad, se quedan taciturnos y despechados, pareciendo que se apaga toda su vivacidad, y se embota toda su agudeza, sino porque, como acabo de indicar, hay en todos nosotros ciertas miserias y debilidades, ciertos defectos morales y ciertas imperfecciones físicas, cuya manifestacion nos avergüenza y humilla? ¿Y de dónde procede esta mala costumbre? Unas veces, del orgullo; y otras veces, de la envidia: del orgullo, cuando á toda costa se quiere ostentar viveza é ingenio; de la envidia, cuando se desea deprimir á un rival cuya sombra perjudica ó enoja.

El lenguaje soberbio é imperioso, es el segundo defecto contrario á la blandura y á la gracia, que debe sazonar nuestras conversaciones. ¿Puede darse cosa mas intolerable que aquellas personas, que, en una reunion, se afanan por poner en evidencia su capacidad, toman la actitud de doctores, y quieren que sus palabras sean consideradas como reglas infalibles, ó como fallos inapelables? Este modo de hablar afirmativo, decisivo y resuelto, es exclusivamente propio de los ignorantes, de los hombres superficiales, que jamás han estudiado á fondo una cuestion; que no saben dudar, y están en la creencia de que la duda arguye ignorancia; cuando, por el contrario, el saber dudar con oportunidad y prudencia, es una de las mayores pruebas de sabiduría. Pero este lenguaje es sobre todo insoportable, cuando se usa en materia de religion, y más, si cabe, cuando sale de boca de una mujer. Hay algunas de vosotras, hermanas mias, que quieren pasar por teólogas, y se hacen jueces, por decirlo así, en cuestiones religiosas: hablan de la doctrina de un predicador y de su manera de decir, alabándolo ó censurándolo con exageracion; discurren sobre la direccion de un confesor, y sobre la conducta pastoral del párroco, ó del obispo; condenan tal ó cual especie de devocion, aprueban ó desaprueban ciertos ejercicios piadosos: en una palabra, hablan y juzgan de todo, sin respetar las cosas más santas y venerables. Guardaos, hermanas mias, guardaos de incurrir en esta aberracion del espíritu y del corazon: no olvideis, que la modestia, la humildad, y aún la timidez, son vuestro mayor adorno.

Las disputas acaloradas y obstinadas no son otra cosa, hermanos mios, que ese mismo lenguaje soberbio é imperioso de que acabo de hablaros, llevado á mayor extremo. El sábio y piadoso autor de la *Imitacion*, nos dá, en cierto lugar, un aviso excelente, que con harta frecuencia olvidamos en la práctica: «Si alguno, despues de haber sido amonestado por vosotros una, ó dos veces, no viniere á mejor consejo, no insistais más; dejadlo en manos de Dios, que sabe sacar el bien del mal.» La razon de este consejo es evidente, hermanos mios. Si vuestro prójimo no quiere darse por convencido, no es por falta de inteligencia, ni por debilidad de espíritu, sino por orgullo; y en este caso, cuanto mas le insistais, mas le aferrais en su opinion; al paso, que, si en vez de irritarle con vuestras importunaciones, le dejais calmar y sosegarse, se avergonzará de su error, y se convencerá por sí solo. Juzgad de los demás, por lo que pasa en vosotros

mismos. ¿Cuántas veces no habeis sostenido una proposicion errónea, solo por haberla sentado, y por habérseos contradicho con demasiada acritud? En semejantes circunstancias, habeis preferido persistir en vuestra opinion, amontonando toda suerte de errores y absurdos, ántes que retractaros y conceder la razon á vuestro contradictor. Y, sin embargo, oyentes mios, no hay nada más bello ni más honroso para nosotros, que abrir los ojos á la luz de la verdad, y demostrar con una sencilla retractacion, que lo que nos proponíamos con nuestros argumentos, era saber lo que ignorábamos, y no hacer prevalecer nuestro propio dictámen. San Agustin nos dá en tres solas palabras una importante regla, que os suplico retengais en la memoria, para que os sirva de norma en todas vuestras conversaciones: *In dubiis libertas*: en las cosas dudosas, en lo que es meramente objeto de gusto ó apreciacion, cada cual ha de ser libre de opinar como mejor le parezca. ¡Qué de disputas y reyertas no se evitarian, si se siguiera esta regla de san Agustin! En las cosas dudosas, pues, ha de haber libertad absoluta y completa. Empero, en las cosas necesarias, en lo que constituye un principio ó una verdad esencial, allí debe reinar la unidad: *In necessariis unitas*. Allí, hermanos mios, podeis levantar la voz, y mostrar toda la fuerza de vuestras convicciones, y toda la energía de vuestro carácter. Cuando se atacan los derechos de Dios y las verdades del Evangelio, todos podemos, ¡qué digo podemos! todos debemos salir en su defensa, batallando sin trégua ni descanso con las armas de la razon. Pero entónces, como siempre, hemos de suavizar nuestro lenguaje con toda la dulzura de la caridad, *in omnibus charitas*. ¡Oh regla preciosa é inefable!

El cuarto defecto contrario al agrado que nos recomienda el Apóstol, son las preguntas indiscretas. ¿Por qué debemos evitarlo, hermanos mios? Porque embaraza y mortifica á aquel á quien tales preguntas se dirigen, poniéndole en la dura alternativa, de no contestar al que le pregunta, lo que no es regular, ó de faltar á la verdad. Además, estas mismas preguntas, son perjudiciales al mismo que las hace, porque con ellas se pretende saber cosas inútiles ó peligrosas. Si las preguntas que haceis, hermanos mios, son inútiles, ¿á qué viene ese empeño en saber la contestacion? ¿Qué os importan los planes y proyectos de vuestros hermanos, lo que dicen y piensan, lo que hacen ó dejan de hacer? Pero, ¿qué mal hay en esto? me direis tal vez. ¿Qué mal hay? preguntáoslo á vosotros mismos. Si despues de vuestras ociosas conversaciones, habeis querido recogeros para orar ó meditar, ¿habeis hallado en vuestro interior el sosiego y la tranquilidad que para ello necesitabais? ¿Háse hecho oir la voz de

Dios en vuestras almas, en medio de los pensamientos mundanos, que os preocupaban? Mas, si esas preguntas, no tan solo son inútiles, sino tambien perjudiciales ó culpables, como sucede muchas veces, ¡qué perjuicio no pueden causar á vuestra alma! ¡Cuán raro es, hermanos mios, que la caridad deje de sufrir algun quebranto en esas conversaciones prolongadas y frecuentes! ¡Cuántas almas se han arrepentido, como Eva, de haber hablado en demasía!

Ved aquí, hermanos mios, los defectos que debeis y podeis evitar en vuestras conversaciones. Sin embargo, no creeria haber cumplido hoy del todo mi deber, con respecto á vosotros, si despues de haberos manifestado esos defectos, no os indicara un medio para ordenar y santificar vuestras conversaciones. El mejor medio, es hacer una buena eleccion de personas para el trato familiar; porque, segun es el carácter de estas personas, suele ser tambien el de las conversaciones que con ellas se tienen. Procurad, pues, oyentes mios, trataros con personas morigeradas y piadosas, cuyas buenas costumbres sean para vosotros un objeto digno de imitacion. Así, y todo, si conversais mucho, difícil será que no pequeis; porque el contínuo roce con las criaturas, por buenas que éstas sean, más ó ménos, siempre perjudica. Los hombres más excelentes, tienen á veces la debilidad de hablar de cosas, por las cuales, algun dia, serán juzgados. De ahí dimana otra regla, á saber, que el mejor modo de conversar bien, es hablar poco.

Pero la mejor regla para ordenar las conversaciones, amados hermanos, es ordenar el corazon; porque, como dicen las santas Escrituras, en el corazon está la fuente de la vida. «De la abundancia del corazon, dice el Señor, habla la boca.» En vano trataríais de destruir los efectos, si primero no destruyerais la causa; en vano procurariais purificar las aguas de un arroyo, si antes no procuraseis purificar el manantial. Purificad, santificad, pues, hermanos carísimos, vuestro corazon; llenadlo enteramente de amor divino; amad la virtud, amad la piedad, y despues hablad cuanto querais; porque entónces no podreis ménos de hablar bien.

DIVISIONES.

CONVERSACION. — Los hombres y las mujeres abusan de la conversacion:

1.° Cuando no es inocente.
2.° Cuando no es honesta.
3.° Cuando no es moderada.

CONVERSACION CRISTIANA. — Es cristiana la conversacion en que

1.° No se olvida á Dios.

2.° En que no se ofende al prójimo.

3.° En que no toman parte personas encenagadas en el vicio.

CONVERSACION ECLESIÁSTICA. — *(Exhortacion á los eclesiásticos.)*

1.° Todos los momentos, que se emplean en la conversacion eclesiástica, deben ser bien aprovechados.

2.° Debe dejarse en ella intacto el honor de la Iglesia.

3.° Debe ser tal, que edifique á los seglares.

CONVERSACION RELIGIOSA. — Las Religiosas deben guardar la mayor circunspeccion en sus conversaciones.

Las Religiosas deben evitar todo lo posible la curiosidad en sus conversaciones.

CONVERSACION MUNDANA. — La conversacion mundana pervierte á gran número de personas buenas.

Escandaliza á los que no pervierte.

Impide pensar en su conversion á los que ha pervertido.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Omnis sermo malus ex ore vestro non procedat; sed si quis bonus ad ædificationem fidei, ut det gratiam audientibus. EPHES. IV, 29.

De vuestra boca no salga ningun discurso malo, sino los que sean buenos para edificacion de la fe, que den gracia *ó inspiren piedad* á los oyentes.

Nostra autem conversatio in cœlis est. PHILIPP. III, 20.

Mas nosotros vivimos ya como ciudadanos del cielo.

In omni conversatione vestra sancti sitis. I PETR. I, 15.

Sed vosotros santos en todo vuestro proceder.

Acuerunt linguas suas sicut serpentis; venenum aspidum sub labiis eorum. PSALM. CXXXIX, 4.

Aguzaron sus lenguas viperinas; veneno de áspides es lo que tienen debajo de ellas.

Qui perversi cordis est, non inveniet bonum; et qui vertit linguam, incidet in malum. PROV. XVII, 20.

Quien es de corazon perverso, nunca lo pasará bien; y experimentará desastres, aquel que es doble de lengua.

Indisciplinatæ loquelæ non assuescat os tuum; est enim in illa verbum peccati. ECCLI. XXIII, 17.

No se acostumbre tu boca al hablar indiscreto, porque siempre va acompañado de la mancha del pecado.

Narratio peccantium odiosa, et risus illorum in delictis peccati. ECCLI. XXVII, 14.

La conversacion de los pecadores es insoportable, porque ellos hacen gala de las delicias del pecado.

Quomodo potestis bona loqui, cum sitis mali? MATTH. XII, 34.

¿Cómo es posible, que vosotros hableis cosa buena, siendo, como sois, malos?

Dico autem vobis; quoniam omne verbum otiosum, quod loculi fuerint homines, reddent rationem de eo in die judicii. MATTH. XII, 36.

Yo os digo, que *hasta* de cualquiera palabra ociosa, que hablaren los hombres, han de dar cuenta en el dia del juicio.

Ex abundantia enim cordis os loquitur. LUC. VI, 45.

De la abundancia del corazon habla la boca.

Corrumpunt mores bonos colloquia prava. I COR. XV, 33.

Las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres.

Omnis sermo malus de ore vestro non procedat, sed si quis bonus ad ædificationem fidei, ut det gratiam audientibus. EPHES. IV, 29.

De vuestra boca no salga ningun discurso malo, sino los que sean buenos para edificacion de la fe, que den gracia *ó inspiren piedad* á los oyentes.

Fornicatio autem, et omnis immunditia.... nec nominetur in vobis, sicut decet sanctos. IBID. V, 3.

Pero la fornicacion y toda especie de impureza.... ni aún se nombre entre vosotros, como corresponde á *quienes Dios ha hecho* santos.

Si quis autem putat se religiosum esse, non refrænans linguam suam, hujus vana est religio. JAC. I, 26.

Si alguno se precia de ser religioso *ó devoto*, sin refrenar su lengua, su religion es vana, *falsa su piedad.*

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Fuge personas, in quibus potest malæ conversationis esse suspicio.

Apártate de aquellas personas de quienes puede sospecharse,

S. HIERON., EPIST. AD GERUNT.

Otiosum verbum est, quod sine utilitate loquentis et audientis dicitur: cæterum qui scurrilia replicat, est cachinnis ora dissolvit, et aliquid turpitudinis profert, hic non otiosis verbis, sed criminosis tenebitur reus. S. HIERON. SUP. MATTH. LIB. I.

Quamplures vidi loquendo in peccatum incidisse: vix quempiam tacendo; ideoque tacere neoss, quam loqui, difficilius est. S. AMBR. LIB. I DE OFFIC.

Alliga sermonem tuum ne luxuriet, ne lasciviat, et multiloquio peccata sibi colligat. Jugum sit verbis tuis et statera atque mensura, ut sit gravitas in sensu, in sermone pondus, atque in verbis modus. IDEM, IBIDEM.

Ingreditur mors per ostium tuum, si falsum loquaris, si turpiter, si procaciter: postremo si ubi non oportet loquaris. IDEM, LIB. I DE VIRGINIT.

Ab otiosis ad noxia verba, à levioribus ad graviora venimus. S. GREG. IN PASTOR.

Vanus sermo cito polluit mentem, et facile agitur, quod libenter auditur. S. ISIDOR. IN LIBR. SOLILOQ.

que tienen una conducta desordenada.

Es palabra ociosa, la que se pronuncia sin útilidad del que habla y del que oye: pero el que repite truhanerías, suelta carcajadas y profiere torpezas, no solo es reo de palabras ociosas, sino de faltas graves.

A muchos he visto incurrir en pecado por haber hablado; y apenas sé de uno, que haya delinquido por haber callado: por esto juzgo más difícil saber callar, que hablar.

Pon cuidado en tus palabras, para que no sean obscenas ni indecentes, ni acumules pecados en el hablar mucho. Pesa tus expresiones en una balanza, sujétalas á una medida, para que sean sérias en el sentido, graves en la pronunciacion, moderadas en el fondo.

La muerte penetra en el alma por la puerta de tu boca, cuando pronuncias falsedades, torpezas, desvergüenzas; ó cuando hablas, en fin, donde no conviene.

De las palabras ociosas fácilmente pasamos á las malas; y de las leves, á las que son graves.

La conversacion indecente pronto inficiona al entendimiento, y con facilidad se hace lo que con placer se oye.

Véase: CANCIONES DESHONESTAS.

CONVERSION Á DIOS.

Convertere Israel ad Dominum Deum tuum.

¡Oh Israel! conviértete al Señor Dios tuyo.

(*Osee.* XIV, 2.)

No hay, ni habrá salvacion posible, para las familias y la sociedad, miéntras no atiendan á su gobierno con la aplicacion de los principios cristianos. Por eso nos consideramos como enviados, para repetir y reproducir, bajo todas las formas, estas palabras del profeta Oseas: Israel, conviértete al Señor tu Dios: *Convertere Israel ad Dominum Deum tuum.*

No caben en esto términos medios, hermanos mios; ó perecer, ó convertirse á Dios. Elegid: el abismo está abierto á vuestras plantas, y á vuestras espaldas, la Iglesia de Jesucristo os llama y os tiende los brazos, diciéndoos con ternura: ¿Y por qué has de morir, oh casa de Israel? *Et quare moriemini, domus Israel?* EZECH. XVIII, 31. Conviértete al Señor tu Dios; es tu Padre, y no quiere que mueras, sino que vivas: *Sed ut convertatur impius à via sua et vivat.* EZECH. XXX, 11.

Voy, pues, á exhortaros, hermanos mios, para que os convirtais todos á Dios. Toda conversion particular contribuye poderosamente á la conversion de los demás. No obstante, debo confesarlo; hay personas cuya conversion ejerce mayor autoridad y tiene mayor importancia; tales son los padres de familia, los jóvenes, esperanza del porvenir, porque su ejemplo es de un efecto extraordinario en la sociedad. Por esto voy á demostraros: 1.°; que todos debeis ser apóstoles en vuestras familias, por vuestras convicciones y conducta; 2.°, que debeis convertiros á Dios sincera, práctica y completamente.

No faltará quien os haga observar, que todos los hombres de alguna importancia, y honrados, proclaman unánimemente, que pasó el tiempo de la incredulidad, y que la religion es una necesidad profun-

da de la época. Sí, hermanos mios, esto es cierto. La sociedad ha dado un gran paso; si se exceptuan algunos rezagados, algunos incorregibles, los ánimos han adelantado, se han enmendado. Ahora, oimos en todas partes pronunciar los nombres de Dios y de Providencia; se habla de moral religiosa; y no solo esto, sino que se escriben libros sobre la necesidad de recurrir á las ideas santas, es decir, á las ideas religiosas. ¿Qué le falta á esa cruzada? Dos cosas esenciales para obtener un buen éxito, á saber: la conviccion, y el ejemplo práctico.

Varias veces encontramos hombres graves y formales, verdaderamente cuidadosos por la suerte del linage humano, y deseosos de ser útiles á sus semejantes; hombres, que han comprendido que urge poner coto al desenfreno de las pasiones, y que, despues de mil tentativas, se han convencido, por último, de que es necesario el apoyo de la religion. Pero pronto experimentamos una gran sorpresa. Esos hombres, que con tanto ahinco movian todos los resortes de la fe cristiana, no abrigaban esta fe en su alma. El evangelio de Jesucristo enseña al pobre, el amor á su condicion desgraciada; el respeto á la propiedad, al que no posee; al niño, el respeto á sus padres; y á todos, las leyes de la probidad y del honor. En todo esto, el Evangelio de Jesucristo es excelente, dicen esos hombres; sacaremos partido del Evangelio. Pero ¿es Jesucristo el Hijo de Dios? ¿Es el Evangelio un libro venido del cielo, ó solamente el último esfuerzo de la sabiduría y de la razon humana? ¿Qué debemos pensar de los misterios cuya creencia propone? Vanas preguntas. El Evangelio es excelente, tal cual es, para la mayor parte de los hombres: no discutamos su valor religioso, abstengámonos de examinar el fondo de las cosas. Así razonan esos hombres, que tienen el Evangelio en la mano, y no en el corazon; que enseñan, pero no creen.

Con todo, hay aún mas inconvenientes. La incredulidad del que pretende ejercer de esta suerte el cargo de apóstol, es un hecho lamentable, pero un hecho interior, que puede disimularse, que se sospecha, aunque no se demuestra. Desgraciadamente, la religion tiene ciertas exigencias, que ponen de manifiesto la conducta censurable de esos maestros del pueblo. El Evangelio, al que se apela para corregir á la multitud, impone deberes cuyo cumplimiento es visible, y se refiere á actos públicos y solemnes. De estas prácticas evidentes, de estos deberes exteriores, depende toda la virtud, toda la eficacia de la moral evangélica: sin el cumplimiento de estas obligaciones, el cristianismo no produce ya ninguno de los frutos que se le demandan. ¿Y qué estamos viendo? Observamos que algunos hombres, por

otra parte celosos de la enmienda de sus conciudadanos, nunca los acompañan en los actos religiosos más obligatorios. ¡No permita Dios, que yo corra el velo, que me oculta y debe ocultarme la vida privada! Pero hay un hecho patente: nadie encuentra á esos hombres en el templo, ni para la oracion, ni para la santificacion del domingo, ni para asistir á la predicacion evangélica. Es inútil decir, que no acuden al tribunal de la penitencia. Por esto digo, que esa conducta es un escándalo para sus semejantes, y un camino de perdicion para su alma. Vosotros, pues, ¡oh cabezas de familia! magistrados! vosotros, iniciadores de todo lo grande que se hace en el mundo! ¿cuándo comprendereis, que tambien vosotros sois apóstoles, pero que el apostolado, tal como lo ejerceis, es decir, destituido de la conviccion, y del ejemplo práctico, ha de ser estéril é impotente? Sabed, que vuestra conversion á Dios debe ser principalmente sincera, práctica y completa.

2. Si para afianzar el mundo conmovido, hasta en sus fundamentos, hay que dar al pueblo una fe, una doctrina; si, por otra parte, como os he dicho, los pueblos no pueden recobrar su fe sino con la cooperacion de todos, debemos deducir, que esta fe y esta doctrina han de ser patrimonio de todos. Es preciso, pues, hermanos mios, orar para creer; y creer, para luego tener el derecho de enseñar. Eso es lo que todos debeis hacer con sinceridad. Debeis dirigiros á Dios con todo vuestro entendimiento, con toda vuestra alma, con todas vuestras fuerzas: pues Dios *sondea los corazones*, y ve si vuestras disposiciones son puras y rectas. Mas, no basta creer; es menester obrar. Por esto he dicho, que debeis convertiros á Dios *prácticamente*. La Escritura nos enseña, que el Salvador de los hombres *comenzó por obrar, y que luego enseñó*. Imponer á otros una carga, que no se quisiera tocar con la mano, es lo que Jesucristo llamaba *farisaismo por excelencia*. Vosotros, los que estais animados del noble deseo de ver florecer nuevamente los principios de la religion y de la moral, en los corazones secados por la duda y la corrupcion, oid lo que refiere un filósofo de la antigüedad. «Yo habia ensayado todas las doctrinas, dice Justino, cuando un dia, absorto en mis cavilaciones, y á orillas del mar, volvíme, y ví á un anciano cerca de mí. Su exterior, bastante notable, mostraba mucha amabilidad y gravedad. Entablamos conversacion, que concluyó el anciano diciéndome: Veo, que os gustan las palabras, y no las obras, que buscais la ciencia, y no la práctica. *Nosotros hablamos poco, pero obramos.*» Hagamos lo mismo, hermanos mios. Bastante se ha hablado, bastante se ha escrito, bastante se ha discutido: hora es ya de practicar y obrar.

Finalmente, debemos convertirnos á Dios, no á medias, sino enteramente, y sin reserva. Hay cosas, que no son susceptibles de segregarse! Tal es la religion. La religion, como Dios, á quien simboliza en el mundo, no puede cercenarse; es la túnica sin costura: querer un poco de religion, es querer lo imposible; en esta materia, ó todo, ó nada. Concedo, que así nos volvamos á Dios; pero para dirigirnos á él, nuestros pasos son esencialmente oblícuos. De derecho, y segun los principios públicos, no siempre lo practicamos; de hecho, y segun la inspiracion privada, la sana razon, la necesidad y los hábitos precedentes, lo practicamos poco. Ved lo que se hace en nuestro siglo, y juzgad si se notan en los hombres dos movimientos contrarios, y si, por consiguiente, su modo de convertirse á Dios no es irregular. El que así se porta, tal vez nació de un padre infiel, y de una madre cristiana; pero seguramente, de un padre que no practicaba la religion, y de una madre que no ponia en práctica los principios religiosos. Durante su educacion, le enseñaron la religion; pero despues, al entrar en el mundo, vió que se predicaba el cristianismo exclusivamente en las iglesias, y que le oponian la filosofía en las regiones de la ciencia; y luego halló indiferentes en todas partes. ¿Cuál será su religion, en vista de esas perpétuas contradicciones? Será incierta. Esta es la historia de todos. ¿No he dicho con razon, que nos dirigíamos á Dios de un modo irregular? ¡Ah! hermanos mios, ¿quedaremos siempre en esta situacion equívoca? *¿Hasta cuándo*, prorrumpia Elías, *os asemejareis al hombre, que cojea de ambos piés? Si el Señor es Dios, seguid solo á él; si Baal es Dios, seguid solo á Baal.* Sí; si teneis fe en la filosofía, en el materialismo, en el racionalismo, poned en su trono á la diosa *Razon;* pero si, por el contrario, Jesucristo es Dios á vuestros ojos, no disputeis con el Altísimo, someteos á su ley, tal como os la presenta. Nada demos á Baal, todo á Jesucristo. Seguid todos el sendero de la verdad y de la dicha: *Jerusalem, Jerusalem convertere ad Dominum Deum tuum.*

Véase: APOSTOLADO DE LOS FIELES.—APOSTOLADO SEGLAR.

CONVERSION DIFERIDA.

Non tardes converti ac Dominum, et ne diffferas de die in diem.

No tardes en convertirte al Señor, ni lo difieras de un dia para otro.

(*Eccles.* v, 8.)

Aunque el negocio de nuestra conversion sea el más importante de que podamos estar encargados en la tierra; aunque sea el único que verdaderamente nos interesa, pues depende de él nuestra eterna felicidad, no obstante, ¡oh deplorable ceguedad! no hacemos caso de este negocio, y siempre le dilatamos para otro tiempo, como si el tiempo y los instantes estuvieran á nuestra disposicion. ¡Qué es lo que esperais, oyentes! Jesucristo no cesa de anunciaros por sus ministros, las desgracias que amenazan á vuestra impenitencia, y al retardo de vuestra conversion: ya ha mucho tiempo, que por nuestras bocas os está avisando, que si no haceis penitencia, todos perecereis.

Y aún no se contenta con avisaros en público por la voz de sus ministros: os habla tambien en lo íntimo de vuestros corazones, y contínuamente os está diciendo en secreto: ¿no es ya tiempo de salir de la culpa en que ha tantos años que vives sepultado, cuando para salir de ella casi no te queda más remedio que un milagro? ¿No es ya tiempo de conceder la paz á tu corazon, de desterrar ese caos de pasiones, que han sido el motivo de las desgracias de tu vida, de disponerte á lo ménos algunos dias felices y tranquilos; y que ya que has vivido tantos años para un mundo, que siempre te ha dejado vacío é inquieto, vivas finalmente para un Dios, que es quien solamente puede dar la alegría y la tranquilidad á tu alma?

¿Qué respondemos á esta voz secreta, que ya ha tanto tiempo está clamando en lo íntimo de nuestros corazones? ¿Qué pretextos oponemos? Primero: que Dios no nos dá aún los auxilios necesa-

rios para salir del infeliz estado en que vivimos: segundo; que actualmente nos hallamos muy enredados en nuestras pasiones, para pensar en emprender una nueva vida. Esto es, alegamos dos pretextos para dilatar nuestra conversion: el primero, sacado de parte de Dios; el segundo, de nosotros mismos. El primero, que nos justifica, acusando á Dios de que nos falta. El segundo, que nos asegura, acusándonos á nosotros mismos de no poder aún volvernos á él. Y así, dilatamos nuestra conversion, porque creemos que nos faltan los auxilios, y que Dios no se acuerda aún de nosotros: dilatamos nuestra conversion, porque nos prometemos, que, algun dia, estaremos algo más separados del mundo y de nuestras pasiones, y más en estado de empezar una vida ejemplar y verdaderamente cristiana: dos pretextos, que se hallan siempre en la boca de los pecadores, y que intento impugnar, despues de haber implorado las auxilios de la gracia. A. M.

1. No es nuevo el que los hombres echen á Dios la culpa de sus desórdenes, y procuren hacer á su bondad y sabiduría responsables de su desordenada conducta. Puede muy bien decirse, que esta ceguedad entró en el mundo con el pecado. Esta fué la excusa que alegó el primer hombre de su delito; y en vez de aplacar con una humilde confesion de su miseria al Señor, á quien acababa de desobedecer, le acusó de que él mismo, por haberle juntado con la mujer, habia sido la causa de su desobediencia. Y esta, amados oyentes, es una ilusion comun á casi todas las almas, que viven en la culpa, y que dejan para más adelante la conversion que Dios las pide. Contínuamente nos están diciendo, que la conversion no depende de nosotros; que el Señor es quien muda los corazones, y les dá la fe, y la gracia, que les falta; y así, no se contentan con irritarle, dilatando su conversion, sino que tambien le insultan, echándole la culpa de su obstinacion y de la dilacion de su penitencia. Confundamos, pues, hoy, el desórden y la impiedad de esta disposicion, y para hacer al alma pecadora más inexcusable en su impenitencia, quitémosla este pretexto.

Nos decís, pues, en primer lugar, que os convertiriais si tuvierais fe, y si estuvierais bien persuadidos de la verdad de la religion; pero, que la fe es un don de Dios, que de él solo le esperais; y que luego que os le dé, os costará poco trabajo el determinaros á empezar esta grande obra. Pero, os pregunto, ¿cómo habeis perdido esta fe tan preciosa? En el bautismo la recibisteis; conservóse en vuestro corazon por medio de una educacion cristiana; creció con vosotros. ¿Qué habeis, pues, hecho de este don de Dios? ¿Quién ha borrado de vuestra frente esta señal de eterna eleccion? ¿No son esas tinieblas

en que os hallais, un justo castigo del desórden de vuestras pasiones? Pues ¿por qué os quejais á Dios del mal uso que habeis hecho de sus auxilios? Él es quien os habia de pedir su propio don; quien os habia de hacer dar cuenta del talento que os entregó; quien os habia de decir: siervo ingrato é infiel, ¿qué hice yo por otros, que no hiciese por tí? Ennoblecí tu alma con el don de la fe, y con el carácter propio de mis hijos; tú arrojaste esta preciosa margarita á los animales inmundos: bien sabes cuanto te ha costado el sacudir el yugo de la fe, y llegar al estado en que te hallas; y ese terrible estado, que es el más justo castigo de tus culpas, ¿quieres que hoy te sirva de excusa? ¿Y dices, que la falta de fe no es culpa tuya, porque no depende del hombre, cuando te costó tanto trabajo el arrancarla de tu alma?

Dejad, pues, hermanos mios, de engañaros á vosotros mismos, y de esperar lo que ya poseeis. ¡Ah! no os falta la fe, lo que sí os falta, es la voluntad de cumplir con las obligaciones que os impone: vuestras pasiones, y no vuestras dudas, son las que os detienen: no os conoceis. Hallais útilidad en persuadiros, que os falta la fe, porque este pretexto, que oponeis á la gracia, es de ménos sonrojo para el amor propio, que el de los abominables vicios que os detienen. Pero mirad la raiz; vuestras dudas nacen de vuestros desórdenes. Arreglad vuestras costumbres; y cuanto os ofrezca la fe, será cierto, y os servirá de consuelo. Sed castos, honestos y moderados, y yo os respondo de la fe, que os parece haber perdido. Vivid bien, y os costará poquísimo el creer.

Pero direis, acaso: Dios solo es quien muda los corazones; y este es el segundo pretexto de los pecadores, que dilatan la conversion. Digo, pues, que este pretexto tan vulgar, y tan repetido en el mundo, que se halla en boca de casi todos los que viven en la culpa, si consideramos al pecador que le alega, es injusto; si atendemos á Dios, de quien se queja, es temerario é ingrato; y si le examinamos en sí mismo, es ridículo é improbable.

Primeramente, es injusto, si consideramos al pecador que le alega: os quejais de que Dios aún no os ha movido, que no sentís gusto alguno en la devocion, y que es necesario esperar que éste venga para mudar de vida. Pero estando, como estais, llenos de pasiones, ¿es razon, que espereis, ó pidais, que Dios os haga experimentar un gran gusto en la piedad? ¿Quereis que vuestro corazon, entregado aún al desórden, experimente las suaves dulzuras y los castos atractivos de la virtud? Os pareceis á un hombre, que sustentándose solamente con hiel y ajenjos, se quejase de que todos los alimentos le

parecian amargos. Decís, que Dios es quien debe daros gusto para servirle, si quiere que le sirvais, cuando, al mismo tiempo, estais contínuamente estragando vuestro corazon con indignos excesos. ¡Hombre ingrato! ¿piensas, acaso, justificarte, acusando á la sabiduría y justicia de Dios!

Mas; aún cuando Dios produjese en vuestro corazon este gusto, y estos deseos de salud, que deseais; viviendo como vivís, en la corrupcion y en la disolucion, ¿cómo habeis de sentir la obra de la gracia? Aún cuando os llamára ¿cómo le habiais de oir, estando como estais, distraidos con los placeres de una vida mundana? Aún cuando os moviera, ¿qué resultas habia de tener este movimiento en órden á vuestra conversion, cuando inmediatamente le apagaria el ardor y el exceso de vuestras profanas pasiones? La verdad es, ¡oh fieles! que Dios, lleno de longanimidad y paciencia, mueve aún vuestros corazones, y derrama en vuestro interior las riquezas de su bondad y de su misericordia; que su gracia no os falta: pero que vosotros la recibís en un corazon tan lleno de corrupcion y de miseria, que, por decirlo así, no hace efecto en él, ni le mueve.

Entrad dentro de vosotros mismos, amados oyentes mios, y conoced la injusticia de vuestros pretextos. Os quejais de que Dios os falta, y de que esperais su gracia para convertiros; pero ¿acaso puede haber pecador, en cuya boca sea esta queja más injusta, que en la vuestra? Un Dios justo y misericordioso os insta, y os sigue por todas partes desde que le abandonasteis: en este mismo instante en que os estoy hablando, está obrando en vuestro interior. ¿Qué es vuestra vida, sino un eslabonado de gracias? ¿Qué sois vosotros, sino unos hijos de dileccion y la obra de las misericordias del Señor? ¡Oh injustos! Os quejais de que os falta la gracia, cuando el Señor ha estado llamando contínuamente á las puertas de vuestro corazon.

Pero, si el pretexto de la falta de la gracia es injusto, de parte del pecador que le alega, no es ménos temerario é ingrato respecto de Dios, de quien se queja. Porque, decís, Dios es el dueño absoluto, y cuando quiera, sabrá encontrarnos; esto es, que vosotros no teneis que hacer otra cosa que dejarle obrar, y que sin que tengais vosotros cuidado alguno de vuestra salvacion, cuando él quisiere, sabrá mudar vuestro corazon. Es decir, que vosotros no teneis que hacer mas, que pasar alegremente vuestra vida en deleites y culpas, y que sin tomaros cuidado alguno, y hasta sin pensar en ello, sin poner de vuestra parte otra disposicion para la conversion que esperais, mas que una vida llena de desórdenes y contínuas resistencias á su gracia, él sabrá, cuando sea tiempo, de llamaros para sí; es decir, que vuestra salvacion no es negocio vuestro, y que el Señor os ha dispensado absolutamente de él, por tomarle á su cargo.

Pues tened entendido, que cuanto mas diferís la conversion, Dios se aleja más de vosotros. San Agustin, en el tiempo de sus tibios deseos de conversion, ¿se quejaba acaso del Señor en la dilacion de su penitencia? Nó, por cierto. No buscaba la razon en otra parte mas que en su flaqueza, y en el desórden de su corazon: hallábame, dice él mismo, con un corazon enfermo, y lleno de remordimientos; acusábame á mí solo de mis desgracias, y de la dilacion que yo oponia á una nueva vida: *Sic ægrotabam, et excruciabar, accusans me metipsum.* Confes., lib. viii, cap. 11, n. 25. Daba vueltas dentro de mis propias cadenas, sin hacer esfuerzo alguno, como si ellas hubieran de romperse por sí mismas: *Volvens, ac versans me in vinculo meo, donec abrumperetur totum.* Pero vos, Señor, no cesabais de castigar mi corazon con secretas amarguras, obrando en él contínuamente con una misericordiosa severidad, remordimientos penetrantes, que turbaban toda la dulzura de mi vida: *Et instabas tu in occultis meis, Domine, severa misericordia flagella ingeminans timoris, et pudoris.* Confes., lib. viii, cap. 11, n. 26. Con todo eso, las diversiones del mundo, que siempre habia amado, y aún amaba, me detenian: *Retinebant me nugæ nugarum antiquæ amicæ meæ:* y me decian en secreto: ¿es posible, que hayas de renunciar á nuestros deleites? *Dimittis ne nos?* ¿Te parece, que podrás sufrir la molestia de una vida distinta de la que has llevado hasta aquí? *Putas ne sine istis vivere poteris?* Este pecador, medio movido á su conversion, hallaba las razones de su dilacion y resistencia en el temor de renunciar á sus pasiones, y de no poder sufrir una nueva vida; y este es el verdadero estado en que vosotros os hallais, y lo que os decís todos los dias á vosotros mismos.

Tales son los pretextos, que el pecador, que difiere su conversion, opone por parte de Dios. Veamos ahora los que alega por parte de sí mismo.

2. Extraordinaria cosa es, hermanos mios, que siendo la vida tan breve, tan incierto el tiempo de la muerte, tan preciosos los instantes, tan raras las conversiones, tan frecuentes los ejemplos de los que mueren arrebatadamente, y tan terrible la memoria de lo porvenir, podamos formarnos á nosotros mismos, tantos y tan frívolos pretextos para dilatar la mudanza de nuestra vida. En los demás peligros, que amenazan á nuestra vida, á nuestra honra, ó á nuestra fortuna, usamos de precauciones prontas y aceleradas, aún cuando sea dudoso el peligro; y en este asunto, en que el peligro es cierto, y

presente, las precauciones siempre son inciertas y distantes. Todos miran como la mayor de las desgracias, el morir en este triste estado; y no obstante, todos dilatan el salir de él, alegando pueriles pretextos, que apenas son dignos de refutarse. El primero es *la edad.* Queremos dejar pasar los años de la juventud, á la que parece no conviene un partido tan prudente, como es el de la piedad. Esperamos cierta estacion de la vida, en la que marchitada la primera flor de la edad, siendo ya más serias las costumbres, más exacta la honestidad, no mirándonos el mundo con tanta atencion, estando el espíritu más maduro, y más en estado de sostener esta grande empresa; nos prometemos trabajar en ella, sin que entónces pueda haber cosa que nos distraiga. Pero, es una cosa muy natural preguntaros; ¿quién os ha dicho, que llegareis al término que os habeis propuesto, que no os cogerá la muerte en medio de estos años, que habeis destinado aún al mundo y á las pasiones? ¿Es por ventura la juventud alguna seguridad contra la muerte? ¡Oh insensatos! acaso mañana os pedirán cuenta de vuestra alma: ¿y de qué os servirán entónces estos proyectos de conversion, que formais para en adelante?

Pero demos caso, que la muerte no os sobrecoja; os pregunto, ¿en qué fundais, que la edad mudará vuestro corazon, y formará en vosotros las disposiciones, que hoy no teneis para una nueva vida? ¿Mudó acaso la edad el corazon de Salomon? ¡Ah! entónces fué cuando sus disoluciones llegaron al más alto punto, sin conocer límites su vergonzosa fragilidad. ¿Dispuso por ventura la edad á Saul para su conversion? ¡Ah! entónces añadió este monarca á sus pasados desórdenes la supersticion, la impiedad, la dureza y la desesperacion. ¿Puso remedio la edad á los desórdenes de Jezabel, y de la incestuosa Herodías? Entónces se manifestaron más ambiciosas, más lascivas, más cuidadosas de agradar que nunca. Examinad lo que todos los dias pasa á vuestra vista: veis, que todas las almas que han envejecido en el mundo, y las que sólamente la edad ha retirado de los placeres, conservan el mismo amor al mundo, las mismas inclinaciones, la misma ansia por los deleites, y un corazon, aún jóven, en un cuerpo mudado y deshecho. La edad, hasta ahora, á ninguno ha convertido.

Pero, aún cuando no fuera de temer esta desgracia, ¿el Señor no es por ventura el Dios de todos los tiempos, y de todas las edades? ¿Hay, acaso, dia alguno, que no sea suyo, ó que nos le haya destinado para el mundo, y para la vanidad? ¿No es celoso aún de las primicias de nuestro corazon, y de nuestra vida, figuradas en los primeros frutos de la tierra, que mandaba la ley ofrecerle! Pues,

¿por qué le habeis de usurpar la parte mas hermosa de vuestra vida, por consagrarla al demonio y á sus obras? ¿Os parece demasiado larga la vida, para emplearla toda entera en honra del Señor, que nos la dió, y que nos promete otra inmortal? ¿Os parece demasiado preciosa la primera edad, para consagrarla á merecer la posesion eterna del Sér soberano? ¿Luego, no le reservais más que los desperdicios de vuestras pasiones y de vuestra vida? Que es como decirle: Señor, miéntras yo pueda servir al mundo, y á sus deleites, no espereis que me vuelva á vos, ni que os busque; miéntras el mundo me quiera á mí, no podré resolverme á quereros á vos; cuando empiece á olvidarme el mundo, y huya de mí, cuando yo ya no le pueda gozar, entónces me volveré á vos.

¡Oh alma indigna de confesar jamás las misericordias de un Dios á quien tanto ultrajas! ¿crees que entónces aceptará el Señor unos homenajes tan forzados y tan vergonzosos á su gloria, no teniendo, como no tiene, necesidad del hombre, y haciéndole como le hace mucha gracia, aún cuando acepta sus más puros votos y sus más sinceros rendimientos?

Hermanos mios, en la edad avanzada, no se recoge sino lo que se ha sembrado en los primeros años de la vida; si sembrais en la corrupcion, segareis en la corrupcion.

Direis, tal vez, que es felicidad el haberse entregado á Dios desde el principio, y el haberse podido preservar de todos los inconvenientes de la edad y de los deleites; pero no estamos ya en este caso; hemos seguido el camino ordinario, nos hemos dejado arrebatar del torrente del mundo y de las pasiones; actualmente, nos hallamos en los lazos más estrechos, y no está en nuestra mano el romperlos; esperamos una situacion más favorable, y nos prometemos, que apagada la pasion que nos cautiva, no nos meteremos en nuevas cadenas, y nos dedicaremos con seriedad á nuestra obligacion y á la virtud, que es el segundo pretexto: *las pasiones y los empeños de que aún no podemos salir.* Pero, primeramente: ¿estais bien seguros de que llegará este tiempo más favorable, que esperais para convertiros á Dios? ¿Quién os ha revelado el curso y duracion de las pasiones, que actualmente os cautivan? ¿Sabeis cuando se acabarán? ¿Podreis asegurar, que han de acabarse? ¿Sabeis, que será ántes de que acabeis vosotros mismos?

Pero, aún cuando no llegáran vuestras pasiones hasta esta última hora, cuanto más diferís la conversion, más profundas raíces echais en la culpa; vuestras cadenas forman nuevos eslabones con que aprisionan el corazon; el fermento de la corrupcion, que abrigais dentro

de vosotros mismos se dilata, se extiende, indispone y corrompe toda la capacidad de vuestra alma. ¡Qué locura, pues, el dejar envejecer y corromper las heridas, con el pretexto de que se curarán mas fácilmente! ¿Qué es, pues, lo que haceis, difiriendo la conversion, sino hacer más incurables vuestros males, y quitar á la esperanza de vuestra conversion todos los remedios, que aún la podian quedar?

¿Acaso fiais, en que no son eternas las pasiones, y que el tiempo y el disgusto os han de despertar tarde ó temprano? A esto os respondo, que aunque es verdad, que podreis cansaros de los objetos que hoy os cautivan, no por eso se acabarán vuestras pasiones: bien podreis formaros nuevos lazos, pero no os formareis un nuevo corazon: confieso que no son eternas las pasiones, pero casi siempre lo son la corrupcion y el desórden.

Amados oyentes, convertíos al Señor; trabajad sinceramente en vuestra conversion. El hombre á quien la borrasca arroja al medio del mar, que está expuesto al furor de las olas, y amenazado de triste naufragio, hace los mayores esfuerzos, combate contra el peligro, va hasta donde alcanza el último instante de su fuerza, y no se deja sumergir, hasta que, vencido de la violencia de las olas, se ve obligado á ceder á la desgracia de su suerte. Vosotros pereceis, hermanos mios, las ondas os vencen, la corriente os arrebata; haced, pues, poderosos esfuerzos para libertaros del peligro. Pedid al Señor las gracias que necesitais; y si alguna vez vuestra flaqueza se cansa con las dificultades de la virtud, decidle con fervor: Dios mio, no permitais, que yo vuelva atrás: fijad mis inconstancias. Compadeceos, Señor, de mi peligroso estado. Miéntras que yo experimente en mí las inspiraciones de vuestra santa gracia, no dejaré de hacer esfuerzos para volver á entrar en vuestros caminos; y si me he de perder, prefiero perecer, haciendo esfuerzos para volverme á vos, ¡oh Dios mio! que nunca permitís que perezca el alma, que con sinceridad os busca, y que sois el solo Señor digno de ser servido; que buscar una terrible tranquilidad en la obstinacion declarada, ni renunciar á la esperanza de los bienes eternos que preparais á los que os aman, y que os deseo á todos.

DIVISIONES.

CONVERSION.—La alegría que nuestra conversion causa á los Angeles, es un motivo para que la apresuremos.

Lo mucho que nuestra conversion cuesta á Jesucristo, es un motivo para que nos esmeremos en conservar la gracia.

CONVERSION.—Los Angeles desean nuestra conversion, porque nos obliga á llevar una vida espiritual.

Los Angeles oran por nuestra conversion, porque es obra de Dios hecho hombre.

Los Angeles trabajan en nuestra conversion, porque nos ponen en estado de ser sus compañeros en la gloria eterna.

CONVERSION APLAZADA. —Cuanto más se difiere la conversion, más obstinado se vuelve el pecador.

El diferir la conversion, hace necesario, en cierto modo, el pecado.

El diferir la conversion, hace el pecado merecedor de mayor castigo.

CONVERSION APLAZADA. —Cuando se difiere la conversion, se abusa de la paciencia de Dios.

Cuando se difiere la conversion, se peca contra la Providencia, que nos la facilita.

Cuando se difiere la conversion, se menosprecia el amor de Dios, que desea una reconciliacion pronta.

CONVERSION DIFICIL. —Lo más difícil en todas las conversiones, es el cambio del corazon.

Lo más difícil en las conversiones, aún en las más fáciles, es el cambio de conducta.

Lo más difícil en las conversiones más difíciles, es el cambio de estado.

CONVERSION DIFICIL. —Es difícil convertir á los hombres, cuando para su conversion se requiere, que se conviertan los que deben trabajar en convertirles.

Es difícil convertir á los hombres, cuando para su conversion se requiere, que se retraigan de ciertas personas, de las cuales no quieren retraerse.

CONVERSION FACILITADA. —Debemos creer, que Dios quiere facilitar nuestra conversion, cuando nos hace reflexionar sobre las desgracias á que nos arrastra el pecado.

Debemos creer, que Dios quiere facilitar nuestra conversion,

cuando nos inspira serias reflexiones sobre las amenazas que nos hace la divina justicia.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Ossa ejus implebuntur vitiis adolescentiæ suæ, et cum eo in pulvere dormient. Job. xx, 11.

Sus huesos estarán impregnados de los vicios de su mocedad; los cuales yacerán con él en el polvo *del sepulcro.*

Hodie si vocem ejus audieritis, nolite obdurare corda vestra. Psalm. lxliv, 8.

Hoy mismo, si oyereis su voz, guardaos de endurecer vuestros corazones.

Vocavi, et renuistis... despexistis omne consilium meum, et increpationes meas neglexistis. Ego quoque in interitu vestro ridebo, et subsannabo, cum vobis, id quod timebatis, advenerit. Prov. i, 24, 25 et 26.

Estuve yo llamando, y vosotros no respondisteis... menospreciasteis todos mis consejos, y ningun caso hicisteis de mis reprensiones. Yo tambien miraré con risa vuestra perdicion, y me mofaré de vosotros, cuando os sobrevenga lo que temiais.

Tunc invocabunt me, et non exaudiam; mane consurgent, et non invenient me: eo quod exossam habuerint disciplinam, et timorem Domini non susceperint, nec acquiaverint consilio meo. Idem, ibid. 28, 29, 30.

Entónces me invocarán *los impíos*, y no los oiré; madrugarán á buscarme, y no me hallarán; en pena de haber aborrecido la instruccion y abandonado el temor de Dios, desatendiendo mis consejos.

Adolescens juxta viam suam, etiam cum senuerit, non recedet ab ea. Idem. xxii, 6.

La senda por la cual comenzó el jóven á andar desde el principio, esa misma seguirá tambien cuando viejo.

Non impie hagas multum, et noli esse stultus; ne moriaris in tempore non tuo. Eccles. vii, 18.

No multipliques pecados sobre pecados, ni quieras ser insensato, *difiriendo la conversion*, no sea que te coja la muerte antes de tiempo.

Ne adjicias peccatum super peccatum. Et ne dicas: miseratio Domini magna est, multitudinis peccatorum miserebitur. Misericordia enim et ira ab illo cito proximant, et in peccatores respicit ira illius. Ecli. v, 5, 6, 7.

No añadas pecados á pecados, y no digas: ¡Oh, la misericordia del Señor es grande! él me perdonará mis muchos pecados; porque tan pronto como ejerce su misericordia, ejerce su indignacion, y con esta tiene fijos sus ojos sobre el pecador.

Non tardes converti ad Dominum, et ne differas de die in diem: subito enim veniet ira illius, et in tempore vindictæ disperdet te. Idem, ibid. 8, 9.

No tardes en convertirte al Señor, ni lo difieras de un dia para otro; porque de repente viene su ira, y en el dia de la venganza acabará contigo.

Nisi pœnitentiam egeritis, omnes similiter peribitis. Luc. xiii, 3.

Si vosotros no hiciereis penitencia, todos perecereis igualmente.

Quæretis me, et non invenietis... et in peccato vestro moriemini. Joan. vii, 36, et 8, 21.

Me buscareis y no me hallareis... y vendreis á morir en vuestro pecado.

Ignoras quoniam benignitas Dei ad pœnitentiam te adducit? Secundum duritiam tuam et impœnitens cor, thesaurizas tibi iram in die iræ. Rom. ii, 4, 5.

¿No reparas, que la bondad de Dios te está llamando á la penitencia? Tú, al contrario, con tu dureza y corazon impenitente, vas atesorándote ira y mas ira para el dia de la venganza.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

El modelo más perfecto de una conversion pronta y sincera, que nos presenta la sagrada Escritura, es el rey David. Despues de haber pasado cerca de un año aletargado en su doble crímen, apenas el profeta Natan, con su discreta parábola, le presentó toda la deformidad de su culpa, abriendo su corazon al arrepentimiento, exclamó: *Peccavi Domino:* palabras que revelan la amargura y el dolor, con los cuales consiguió la misericordia de Dios. II Reg. xii.

En el rey Manasés, se ve claramente confirmada la protesta, que hace Dios por sus profetas, de que no quiere la muerte eterna del pecador, sino que se convierta y viva feliz. Este rey fué uno de los más impíos, que empuñaron el cetro de Judá. No contento de erigir altares á los ídolos, de rodearse de mágicos y adivinos, y de hacer prevaricar á todo el pueblo, profanó el templo santo, introduciendo en él todas sus falsas divinidades. Por sus impiedades, fué abandonado de Dios, y entregado cautivo y cargado de cadenas al rey de Babilonia. A pesar de todo esto, en medio de su desgracia, clamó al Se-

ñor de todo corazon, y fué oido, y quedó libre de su vergonzoso cautiverio. II PARALIP. XXXIII.

La conversion aplaca la ira del Señor y detiene el castigo. Así se vió en los Ninivitas, cuyo castigo estaba ya resuelto, aunque condicionalmente, en los decretos divinos; pero cedieron á la predicacion del profeta Jonás, hicieron verdadera penitencia, y lograron apartar la ira divina, que iba á acabar con ellos. JONÆ. III.

En el capítulo VII del Evangelio de San Lúcas, leemos la conversion de la Magdalena, conversion pronta, noble y sincera, que mereció el más generoso y completo perdon por parte de Jesucristo.

Véase la historia de Zaqueo, cuya conversion fué efecto de la visita del Salvador. LUC. XIX.

Téngase presente el ejemplo de San Pedro, á quien bastó una mirada amorosa de su Maestro para mover su corazon infiel, y abrir sus ojos á las lágrimas de una verdadera penitencia.

La conversion del Buen Ladron, nos dá tambien una idea exacta, tanto de la grandeza de la divina misericordia, como de la prontitud y docilidad con que aquel pecador cedió á la fuerza de la gracia: LUC. XXIII; y la de San Pablo nos revela la grandeza del poder de Dios, que aún de las piedras, hace salir verdaderos hijos de Abrahan.

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Seria pœnitentia numquam sera: semper ad indulgentiam Dei aditus patet, etiam sub ipsa morte, nonnumquam ad immortalitatem transitur. S. CYPRIAN. AD DEMETR.

Nos peccata velociter quidem promptoque animo committimus, pigre vero postmodum ac sero pœnitentiam agimus. SAN BASIL. HOM. 8 IN DIVIT. AVAR.

Aliqui, proposita spe pœnitentiæ, licentiam sibi delinquendi propagatam putant; cum pœnitentia peccandi remedium sit, non peccandi incentivum. SAN AMBR. DE PŒNIT. IX.

Noli tardare converti ad Deum, nescis enim quid pariet superventura dies. SAN CHRISOST. EPIST. AD THEODOR.

Multis, inquis, dedit Deus privilegium ut in ultima senectute converterentur. Quid agitur? Numquid et tibi dabit? Fortasse dabit, inquis. Cur dicis fortasse? Contigit aliquando. Sed cogita quod de anima deliberas. IDEM, HOM. XXII, IN CORINTH.

Latro ille, qui pendebat in cruce, non equit prolixitate temporis, ut ingressum paradisi mereretur. ID. DE REPARAT. LAPS.

Pœnitentia aboleri peccata indubitanter credimus, etiam in ultimo vitæ spiritus, si admissorum pœniteat. SAN AUGUST. DE ECCLES. DOGM. XLVIII.

Pœnitentia, quæ ab infirmo petitur, infirma est. Pœnitentia, quæ à moriente tantum petitur, timeo ne et ipsa moriatur. IDEM SERM.

Deus pœnitentiæ tuæ indulgentiam promisit, sed huic dilationi tuæ diem crastinum non promisit. IDEM IN PSALM. CXIV.

Satis est à fide alienus, qui ad agendam pœnitentiam tempus senectutis expectat. IDEM SERM. IV, INTER COMMUN.

Qui pœnitenti veniam spopondit, peccanti diem crastinum non promisit. SAN GREGOR. HOM. XII, IN EVANG.

Qui male vivit, et in morte pœnitentiam agit, sicut damnatio illius est incerta, ita et remissio illius dubia: qui ergo securus cu-

Para la verdadera conversion nunca es tarde, porque siempre están abiertas las puertas de la misericordia divina, y no es imposible alcanzar la salvacion en la hora de la muerte.

Nosotros somos muy prontos y decididos á cometer el pecado, pero despues somos muy tardíos y perezosos para borrarlo con la penitencia.

Algunos, con la esperanza de hacer penitencia despues, se creen con facultades para pecar; pero sepan, que la penitencia ha de ser un remedio, no un incentivo para pecar.

No tardes en convertirte á Dios, pues ignoras cuál será tu sentencia en el dia del juicio.

Es cierto, que Dios ha dispensado á muchos la gracia de convertirse en su edad decrépita. Pero, ¿qué quieres decir con esto? ¿Qué lo mismo hará contigo? Es muy posible; pero advierte, que juegas con la suerte eterna de tu alma.

El ladron clavado en cruz, para entrar en la gloria, no tuvo necesidad de hacer una larga penitencia.

Creemos firmemente, que los pecados, hasta el último momento de la vida, se perdonan con la penitencia, si se tiene de ellos un verdadero arrepentimiento.

La penitencia, que desea hacer el pecador enfermo, tambien es enferma; y temo, que sea moribunda ó inútil, la que pide ó desea un pecador moribundo.

Dios te ha prometido el perdon si te conviertes; pero, no te ha prometido el tiempo si difieres la conversion.

El que aguarda la vejez para hacer penitencia, manifiesta, que tiene muy poca fe.

Dios, que ha prometido el perdon al que se convierta, no ha prometido al pecador, ni siquiera un dia mas de vida.

El que ha vivido mal, y aguarda á hacer penitencia en la hora de la muerte, es dudoso que sea perdonado, aunque es incierto que

pit esse in morte de indulgentia, in sanitate pœnitentiam agat, et in sanitate peccata sua lugeat. SAN BERN. SERM. XXVII.

se condene: así, pues, el que desea en la muerte un perdon seguro, conviértase y llore sus pecados miéntras tiene salud.

Véase: PECADOR MOROSO.—LÁZARO.—MAGDALENA.

CORRECCION FRATERNA.

I.

Si peccaverit in te frater tuus, vade et corripe eum inter te et ipsum solum.

Si tu hermano pecáre contra tí ó cayére en alguna culpa, vé y corrígele estando á solas con él.

(*Matth.* XVII, 15.)

Uno de los deberes, que se tienen más olvidados en nuestros dias, es el de la correccion fraterna. Que veamos pecar en público á nuestros prójimos, ó que los veamos pecar en secreto; ora falten por ignorancia, ora por malicia; nunca tenemos valor para ejercer con ellos la obra de misericordia, que consiste en corregirlos. Se censuran agriamente sus actos en las reuniones, donde se condenan sin respeto ni consideracion alguna á clases ni condiciones ni estados; y nadie piensa en prevenir ó evitar ajenos defectos con caritativos avisos. En una palabra, no tenemos celo de la gloria de Dios, ni de la salvacion del prójimo. Aunque éste es un medio fácil con que podemos ganar el cielo, apartando del vicio á nuestros semejantes, todos nos retraemos de adoptarlo; y alegando pretextos de ningun valor,

abandonamos á nuestros hermanos á sus pasiones, ó á su obcecacion, quedando tambien nosotros envueltos en su ruina.

Digno es, á la verdad, de deplorarse este mal, en el que casi nadie repara, y, sin embargo, puede conducirnos á nuestra perdicion. ¡Cuántos habrá que, despues de trabajar con celo por evitar sus propias culpas, tendrán que arrepentirse, á la hora de la muerte, de no haber trabajado por evitar las ajenas! Para convenceros de la gravedad y trascendencia de esta obligacion, voy á manifestaros, que debemos evitar, por medio de caritativos avisos, los pecados de nuestros hermanos. Pidamos ante todas cosas, los auxilios de la gracia. A. M.

1. Todo el Evangelio está resumido en estos dos preceptos: amar á Dios, sobre todas las cosas, y amar al prójimo como á nosotros mismos. Estos dos preceptos, de tal manera se presuponen y relacionan entre sí, que de ningun modo puede faltarse al uno, sin faltar al otro; así que, seria una gravísima mentira decir, que amamos á Dios, si no amásemos á nuestros hermanos. Ahora bien; si el amor de Dios nos obliga imperiosamente á evitar sus ofensas, y á procurar su gloria, el amor del prójimo, por una mútua reciprocidad, nos manda evitar todo cuanto pueda contribuir, á que nuestros semejantes se hagan reos de pecado contra un Dios infinitamente amable.

Y sino, decidme, amados oyentes; ¿cumpliria con los sagrados deberes de hijo, cualquiera que, viendo á su padre ultrajado, no volviese por su causa, y procurase evitar todo cuanto ofende al autor de su ser? No creo haya alguno, que se atreva á afirmarlo. Pues bien; el hombre que ofende á Dios, ¿qué hace sino ultrajar la suma bondad de nuestro Padre comun, Padre, que lo es por mil títulos á cual más recomendables? Estamos, pues, obligados á defender sus intereses y su gloria; y la omision de este deber sagrado, nos haria reos de sacrílega complicidad en un delito de lesa majestad divina.

Los más sublimes ingenios del Cristianismo, han considerado siempre como cómplices en los delitos de sus prójimos, á los que, viéndolos perdidos, no tuvieron con ellos la caridad de corregirles. San Bernardo afirma, *que quien omite corregir al que peca, consiente en su pecado.* Casi en los mismos términos se expresa el papa san Gregorio. S. Agustin adelanta aún más, diciendo: El que deja de corregir al que peca, se hace todavía más reo que el mismo delincuente: *Si neglexeris corrigere, pejor factus es eo, qui peccavit.* Hé aquí, la razon en que se funda. El que comete el pecado, puede ale-

gar en su excusa el placer ó la pasion, que con sus atractivos le arrastró á cometerle; pero ¿qué excusa podrá alegar el que, conociendo el pecado, lo tolera, sin que placer, ni aliciente alguno cohonesten su indolencia? Ninguna; muy al contrario; esta omision revela una inclinacion tanto mayor hácia la culpa, que, pudiendo, no se evita, en cuanto no nos impelen hácia ella, ni la fuerza del placer, ni las ilusiones del corazon.

Permitidme, pues, hermanos mios, que os diga con el mismo santo doctor: si amais á Dios, debeis aborrecer lo que él aborrece. Y ¿puede darse algo más aborrecible á los ojos del Señor, que el pecado, con el cual se ultraja su bondad, su justicia, y todos sus atributos? ¿Podrá decir, que aborrece el pecado, el que pudiendo evitarlo, no lo evita, el que llevado de un santo celo, no corrige al que va á cometer un pecado para disuadirle, ó al que ya le cometió, á fin de que no vuelva á incurrir en el delito de ofender al Señor? No lo entendia así el máximo doctor de la Iglesia, S. Jerónimo, cuando acusándole de excesivo celo en sus correcciones, les respondia: «Ladra impaciente un perro, cuando ve que ofenden á su amo; y ¿podré yo callar, viendo que se crucifica á quien me ha redimido? ¿Cómo me disculparia de semejante conducta en la presencia del Señor, viéndome confundido por la gratitud de un irracional?» En verdad, amados oyentes, no se comprende, como siendo un sentimiento tan natural al hombre, el que nos induce, casi sin advertirlo, á defender la causa y los intereses de un pariente, de un amigo ó de cualquiera otra persona, unida con nosotros con los vínculos del amor, haya algunos, que se crean desobligados de defender la causa y los intereses de Dios, cuando los ven conculcados.

Consideremos ahora el precepto de la correccion fraternal, con referencia al mismo prójimo. No quiero hacer mencion de los términos en que hablan de este deber los santos Padres. Tampoco os diré con S. Gregorio, «que el sacrificio más agradable á los ojos del Señor, es el que hace el hombre cuando, por medio de un santo y caritativo celo, evita que sus hermanos caigan en el báratro de la culpa:» ni con el Crisóstomo, que el evitar la caida espiritual de un alma, es un acto sin comparacion más meritorio, que el distribuir inmensas riquezas á los indigentes; tanto mas, cuanto que siendo el alma de un precio casi infinitamente superior al cuerpo, los servicios prestados á éste, no pueden guardar proporcion con los que se prestan al alma. Con algunos símiles se os hará más perceptible la fuerza de esta obligacion.

Figuraos un hombre, que por falta del necesario alimento está casi

luchando entre la vida y la muerte, y viéndoos pasar, os tiende los brazos, é invoca vuestra compasion; ó bien, que un conocido vuestro, por una calumnia atroz, es condenado á muerte, y sabiendo que vosotros estais ciertos de su inocencia, os pide que declareis la verdad para salvarle la vida. Si vuestra insensabilidad llegase al extremo de rehusar á estos infelices, los auxilios que reclama su azarosa situacion, ¿quién podria ménos de calificar vuestra conducta de bárbara, inhumana, y contraria al natural precepto, que cada cual lleva impreso en su corazon, de socorrer y ayudar á nuestro prójimo? Pues bien; más que si el infortunio redujese á nuestro prójimo á perecer de hambre; más que si la injusticia, confundiéndole con los culpables, le llevase á un cadalso, más desgraciado es nuestro prójimo cuando se ve envuelto en su pecado; y si en los primeros casos, fuera necesario tener corazon de piedra, para no mostrarnos sensibles á sus desgracias, fuera preciso no tener fe, ni esperanza, ni caridad, para verle en el camino de la muerte eterna, sin advertirle de sus peligros.

El evangelista San Juan, califica de homicida al que no ama á su hermano; ¿qué deberá, pues, decirse, del que tiene bastante crueldad para dejar que se pierda el alma de su prójimo, víctima del pecado? ¡Ah! el que obsérva semejante conducta, es un hombre cruel é inexorable. Si la sangre de Abel inocente clamaba contra su cruel hermano Cain, ¿cuánto mas el alma de aquel, que cayó á los abismos eternos por no haber sido corregido, clamará contra los que tenian obligacion de corregirle, y no lo hicieron? Su voz fuerte y penetrante no cesará de repetir: *Veniat mors super illos!* ¡Dios fuerte! Dios celoso! venganza contra esos hombres crueles, por cuya criminal indolencia me veo atormentado en estas llamas, que vos atizais con el soplo de vuestra ira! venga sobre ellos la muerte; descargue inclemente sobre sus cabezas el golpe de su guadaña, y haga que sus almas desciendan á este lugar de horror á expiar el crímen de su insensibilidad!

Hermanos mios, no olvideis, que la negligencia en corregir las faltas de nuestro prójimo es más culpable de lo que pensais. Es una negligencia homicida, puesto que causa la pérdida y ruina de nuestros hermanos, que, pudiendo quizá ser curados de su mal, solo con advertírselo, se les abandona á sus extravíos. Homicidas sois, cuando viendo bogar entre las furibundas olas de las pasiones á una desgraciada jóven, á quien el mal ejemplo de sus semejantes condujo al abismo del crímen, omitís los medios que están en vuestra mano, y que la caridad os dicta para arrancarla de un estado tan funesto. Homicidas sois, cuando viendo á un jóven convertido en juguete de mil erró-

neas preocupaciones, no le alargais una mano benéfica para detenerle en esa carrera de perdicion. Y cuando en vuestra presencia se atacan los dogmas y misterios sacrosantos de la religion; cuando en las reuniones que frecuentais, hieren vuestros oidos las ridículas invectivas con que son zaheridos los ministros del altar, y es hollada la moral del Evangelio; vosotros, por una criminal condescendencia enmudeceis, y, tal vez, dais fomento á la conversacion; ¡ah! entónces sois doblemente homicidas; lo sois de vuestros hermanos, porque no os oponeis á la impiedad; y lo sois de vosotros mismos, porque formais causa comun con ellos, adhiriéndoos á sus perversas máximas. Y ¿qué conmutacion podreis dar á Dios, para compensar el valor de un alma comprada con el precio infinito de la sangre de su Hijo, por quien el Verbo eterno, dejando el seno de su Padre celestial, vino al mundo, y en él vivió treinta y tres años, durante los cuales toleró toda suerte de privaciones, de calumnias, de persecuciones y tormentos, y esto con el único designio de salvarla? Un alma, dice San Gregorio, por quien seria muy corta indemnizacion todo el universo con sus ricas y varias producciones, no puede ser pagada con precio menor que otra alma, en el caso de haber sido abandonada en el precipicio por la indolencia en amonestarla caritativamente.

Sí, amados oyentes; alma por alma, nos será exigida justísimamente por el Señor, cuando llegue el momento de examinar las virtudes de los hombres, sin que entónces puedan servirnos de excusa los pretextos que ahora alegamos para dispensarnos del precepto de la fraternal correccion. Ni se diga, que no habiendo contribuido al pecado, ninguna obligacion hay de corregir al delincuente; pues no es necesario ser cómplice en el delito, para que el silencio pueda imputarse á culpa en el que le observa. Los siervos de que habla el Evangelio, no habian sembrado la cizaña en el campo del Padre de familias; y, no obstante, se consideraban obligados á denunciar el daño: y ¿por qué? *Ne securi de innocentia, de silentio sustinerent.* Porque, si bien estaban convencidos de su inocencia, en cuanto al hecho, no se hubieran tenido por inocentes en el daño, si, guardando un silencio criminal, no hubiesen prevenido y evitado las consecuencias. Tampoco basta para eximirse de esta obligacion sagrada, el disgusto que naturalmente experimentamos al amonestar á nuestros amigos; muy al contrario, esta es una nueva circunstancia, que hace más obligatoria la correccion. «¿Sois amigos? dice el padre san Gregorio; pues bien, el verdadero amigo es el que advierte los defectos, y no el que lisonjea las vanidades.» «No puede darse verdadera amistad, decia el Crisóstomo, sin que Dios sea el móvil de

vuestra mútua correspondencia.» En suma, amados oyentes, ninguna de las excusas, que alega el hombre para eludir el precepto de la correccion fraternal, es admisible, miéntras no pueda creerse con gravísimos fundamentos, que la correccion ha de ser de todo punto inútil. Digo, con gravísimos fundamentos, porque no basta una simple suposicion; es preciso que tengamos una certeza moral de la inútilidad de nuestra correccion; fuera de este caso, todos estamos obligados severísimamente á corregir á nuestros hermanos, segun nuestros conocimientos y facultades: Salva á tu prójimo, dice el Eclesiástico, CAP. XXIX, 27, haz lo que pudieres, no le abandones en su pecado: *Recupera proximum secundum virtutem tuam.* Si se aprovecha de la correccion, habrás ganado para Dios á tu hermano, dice el Salvador: *Si te audierit, lucratus eris fratrem tuum.*

Consideremos ahora, hermanos mios, de cuantos pecados nos hemos hecho cómplices, por nuestra negligencia en corregir las faltas del prójimo. Creyéndonos autorizados para juzgar, hablar y acriminar las acciones defectuosas de nuestros hermanos, las hemos condenado desapiadadamente, hemos hecho de ellas el objeto de nuestras sátiras mordaces, de nuestras más acres invectivas; pero cuando se ha tratado de corregir con caritativo celo lo que es ofensivo á la majestad divina, hemos dicho lo que Cain respondió á Dios: ¿por ventura estoy encargado de guardar á mi hermano? Sí, oyentes; todos debemos guardar á nuestros hermanos; todos estamos obligados á amonestarlos cuando delinquen, y á procurar con caritativas amonestaciones, que prevengan ó eviten sus defectos. Si por nuestra indolencia ó falta de celo dejamos de corregirlos, el Señor nos pedirá cuenta de su perdicion.

Aspiremos, pues, á conseguir nuestra salvacion, procurando que se salven nuestros hermanos. Todos podemos ser misioneros sin salir de nuestros pueblos. Todos pedemos trabajar por la honra y gloria de Dios, y por la salvacion de nuestros hermanos, y con esto merecer la vida eterna. No olvideis lo que dice el apóstol Santiago: *Qui converti fecerit peccatorem ab errore viæ suæ, salvabit animam ejus à morte, et operiet multitudinem peccatorum suorum.* CAP. V, 20. El que procura apartar al pecador de sus extravíos, salvará de la muerte eterna al pecador, y cubrirá la multitud de sus propios pecados. Quiera el cielo, que procurando con caritativas amonestaciones la salvacion de vuestros hermanos, merezcais el perdon de vuestras culpas, y la gloria eterna, que á todos os deseo.

CORRECCION FRATERNA.

(COMO DEBE PRACTICARSE.)

II.

Si peccaverit in te frater tuus, corripe eum inter te et ipsum solum.

Si tu hermano pecáre contra tí ó cayére en alguna culpa, vé, y corrígele á solas con él.

(*Matth.* XVIII, 15.)

Tal es el odio que Dios tiene al pecado, y tan implacable la guerra, que quiere se le haga, que no solo ha obligado á sus ministros á combatirlo, sino que ha declarado soldados de esta cruzada á todos los hombres. Ya sabeis, que todos estamos obligados á corregir al prójimo, con el fin de evitar las ofensas de Dios; pero como el éxito de la correccion depende, muchas veces, del modo con que se hace, son necesarias muchas precauciones, para que el fin de este importante precepto no quede frustrado. Hay espíritus inquietos, que precipitan la correccion, sin esperar la ocasion oportuna de hacerla con buen resultado. Los hay tambien, que ostentando un espíritu de sombría severidad, parecen insensibles á la compasion que debe excitar en nuestros corazones la debilidad de nuestros hermanos. Y no faltan algunos, á quienes, no la caridad de Jesucristo, sino el encono, el odio, ó la venganza, les mueve á corregir á sus semejantes; de aquí es, que no hablan sin ofender; no amonestan, sino que punzan y muerden; y en vez de cicatrizar las llagas, abren nuevas y más profundas heridas, vertiendo la hiel de la desesperacion en los corazones de aquellos á quienes amonestan. Nada de esto es conforme al verdadero espíritu de la religion. Así, pues, á fin de que vuestras

correcciones sean provechosas, voy á explicaros el modo con que debeis hacerlas. Imploremos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. La caridad, dice el Apóstol, es paciente, es dulce, y bienhechora: la caridad no tiene envidia, no obra con precipitacion, no es temeraria, no se ensoberbece, no se irrita, no piensa mal, no se huelga en la injusticia, y se complace en la verdad. Hé aquí el verdadero espíritu de la religion. El que ha de corregir, debe dar á conocer desde luego al pecador, que no por odio, ni por ostentacion, ú orgullo, se le advierte su falta, sino por puro y desinteresado amor, y con el objeto de ayudarle á salvar su alma. «Trátale, dice San Gregorio Nacianceno, no como enemigo, ó como duro y rígido médico, que solo sabe cortar ó hacer aplicacion de fuertes cauterios.» Benévolo, más que severo, ha de ser el que haya de corregir, dice San Leon; la correccion ha de ser más obra de la caridad, que del poder ó el dominio: *Plus charitas, quam potestas.* El Angel, que mandó al jóven Tobías, abrazar á su padre ántes de aplicarle la hiel á los ojos, nos dió una excelente instruccion sobre el modo con que hemos de proceder en la correccion fraterna. Besad primero á vuestro hermano, y luego aplicad á sus ojos la hiel: *Osculare eum, statimque lini super oculos ejus ex felle isto.* Consejo admirable, que el padre San Agustin explica muy bien, diciendo, que el amonestar con acento irritado, revela más el arranque del que castiga, que la caridad del que corrige: *Impetus punientis est, non charitas corrigentis.*

¡Cuán opuesta á este consejo es la conducta de los que, sin ningun género de consideraciones respecto á las faltas de su prójimos, movidos, acaso, más del interés personal, que del celo por el bien de aquellos, cuya reconciliacion con Dios deberian procurar; examinan en secreto los defectos de sus hermanos, complácense en desacreditarlos públicamente; y citándoles sin cesar en sus privadas conversaciones ánte el tribunal de su maligna mordacidad, forman contra ellos un oculto proceso, les condenan sin escucharles, les declaran criminales, y hasta llegan á desearles el castigo! No son estos los sentimientos que Dios nos aconseja y manda abrigar. El Señor no toma sus intereses con tanto calor, como esos espíritus inquietos afectan tomar la defensa de su causa. Su proceder con el pecador es una leccion práctica, suficiente para confundir esta temeraria precipitacion. Inclinado su corazon más á la clemencia que al rigor, se vale de una condescendencia misericordiosa, aún con aquellos que no tienen hácia él ningun respeto ni consideracion; toma tiempo para juzgar; y, entre tanto, proporciona al culpable ocasiones de arrepen-

tirse. Tal es, amados oyentes, la conducta del mismo Sér supremo, á quien se dirigen nuestras ofensas. Y estos espíritus inquietos, ¿querrán, que tan pronto como el delito se ha consumado, caigan los rayos de la cólera divina sobre la cabeza del delincuente? ¡Ah! ¡cuánto les falta para comprender el espíritu verdadero de la religion que creen profesar! Aún suponiendo, que el celo indiscreto, que á veces hace prorumpir á estos hombres en arranques de indignacion, fuese tan puro como el de Elías y Moisés, tanto como el celo de aquellos á quienes el Salvador apellidó hijos del trueno; ¿ignoran, por ventura, que el interés mismo de la religion y de la verdadera piedad, exige una prudencia suma en punto á este precepto de la correccion?

2. Con efecto; ¿quién duda, que es un deber esencial del cristianismo, un precepto fundado en la justicia, no ménos que en la caridad, el dar á las acciones de nuestros hermanos la interpretacion más favorable, y salvar en lo posible la intencion, cuando los actos no pueden admitir excusa? No obstante, diríase, que algunos hombres, tal vez los más corrompidos en sus costumbres, han recibido del cielo una mision particular para sondear los corazones, y atribuir á todos indistintamente las intenciones ménos favorables. Nada más comun entre ciertos cristianos, que el lisonjear su propia presuncion, atribuyéndose el mérito de contribuir, por su parte, á mantener el bello órden del mundo moral, fomentando la pureza de las costumbres; porque, animados de una estéril compasion, se complacen en deplorar contínuamente los desórdenes de los demás, enterándose de ellos minuciosamente, y revelándolos con gran sentimiento. ¡Infelices! no advierten, que ese falso celo, léjos de contribuir al esplendor de la religion, presta armas á sus enemigos para combatirla y ridiculizarla sin piedad. Todos los dias vemos, que el libertinaje se desata contra la verdadera piedad en recriminaciones violentas, en sátiras mordaces, en privadas y públicas maledicencias. Si sus amargas invectivas contra la verdadera piedad, fuesen siempre efecto del odio, que han jurado á todo lo que no se aviene con su corrompida propension al vicio, la religion quedaria suficientemente vengada, y la piedad más perfecta se viéra aborrecida y odiada de unos hombres, que no pueden sufrir la pureza de sus máximas. Sucede, empero, desventuradamente, que las represalias que el libertinaje intenta usar contra los falsos cristianos, las hace recaer sobre la religion, como si ésta pudiese jamás autorizar los excesos de los que, en su nombre, obran en oposicion á sus principios eternos. Dícese comunmente, que los devotos se arrogan el derecho de censurar los defectos de sus hermanos, sin cuidarse de los suyos propios; que la propension que tienen á descubrir y abultar las debilidades ajenas, iguala á la que manifiestan en ocultar y disminuir los defectos propios; y que, semejantes á los fariseos, hablan siempre de la mota que advierten en el ojo ajeno, y ni una sola vez reparan en la viga que tienen en el propio. De este modo, sin hacer un justo discernimiento entre las personas y los principios, se intenta rebajar el mérito y la santidad de los principios, porque algunos abusan de ellos.

No ignoramos, que este absurdo modo de raciocinar, en nada puede disminuir la grandeza de la religion, ni empañar el brillo de los preceptos evangélicos; pero es indudable, que serian ménos frecuentes estas blasfemias, que sin criterio se vomitan contra la religion, si los cristianos, animados del verdadero espíritu de la caridad evangélica, obrasen, no con este espíritu de antagonismo, que exalta las pasiones y enciende los odios, sino con aquel espíritu que sabe insinuarse en los ánimos, gana el corazon, y se atrae la confianza del delincuente.

Es preciso tambien, ántes de proceder á la correccion fraterna, meditar mucho, cual es la ocasion oportuna de emplearla con buen éxito. Todas las cosas tienen su tiempo, dice el Espíritu Santo. El gran Padre de familias, obrando con suma prudencia, dejó crecer indistintamente en su campo el trigo y la cizaña, hasta que llegó el tiempo de la recoleccion. Seria, pues, temeridad pretender con un falso celo, separar fuera de sazon la piedad y el libertinaje. No creais, amados oyentes, que por esto intente autorizar la funesta impasibilidad de algunos superiores, que enmudecen cuando deberian gritar con energía; lo que pretendo es, que, animados del espíritu de Jesucristo, investigueis todos los medios de persuasion y caridad; y, además, atendais á esperar la ocasion oportuna para hacer la correccion, á fin de que, con alguna imprudencia, no contribuyais á la pérdida de vuestros hermanos, cuando solo debemos pensar en ganarlos para Dios.

La correccion debe hacerse en secreto. Jesucristo nos dice: *Corripe inter te et ipsum solum.* Amonéstale, y avísale en secreto. Si esto no fuere suficiente, y la correccion no tuviese el efecto apetecido, se debe hacer la correccion en presencia de uno ó dos testigos. Y si á pesar de esto, persistiendo el pecador en su obstinacion, se hiciese insensible á todo género de avisos y amonestaciones, entónces, condoliéndoos de su desgracia, denunciadle ante el superior á quien compete castigarle. Cuando, empero, el pecado es público, ó cuando siendo secreto, es en perjuicio de tercero, ó en daño de la sociedad,

como sucede con la herejía, y las conjuraciones, es lícito denunciarle ante la autoridad, sin que preceda la correccion en secreto.

Si todos estamos obligados á corregir á nuestro prójimo, á fin de que se enmiende y se salve, claro está, que debemos enmendarnos y salvarnos á nosotros mismos. ¿Cómo se atreverá á corregir á otros, dice San Isidoro, el que está contaminado con los mismos vicios? El pecador, que desea cumplir como se debe el precepto de la correccion fraterna, es preciso, que ántes eche de sí su propia culpa, limpie su conciencia, y entónces podrá corregir con buen fruto al que va errado. Amados oyentes, procuremos, que lo que únicamente se ha establecido para nuestra mútua edificacion, no se convierta por nuestra culpa en motivo de ruina. Marcados están terminantemente en el Evangelio los caracteres, que deben distinguir nuestro celo en la correccion de nuestros hermanos. Amonestarles, y avisarles en secreto, y con una caridad insinuante y suave. Buscar el tiempo y lugar oportunos para hacer la correccion, de modo, que presumamos ha de ser oida con gusto y provecho por el pecador. Procurar, además, estar nosotros limpios de culpa.

Imitemos la conducta de los santos. ¿Quién con tanto ardor supo oponerse al vicio y á la inmoralidad, como San Pablo? Sin embargo, este apóstol, que se vió expuesto á tantos peligros, y que fué víctima de tantas persecuciones por la salvacion de sus prójimos, ni una sola vez en sus amonestaciones y reprensiones traspasó los límites de aquella virtud, que él llamó *el vínculo de la perfeccion*. Reconocíase obligado á todos; al sábio, como al ignorante; al griego, no ménos que al bárbaro; sin desdeñarse de hacerse todo para todos; empleando una especial solicitud con los débiles en la fe, y enseñando siempre á no dejarse vencer del mal, y á triunfar del mal con el bien. Y los primeros fieles, que tan celosos se mostraban por la verdadera religion, ¿qué consideraciones, qué caridad no observaban respecto de los mismos paganos, enemigos declarados del Dios verdadero? ¿Con qué dulzura los trataban? ¿Con qué paciencia les toleraban? ¿Con cuánto amor les compadecian? Destruian sus ídolos, despreciaban sus persecuciones; pero respetaban sus personas, les asistian en sus necesidades, y procuraban por todos los medios posibles su conversion. Hé aquí el celo verdadero, la caridad en todo su heroismo. Imitémosles para llenar los deberes, que la religion nos impone respecto de la correccion de nuestros hermanos.

El precepto de corregir al que va errado, supone en el delincuente una suma docilidad para oir la reprension. El Espíritu Santo dice, que quien oye las reprensiones, será contado entre los sábios; y que

sobrevendrá repentina muerte al que con dura cerviz desprecia al que corrige. Aprovechémonos, pues, de las correcciones, oremos por los que nos corrigen, para que unos y otros, libres un dia de todo defecto, merezcamos la felicidad eterna.

PLANES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

I.

El cristiano está obligado: 1.°, á instruir á sus prójimos en lo perteneciente á su salvacion: 2.°, á corregir sus defectos: 3.°, á darles buen ejemplo.

I. Está obligado á instruir al prójimo: 1.°, porque no ha recibido los dones de Dios para él solo, sino tambien para los demás: 2.°, porque debe procurar la mayor gloria de Dios: 3.°, por lo útil que le es cumplir este deber.

II. Por lo mismo que debe instruir al prójimo, debe tambien corregirle sus defectos; pero además de este motivo, ha de corregirle, 1.°, porque haciéndolo, ejerce un oficio propio de Angeles: 2.°, porque ayuda á Jesucristo en la grande obra de la Redencion.

III. Debe, por último, darle buen ejemplo, sin el cual serian inútiles la instruccion y la correccion. Nada contribuye tanto á la salvacion de nuestros hermanos como el buen ejemplo, que es un lenguaje mudo; pero el mas elocuente.

II.

Debiendo procurar el bien del prójimo, hemos de corregirle con caridad, con prudencia y por la gloria de Dios. La correccion será 1.° santa, si es inspirada por la caridad. Será 2.° eficaz, si es regulada por la prudencia. Será 3.° útil, si vá dirigida al bien del prójimo y á la gloria de Dios.

I. Si la correccion es inspirada por la caridad, proviene: 1.°, del odio que tenemos al pecado: 2.°, de nuestro amor al prójimo: 3.°, del deseo de la gloria, que proviene á Dios de la conversion del pecador; es, por consiguiente, santa.

II. Debe además de santa, ser inspirada por la prudencia; y lo será, si solo reprende aquello de que está cierto: si reprende al prójimo como á su hermano: si lo reprende á solas; y si evita toda precipitacion. Con esta conducta prudente, la correccion será eficaz.

III. El objeto de la correccion debe ser la salvacion del prójimo

y la mayor gloria de Dios; solo así es útil. Téngase esto presente; pues unos reprenden por vanidad; otros, por carácter; éstos, por capricho; aquéllos, por imprudencia; no pocos, por ignorancia y por hipocresía, poquísimos, por celo verdadero.

III.

Hay tres clases de personas, que se dispensan del precepto de la correccion. Unos no se atreven á corregir: otros no saben hacerlo: otros no corrigen por temor de que sea mal recibida la correccion. 1.° Confundamos á los primeros: 2.° enseñemos á los segundos, como han de corregir: y 3.° á los últimos, de que manera la correccion será bien recibida.

I. Algunos no se atreven á corregir, y son: 1.° los padres, á los cuales engaña la ternura; sin reflexionar, que esta ternura es un acto de crueldad para con sus hijos. Castigo de Helí. 2.° Los hombres constituidos en dignidad, no corrigen, á veces, por interés; sin reflexionar, que por falta de correccion se pierden muchas almas. 3.° Otros no corrigen por egoismo, pues no quieren indisponerse con nadie. ¿Qué hubiera sido de estos malos cristianos, si Jesucristo, por no indisponerse con los escribas y fariseos, no hubiese por ellos derramado su sangre?

II. Hay un celo divino, y un celo humano. El primero, es prudente en el modo de corregir: es paciente para esperar la oportunidad. El celo humano es ignorante, imprudente y precipitado. Para que nuestras correcciones sean útiles, debemos obrar impulsados por el primero.

III. Por dos motivos suele ser mal recibida la correccion: 1.° á causa del orgullo; que no reconoce otros superiores, que aquellos á quienes se ve forzado á acatar: 2.° á causa del amor propio, que pretende siempre justificar cuanto hace. Los que por estos motivos rechazan la correccion, no olviden, que algun dia serán reprendidos por el Juez divino; y que para evitar la confusion que esto les causará, deben aprovecharse ahora de la correccion privada. Hagámonos cargo del deber que tenemos con nuestros prójimos. *Unicuique mandavit Deus de proximo suo.* Eccli. xvii, 12.

DIVISIONES.

CORRECCION FRATERNA.—Conviene corregir á los amigos, con bondad.

Conviene corregir á los buenos, con humildad.
Conviene corregir á los malos, con compasion.

CORRECCION FRATERNA.—Conviene corregir,
1.° A los débiles, con condescendencia.
2.° A los dóciles, con sencillez.
3.° A los rebeldes, con autoridad.

CORRECCION FRATERNA.—Es preciso comenzar siempre con dulzura la correccion.

Cuando una correccion suave no aprovecha, es preciso darla con severidad.

Cuando las correcciones particulares son inútiles, es preciso hacer uso de correcciones públicas.

CORRECCION FRATERNA.—Los fieles que desean y procuran corregir á los demás, sin desdeñarse por esto de recibir correcciones, revelan más visiblemente su cualidad de hijos de Dios.

Los que no quieren dar ni sufrir correcciones, no merecen el nombre de cristianos.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Non oderis fratrem tuum in corde tuo; sed publice argue eum, ne habeas super illo peccatum. Levit. xix, 17.

No aborrezcas en tu corazon á tu hermano, sino corrígele abiertamente, para no caer en pecado por su causa.

Noli arguere derisorem, ne oderit te: argue sapientem, et diliget te. Prov. ix, 8.

No quieras redargüir al mofador, para que no te aborrezca: corrige al sábio, y te amará.

Qui abjicit disciplinam, despicit animam suam; qui autem quiescit increpationibus, possesor est cordis. Prov. xv, 32.

Quien desecha la instruccion, menosprecia su propia alma; pero el que se somete á las correcciones, se enseñorea de su corazon.

Melior est manifesta correptio, quam amor absconditus. Proverb. xxvii, 5.

Mejor es una correccion manifiesta, que el amor que no se muestra *con obras.*

Vir prudens et disciplinatus

El varon cuerdo y bien enseña-

non murmurabit correptus. Eccli. x, 28.

Priusquam interroges, ne vituperes quemquam; et cum interrogaveris, corripe juste. Eccli. xi, 7.

Corripe amicum, ne forte non intellexerit, et dicat: non feci: et, si fecerit, ne iterum addat facere. Eccli. xix, 13.

Si peccaverit in te frater tuus, vade, et corripe, eum inter te, et ipsum solum: si te audierit, lucratus eris fratrem tuum. Matth. xviii, 15.

Si peccaverit in te frater tuus, increpa illum; si pœnitentiam egerit, dimitte illum. Luc. xvii, 3.

Si quis non obedit verbo nostro, nolite quasi inimicum existimare, sed corripite ut fratrem. II. Thessal. iii, 14, 15.

Si præocupatus fuerit homo in aliquo delicto, vos, qui spirituales estis, hujusmodi instruite in spiritu lenitatis, considerans teipsum, ne et tu tenteris. Galat. vi, 1.

do no murmura de que sea corregido.

A nadie reprendas antes de informarte; y en habiéndote informado, reprenderás con justicia.

Corrige al amigo, que quizá no obró con *mala* intencion, y dirá: no hice yo eso; pero si lo hizo, á fin de que no lo haga mas.

Si tu hermano pecáre contra tí *ó cayére en alguna culpa*, vé, y corrígele estando á solas con él: si te escucha, habrás ganado á tu hermano.

Si tu hermano peca contra ti, repréndele *con dulzura;* y si se arrepiente, perdónale.

Si alguno no obedeciere lo que ordenamos,... no le mireis como á enemigo, sino corregidle como hermano *con amor y dulzura.*

Si alguno, como hombre *que es*, cayere desgraciadamente en algun delito, vosotros, los que sois espirituales, al tal *amonestadle* é instruidle con espíritu de mansedumbre, haciendo cada uno reflexion sobre sí mismo, y temiendo caer tambien en la tentacion.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

No hay cosa que requiera mas tacto, oportunidad y caridad, que el corregir á nuestros prójimos; porque son muy pocos los hombres, que reciben bien la correccion de otro. Este es uno de los más señalados restos que dejó en nosotros el primer pecado de orgullo, y casi el primero, que se descubrió en Adan pecador. Apenas fué reprendido por su transgresion, quiso justificarse, acusando á su mujer de haberle incitado; y no contento con esta excusa, se atre-

vió á hacer caer la responsabilidad sobre el mismo Dios, por haberle dado tan débil compañía. Lo mismo hacemos sus miserables hijos: léjos de agradecer la reprension, echamos la culpa sobre otros, y, tal vez, sobre el mismo que nos reprende.

Los superiores deberian tener muy presente, el juicio estrechísimo que les espera, y el peligro de perderse á que se exponen, por no corregir á sus subordinados cuando faltan, por los pecados sin cuento, que autorizan con su criminal silencio ó disimulo. Sírvales de escarmiento el fin desastroso de Helí. I Reg. iv.

Tanto como es perjudicial una correccion ó aviso imprudente é inoportuno, otro tanto aprovecha, si se dá en ocasion propia. Así lo vemos en Saul, que reconvenido suavemente una vez por su hijo Jonatás, acerca de la conducta injusta que seguia con el valeroso y fiel David, se mantuvo inflexible y duro; pero cedió á otra reconvencion tierna, que el mismo hijo supo dirigirle en ocasion más oportuna; y cedió, hasta el punto de jurar que le perdonaba sinceramente, y que jamás intentaria contra David la menor venganza. I Reg. xix.

Una de las cualidades que deben adornar al que ha de corregir á los demás, es una vida irreprensible, á lo ménos, en lo que debe reprender. Esto lo hizo el profeta Samuel, en el acto de reconvenir al pueblo de Israel por sus infidelidades. I Reg. xii.

Nadie ignora el efecto saludable, que produjo en el corazon de David delincuente, la reprension del profeta Natan; pero, debemos notar tambien, la habilidad y prudencia con que cumplió su delicada mision, hasta lograr, que el mismo David se diese la sentencia. II Reg. xii. Esta es la conducta que conviene imitar en casi todos los casos en que debemos corregir algun vicio.

Véase el celo con que Elías reprendió á Acab la injusticia, que cometió contra Nabot, quitándole la vida, para apoderarse de una viña contigua á su palacio, III Reg. xxi: la muerte desastrosa del mismo rey, por haber despreciado y hecho burla del consejo del profeta Miqueas, Ibid. xxiii: la integridad y libertad con que S. Juan Bautista reprendió el incesto de Herodes, Matth. xiv: la correccion suave y el perdon que Jesucristo dió á la mujer adúltera, Joann. viii.

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Sunt bonæ correptiones, et plerumque meliores, quam tacita amicitia: et si lædi se putat ami-

Las correcciones, por lo comun, son mejores que una amistad tolerante ó vergonzosa; y aunque

cus, tu tamen corripe. S. AMBROS. LIB. III DE OFFIC.

Plus proficit amica correptio, quam accusatio turbulenta: illa pudorem incutit, hæc indignationem movet, IDEM, IN LUCAM.

Quisquis peccantem fratrem non arguit, quodam modo hortatur ut peccet. IDEM, SERM. VI.

Omnis correptio amara quidem videtur ad præsens, sed fructus parit dulcissimos. S. HIERONYM. LIB. I IN JEREMIAM.

Corripiendus est frater tuus seorsim, ne si semel pudorem et verecundiam amiserit, remaneat in peccato: et si quidem audierit, lucrifacimus animam ejus; et per alterius salutem, nobis quoque acquiritur salus. IDEM, LIB. III IN MATTH.

Debemus amando corripere; non noeendi aviditate, sed studio corrigendi. S. AUGUST. SERM. XVI DE VERB. DOMINI.

Corripiendis male agentibus parce, cum metuis ne deteriores ex hoc efficiantur. IDEM, LIB. II DE CIVIT. DEI CAP. 9.

Quidquid ulcerato animo dixeris, punientis est impetus, non charitas corrigentis. Dilige, et dic quidquid voles. IDEM, IN EPIST. AD GALAT.

Corripienda sunt coram omnibus quæ peccantur coram omnibus: ipsa vero corripienda sunt secretius, quæ peccantur secretius. Distribuite tempora, et concordat Scriptura. IDEM, SERM. XVI DE VERB. DOMINI, CONCILIANS LOCUM MATTH. *inter te,* ETC. ET PROV. 10: *Qui arguit palam, pacem facit.*

Cum arguuntur vitia, et inde scandalum oritur, ipse sibi scandali causa est, qui facit quod argui debeat, non ille qui arguit. S. BERN. SUP. CANT.

el amigo se crea confundido, no dejes de corregirle.

Más aprovecha una correccion amistosa, que una acusacion severa; porque si ésta excita la indignacion, aquélla nos causa un rubor saludable.

El que no reprende al prójimo cuando peca, en cierto modo, le alienta á continuar en el pecado.

Toda reprension es amarga cuando se oye, pero, despues, produce muy buenos resultados.

El prójimo debe ser corregido á solas, para que no se obstine en el pecado, perdiendo el pudor por medio de la pública reprension: si nos escucha, ganamos su alma, y con la salvacion de ésta, aseguramos más la de la nuestra.

Debemos corregir siempre con amor, y no con el intento de humillar al culpado, sino con el deseo de enmendar la culpa.

Tolera y calla con los que debieras corregir por sus maldades, cuando temes con razon que la reprension los vuelva peores.

Todo lo que dijeres con resentimiento, es más bien efecto de un deseo de venganza, que de amor de la enmienda. Ten caridad, y dí cuanto quieras.

Los pecados cometidos en público deben ser corregidos públicamente; los que se cometen en secreto, deben ser corregidos tambien en secreto. Haced distincion entre tiempos y circunstancias, y vereis como las Escrituras están de acuerdo.

Cuando por razon de una reprension resulta un escándalo, no recae el escándalo sobre el que ha reprendido, sino sobre aquel que ha dado ocasion á ser corregido.

Véase: COSTUMBRE MALA, HÁBITO MALO.

CREACION.

Formavit Dominus Deus hominem de limo terræ, et inspiravit in faciem ejus spiraculum vitæ.

Formó el Señor Dios al hombre del lodo de la tierra, é inspiróle en el rostro un soplo ó *espíritu* de vida.

(Gen. II, 7.)

En el principio, crió Dios el Cielo y la tierra. Con estas sencillas palabras, hermanos mios, empieza el libro del Génesis; libro que Moisés escribió, inspirado por el Espíritu Santo, para instruir y formar el pueblo, cuyo gobierno le habia encargado el Señor, y en el que tan admirablemente describe la creacion del universo, el orígen del género humano, la felicidad de nuestros primeros padres, de la cual todos sus descendientes hubiéramos gozado, si Adan y Eva no hubiesen desobedecido al Criador.

Dios, al criar el mundo, tuvo un fin. ¿Qué fin era ese? Si, para averiguarlo, estudiamos los móviles de nuestras propias determina-

cus, tu tamen corripe. S. AMBROS. LIB. III DE OFFIC.

Plus proficit amica correptio, quam accusatio turbulenta: illa pudorem incutit, hæc indignationem movet, IDEM, IN LUCAM.

Quisquis peccantem fratrem non arguit, quodam modo hortatur ut peccet. IDEM, SERM. VI.

Omnis correptio amara quidem videtur ad præsens, sed fructus parit dulcissimos. S. HIERONYM. LIB. I IN JEREMIAM.

Corripiendus est frater tuus seorsim, ne si semel pudorem et verecundiam amiserit, remaneat in peccato: et si quidem audierit, lucrifacimus animam ejus; et per alterius salutem, nobis quoque acquiritur salus. IDEM, LIB. III IN MATTH.

Debemus amando corripere; non noeendi aviditate, sed studio corrigendi. S. AUGUST. SERM. XVI DE VERB. DOMINI.

Corripiendis male agentibus parce, cum metuis ne deteriores ex hoc efficiantur. IDEM, LIB. II DE CIVIT. DEI CAP. 9.

Quidquid ulcerato animo dixeris, punientis est impetus, non charitas corrigentis. Dilige, et dic quidquid voles. IDEM, IN EPIST. AD GALAT.

Corripienda sunt coram omnibus quæ peccantur coram omnibus: ipsa vero corripienda sunt secretius, quæ peccantur secretius. Distribuite tempora, et concordat Scriptura. IDEM, SERM. XVI DE VERB. DOMINI, CONCILIANS LOCUM MATTH. *inter te,* ETC. ET PROV. 10: *Qui arguit palam, pacem facit.*

Cum arguuntur vitia, et inde scandalum oritur, ipse sibi scandali causa est, qui facit quod argui debeat, non ille qui arguit. S. BERN. SUP. CANT.

el amigo se crea confundido, no dejes de corregirle.

Más aprovecha una correccion amistosa, que una acusacion severa; porque si ésta excita la indignacion, aquélla nos causa un rubor saludable.

El que no reprende al prójimo cuando peca, en cierto modo, le alienta á continuar en el pecado.

Toda reprension es amarga cuando se oye, pero, despues, produce muy buenos resultados.

El prójimo debe ser corregido á solas, para que no se obstine en el pecado, perdiendo el pudor por medio de la pública reprension: si nos escucha, ganamos su alma, y con la salvacion de ésta, aseguramos más la de la nuestra.

Debemos corregir siempre con amor, y no con el intento de humillar al culpado, sino con el deseo de enmendar la culpa.

Tolera y calla con los que debieras corregir por sus maldades, cuando temes con razon que la reprension los vuelva peores.

Todo lo que dijeres con resentimiento, es más bien efecto de un deseo de venganza, que de amor de la enmienda. Ten caridad, y dí cuanto quieras.

Los pecados cometidos en público deben ser corregidos públicamente; los que se cometen en secreto, deben ser corregidos tambien en secreto. Haced distincion entre tiempos y circunstancias, y vereis como las Escrituras están de acuerdo.

Cuando por razon de una reprension resulta un escándalo, no recae el escándalo sobre el que ha reprendido, sino sobre aquel que ha dado ocasion á ser corregido.

Véase: COSTUMBRE MALA, HÁBITO MALO.

CREACION.

Formavit Dominus Deus hominem de limo terræ, et inspiravit in faciem ejus spiraculum vitæ.

Formó el Señor Dios al hombre del lodo de la tierra, é inspiróle en el rostro un soplo ó *espíritu* de vida.

(Gen. II, 7.)

En el principio, crió Dios el Cielo y la tierra. Con estas sencillas palabras, hermanos mios, empieza el libro del Génesis; libro que Moisés escribió, inspirado por el Espíritu Santo, para instruir y formar el pueblo, cuyo gobierno le habia encargado el Señor, y en el que tan admirablemente describe la creacion del universo, el orígen del género humano, la felicidad de nuestros primeros padres, de la cual todos sus descendientes hubiéramos gozado, si Adan y Eva no hubiesen desobedecido al Criador.

Dios, al criar el mundo, tuvo un fin. ¿Qué fin era ese? Si, para averiguarlo, estudiamos los móviles de nuestras propias determina-

ciones, descubriremos fácilmente entre ellos, el del interés ó de la utilidad: queremos y obramos porque tenemos necesidades. Pero Dios no tiene necesidades; vive de sí, y en sí; nada falta á la plenitud de su sér y de su felicidad: ¿cómo es posible, por lo tanto, que obrase por interés? Nada tenia que ganar ni que perder en la creacion del universo. Así, pues, la manifestacion exterior de su omnipotencia fué un acto esencialmente desinteresado, puramente de bondad.

Con efecto, la bondad es el carácter preferente bajo el cual ha concebido siempre Dios el linaje humano, como es tambien el carácter de los hombres, que se han granjeado más el amor y la veneracion de los siglos.

Puesto que Dios creó el mundo por efecto de su bondad, es decir, con la intencion de comunicarle sus bienes, justo es, que nos esforcemos á conocer el plan que siguió en la realizacion de tan generoso pensamiento.

Ahora bien; todo plan comprende necesariamente dos elementos indispensables, los materiales que han de servir para fundar, y el órden con que han de disponerse. Ved aquí, hermanos, lo que me propongo explicaros hoy: 1.° los materiales de la creacion; y 2.° su arreglo ó disposicion general, á fin de que alabeis al Señor, é imitando en cuanto os sea dable su perfeccion, merezcais ser despues partícipes de su felicidad. Imploremos antes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Es doctrina de la Iglesia, que Dios empleó en la formacion del mundo dos elementos completamente desemejantes: la materia y el espíritu. La materia es el objeto de nuestros sentidos, los cuales la ven, la tocan, la sienten, disponen de ella á su arbitrio, conforme á las leyes invariables descubiertas por la ciencia, y comprobadas por la aplicacion. El espíritu no es ménos sensible y elocuente para nosotros: lo es más todavía; porque el espíritu se identifica completamente con nosotros mismos: cada uno de sus actos nos lo revela en sus facultades propias, en su imperio sobre la materia; y sus ideas, nos lo revela en su espontaneidad y libertad. Sin embargo, ¿quién lo creyera? En la historia de la razon humana se han manifestado dos doctrinas contradictorias; una, que niega la existencia de la materia; y otra, que niega la existencia del espíritu. El idealismo sostiene, que todo es inmaterial en la naturaleza; el materialismo afirma, que todo es cuerpo.

Y en verdad, que si el error pudiera ser compatible con la nobleza y la santidad, con razon se calificára de noble y santo el idealismo; pues si pretende privar de la existencia á la parte ménos noble de la creacion, es, porque no acierta á comprender, qué relaciones mantendria con Dios una sustancia desprovista de inteligencia y de sentimiento. Que Dios haya creado espíritus, imágenes de su propia naturaleza, dotados del honor de sondear el mundo invisible, destinados á morar en la gloria eterna, á ser vasos de eleccion para su eterna alabanza, y dotados de facultades y medios para poder algun dia ser compañeros humildes de la Santísima Trinidad, es cosa cuyos motivos se dejan comprender. Pero ¿quién concebirá jamás las relaciones de la materia con Dios, y aún con los espíritus creados? Si no ha de ser eterna, ¿por qué crearla para un tiempo determinado? Si debe sobrevivir á los siglos, ¿qué importancia tendrá en la eternidad, es decir, en el reino puro de Dios?

La materia ha sido destinada, como el espíritu, á gozar de la perfeccion y bienaventuranza divina; y por lo mismo, que parece incapaz de ello, quiso Dios, al parecer, desafiar esta dificultad, teniendo á honra, si cabe decirlo, el imprimir el sello de su poder y misericordia en una sustancia, cuyo imperio parecia disputarle la nada. Sea la materia tan inerte como se quiera; sea muda, sorda, ciega, insensible; atribuidle todos los defectos y las desventajas que querais; todo esto será muy cierto; pero, ved como S. Pablo explica su destino: «Hay cuerpos celestes, y cuerpos terrestres; pero una es la hermosura de los celestes, y otra la de los terrestres... El cuerpo es sembrado en estado de corrupcion, y resucitará incorruptible; es sembrado en estado de vileza, y resucitará glorioso; es sembrado, privado de todo movimiento, y resucitará lleno de vigor; es sembrado como un cuerpo animal, y resucitará como un cuerpo todo espiritual, I Cor. xv, 39, 40, etc.». Ya lo veis, hermanos; á S. Pablo no le embaraza el escándalo de nuestro cieno; no cree en su miseria final, lo ve transfigurado hasta hacerse espiritual; y si quereis oirle todavía profetizando su porvenir, oid como prosigue el Apóstol: «Sabemos, que todas las criaturas están suspirando por dicho dia, y como en dolores de parto hasta ahora... Porque todas las criaturas están aguardando con grande ansia la manifestacion de los hijos de Dios; porque se ven sujetas á la vanidad, ó mudanza, no de grado, sino por causa de aquel que les puso tal sujecion; con la esperanza de que serán tambien ellas mismas libertadas de esa servidumbre á la corrupcion, para participar de la libertad y gloria de los hijos de Dios. Rom. viii, 22, 19, 20 et 21.» ¡Qué lenguaje! ¡qué magnificencia! ¡qué promesas! Así la más vil materia, lo mismo que el hombre, está en el parto de su futura grandeza; espera la revelacion postrera, que

debe escoger á los hijos de Dios, y señalarles un lugar en los siglos, que no tienen ya sombra ni vicisitud; ella misma tomará parte en la libertad de los espíritus; y la bienaventuranza de éstos dependerá de la suya, en cierto grado, puesto que la felicidad de la materia, favorece la libertad y la gloria de los espíritus. ¡Qué expresiones tan significativas y honrosas! ¿Y es posible, que la sustancia á la cual se honra con tales profecías, pueda mirar con tranquila indiferencia los insultos prematuros de la ignorancia y del error?

El racionalismo ha creado otra escuela, que niega la realidad del espíritu. Aspira á convencernos, de que nada hay en el mundo sino la sustancia palpable, divisible y cuitada, que está al alcance de nuestros sentidos exteriores; y si reconoce los fenómenos de la inteligencia y de la voluntad, los atribuye al mismo organismo del cuerpo animado. Ya comprenderéis, que esta doctrina es muy distinta de la otra. La primera, aunque falsa, tendia á elevar al hombre; ésta, le humilla y rebaja. La primera, nos inducia á despreciar la parte inferior de nuestro sér; ésta, á envilecer, á inmolar su parte superior. Y, honrándose, como se honran, con el título de sábios los que defienden estos errores, ¿qué pudo inducirlos á semejante parricidio? Los séres aspiran naturalmente á engrandecerse. ¿Cómo pues, el hombre, la obra capital de la creacion, ha empleado su inteligencia, que le enaltece sobre todos los demás, en destruir la base de su grandeza, y en bajar espontáneamente de la categoría de las inteligencias inmortales? El materialismo es una doctrina contraria á la naturaleza, una doctrina abyecta, cuyo orígen solo puede explicarse por la corrupcion del corazon humano. El vicio no conoce la tranquilidad, y la quiere; pero el alma le opone el remordimiento, última corona del hombre corrompido, voz doméstica y santa, que nos llama al bien. ¡Oh! perdonad mis dudas! Mas si no fuerais puros, si el remordiniento os desazonase con su voz severa; por Dios, y por amor vuestro no lo rechaceis: miéntras sea él compañero de vuestra alma, no habreis perdido los restos de vuestra grandeza y esperanza; el remordimiento precede á la virtud, como la aurora precede al dia; y el vicio debe respetarlo, para respetarse á sí propio.

Pero cuando el vicio no tiene ya el instinto de su rehabilitacion, el remordimiento llega á ser su enemigo capital y postrero, y no perdona medio alguno por extirpar su raíz, que es nuestro mismo espíritu. El materialismo es el resultado de esta lucha de exterminio, del mal contra el bien; es la última tentativa para ahogar el remordimiento; y ved ahí, porque califico al racionalismo de doctrina abyecta y contraria á la naturaleza.

No debiera, hermanos, ocuparme más de este asunto; no debiera hacer al materialismo el honor de pedirle cuentas. Hagámoslo, no obstante. Yo reconozco en mí perfectamente la unidad de ser, y la dualidad de elementos; y esta verdad nadie puede contrarestarla, porque la evidencia no se niega; y, por otra parte, ¿qué razones se dan para combatir esta verdad, Se me dice, que se nota una progresion en la materia; pero una progresion no es más que el desarrollo de un gérmen, que no muda nunca de naturaleza al desenvolverse. Por consiguiente, la materia perfeccionada cuanto se quiera por medio de la organizacion, nunca dará sino el desarrollo de lo que es, es decir, figuras más perfectas, movimientos más complicados, un trabajo material más digno de admiracion; pero no podrá dar el sentimiento, el pensamiento y la voluntad.

Admíranse algunos, y esta es otra objecion contra el materialismo, admíranse de la influencia, que ejercen mútuamente el alma y el cuerpo. Y ¿por qué no, si están realmente unidos? Esta union puede parecer rara, inexplicable; pero ¿qué importa? es un hecho. Una vez probado el hecho por la certidumbre, que tenemos de nuestra naturaleza espiritual, y material en una sola personalidad, es muy propio, que ejerzan una accion mútua, sin lo cual no tendrian entre sí comunicacion alguna; y no teniendo entre sí comunicacion, estarian separadas en vez de estar unidas.

2. Veamos, ahora, la disposicion que Dios ha dado al espíritu y á la materia; y podremos conocer los motivos que indujeron al Criador á no contentarse, en la estructura del mundo, con un solo órden de materiales. Hemos dicho, que al sacar Dios á los séres de la naturaleza, se proponia comunicarles su perfeccion y felicidad. Ahora bien; la perfeccion divina es de tres especies: metafísica, intelectual, y moral, y, por consiguiente, debia reflejarse bajo estos tres aspectos en la produccion y disposicion del universo. Empecemos por examinar el aspecto metafísico, que naturalmente es el primero.

Dios es infinito, es uno, es trino; estos tres términos constituyen su perfeccion metafísica. Es grande, en lo más profundo de su ciencia, por la infinidad y la pluralidad; y este carácter debia ser tambien el fondo de la perfeccion del universo. Mas por esto mismo parecia, que el pensamiento creador debia tropezar, desde luego, con un obstáculo imposible de vencer; porque lo infinito es incomunicable por su naturaleza. Desde que una cosa es creada, por grande que sea, no existe por sí misma, y carece por tanto del atributo radical de lo infinito. Sin embargo, el mundo, obra de lo infinito, manifestacion de su gloria, no podia carecer de una cualidad, que representase la inmen-

sidad increada. Era, pues, necesario, que tuviese unas dimensiones, que recordasen su punto de arranque; y que todo el que le viese girar en la majestad de su órbita, reconociese la mano que le habia lanzado por un camino y un espacio dignos de ella. Dios atendió á este objeto. Entre lo finito, y lo infinito, hay lo que llamamos indefinido, que se desenvuelve entre dos términos infinitamente distantes, que se aproximan progresivamente. Dios, pues, resolvió crear el mundo, dándole un carácter de indefinido.

Nada se oponia á ello. Entre Dios, que iba á crear, y la nada de donde el sér iba á salir; entre Dios, que lo es todo, y la nada, mediaba una distancia infinita. Bastaba llenarla por una creacion progresiva, que partiendo de un centro único, tendiese á la par y por dos vias diferentes á los dos extremos de las cosas, á la nada por una diminucion graduada, á Dios por una ascencion constante. Pero este plan suponia la existencia de dos elementos enteramente desemejantes; uno, que fuera capaz de aminorarse siempre, descendiendo hácia el polo negativo de la creacion; y otro, que fuera capaz de perfeccionarse, siempre elevándose hácia el polo positivo ó divino.

San Agustin nos ha revelado, en una sola frase, esta bella ley del génesis de las cosas: oid á este grande hombre: *Duo fecisti, Domine, unum prope nihil, scilicet materiam primam; alterum prope te, scilicet angelum:* Dos cosas hiciste, Dios mio, la una próxima á la nada, que es la *materia primera; la otra próxima á tí, esto es, el espíritu puro.* En virtud de esta concepcion, que fué como el exordio del mundo, creó Dios dos órdenes ó series de séres; la una, descendente hácia la parte de la nada; la otra, ascendente hácia él mismo. La una os es conocida por vuestros propios sentidos; la otra se nos revela por la fe.

Comunicando el mundo con el cielo por medio de lo indefinido, tenia, en cuanto era posible, una relacion de grandeza con Dios; y por la multitud sin cuento de los séres pertenecientes á cada série, y á cada grado, tenia tambien el carácter divino de la pluralidad. Mas faltábale aun la unidad, tercer término de la perfeccion metafísica de Dios. Habia dos mundos, el mundo de la materia, y el del espíritu; el mundo terrestre, y el celeste: inconveniente supremo, que quitaba á la creacion toda armonía, y toda la posibilidad de ser el espejo de su autor. Pero, ¿cómo remediarlo? ¿cómo unir realmente dos órdenes tan distintos, tan radicalmente separados, como el órden material, y el espiritual?

Dios se recogió en sí mismo, segun la bella expresion de la Escritura, tomó consejo, en algun modo, y en presencia de todo lo que

estaba acabado, ante el cielo atento, y la tierra conmovida, pronunció la última palabra creadora, diciendo: *faciamus hominem*, hagamos al hombre. El hombre obedece á esta voz, que no debia ya dejar de darle la vida y la luz. Se vió á un sér, que participaba de la materia, por la cual estaba unido con el mundo inferior, y participaba del espíritu; por el cual se unia al mundo superior; cuerpo, y alma, juntamente, el cuerpo obrando con el alma, y el alma con el cuerpo, no como dos, sino como uno solo; no como hermanos, sino como un solo sér personal conocido con el mismo título, el hombre. En el hombre se resolvió el misterio de la unidad universal; colocado en la última clase de la línea ascendente de los séres, y en el primer escalon de la línea descendente, reuniendo en su personalidad todos los dones del espíritu, y todas las fuerzas de la materia, con su presencia, puso en la creacion el sello de la unidad, y con la unidad, el sello de la perfeccion.

De este modo comunicó Dios á su obra la perfeccion metafísica de que está dotado. En cuanto á la perfeccion intelectual, segundo término de su perfeccion completa, se encontraba naturalmente en el hombre, y en los espíritus superiores al hombre, puesto que todos eran, por su misma esencia, capaces de conocer. Solo la materia parecia excluida para siempre del glorioso privilegio de pensar, porque ni aún Dios puede realizar lo que encierra una formal contradiccion; y la materia, sustancia inerte y divisible, excluye, con toda la fuerza de una incompatibilidad absoluta, la idea de una actividad indivisible como el pensamiento; libre como la voluntad. Pero Dios, sin ir hasta lo imposible, va hasta el milagro. Quiso, pues, espiritualizar la materia, segun la expresion de San Pablo, dándole una parte en las funciones más elevadas del alma humana. Por este medio se elevó la materia á un grado incomprensible de dignidad. Mirad á vuestros piés este polvo sin nombre, que es el último grado de abatimiento á que llega el sér á nuestra vista; miradlo. Os le llevareis ahora mismo, con vosotros, sin dignaros mirarle; el soplo del aire lo arrojará á un campo; la sombra y la luz lo incorporarán al frágil tejido de una planta. Ya es trigo. La misma casualidad de las cosas, que le habia puesto á vuestros piés, le tornará á llevar á vuestra mesa con su nueva forma. Ni aún le reconoceis, y, sin embargo, en breve se convertirá en vuestra propia carne. Vedle, que corre por vuestras venas; penetra vuestros tejidos; sube hasta la sede suprema de vuestra actividad exterior, á ese trono tranquilo y elevado, donde, al amparo de un poderoso escudo, se elaboran en silencio los más puros elementos de la vida. Allí, encuentra la accion recíproca del alma y

del cuerpo; interviene en ella; toca á la puerta augusta de vuestra inteligencia; os ayuda á pensar, á querer; es vuestro propio sér; y, sin embargo, es el grano de polvo, que está ahora bajo de vuestros piés. Examinemos ahora como Dios comunicó al mundo su perfeccion moral.

La perfeccion moral de Dios se resume en dos palabras: justicia y bondad. Para que se comunicasen al mundo, no bastaba, que el hombre y los espíritus superiores fueran dotados de la doble facultad de conocer y de querer, de conocer el bien y de realizarlo; necesitaban, además, de otro don, el de elegir entre el bien y el mal. Porque, sin esta libre eleccion, ¿qué hubiera sido en ellos la justicia y la bondad? Una perfeccion necesaria, desprovista de todo mérito personal, y que hubiera hecho de su vida una série de actos irresistiblemente mandados y ejecutados. Pero en Dios, cuya perfeccion total se trataba de reproducir, no existe esa fatalidad. Dios es un sér libre, y libres son los hombres y los espíritus puros.

No necesito añadir, que la misma materia, elevada á formar parte de nosotros, goza, por su cooperacion con el alma, de los honores del libre albedrío, y de este modo participa de los derechos y peligros del órden moral. Lo habreis deducido por vosotros mismos, por poco que hayais comprendido el medio de que se vale la sabiduría divina, para comunicar al mundo su triple y adorable perfeccion.

La consecuencia de la perfeccion, es la bienaventuranza. Dios es infinitamente feliz, porque es infinitamente perfecto. Habiendo, pues, destinado al mundo á gozar de su perfeccion, debió destinarle tambien á gozar de su felicidad; y como la felicidad lo termina todo en Dios, es tambien necesariamente el término final de la creacion para todo sér, que no habrá desmerecido de su destino. Este es el punto principal de la verdad, y creo que la habreis conocido por vosotros mismos. No me preguntareis sin duda, por que no dá Dios la bienaventuranza sin condiciones de mérito. Si Dios ha querido comunicar al mundo todos sus bienes, ha debido comunicárselos segun el órden con que él mismo los posee. Los bienes divinos se reducen á la perfeccion y á la bienaventuranza: á la perfeccion, causa de la felicidad; y á la felicidad, efecto de la perfeccion. Si Dios hubiera mudado el órden, poniéndonos por solo el acto de nuestro nacimiento, en la posesion de sí mismo, de donde nace su felicidad, nos hubiera privado del primero de sus bienes, que es la perfeccion. Dios nos debia, pues, y se debia á sí mismo, el retardar nuestra felicidad en provecho de nuestra perfeccion.

Os he dicho, oyentes, todo el plan de la creacion. Os he dicho los

materiales que en ella se emplearon, las razones de esta disposicion; y conociendo ya vuestro principio, habeis aprendido á conocer vuestro fin. Vuestro fin, y vuestro principio no son diferentes: Dios es vuestro padre, y él es vuestro fin. Es el *alpha* y la *omega* de vuestro destino; no podeis mirar más abajo sin perderos; subir ménos alto sin sucumbir. En vano, si sois ingratos, apelareis á la bondad contra la justicia. Acabo de destruir esta esperanza, mostrándoos en la misma bondad la raiz de vuestros deberes. Sin duda fué la bondad quien pronunció esta sentencia: *Venid, benditos de mi Padre, al reino que os está preparado desde el orígen del mundo.* MATTH. XXV, 34. Pero la bondad fué tambien la que dijo estas otras palabras: *Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto.* MATTH. V, 48. Porque la bondad tiende naturalmente á comunicar sus bienes, y no teniendo Dios más que dos bienes, su perfeccion y su beatitud, el efecto de la bondad divina consiste en comunicaros ambos bienes, por el órden con que los posee. Si rehusais la perfeccion porque os es costosa, rehusais al mismo tiempo la felicidad, que es su consecuencia. Procurad, pues, ser perfectos, para que llegueis á ser eternamente dichosos, como os lo deseo.

CRIADOS.

(SUS OBLIGACIONES PARA CON SUS AMOS.)

Servi obedite dominis carnalibus.
Siervos, obedeced á vuestros señores temporales.
(*Ephes.* VI, 5.)

Apénas apareció sobre la tierra la Religion cristiana, la acusaron sus enemigos, los judíos y gentiles, de que trataba de establecer el desórden y la confusion en todas las cosas, separando los hijos de

del cuerpo; interviene en ella; toca á la puerta augusta de vuestra inteligencia; os ayuda á pensar, á querer; es vuestro propio sér; y, sin embargo, es el grano de polvo, que está ahora bajo de vuestros piés. Examinemos ahora como Dios comunicó al mundo su perfeccion moral.

La perfeccion moral de Dios se resume en dos palabras: justicia y bondad. Para que se comunicasen al mundo, no bastaba, que el hombre y los espíritus superiores fueran dotados de la doble facultad de conocer y de querer, de conocer el bien y de realizarlo; necesitaban, además, de otro don, el de elegir entre el bien y el mal. Porque, sin esta libre eleccion, ¿qué hubiera sido en ellos la justicia y la bondad? Una perfeccion necesaria, desprovista de todo mérito personal, y que hubiera hecho de su vida una série de actos irresistiblemente mandados y ejecutados. Pero en Dios, cuya perfeccion total se trataba de reproducir, no existe esa fatalidad. Dios es un sér libre, y libres son los hombres y los espíritus puros.

No necesito añadir, que la misma materia, elevada á formar parte de nosotros, goza, por su cooperacion con el alma, de los honores del libre albedrío, y de este modo participa de los derechos y peligros del órden moral. Lo habreis deducido por vosotros mismos, por poco que hayais comprendido el medio de que se vale la sabiduría divina, para comunicar al mundo su triple y adorable perfeccion.

La consecuencia de la perfeccion, es la bienaventuranza. Dios es infinitamente feliz, porque es infinitamente perfecto. Habiendo, pues, destinado al mundo á gozar de su perfeccion, debió destinarle tambien á gozar de su felicidad; y como la felicidad lo termina todo en Dios, es tambien necesariamente el término final de la creacion para todo sér, que no habrá desmerecido de su destino. Este es el punto principal de la verdad, y creo que la habreis conocido por vosotros mismos. No me preguntareis sin duda, por que no dá Dios la bienaventuranza sin condiciones de mérito. Si Dios ha querido comunicar al mundo todos sus bienes, ha debido comunicárselos segun el órden con que él mismo los posee. Los bienes divinos se reducen á la perfeccion y á la bienaventuranza: á la perfeccion, causa de la felicidad; y á la felicidad, efecto de la perfeccion. Si Dios hubiera mudado el órden, poniéndonos por solo el acto de nuestro nacimiento, en la posesion de sí mismo, de donde nace su felicidad, nos hubiera privado del primero de sus bienes, que es la perfeccion. Dios nos debia, pues, y se debia á sí mismo, el retardar nuestra felicidad en provecho de nuestra perfeccion.

Os he dicho, oyentes, todo el plan de la creacion. Os he dicho los

materiales que en ella se emplearon, las razones de esta disposicion; y conociendo ya vuestro principio, habeis aprendido á conocer vuestro fin. Vuestro fin, y vuestro principio no son diferentes: Dios es vuestro padre, y él es vuestro fin. Es el *alpha* y la *omega* de vuestro destino; no podeis mirar más abajo sin perderos; subir ménos alto sin sucumbir. En vano, si sois ingratos, apelareis á la bondad contra la justicia. Acabo de destruir esta esperanza, mostrándoos en la misma bondad la raiz de vuestros deberes. Sin duda fué la bondad quien pronunció esta sentencia: *Venid, benditos de mi Padre, al reino que os está preparado desde el orígen del mundo.* MATTH. XXV, 34. Pero la bondad fué tambien la que dijo estas otras palabras: *Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto.* MATTH. V, 48. Porque la bondad tiende naturalmente á comunicar sus bienes, y no teniendo Dios más que dos bienes, su perfeccion y su beatitud, el efecto de la bondad divina consiste en comunicaros ambos bienes, por el órden con que los posee. Si rehusais la perfeccion porque os es costosa, rehusais al mismo tiempo la felicidad, que es su consecuencia. Procurad, pues, ser perfectos, para que llegueis á ser eternamente dichosos, como os lo deseo.

CRIADOS.

(SUS OBLIGACIONES PARA CON SUS AMOS.)

Servi obedite dominis carnalibus.
Siervos, obedeced á vuestros señores temporales.
(*Ephes.* VI, 5.)

Apénas apareció sobre la tierra la Religion cristiana, la acusaron sus enemigos, los judíos y gentiles, de que trataba de establecer el desórden y la confusion en todas las cosas, separando los hijos de

sus padres, el marido de la mujer, la nuera de la suegra, el criado de su amo, y los vasallos de su rey. Los santos Padres confutaron esta calumnia, demostrando hasta la evidencia, que ninguna religion sentó principios más sólidos, más conformes á la razon, ni más propios para establecer y perpetuar el buen órden en todos los estados y en todas sus obligaciones: ellos hicieron ver á todo el mundo, que los cristianos, solamente dejando de serlo, ó no cumpliendo con su santa Religion, que es lo mismo, podrian dejar de ser buenos vasallos, buenos hijos, buenos casados, buenos amos, buenos padres, buenos magistrados y buenos reyes; porque sus leyes son tan razonables, tan puras, y tan arregladas á lo justo, que prohiben todo mal, y mandan todo bien; esto es, prohiben todo desórden, todo vicio, y mandan la virtud.

Pero, cuando ellos hubieran callado, hablaria ella misma, formando con sus propias leyes, su mejor apología. Hablaria ella misma, y por el apóstol S. Pablo nos enseñaria, como los maridos deben amar á sus mujeres con un amor puro y casto, como Jesucristo amó á su Iglesia, mandándolas con dulzura y guardándolas la prometida fidelidad; nos diria, como las mujeres deben obedecer á sus maridos, cuidar de la casa y familia, y partir con ellos los trabajos y los alivios; como los padres deben amar, instruir, dar buen ejemplo y velar sobre la conducta de sus hijos, para que sean buenos; y como los hijos deben obedecer, amar, socorrer y reverenciar á sus padres; finalmente, nos diria por el mismo apóstol, como los amos deben tratatar con dulzura y agrado á sus criados, pagarles con puntualidad, y proporcionarles medios para que sirvan á Dios, y para que reine entre todos la paz, la union, el órden y la más preciosa armonía. ¿Qué apología, amados mios, más perfecta de nuestra Religion podríamos daros, que los preceptos de las costumbres, que reglan todos los estados sobredichos, como lo habeis oido aquí repetidas veces? ¿Qué confusion, qué desórden puede acontecer en ellos, si se observan reglas tan saludables? Ninguna ciertamente, miéntras seamos fieles á sus divinos preceptos. No lo dudemos, señores: esta santa Religion extiende tambien sus cuidados hasta la instruccion de los criados en sus respectivas obligaciones para con los amos; y el mismo apóstol S. Pablo, despues de haber sido arrebatado hasta el tercer cielo, no se desdeña de humillarse hasta la tierra, para enseñar á los fieles lo que él aprendió por la revelacion de Jesucristo. El santo, pues, con las palabras más simples y sencillas, dice á los criados: vosotros obedeced á vuestros amos con temor y con respeto, como á Jesucristo, con simplicidad de corazon. Y poco despues,

añade: «no los sirvais solamente porque os están mirando trabajar, como si pensaseis solo en agradar á los hombres: cumplid con buen corazon la voluntad de Dios, como siervos de Jesucristo; servidles con amor, mirando en ellos al Señor y no á los hombres.» Ved ahí, oh criados, las palabras de nuestra santa Religion, intimadas por san Pablo, para que seais fieles y vigilantes en el cuidado de las cosas de vuestros amos, prontos y obedientes á sus disposiciones, humildes y pacíficos en los trabajos que os imponen. Estas son vuestras tres obligaciones: entendedlas bien, yo os lo suplico. Primera, una vigilancia fiel en la guarda y custodia de los bienes de vuestros amos; segunda, una pronta y universal obediencia á sus mandatos; tercera, una humilde paciencia y resignacion en los trabajos de vuestro estado, que os encargan vuestros amos. Procuremos explicarlas á mayor gloria de Dios y salvacion de vuestras almas. A. M.

1. Si la fe de los criados estuviera adornada de aquellos vivos conocimientos que nos inspira la Religion santa, que profesamos, ellos sabrian, que hay un Dios altísimo, criador, omnipotente, rey poderoso y digno de ser temido; un Dios, que sentado sobre el excelso trono de su gloria, todo lo ve, todo lo determina, todo lo gobierna; y nada acontece en tiempo, que no haya previsto y ordenado ántes de todos los siglos, abrazando con su sabiduría todas las criaturas, sin que ninguna se le pueda esconder de su penetrante vista. Ellos sabrian, que este gran Dios ve los diferentes estados en que viven colocados los hombres, dando á cada uno aquel que su Majestad le tenia asignado desde la eternidad, verificando sus adorables designios sobre sus criaturas con admirable economía, sin privar á los hombres de su libertad. Ellos, en fin, sabrian conocer, que su humilde estado de criados es aquel que Dios les destinó. Ellos no mirarian su ocupacion con el disgusto y tedio con que ahora la miran, si en lugar de considerarla como una precisa consecuencia de su pobre nacimiento, la mirasen como una disposicion de la adorable providencia de Dios para salvarlos. Instruidos por estos sólidos principios de su santa Religion, darian gracias al Omnipotente, por haberlos querido hacer semejantes á su hijo Jesucristo, que cuando apareció en el mundo, vino á servir, y no á ser servido, como lo dijo él mismo: *Non veni ministrari, sed ministrare*, Matth. xx, 28; y se resolverian eficazmente á cumplir sus obligaciones, mirándolas, no como una desgracia de su pobreza, sino por principios de Religion, en cuya observancia se cifra su eterna felicidad.

Por tanto, acordándose los criados de que ha de llegar un dia en

que Dios les diga: *Redde rationem villicationis tuæ*, Luc. xvi, 2, dáme cuenta de los géneros, del ganado, de la hacienda y las demás cosas que tu amo ha puesto á tu cuidado, cuando entraste á servirle; su primer cuidado será poner una gran vigilancia y una fidelidad exacta en conservarlos y mejorarlos, de manera, que su descuido y negligencia no les cause detrimento. Y si esta pereza y descuido debe mirarlos como vicios capitales en su estado, bastantes para la condenacion de aquel mal criado, que nos refiere el Evangelio por estas terribles palabras: *Inutilem servum ejicite in tenebras*, Matth. xxv, 30; ¿cuánta y cuán grande será la condenacion de aquellos criados, que añaden al pecado de su negligencia, el del resentimiento y la venganza, maltratando, por algun disgusto que tuvieron con sus amos, las caballerías, estropeando los ganados, dejando perder ó deteriorar las cosas que están á su cargo? ¡Oh, cuánto hay de esto en el mundo, y qué poco caso se hace de ello!

Pecan, pues, mortalmente, y están obligados á la restitucion, aquellos criados, que causan grave daño en la hacienda de sus amos, ó permiten que otros lo hagan. Pecan mortalmente tambien los criados, y están obligados á la restitucion, si sabiendo que otros tratan de dañar en alguna cosa grave la hacienda de sus amos, no lo impiden, pudiendo, ya sea resistiéndolo por sí mismos, ya avisando al juez ó á otras personas, segun tengan proporcion; y pecan tambien aquellos, que callan y ocultan los daños causados por los otros criados ú otras personas, cuando los llegan á saber, si no lo manifiestan á sus amos como es de su obligacion. Pecan asimismo los criados y criadas, que figurándoseles corto el salario que ganan, y en que se han ajustado con sus amos, roban ocultamente algunas cosas, para compensarse hasta aquella cantidad, que otros de su clase ganan, ó que ellos se persuaden debian ganar. Esto es ilícito, esto es hurto, pues, habiéndose convenido en el contrato, todo exceso es pecaminoso. ¿Quién ha sido jamás buen juez en propia causa? La fidelidad vigilante de un buen criado condena todos estos desórdenes; condena el revelar en otras casas ó á otras personas, los secretos de las casas de sus amos; condena el dar ó vender á sus parientes ó amigos, cualesquiera bienes de la casa de sus amos sin su licencia, pues no son suyos, ni pueden disponer de ellos á su arbitrio; condena el dejar á sus amos, cuando más falta les hacen y ántes del tiempo estipulado, especialmente cuando los amos no han faltado al contrato, que por su parte hicieron con ellos; condena, en fin, por no hacernos interminables con la enumeracion de otros muchos defectos en particular, todo descuido, toda pereza, negligencia, falta de aplicacion al trabajo en

la guarda, manutencion, y aumento de los bienes de sus amos, puestos á su cuidado. Cada uno entre en su corazon, y sin adularse á sí mismo, examine menudamente cómo ha cumplido con la fidelidad, que es su primera obligacion; y despues, pase á reflexionar sobre la segunda, que es la obediencia que debe á sus amos.

2. Volvamos á repetir las palabras de san Pablo, que dijimos en el principio, y encontraremos la obligacion que tienen los criados de obedecer á sus amos. *Vosotros*, les dice el santo, *obedeced á vuestros amos temporales con simplicidad de corazon, como que servís á Jesucristo en ellos.* ¡Palabras admirables y dignas de todo nuestro aprecio! La servidumbre siempre ha sido mirada de todos los hombres, como el más grande de todos los males, y los que sirven, como los más infelices de todos los hombres; pero desde que Jesucristo quiso ser llamado siervo, hacer las funciones de tal sobre la tierra, y obedecer en ella hasta la muerte, y muerte de cruz, debe mirarse la sujecion y obediencia como una virtud religiosa, y como una fuente inagotable de gracias y merecimientos. Y á la verdad, ¿qué cosa de mayor consuelo para los criados, que proponerles al Señor de los cielos y la tierra sirviendo como ellos, obedeciendo como ellos? Obedecedlos, pues, dice san Pablo, con simplicidad de corazon como á Jesucristo. Padre, suelen decir algunos, que los amos son tan fieros, tan soberbios, mandan con tanto imperio y altanería, como si fuéramos esclavos.—No importa; la santa Religion que profesais, os manda tambien obedecerlos: *etiam discolis*. I. Pet. ii, 18. El apóstol san Pedro os dice, que *no solo obedezcais á los morigerados y modestos, sino tambien á los díscolos, cuando no manden cosas contrarias á la voluntad de Dios.*

¿Qué mérito tendria vuestra obediencia, si los amos mandasen siempre con dulzura, con agrado, con oportunidad, con prudencia; si estuviesen, primero, examinando vuestro carácter, vuestro genio, vuestra inclinacion, para no mandaros cosa que os fuese dura, repugnante, ó desagradable? ¡Ay, amados mios! En semejantes casos, más se haria vuestra voluntad, que la de vuestros amos; seria más obedeceros á vosotros mismos, que á ellos. Lo grande, lo heróico de la obediencia, consiste en obedecer pronto, alegre y universalmente, aún cuando mandan con desabrimiento, con imprudencia, con importunidad cosas repugnantes á los sentidos, contrarias á vuestro gusto, y de trabajosa ejecucion. Entónces sí, que es grande vuestro mérito para con Dios; entónces imitais en espíritu y verdad á Jesucristo, que obedeció hasta la muerte, y muerte de cruz. Pero no olvideis la advertencia que antes hice, cuando dije, que debiais obedecer á

vuestros amos, aun cuando sean díscolos, con tal, que no manden cosas contrarias á la voluntad de Dios. Porque no podeis dudar, que si pecan los criados en no obedecer las cosas justas, tambien pecarian en obedecer las cosas injustas y viciosas que les mandasen sus amos. En este caso, se les deberia decir, con san Pedro: *obedire oportet Deo magis quam hominibus;* esto es, que antes se ha de obedecer á Dios que á los hombres. Por lo que, si, lo que Dios no permita, se hallase algun mal hombre, que mandase á sus criados trabajar sin verdadera necesidad los domingos y fiestas de guardar; si les prohibiese oir misa, asistir á la parroquia, confesarse y comulgar, ó los emplease en ocupaciones poco honestas ó sospechosas; si les mandase vengarlos de sus enemigos, ó los obligasen á mentir, á jurar en falso; en una palabra, siempre que los precisase á decir ó hacer alguna cosa, que ellos conocen ser contraria á la santa ley de Dios; en todos estos casos y otros muchos que pueden ocurrir, deben los criados cristianos, con una laudable libertad, decir á sus amos, que no pueden, ni deben obedecerlos.

Pero no mandando cosa contraria á la ley de Dios, entended, hermanos mios, que debeis obedecerlos como Jesucristo obedeció á los hombres, con humildad, con paciencia, con exactitud y con presteza. No es una idea de perfeccion la que os propongo, es una obligacion grave de vuestro estado: debeis obedecer, dice San Pablo, no por temor del castigo, sino por satisfacer á vuestra conciencia: *Subditi estote, non solum propter iram, sed etiam propter conscientiam.* Ad Rom. xiii, 5. Faltais, pues, á vuestra obligacion, y pecais siempre que no haceis, pudiendo, lo que os mandan los amos; ó cuando lo haceis murmurando, rabiando, arrojando las cosas que hallais á mano; maldiciendo á los amos, prorumpiendo en palabras indecentes, atrevidas, soberbias y llenas de indignacion. Faltan tambien á su obligacion, todos aquellos que, aun cuando no responden ni contradicen á los amos con las palabras, omiten maliciosamente las obras mandadas, dando en esto ocasion á los amos, para airarse con desabrimiento, y prorumpir en maldiciones y juramentos. Pecan asimismo muchos criados antiguos en las casas, que todo lo quieren disponer y mandar á su modo, respondiendo, altercando y contradiciendo á sus amos, haciéndoles pasar una vida triste. Igualmente todos aquellos, que se hacen insolentes por ver que sus amos los necesitan, y exigen más de lo justo por su trabajo. Y finalmente, todos aquellos criados ingratos, que habiendo sido amparados y socorridos en su enfermedad, en su pobreza, en los apuros de un rígido invierno, y cuando perecian de necesidad, no quieren servir á estos mismos

amos, que tan benéficamente se han portado con ellos, cuando los necesitan para la recoleccion de sus frutos, ó para otros menesteres; y van á servir á otros amos por una pequeña ganancia mayor que en el verano, ó por alguna, que en otras temporadas se les proporciona. Ingratitud reprensible, que seca las fuentes de la beneficencia, y los hace indignos de experimentar nuevos beneficios! No lo hagais así vosotros, no así: servid á vuestros amos por principios de religion, y evitareis todos estos desórdenes: obedeced á vuestros amos, como lo manda San Pablo, y hallareis en vuestro estado una mina inagotable de gracias y merecimientos, si llevais con paciencia sus trabajos. Esta es vuestra tercera y última obligacion.

La paciencia, dice el apóstol san Pablo, *os es necesaria, para que podais obtener los bienes prometidos.* Ad Hebr. x, 36. Estos bienes ó esta felicidad, que todos apetecemos, ni se toca con los sentidos, ni se posee acá en la tierra; solamente la fe nos la descubre entre los innumerables males, trabajos y angustias, que por todas partes nos rodean, cuando son tolerados con paciencia y conformidad con la voluntad de Dios; y con espíritu de verdadera penitencia, que sabe con una admirable filosofía endulzar lo amargo, hacer gustoso lo desabrido, y meritorio lo penoso, para despues disfrutar en la vida eterna una felicidad completa y verdadera. Por falta de estos utilísimos y santos conocimientos, vemos innumerables personas del siglo, lamentarse inconsolablemente por las incomodidades que los rodean. Quisieran experimentar en el mundo unos placeres del todo puros, y los buscan con ansia; pero como no levantan su corazon á los bienes, que nos son prometidos en el cielo, ni esperan éstos, ni llevan con paciencia aquéllos, y viven trabajosamente entre gemidos y lágrimas. Pero sus deseos injustos no mudarán ¡oh Dios mio! el órden de vuestra adorable providencia, que ha repartido tedios y amarguras entre los placeres del mundo, para separarnos de ellos y que busquemos los eternos. Por eso, los justos, aquellas almas que tienen una fe viva y animada de la esperanza y caridad, miran y reciben estos males como una gracia y misericordia del Señor. No se inquietan, ni se turban, ni murmuran porque los padecen, ántes los reciben con humildad, y los sufren con paciencia, esperando, como decia el Apóstol, la eterna retribucion: *Ut reportetis promissionem.*

Esta doctrina pura y santa, aunque utilísima para todos los estados, lo es muy particularmente para el de los criados. Estos, cuando son buenos, viven intruidos en estos sólidos principios, y encuentran en su observancia, no solo su bien, sino el de sus amos. Cuando Jacob entró á servir á Laban, era un pobre, que iba huyendo de su propio

hermano Esaú; pero, en los veinte y un años de servicio en casa de su amo, llegó á ser rico, llegó á ser su yerno, y vió la casa de su suegro llena de felicidades: *modicum habuisti antequam venirem ad te, et nunc dives effectus es.* Gen. xxx, 30. Luego que Josef entró á servir al Egipcio, Dios nuestro Señor, bendijo la casa de su amo por la honestidad y fidelidad de su buen criado: *benedixit Dominus domui Ægiptii propter Joseph, et multiplicavit tam in ædibus quam in agris cunctam ejus substantiam.* Gen. xxxix, 5. No lo dudemos, señores; un buen criado es un hombre de bien, es un hombre feliz, que, conformándose con las disposiciones de la divina Providencia, halla en los trabajos de su estado, sufridos con paciencia, un tesoro inagotable de gracias y misericordias temporales y eternas.

Pero, amados mios, *quis est hic, et laudabimus eum?* Eccles. xxxi, 9. ¿Dónde hallaremos criados adornados de cualidades tan apreciables? ¿criados que guarden, conserven y aumenten los bienes de sus amos, con la atencion y vigilancia más exactas; que los defiendan de todo menoscabo, que no usurpen la cosa más mínima, y trabajen con la fidelidad más escrupulosa? ¿criados que obedezcan pronta, alegre y universalmente á sus amos, en cuanto no sea contrario á la ley santísima de Dios? ¿criados, en fin, que llevando en paciencia los trabajos de su estado, sean humildes, castos, bien hablados, corteses, laboriosos, y que esperan la eterna retribucion del cielo, que Dios les tiene prometida en premio de sus virtudes? ¿Dónde, decidmelo de buena fe, dónde los hallaremos? Si escuchamos á los amos, dudo podamos encontrarlos en nuestros dias, porque, ciertamente, apénas entramos en alguna casa, ó pasamos por algun pueblo, en que no oigamos los lamentos más tristes y las quejas más amargas contra los criados. No se encuentran ya, dicen, sino criados traviesos, atrevidos, que pronuncian las palabras más insolentes, que se revuelven contra sus amos, que no trabajan todo lo que debieran, ni cuidan sus haciendas como es justo; que quieren un salario exhorbitante, y abandonan á sus amos cuando más los han menester, por cualquiera leve desazoncilla. No hay cosa, vuelvo á decir, que con más frecuencia se oiga. No obstante, yo debo decir en obsequio de la verdad, que de todo se encuentra en el mundo. Hay amos buenos, y criados excelentes; hay amos malos, y criados pésimos; pero mis santas y saludables doctrinas se dirigen á que unos, y otros, sean como deben ser: buenos, justos, irreprensibles, santos. Practicadlas, y vereis reformadas las costumbres de todos; que es lo que os deseo, en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu santo. Amen.

DIVISIONES.

CRIADOS. —Deben mirar su condicion de sirviente como un estado dispuesto por Dios.

Deben mirarla como un estado, que santificó Jesucristo.

CRIADOS. —Deben á sus amos una obediencia sencilla, respetuosa, y acompañada del temor de Dios.

Deben á sus amos una fidelidad entera y perfecta.

CRIADO PREDESTINADO. —Es aquel que vela por los bienes de su amo con más fidelidad, que si él fuese el heredero.

Es aquel, que guarda inviolablemente el secreto de las familias, aún que sus amos le traten de un modo injusto.

Es aquel, que guarda la caridad con los demás criados, y no se hace cómplice de sus actos de infidelidad.

CRIADO REPROBADO. —Es aquel que considera la autoridad de todos los que le mandan como una autoridad tiránica.

Es aquel, que malquista á sus amos con su familia, con los demás criados, y con sus vecinos.

Es aquel, que atribuye sus actos de infidelidad y sus crímenes á los hijos, y á los que sirven en su compañía.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Servus vocatus es? non sit tibi curæ. I Corint. vii, 21.

Fuiste llamado siendo siervo? no te impacientes, viéndote en tal condicion.

Servi obedite dominis carnalibus cum timore, et tremore, in simplicitate cordis vestri, sicut Christo: non ad oculum servientes, quasi hominibus placentes, sed ut servi Christi, facientes voluntatem Dei ex animo, cum bona

Siervos, obedeced á vuestros señores temporales con temor y respeto, con sencillo corazon, como á Cristo: no sirviéndoles solamente cuando tienen puesto el ojo sobre vosotros, como si no pensaseis más que en complacer á

voluntate servientes, sicut Domino, et non hominibus. Efes. vi, 5.

los hombres, sino como siervos de Cristo, que hacen de corazon la voluntad de Dios; y servidlos con amor, haciéndoos cargo de que servis al Señor, y no á hombres.

Servi obedite per omnia dominis carnalibus, non ad oculum servientes, quasi hominibus placentes, sed in simplicitate cordis, timentes Deum. Coloss. iii, 24.

Siervos, obedeced en todo á vuestros amos temporales, no sirviéndolos solo miéntras tienen la vista sobre vosotros, como si no deseaseis más que complacer á los hombres, sino con sencillez de corazon y temor de Dios.

Servi subditi estote in omni timore dominis, non tantum bonis et modestis, sed etiam discolis. I Petr. ii, 18.

Vosotros, siervos, estad sumisos con todo temor á vuestros amos, no tan solo á los buenos y apacibles, sino tambien á los de recia condicion.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

En el cap. XXIV del Génesis se nos presenta Eliaser como ejemplo de servidores fieles, partiendo á la Mesopotamia para traer de allí una esposa digna de un jóven tan virtuoso como Isaac.

¡Qué ejemplos ilustres de fidelidad en la servidumbre, no nos dejó el admirable patriarca José! Vendido por sus hermanos á los ismaelitas, llevado á Egipto, y vendido otra vez por los mismos á Putifar, supo conservarse tan fiel, que su amo le encargó la administracion y el cuidado de toda su casa: solicitado torpemente por su señora, no desmintió en lo más mínimo su fidelidad: encarcelado injustamente, mereció por parte del carcelero la confianza más ilimitada. Génesis, XXXVII y sig.

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Cum servieris homini, Deum cogita, Dei præcepta conserva, Dei voluntati semper obtempera, à Deo mercedem bonæ voluntatis expecta, custodi fidem, fuge fraudem, cognosce Deo te redditurum

Miéntras sirvas al hombre, ten á Dios presente, obedece sus preceptos, confórmate siempre á su voluntad, espera de él la mejor paga de tu buena conducta, sé leal, apártate de todo engaño, ten

rationem de omni opere tuo. Aug. serm. 3, dedicat. Eccles.

presente que has de dar á Dios cuenta de todas sus obras.

Servorum virtus confert ad domum constituendam, et administrandam. Chrysost. hom. 22, in Epist. ad Ephes.

La virtud de los criados, contribuye poderosamente al afianzamiento y buen órden de las familias.

Admonendi sunt servi, ut in se humilitatem conditionis semper aspiciant: Dominos ne despiciant. S. Greg. Pastor. p. 3.

A los siervos se les ha de amonestar, que deben tolerar su estado con humildad, y que sirvan á sus amos sin despreciarlos.

Multi sunt sub obedientiam magis ex necessitate quam ex charitate, et illi pœnam habent, et leviter murmurant, nec libertatem mentis acquirunt, nisi ex toto corde, propter Deum, se subjiciant. Lib. I. de Imitat. Christi, cap. 9.

Muchos hay que sirven más por necesidad que por caridad, y por esto experimentan sus pesadumbres y se quejan sin razon; y solo gozan de libertad interior, cuando de todo corazon se someten á sus amos por amor de Dios.

CRISTIANO.

(CUÁN GRAN BENEFICIO ES EL SER CRISTIANO.)

I.

Abluti estis, sanctificati estis, justificati estis in nomine Domini nostri Jesu Christi.

Fuisteis lavados, fuisteis santificados, fuisteis justificados en el nombre de nuestro Señor Jesucristo.

(*I Cor.* VI.)

Nada desagrada tanto á Dios, como la ingratitud de los hombres á sus beneficios. Este es un nuevo género de pecado, que añade á todos los demás un carácter de odiosidad y de malicia especial, y que intercepta, si puedo expresarme así, los conductos de la divina misericordia, siempre dispuesta á derramar sus dones, y á hacer ostentacion de sus eternas bondades. Hay, empero, ocasiones, en que la ingratitud sube de punto, siendo tanto más criminal y odiosa, cuanto es más apreciable el beneficio. Entre todos los bienes que Dios dispensa al hombre, ninguno puede compararse á la gracia de ser cristianos, sin mérito alguno por nuestra parte. Mas, por efecto de una ingratitud incalificable, acontece, que la mayor parte de los fieles se olvidan de este beneficio, y se desentienden de las obligaciones que les impone. Preciso es, hermanos mios, que investiguemos la causa de un desórden tan comun entre los cristianos, á fin de que, conocida, nos sea fácil aplicar el remedio. Yo no encuentro otra, que la falta de aplicacion por parte del hombre, á estudiar y comprender el gran beneficio que nos proporciona el ser cristianos; pues, si se conociese la grandeza y valor de este beneficio, no podria ménos de apreciarse cual corresponde. Fundado en este principio, voy á de-

mostraros la grandeza de ese beneficio, para que os mostreis siempre agradecidos á Dios. Dignaos, soberano Señor, concederme vuestros auxilios, para hablar dignamente del gran beneficio que nos dispensais con el santo bautismo. Moveos á dispensármelos, en atencion á los méritos de vuestra Madre, á cuya intercesion acudimos. A. M.

1. San Pablo, escribiendo á los fieles de Corinto, les decia: Considerad lo que habeis sido antes de recibir el cristianismo, pues así no podremos ménos de estimar en mucho la fe, que os ha sacado de tan miserable condicion, y mostraros agradecidos. Nosotros tambien, si queremos conocer el gran beneficio que nos proporciona el ser cristianos, hemos de considerar el estado de degradacion á que se hallaba reducido el mundo, á consecuencia del pecado original, degradacion de la que nos preserva el cristianismo. Cuatro mil años de dolores; cuarenta siglos de esperanzas alimentadas por la misma intensidad del mal; cien generaciones de cautivos, que inundaban la tierra en lágrimas; la creacion como marchita y desierta; la naturaleza vestida de luto como una viuda; la tierra entregada á todos los excesos que podian cometer los entendimientos desprovistos de luz, y los corazones privados de las reglas de conducta; ved aquí la historia del mundo hasta que Dios se hizo hombre. Habia, pues, que levantar al género humano, habia que redimirle, habia que rescatarle; y el género humano fué, en efecto, rescatado por el Hijo de Dios hecho hombre.

Entónces todo cambió en el mundo. La filosofía, dejó de ser una impiedad; la ciencia, dejó de ser una negacion; la virtud, dejó de ser una extraviada; el gobierno, no fué ya una tiranía; la obediencia, no se consideró ya como una degradacion; las leyes comenzaron á ser más justas, los hombres más humanos, las verdades mejor conocidas, los códigos más benéficos, los poderosos más caritativos, y los hombres dejaron de ser enemigos para amarse como hermanos. Ya no hubo de someterse la mujer al pesado yugo que le imponia el paganismo; ya no se vió amenazado el anciano con la muerte cruel á que, como un sér inútil y perjudicial, le condenaba su propia familia; ni el niño débil ó enfermizo, se vió expuesto á sufrir un bárbaro trato en edad prematura. Un nuevo cielo, una nueva tierra se presentaron á la vista de los mortales, y apareció como nueva la sociedad, que habia llegado á la decrepitud por el vicio. Es, pues, para nosotros, una gran fortuna, vernos libres de aquella degradacion por la influencia del cristianismo.

A nosotros, que no hemos conocido el gran peso de los desconsue-

los humanos, como las generaciones que precedieron al nacimiento del Salvador, nos parece, que este gran suceso es uno de tantos de que hace mencion la historia, sin relacion alguna con lo pasado, y sin grande influencia sobre lo presente. Como no hemos llorado el mal, no apreciamos el bien: como no hemos conocido las tinieblas, no estimamos la luz; pero fijad la vista en la vergonzosa degradacion de las naciones, donde el cristianismo no es conocido, ó ha sido olvidado, y conocereis el gran beneficio de que gozamos los cristianos. Cuando el hombre se separa del cristianismo, vuelve á encontrarse en el abismo de su degradacion, en sus tinieblas, en sus dudas, en sus horribles extravíos; en una palabra, vuelve á aquel estado en que se encontraba el mundo ántes de Jesucristo.

En el momento mismo que somos hechos cristianos, entramos á formar parte de un cuerpo donde todo es luz, todo es resplandor, todo es gracia en beneficio de los miembros; por manera, que en la Iglesia de Dios, á que tenemos la gran dicha de pertenecer, no encontramos sino resplandores y auxilios que nos ennoblecen, nos elevan, y nos ayudan á llegar, sin mucho trabajo, al glorioso destino para el cual hemos sido criados. No tenemos mas que vivir íntimamente unidos al cuerpo de la Iglesia, para disfrutar de luz con que desvanecer las tinieblas, proporcionarnos reglas con que remediar todos los desórdenes, adquirir fuerzas en nuestra debilidad, y gracias para ayudar nuestra impotencia. ¿Y no es un gran beneficio para el hombre, el pertenecer á un cuerpo, que piensa para él, que ve, que habla, que obra milagros para ayudar su fe, robustecerle en sus creencias, y conducirle á la felicidad?

Consideremos ahora nuestra condicion de cristianos bajo otro punto de vista. El ser cristiano equivale á haber alcanzado el más alto honor que á la criatura le es dado conseguir en la tierra. Por el pecado éramos esclavos de Satanás, y en virtud de la gracia del bautismo somos hijos de Dios. Los nombres más lisonjeros y los títulos más seductores no son sino ignominia, comparándolos con el gran beneficio que nos dispensa Dios, haciéndonos hijos suyos. Por muy feliz tienen las gentes al que llama padre á un poderoso monarca, es decir, al que llama padre á la corrupcion y miseria cubiertas de púrpura; pero ¿envidiarán los cristianos la dignidad y la dicha de alguno, si á la luz de la fe consideran su propia felicidad, la felicidad de ser hijos adoptivos de Dios? ¡Ah! esta dicha, comun á todos los cristianos, no se aprecia ni estima, porque no se medita, porque no se fija la atencion en ella.

Este glorioso título y procedencia nos dan derecho á otra dignidad, cual es la de poder llamar *hermano* á Jesucristo, puesto que, si bien bajo diverso aspecto, tenemos un mismo Padre. El Salvador, y nosotros, tenemos por Padre á Dios: á Dios, que es Padre de Jesucristo, engendrándole natural y eternamente; y Padre nuestro, haciéndonos voluntariamente hijos suyos adoptivos. ¿Cuántas esperanzas podemos unir á esta fraternidad? Siendo hijos de Dios, somos tambien herederos de Dios, y coherederos de Cristo.

Al heredar bienes espirituales no acontece lo que sucede respecto de los materiales. En este último caso, es preciso que falte el padre, que los posee, para que los herede el hijo; pero respecto de los bienes espirituales, que son la herencia de los hijos adoptivos de Dios, pueden éstos percibirlos todos sin detrimento del Padre, que vive siempre. En virtud, pues, de la adopcion que nos hace hijos de Dios, se nos concede el derecho de participar de las riquezas que el mismo Dios, digámoslo así, posee y disfruta; y como las riquezas y la felicidad de Dios es el mismo Dios, se deduce, que Dios y nosotros, sus hijos adoptivos, somos ricos con una misma riqueza, dichosos con una misma dicha, felices con una misma felicidad, y bienaventurados con una misma bienaventuranza; si bien con la diferencia, de que Dios lo es todo por sí mismo, y nosotros por la participacion que nos dispensa su infinita bondad.

A esta gloriosa procedencia, honrosísimo título de nobleza, debe el género humano el mejoramiento progresivo, así físico como moral, que se echa de ver en el mundo desde la venida de Jesucristo. Ante la igualdad de título de hijos de Dios, no pueden subsistir las diferencias llamadas de raza, como si unos hombres, con preferencia á otros, fuesen destinados, por derecho propio, á mayor participacion en la gracia, y á mayor libertad para tratar á los demás como esclavos. Hay diferencias sociales, pero no diferencias humanas. Hay y habrá siempre en el órden social y político, nobles y plebeyos, sábios é ignorantes, ricos y pobres, grandes y pequeños, gobernantes y gobernados, reyes y súbditos; pero, en el órden moral y cristiano, plebeyos y nobles, ignorantes y sábios, pobres y ricos, pequeños y grandes, gobernados y gobernantes, súbditos y reyes se mirarán y tratarán como hermanos. La igualdad ante Dios ha traido la igualdad ante la ley: y la igualdad ante Dios, y ante la ley, ha desterrado la esclavitud, uno de los mayores males del género humano. No hay otro orígen de libertad racional, fuera del que el cristianismo nos revela. Estableced la igualdad sin hacer á los hombres hijos de Dios; y entónces, en vez de amarse como hermanos, se mirarán y acecharán

como fieras para destruirse mútuamente, y enriquecerse los unos con los despojos de los otros.

2. Es indudable, por lo tanto, que la mayor dignidad del hombre consiste en ser hijo adoptivo de Dios, y que esta dignidad es el orígen de los títulos y derechos que tiene al respeto público y particular. Pero debe además tenerse en cuenta, que la dignidad de hijos de Dios es para nosotros una inagotable fuente de dulces consuelos. Envuelto nuestro corazon en tantas miserias, burlado en tantas esperanzas, engañado en tantos proyectos, desairado en tantas pretensiones, empobrecido, digámoslo así, en medio de las mayores riquezas; ¿cuál seria su triste estado, pobre corazon, si la idea de que el Padre celestial oye sus gemidos, y lo dispone todo para nuestro bien, no endulzára las amarguras de nuestra existencia? El alma, hermanos mios, como ha dicho Tertuliano, es naturalmente cristiana: no puede vivir sin Dios; pero sin Dios tal cual el cristianismo nos le presenta.

Es decir, que la esperanza y los consuelos van unidos ó constituyen nuestra profesion de cristianos. Especialmente en el último tercio de nuestra vida, cuando el juicio, por una parte, suele ser claro, y principiamos, por otra, á divisar con nuestros ojos las puertas de la eternidad, no hallamos consuelo fuera del ejercicio de nuestra profesion de cristianos. En esta edad ve el hombre, que el mundo, sin ningun género de consideraciones, principia á despedirse de él; ve que lo pasado ha pasado, y que lo porvenir puede ser algo más grave de lo que le parece al incrédulo; entónces se rectifican las opiniones, se desechan muchas ideas, se entra en la reflexion. Entónces, si el hombre no es cristiano, si no tiene fe, si carece de esperanza, si no puede contar más que con los consuelos del mundo, si no considera como Padre á Dios, ni como abogado á Jesucristo, ¡ay, Dios mio! las congojas y la desolacion hacen horribles los últimos dias de su vida! Son espantosas, hermanos mios, muy espantosas las cosas que pasan en el espíritu del incrédulo, desde que principia á entrar en aquel período de su vida en que está más cerca del sepulcro que de su cuna. No hablemos de los excesos que ha cometido hasta entónces, no contemos la larga série de trasgresiones á que se ha reducido su vida, y dejémosle con los ojos abiertos, solo para ver lo que hay delante de sí. ¡Dios mio! ¡qué horrible perspectiva! Es juguete y víctima de la duda y de la vacilacion. Quisiera creer, y no puede; quisiera dudar, y la verdad se presenta á su vista de modo que no puede desconocerla. Quisiera convencerse de que hay un bien infinito, en cuya posesion consiste la felicidad, y se le niega

esta gracia á que con tanto empeño ha resistido; quisiera dudar de la otra vida, y persuadirse de que no hay para él mas porvenir que la tierra, y su corazon le está demostrando en sus deseos, nunca satisfechos, lo infinito y lo eterno. En vano lucha contra la saludable creencia de la inmortalidad, cuyo instinto, digámoslo así, lleva en su propio corazon. De esta suerte su existencia es amarga, sus dias los pasa en la tristeza, su entendimiento se ciega, su corazon se estruja, su espíritu se marchita, hasta que llega su vejez, precursora de la eternidad. ¡Ah! entónces no hay palabras con que pintar sus inquietudes, sus sobresaltos, su desesperacion, su amarguísima muerte. Quiso vivir sin fe, huyó de la Iglesia, cuyos miembros se auxilian unos á otros; por esto muere sin esperanza, muere sin amor, en la desesperacion y en el aislamiento. Un buen cristiano, al contrario, por pecador que haya sido, encuentra en su fe su esperanza; y en su fe y en su esperanza halla grandes motivos para amar á Dios, que le ayuda y perdona, que le ilumina y le guia. Todo le sonrie en los últimos momentos. Va á juzgarle Dios; pero ese Dios es su Padre. Tiene que responder de grandes culpas; pero tambien tiene que alegar el infinito mérito del Redentor, que derramó su preciosa sangre para que el hombre pague con ella sus deudas. Y esa divina sangre ¿no pesará en la balanza de la divina justicia más que todos los pecados del mundo? Entónces, pues, el cristiano, aunque como rama de un árbol maldecido, haya dado alguna vez fruto de pecado, se purifica con el riego de la gracia, y, sin presumir nada de sí mismo, espera y ama.

Ved, pues, hermanos mios, cuán gran beneficio es el ser cristiano; meditadlo con frecuencia para ser agradecidos. Por vosotros fundó Jesucristo una Iglesia, que cuida de vuestra eterna salvacion; por vosotros concede á algunos de sus miembros el don de sabiduría, á otros, el don de ciencia, y á otros, la virtud de perdonar los pecados y dispensar la gracia; y todo para que vosotros conozcais la verdad y vayais en pos de ella, á fin de que conozcais la ley y la practiqueis. ¡Oh, Dios mio! ¡cuánto tenemos que agradeceros por habernos concedido, sin mérito alguno por nuestra parte, la gracia de ser cristianos! Haced, Señor, que estimemos en lo que vale este beneficio, y que á todos los honores y felicidades del mundo prefiramos el ser cristianos, es decir, hijos de Dios, y hermanos de Jesucristo. Así tenemos luz, así nos libramos de mortales dudas, así recibimos en la tierra consuelos, así abrigamos la confianza de disfrutar de vuestra misma felicidad en el cielo.

CRISTIANO.

(DIGNIDAD Y DEBERES DEL)

II.

Tu quis es?
¿Quién eres tú?
(*Joan.* I, 19.)

Juan, en el desierto, hacia una vida tan santa, que los judíos, dudando si era un profeta ó bien el mismo Mesías, enviaron sacerdotes y levitas para saber lo que debian creer de él. ¿Quién eres tú? preguntan los emisarios de la sinagoga: *Tu quis es?* y el siervo de Dios, sin dejarse alucinar por el brillo de la gloria que su virtud le merece, responde humildemente, que es la voz del que clama en el desierto; añadiendo: preparad el camino del Señor: *Ego vox clamantis in deserto: parate viam Domini.* MATTH. III, 3. Permitid, hermanos mios, que yo, en otro sentido, os dirija la misma pregunta: *Tu quis es?* ¿quién sois vosotros? Sé, que regenerados en las aguas del bautismo, y haciendo profesion de seguir la ley de Jesucristo, podeis responderme, que sois cristianos; pero ¿habeis comprendido hasta ahora la gracia de vuestra vocacion al cristianismo, y habeis respondido á ella con fidelidad? Ea, pues, reconoced hoy el eminente grado de honor á que el cristianismo os eleva; y sabed tambien á que grado de santidad debeis vosotros aspirar: tal es el asunto que me propongo demostraros. Cuál es la dignidad del cristiano; primera parte: cuáles son sus obligaciones; segunda parte. La excelencia del cristianismo; los deberes del cristianismo: á esto se reduce todo mi plan. Imploremos los auxilios de la gracia. A. M.

1. Que Dios nos sacase de la nada con preferencia á tantos otros, es un beneficio, si bien comun á todos los hombres, no ménos digno de agradecerse. Este beneficio, empero, resultaria inútil, si

Dios no añadiera á él el de la redencion. Mas, como la caridad de Dios hácia los hombres es infinita, no contento con darles el sér, quiso entregarles su Hijo para rescatarles. Sin embargo, lo que pone el sello á la divina misericordia es, que nos haya hecho nacer, por gracia especial, en el gremio del cristianismo. Recordad lo que éramos ántes del bautismo, y consultad á nuestra fe. Esta fe os dice, hermanos mios, que procedeis, no ya de la nada de la naturaleza, sino de la nada del pecado; descendientes infelices de un padre prevaricador, no bien adquirís forma en el seno maternal, ya sois esclavos del demonio; concebidos en pecado venís al mundo, siendo por naturaleza ú origen hijos de ira, objetos del odio y de la indignacion de Dios: *Eramus natura filii iræ.* EPH. II, 3. Perdido teniais todo derecho á su herencia; el cielo, ese hermoso cielo para vosotros destinado, os estaba cerrado para siempre; vuestra alma despojada de los dones de la justicia original, hallábase trocada en mansion triste del demonio, el cual ejercia sobre vosotros su imperio; imperio tan vergonzoso, que ántes del bautismo se os consideraba indignos de entrar en la casa del Señor, reputados como hijos de maldicion.

¿Cuántas gracias no debeis dar á Dios, que por medio del bautismo os eximió de la vergonzosa servidumbre en que estabais sumidos, llamándoos de las tinieblas á la luz? Desde el dichoso instante en que el agua saludable se derrama sobre vuestra cabeza, el alma, muerta por la culpa, recobra nueva vida; y miéntras aquélla se derrama por el cuerpo, la sangre de Jesucristo corre sobre el alma para lavarla y purificarla de toda mancha. Despojados quedais en aquel acto del hombre viejo, para vestiros de nuevas criaturas en Jesucristo, segun expresion del Apóstol; recobra el alma su belleza primitiva; y en lugar de la horrible imágen del demonio, que la desfiguraba, Dios graba en ella los rasgos de su semejanza, que, por participacion, os hacen lo que él es por naturaleza: *Divinæ consortes naturæ;* II PETR. II, 4: es decir, que en virtud de la gracia bautismal, no solamente quedais purificados de la mancilla de la culpa, sino tambien santificados, y, hasta cierto punto, divinizados. Y ¿por qué sucede esto? porque al recibir semejante gracia, contraeis una alianza particular con las tres augustas personas de la Santísima Trinidad, en cuya virtud quedais hechos hijos de Dios, miembros y hermanos de Jesucristo, y templos del Espíritu Santo. ¡Qué timbres tan gloriosos! ¡qué prerogativas tan estimables! Ser hijo de Dios, ¡qué gloria para una criatura! Envanézcanse en buen hora, los grandes del siglo, con la nobleza de su alcurnia; hagan cuanta gala y ruido quieran con aquellos títulos pomposos que les elevan sobre el comun de los mor-

tales; pero ¿qué componen tales grandezas al lado de la augusta cualidad de hijos de Dios, que recibimos en el bautismo? San Luis de Francia, apreciaba más su título de cristiano, que el de rey, pues solia firmarse: *Luis de Poissy*, por haber recibido el bautismo en el lugar de este nombre. Y ¿estamos nosotros, hermanos mios, bien penetrados, de que el mismo aprecio de esta cualidad augusta que nos hace hijos de Dios, nos hace tambien herederos del cielo y miembros de Jesucristo?

Sí, carísimos, por el bautismo os hicisteis miembros de Jesucristo; así nos lo asegura el mismo apóstol San Pablo. ¿Ignorais, dice á los Corintios, que nuestros cuerpos son miembros de Jesucristo? *Nescitis quoniam corpora vestra membra sunt Christi.* Cor. vi, 15? ¿De qué manera, pues, por medio del bautismo fuisteis incorporados á Jesucristo? Entrando á beneficio de él en la Iglesia, cuerpo místico de que Jesucristo es cabeza. Mediante el bautismo, formais parte de esa Iglesia, que él santificó, para que se le presentase llena de gloria y se le asociase como esposa. Luego, siendo vosotros miembros de la Iglesia de que Jesucristo es cabeza, participais de las gracias que él la comunica, estais animados de su espíritu, recibís su vida como un miembro la recibe del cuerpo. ¿Cabe mas insigne gloria? Por el bautismo sois igualmente hermanos de Jesucristo, no solo porque tomó una naturaleza semejante á la vuestra, sino porque, siendo por naturaleza hijo de Dios, como vosotros lo sois por adopcion, os asoció á sus derechos, haciéndoos coherederos de su reino: *Cohæredes Christi.* Rom. viii, 17. Héteos pues, en la propia cualidad de cristianos, hijos de Dios, hermanos de Dios, y, añado, templos del Espíritu Santo, que es Dios, todo segun expresion del mismo San Pablo: ¿No sabeis vosotros, que sois templos de Dios, y que èl Espíritu de Dios mora en vosotros? *Nescitis quia templum Dei estis, et Spiritus Dei habitat in vobis.* Cor. iii, 16? Este divino Espíritu, os purificó, os santificó, y os selló con una señal sagrada é indeleble, que llamamos carácter del bautismo, carácter que distingue de los infieles á los cristianos, representado por la santa uncion, que en el acto de la administracion del sacramento se os hace: *Unxit nos, signavit nos.* II Cor. i, 21 et 22. Y el Espíritu Santo, no solamente santifica vuestras almas, sino vuestros cuerpos, para ser templos vivos, consagrados á él, en los cuales debeis ofrecerle el sacrificio de vuestras pasiones, elevarle el incienso de vuestras preces, y rendirle el homenaje de vuestros corazones.

Ea pues, cristianos, reconoced la excelencia de vuestra vocacion

al cristianismo, y cumplid con las obligaciones de cristianos. ¿Cuáles son éstas? Será la materia del punto que sigue.

2. Para daros una idea de los deberes y de la santidad del cristianismo, hemos de considerar ese estado bajo dos aspectos, que abrazan todas sus obligaciones, y, en primer lugar, considerarle como estado de segregacion, y de consagracion, cuya idea surge naturalmente de lo ya dicho acerca de la dignidad del cristiano. Con efecto, hermanos mios, si el bautismo os exime de la servidumbre del demonio, y del pecado, es precisa consecuencia, que habeis de renunciar al pecado y á todo lo que pueda ocasionarle: si en el bautismo contraeis augusta alianza con las tres personas de la adorable Trinidad, haciéndoos hijos de Dios, miembros y templos de Dios, en fuerza de estos timbres gloriosos, quedais obligados á consagraros á su servicio de una manera correspondiente á la eleccion que de vosotros hizo, y á la dignidad á que os elevó. ¿No es esto por ventura, hermanos mios, lo que se os hizo prometer en el bautismo, cuando se os presentó á la Iglesia, para que fueseis admitidos en el número de sus hijos? Se os preguntó, si renunciabais á Satanás, á sus pompas, y á sus obras: *Abrenuntias Satanæ?* Vosotros respondisteis, por boca de los que os fiaban, que sí; *abrenuntio.* ¿Y en qué consistian estas promesas de renunciar á Satanás, á sus pompas y á sus obras? Ya lo comprendeis con facilidad y considero inútil repetirlo: prometisteis á Dios, que el pecado ya no reinaria más en vosotros, á cuyo efecto, estabais resueltos á combatir los ataques del enemigo de la salvacion, y á repudiar todos los objetos que pudieran en vuestro pecho darle entrada: eso es lo que se entiende por pompas y obras de Satanás. Mas ¿cuáles son los objetos de que el demonio echa mano para corromperos, y á los que habeis renunciado? Son los bienes perecederos, las honras, y los placeres del mundo, las máximas nocivas que él propala, los malos ejemplos que él presenta.

¿Qué debeis pues hacer, hermanos mios, para llenar las promesas que hicisteis en el bautismo? No amar desordenadamente los bienes terrenos, despreciar los honores, morir para los placeres.

Pero ¡cuán raro es, hermanos carísimos, hallar cristianos bastante fieles á las promesas de su bautismo, para que mueran al pecado y á las pompas del siglo! ¡cuántos hay, por el contrario, que despues de haber sido iluminados con la luz de la gracia y gustado el don celeste, lo huellan bajo sus piés, perdiendo á sangre fria su ropaje de inocencia á causa del mal empleo que hacen de su libertad! ¡Oh cristianos cobardes, infieles á vuestras promesas! ¿es esto lo que Dios tenia derecho á esperar de vosotros, cuando os sacó de las

sombras de la muerte para llamaros á nueva vida? ¿es esto lo que la Iglesia se prometia cuando os admitió en el gremio de sus hijos? Léjos de honrar vuestro carácter con la santidad de vuestros actos, lo deshonrais con una vida del todo profana. Entended, pues, que este carácter, que os fué impreso, y que debiera conducir á vuestra salvacion, servirá un dia para que con mas rigor seais condenados.

Si quereis evitar tamaño dolor, carísimos oyentes, morid al pecado y á todos sus atractivos; ese es el primer paso que debeis dar en la via cristiana, con lo cual llenareis el primer compromiso del bautismo, que es un estado de separacion. Pero hay tambien, como dije, un estado de consagracion. Si, hermanos mios; para cumplir lealmente las promesas del bautismo, no basta despojarse de toda la librea del hombre viejo, sino que, como hijos de Dios, debeis obedecerle; como miembros y hermanos de Jesucristo, debeis imitarle; como templos del Espíritu Santo, debeis conservar un estado de pureza y santidad correspondiente á la eleccion que de vosotros hizo para morada suya.

¿Hay cosa mas justa, que los hijos presten á su padre la obediencia á que es acreedor? Dios lo es á la nuestra en calidad de dueño y criador; y la exige tambien bajo el cariñoso título de padre, queriendo someternos á su imperio, más por la via del amor y de las recompensas, que por la del miedo y de los castigos. ¿Es posible negarle una adhesion debida por tantos títulos, ó mejor; en nuestra calidad de hijos, no tomaremos por regla el cumplir totalmente su voluntad? Señor, digámosle, mandad cuanto os plazca; prontos estamos á obedeceros en todo, pues nos basta conocer que una cosa os agrada, para cumplirla con gusto, ó que os desagrada, para evitarla con ahinco.

¿Dónde está, empero, hermanos mios, vuestra docilidad y exactitud en cumplir el querer de Dios?

Tambien sois por el bautismo miembros y hermanos de Jesucristo. En calidad de miembros, debeis estarle unidos por medio de una fe viva, de una esperanza firme y de una ardiente caridad; más, si os segregais de él por el pecado, ya no sois sino miembros muertos, indignos de depender de tan noble cabeza. En calidad de hermanos de Jesucristo, debeis imitarle, esto es, vivir animados de su espíritu, siguiendo sus máximas, é imitando sus ejemplos. Y ¡cuántos ejemplos de virtud son los que Jesucristo os dió! ¿Qué es, pues, hermanos mios, un verdadero cristiano? es un hombre que piensa y obra como Jesucristo, que regula sus acciones por las de Jesucristo, y que se lo propone en todo por modelo; es un hombre humilde en las honras, pobre en la abundancia, paciente en las adversidades; que vive en

paz con sus hermanos, que perdona á sus mas crueles enemigos; es un hombre recogido en Dios, reservado en sus palabras, justo en sus actos, arreglado en sus costumbres, rígido con sus pasiones, llevando sin tregua sobre sí la mortificacion de Jesucristo. Por esta reseña, juzgad vosotros, hermanos mios, si sois cristianos.

Finalmente, por el bautismo fuisteis hechos templos del Espíritu Santo, y en tal calidad, debeis conservar vuestros cuerpos y vuestras almas en un estado de inviolable pureza, que rechace todo pecado contrario á esta virtud. Sabed, dice el Apóstol de las gentes, que si alguno profanáre el templo de Dios, perderle há Dios á él: *Si quis templum Dei violaverit, disperdet illum Deus.* Cor. III, 17. Y el templo del Señor se profana, entregando el corazon á una criatura, y dejándolo arder en fuego extraño, con detrimento del amor debido á Dios; se profana, mancillando el cuerpo con torpes liviandades, con libertades criminosas, que son para el cristiano una especie de sacrilegio. Un atentado tan horrible ¿podria quedar sin el suficiente castigo?

No os ruboriceis jamás, ántes bien consideraos muy honrados de parecer cristianos, particularmente en las ocasiones en que importe volver por la honra de la religion contra los dichos de los impios. Sed asíduos á los divinos oficios, á las congregaciones piadosas, donde se estimula el fervor cristiano; y evitad las mundanas, donde se pierde su espíritu; evitad, sobre todo, aquellas reuniones, donde la virtud mas sólida se halla expuesta á zozobrar tras el veneno de las pláticas livianas, de los cantares desenvueltos, y de los objetos provocativos que se ponen en relieve, y que al salir de allí, son otros tantos cebos funestos contra la pureza y la inocencia. Recordad, que los placeres del siglo no son para los cristianos, que nuestro reino no es de este mundo, y que no debemos buscar consuelo sino en el Señor. Presentaos dó quiera con modestia, teniendo presente, que el Señor os anda cerca, á fin de no hacer cosa indigna del santo carácter de que estais revestidos; y para traer á la memoria, que estais en presencia suya, al empezar cualquier acto importante, haced la señal del cristiano, persignándoos. En resúmen, portaos siempre de una manera digna de la vocacion á que fuisteis llamados, para conseguir la dicha que la misma os garantiza. *Amen.*

CRISTIANOS PRIMITIVOS.

Multitudinis credentium erat cor unum, et anima una.

Toda la multitud de los fieles tenia un mismo corazon, y una misma alma.

(Act. IV, 32.)

¿Quién no ha tributado elogios á la vida de los primeros cristianos? ¿Qué plumas, áun las mas hostiles al cristianismo, no se han complacido en rendir justo homenaje á las virtudes de los primeros siglos? A ellos nos remiten contínuamente los calumniadores de nuestra santa religion para decirnos, que la Iglesia ha envejecido, que el Evangelio está gastado, y no produce ya aquellos frutos tan hermosos, que honraron su naciente extirpe. A ellos queremos tambien hoy remitiros, amados hermanos, pero con una intencion muy diferente. Y el cuadro de las costumbres más amables y más puras debe de conmover nuestros corazones, y distraer deliciosamente nuestras miradas de las escenas de desórden y corrupcion, que la malicia de los tiempos ha sustituido á la inocencia primitiva. Veremos todo lo que la religion sabe hacer por la virtud y la felicidad de los hombres, cuando halla corazones dóciles á sus inspiraciones, y no encuentra obstáculos ni rémoras en las pasiones humanas. Tambien aprenderemos á bendecirla y amarla más. Lamentaremos la triste contradiccion de nuestras costumbres modernas con las evangélicas, y tal vez, á fuerza de admiracion y sentimiento, nos enardezcamos en la generosa llama de una santa emulacion. La vida de los primeros cristianos, tal cual se mantuvo en los tiempos apostólicos, y con más perfeccion todavía en la Iglesia de Jerusalen, puede considerarse bajo tres aspectos, segun se refiera á Dios, á los hermanos de aquellos en Jesucristo, ó á los extranjeros, que áun no formaban parte de su santa comunion. Este cuadro nos ha parecido tanto mas natural, cuanto que comprende lo más ejemplar que ofrecernos puede su vida

interior ó su vida activa, su vida de fe ó su vida de caridad. En esto, hermanos mios, nada diré de nosotros mismos; no me entregaré al placer de hacer descripciones fantásticas; solo hablaré en virtud de los documentos, que testigos irreprochables nos han dejado. Estos rasgos, llenos de encantos, se leen en los Hechos de los apóstoles. Los seguiré fielmente, sin entremezclarlos con mis propios pensamientos; escogeré los que se refieren á nuestro asunto, los reuniré y explanaré, y deduciré de ellos las consecuencias que me parecieren mas idóneas para edificaros é instruiros. Imploremos ántes etc. A. M.

1. En primer lugar, ¿qué eran los primeros cristianos respecto de Dios y de las cosas santas? Perseveraban todos, dice San Lucas, en oir las instrucciones de los Apóstoles, en la comunicacion de la fraccion del pan ó Eucaristía, y en la oracion. Aquí vemos todo lo que constituye el culto religioso, interior, y exterior; todo lo que forma el principio, el alimento y el auxilio de la vida cristiana; la fe, los sacramentos, y la plegaria. La fe: *erant perseverantes in doctrina apostolorum.* Esta fe, que ellos habian oido de boca de los Apóstoles, la consideraban como un depósito sagrado, que debian conservar íntegro y trasmitir incólume, tal cual lo recibieran. No la habian abrazado como una palabra humana, que podian interpretar á su sabor; no se arrogaban el derecho de juzgarla, modificarla, mutilarla, aumentarla ó reducirla; de adoptar ó desechar lo que alagaba ó repugnaba á su gusto particular. Ellos perseveraban, no por un dia, no por un tiempo dado, ó segun la época, sino como se confia y descansa en una verdad conocida, fuera de la cual nada desea ya, ni busca el espíritu satisfecho.

¡Ah! amados hermanos mios, esa perseverancia condena la inconstancia de nuestra conducta, y la eterna movilidad de nuestros pensamientos, de nuestras impresiones, de nuestras creencias; y las alternativas de duda y de fe, de homenajes á la verdad y concesiones al error; y la falta de consecuencia y firmeza en nuestros propósitos; y las deplorables apostasías, y los súbitos cambios de convicciones religiosas.

Los primeros cristianos, no contentos con haber recibido la verdadera doctrina, se dedicaban á aprenderla siempre más y más, escuchando asiduamente la palabra de sus pastores. Y cuando llegaban á faltarles los auxilios exteriores, en los dias de las persecuciones que encadenaban la palabra en la boca de sus ministros, leian y releian el libro de la ley. Este libro divino no salia de sus manos, ni se

apartaba nunca de sus ojos, ávidos de encontrar los remedios del alma y las reglas de la vida; era el compañero fiel de sus viajes, el amigo de su soledad, el tesoro de su pobreza, el consuelo de su prision y de sus cadenas. Ellos le llamaban el *Libro*, el libro por excelencia, y no querian enterarse de otros.

Ellos perseveraban, pues, en la santa doctrina; pero perseveraban con unanimidad de corazon: *Erant perseverantes unanimiter.* Quiero decir, que todos estaban de acuerdo sobre los mismos puntos de la fe; que huian con horror de toda novedad profana, de toda confusion del lenguaje y de las ideas, de toda apariencia de excision y rompimiento. Perseveraban, en fin, en la doctrina de los Apóstoles: *Erant perseverantes in doctrina apostolorum*, no porque fuese una doctrina cualquiera, una enseñanza como otra, sino porque era la doctrina de los Apóstoles, y, por consiguiente, la doctrina misma de Jesucristo. ¡Cuán dichosos eran, hermanos mios, con esta perseverancia en su santa fe! ¡con qué alegría, con qué abandono delicioso descansaba su alma en este dulce asilo de la verdad! El reposo de la fe importa más de lo que se piensa al reposo y á la dicha de la vida. El hombre se alegra de tener ideas fijas, y de saber á que atenerse sobre las terribles cuestiones de que depende un porvenir eterno.

Nosotros no sabemos perseverar en la fe como nuestros padres. Los unos, y son los sábios y los hábiles, todavía buscan, cuando todo está descubierto, y aguardan, cuando todo ha venido, y empiezan de nuevo, cuando todo está acabado. Diríase, que para ellos el Evangelio no existe, ó que despues de semejante luz se puede esperar otra. Esta verdad, hallada desde hace diez y ocho siglos, ya nadie quiere pedirla á la religion; se pide á todas las teorías, á todas las sectas, á todas las concepciones extravagantes, á todos los delirios del orgullo humano. Los otros, indiferentes, no por sistema, sino por el olvido de las reglas y por la ignorancia de los principios, que les deja sin defensa á merced del primer sofisma ó paradoja, apenas saben lo que creen, ni si deben creer algo.

Pero continuemos, hermanos mios, examinando la vida de los primeros cristianos. No les bastaba alimentarse de la fe, del pan de la palabra, y de la doctrina. Sabian, que Jesucristo habia dejado un pan mas sustancial, un pan vivo y que dá la vida: *Erant perseverantes in communicatione fractionis panis.* Sí, amados hermanos mios; por más que uno se llame cristiano y católico, asíduo en la oracion, en la palabra santa, y fiel observador de los demás deberes de la religion, si no come este pan, está muerto. El mismo Salvador lo dijo: En verdad, en verdad os digo, que si no comiereis la carne

del Hijo del hombre, y no bebiereis su sangre, no tendreis vida en vosotros: *Amen, amen dico vobis: nisi manducaveritis carnem Filii hominis, et biberitis ejus sanguinem, non habebitis vitam in vobis.* Joan. vi, 54. Ellos tomaban pues con alegría y sencillez de corazon este divino alimento. Como el templo, siempre frecuentado por los judíos, no les ofrecia bastante libertad para la celebracion de los santos misterios, iban distribuyendo el pan eucarístico de casa en casa, verdaderos santuarios de paz é inocencia. Este pan celestial tenia siempre para ellos la misma suavidad; era su pan de cada dia, el maná que cada mañana iban á recoger: su vida entera era una comunion perpétua, y su mayor disgusto era verse privados de ella.

¡Qué tiempo, hermanos mios, aquel en que cada casa era un templo, en que cada corazon humano era un tabernáculo vivo de la Divinidad! Cuando se piensa, por una parte, en la pureza de alma que exige este misterio, y, por otra, en las gracias que la acompañan, en las virtudes á que dá orígen, se conoce bastante toda la inocencia que debia respirar la vida de unos fervorosos cristianos, que comulgaban cada dia; una vida, por decirlo así, enteramente eucarística y divina. Es ya por demás preguntar, si florecian todas las virtudes en una sociedad llena de Dios, de la que cada individuo podia decir en verdad: No soy yo el que vivo, sino que Cristo vive en mí: *Vivo jam non ego: vivit verò in me Christus.* Galat. ii, 20. Es ya por demás asombrarse de su humildad, de su desinterés, de la viveza de su fe, de su constancia en las tribulaciones de la vida, y en los combates del martirio.

Finalmente, amados hermanos mios, el tercero y último mérito de la vida de los primeros cristianos, en lo que mira al servicio de Dios, es que perseveraban en la oracion. Se les veia orar en el templo y bajo los pórticos de Salomon, en donde solian reunirse. Tambien oraban en sus casas, á las que ahora daria el nombre de oratorios, si hace un momento no las hubiese llamado santuarios. Cada padre de familia era un pastor, y cada madre un apóstol, que animaban con sus ejemplos é instrucciones la oracion doméstica. Ellos oraban solos, y con mayor gusto juntos, para tener entre ellos á Jesucristo, segun su promesa. Oraban en las diferentes horas en que se divide el dia; levantábanse alternativamente en medio de la noche para no interrumpir el sacrificio de la alabanza, y de aquí viene el uso de las horas canónicas, que la Iglesia aún hace hoy observar por sus ministros. Si emprendian un viaje, un negocio, una obra intelectual ó mecánica, lo hacian siempre bajo los auspicios de la oracion.

La oracion santificaba sus vigilias, sus comidas, sus estudios, sus relaciones de amistad; todo, hasta los saludos que se dirigian en sus cartas, eran una oracion.

Esa era, amados hermanos mios, la vida de los primeros fieles en sus relaciones con el Altísimo. Ya sé, que esa vida es poco atractiva á los ojos del mundo; tal vez la descripcion de aquellas costumbres sencillas y virtuosas, pero uniformes y pacíficas, os parezca monótona, é interese apenas vuestro corazon. Y, sin embargo, ¡cuán hermosa, cuán admirable es esa vida en todo sobrenatural, que se mantiene de Dios, de su palabra, de sus misterios, de las comunicaciones mas íntimas con el mismo Autor de la vida! ¡Qué rica y abundante es en la presencia de Dios, que mira el corazon, y no se atiende al brillo de las obras, sino á su precio; ni á su mérito ostensible, sino á su valor real; ni á la importancia que les dan los hombres, sino á la pureza de la intencion, á la perfeccion de los motivos que las producen! Y no creais que la vida santa de estos cristianos fuese una vida ociosa. Hasta ahora no les habeis visto más que en sus relaciones con el cielo, en el sosiego íntimo de la contemplacion. Aguardad á que yo os les haya mostrado en la abnegacion de su celo, en los milagros de su caridad, y entónces juzgareis, si todas las virtudes que embellecen y consuelan la tierra, pueden tener un principio mas activo y fecundo, una inspiracion mas elevada, un móvil mas poderoso que la fe que nos viene de los cielos.

2. Al probar á trazar la vida exterior de los primeros cristianos, hermanos mios, quiero presentaros, no tanto el cuadro de sus luchas y de los triunfos de sus mártires, como el de los dulces vínculos que les unian entre sí, y de las amables virtudes que les conciliaban el corazon de los infieles. No hay que perder de vista, que mi asunto se contrae á la Iglesia de Jerusalen; que aquí no hago más que comentar una de las páginas mas hermosas del libro de los Hechos apostólicos; y que mi objeto principal es, llamar vuestra religiosa atencion sobre la sociedad mas perfecta y mas feliz que la imaginacion puede concebir.

Consideremos, primeramente, á los primitivos cristianos en sus relaciones íntimas, en sus relaciones mútuas. Ya hemos indicado, que tenian habitaciones separadas; y, sin embargo, la Escritura nos dice, que vivian todos juntos en una igualdad perfecta, en una tierna fraternidad, como si hubiesen habitado bajo un mismo techo y no hubiesen compuesto mas que una misma familia: *Omnes qui credebant erant pariter*. Act. Apost. II, 44. Su virtud no tenia pues nada duro, ni feroz; no huian de la compañía de sus semejantes, sino que por

el contrario, les agradaba acercarse en reuniones piadosas; su dicha era verse, hablarse, asistirse en sus necesidades, rodear de una guirnalda de hermanos el inocente y sencillo banquete conocido con el nombre de Agapes, persuadidos de que, nada proteje ni alienta más á la virtud que el trato de los hombres virtuosos. He ahí el modelo de las congregaciones gratas y cristianas, hoy sobrado raras, que salvan la inocencia de tantos escollos, y la preservan de tantos males! Así se forma y mantiene una noble rivalidad de virtudes, una laudable emulacion de hablar y practicar el bien: así la confianza, la modestia y la caridad prestan encantos á todos los discursos, y gracia á todas las acciones.

Esa igualdad tan apetecida, esa fraternidad tan decantada, que ha hecho correr torrentes de sangre cuando la ha interpretado una filosofía ciega y brutal; ¿quereis verla en su belleza natural, tal como la concibió y realizó una religion amiga de los hombres? Volved los ojos á los primeros hijos de la Iglesia. Decir, que vivian juntos como hermanos, no es decir lo bastante, desde que la familia, sometida tambien como todo lo demás á la accion disolvente de principios destructores, no nos presenta aquel concierto y armonía que suponen un nombre tan dulce y unas relaciones tan íntimas. ¡Ah! no solamente no son ya hoy hermanos los cristianos, sino que hasta los hermanos se tratan á menudo como enemigos. Pero imaginaos una familia, tal como puede formarla la naturaleza perfeccionada por la religion, y tendreis una idea de la fraternidad de los primeros cristianos. La gracia del Evangelio sobre ellos derramada les habia mezclado y fundido, borrando todas las distinciones que separan á los hombres. Les habia sido dada una existencia nueva, otra naturaleza mil veces mejor que la primera. Habian entrado como en un mundo nuevo, que en nada se asemejaba al mundo antiguo; y en aquel mundo de nueva creacion, en aquella dichosa patria, más vecina del cielo que de la tierra, todos los bienes eran comunes: *Habebant omnia communia*. No conocian *lo tuyo* y *lo mio*, *palabra fria*, dice San Juan Crisóstomo, que la dureza de nuestros corazones ha introducido en nuestro lenguaje, *causa de todos los males*, *principio de todas las divisiones que asolan la tierra*. Ninguno de ellos se apropiaba nada de lo que poseia; así es, que no habia entre ellos persona necesitada; pues todos los que tenian posesiones ó casas, vendiéndolas, traian el precio de ellas, y le ponian á los piés de los Apóstoles, el cual despues se distribuia segun la necesidad de cada uno.

Léjos de mí el pensamiento de proponeros esa vida comun como un ejemplo imitable, y de confundir así las circunstancias y los

tiempos. Esta teoría, hermosa como es, podia convenir á una comunidad naciente y poco numerosa aún: pero es inaplicable en una sociedad que abarca toda la tierra; y cuando no há mucho se hablaba de volver á la Iglesia su espíritu primitivo, su sencillez de los tiempos apostólicos, se mezclaba bajamente una ironía sacrílega con la avidez mal solapada de despojarla y apoderarse del patrimonio de los pobres. Mas, si es imposible renovar entre nosotros la comunidad de bienes, la igualdad de fortunas, si hasta seria peligroso intentarlo, ¿no puede permitírsenos que la contemplemos con admiracion? ¿No es una alta gloria para el cristianismo el haber realizado sin esfuerzo, casi sin pensarlo, y como por un efecto natural y una consecuencia necesaria de su dichosa influencia, las brillantes quimeras de los filósofos antiguos y modernos, y el haberlas realizado en su perfeccion ideal, sin afearlas con las inmorales exageraciones, que mancillaron las creaciones de estos falsos sábios? Con filósofos y legistas se tendrán leyes agrarias, instituciones forzadas y violentas, cuyo único efecto será hacer estremecer por un momento la tierra. Tan solo la religion puede desinteresar al hombre, y curarle de su excesivo apego á los bienes de la vida, ablandando su corazon á las miserias de sus semejantes, y exaltando su alma con la esperanza de bienes más sólidos y más dignos del alma inmortal.

Los pobres eran, pues, desconocidos en la dichosa sociedad de los primeros cristianos: *Neque quisquam egens erant inter illos* Act. Apost. iv, 34. Hoy, su muchedumbre nos inunda. Esta llaga, siempre creciente, pone espanto á nuestros economistas, que se afanan por curarla. Cada cual se presenta con su específico ó paliativo. Los unos, se proponen secuestrar á los indigentes; otros, formar colonias con ellos; y otros, prohibir el matrimonio á los proletarios. Imagínanse mil expedientes para darles trabajo y pan, para organizar el trabajo, segun el lenguaje usual, y reglamentar la beneficencia. No tenemos que fallar sobre el mérito de tales concepciones y la oportunidad de semejantes medidas; pero, en la época de que hablamos, los medios eran más sencillos y eficaces. La abundancia del rico suplia la penuría del pobre; y si los recursos locales no bastaban, enviábanse colectores á las provincias, y las limosnas recogidas se repartian por igual entre los santos de Jerusalen. Así todas las iglesias eran deudoras y tributarias unas de otras; así se difundia, no en palabras pomposas, sino en socorros efectivos y efusiones generosas, esta caridad, que ve hermanos en todos los seres que sufren; esta verdadera filantropía, que la sabiduría mundana quiere remedar, pero que solo el Evangelio inspira y hace practicar;

así desaparecian, hasta donde era posible, las distinciones de la condicion y de la fortuna, que la divina Providencia permitió para que se ejercitára la virtud más hermosa, y para procurar á los ricos la dicha delicada y purísima de hacer la de sus semejantes.

No hay duda, amados hermanos mios, en que no podemos esperar que vuelvan aquellos faustos tiempos. Ahora que la Iglesia se ha difundido, que llena el universo, que despues de haber sido recibida en el mundo, ha acabado por recibir en su seno al mundo mismo; aquel espíritu de desapropiacion, aquellos prodigios de desprendimiento, de abnegacion, aquel tesoro comun, abierto á todas las necesidades, en el que se depositaba el capital de cada fortuna particular, todas aquellas maravillas no pueden ya renovarse; y no seria ménos injusto, por parte de los enemigos del cristianismo, invocar contra el presente los recuerdos de un pasado, que no puede revivir, que desconocer la gloria única y singular que reflejan sobre la religion estos mismos recuerdos. Pero ¿quién nos impediria prestar el apoyo de nuestro favor y crédito á las admirables creaciones del espíritu católico, que merecen tantos estímulos, y nos representan en tan justas proporciones, aunque en menor escala, el plan de la primera reunion cristiana? ¿Quién nos impediria tambien, sin desprendernos de la propiedad, hacer comunes los bienes por la comunicacion de los frutos? ¡Oh! no se os exige que vendais vuestros bienes; no se os pide más que la porcion de los frutos que no podeis consumir; no se os dice, que pongais su importe á los piés de los Apóstoles: cerca de vosotros teneis á los pobres, no ménos dignos, tal vez, que los Apóstoles, puesto que Jesús se encubre bajo su humilde apariencia. No se trata de poner vuestras ofrendas en un tesoro comun; el tesoro comun es la caridad, caudal rico, caudal inagotable, que no ha faltado nunca desde que se anunció á los hombres la ley de amor. El tesoro en donde debeis poner vuestra superabundancia es el seno de los pobres, en donde hallareis en cambio los tesoros de la gracia, y las riquezas de la gloria.

Pero la comunidad de bienes no equivale á la de los corazones. Los primeros fieles habian puesto sus corazones en comun, así como sus tesoros; ó mejor, la muchedumbre de los creyentes no tenia más que un corazon y un alma: *Multitudinis credentium erat cor unum et anima una;* de suerte, que aquel gran cuerpo, compuesto de tan gran número de miembros diferentes por su orígen, condicion y carácter, parecia movido de una sola y misma voluntad. En la Escritura se encuentra la expresion singular, de que ántes de la dispersion de los hombres no tenia la tierra más que un solo lenguaje; con cu-

yas palabras se indica, que todos hablaban el mismo idioma. Pero un solo corazon, y una sola alma indican una union mucho más estrecha y tierna, pues aquí no se trata ya solamente de la union en la palabra y en la conformidad del lenguaje, sino de la union en la correspondencia de las afecciones y pensamientos. ¡Dichosa y apetecible union! ¡Cómo no exclamar con el rey profeta, que al parecer quiso cantar los magníficos dias, que él veia resplandecer á lo léjos, al través de las sombras del porvenir! ¡Oh, cuán buena y cuán dulce cosa es el vivir los hermanos en mútua union! *Ecce quam bonum, et quam jucundum habitare fratres in unum.* PSALM. CXXXII, 1. ¡Un corazon y un alma! Ved ahí á los discípulos de Jesucristo, de ese Dios de caridad, que les encomendaba que fuesen uno, como él es uno con su Padre, que queria que se les reconociese á esta señal, y les hacia decir por sus Apóstoles: Carísimos, amémonos los unos á los otros: porque la caridad procede de Dios: *Charissimi, diligamus nos invicem: quia charitas ex Deo est.* I JOAN. IV, 7.

¡Un corazon y un alma! Así un miembro no podia sufrir, sin que todos los miembros sufriesen con él; un hermano no podia tener una gloria ó una alegría de que no disfrutasen los demás. Así se destruia la semilla de los procesos y el gérmen funesto de las disensiones. Si surgia un litigio, pronto lo arreglaban los árbitros. Aquellos fervorosos cristianos consideraban como una avilantez el pleitear contra sus hermanos y llevar su causa ante tribunales profanos.

¡Un corazon y un alma! ¡Gratas y tiernas palabras! ¡Oh caridad! ¡cómo sabes enternecer el lenguaje y prestarle un encanto, que solo tú atesoras! No es pasion; es algo más puro, más fuerte y más verdadero; es más que naturaleza; es una mezcla de naturaleza y gracia, de Dios y hombre; es un sentimiento nuevo creado por el Evangelio, que para producirse ha usado expresiones nuevas. Recorred los monumentos que de los tiempos antiguos nos restan. Leed los escritos de los Apóstoles, las epístolas de los Ignacios, de los Policarpos, de los primeros confesores de la fe; y hallareis una uncion, una superioridad de ternura, no sé que expansiones de un corazon desahogado, que en vano buscareis en los discursos más animados de los demás hombres.

3. Digamos ahora lo que aquellos fieles eran para los infieles. El pueblo, aunque infiel, dice el sagrado texto, no se cansaba de bendecir y celebrar la conducta de aquellos cristianos, que condenaba la suya. *Ved*, decian, señalando á los cristianos, *ved como se aman; no solo mantienen á sus pobres, sino que, además, sustentan á los nuestros, que con indiferencia abandonamos.* Penetrados de ese respeto involuntario, de ese temor religioso, que la vista del hombre de bien infunde aún á los malos, no se atrevian á agregarse al rebaño fiel, y marcaban así la distancia que separa las tinieblas de la luz. Pero cada dia salian de aquella muchedumbre espíritus más rectos, corazones más sinceros, que, conmovidos por los ejemplos de los santos, y ayudados de sus oraciones, aumentaban el número de los creyentes, pensando, que una religion que eleva al hombre á tan alto grado de perfeccion, debia de ser la religion del verdadero Dios. No era, que un falso celo, las imputaciones calumniosas, la envidia, que se ceba en la virtud, no sublevase á veces contra ellos á la turba caprichosa y díscola, que despierta, murmurando como el océano, de su reposo, á la primera voz del desórden. A menudo eran cogidos y desaparecian en aquellos tumultos populares, por el único crímen de llevar el nombre de cristianos.

¡Ah! carísimos hermanos, más felices al parecer que los primeros discípulos, que vivian entre infieles, nosotros vivimos en medio de cristianos; y en esta sociedad católica, á que tenemos la dicha de pertenecer, no deberíamos ver más que hermanos. Y con todo, es triste ver, que esta sociedad se encuentra como dividida en dos partes muy distintas. La separacion de estas dos ciudades, cuyos caracteres nos ha trazado San Agustin, nunca se ha señalado con una línea más marcada que en los tiempos presentes. La una, conserva la fe antigua, fuera de la cual no hay salvacion, ni para el siglo actual, ni para los sucesivos; la otra, invoca nuevas ideas, sueña con un porvenir que hará un cielo de la tierra, y llama transformacion y progreso á las innovaciones atrevidas. Esta division es en todas partes funesta. Ha penetrado hasta en la familia, en que se ve al padre separado del hijo, á la mujer del marido, á la hermana del hermano, en las cosas que tocan más esencialmente á la cuestion capital de todo hombre venido á este mundo. Pasajeros en un mismo bajel, debemos ponernos todos de acuerdo; debemos unirnos para efectuar ménos trabajosamente esta breve, pero difícil travesía de la vida. ¿Qué hacer, pues, hermanos mios? Lo que hacian los primeros cristianos. Conservar la fe y la caridad; defender la verdad, y no turbar la paz; detestar los errores, compadecer y amar á los que se descarrian, atraerles con nuestros ejemplos, convertirles á Dios con nuestra dulzura, obligarles á reconocer, que solo en la religion se encuentra lo que forma la paz y la ventura de la vida social y doméstica.

He acabado, hermanos mios, de describiros la vida feliz é inocente de los primeros cristianos. Si os ha parecido ménos hermosa de lo que me he atrevido á prometeros, no hay que achacar la culpa al

fondo del asunto, sino al panegirista, que no ha sabido dar su colorido á unos cuadros que rebosan de interés y de atractivos. Ya habeis visto lo que eran vuestros padres para con Dios, en la unidad de una misma fe, en la participacion en el mismo misterio de amor, en el recogimiento de la adoracion y la oracion; lo que eran para con sus hermanos por la comunidad de bienes y la union de sus corazones; lo que eran para los infieles por la edificacion y el ascendiente de sus ejemplos. Esforzaos, pues, á imitarlos. Temed como ellos á Dios; amad á vuestros hermanos: dad á todos, para atraerles á todos, pruebas de consideracion y afecto; sí, á todos, aún á los extrangeros, á los mismos infieles, á los mismos desertores de nuestros misterios, á los mismos tránsfugas y enemigos de nuestra santa fe. Honrad á todos, y con eso cumplireis la ley de Cristo: *Et sic adimplebitis legem Christi.* GAL. VI, 2.

DIVISIONES.

CRISTIANO.— Como el cristiano es hijo de Dios, todas sus acciones deben ser edificativas.

Como el cristiano es miembro de Jesucristo, todas sus acciones deben ser santas.

Como el cristiano es hijo de la Iglesia, todas sus acciones deben ser caritativas.

CRISTIANO.— El cristiano no puede tolerar ningun defecto en su persona, desde que considera que es obra del Redentor.

El cristiano no puede conservar las inclinaciones del hombre viejo, desde que considera que es una criatura nueva.

CRISTIANO — *(cuya conducta está conforme con su profesion).*

Es un vencedor, que cobra cada dia mayor reputacion.

Es un sacrificador, que se inmola todos los dias.

Es un favorito, que alcanza cada dia nuevas gracias.

CRISTIANO — *(cuya conducta no guarda conformidad con su profesion).*

Es un mónstruo en la Iglesia.

Es el escándalo de los verdaderos fieles.

Es juguete de los libertinos.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Sancti eritis, quoniam ego sanctus sum. LEVIT. XI, 45.

Santos sereis, porque yo soy santo.

Qui autem negaverit me coram hominibus, negabo et ego eum coram Patre meo. MATTH. X, 33.

A quien me negáre delante de los hombres, yo tambien le negaré delante de mi Padre.

Pater, quos dedisti mihi, volo, ut ubi sum ego, et illi sint mecum. JOANN. XVII, 24.

¡Oh Padre! yo deseo *ardientemente* que aquellos que tú me has dado, estén conmigo allí mismo donde yo estoy.

Elegit nos in ipso... ut essemus sancti et inmaculati in conspectu ejus in charitate. EPHES. I, 4.

Por el mismo (Cristo) nos escogió... para ser santos y sin mácula en su presencia por la caridad.

Conversi estis ad Deum à simulacris, servire Deo vivo et vero, et expectare Filium ejus de cœlis, quem suscitavit ex mortuis, Jesum qui eripuit nos ab ira ventura. I THESSAL. I, 9 ET 10.

Os convertisteis á Dios abandonando los ídolos, por servir á Dios vivo y verdadero, y para esperar del cielo á su hijo Jesús (á quien resucitó de entre los muertos) y el cual nos libertó de la ira venidera.

Dedit semetipsum pro nobis, ut nos redimeret ab omni iniquitate, et mundaret sibi populum acceptabilem, sectatorem bonorum operum. TIT. II, 14.

Se dió á sí mismo por nosotros para redimirnos de todo pecado, purificarnos, y hacer de nosotros un pueblo, particularmente consagrado á su servicio, y fervoroso en el bien obrar.

Non corruptibilibus auro vel argento redempti estis de vana vestra conversatione, sed pretioso sanguine quasi Agni immaculati Christi. I PETR. I, 18 ET 19.

Fuisteis rescatados de vuestra vana conducta de vida, no con oro ú plata, que son cosas perecederas; sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un Cordero inmaculado y sin tacha.

Si autem in luce ambulamus, sicut ipse est in luce: societatem habemus ad invicem, et sanguis Jesu Christi Filii ejus emundat nos ab omni peccato. I JOANN. I, 7.

Pero si caminamos á la luz *de la fe* y *santidad*, como él está asimismo en la luz; *síguese de ahí, que* tenemos nosotros una comun y mútua union, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos purifica de todo pecado.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Grande fué el beneficio que Dios dispensó al pueblo de Israel, emancipándole del yugo durísimo de Faraon, y obrando á este fin innumerables é inauditos portentos; pero todo esto era simplemente una figura, que anunciaba los grandiosos y nuevos portentos que obraria el Hijo de Dios, hecho hombre, para libertar de la esclavitud del demonio á su verdadero pueblo.

Es tal la dignidad del cristiano, tal el amor con que el Hijo de Dios lo mira, que hablando, por boca del profeta Zacarías, de su pueblo redimido, parece recibir como propias las injurias que se hacen á sus nuevos hijos: *Qui enim tetigerit vos, tangit pupillam oculi mei.* ZACHAR. II, 27.

El pueblo de Israel, destinado por Dios á poseer una tierra fértil, recibe de su divino Bienhechor una ley, que le intima ser santo: *Viri sancti eritis mihi*, EXOD. XXII, 31: pues si aquel pueblo terreno, gobernado por una ley que solo atendia á las ventajas temporales, debia ser santo, mucho más lo deben ser los cristianos, destinados á la posesion de un reino eterno, á una ley de espíritu y de amor, y honrados contínuamente por innumerables gracias y sublimes sacramentos.

Con mucha razon el Apóstol, escribiendo á los de Efeso, les dice: Dios nos ha elegido en Cristo... para que seamos santos é inmaculados en su presencia (1, 4); y este es el título que en sus epístolas dá á todos los fieles cristianos: con el título de santos se designaba al principio de la Iglesia á los discípulos de Cristo. Véanse ACTOR. IX, 41. ROM. I, 7, 12 Y 13. II CORINTH. I. 1, EPHES. I, 1, y en otros lugares.

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Christianus nemo dicitur recte, nisi qui Christo moribus, prout valet, coæquatur. S. CYPR. DE XII, ABUSIONIB.

Ninguno puede con razon llamarse cristiano, sino el que en sus costumbres, segun su estado, procura imitar á Cristo.

Ipse est christianus qui et in domo sua peregrinum se esse cognoscit. Patria nostra sursum est, ibi hospites non erimus. S. AUG. SUP. PSALM. XXXII.

Es verdadero cristiano, el que, aún en su casa, se considera como forastero: pues nuestra patria es el cielo, donde ya no seremos forasteros.

Ille vere christianus est, qui omnibus misericordiam facit, qui nulla omnino movetur injuria, qui alienum dolorem tamquam proprium sentit; cujus mensam nullus pauper ignorat; qui coram hominibus inglorius habetur, ut coram Deo et angelis gloriatur; qui terrena contemnit, ut possit habere cœlestia; qui opprimi pauperem se præsente non patitur; qui miseris subvenit; qui ad fletum fletibus provocatur alienis, quod bene faciebat Paulus: quis infirmatur, et ego non infirmor? SAN AUGUST. DE VITA CHRISTI.

Es verdadero cristiano, el que usa de misericordia con todos; que no se desconcierta por las injurias; que siente como propio el mal ajeno; que en su mesa admite á los pobres; que vive despreciado de los hombres y goza delante de Dios y de sus ángeles; que desprecia los bienes terrenos para adquirir los celestiales; que no sabe ver con tranquilidad al pobre oprimido; que socorre á los indigentes; que llora con los que lloran, como hacia San Pablo: ¿quién enferma, que no enferme yo con él?

Omnia habemus in Christo, et omnia in nobis Christus. SAN AMBROS. IN QUOD. SERM.

Todo lo poseemos en Cristo, y Cristo es para nosotros todo nuestro bien.

Christianum se putat, qui christianus esse aut confunditur aut veretur. Quomodo potest esse cum Christo, qui ad Christum pertinere aut erubescit, aut metuit? S. CYPRIAN DE LAPS.

Presume ser cristiano el que se avergüenza ú oculta su título: mas ¿cómo puede ser de Cristo el que teme ó se avergüenza de pertenecerle?

Véase: PROBIDAD, HONRADEZ.

CRUZ.

(SEÑAL DE LA)

In nomine Patris, et Filii, et Spiritui Sancti.

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

(Matth. XXVIII, 19.)

Tomo, carísimos oyentes, por tema de mi discurso, las mismas palabras que vosotros pronunciais al hacer la señal de la cruz, sacadas del Evangelio de S. Mateo.

Cuando nuestros lábios balbuceaban todavía, y nuestro espíritu yacia en el sueño de la infancia, ya una madre cariñosa nos acostumbraba á decir: «en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo,» y tomando nuestra mano en su mano, nos hacia acompañar estas palabras con una señal augusta y veneranda. Yo no hallo espectáculo más tierno que el de una madre cristiana, con el hijito puesto en su regazo, enseñándole á formar la señal de la cruz: benditas, benditas sean las madres, por haber santificado, mediante la religion, el primer uso de nuestros miembros; benditas, por perpetuar en las familias una usanza tan piadosa: ¡ojalá sea así siempre, y recuerden que esta práctica es para ellas un deber sagrado!

De todas las demostraciones religiosas, la señal de la cruz es la que hacemos con más frecuencia, y otra de las que tienen vinculadas más singulares gracias; por esto he creido muy útil y de fácil práctica, haceros sobre la misma una corta y familiar instruccion, manifestando, en primer lugar, cuán respetable es; y en segundo, cuán saludable. Ea, pues, amados hermanos, pregonemos, bajo el patrocinio de María, la excelencia de la señal de la cruz y sus efectos admirables, saludándola préviamente con el Arcángel. A. M.

1. La razon primera que debe hacernos estimar la señal de la cruz como dignísima de nuestros respetos, es la grande antigüedad de su orígen: sábios escritores eclesiásticos la vieron ya indicada en la antigua ley, pues los sacerdotes conducian primeramente la víctima segun estaba prescrito en el Levítico, y la pasaban de oriente á occidente, formando así la señal de la cruz. S. Gregorio Nazianceno, y otros con él, opinan, que nuestro Señor, cuantas veces bendecia á sus Apóstoles, formaba sobre ellos la señal de la cruz. Sea lo que fuere de esta opinion respetabilísima, no hay duda, que la señal de la cruz se remonta hasta el orígen del cristianismo. Tertuliano, escritor del siglo II, la menciona como muy comun y generalmente usada en su tiempo; y para que veais, hermanos mios, un ejemplo de la piedad de nuestros mayores, y un testimonio auténtico de la antigüedad de que tratamos, oid las palabras de este escritor: «Comenzamos, dice, todos nuestros actos con la señal de la cruz; en casa y fuera de ella; al sentarnos y al ponernos en pié; por la noche, cuando entran las luces; al ocupar la mesa, siempre marcamos nuestra frente con la señal de la cruz: haciéndola tantas veces y tan á menudo, que parece queda permanente el vestigio de ella. La tradicion, añade, nos ha dejado esta señal divina, la costumbre la ha consagrado, y la fe y la piedad la observan.»

Tal es, hermanos mios, el orígen de esta señal augusta, que, como veis, se remonta á la mayor antigüedad. Prefigurada quizá en el Antiguo testamento, data indubitablemente de los albores del cristianismo, data de la misma cruz; los Apóstoles, instruidos por Jesucristo resucitado, debieron de establecerla en la Iglesia.

No nos extraña poco, en vista de esto, la obcecacion de los sectarios modernos, que desechan la señal de la cruz. Sirvámonos, hermanos mios, como los primeros cristianos, sirvámonos á menudo, y mil veces al dia, de este signo celestial: ¿qué empleo más propio para manos cristianas, que formar sobre el pecho el signo de la redencion? ¿qué palabras más dignas y sublimes para labios cristianos, que los respetabilísimos nombres del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo?

Además de la antigüedad, primer motivo de nuestro respeto hácia la señal de la cruz, hay otro, y es el uso que de la misma hace la Iglesia en las ceremonias del culto y de su vida práctica. Cuanto la Iglesia hace, y practica, debe ser por nosotros considerado como accion del Espíritu Santo, el cual la inspira, la conduce, la dirige y señala sus destinos. Ahora bien; la Iglesia hace un uso eterno y perpétuo de la señal de la cruz: abramos los libros de que en todas

épocas se ha servido, y la veremos emplear á cada momento esta señal, la que, en cierto modo, es el alma de todas sus preces, ceremonias y bendiciones, y su enseña característica, dó quiera y en cualquier circunstancia; de suerte, que sin ella, nada se hace en la Iglesia con regularidad.

Creo no serán ociosos algunos ejemplos: la Iglesia coloca la señal de la cruz en lo alto de sus templos, encima de sus altares, en la piedra del sacrificio, en los ornamentos sacerdotales; repítela hasta lo infinito en la consagracion de sus templos, inscribiéndola en sus muros; úsala en la administracion de los sacramentos, pues por la señal de la cruz quedamos regenerados en las aguas saludables del bautismo; por ella recibimos el don de fuerza en el acto de la confirmacion; por ella nos reconciliamos con Dios en el tribunal de la penitencia; por ella participamos del cuerpo de Jesucristo en el banquete eucarístico; por ella somos promovidos á la dignidad sacerdotal en el sacramento del órden; y, finalmente, cuando en la hora de la muerte recibimos las postreras unciones, los últimos socorros y consuelos de la Iglesia, cuando dos cristianos se enlazan con los vínculos matrimoniales, siempre es por la señal de la cruz. Ella preside á todo y en todas partes. Visto el uso constante que la Iglesia hace de esta señal, no podemos ménos de exclamar: ¡Oh signo glorioso! despues de los sacramentos, tú eres el mas venerado símbolo del poder y de la bondad de Dios.

Pero profundicemos la materia, hermanos mios, y estudiemos esta señal en sí misma. Ella es nuestro emblema y nuestra enseña; por ella nos distinguimos los cristianos de los que no lo son, y hé aquí porque la llevamos impresa en la frente, á fin de que al vernos, sepan todos quiénes somos, á quien pertenecemos, y cual es nuestra profesion de fe. Así como la patria terrena tiene su bandera y estandarte, nuestra patria espiritual tiene tambien su bandera y su divisa, que es la señal de la cruz. Si me traslado á playas lejanas, en medio de un pueblo desconocido, cuya lengua ignoro, tengo un medio infalible para darme á conocer, obtener hospitalidad y hallar una familia: con solo persignarme, reconoceránme al instante mis hermanos regenerados como yo en el Calvario, todos correrán á estrecharme la mano, y serán mis protectores en suelo extraño y desconocido.

La señal de la cruz es tambien el símbolo, el resúmen de toda nuestra religion; y yo la considero, además, como un memorial de los misterios cristianos, y un compendio de nuestras creencias. Miro en ella, primeramente, el objeto primordial de nuestra fe y el más sublime y profundo de nuestros misterios: el de la Santísima Trinidad. Decimos al santiguarnos: *en el nombre, in nomine*, en singular, para declarar la unidad de Dios, misterio que el mundo pagano ignoró por espacio de cuatro mil años. Si Dios no es uno, único y solo, no es verdadero Dios. Proclamada la unidad de Dios por medio de la primera palabra: *En el nombre*, reconocemos claramente la trinidad de las personas divinas, añadiendo: *Del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo.*

Tambien la señal de la cruz nos representa el misterio de la Redencion, y, en consecuencia, el de la Encarnacion. Segun observa un santo padre, cuando formamos esta señal, trazamos en nosotros la escena del Calvario, nos representamos la pasion y la muerte de Jesucristo, no solamente con las circunstancias de aquel misterio, sino con enunciacion del triunfo que reportó sobre la muerte y sobre el infierno. Cuando os persignais vosotros, hermanos mios, estais haciendo un acto implícito de fe en todas estas verdades y en todos estos misterios; es como si rezarais vuestro símbolo; como si en compendio repitierais, que sois cristianos católicos, y que teneis por cierto cuanto Jesucristo os reveló y os enseña la Iglesia.

La señal de la cruz es, además, un resúmen de nuestros deberes. En efecto, toda la moral del Evangelio estriba en la cruz; lo dijo Jesucristo: el que quiera ser mi discípulo, tome su cruz y sígame. San Pablo dice asimismo: no hay elegidos ni predestinados sino entre los que se conforman con Jesucristo; y ¿qué es Jesucristo, hermanos mios, sino la personificacion de la cruz? Jesús, á quien adorais, es el martirio, la pasion, la muerte sobre la cruz: en la cruz está la salud, la vida, la tutela contra los enemigos de nuestra salvacion; no hay salud ni esperanza para la vida eterna sino en la cruz, con la cruz, y por la cruz.

Tal vez, hermanos mios, os parezca duro y penoso este aserto, pero consignado se halla en el Evangelio; por consiguiente, en vano pretendereis salvaros y ser santos, si no seguís el camino de la cruz. ¿No echais de ver la asombrosa relacion que media entre estas máximas inconcusas, y la señal de la cruz que cada dia formais? Imposible es santiguarse con alguna atencion y reflexion, sin que se conciba una idea viva y actual de todos los deberes cristianos, sin que se traigan á la memoria las condiciones de que nuestra salvacion depende, y los medios que para lograrla conviene emplear.

La religion y la moral cristiana se reasumen á la par en el amor y en la caridad: amor de Dios; caridad fraterna; pues bien, ambos preceptos están admirablemente simbolizados en la señal de la cruz.

Por medio de ella confesamos á un mismo Padre, de quien todos somos hijos; á un mismo Hijo, de quien todos somos hermanos; y á un mismo Espíritu Santo, por quien todos somos animados; ella, además, nos recuerda el exceso de la caridad de un Dios para con nosotros, y su heróico sacrificio, pues no cabe prueba más notoria del amor que se tiene á unos hermanos, que el dar la vida por ellos. Esta señal representa igualmente lo que son, por la necesidad de su naturaleza, las tres divinas personas; nos enseña á reproducir entre nosotros aquel contínuo comercio de estimacion y afecto, que existe en la Santísima Trinidad; y nos induce á guardar la misma perfecta unidad en que la Santísima Trinidad subsiste, á pesar de su triple y distinta personalidad. Hé aquí, hermanos mios, en rápido, aunque incompleto bosquejo, lo que significa y encierra la señal de la cruz: ojalá, al formarla, tengais presentes algunas de las ideas que acabo de emitir.

2. La señal de la cruz merece, de consiguiente, vuestros respetos, ya, por la antigüedad de su orígen; ya, por el frecuente uso que de ella hace la Iglesia; ya, por los misterios prodigiosos y los milagros que nos recuerda. Veamos ahora en brevísimas palabras, cuán saludable es esta señal. Es saludable, no solo porque nos trae á la memoria nuestros deberes, sino porque nos sirve de auxilio, socorro y gracia para su más perfecto y fácil desempeño. La señal de la cruz, que repetís diariamente, es una oracion, por medio de la cual invocais á las tres divinas personas. Rogais tambien á Jesús al hacerla, y, de consiguiente, cuantas gracias se hallan vinculadas á la oracion alcanzan á esta señal. Por ella, finalmente, se pone coto á los enemigos de nuestra salvacion.

Los santos padres nos dicen, que la señal de la cruz es una arma infalible contra el demonio, un preservativo contra los encantos, una vara que el cristiano blande, y con la que arredra al demonio. Hé aquí, hermanos mios, porque el infierno, en todos tiempos, ha procurado rechazar la señal de la cruz, bastando observar la saña con que la miraban los heresiarcas de diferentes épocas, el horror que en particular le tienen los sectarios de nuestros dias, y la rabia de los perseguidores contra ella; pues consta en las actas de los mártires, cuya frecuente lectura os recomiendo, que con un hierro encendido marcaban la señal de la cruz en la frente de los primitivos cristianos.

Semejante aversion y ojeriza de los herejes contra la señal de la cruz acredita la eficacia de ella. A vosotros toca ahora saberla oponer con santo denuedo á las acometidas del infernal enemigo, diciéndole: esta es la cruz de mi Salvador; ¡huye, tentador villano! ¡hé aquí el leon de la tribu de Judá!

Siendo, además, una oracion, participa como tal de las bendiciones celestiales: taumaturgos hubo, que con solo la señal de la cruz volvian la vista al ciego, el oido al sordo, y el movimiento al tullido; y de ello abundan pruebas irrecusables, emitidas por graves autores, y corroboradas por testigos de vista, que seria largo referir. No acabaria si quisiese enumerar todas las gracias vinculadas á la señal de la cruz. Esta señal consagra y ennoblece las acciones más vulgares; es el medio más prodigioso para entrar en comunicacion con Dios; y segun dictámen de un sabio teólogo católico, ella basta para obtener perdon de los pecados veniales. Vuelvo á decirlo: despues de los sacramentos, nada hay tan eficáz para salvarse y conseguir los prodigios de la gracia como la señal de la cruz.

3. En conclusion de esta materia, voy á dirigirme á vuestra conciencia, para deciros cuáles son vuestros deberes respecto á la señal de la cruz. Permitid, hermanos mios, os hable con todo el desahogo y la franqueza á que mi ministerio me autoriza. De cuatro maneras pecais contra esta señal: 1.° por avergonzaros de hacerla, 2.° por olvidaros de hacerla, 3.° por hacerla mal, y 4.° por hacerla sin devocion y sin fe.

Primeramente os avergonzais de hacerla, cediendo al miedo á los respetos humanos. ¿No es cierto, que son muy pocos en el dia los que osan persignarse al ocupar una mesa extraña? Ya sé que la prudencia cristiana obliga en ocasiones á guardar cierta reserva, para no exponer á la befa nuestros signos venerandos; pero estos casos son excepcionales, y, á Dios gracias, todavía hay muchas familias cristianas y honradas, en las que se respetarian vuestras convicciones, y hasta causaria edificacion que las manifestaseis con tan augusta señal. En aquellas mismas casas cristianas é inofensivas, que participaron de nuestros sentimientos, que eran fieles y consideradas como centros de piedad, las cuales por la poca edificacion de nuestras gracias descuidaron sus prácticas religiosas; ¿no os ha sucedido temer y ruborizaros de enarbolar la señal de la cruz en presencia de vuestros deudos y amigos? ¡Ah, hermanos mios! esa es una cobardía imperdonable, eso es desconocer y hacer traicion á la fe. Espero os bastará esta advertencia, para que mostreis más firmeza en lo sucesivo.

En segundo lugar, descuidais ú omitís hacer la señal de la cruz. Segun enseñan todos los catecismos, y el catecismo es un libro que hace autoridad en la Iglesia, tenemos obligacion de santiguarnos al comenzar y al acabar cualquier acto importante, y, sobre todo, si

nos acomete alguna tentacion. Sed francos, y respondedme en conciencia: ¿cuántas veces hubiéramos evitado el riesgo de caer en pecado mortal, cuántas hubiéramos salido vencedores, á pensar solamente en armarnos con esta señal victoriosa?

En tercer lugar, haceis mal la señal de la cruz: el movimiento de vuestra mano al santiguaros, no la representa, y esto es inferirle un verdadero agravio. En la religion, hermanos mios, no hay cosa alguna de poco valer; todo tiene una trascendencia inmensa. Recordad lo que hace poco os decia acerca de la eficacia y de las maravillas contenidas en esta divina señal, y aprovechaos de esta nueva leccion: precisamente lo que la Iglesia más desea, es poner sus augustos misterios al alcance de todos sus hijos.

Por último, haceis la señal de la cruz sin devocion y sin fe. Si poco há os hubiese referido algunos de los milagros obrados por la señal de la cruz, tal vez no me habríais creido, preguntándome el motivo porque Dios se muestra tan avaro de las maravillas que en otro tiempo prodigaba. Los motivos son vários, pero uno de los mayores, es sin duda la falta de devocion, de piedad, y de fe, que caracteriza á nuestra época. Es notorio, que ya no tenemos, como tuvieron nuestros padres, aquella fe, que traslada las montañas; aquella fe, que animaba á los santos, cuando acercándose á un cadáver le decian, formando la señal de la cruz: ¡levántate en el nombre de Jesucristo! y el difunto se levantaba, con admiracion de todos, y se ponia á glorificar á Dios. Solo la fe y la virtud de los primitivos cristianos son las que producian semejantes milagros.

En conclusion, y para corroborar la presente plática, voy á recomendaros algunas devotas usanzas. Casi todas vuestras casas, particularmente en las capitales, contienen un buen ajuar, ricos muebles, selectas librerías, elegantes colgaduras; pero les falta una cosa, un Crucifijo. Si sobreviene en la familia alguna calamidad, y se tiene que correr á la parroquia para la administracion de sacramentos, en vano es révolver todas las baratijas para dar con una imágen del Crucificado, la que muchas veces debe irse á buscar al humilde aposento de los domésticos. Allí en efecto está el Crucifijo, que desterrais de vuestros salones y gabinetes fastuosos. Esta falta, hermanos mios, debe repararse, y conviene, que el símbolo de nuestra redencion se instale lo más pronto posible en el seno del hogar doméstico.

Os recomiendo asimismo á cuantos estais escuchándome, que lleveis sobre el pecho la imágen de Jesús crucificado, para que os sirva de escudo contra los tiros del enemigo. Si éste os ataca y amenaza, poned la mano sobre la cruz, y repetid aquellas benditas palabras: *en nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo*, con las cuales vencereis, sin duda alguna, conforme vencereis en la hora postrera si apretais sobre vuestros labios y contra vuestro corazon la imágen del Redentor, que acompañará vuestros yertos despojos, y os servirá de garantía para una resurreccion gloriosa. ¡Quiera Dios concedérnosla! así sea.

CRUZADA, véase: (BULA DE LA).

CUARESMA.

(CONDUCTA DEL ALMA CRISTIANA EN TIEMPO DE)

Ecce nunc tempus acceptabile, ecce nunc dies salutis.

Llegado es ahora el tiempo favorable; llegado es ahora el dia de la salvacion.

(*II Cor.* VI, 2.)

Todos los años, hermanos mios, al acercarse la santa cuaresma, la Iglesia llama á sus hijos á la penitencia; y cada año, al llegar este tiempo de expiacion, hállalos apegados á las mismas vanidades, entregados á las mismas ilusiones, sujetos á las mismas pasiones y debilidades. No hablo de aquella multitud de cristianos infieles para quienes todos los tiempos son indiferentes, todos los dias son iguales, sin distinguir siquiera los más santos y solemnes; de aquellos cristianos, que apenas se acuerdan de la cuaresma, ni saben cuando empieza ó acaba; y que si de algo de esto se acuerdan, es únicamente para añadir el desprecio de la ley al escándalo de la infraccion. Para éstos toda exhortacion seria vana, pues ni ablandaria su corazon, ni llegaria siquiera á sus oidos. La Iglesia, al ver la obcecacion y la

nos acomete alguna tentacion. Sed francos, y respondedme en conciencia: ¿cuántas veces hubiéramos evitado el riesgo de caer en pecado mortal, cuántas hubiéramos salido vencedores, á pensar solamente en armarnos con esta señal victoriosa?

En tercer lugar, haceis mal la señal de la cruz: el movimiento de vuestra mano al santiguaros, no la representa, y esto es inferirle un verdadero agravio. En la religion, hermanos mios, no hay cosa alguna de poco valer; todo tiene una trascendencia inmensa. Recordad lo que hace poco os decia acerca de la eficacia y de las maravillas contenidas en esta divina señal, y aprovechaos de esta nueva leccion: precisamente lo que la Iglesia más desea, es poner sus augustos misterios al alcance de todos sus hijos.

Por último, haceis la señal de la cruz sin devocion y sin fe. Si poco há os hubiese referido algunos de los milagros obrados por la señal de la cruz, tal vez no me habríais creido, preguntándome el motivo porque Dios se muestra tan avaro de las maravillas que en otro tiempo prodigaba. Los motivos son vários, pero uno de los mayores, es sin duda la falta de devocion, de piedad, y de fe, que caracteriza á nuestra época. Es notorio, que ya no tenemos, como tuvieron nuestros padres, aquella fe, que traslada las montañas; aquella fe, que animaba á los santos, cuando acercándose á un cadáver le decian, formando la señal de la cruz: ¡levántate en el nombre de Jesucristo! y el difunto se levantaba, con admiracion de todos, y se ponia á glorificar á Dios. Solo la fe y la virtud de los primitivos cristianos son las que producian semejantes milagros.

En conclusion, y para corroborar la presente plática, voy á recomendaros algunas devotas usanzas. Casi todas vuestras casas, particularmente en las capitales, contienen un buen ajuar, ricos muebles, selectas librerías, elegantes colgaduras; pero les falta una cosa, un Crucifijo. Si sobreviene en la familia alguna calamidad, y se tiene que correr á la parroquia para la administracion de sacramentos, en vano es révolver todas las baratijas para dar con una imágen del Crucificado, la que muchas veces debe irse á buscar al humilde aposento de los domésticos. Allí en efecto está el Crucifijo, que desterrais de vuestros salones y gabinetes fastuosos. Esta falta, hermanos mios, debe repararse, y conviene, que el símbolo de nuestra redencion se instale lo más pronto posible en el seno del hogar doméstico.

Os recomiendo asimismo á cuantos estais escuchándome, que lleveis sobre el pecho la imágen de Jesús crucificado, para que os sirva de escudo contra los tiros del enemigo. Si éste os ataca y amenaza, poned la mano sobre la cruz, y repetid aquellas benditas palabras: *en nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo*, con las cuales vencereis, sin duda alguna, conforme vencereis en la hora postrera si apretais sobre vuestros labios y contra vuestro corazon la imágen del Redentor, que acompañará vuestros yertos despojos, y os servirá de garantía para una resurreccion gloriosa. ¡Quiera Dios concedérnosla! así sea.

CRUZADA, véase: (BULA DE LA).

CUARESMA.

(CONDUCTA DEL ALMA CRISTIANA EN TIEMPO DE)

Ecce nunc tempus acceptabile, ecce nunc dies salutis.

Llegado es ahora el tiempo favorable; llegado es ahora el dia de la salvacion.

(*II Cor.* VI, 2.)

Todos los años, hermanos mios, al acercarse la santa cuaresma, la Iglesia llama á sus hijos á la penitencia; y cada año, al llegar este tiempo de expiacion, hállalos apegados á las mismas vanidades, entregados á las mismas ilusiones, sujetos á las mismas pasiones y debilidades. No hablo de aquella multitud de cristianos infieles para quienes todos los tiempos son indiferentes, todos los dias son iguales, sin distinguir siquiera los más santos y solemnes; de aquellos cristianos, que apenas se acuerdan de la cuaresma, ni saben cuando empieza ó acaba; y que si de algo de esto se acuerdan, es únicamente para añadir el desprecio de la ley al escándalo de la infraccion. Para éstos toda exhortacion seria vana, pues ni ablandaria su corazon, ni llegaria siquiera á sus oidos. La Iglesia, al ver la obcecacion y la

indiferencia de estos hombres, llora por ellos, é implora de la bondad divina una de aquellas gracias poderosas que despiertan al pecador de su mortal sueño, y le hacen ver la vaciedad, la ignominia y las funestas consecuencias de una vida dedicada enteramente á la satisfaccion de los apetitos é instintos terrenales, con absoluto olvido de las necesidades, y de la futura suerte de una alma inmortal.

Hablo de aquellos hombres, católicos por la fe, y, hasta cierto punto, tambien por las obras, que, ya sea por costumbre, ó por decencia, por respeto á las tradiciones de familia, ó por verdadero escrúpulo de conciencia, temerian confundir con las otras épocas del año el tiempo de la penitencia cuadragesimal; que hasta observan con más ó ménos escrupulosidad los preceptos cuaresmales, y de quienes, sin embargo, puede decirse, como de los pescadores del Evangelio, *que despues de haber trabajado toda la noche, se encuentran con las manos vacías*, esto es, que dejan transcurrir la cuaresma sin sacar de ella el menor fruto, sin enmendar su vida, ni reformar sus costumbres, ni hacer progreso alguno en la virtud.

¿Será quizás, que estos tales yerren en cuanto al objeto final del precepto, ateniéndose á la *letra que mata*, y despreciando *el espíritu que vivifica;* tomando los medios por el objeto, y creyendo haber santificado dignamente con algunos ayunos y con la abstinencia de ciertos manjares un tiempo destinado, segun la mente de la Iglesia, á la completa renovacion del hombre interior? Me temo mucho que sí. En tal caso, el remedio de este error está en la adopcion de un plan de conducta, que haga la cuaresma provechosa para el alma cristiana. Voy, pues, á trazar en pocas palabras este plan. Imploremos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Ante todo, se ha de considerar, que la cuaresma es un tiempo destinado al retiro y á la meditacion. Antes de llegar á la tierra prometida, es menester atrevesar el desierto. El alma fiel, que quiere recorrerlo con fruto, desde el momento que se acerca á él, empieza á recogerse; y una vez ha entrado en él, no solo renuncia á toda diversion profana, á las disipaciones del juego, de los banquetes y de las reuniones mundanas, sino que procura evitar igualmente las conversaciones frívolas y las visitas ociosas. Suspende toda relacion exterior que no sea prescrita por las necesidades de su estado, ó por los deberes de la más estricta cortesía, formándose en su interior una vida de silencio y de soledad, *porque en la soledad habla Dios al corazon*, Osee. xi, 14, y su voz se pierde en medio del tumulto del mundo. Reconcentra dentro de sí sus sentidos, distraidos por la seduccion de las cosas visibles y objetos exteriores, á la manera que el sol, al retirarse de nuestro hemisferio, absorbe, al parecer, sus rayos para concentrarlos en un mismo foco. Nada teme tanto como la disipacion, porque sabe que la disipacion apaga el espíritu de piedad, del mismo modo que el soplo apaga la llama. De esta manera, acercándose á sí misma, se acerca á Dios, el cual nos asegura, que *su reino está dentro de nosotros mismos*. Luc. xvii, 21.

Pero no basta retirarse, y separarse exteriormente del mundo; porque es fácil llevarse consigo á la más secreta soledad los deseos, los recuerdos, las impresiones é ideas mundanas, si no se procura dar al espíritu una séria y constante ocupacion para fijar su movilidad. De aquí se infiere, que la cuaresma es, en segundo lugar, un tiempo de meditacion y de oracion. El alma fiel se retira con el solo objeto de tener una conversacion mas libre, frecuente y habitual con su Dios. Vésela cada aurora en el templo santo, postrada ante el altar en que se celebra el divino sacrificio; y vésela tambien allí cuando el sol de justicia, saliendo de sus augustas tinieblas, preséntase sentado en un trono de clemencia á las adoraciones de su su pueblo, á quien jamás despide sin haberle colmado de dulcísimas bendiciones. Dánle naturalmente materia para sus fervorosas meditaciones los dolorosos misterios que se cumplieron en el Calvario, y para cuya perpétua memoria fué instituida la cuaresma. Conságrase con amor á la práctica de los piadosos ejercicios, que con vivas imágenes nos representan y sensibilizan, por decirlo así, las escenas de la redencion de los hombres; la adoracion de la cruz, la via dolorosa, los oficios y fúnebres ceremonias de la Iglesia, tan propias para excitar y alimentar la compuncion en nuestros corazones, y que causan en nosotros impresiones tanto más fuertes y tiernas, cuanto más se aproxima el desenlace del sangriento drama, que principia en el huerto de los Olivos y termina en la cima del Gólgota

2. Empero el manantial de la oracion se nos agotaria muy pronto si no lo alimentase la palabra divina; y de ahí, el que la cuaresma sea tambien por excelencia el tiempo de la predicacion. En las otras épocas del año, la palabra de Dios es más rara, las ocasiones de oirla no son tan frecuentes; mas en tiempo de cuaresma todas las trompetas evangélicas suenan á la vez; todos los púlpitos están ocupados; los sacerdotes se multiplican, por decirlo así, para distribuir el pan de la doctrina á los hijos de Dios. En lo restante del año los predicadores tocan tan solo ligeramente, y como de paso, algunos puntos morales ó dogmáticos, porque la brevedad del tiempo no les permite tratarlos con más extension; pero durante la cuaresma la

predicacion se convierte en una série no interrumpida de instrucciones, en un curso completo de enseñanza, cuyas partes se enlazan y fortifican unas á otras, como los anillos de una cadena, logrando así con más facilidad introducir la conviccion en los entendimientos y la persuasion en los corazones. No es necesario preguntar si esa alma fervorosa, que os propongo por modelo de la conducta que debeis observar en tiempo de cuaresma, se muestra deseosa de recoger la parte que le corresponde del celestial rocío que se distribuye con tanta abundancia; ni tampoco debe preguntarse si procura no perder ninguna de aquellas instrucciones, tan estrechamente enlazadas, que el que deja de oir una sola se expone á perder el fruto de todas las otras. No temais que se excuse de asistir á la predicacion pretextando la imposibilidad de abandonar el hogar doméstico, la humedad ó el rigor de la estacion; ántes al contrario, arrostrará gustosa todas estas incomodidades, considerándolas como una penitencia, ó mejor, como un nuevo mérito que añade á la penitencia de la cuaresma. Ella no mira si las horas de la predicacion se avienen ó no con sus costumbres; mas distribuye sus horas y arregla sus costumbres de manera que pueda asistir asiduamente á la predicacion. No bastándole la asiduidad en la asistencia, escucha con respeto, con fe y con docilidad la voz del predicador: no juzga la palabra por la cual ha de ser juzgada; recíbela no como la palabra de un hombre, sino como la palabra de Dios; saca de ella ricos tesoros de gracias y de luz, y *se retira dichosa de haberla oido, y más dichosa aún de conservarla en un corazon fiel.* Luc. xi, 28.

No ménos atencion pone en rechazar las sugestiones de la molicie, en cuanto pueden contravenir á las prescripciones de la cuaresma, que es, en cuarto lugar, el tiempo del ayuno y de la abstinencia. Si cree tener alguna razon que la dispense del rigor cuadragesimal, la pesa, no con el peso de la naturaleza, inclinado siempre á la relajacion, sino con la balanza del santuario; y en caso de duda, consulta sencillamente y sin prevencion. No exagera su debilidad, porque sabe que toda dispensa que se obtiene sin causa legítima, es nula de hecho y de derecho; y que aún cuando sorprendiera la buena fe de un médico ó de un confesor, no por esto dejaria de ser responsable de la infraccion de la ley ante Dios y ante su propia conciencia. Tampoco exagera sus fuerzas, pues no ignora que el ayunar y guardar abstinencia cuando la salud no lo permite, es un abuso de la penitencia; que la satisfaccion más agradable á Dios, no tanto consiste en la inmolacion de las víctimas, como en la ofrenda de un corazon contrito y humillado; y que la ley del ayuno deja de ser obligatoria

desde el instante que no cumple su objeto, esto es, cuando en vez de dar al alma más libertad y vigor, entorpece sus alas, y le impide remontarse á la contemplacion de las cosas eternas. Pero si alguna vez se ve en la necesidad de ser indulgente con la naturaleza, entónces procura compensar esta indulgencia con la mayor represion de sus sentidos y pasiones, y se esfuerza en suplir con la mortificacion del espíritu el defecto de la penitencia corporal.

3. La cuaresma es, en quinto lugar, el tiempo de la confesion de los pecados y de la comunion eucarística. La cuaresma es la preparacion para la Pascua. Morimos por la penitencia para resucitar con Jesucristo; mas no podemos resucitar con Jesucristo, si no comemos el pan vivo, prenda de inmortalidad. Muchos incurren sobre este punto en un error deplorable: cumplen con bastante exactitud los preceptos del ayuno y de la abstinencia, pero no se acuerdan de *gustar el fruto de la vida, que es el premio del vencedor.* Apoc. xi, 7. No así procede el alma cristiana, que hemos tomado por modelo, y que tan versada se nos ha mostrado en la inteligencia del espíritu y objeto de la cuaresma. Ella sabe muy bien, que miéntras atravesamos este desierto no basta para curar nuestras llagas, que contemplemos la serpiente de bronce, Jesucristo crucificado por nuestros pecados; sino que debemos tambien, so pena de morir desfallecidos, comer el pan bajado del cielo. La comunion pascual está siempre delante de sus ojos como el término de su carrera y el objeto de su viaje: á ella se encaminan todos sus deseos y aspiraciones; á ella se dirigen cuantos esfuerzos hace para purificarse de sus manchas. Así es, que, para sumergirse en la piscina saludable, no espera, como muchos otros cristianos tibios y remisos, el momento que va á cerrarse, ó en que va á desaparecer el ángel que agita sus aguas; pues tan pronto como se abren las sagradas fuentes, acude á ellas presurosa para lavarse, no habiendo para ella mejor medio de prepararse á la comunion pascual, que el de recibir con frecuencia, y cada vez con más fervor, la comunion ordinaria.

Por último, la cuaresma es el tiempo de la limosna; es la época de la cosecha para el pobre, que si en otro tiempo siembra con lágrimas, ahora coge con alegría. La Iglesia, siempre sábia y amorosa, no pierde nunca ocasion alguna propia para instruirnos y mejorarnos: nos impone durante algunos dias ciertas privaciones, para excitar nuestros, piadosos sentimientos en favor de aquellos hermanos nuestros que padecen hambre durante todo el año. Si alguna limitacion impone á nuestro lujo, y á las superfluidades de nuestras mesas, no es para que la avaricia acreciente sus tesoros, sino para

que la caridad aproveche los ahorros de la penitencia. Y á la verdad, hermanos mios, sus exhortaciones nunca fueron tan oportunas como en las circunstancias presentes. A su voz maternal, que aboga siempre á favor de los desgraciados, se unen ahora los clamores de un pueblo infortunado que carecen de trabajo y de pan. La mano del Señor, que debemos bendecir siempre, aún cuando nos castiga, hános dispensado en estos dias, como dice el profeta, los alimentos de primera necesidad *con medida estrecha*. Isai. xxx, 20. La carestía de las subsistencias y demás artículos á la humana vida necesarios, ha venido á aumentar para las clases indigentes los rigores del invierno. Pensad, amados hermanos, que cuando la Providencia del cielo parece que nos abandona, es para dar á la providencia de la tierra ocasion de manifestarse. ¿Y qué es lo que constituye esta providencia? No la constituye, por cierto, un hombre, ni algunos hombres, ni algunas familias; ¡débil recurso para tan inmensa calamidad! Constitúyela el concurso de todos para el alivio de todos: la aseguracion, por decirlo así, de la vida de cada hombre por todos sus hermanos; la cooperacion de todos los cristianos, en cuanto se auxilien y socorren mútuamente, segun sus respectivas posibilidades, unos por medio de suscriciones, otros con limosnas individuales, otros con su trabajo personal: en una palabra, la providencia humana es la gota de agua, que multiplicada hasta lo infinito, se convierte en arroyo y en rio, que reverdece y fertiliza los tristes desiertos de la humanidad.

Santificad de este modo la cuaresma, hermanos mios; vivid de fe, de recogimiento, de oracion; vivid del pan de la palabra, y del pan de la eucaristía, del pan de las lágrimas y de la penitencia; vivid y dad la vida con piadosas larguezas, y observareis la ley en su espíritu, y en su verdad. Santificad la cuaresma, y estos dias, con harta frecuencia estériles para vosotros, serán verdaderamente *un tiempo de propiciacion, dias de salud*, durante los cuales recogereis abundantes gracias, y reunireis un tesoro de méritos, cuya eficacia se extenderá á todo el resto del año; y como dice el profeta Isaías, ponderando los frutos del ayuno perfecto, *vereis resplandecer vuestra luz como el astro del dia; vuestra alma recobrará la salud, vuestra justicia irá delante de vosotros, y la gloria del Señor os acogerá en su seno.* lviii, 8. De este modo, en el gran dia de las solemnidades pascuales, que coronan las solemnidades expiatorias, experimentareis en vuestra alma una renovacion de fuerzas y de vida, semejante á ese rejuvenecimiento de la naturaleza, que en la misma época del año devuelve la serenidad al cielo y la fecundidad á la

tierra; y finalmente alcanzareis aquella felicidad que nos está preparada en el cielo, y que os deseo á todos.

DIVISIONES.

CUARESMA.—Ordenándonos la Iglesia la mortificacion de nuestro cuerpo durante la cuaresma, nos demuestra, que en este tiempo las superfluidades pueden ser hasta un motivo de escándalo.

Habiendo la Iglesia instituido la cuaresma para que sus hijos lloren sus pecados, nos enseña, que este tiempo no debe destinarse á diversiones.

CUARESMA.—Es un tiempo santo, durante el cual es preciso apartarse de todas las ocasiones de pecado.

Es un tiempo de recogimiento, durante el cual es preciso huir de todo lo que puede distraernos.

Es un tiempo de satisfaccion por nuestros pecados, durante el cual es preciso que nos dediquemos á todos los ejercicios de penitencia.

CUARESMA.—La especial misericordia de la Iglesia en tiempo de cuaresma, debe alentar á los débiles.

La exactitud con que los buenos cumplen los preceptos, debe animar á los pusilánimes.

El fervor de los primeros cristianos en la observancia de la cuaresma, debe humillar á los poco devotos.

CUARESMA DE LOS BUENOS.—Sus ejercicios ordinarios son:

1.° La asistencia á la predicacion.

2.° La oracion.

CULTO.

(NECESIDAD DE UN CULTO.)

I.

Dominum Deum tuum adorabis.
Adorarás al Señor Dios tuyo.
(Matth. IV, 10.)

Nada hay más comun en nuestros dias, que hombres que viven sin religion y sin Dios, ya, porque ostenten ser incrédulos por sistema, ya, porque se abandonen á una indolencia dulce en la apariencia, aunque funesta en la realidad. Ateos en su conducta, contemplan las maravillas de la naturaleza sin elevarse jamás hasta su autor; disfrutan de todos los beneficios de la creacion, sin subir nunca hasta su orígen por medio del reconocimiento; y como si estuvieran fuera del imperio del Criador, no siguen más regla en sus sentimientos y en sus acciones que la inclinacion que los domina; miran como una cosa inútil los homenajes del entendimiento y del corazon que se tributan á la Divinidad; y graduan de prácticas pueriles y supersticiones populares las demostraciones exteriores y públicas, como los ritos sagrados y las fiestas religiosas. Ha habido y hay tal empeño en combatir, no solo al culto que llamamos externo, sino el mismo culto interno, que habrian sin duda desaparecido uno y otro, sino fuesen una necesidad del corazon, que, no pudiendo dejar de amar el bien, tiene que amar á la bondad infinita. Es necesario, pues, combatir los sofismas dirigidos á justificar el hábito verdaderamente mónstruoso, de vivir sin tributar ninguna clase de homenajes á la suprema Majestad; es preciso demostrar la necesidad de un culto. Hay ciertas verdades, que, por sabidas, debieran callarse; y que por estar sancionadas con el voto unánime de todos los pueblos, no debieran discutirse; y, sin embargo, de que la necesidad de un culto es del número de ambas verdades, nos vemos precisados á demostrarla. Nuestro siglo tiene la osadía de llamarse á sí mismo ilustrado, bien que lo sea de retroceso y de ignorancia; y lleva su descaro hasta declarar la guerra al mismo Dios, y disputarle sus derechos; justo es, que nos esforcemos á defenderlos. Para proceder con órden y claridad, hoy solamente nos ocuparemos en probar la necesidad de un culto. Pidamos antes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Si consultamos la razon, nos dirá; que hay un Dios criador, el cual poseyendo la plenitud del ser, y siendo el orígen de la vida, ha comunicado la existencia á cuanto compone este universo; un Dios conservador, que todo lo gobierna por medio de su sabiduría, despues de haberlo criado todo por su poder; que extiende su providencia universal á todos los seres, desde los cielos estrellados, hasta la flor de los campos, sin ser más grande en las cosas más pequeñas, ni más pequeño en las más grandes; un Dios legislador supremo, que mandando cuanto es bueno y prohibiendo todo lo malo, manifiesta á los hombres su voluntad santa por el ministerio de la conciencia; un Dios, en fin, juez soberano de todos los hombres, que tratará á cada uno en la vida futura segun sus obras, señalando castigos al vicio, y premios á la virtud. Esta es una doctrina reconocida por la razon más sana, cuyo conocimiento, aunque en diferentes grados, es tan universal, como el género humano; doctrina, que existia ya pura entre los Hebreos, se halla mucho más clara entre los cristianos; y aunque las supersticiones paganas pudieran obscurecerla, jamás ha llegado á aniquilarse en ningun pueblo de la tierra. Estos son puntos de creencia independientes de las vanas opiniones de los hombres y de los argumentos de los sofistas, porque la razon los demuestra de un modo evidente.

¿Y quién no ve, que de estas mismas nociones de la Divinidad se derivan deberes religiosos para con ella? ¿Quién no conoce, que al descubrirnos la razon lo que Dios es respecto de nosotros, nos descubre en esto mismo lo que nosotros debemos ser con respecto á Él? Si es nuestro Criador, ¿no deberemos hacerle homenaje del ser que hemos recibido de su bondad omnipotente? Si nos conserva una vida de que es árbitro, y de que á cada momento podria privarnos, ¿no es cada instante, que gozamos de ella, un nuevo beneficio, que exige de nuestra parte un nuevo sentimiento de gratitud? Si es nuestro legislador, ¿no deberemos obedecer sus leyes, y tomarlas por reglas de nuestros afectos y de nuestra conducta? Y si, en fin,

CULTO.

(NECESIDAD DE UN CULTO.)

I.

Dominum Deum tuum adorabis.
Adorarás al Señor Dios tuyo.
(Matth. IV, 10.)

Nada hay más comun en nuestros dias, que hombres que viven sin religion y sin Dios, ya, porque ostenten ser incrédulos por sistema, ya, porque se abandonen á una indolencia dulce en la apariencia, aunque funesta en la realidad. Ateos en su conducta, contemplan las maravillas de la naturaleza sin elevarse jamás hasta su autor; disfrutan de todos los beneficios de la creacion, sin subir nunca hasta su orígen por medio del reconocimiento; y como si estuvieran fuera del imperio del Criador, no siguen más regla en sus sentimientos y en sus acciones que la inclinacion que los domina; miran como una cosa inútil los homenajes del entendimiento y del corazon que se tributan á la Divinidad; y graduan de prácticas pueriles y supersticiones populares las demostraciones exteriores y públicas, como los ritos sagrados y las fiestas religiosas. Ha habido y hay tal empeño en combatir, no solo al culto que llamamos externo, sino el mismo culto interno, que habrian sin duda desaparecido uno y otro, sino fuesen una necesidad del corazon, que, no pudiendo dejar de amar el bien, tiene que amar á la bondad infinita. Es necesario, pues, combatir los sofismas dirigidos á justificar el hábito verdaderamente mónstruoso, de vivir sin tributar ninguna clase de homenajes á la suprema Majestad; es preciso demostrar la necesidad de un culto. Hay ciertas verdades, que, por sabidas, debieran callarse; y que por estar sancionadas con el voto unánime de todos los pueblos, no debieran discutirse; y, sin embargo, de que la necesidad de un culto es del número de ambas verdades, nos vemos precisados á demostrarla. Nuestro siglo tiene la osadía de llamarse á sí mismo ilustrado, bien que lo sea de retroceso y de ignorancia; y lleva su descaro hasta declarar la guerra al mismo Dios, y disputarle sus derechos; justo es, que nos esforcemos á defenderlos. Para proceder con órden y claridad, hoy solamente nos ocuparemos en probar la necesidad de un culto. Pidamos antes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Si consultamos la razon, nos dirá; que hay un Dios criador, el cual poseyendo la plenitud del ser, y siendo el orígen de la vida, ha comunicado la existencia á cuanto compone este universo; un Dios conservador, que todo lo gobierna por medio de su sabiduría, despues de haberlo criado todo por su poder; que extiende su providencia universal á todos los seres, desde los cielos estrellados, hasta la flor de los campos, sin ser más grande en las cosas más pequeñas, ni más pequeño en las más grandes; un Dios legislador supremo, que mandando cuanto es bueno y prohibiendo todo lo malo, manifiesta á los hombres su voluntad santa por el ministerio de la conciencia; un Dios, en fin, juez soberano de todos los hombres, que tratará á cada uno en la vida futura segun sus obras, señalando castigos al vicio, y premios á la virtud. Esta es una doctrina reconocida por la razon más sana, cuyo conocimiento, aunque en diferentes grados, es tan universal, como el género humano; doctrina, que existia ya pura entre los Hebreos, se halla mucho más clara entre los cristianos; y aunque las supersticiones paganas pudieran obscurecerla, jamás ha llegado á aniquilarse en ningun pueblo de la tierra. Estos son puntos de creencia independientes de las vanas opiniones de los hombres y de los argumentos de los sofistas, porque la razon los demuestra de un modo evidente.

¿Y quién no ve, que de estas mismas nociones de la Divinidad se derivan deberes religiosos para con ella? ¿Quién no conoce, que al descubrirnos la razon lo que Dios es respecto de nosotros, nos descubre en esto mismo lo que nosotros debemos ser con respecto á Él? Si es nuestro Criador, ¿no deberemos hacerle homenaje del ser que hemos recibido de su bondad omnipotente? Si nos conserva una vida de que es árbitro, y de que á cada momento podria privarnos, ¿no es cada instante, que gozamos de ella, un nuevo beneficio, que exige de nuestra parte un nuevo sentimiento de gratitud? Si es nuestro legislador, ¿no deberemos obedecer sus leyes, y tomarlas por reglas de nuestros afectos y de nuestra conducta? Y si, en fin,

ha de ser un dia nuestro juez, ¿no será preciso, que procuremos comparecer sin mancha ante su tribunal, y no caer culpables en las manos de su justicia?

En la suposicion absurda y quimérica de que fuésemos hijos del acaso, un resultado de combinaciones fortuitas de la materia, y de que hubiésemos sido echados á la tierra sin objeto ni designio; estaríamos indudablemente en esa independencia absoluta de la Divinidad, que el ateismo predica, y todo vínculo religioso seria una cadena vergonzosa y humillante, que deberíamos apresurarnos á romper. Entónces, no siendo Dios nada para nosotros, podríamos juzgarnos dispensados de todo deber y relacion con él; pero dictándonos la razon, que Dios es nuestro criador y conservador, debemos tributarle nuestros homenajes.

Si fuésemos semejantes á los animales, é incapaces como ellos de conocer á Dios, de admirarle en sus obras, y de penetrarnos de la idea y del sentimiento de sus beneficios, estaríamos sin duda como ellos en el caso de no rendir ningun homenaje al Criador; pero estando dotados de esa razon sublime que nos eleva hasta él, que nos enseña que hemos salido de su mano poderosa, que le debemos cuanto somos, y en particular esa preeminencia, que hace al hombre rey de los animales, así como del resto de las criaturas; ¿no será una cosa indigna el querer, que seamos tan indiferentes hácia la Divinidad como el animal que rumía, y la planta que vejeta? Esto es querer, que juntemos á la insensibilidad del bruto, con relacion á los beneficios del Criador, la vergüenza y el crímen de la ingratitud, de que solo es capaz el ser inteligente.

2. Pero Dios, se dice, ninguna necesidad tiene de nuestros respetos y de nuestros servicios. Lo sabemos: siendo feliz en sí mismo, no necesita de sus criaturas. El Señor no será más feliz por nuestros homenajes, ni desgraciado por nuestra rebelion; es muy distinto de los príncipes de la tierra, que experimentan sensaciones íntimas de placer ó de pena por la fidelidad ó desobediencia de sus súbditos, y cuyo destino depende, más ó ménos, de las pasiones y de los caprichos de los pueblos. Por más firmes y elevadas que estén las potestades de la tierra, pueden caer, y perecer; pues cuanto ha hecho la mano del hombre, está sujeto al imperio del tiempo. No sucede lo mismo respecto de Dios, que es eterno. Nuestra indiferencia no puede alterar su felicidad, ni la rebelion de todas las naciones coligadas podrian oscurecer su gloria, ni conmover el trono de su grandeza. No es para ser más feliz que quiere Dios ser honrado por sus criaturas; sino porque siendo la sabiduría y la equidad misma, no puede dejar de aprobar y mandar cuanto es conforme á la soberana razon, y condenar cuanto se separa de ella. Está pues en la naturaleza de las cosas, que la criatura dependa del Criador, que Dios sea el fin de todo, como es su principio; y si no puede despojarse á sí mismo de su cualidad de Señor supremo, tampoco puede despojarnos de nuestra cualidad de súbditos suyos: somos la obra de sus manos, y su dominio sobre nosotros es inajenable; y se debe á sí mismo el no desprenderse de su imperio, porque no puede dejar de ser Dios. No se crea, pues, que es un sentimiento de orgullo exaltado el que nos persuade, que Dios quiere ser honrado por nosotros; es un sentimiento verdadero y profundo de sus divinas perfecciones y de nuestra dependencia. Por eso nos dice el Señor en la sagrada Escritura, que ha hecho para sí cuanto ha hecho: *Universa propter semetipsum operatus est Dominus.* Prov. xvi, 4.

Se dice tambien: Dios es infinitamente grande, y no puede ménos de mostrarse indiferente á nuestros homenajes. Y ¿por qué? ¿Hemos de creer que su infinita grandeza le impide dirigirnos sus miradas, ó hace que nuestras súplicas, ó nuestros votos no lleguen hasta él, atravesando el espacio inmenso que nos separa del trono de su eternidad? Estas serian ideas groseras, nacidas de la limitacion de nuestro entendimiento, de las ilusiones de los sentidos, y de nuestra propension á extender al Sér infinito y Rey inmortal de los siglos, ideas aplicables únicamente á los hombres y á las potestades de la tierra. Además; ¿por qué han de ser indiferentes á Dios nuestros homenajes? Si á pesar de su grandeza infinita no se ha desdeñado de criarnos, ¿por qué se ha de desdeñar de ocuparse de nosotros, cuando este beneficio es una consecuencia natural del primero? Comunicándonos alguna parte de su vida, de su inteligencia y de su libertad, nos ha hecho á su imágen, y le somos tan queridos como lo es la obra al obrero, que se complace en ver en ella la expresion sensible de su pensamiento. No cabe la menor duda; el Criador ama en nosotros los dones que él mismo nos ha repartido; y siendo uno de ellos un entendimiento capaz de conocerle, y un corazon capaz de amarle, es imposible que no le sea agradable el homenaje de estas mismas facultades, que hemos recibido de su bondad infinita. Tampoco podemos creer, que la multitud y prodigiosa variedad de nuestros votos y ofrendas importunen á Dios. Estas ideas pueden, en verdad, aplicarse aún á cuanto hay de más grande en la tierra por el ingenio y el poder, porque aún allí se encuentra la debilidad humana; pero no á Dios, que de una sola ojeada, y con un solo pensamiento, abraza el universo con la inmensidad de sus pormenores.

Los más grandes monarcas del mundo serán siempre limitados en sus acciones como en sus luces, y nunca podrán conocer las súplicas y las necesidades de todos los individuos de un vasto imperio; pero no así Dios, ante quien el género humano es todo como un solo hombre, y á cuyos ojos el universo es como si no fuese.

Cierto, que el hombre, comparado con su Dios, es ménos que un átomo; pero, para evitar toda exageracion, no olvidemos, que hemos sido criados á la imágen misma del Criador; que ha estampado en nosotros la marca de sus perfecciones; y que por medio de sus comunicaciones inefables ha aproximado á sí lo que distaba de él tanto como la nada. Lejos de nosotros esa pueril idea, de que Dios aprecia los objetos por sus masas y sus dimensiones: ¿qué son el sol y todos los astros con su brillo y su magnificencia? Qué son ante un sér inteligente, que los conoce, y mide sus órbitas y sus distancias, que se conoce á sí mismo, y puede conocer al autor de tantas maravillas? Y ¡qué! cuando el mismo Dios me ha dotado del poder sublime de elevarme hasta él, y de presentarme ante el trono de su magestad, de ser á su lado como el embajador é intérprete de las criaturas inanimadas; ¿será posible, que si guiado por el instinto de mi naturaleza llevo á sus piés el tributo de mi dependencia y el del resto de la creacion, le deseche, y vea en él tan solo una loca audacia digna de su desprecio y de su enojo? No, ciertamente; lejos de ser el insulto de un temerario; es el homenaje de un hijo reconocido, y de un súbdito fiel, el padre mas tierno, y el monarca soberano cuyo trono es la justicia y la bondad. De este modo se descubren, consultando la razon, relaciones esenciales entre la criatura y el Criador; relaciones, que nos imponen deberes tales, que es imposible que el hombre sea racional sin ser religioso.

Empero, para conocer aún mejor cuan esencial es á la naturaleza racional el culto religioso, consultemos un momento el más importante y más sagrado interés del género humano. Lo que ánte todo debe llamar nuestra atencion, es como la creencia en un Dios, y en una providencia que gobierna este universo, extendiéndose al mundo moral, lo mismo que al mundo físico, y que no es indiferente á los negocios humanos, ha sido mirada en todos tiempos y en todos los pueblos como la mas saludable y la mas íntimamente enlazada con la civilizacion, la conservacion y la felicidad de las sociedades.

Todos los legisladores la han puesto por base de sus instituciones, y todos han levantado sobre ella el edificio social. Y ¿por qué la fe en un Dios, y en una providencia que todo lo gobierna, es tan eminentemente útil, sino porque se enlaza con los sentimientos, con

las acciones y la conducta de los hombres; por que está destinada á ser la regla de nuestros deberes, y por que inspirándonos alternativamente sentimientos de temor y de esperanza, es el motivo más poderoso para excitarnos á cumplir con nuestras obligaciones, y á hacer los sacrificios que se exijan de nosotros?

¿Qué importa colocar en lo alto de los cielos un Dios ocioso, tan insensible á los homenajes del que le adora, como á las blasfemias del que le ultraja? ¿Un Dios, al cual yo no deba temer ni amar, adorar ni invocar, y que sea para mí como si no existiese? ¿Qué importa un conocimiento especulativo de la Divinidad, si estamos dispensados de todo deber para con ella, y si es tan indiferente á nuestros afectos y á nuestra conducta, como aquellos personajes históricos cuya existencia es cierto que confesamos, pero á quienes nada absolutamente debemos? Entónces, si, que seria Dios una abstraccion, un sér del que ninguna necesidad tendria el género humano. Separad la creencia en Dios de toda obligacion para con él y de todo homenaje religioso, y resultará un ateismo práctico, es decir, el azote más destructor de toda moral y de toda sociedad; y ved como los que, sin impugnar abiertamente el dogma de la existencia de la Divinidad, rompen sin embargo los vínculos que nos unen á ella, y son más inconsecuentes y no ménos enemigos de los hombres que los ateos sistemáticos. Nuestro interés, pues, así como nuestra razon, nos inducen á tributar á Dios homenajes de amor y de adoracion.

¿Y no deberemos pagarle contínuamente este tributo? Su poder, su sabiduría y su bondad nos rodean por todas partes. Señor, exclamaba el profeta: «¿á dónde iré yo que me aleje de tu espíritu? Y ¿á dónde huiré para que me aparte de tu presencia? Si subo al cielo, allí estás tú; si bajo al abismo, allí te encuentro. Si al rayar el alba me pusiere alas, y fuere á posar en el abismo extremo del mar, allá igualmente me conducirá tu mano, y me hallaré bajo el poder de tu diestra. Tal vez las tinieblas me podrán ocultar, dije yo; mas la noche se convertirá en claridad para descubrirme en medio de mis placeres. Porque las tinieblas no son obscuras para tí, y la noche es clara como el dia: obscuridad y claridad son para tí una misma cosa. Alabarte hé, Señor, á vista de tu estupenda grandeza». Salm. xxxviii, 7, y sig. Contemplemos, hermanos mios, las obras admirables del Criador; á imitacion de David, procuremos que nuestra alma esté toda penetrada de su presencia, para ofrecerle nuestros homenajes, merecer sus bendiciones, y poder participar de su misma dicha y felicidad en la gloria, que os deseo.

CULTO EXTERNO.

II.

Dominum Deum tuum adorabis.
Adorarás al Señor Dios tuyo.
(*Matth.* IV, 10.)

El que desee juzgar rectamente de los objetos, debe considerar el enlace que tienen entre sí, acercar al bien lo que hace parte de él, no tratar aisladamente lo que tiene cierto número de relaciones; en una palabra, comprender el espíritu de las cosas sobre las cuales se vá á decidir. Si no se adopta este principio, los usos más bien establecidos, las leyes más necesarias, todo, entre los hombres, serviria de alimento á la burla y á la mordaz sátira, que gusta de zaherirlo todo, sin nada profundizar. En nuestros dias, algunos, por no darse la pena de examinar el espíritu interior de la religion, que dirige el culto que damos al Señor, miran con cierta especie de extrañeza y menosprecio las más augustas ceremonias del catolicismo, y se atreven á calificarlas de nimias y ridículas. En vez de desentrañar los misterios que encierran estos actos exteriores, pretenden hallar en ellos una invencion humana contraria al verdadero espíritu de la religion. El culto legítimo, van diciendo, consiste en los homenajes interiores del espíritu, y las exterioridades, por brillantes que parezcan, no son más que un vano simulacro. La Divinidad quiere reinar en el corazon; y cuánto no contribuye á establecer en él su imperio, es una pura ilusion. Nosotros creemos tambien, que á Dios se le honra más con la virtud que con pomposas ceremonias; que vale más llegar al templo con un alma pura y santa, que con cánticos compuestos con arte; y que Dios pide ser adorado en espíritu; pero no por evitar un exceso se ha de caer en otro, que no es ménos condenable, ni ménos funesto. Es ridículo reducir el culto, que se ha de tributar al Criador, á meras exterioridades y á vanas apariencias;

mas no lo es ménos pretender, que únicamente debemos adorarle como los espíritus puros, de los cuales somos tan diferentes. Los que afirman, que Dios no quiere más culto que el del pensamiento, ni más concierto religioso, que el de una vida consagrada á hacer bien á los hombres, incurren en una exageracion, que es desmentida por la experiencia, por la razon, y por el sentimiento. Fácil nos será demostrarlo, despues de haber implorado los auxilios de la gracia. A. M.

1. Los pueblos, tanto los antiguos como los modernos, han sido más ó ménos religiosos, y todos, como arrastrados por la fuerza de las cosas, han tributado á Dios un culto exterior. Ni una sola nacion se encuentra, que se limite al solo culto del pensamiento, y á los homenajes invisibles del espíritu y del corazon. Léanse las historias, lo mismo del antiguo que del nuevo mundo, y se hallará, que todas hablan de templos erigidos en honor de la Divinidad, de víctimas inmoladas al pié de sus altares, de himnos para celebrar sus alabanzas, de oraciones para solicitar sus beneficios, de fiestas solemnes para darle gracias, y de sacrificios para aplacarla. Los hombres, pues, han creido siempre, que debian adorar la grandeza de Dios, bendecir su bondad, implorar su clemencia, y desarmar su justicia con actos exteriores, con un culto externo y público.

La razon ha dictado á todos, que debian hacer á Dios el homenaje de su sér todo entero, es decir, de su cuerpo, igualmente que de su alma. No somos puras inteligencias independientes de las cosas sensibles; no vivimos solo de pensamientos y de ideas; tenemos un cuerpo y órganos de que nos servimos, hasta para el ejercicio de nuestras facultades intelectuales. Y ¿nos desentenderemos de este cuerpo tan solamente cuando se trata del Criador, y de los homenajes que le son debidos? Y ¿nos creeremos dispensados de hacerle servir al culto de su autor por los actos exteriores y sensibles de que únicamente es capaz? No nos hagamos ilusiones; guardémonos de atribuir al hombre una perfeccion quimérica, creyéndole, para ensalzar su dignidad, tan desprendido de los sentidos, que pueda prescindir de su influencia. ¿Qué resultaria, si se limitase el culto divino á los homenajes puramente interiores? Los sentimientos de piedad se debilitarian poco á poco, hasta que por fin se apagarian enteramente. Bien pueden ciertos escritores temerarios, graduar de prácticas pueriles y vanas, los ritos sagrados, la pompa de las ceremonias, los cánticos sagrados, y las decoraciones de los altares; la experiencia nos enseña, que sin estas prácticas exteriores, la religion se bor-

ra de nuestro espíritu. No cabe duda, que la verdadera piedad reside en el corazon como en un santuario impenetrable y solo conocido de Dios; pero no es ménos cierto, que esa misma piedad, sin el culto exterior, que la conserva y fortifica, seria muy en breve un vano fantasma. Todo ese supuesto culto del pensamiento, se reduciria bien pronto á algunas ideas metafísicas sobre Dios, que no arreglarian los afectos, ni la conducta; por cuyo motivo, los que quieren una religion sin culto externo, se parecen á los filántropos, que predican el amor á los hombres, sin practicar ningun acto de humanidad; ó á los políticos, que quieren un cuerpo social, pero sin ninguno de los vínculos exteriores, que deben estrechar entre sí á todos sus diferentes miembros. Al hombre hay que tratarle tal como es; y puesto que su entendimiento es débil, ligerá su imaginacion, y su corazon fácil á extraviarse, no conviene despreciar ninguno de los medios que puedan fijar su inconstancia, excitar su atencion, y alimentar su alma de sentimientos de piedad.

2. Estos son los efectos del culto externo. Figuraos un templo, donde nada se ve, ni oye, que no excite impresiones saludables: allí los cánticos graves y puros, las ceremonias tiernas, un aparato augusto, el recogimiento y el silencio penetran las almas, y las convidan á la meditacion; allí se apaciguan las pasiones, y la idea de Dios, avivándose, obliga al vicio á avergonzarse, reanima la virtud, consuela la desgracia, y prepara al hombre á los afectos dulces, al olvido de las injurias y al cumplimiento de los deberes ordinarios de la vida. Si la religion conserva la moral, puede decirse tambien que el culto conserva la religion, y le da un cuerpo, y la hace popular. Es la expresion visible de la creencia y de las reglas de las costumbres, y como una série de cuadros expuestos á la vista de todos, en que sin esfuerzo ni trabajo pueden ver la doctrina que deben creer, y los preceptos que han de practicar. Y siendo tan necesario este culto, ¿hay, sin embargo, temerarios, que se atreven á censurarlo? ¿Se contenta la sociedad civil con dictar leyes, dar á conocer sus ventajas y recomendar su fiel observancia? No, por cierto; sino que para darles mayor fuerza, rodea á sus depositarios de cuanto puede atraerles las miradas y los homenajes de la muchedumbre. ¿Qué sucederia si la autoridad pública y las leyes se despojasen de esas exterioridades imponentes, que tanto ocupan la imaginacion de los pueblos, que parecen añadir algo á la realidad de los objetos, é infunden de este modo mayor respeto en las almas? Muy luego veríamos relajarse los vínculos de la dependencia y subordinacion, caer en desprecio las leyes, y estallar por todas partes el espíritu de rebelion. Pues del mismo modo, si despojásemos la religion de todo culto exterior, y la dejásemos abandonada al capricho de cada individuo, la veríamos debilitarse por grados, perder su ascendiente sobre las almas; y desterrándose de los hábitos y conducta de los hombres, borrarse casi enteramente de su memoria.

Por otra parte; ¿quién no ve, que limitar el culto de Dios á los homenajes interiores, es desconocer la naturaleza del hombre, y obligarle á rechazar un sentimiento que domina á todo el linaje humano? ¿Quién de nosotros no percibe el enlace íntimo que hay, entre los afectos del alma y su manifestacion, y que es imposible al hombre estar penetrado vivamente de un sentimiento, sin expresarle en su exterior? ¿Qué hombre compasivo no da pruebas de su piedad hácia los desgraciados? ¿Qué hijo respetuoso y tierno no hace brillar la piedad filial? ¿Qué pueblo ha honrado nunca á sus magistrados, sin darles testimonios visibles de consideracion y de respeto? Y ¿podrán ser sinceros los sentimientos religiosos de nuestros corazones y no manifestarse exteriormente? Esto no es natural. ¿Cómo podré yo adorar interiormente á Dios, como á mi Criador y árbitro de mi destino, y no me he de complacer en pagarle públicamente el tributo de mi dependencia? De tal modo han reconocido los pueblos la legitimidad de este homenaje, que todos se han apresurado á ofrecer al Criador las producciones de la tierra, las primicias de las mieses, y cuanto servia para su uso. Es imposible no reconocer en el fondo de mi corazon al autor de mi vida y mi constante bienhechor. Cuando las maravillas de la naturaleza, que tanto nos arrebatan; cuando esos frutos de la tierra, que proveen á nuestras necesidades, los animales que nos auxilian en nuestros trabajos, el dia que nos ilumina, el pan que nos alimenta, el vestido que nos cubre este cuerpo con sus órganos, tan bien adaptados á todas las funciones de la vida, y, en fin, este entendimiento, que puede elevarme hasta el Criador, son dones recibidos todos de su liberalidad; cuando su amor me rodea por todas partes, y me hallo como sumergido en el océano de su bondad; cuando creo todo esto, y lo siento interiormente; ¿quereis que no celebre sus beneficios, ni convide á mis semejantes á participar de mi admiracion y de mi reconocimiento? Seria condenarme á ser ingrato. El rey profeta no hacia más que seguir las impresiones de la naturaleza, cuando exclamaba enagenado: «Bendice, oh alma mia, al Señor, y bendigan todas mis entrañas su santo nombre. Bendice al Señor, alma mia, y guárdate de olvidar ninguno de sus beneficios.» *Benedic, anima mea Dominum; et omnia quæ intra me sunt nomini sancto ejus.* SALM. II, 1, 2. A imitacion de David, recordemos los beneficios, que hemos re-

cibido de Dios, y mostrémonos agradecidos. Si queremos que bendiga nuestras empresas, dirija todos nuestros pasos, y nos acompañe en todos nuestros caminos; si deseamos que en nuestros infortunios sea nuestro apoyo; en nuestras aflicciones, nuestro consuelo; en nuestras dudas, nuestro maestro; si pretendemos alcanzar de él alegría, placer, serenidad, paz imperturbable, salud, dicha y vida eterna; tributémosle siempre las más solemnes y públicas acciones de gracias; consagrémosle nuestros pensamientos, nuestras palabras y nuestras acciones; y uniendo nuestros acentos con los de los niños de Babilonia, exclamemos: «Bendito seas tú, oh Señor Dios de nuestros padres; y digno eres de loor, y de gloria, y de ser ensalzado para siempre: bendito sea tu santo y glorioso nombre, y digno es de ser alabado, y sobremanera ensalzado en todos los siglos. Bendito eres tú en el templo santo de tu gloria, y bendito en el trono de tu reino. Ángeles del cielo, bendecid al Señor: loadle y ensalzadle sobre todas las cosas por todos los siglos. Hijos de los hombres, bendecid al Señor: loadle y ensalzadle por todos los siglos sobre todas las cosas. Vosotros sacerdotes del Señor, bendecidle; loadle y ensalzadle por todos los siglos. Siervos del Señor, espíritus y almas de los justos, bendecid al Señor sobre todas las cosas. Vosotros, santos y humildes de corazon, vosotros todos, los que deis culto al Señor, bendecidle porque es tan bueno, loadle y tributadle gracias. Obras todas del Señor, bendecidle, loadle y ensalzadle sobre todas las cosas por todos los siglos. DANIEL III, 1 y sig.»

Aceptad, Dios mio, las alabanzas que os tributamos; derramad sobre nosotros vuestras bendiciones, para que mostrándonos siempre agradecidos á vuestros beneficios, sirviéndoos y amándoos fielmente en la tierra, merezcamos un dia disfrutar de vuestra eterna felicidad en la mansion perdurable de la gloria.

CULTO DOMÉSTICO.

III.

Dominum Deum tuum adorabis.
Adorarás al Señor Dios tuyo.
(*Matth.* IV, 10.)

Dios, al criar el hombre, lo constituyó de manera, que no pudiera prescindir de comunicarse, más ó ménos íntimamente con sus semejantes. Queriendo que nuestra naturaleza fuese un compuesto de dos sustancias distintas, quiso tambien, que la vida social fuese la condicion de su desenvolvimiento. Oigamos, ante todo, el oráculo pronunciado sobre Adan el primer dia, y, en su persona, sobre todos los que, herederos de su naturaleza, debian quedar sometidos como él á las leyes que presidieron á su formacion. *No es bueno que el hombre esté solo*, dijo el Criador al contemplar la nueva obra salida de sus manos; *hagámosle ayuda* y compañía, *semejante á él*. Y cuando puso en presencia de Adan esta su ayuda, *el hueso de sus huesos*, y *carne de su carne*, la primera bendicion, que resonó en la tierra, fué el deseo eficaz de una multiplicacion siempre creciente empezada en nuestros primeros padres; y que, hasta el último dia, bastará para perpetuar el linaje humano. Así que, tan luego como la primera muger fué madre, se apresuró á saludar el órden de la providencia en la gloria de la fecundidad, que se le habia otorgado: *He adquirido*, exclamó arrebatada de júbilo, *he adquirido un hombre por merced de Dios*. De esta suerte quedó formada la primera familia, imágen de todas las que debian sucederle, y en la que el hijo pertenece á Dios, que le otorga *por merced*, y á sus padres, que le reciben con amor. Siendo Dios el autor de la familia, es evidente que ella debe tributarle un culto especial; el culto que hemos llamado domés-

tico, y del cual vamos á ocuparnos en el presente discurso, despues de pedir los auxilios de la gracia. A. M.

1. Dios es *quien une los esposos y cumple en ellos las bendiciones prometidas;* Dios es quien dá los hijos, como lo declara en mil pasajes de los Libros santos; Dios es *quien abre ó cierra á su placer el seno maternal;* ¿quién osará pues negar, que los esposos, preparados el uno para el otro de toda la eternidad y reunidos en el tiempo, tienen la obligacion de tributarle un culto en comun, de la misma manera que Dios ha querido que disfrutasen en comun de todas las cosas, hasta de sus personas? ¿No deberán decirle, como Tobías y Sara tan alabados en las Escrituras: «¡Oh Señor Dios de nuestros padres! bendígante los cielos y la tierra: tú formaste á Adan del lodo de la tierra, y le diste á Eva por compañia y ayuda; haz que tu nombre sea bendito por nosotros en toda la série de los siglos; que cada dia te bendigamos con más fervor; que ambos vivamos por largo tiempo unidos, y alcancemos una ancianidad dichosa?»

Y cuando Dios habrá visitado á esos esposos, cuando les habrá dado, con una posteridad numerosa, un consuelo en sus penas, una esperanza en sus trabajos, un auxilio en su enfermedad, un descanso en sus últimos dias, y un sonrís en su ancianidad; ¿no experimentarán la necesidad de reunirse para ofrecer á Dios sus queridos hijos, ponerlos bajo su guarda, darle gracias por habérselos concedido, y rogarle que les conserve? ¡Cuántos padres no han dirigido frecuentemente á Dios iguales súplicas! ¡El padre, cediendo al solo impulso de su ternura; la madre, á la sola emocion de la sangre maternal!

Aquí tenemos nuevas resoluciones entre séres creados, nuevas bondades de Dios, un nuevo motivo de accion de gracias, y, por lo mismo, la necesidad de un nuevo culto, no individual, sino colectivo, inspirado á estos séres, que, estando asociados en el beneficio, deben estarlo tambien en el agradecimiento.

Y este mismo niño, que ha sido objeto y ocasion de tantas súplicas, ¿no habrá de ofrecer, á su vez, un tributo de agradecimiento? ¿No habrá de asociarse á sus padres para manifestar, como ellos, sentimientos de gratitud? Y cuando su madre le diga, lo que la madre de los Macabeos decia á sus hijos: Hijo mio, «yo no sé como fuiste formado en mi seno; porque ni yo te dí mi alma, el espíritu y la vida, ni fuí tampoco la que coordiné tus miembros; sino el Criador del universo, que es el que formó al hombre en su orígen, y el que dió principio á todas las cosas;» al decirle esto, repito, ¿no deseará dar

gracias, en union con sus padres, á ese Dios bondadoso, que le ha dado el sér, que no tenia, y le ha llamado por su nombre ántes que él viera la luz, y que por su misericordia le ha formado con tanto amor, y conservado con tanta solicitud? A imitacion de sus padres ¿no se dirigirá al Dios suyo y de ellos? ¿No le dirá: Dios mio, mi verdadero padre, y mi primer bienhechor; sois vos quien me ha dado un padre y una madre, que me aman con la mayor ternura?

Sin duda son grandes estos beneficios; y el agradecimiento que los refiere á Dios, y le considera como su autor, queda bastante justificado. Sin embargo, léjos de nosotros el pensamiento de creer, que son estos los únicos beneficios recibidos, y que el niño, despues de haber recibido la vida, despues de los cuidados indispensables para conservarla, pueda considerarse como independiente de los suyos y en el aislamiento; por el contrario, á medida que el niño se va desarrollando, más necesidad tiene de los suyos, más necesaria le es su familia. Si el niño ha de tener cierta edad para poder por sus solas fuerzas atender á su subsistencia, aún en medio de esta abundancia que hace del universo entero una mesa preparada para servirle; indispensable le es por mucho tiempo el auxilio ageno, para fijar en su entendimiento los conocimientos más generales y comunes. Separado del seno que lo amamanta, el niño languidece y muere. Otro tanto aconteciéra con su inteligencia, si otra inteligencia á su lado no tartamudease en su oido ciertas voces, para dar un nombre á los objetos que hieren sus sentidos, y un cuerpo á todas sus ideas, que, sin este auxilio, no dejarian en él sino una percepcion vaga y fugaz. Lo propio le sucediéra con los afectos del corazon, sino encontrase en otros corazones, primero, algun agasajo que le halagára, y luego, una correspondencia que le diese fijeza. Solo por la compañía de otro brota en cada uno de nosotros la chispa que ilumina nuestro entendimiento, el fuego que calienta nuestro corazon; y el que á consecuencia de un secuestro bárbaro, no hubiese conocido jamás ni amado á sus semejantes, ese tal, no vacilamos en decirlo, y el apóstol San Juan lo ha dicho ántes, se quedaria siempre sin discernimiento y sin amor á Dios.

Así, pues, hermanos mios, nadie está exceptuado de dar gracias y bendecir á Dios, cuya solicitud ha puesto á nuestro lado otras solicitudes, imágen y derivacion de la suya, para producir esa continuidad de cuidados asíduos y necesarios á la conservacion de nuestra vida. Y, por lo mismo, todas las criaturas le deben no solo un culto espiritual é interior, sino tambien un culto visible y exterior, y acomodado á su doble condicion de un sér, que consta de alma y cuerpo.

Ya lo veis, queridos hermanos, la obligacion del culto se extiende en la misma proporcion que se extienden los beneficios de Dios, y con ellos el deber de devolvérselos por medio de la gratitud. Verifícase esto, primero, por el culto individual; luego, por el culto comun de los esposos; y, por último, por el culto de la familia toda entera, ó sea, el culto doméstico. Añadid, que la familia, lo mismo que la sociedad, no es únicamente la asistencia de cada uno de sus miembros por medio de un cotidiano cambio de mútuos servicios: es, además, un vínculo que sujeta á los individuos que la componen, para que formen un todo homogéneo, un cuerpo dotado de vida propia, de un pensamiento comun, de una solidaridad que á todos comprende. Es un sér moral, que tiene sus vicios y sus virtudes, sus cualidades y sus defectos, sus derechos y sus deberes, sus necesidades y sus satisfacciones; es una sociedad compendiada, que depende de Dios, tanto en su existencia colectiva, como en la distincion de sus miembros; que todo lo recibió de él, y, por consecuencia, está obligada á pedirle colectivamente todas las cosas, y á darle gracias por todas ellas.

Tal fué en otro tiempo, amados fieles, aquella vida patriarcal, de la cual nuestros Libros sagrados nos han conservado los rasgos principales, cuyas descripciones han regocijado nuestra infancia, y han transmitido con la edad dulces é imperecederos recuerdos. Vida modesta, como los deseos de los santos personajes cuyos héroes fueron; pura como su corazon; tranquila como sus gustos. Vida de paz, formada de la memoria de un pasado feliz y de la esperanza de un porvenir mejor. Vida larga, precursora de la vida eterna. Vida perfecta, porque tenia á Dios por testigo, y *discurria bajo su mirada*. Cada dia, al levantarse el sol en el horizonte, cada noche, *las estrellas, presentándose á la órden de Dios*, los encontraban de rodillas, sometiendo la conservacion de su vida y el cuidado de su muerte al árbitro supremo de sus destinos. Siempre la accion de gracias acompañaba la comida, de la cual nunca era excluido el extrangero. Si alguna vez el padre, resistiendo á las súplicas de sus hijos reunidos, se apartaba de ellos, era para ofrecer á Dios, en nombre de los mismos, el sacrificio de un alma justa, que aplaca á la magestad soberana ofendida por alguno de aquellos excesos, que, á veces, se mezclan en las mismas satisfacciones y alegrías de los justos. Cada tienda tenia su altar, donde se ofrecian las primicias de los frutos, y se sacrificaban los primogénitos de su ganado; cada suceso dejaba en pos de sí un recuerdo; cada piedra, rociada con óleo y vino, sellada con la sangre de las víctimas, servia de testimonio de alguna comunicacion con Dios, de alguna embajada misteriosa, de alguna aparicion de ángeles,

de votos escuchados, ó de peticiones favorablemente despachadas. ¡Qué imaginacion no ha corrido con placer en pos de esos ancianos peregrinos, que atravesaban, bajo la mirada de Dios, la tierra de su destierro! ¡Qué inteligencia no los ha contemplado en los transparentes horizontes de la Caldea, en donde sus ojos buscaban en los astros un guia seguro que dirigiese sus pasos; y bajo cuyo cielo, su fe, tan viva, saludaba el astro que se les habia prometido, y que era la luz de su vida, la antorcha de su esperanza, el sol de su alma y de su corazon! ¡Qué nombres tan gloriosos los de Abrahan, de Isaac y de Jacob, de Sara y de Raquel, de José y de Benjamin! ¡Qué ojos los han leido nunca sin derramar lágrimas, qué lábios los han pronunciado sin emocion, qué oidos los han escuchado sin complacencia, qué inteligencia se ha ocupado de ellos sin amarlos!

Siendo el culto doméstico la expresion exacta y necesaria de la dependencia de la familia, y un reconocimiento del derecho imprescriptible que Dios tiene sobre ella; no extrañareis, hermanos mios, que el demonio, solícito siempre de rivalizar con Dios, y de contrahacer sus obras, haya hecho poderosos esfuerzos para utilizarse de los homenajes, que solo á Dios deben tributarse. Estaba reservado á nuestro siglo, el negar la necesidad de servirse de la creacion para gloria de su autor: en ninguna época el linaje humano habia pecado por falta ó desprecio de hábitos religiosos, sino más bien por haber exagerado ó dirigido con perversa intencion un sentimiento, que si en la aplicacion se habia extraviado, era sin duda verdadero en su principio. Cuando el conocimiento que se tenia de Dios comenzó á debilitarse, y acabó por oscurecerse enteramente, no se les ocurrió nunca á los hombres, que podian pasarse sin él; muy al contrario; fué tal el hambre que tuvieron de la divinidad, que todo fué Dios para ellos, ménos el Dios verdadero. Entónces la corrupcion penetró en el culto doméstico, como penetró en todo. Olvidados del Dios, que habian adorado sus mayores, que habia conversado con nuestros primeros padres en el Eden, al cual Abel habia ofrecido sacrificios, y Enos adoracion pública; del Dios en cuya presencia habia marchado Enoch con sencillez y rectitud; y que habia salvado de las aguas del diluvio y colmado de bendiciones á Noé; los hombres se formaron tantas divinidades, cuantos eran los protectores de que ellos y sus hijos creian tener necesidad en todas las circunstancias de su vida, en tiempo de salud, de enfermedad, y en peligro de muerte; é indispensables, además, para la conservacion de sus casas, de sus plantas, de sus ganados, de sus frutos, de sus fuentes y de su menaje.

2. Estaba reservado á Jesucristo, por quien todas las cosas fueron hechas, el destruir la obra del demonio, restaurando el culto del verdadero Dios en nuestros corazones, en nuestras casas, en la sociedad, en las naciones, y en el universo entero. Destruyó, pues, desde el principio, esta opinion insensata, difundida por el demonio, de que un solo Dios no bastaba á la conservacion de la criatura; derribó, desde sus primeros pasos, ese error impío, derrocó á su enemigo con una palabra tomada de las sagradas Escrituras: *Adorarás á Dios, señor tuyo, y no servirás sino á él solo.* Empero, al mismo tiempo, para llenar en la confianza del hombre el vacío, que la ruina de tantas falsas divinidades habia dejado en su corazon, nos dice, que Dios es nuestro padre. No permite que le demos otro título en nuestras oraciones; y así, sin toda aquella multiplicidad de protectores impotentes, con que la malicia del demonio habia engañado al mundo, nos muestra en el cielo un ojo constantemente fijo en nuestras necesidades, un corazon accesible á nuestras súplicas, y unas manos siempre abiertas para socorrernos. Dios es padre: esta cualidad nos basta; un padre siempre cuidará de la criatura que le debe la vida; él velará sobre nosotros, sobre nuestros hijos, sobre nuestros bienes, sobre nuestros dependientes. La flor más humilde de nuestros campos, que ni siquiera ha llamado nunca nuestra atencion, á él no le parece indigna de la suya, y cuidará de adornarla y embellecerla.

Desde que Jesucristo se dignó hacerse hermano nuestro, y distinguirnos como tales, nos hace participantes de su herencia, para darnos *en él*, y *por él* la seguridad, de que podemos pedirle cuanto nos sea necesario, y la certidumbre de que obtendremos lo que pidamos. Y para afianzar cuanto era dable nuestra confianza, quiso, que la criatura privilegiada, que él habia elegido por Madre, lo fuera tambien de nosotros, y la constituyó nuestra omnipotente mediadora. Con esta dignacion nos dispensó mayores beneficios, que los que el demonio, cuyas promesas son siempre falsas, se habia atrevido á ofrecer á sus adoradores. Sobre todo, con esta dignacion reconstruia la familia, dándola en el cielo un tipo y modelo, y devolvia su dignidad al culto doméstico. Y no contento con darle este modelo, queriendo honrarla todavía más, formaba de toda la familia cristiana una tribu santa, cuyos miembros, marcados con un sello especial, estuvieran consagrados á su servicio. En efecto, desde Jesucristo, la union de los esposos no es, como antiguamente, una asociacion casual, que, apenas formada, queda destruida; sino una mancomunidad de intereses y de afectos, un cambio de derechos y de deberes, una asociacion legítima en su orígen, instituida por Dios, fundada en la naturaleza, garantida por la sociedad, ratificada por los poderes humanos y regularizada por los príncipes; aún más; entre los cristianos es un sacramento permanente, que eleva á los esposos á la dignidad de personas sagradas, de ministros y representantes de un gran misterio cumplido *en Jesucristo y su Iglesia.* ¡Qué dignidad, hermanos mios! Ella es demasiado alta para el mundo, á quien pesa tanto, que quisiera sustraerse á ella por medio de ciertas distinciones, que echan por tierra la santidad del matrimonio. Pero por esfuerzos que hagan los cristianos, no lograrán jamás despojarse de esta gloria, y beberán, quieran que no, el cáliz de su grandeza; pues, ó su matrimonio es ilegítimo, ó es santo; ó su contrato es nulo, ó es un contrato sagrado; ó sus vínculos son culpables, ó han sido formados por Jesucristo y su Iglesia. La sociedad, si quiere, podrá intervenir en lo relativo á los intereses temporales; arreglarlos, como guste, protegerlos, garantirlos; pero el vínculo del contrato es superior á sus alcances; Jesucristo se lo reservó en el Calvario, y le pone el sello en el cielo.

Si tan grande es la dignidad del matrimonio cristiano, no debe serlo ménos la de los hijos, que son el fruto de esta union. Marcados con la señal de la cruz al entrar en el mundo; acariciados por la más tierna de las madres, la Iglesia; santificados en nombre de la Trinidad sacrosanta; regenerados por la fe de Jesucristo; lavados en el agua y el Espíritu Santo; devueltos á la casa paterna en compañía de los santos, que han recibido por patronos; protegidos por los ángeles encargados de ser sus protectores; engendrados de nuevo, no segun la voluntad del hombre, sino segun la de Dios; ¿con qué respetuoso afecto no debemos mirarlos? ¡Qué ideas de santidad nos ofrecen esas inocentes criaturas! Al verlas, no dudamos que Jesucristo mora en ellas; que el corazon de esos inocentes es su templo, y su infancia una imágen de la del Salvador.

Añadid, en fin, que para un cristiano, los criados no son personas extrañas, sino que forman parte de la familia; que el amo, si no quiere, como dice el Apóstol, *negar la fe, y ser peor que los infieles*, debe tratar con cariño á sus domésticos, mirar por sus intereses, procurar su salvacion con sus exhortaciones, y todavía más con sus ejemplos; y os formareis una idea exacta de lo que es una casa verdaderamente cristiana. El apóstol San Juan la llama *una iglesia*; y San Agustin no ha tenido reparo en afirmar, que el padre de familias, que cumple con su obligacion, con sus instrucciones, exhortaciones, reprensiones, promesas, y ejemplos; con una autoridad bienhechora, y que castiga con mansedumbre; no solo ejerce un mi-

nisterio eclesiástico, sino, en cierto modo, episcopal. In Joan. li, 13.

¡Dichosas las familias de esta suerte gobernadas, y cuyo jefe, como dice el mismo San Agustin, Ser. 94 alias 51 de *sanctis*, más bien que padre y señor, parece un obispo! ¡Dichosos tiempos aquellos en que cada casa parecia un templo! El padre, imágen del mismo Dios, representante de su poder, ministro de su providencia y de su bondad, era el sacerdote: la madre, con su intercesion tan poderosa, que es siempre escuchada, reinaba allí como reina en el cielo la Vírgen Santísima; los hijos, con su inocencia, recordaban la infancia del Salvador; y los criados, con su obediencia y respeto, se esforzaban en imitar la sumision de los ángeles. En los dias consagrados á Dios, los individuos de esta piadosa familia tributaban á Dios, en union con los demás, culto público; pero todos los dias, en su oratorio doméstico, se reunian para ofrecerle la oracion privada. Todas las casas tenian este oratorio, testigo de sus votos, depositario de sus deseos, eco de sus peticiones, teatro de sus acciones de gracias, y confidente de sus alegrías y de sus lágrimas. Allí, al dar la señal el padre de familia, depositario del sacerdocio primitivo, la madre, ó bien el hijo que se distinguiria por su inocencia ó su piedad, daba principio á la oracion. El Padre nuestro, la Salutacion angélica, la profesion de la fe, la confesion de los pecados, las súplicas por la conversion de los pecadores, por la salud de los enfermos, el consuelo de los afligidos, y el alivio de las almas del purgatorio; ved ahí lo que pronunciaban sus lábios, lo que deseaban todos los corazones.

¡Ay! el culto doméstico ha desaparecido casi por completo de vuestras casas, y con él ha desaparecido tambien la familia. Es verdad, que los individuos de ella viven juntos, descansan bajo el mismo techo, se sientan en la misma mesa; pero Dios no está con ellos; no viven unidos sino por vínculos que les son odiosos; sus almas quedan separadas, porque han desaparecido la fe, la esperanza y la caridad cristianas, que las mantenian unidas. Las personas de posicion buscan fuera de la familia las distracciones y goces, que en ella no encuentran; pero el pobre, el que vive de su trabajo y se ve precisado á vivir en su casa, ¿dónde las hallará? ¿Qué le ofreceis en cambio de ellas? Si le ofreceis los puros goces de familia, que vosotros no habeis sabido conservar, esos placeres domésticos, los que más satisfecho dejan el corazon; ¿cómo le dispensareis de dar gracias á Dios, de ofrecerle sus homenajes, y expresarle su agradecimiento?

¡Pluguiera á Dios, autor de la familia, principio y fin de las dulces relaciones que ella engendra, hallase cada vez un culto más fervoroso en la fidelidad de esos esposos, de esos hijos, de esos padres, de esos hermanos, de esos amos, de esos criados, que les indujéra á emplear en el servicio y gloria del Señor las afecciones y los beneficios, que, sucediéndose de contínuo, llenan de júbilo su corazon y embellecen su vida! ¡Pluguiera á Dios, que, á imitacion de Tobías y Sara, los esposos se postrasen en su presencia, y recordásen, que más que á sí mismos, pertenecen á él: que los padres, á imitacion de la primera mujer, al recibir un nuevo hijo, lo ofreciéran al Criador, que se lo ha dado, y se lo devolviéran en accion de gracias: que, á imitacion de Abrahan, cuando Dios se lo arrebata por la muerte, manifestásen, con su sumision, que reconocen en él el derecho de apoderarse de nuevo de lo que nos ha dado, por lo mismo que es dueño de todo: que á imitacion de Isaac, de Jacob y de los doce primeros patriarcas, los hijos se inclináran respetuosamente para recibir la bendicion, que, con mano trémula, les da el padre, de quien han recibido el nombre y la vida para trasmitirlos á otros: que los hermanos y hermanas, no con celos, sino con una emulacion piadosa, entonáran juntos cánticos para celebrar la gloria del Señor: que los criados, al principio y al fin del dia, se excitáran, con una fervorosa oracion, á cumplir su deber con mayor exactitud; y, en fin, que todos, cualquiera que sea su rango y posicion social, lo mismo en los palacios, que en las cabañas, cuando experimentan una alegría, un placer, un dolor comun, uniéran sus corazones y sus voces para elevar juntos al cielo las voces de sus santos afectos; pero, sobre todo, que además de este culto particular, se tributase á Dios uno que los reasumiese todos al principio y al fin del dia, en las circunstancias extraordinarias, en los dias de amargas pruebas ó de consuelos comunes, de dulces esperanzas y de tiernos recuerdos. Quisiéramos que el padre, al frente de los suyos, presidiéra todos los homenajes; y que las necesidades del padre, de la madre, de los hermanos, de los domésticos, fuéran presentadas al que, siendo nuestro Padre, se dignó hacerse nuestro hermano, que nos ha dado una Madre, y ha querido ser nuestro servidor.

¡Qué dicha seria la nuestra, si viésemos restablecidas esas costumbres, tan comunes en otro tiempo, y de las cuales apenas nos quedan algunos vestigios! Al visitar vuestras casas nos contrista la absoluta ausencia de los venerables señales, que son otros tantos testimonios de nuestra fe, apoyos de nuestra esperanza, é incentivos de la caridad. El demonio, bajo la forma de alguna de las falsas divinidades, cuyo imperio vino á destruir Jesucristo; el retrato de algun pariente ó amigo; la reproduccion de algun hecho histórico ó fabuloso; la imágen de algun personaje ilustre; ved lo que casi siem-

pre hiere nuestros ojos; y á veces debemos cerrarlos para no ver ciertas representaciones ménos indiferentes. Las imágenes de Jesucristo, de la Vírgen Santísima, de vuestro santo patron, la representacion de alguno de nuestros misterios, la reproduccion de los principales pasos de la vida del Salvador, los buscamos en vano en vuestras habitaciones; nuestros ojos no aciertan á descubrirlas en ellas. Sin embargo, estas divinidades caidas, cuyo culto parece tratais de restablecer en vuestras casas, despues de haber sido destruidos sus templos; estos héroes, cuya gloria no pudo impedir que fuesen víctimas de la muerte; estos parientes, que no habeis podido conservar; todos estos hombres, de los cuales no os queda más que el retrato, ¿qué hicieron por nosotros? Y el Salvador, por el contrario, ¿qué más podia hacer por nuestra felicidad? ¿Descendieron esos hombres del cielo para que vosotros pudierais subir allí? ¿Ha habido entre ellos alguno, que, por amor vuestro, se haya hecho niño, os haya lavado con sus lágrimas, purificado con su sangre, y muerto por salvaros? ¿quién, entre ellos, os ha consolado en vuestras penas, levantado en vuestras caidas, sostenido en vuestras pruebas, consolado en vuestros dolores?

Sed, pues, solícitos en adornar las paredes de vuestras habitaciones, más bien que con los retratos de esos hombres, con imágenes de santos. Enseñad á vuestros hijos á amar á Dios, á invocarle; y ofreced á su vista estas imágenes, para que den fuerza á vuestras exhortaciones, y dulcifiquen vuestras reprensiones. Sobre todo, no descuideis de fijar vuestra vista en la imágen de la Vírgen Santísima, y en la de Jesús crucificado, para no olvidar sus bondades, su caridad y su muerte. Tened colocadas esas imágenes cerca de vuestra cama, para que sean el primer objeto que se ofrezca á vuestras miradas al empezar el dia, y el último cuando vais á entregaros al descanso; estrechadlas contra vuestro pecho; y sean ellas vuestros consejeros y vuestro refugio todos los dias de vuestra vida; para que vuestros hijos, despues de vuestra muerte, reunidos para orar delante de ellos, encuentren, con el eco de las últimas exhortaciones de sus padres, señales de sus últimas lágrimas, y un recuerdo de su último suspiro, comenzado en la tierra, y acabado en el cielo. Así sea.

CULTO PÚBLICO.

IV.

Dominum Deum tuum adorabis.
Adorarás al Señor Dios tuyo.
(*Matth.* IV, 10.)

«¡Oh Señor, soberano dueño nuestro, exclamaba el real profeta, ¡cuán admirable es tu nombre en toda la redondez de la tierra!» El nombre de Dios es su gloria: nosotros no podemos separar estas dos cosas; y cuando pronunciamos, cual conviene, el nombre de Dios, le glorificamos. El nombre de Dios es admirado, conocido y bendecido en todas partes, rodeado de universales homenajes, y adorado, no solo por los individuos, si que tambien por las familias y por la sociedad; este nombre divino, cantado á la vez por todos los corazones, honrado con iguales alabanzas en todos los lugares, saludado con un mismo cántico, é invocado con el mismo amor en todos los puntos del universo, es el culto social, en el cual halla Dios, acá en la tierra, la perfeccion de su gloria, y el hombre el cumplimiento perfecto de sus deberes.

Fácilmente se comprende, que la primera familia, de la cual descienden todas las otras, no habiendo podido permanecer largo tiempo sola, formó bien presto otras familias, las cuales, desarrollándose á su vez, se propagaron tambien y multiplicaron. Al multiplicarse las familias, se acercaron unas á otras, ó más bien, se extendieron las unas al lado de las otras, como las bellotas que caen de la encina hacen germinar junto á ella otras encinas; la separacion vino más tarde á causa de su prodigioso número. Es esta la que nosotros llamamos sociedad natural, en cuyos principios no vemos más que á Dios, que es su fundador; transmitiéndole por el canal de la tradicion, y, á veces, por comunicaciones directas, que no percibimos,

los conocimientos indispensables, y sin los cuales no hubiera podido subsistir. Así es como los hombres, en aquella sociedad, adquirieron la nocion de un Sér único, la promesa de un Libertador, el respeto que se debe á la vida del prójimo, protegida en la persona de Cain, por una garantía especial contra el horror que inspiraba su fratricidio, la dignidad de la sangre humana, sangre que deben respetar hasta los animales, el dogma de un orígen comun, que, junto con la imposibilidad de sostenerse por sí solos, obligó á los hombres á mirarse como hermanos, y á auxiliarse los unos á los otros.

Miéntras los hombres fueron poco numerosos, bastó la autoridad de los padres de familias para la direccion de esta sociedad natural; sin embargo, bien pronto tuvo que buscar un apoyo más fuerte; y este fué el orígen de la sociedad civil, formada de la reunion de las sociedades domésticas, no por eleccion, ni por capricho, sino por necesidad, y porque no se podia prescindir de ella. Con efecto, bien así como los miembros de una familia no hubieran permanecido unidos, si la autoridad del padre no hubiese sido un vínculo bastante fuerte para ponerlos de acuerdo; no de otro modo, las diferentes familias, cuyos intereses no podian dejar á veces de ser opuestos, y que gozaban de la misma independencia, y estaban dispuestos á defenderla con igual ardor, se hubieran separado unas de otras, y tal vez destruido mútuamente, si una fuerza superior no las hubiese contenido. Los más perversos hubieran devorado á los buenos, y los hombres se habrian visto reducidos á la condicion de los peces del mar, ó de los reptiles, que no tienen quien les defienda. Abrahan no riñe con Lot; pero en obsequio de la paz, tiene que abandonar el terreno que á éste le plugo escoger. Jacob aplaca á su hermano Esaú; pero ha comprado la paz con su sumision y regalos, y se apresura á ponerla en salvo, separándose de él. Lo mismo se hubiera verificado siempre, si, prescindiendo de la necesidad, que nos obliga á vivir en sociedad, Dios no hubiese dado al corazon del hombre, desde el principio, y para la época en que el brazo del padre no habria sido bastante fuerte para contener á todos, esa tendencia invencible, que conduce á las diferentes familias á fundirse en una familia más general, y á reconocer una autoridad superior á todas ellas, y semejante en muchos puntos á la autoridad paterna, designada por mucho tiempo con el mismo nombre, investida de los mismos derechos, y que puede exigir los mismos servicios.

Cómo se habia formado la sociedad natural, formóse, á su vez, la sociedad civil; pero, ¿quién no ve que, en definitiva, Dios es el autor de la una, y de la otra? Dios es quien multiplica las familias; Dios es quien da los hijos á los padres; Dios es quien inclina á los hombres á reunirse, y hace depender de esta union difícil y hasta imposible, si no fuese necesaria, y por esto de institucion divina, su desarrollo y su vida. Es Dios quien hace tiendan hácia ella todos los intereses y todas las voluntades; quien triunfa de todas las resistencias; y quien, sobre todo, reviste á los jefes de esas familias reunidas, de los derechos paternos, y exige que como á tales se les preste obediencia. Ahora bien: si Dios es el autor de la sociedad civil, tambien ésta debe tributarle culto; y por lo mismo, el culto público es absolutamente necesario. Esto es lo que vamos á demostrar, despues de pedir los auxilios necesarios. A. M.

1. No podemos dudar, que Dios, al formar la sociedad y marcarla con su sello, no la haya impuesto la obligacion de tributarle culto. Ninguna necesidad tenemos de examinar de que modo se la impuso. ¿Lo ha hecho por medio de ese invencible impulso dado por él al corazon del hombre, que le obliga á dirigirse á su Criador; ó por esa tendencia que nos arrastra á reunirnos; ó por ese movimiento, que nos induce á pedir de consuno las gracias que nos son indispensables? ¿La gratitud comun le habrá parecido bastante fuerte, para inclinar á los hombres á aceptar juntos un culto, que nuestros primeros padres les habian transmitido, sin que por su autoridad propia le haya reglamentado y tomado con gusto bajo su proteccion? Nosotros creemos, que Dios habia enseñado al primer hombre la forma de culto público, y que le habia impuesto sus leyes, especialmente las leyes del sacrificio, que forma su parte principal. Todo nos induce á creer, que esta primera organizacion ha sido obra suya; principalmente cuando se medita con atencion, que él ha reunido para uso del pueblo Judío los elementos esparcidos, que el olvido de las tradiciones primitivas, las olas siempre crecientes de la supersticion, amenazaban sepultar.

Sea como quiera, este culto ha existidó; ha tenido sus ceremonias, sus ritos, sus expiaciones, sus sacrificios, los mismos que encontramos en la cuna de todos los pueblos; prueba manifiesta de su orígen comun, que no se explica sin una intervencion divina. Fué este culto el que suavizó el destierro de Adan, arrojado del paraíso terrestre; fué este culto el que sostuvo á Eva cuando lloraba su desobediencia; por haberse conformado á las prescripciones de este culto, Abel tuvo la dicha de ver que sus ofrendas eran favorablemente aceptadas; y por haberlas descuidado, Cain vió rechazadas las suyas. La fidelidad á este culto es la que distinguió á Enos, la que dirigió á

Enoch para que caminase en presencia del Señor, y la que le valió el testimonio de haber agradado á Dios. Fué tambien este culto el que llenó de consuelo á Noé, y lo dispuso para consolar, á su vez, á los demás. Fué este culto el que distinguió á los hijos de Dios, de los hijos de los hombres; el que atrajo sobre Seth la bendicion; y al soplo de este culto las tiendas de Jafet se dilataron. De este modo, por una sucesion no interrumpida, este culto ha dado á Dios verdaderos adoradores, hasta la hora en que por el exceso de la malicia de los hombres, iba á desaparecer del todo, ó, cuando ménos, á hacerse ridículo por los cambios que le desfiguraban y deshonraban todos los dias, si Dios no hubiese elegido un pueblo encargado de conservar el depósito, y transmitirlo á las generaciones futuras.

No pidamos, pues, si ha habido un culto en el mundo, puesto que su desgracia consistió en prodigarlo, en prostituir su adoracion en detrimento de Aquel á quien solo es debido. Cuando Dios hubo puesto á cubierto el culto primitivo como una semilla oculta en la tierra, destinado á aparecer cuando fuese llegada la hora; permitió que los hombres se extraviasen cada vez más, para mostrarnos nuestra debilidad, ó para que se desease más la venida del Libertador. Entónces el error llegó á colocarse sobre los altares, pero no fué tan insensato que tratase de destruirlos. Por el contrario, el universo entero no fué más que un vasto altar, en el que el demonio recibia los homenajes que solo son debidos á Dios. Este nombre incomunicable de Dios, fué dado á toda la naturaleza; hasta los hombres muertos lo recibieron; los metales, la madera, la piedra lo compartian con él; en el cielo y en la tierra se daba el nombre de Dios á todas las cosas, y se les tributaba honores divinos, á excepcion del Dios verdadero. Cuando el Dios verdadero, que adoraba el pueblo judío, se contentaba con un templo, esos *dioses de las naciones*, ó más bien, *esos demonios*, como los llama la Escritura, no tenian nunca bastantes templos para engañar más fácilmente á sus adoradores. Cada ciudad, cada pueblo tenia sus edificios consagrados á esos espíritus de tinieblas, sus sacerdotes, sus fiestas, sus cánticos y sus ceremonias. No se contentaban con los sacrificios ordinarios; llegaban á exigir víctimas humanas, y en ninguna parte les fueron negadas. No parecia sino que una voz más fuerte que el grito de la naturaleza invitaba los pueblos á practicar esos ritos sangrientos. Las imaginaciones más monstruosas estaban seguras de ser recibidas con más favor, porque se creia que con esos honores se servia mejor á los demonios, y se acababa de perfeccionar su culto.

Miéntras que el demonio multiplicaba el número de sus víctimas

junto con el de sus desgraciados adoradores, Dios iba desenvolviendo en su pueblo el culto primitivo; á los ritos antiguos añadia nuevas ceremonias, que recordaban lo pasado, y anunciaban lo porvenir. Instituia un sacerdocio distinto y más augusto que el sacerdocio doméstico; ordenaba los sacrificios, escogia las víctimas, señalaba las ceremonias, inspiraba cánticos, señalaba la forma de los ornamentos para los sacerdotes, y ordenaba todo lo concerniente al servicio público. Hasta puede decirse, que la historia de todos los pasos de este pueblo bendito eran como otras tantas manifestaciones de su culto; ora, porque Dios era quien ordenaba las circunstancias principales de esas manifestaciones; ora, porque la religion consagraba sus recuerdos; ya, porque recordaban antiguas maravillas; ya, tambien, porque anunciaban otras aún más extraordinarias. Así es, que el culto, ó legítimo, ó adulterado, no ha faltado nunca en el mundo; y el demonio mismo, disputando á Dios sus honores, prueba, que ese culto se debe de derecho al Señor.

Si ha existido siempre el culto, debemos decir, que es necesario. «Lo que siempre ha sido recibido en la Iglesia, dice muy bien Vicente de Lerin, lo que en todos tiempos se ha creido, lo que se ha adoptado en todos los lugares, ha de ser reconocido por católico, esto es, universal.» *(Commont.* 2.) Del mismo modo, lo que el mundo nos presenta en todas las épocas, lo que la sociedad ha conservado en todos los lugares, lo que se encuentra do quiera haya seres racionales, lo que ha precedido á la formacion de todos los pueblos, lo que la civilizacion más adelantada no ha rechazado nunca, lo que vemos asociado á todos los goces del linaje humano, y se mezcla con todas sus lágrimas; eso viene, no del hombre, sino de un Sér más alto que él. La razon de la existencia de todo eso es la gloria de Dios, es la necesidad de que todas las criaturas contribuyan á dársela; lo mismo el hombre, que la familia, que la sociedad, que la tierra, que el cielo, y hasta que el infierno. Escuchad al Salmista: «Alabad al Señor, naciones todas: pueblos todos cantad sus alabanzas.» *Laudate Dominum omnes gentes: laudate eum omnes populi.* Ps. CVI, 1. «Tributad al Señor la gloria y el honor: dadle la gloria debida á su nombre: adorad al Señor en el atrio de su santuario:» *Afferte Domino gloriam et honorem, afferte Domino gloriam nomini ejus: adorate Dominum in atrio sancto ejus.* PSALM. XXVIII, 2.

2. Con eso nos demuestra, cuán obligatorio es el culto, porque el Señor no separa su gloria del deber de honrarle en su santuario. Sin embargo, algunos quisieran desterrar todo culto externo, por-

que, dicen, á los ojos de Dios, el hombre es el templo más magnífico; su corazon, el altar en que debe quemar el incienso de su reconocimiento, y ofrecerle el sacrificio de su amor; y creen que este culto es el solo que Dios pide. ¡Necios, que se atreven á limitar el culto de Dios, y no advierten, que ese mismo culto con que presumen se daria él por contento, duraria muy poco tiempo sin el apoyo del culto público! Hace diez y ocho siglos, que el Evangelio derrama torrentes de luz; y á pesar del vigoroso temperamento cristiano, más fuerte que todo lo que se ha podido inventar para destruirlo; á pesar de las lecciones que se dan á la infancia; á pesar de tantas verdades que se han connaturalizado con nuestra razon por la costumbre ó por los monumentos públicos de nuestra fe, á la sombra de nuestras iglesias y á los ojos del sacerdocio; todos los dias experimentamos lo que son los pueblos cuando por algun tiempo deja de anunciárseles estas verdades, cuando no se les recuerdan con alguna imágen sensible, y cuando la magestad de nuestros dogmas no se les manifiesta con la pompa de las ceremonias. ¿Qué seria si faltaba todo culto externo? Los pobres, los ignorantes, la masa del pueblo, cuya única enseñanza es ese culto público, inclinados hácia la tierra, no pensarian más en Dios, no elevarian sus ojos al cielo, quedarian abandonados á su propia ignorancia. Ahora, el sonido de la campana que los llama á la oracion, los sacramentos que se administran á los enfermos, las ceremonias de los funerales, las bendiciones que se invocan sobre los esposos, el bautismo de los niños, el aparato con que por la primera vez se les admite al banquete de los ángeles, las fiestas de nuestros misterios, los atractivos de la cuna del Salvador, las reprehensiones que nos dirige su cruz, los goces de su resurreccion, las flores y perfumes que se derraman donde pasa en triunfo la santa Eucaristía, la fiesta del Patron; todas esas pompas, esas ceremonias, esos transportes de las almas piadosas, esa calma de la inocencia, esas lágrimas del arrepentimiento, esa emocion de un pueblo entero, que canta las mismas alabanzas á impulso de un mismo amor; todo eso, son instrucciones, exhortaciones, que no pueden quedar estériles por mucho tiempo. Quitad al pueblo esa predicacion incesante, que no le permite olvidarse de Dios; quitadle ese clamor universal del culto público, más fuerte que la voz de sus conveniencias; y vereis que salva todas las barreras, y que es necesario inventar nuevos expedientes para contenerle.

Además; sucede en el culto lo mismo que en la piedad: si tiene las promesas de la vida futura, no le faltan las de la vida presente. Conoced, pues, de una vez á vuestros verdaderos amigos. Por cierto

no merecen este nombre, los que por sacar todas las conclusiones impías de una religion abstracta, y que, en la práctica, no oponen un obstáculo á las pasiones, tratan de arrebatarnos el más precioso de los consuelos que nos quedan. Que los hombres ricos, cuyas distracciones engañan su apetito, nunca saciado; que los pueblos, satisfechos con pan y toros, no deseen nada más; no se lo envidiamos: mas para nosotros, la tierra no es tan brillante, que no tengamos necesidad de los bienes del cielo. Dejadnos, pues, la satisfaccion de nuestras solemnidades cristianas, nuestras reuniones y nuestros cánticos; nuestras procesiones y nuestras fiestas; dejadnos las doctrinas que nos ennoblecen, las esperanzas que nos sostienen, los aromas que calman nuestros dolores, los cánticos que suavizan nuestras penas; dejad á una madre desolada la imágen siempre consoladora de *Aquella á quien todas las generaciones llamarán bienaventurada;* dejad á los pobres el asilo del Pesebre, y á los afligidos el consuelo del Calvario; dejad á todos los que trabajan, á todos los que padecen, á todos los que lloran, una sonrisa para sus lágrimas, un descanso para sus fatigas, un alivio para sus penas; dejad al viajero el recuerdo de las campanas de su pueblo, al huérfano la cruz protectora del sepulcro de sus padres, y al soldado, que combate por su patria, el apoyo de sus oraciones.

«¡Oh Señor!» una raza impía te ha zaherido, y un pueblo insensato ha blasfemado tu Nombre: no entregues en poder de esas fieras, de esas doctrinas disolventes, las almas que te confiesan y adoran;—ó al ménos—no olvides para siempre las almas de tus pobres: el humilde, el pobre y el desvalido no tenga que retirarse del santuario cubierto de confusion.» Los pobres quieren alabarte, y el indigente está resuelto á bendecirte. *Inimicus improperavit Domino: et populus imipiens incitavit nomen tuum. Ne tradas bestiis animas confitentes tibi; et animas pauperum tuorum ne obliviscaris in finem; ne avertatur humilis factus confusus, pauper et inops laudabunt nomen tuum.* (Psalm. lxxiii, 18, 19, 21.)

¡Felices todos los que, despues de haber conocido á Dios en su humildad, lo reconocerán en su grandeza; y que fieles á su pobreza en el tiempo, lo encontrarán fiel en sus recompensas en la eternidad! Así sea.

CULTO INTERNO Y EXTERNO.

V.

Populus hic labiis me honorat, cor autem eorum longe est à me.

Este pueblo me honra con los labios; pero su corazon léjos está de mí.

(Matth. xv, 8.)

Ved aquí, amados oyentes, la nueva alianza; esto es, ved establecida la religion del corazon, levantado el culto espiritual sobre las ruinas de la supersticion y de la hipocresía; preferidas la obediencia y la misericordia á las ofrendas y víctimas; opuesto el espíritu que vivifica, á la letra que mata; despreciada la carne, que de nada sirve; anunciada la piedad, que es útil para todo; en una palabra, las tradiciones humanas, las doctrinas nuevas, los errores populares, y la religion de los sentidos, ó condenado en sus abusos, ó arreglado en sus procederes.

La Iglesia, depositaria é intérprete infalible de la doctrina de Jesucristo, adora á Dios en espíritu y en verdad; pero entre los fieles hay algunos, que hacen gala de despreciar todos los ejercicios exteriores de la piedad, que los tratan de devociones populares, y de continuo nos dicen, que Dios solamente mira el corazon, y que todo lo demás es inútil: otros hay, que despreciando lo esencial de la ley, ponen toda su confianza y toda su religion en estas exterioridades. Queriendo hoy explicaros las reglas de la piedad cristiana, y el espíritu del verdadero culto, impugnaré estos dos errores opuestos, que, en este asunto, me parecen igualmente peligrosos, y os diré: No desprecieis los ejercicios exteriores del culto y de la devocion, por-

que eso seria una soberbia y una singularidad reprensible, y no adorariais al Señor en verdad. No tengais tanta confianza en estas exterioridades, que creais, que sin cuidar de purificar vuestro corazon y de arreglar vuestras costumbres, bastarán para haceros agradables á Dios. Esto seria el error de los fariseos, y no adorariais al Señor en espíritu. No desprecieis las exterioridades del culto y de la devocion, ni tampoco abuseis de ellas. Este es todo el asunto de mi oracion. Imploremos los auxilios de la gracia. A. M.

1. Supongo desde luego, amados oyentes, que el verdadero culto, si le consideramos en sí mismo, y sin respeto alguno al presente estado del hombre, es puramente interior, y todo se consuma en el corazon. Toda la religion de los bienaventurados espíritus consiste en adorar al Sér supremo, en contemplar sus divinas perfecciones, y en unirse á él con santos movimientos de un amor puro y perfecto; en la alabanza, en la bendicion y en la accion de gracias: ésta es la religion de los justos que nos han precedido con la señal de la fe. Esta hubiera sido la religion del hombre en el estado de la inocencia, dice San Agustin, si despues de haber caido de aquel estado de santidad en que fué criado, no hubiera sido condenado á vivir arrastrado sobre la tierra, sin poderse levantar hácia su Criador, sin el ministerio de las mismas criaturas que le habian apartado de él. Nosotros, como sucesores de su infidelidad, lo somos tambien de su pena; como hijos de un padre carnal, nacimos carnales como él; nuestra alma, envuelta en los sentidos, casi no puede pasarse sin su ministerio; nuestro culto necesita de objetos sensibles que ayuden nuestra fe, que despierten nuestro amor, que mantengan nuestra esperanza, que faciliten nuestra atencion, que santifiquen el uso de nuestros sentidos, y que nos unan con nuestros hermanos. Esta es la religion de la tierra; esto es, símbolos, sombras, enigmas, que nos fijan, que nos purifican, y nos unen. Los hombres, pues, no pueden pasarse sin un culto exterior que los una, que los distinga de los infieles y sectarios, con que edifiquen á sus prójimos, y que sea una pública confesion de su fe. Por eso Jesucristo juntó á sus pueblos bajo una cabeza y bajo pastores visibles; los unió entre sí con la participacion exterior de unos mismos sacramentos; los sujetó á los mismos signos sensibles; y dió á su Iglesia un carácter resplandeciente de visibilidad, en el que nadie puede engañarse, que siempre la ha servido de baluarte contra todas las sectas, y contra los espíritus de error, que en todos tiempos han querido levantarse contra ella.

Con todo eso, no ha sido sola la herejía la que ha pretendido limitar todo el culto al interior, y mirar todos los ejercicios exteriores como supersticiones populares, ó devociones inútiles. Puede muy bien decirse, que este soberbio error ha reinado en el mundo en todos tiempos. Contínuamente estamos oyendo decir, que la verdadera devocion está en el corazon, que puede muy bien uno ser hombre de bien, justo, sincero, humano y generoso, sin levantar el estandarte, sin manifestar ansia por todas devociones, sin tener por culpa la distincion de las viandas que no son perjudiciales á la salud, porque lo que entra por la boca no es lo que mancha al hombre, sino lo que sale del corazon; y sin una actitud pueril en ciertos ejercicios, cuya institucion más se debe á los claustros que á los apóstoles; y que las obligaciones del cristianismo son más espirituales, más sublimes y más dignas de la razon, que toda la menudencia de devociones á que sujetamos la gente sencilla. Es decir, que la sabiduría del mundo opone tres pretextos para autorizar una tan peligrosa ilusion; á saber, la inutilidad de los ejercicios exteriores, su débil imposibilidad, y el abuso que de ellos se hace. Impugnaré estos tres pretextos, y probaré la utilidad, la sabiduría, y el verdadero uso del culto exterior.

Nos oponeis, en primer lugar, que la esencial devocion está en el corazon, y que todas estas exterioridades son inútiles; pero yo pudiera preguntaros desde luego: cuando separais este culto exterior que teneis por tan inútil, ¿sois fieles, á lo ménos, en lo que vosotros mismos afirmais ser esencial? Cuando despreciais todo lo que os parece supérfluo en la religion, ¿cumplís, á lo ménos, con las obligaciones indispensables de la ley de Dios? Con persuadiros que basta entregar el corazon á Dios, ¿se lo entregais al mismo tiempo que teneis entregado todo el exterior al mundo? A vuestra conciencia llamo por testigo en este asunto. ¿Glorificais á Dios en vuestro cuerpo, no haciéndole servir á las pasiones injustas? ¿Cumplís con todas las obligaciones de padre, de esposo, de amo, de cristiano? ¿No teneis que reprenderos en órden al uso de vuestros bienes, en las funciones de vuestro cargo, en la naturaleza de vuestros negocios, y en el buen órden de vuestra familia? ¿Teneis el corazon libre de todo rencor, de toda envidia, de todo deseo de venganza contra vuestros prójimos? ¿Ofendeis alguna vez con vuestras maquinaciones, ó con vuestros discursos, su inocencia, su fama, ó su fortuna? ¿Amais á Dios más que á todas las cosas, más que á vuestros intereses, más que á vuestra fortuna, más que á vuestros placeres, más que á vuestras inclinaciones? ¿Quereis ántes perderlo todo que desagradarle? ¿Os negais contínuamente á vosotros mismos? ¿Vivís de la fe, sin hacer caso de todo lo que es perecedero? ¿Mirais al mundo como enemigo de Dios? ¿Llorais los desórdenes de vuestras pasadas costumbres? ¿Teneis un corazon penitente, humillado y deshecho bajo de ese exterior mundano? ¿Teneis horror á sola la apariencia del mal? ¿Huís de las ocasiones? ¿Buscais los remedios contra ellas? Este es el punto esencial que tanto nos ponderais; ¿sois fieles en él? No, amados oyentes; solamente las almas entregadas al mundo y á sus placeres nos están contínuamente diciendo, que basta entregar el corazon á Dios, y que éste es el punto esencial; y consiste en que, como se ve claramente que no dan á su Majestad el exterior, procuran persuadirse, para vivir tranquilos, que los ejercicios exteriores no son necesarios, y que solo atienden al corazon, el que nunca conocemos suficientemente nosotros mismos, y acerca del cual podemos muy fácilmente engañarnos.

Pero, amados oyentes, el que ya tiene su corazon arreglado, y ha entregado sinceramente á Dios su amor y sus afectos, éste no cuida de disputarle las exterioridades y la manifestacion de los movimientos de eterna salud que le inspira. Lo que cuesta trabajo, y en lo que consiste la gran dificultad de la virtud, es en el sacrificio del corazon; y así cuando esto ha llegado á conseguirse, todo lo demás nada cuesta, todo se allana, todo es fácil; no teniendo ya las aficiones exteriores raiz alguna en el corazon, se deshacen por sí mismas y no pueden subsistir.

Por otra parte, la misma ley que nos obliga á creer con el corazon, nos manda confesar con la boca, y dar señales públicas y patentes de nuestra fe y de nuestra piedad. Lo primero, para dar gloria al Señor, que es nuestro Dios, y confesar, en presencia de todos los hombres, que él solo merece nuestras adoraciones y respetos. Lo segundo, para no ocultar con una culpable ingratitud los secretos favores que nos ha dispensado, y animar á todos los testigos de las misericordias que ha usado con nosotros, á que junten sus acciones de gracias con las nuestras. Lo tercero, para no retener la verdad con injusticia por una cobardía indigna de la grandeza del Señor, á quien servimos, é injuriosa á la bondad del Dios, que nos ha iluminado. Lo cuarto, para edificar á nuestros prójimos y animarlos á la virtud con nuestro ejemplo. Lo quinto, para animar á los flacos, y confortarlos con nuestra firmeza contra los insensatos discursos del mundo, y las públicas burlas que en él se hacen de la virtud. Lo sexto, para reparar nuestros escándalos, y ser olor de vida, así como antes habíamos sido olor de muerte. Lo séptimo, para consolar á los justos, y darles

motivo con el espectáculo de nuestra mudanza de vida, para que bendigan las riquezas de la divina misericordia. ¿Qué más diré? para confundir á los impíos y á los enemigos de la religion, y obligarlos á que confiesen en su interior, que aún hay virtud en la tierra.

Este es el fruto de las obras exteriores, que teneis por tan inútiles. Los justos de todas las edades han obrado su eterna salud, distinguiéndose del mundo por sus costumbres, por sus máximas, por la decencia y modestia de sus adornos; huyendo de las diversiones públicas, ejercitándose con santo fervor en todas las obligaciones exteriores del culto y de la piedad. Vosotros mismos, que parece haceis tan poco caso de estas exterioridades de la virtud, quereis, no obstante, que se hallen en los siervos de Dios; y luego que los veis imitar las costumbres y procederes del mundo, que en su exterior no se distinguen de los demás hombres, sois los primeros que censurais su devocion.

Pero la falsa sabiduría del mundo opone otro nuevo pretexto á la exterioridad del culto y de la devocion, y halla en ella simplicidad y flaqueza; la frecuencia de los sacramentos, la asistencia á la iglesia, la oracion comun y doméstica, la modestia en el vestir, la diaria asistencia á los santos misterios, la santificacion de las fiestas, el respeto á las leyes de la Iglesia; todo esto se tiene por religion popular, y no se mira como ejercicios dignos del espíritu; quisiéramos una religion que no formase fieles, sino filósofos; solemos decir, que estas menudas devociones son buenas para éste, ó aquél, cuyo talento no alcanza más; y nos parece que honramos nuestra capacidad con despreciar la misma religion. Pero, amados oyentes mios, ¿os parece á los que hablais de este modo, que el desórden de vuestras costumbres y la bajeza de vuestras pasiones no están desmintiendo esa ponderada elevacion de espíritu, que os hace mirar los ejercicios exteriores de la piedad como propios de las almas flacas y vulgares? En esto, sí, que debierais preciaros de talento, de elevacion, de valor y de grandeza de alma. Yo hallo en vosotros todos los defectos de las almas más indignas y viles; os veo soberbios con escándalo, vengativos con furor, vanos con puerilidad, envidiosos con bajeza, y sensuales con disolucion: veo en vosotros una alma de vil barro, que se deja arrastrar de un deleite, abatir de una aficion, corromper de un vil interés, llevar de un vislumbre de prosperidad, y á la que solamente guia el instinto de los sentidos como á los irracionales; nada veo en vosotros que sea grande, nada que sea sublime, nada que sea digno de la fuerza y grandeza de la razon; y así está muy mal en vosotros el decirnos, que las menudencias de la devocion exterior se deben de-

jar para los espíritus débiles y para las almas vulgares. La verdadera fuerza y la única elevacion del espíritu y del corazon consiste, en dominar las pasiones: en no ser esclavos de los sentidos, ni de los deseos: en ser superior á los acontecimientos y á las desgracias: en esto consiste el tener una alma grande y un talento superior y elevado; esto es lo que precisamente se halla en los justos á quienes tanto despreciais, teniéndolos por espíritus cobardes y vulgares. Estos justos son unas almas valerosas, que perdonan las más sensibles injurias, que ruegan por los que los calumnian y persiguen, que no sienten los movimientos de las pasiones sino para tener más mérito en reprimirlas, que no se dejan corromper de un vil interés, que no saben sacrificar la obligacion, la verdad, ni la conciencia á la fortuna; son prudentes en el mal, y sencillos en el bien; vosotros, al contrario, cuando se trata de moderar vuestras pasiones sois más cobardes que las almas más viles y vulgares; vuestro entendimiento, vuestra elevacion, la fuerza de vuestro espíritu, todo os abandona; sois una débil caña, á la que el viento mueve á todas partes; pero en las obligaciones de la religion os preciais de singularidad, de elevacion y de fuerza. Esto es, quereis ser fuertes contra Dios, y sois cobardes con vosotros mismos.

Además de esto, mirais las santas costumbres tan respetables por la fe de todos los siglos, por la piedad de todos los justos, y por las reglas de la religion, como ejercicios populares y poco convenientes para unos hombres como vosotros. Pero ¿qué se halla en vuestras más grandes y más serias ocupaciones, segun el mundo, que sea más digno del hombre y del cristiano, que los más populares ejercicios de la piedad, cumplidos con espíritu de fe y de religion?

Lo que nos engaña, hermanos mios, es que tenemos formada una grande idea del mundo, de sus vanidades, de sus pompas, de sus honores y de sus puestos, y no miramos con los mismos ojos las obligaciones de la religion; pero una alma fiel á quien la fe coloca en un punto de elevacion, desde donde todo el mundo y sus grandezas no la parecen más que un átomo, mira todo lo que pasa en la tierra como mutaciones de teatro, que solamente admiran y divierten á unos espectadores ociosos y engañados; espectadores que no ven la flaqueza del artificio y la pueril y oculta fuerza que las mueve, escondiendo el despreciable misterio. Ved ahí como el espíritu de Dios y el espíritu del mundo juzgan distintamente: como á los justos les parece vano y pueril lo que á vosotros os parece tan grande y maravilloso; y como vosotros tratais de puerilidad lo que á ellos les parece únicamente digno de la grandeza y de la excelencia del hombre.

Direis, que una infinidad de gentes abusan de todas estas exterioridades de la devocion. A esto os respondo en una palabra, que los abusos de la devocion no deben atribuirse á la misma devocion: que el mal uso, que algunos hacen de ella, prueba solamente, que la corrupcion de los hombres abusa aún de las cosas más santas; y que así, debeis practicar estos piadosos ejercicios con disposiciones más puras y con motivos más cristianos; que debeis acompañar estas piadosas exterioridades con una vida santa, con una conciencia irreprensible, con una fidelidad inviolable á todas vuestras obligaciones; que el despreciar la virtud porque algunas personas abusan de ella, seria caer en una ilusion más peligrosa que la que se reprende; y que el mejor modo de condenar los abusos, es enseñar con el ejemplo el verdadero uso que debe hacerse de las cosas de que abusamos. Despues de haber explicado la utilidad de los ejercicios exteriores contra los que los desprecian, es necesario impugnar sus abusos contra los que fundan toda la piedad cristiana en estas exterioridades.

2. Los ejercicios exteriores de la devocion son útiles, y los hacemos infructuosos por no acompañarlos con aquel espíritu de fe y de amor, sin el cual la carne de nada sirve. A la verdad, amados oyentes, todo el culto exterior se ordena á la renovacion del corazon como á su fin principal: cualquiera accion de piedad que no se ordena á establecer el reino de Dios dentro de nosotros, es vana: cualquiera ejercicio santo, que subsista siempre con nuestras pasiones, que deja siempre en nuestro corazon el amor al mundo y á los culpables deleites, que no corrige nuestros rencores, nuestras envidias, nuestra ambicion, nuestros afectos, nuestra pereza, más es burla de la virtud, que virtud.

En este sentido, toda la religion estriba en el corazon; el haberse Dios manifestado á los hombres, el haber formado una Iglesia visible en la tierra, el haber establecido en ella la majestad de las ceremonias, la virtud de sus sacramentos, la magnificencia de sus altares, la variedad de sus ejercicios, y todo el aparato de su culto, no ha sido más que para guiar á los hombres á las obligaciones interiores del amor y de la accion de gracias, y para formarse un pueblo santo, puro, inocente y espiritual, que pueda glorificarle en todos los siglos. Este es el fin de todo el culto que Dios ha establecido, y de todas las ideas de su sabiduría para con los hombres: cualquiera religion que se ciñese á puras exterioridades, sin arreglar el corazon y los afectos, seria indigna del Sér supremo, no le tributaria la principal gloria y el único respeto que él desea. No obstante esto, amados oyentes, podemos decir, que este es el abuso más universal y la llaga más deplorable de la Iglesia. ¡Ah! toda la gloria de la hija del rey se halla, por decirlo así, en el exterior.

Pero ¿qué caso hacemos nosotros de las apariencias de amistad que desmiente el corazon? ¿Qué impresion hacen en nosotros las falsas expresiones de aquellos que no nos aman, y que conocemos ser nuestros enemigos? ¿No es cierto que nos sirven de molestia? Nosotros no estimamos en los hombres sino el afecto íntimo y real que nos profesan: aún les disimulamos la irregularidad de algunas acciones, con tal que estemos seguros de la verdad de su afecto. Nosotros queremos ser amados de veras, ningun caso hacemos de las exterioridades, solamente nos pagamos del corazon: no perdonamos ni aún el más leve defecto de sinceridad; y ¿hemos de creer que Dios, que se llama Dios celoso, ha de ser en este punto ménos sensible y ménos delicado que el hombre? ¿Hemos de creer que Dios ha de ser de peor condicion que el hombre, y que ó no merece ser amado, ó que no ha de sentir la falsedad de nuestras adoraciones y respetos? ¡Dios mio! es posible que los hombres hayan de ser tan reales y verdaderos en sus placeres, en sus pasiones, en sus proyectos de fortuna, en sus rencores, en sus venganzas y en sus envidias; y que conservando en estos asuntos dentro del corazon, aún más de lo que exteriormente manifiestan, solamente han de ser falsos en los asuntos de la religion; esto es, á la figura del mundo tributan la verdad y realidad de sus afectos, y á la verdad de vuestra ley y á la realidad de vuestras promesas no ofrecen más que la apariencia! Y no obstante, la vana confianza es la propiedad característica de estas almas de que hablo; y este es el segundo abuso de los ejercicios exteriores de devocion.

Los ejercicios exteriores de la religion sosiegan la conciencia, y dan motivo al pecador de que halle algun consuelo fuera de sí mismo: las limosnas, los sacramentos, las obras de misericordia forman una especie de nube que oscurece su alma; se perdona más fácilmente las fragilidades y caidas, porque le parece que las recompensa con obras santas; no teme aquella obstinacion y aquel abandono de Dios en que caen regularmente los pecadores inveterados, porque aún siente consuelo en ciertas obligaciones exteriores de la religion; no conoce que este consuelo es artificio del demonio, que conduce á la impenitencia, del mismo modo que la obstinacion. De este modo, el pueblo judío, fiel observador de los ejercicios exteriores, perseveró hasta el fin en su ceguera. Los grandes pecadores, los impíos, los publicanos se convierten; los fariseos, los medio cristianos, las almas á un mismo tiempo religiosas y mundanas, que componen las exteriores obliga-

ciones de la devocion con los placeres, con las máximas, pasiones y abusos del mundo, nunca se mudan, y mueren sin compuncion, así como han vivido sin desconfianza.

¡Ah, hermanos mios! un enemigo de los cristianos les argüia en otro tiempo, de que aunque era verdad que los preceptos del Evangelio eran admirables, y que nada igualaba la perfeccion y grandeza de las máximas de Jesucristo, eran tan poco conformes á la flaqueza humana, que no creia que hubiera quien pudiese cumplirlos. Pero, ¿qué podria haber en las máximas de Jesucristo tan impracticable para la humana flaqueza, segun la expresion ponderativa de este pagano, si éstas no arreglasen más que las exterioridades? Lo que cuesta es mortificar un deseo, el vencer una pasion, el desarraigar una costumbre, el contener un natural demasiado inclinado á los placeres; lo que cuesta es el separarse de una ocasion á que nuestro corazon nos inclina, el aborrecer al mundo que nos agrada y nos busca; el amar á los que nos aborrecen; el ocultar los defectos del prójimo y hablar bien de los que nos calumnian; el vivir desprendidos de todo, aún cuando todo se posea; esta es propiamente la vida cristiana, y lo que cuesta trabajo; este era el motivo de que tanto admirasen los paganos la santidad, la elevacion y la prudencia de la moral de Jesucristo; esto es lo que tanto les hacia temer, dice S. Leon, la santa severidad. Pero las obras exteriores muchas veces son fruto del amor propio, léjos de debilitarle y combatirle. Y por eso, no solamente ceñimos á ellas toda la piedad, sino que las preferimos á las más esenciales obligaciones.

Ultimo abuso de los ejercicios exteriores: ofendemos con ellos á la justicia por preferirlos á las más indispensables obligaciones: abuso bastante frecuente en la virtud, pues vemos muchas personas celosas por las obras de supererogacion, y tranquilas en órden al perpétuo olvido de sus más esenciales obligaciones. Y así hay muchas, que practican todas las buenas obras, ménos aquellas que Dios las pide; dejan las funciones de su cargo, las obligaciones principales de su estado, aquellas obligaciones menudas y domésticas en que no halla satisfaccion el amor propio, y aquellas para cuyo cumplimiento solo el amor á la obligacion puede estimularnos. Amados oyentes, esta es una regla indefectible: todo lo que se opone á la obligacion esencial, no puede ser obra de fe ni de devocion. Jesucristo no está dividido contra sí mismo: la caridad no destruye lo que edifica la justicia: empezad por la obligacion: lo que no edifiqueis sobre este fundamento, no será más que un conjunto de ruinas, de obras muertas y de paja destinada al fuego. Dios no estima unas obras que no nos pide:

la sincera y verdadera piedad consiste solamente, en ser cada uno fiel á las obligaciones de su estado: despues de haber cumplido con estas obligaciones, haced en hora buena obras de supererogacion; pero no antepongais lo accesorio á lo principal, vuestros antojos á la ley de Dios, y la quimérica perfeccion de la devocion á la devocion misma.

Evitad, amados oyentes, los dos escollos que acabo de señalar en este discurso: este es el fruto que habeis de sacar de él: la virtud prudente y sólida siempre estriba en un medio justo y equitativo: solamente nuestro genio es quien apetece los extremos. No añadimos nosotros, por nuestra parte, cosa alguna á la religion: ésta está llena de una razon sublime si la dejamos como en sí es; pero luego que intentamos mezclar con ella nuestros gustos y nuestras ideas, ya no es más que una filosofía árida y soberbia, que todo lo atribuye á la razon, y que no produce efecto alguno amoroso en los corazones; ó produce un celo supersticioso y ridículo, despreciado por la sana razon, y reprobado y condenado por la fe. Hagamos con el arreglo de nuestra vida y con la equidad de nuestro proceder, que la virtud sea respetada aún de los que no la aman: manifestemos al mundo, dando con nuestras acciones á cada cosa el lugar que la corresponde, que la piedad, ni es genio, ni flaqueza, sino la regla de todas las obligaciones, el órden de la sociedad, el juicio de la razon y la única ciencia á que debe aspirar el hombre en la tierra. Contemplemos la elevacion de las máximas de la religion, y la dignidad de sus preceptos, y obliguemos á los enemigos de la virtud á que confiesen, que solamente la piedad puede ennoblecer el corazon, elevar los pensamientos, formar almas grandes y generosas; y que no hay cosa más pueril ni más despreciable, que una alma que se deja gobernar de sus pasiones. Honremos á la virtud, dejándola cuanto en sí tiene de divino y amable, su suavidad, su equidad, su nobleza, su sabiduría, su igualdad, su desinterés y su elevacion: el mundo, en medio de ser tan injusto, presto se reconciliaria con la virtud, si viera que nosotros abandonábamos nuestras flaquezas. De este modo haremos que alaben el nombre del Señor aún los que no le conocen, y podemos esperar verlos algun dia reunidos con nosotros en la feliz inmortalidad, que os deseo.

CULTO DE LOS SANTOS.

Vidi turbam magnam, quam dinumerare nemo poterat, ex omnibus gentibus, et tribubus, et populis, et linguis.

Vi una grande muchedumbre, que nadie podia contar, de todas naciones, y tribus, y pueblos, y lenguas.

(*Apoc.* VII, 9.)

¿Qué muchedumbre innumerable es esa, hermanos mios, que vió el ilustre y venerable anciano de Pathmos? Es la de los gloriosos habitadores de los cielos. Ved con qué rasgos característicos nos los describe. Están reunidos, dice, de todas naciones, de todas lenguas, tribus y edades; llevan vestiduras blancas, porque no queda en ellos ningun vestigio del contagio del pecado; rodean el trono de Dios, porque son admitidos á gozar eternamente de su divina esencia; tienen en la mano vasos de oro llenos de perfumes, porque las oraciones que por nosotros elevan al Señor son siempre gratas. ¡Oh! cuán augusta y esplendorosa es esa santa y nueva Jerusalen! Probemos hoy á entrar por sus puertas, cristianos muy amados. La Iglesia nos invita á ello. Váyamos á besar respetuosamente el polvo de los sagrados pavimentos en que resuena el aleluya eterno. Congratulemos á los santos, amigos de Dios, por su felicidad, por su triunfo; y al deponer á sus piés el homenaje de nuestra veneracion, tal vez nos los hagamos propicios y merezcamos su poderosa intercesion. Con este designio quiero hoy hablaros del culto de los santos. Yo os mostraré, que es un culto *soberanamente razonable*, al par que *eminentemente consolador*; y enseguida os diré *en qué debe consistir*. Imploremos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Cada dia en el mundo, cuando estamos empeñados en una empresa difícil y peligrosa, procuramos hallar algun amigo, algun

protector generoso, que se digne interceder por nosotros, y recomendar nuestros intereses á los hombres poderosos, que tienen, por decirlo así, en sus manos, el éxito bueno ó malo de nuestros negocios. Eso es tambien, hermanos mios, lo que sucede en el órden sobrenatural; y el culto que tributamos á los santos no tiene otro fundamento. Los santos son amigos de Dios, sus servidores más fieles, honrados con sus mercedes especialísimas; y en recompensa de su fidelidad, son partícipes de su poder. Coronados de gloria divina, beben abundantemente en la fuente de todos los bienes.

Por otra parte, los santos nos profesan tierno afecto. Como nosotros, fueron peregrinos en nuestro destierro; como nosotros, comieron en la tierra un pan muchas veces empapado con sus lágrimas; como nosotros, más de una vez se sentaron llorando á la orilla del camino, al pensar en la patria celestial, á la que tanto temian no poder subir. Los santos son hermanos nuestros; las santas, hermanas nuestras tambien. La sangre de Adan corrió por sus venas como por las nuestras; tuvieron primero nuestras debilidades, nuestros trabajos y angustias. Ellos querrán pues, socorrernos, porque son poderosos cerca de Dios; y porque habiendo sufrido todas las pruebas difíciles á que nosotros mismos estamos expuestos, saben que somos muy desgraciados y muy dignos de su tierna compasion. Así ha pensado siempre la Iglesia de Dios, y por eso se apresuró á recurrir á la intercesion de todos los santos que moran en el cielo. San Jerónimo, en el siglo IV, contestaba ya al hereje Vigilancio, que osaba sublevarse contra el culto de los santos: «¡Cómo! los apóstoles y los mártires, miéntras vivian en la tierra y estaban aun inquietos sobre su propia suerte, no dejaban de rogar por sus hermanos; ¿y creeríamos nosotros, que coronados en el cielo se olvidan de ellos?»

¿Qué respeto, qué veneracion no ha profesado la Iglesia, desde su orígen, á la bienaventurada Vírgen María, á los apóstoles, á los mártires, á los confesores, á las vírgenes, á toda la corte del Rey eterno de los siglos? ¡Cuántos templos erigidos bajo su invocacion, cuántas sociedades establecidas bajo su nombre, cuántas fiestas instituidas para celebrar sus triunfos, cuántos escritos publicados para defender su culto, para anunciar sus milagros, para proponer el ejemplo de sus virtudes!

El culto de los santos tiene sus raíces en las leyes más imprescriptibles de nuestra naturaleza. Nosotros amamos, veneramos á un padre, á una madre, á una hermana, á una esposa, á un hijo. La simple vista de una persona sólidamente virtuosa nos impresiona, nos conmueve. ¿Qué es eso, pues? Un culto. Es el culto de la piedad filial,

del amor maternal, del amor conyugal; es el culto de la virtud; es un homenaje, un honor rendido públicamente á eminentes calidades. Ahora bien; el culto de los santos no es otra cosa: es tambien el reconocimiento solemne y cumplidamente manifiesto de sus méritos y virtudes.

Hay hombres, que buscan con incansable perseverancia todos los restos de un pasado que no existe. Recogerán las armas enmohecidas que encuentren en los campos de batalla antiguos y modernos; enriquecerán nuestras capitales y museos con trozos de columnas descubiertas en Menfis ó Tebas; y esos mismos hombres se indignarán del culto que prestamos á los santos, sin que puedan comprender que demos tanta importancia á sus huesos. Sepan, pues, esos hombres ciegos é inconsecuentes, que nosotros tambien tenemos nuestros museos, museos religiosos, museos sagrados; sepan que los santos, los mártires, los confesores, los pontífices y las vírgenes son nuestros gloriosos antecesores; y que al recoger piadosamente sus restos venerandos, guardamos con religioso respeto los testigos de la cuna de nuestra civilizacion, los testigos del principio de nuestras creencias, los testigos de los primeros dias de nuestra felicidad.

2. Habitando en una luz inaccesible, no podia Dios ser conocido y amado de los hombres como él queria, y nada desea él tanto como ser amado. Por eso se hizo visible y nos envió á su único Hijo, su Verbo, el esplendor de su gloria. Jesús es, pues, el mediador necesario entre Dios y el hombre. Pero como acontece que conservamos siempre un santo temor á causa de la gloria de su divinidad, el Verbo, en su bondad infinita, nos dió tambien todos los santos, y al frente de todos ellos su bienaventurada Madre, por mediadores entre él y nosotros, á fin de que con su intercesion podamos con mayor confianza acercarnos á su trono.

Siendo Jesucristo el tipo cumplido de la perfeccion, el ejemplar de todas las virtudes, el hombre hubiera podido hallar harto difícil la imitacion de Dios; y la perfeccion misma del modelo divino nos habria tal vez disuadido de imitarle. Entónces Dios, en su bondad, nos dió modelos más accesibles á nuestra debilidad; nos propuso los santos para servirnos de ejemplo, á fin de que nos fuese más fácil, ante las copias del original divino, imitar sus virtudes; pues imitando á los santos, reproducimos en nosotros las mismas virtudes de Jesucristo, cuyas imágenes más perfectas han sido los santos. Así el camino de la perfeccion se hace accesible á todos. Los santos han alcanzado el cielo en todas las posiciones de la vida en que nosotros podemos encontrarnos. En los mismos peligros, en las mismas tentaciones,

conservaron éstos la integridad de una carne virginal, aquéllos la honestidad del tálamo conyugal. Los unos, brillaron por sus esplendentes virtudes en las gradas del trono; los otros, bajo el techo de la choza, han llevado una vida más oscura á los ojos del mundo, pero igualmente preciosa á los de Dios... Así, pues, si todos esos santos eran hombres como nosotros, nosotros podemos hacer lo mismo que hicieron ellos.

3. El culto que tributamos á los santos consiste: 1.°, *en honrarlos*; 2.°, *en rogarles*; 3.°, *en imitarlos*.

La diferencia entre los ángeles y los santos, dice S. Juan Crisóstomo, no está sino en el nombre. El cielo es la mansion de los ángeles, y los mártires tambien lo habitan. Los ángeles son inmortales, y los mártires tambien lo son, pues Jesucristo dió á su carne una gloria más espléndida que la misma inmortalidad. ¡Cuán justo es, pues, venerar á esos servidores de Dios, tan grandes y tan poderosos!

Mil razones, dice S. Gregorio de Niza, me demuestran todo el poder, toda la libertad de que gozan los santos en compañía de Dios. Yo he sido testigo de varios milagros que ellos han obrado. No solamente podemos, dice S. Agustin, imitar á los santos en general, imitar á los mártires, sino imitar á Dios, con ayuda de Dios mismo. Los santos, dice S. Cipriano, nos han dado el ejemplo de todas las virtudes, y por consiguiente deben ser nuestros modelos.

Véase: SANTOS.—CULTO DE LAS RELIQUIAS, véase RELIQUIAS.

CULTO Y CLERO.

Dominus ordinavit iis, qui Evangelium annuntiant, de Evangelio vivere.

El Señor dejó ordenado, que los que predican el Evangelio, vivan del Evangelio.

(*I Cor.* IX, 14.)

El Salvador podia conducir á los hombres al camino de la salvacion por sí mismo, ó por un ministerio invisible, desempeñado por ángeles; pero como el hombre es visible y se gobierna por las cosas visibles, quiso darle un ministerio visible y acomodado á su naturaleza, que le gobernase y dirigiese. Este ministerio es el sacerdotal. Los sacerdotes son los salvadores visibles, encargados de la salvacion de las almas por el Salvador invisible, á quien representan en su ministerio, y en cuya virtud lo ejercen y desempeñan. El depósito de la fe, sin la cual no puede haber salvacion, la sana moral, el verdadero culto, la santidad de las solemnidades, la majestad de las ceremonias, la enseñanza del Evangelio, la celebracion de los sacrificios, la administracion de los sacramentos, la santificacion de las almas; toda la obra de la salvacion se ha puesto en sus manos. Elimínense los sacerdotes, y desaparece el culto divino, desaparece la religion, y por último, desaparecerá la sociedad, que sin religion no puede subsistir.

Incumbiendo á todos sostener la religion, porque no hay quien pueda eximirse de cumplir los deberes que ella nos impone, claro está, que todos, en caso necesario, están obligados, segun sus facultades, á sostener el clero con el decoro que de justicia se le debe, y á proporcionarle lo necesario para el esplendor del culto divino. Al gobierno de las naciones le incumbe hacer, que el culto y clero sean atendidos; pero si éste no quiere ó no puede, como ha sucedido muchas veces, cubrir esta sagrada atencion, entónces la obligacion de

sostener el culto y clero se extiende á toda clase de personas. De esta obligacion voy á ocuparme en el presente discurso. Si nuestros padres se levantasen de su tumba, creerian que se hacia una ofensa á nuestra nacion, con probar esta necesidad de atender al culto y clero; pero vosotros, que sabeis la crítica situacion por la cual ha pasado el clero, y tal vez temeis que haya de pasar aun por otras situaciones tristes, comprendeis cuán indispensable es tratar en el púlpito ciertas materias, que, en otro tiempo, se hubiera tenido por inútil. Para el acierto imploremos los auxilios de la gracia. A. M.

1. El hombre es del Señor, y los bienes que posee, los recibe de sus manos: de donde se sigue, que el hombre debe vivir sujeto y obediente á la voluntad de Dios, porque es su dueño; debe estarle sumamente agradecido, porque todo lo recibe de su bondad, y darle pruebas contínuas de su agradecimiento, porque así lo requieren sus contínuos beneficios. Estos deberes del hombre son tan antiguos como el hombre mismo, porque son naturales. Al abrir Adan los ojos por primera vez, vió al autor de su sér y dueño de sus bienes, y conoció la obligacion de adorarle, de rendirle culto, y de manifestarle de todos modos su agradecimiento; y hé aquí el orígen de los sacrificios, las ofrendas, las primicias y los diezmos. Cain y Abel, primeros hijos de Adan, ofrecieron ya sus bienes al Señor. Noé, padre de los que volvieron á poblar el mundo despues del diluvio, ofreció holocaustos á Dios. Abrahan hizo lo propio. Isaac, su hijo, ofreció, como su padre, sacrificios al Señor; y su nieto Jacob, orígen de las doce tribus, prometió al Señor el diezmo de todos los bienes que se dignase concederle. Todos estos hechos, verificados precisamente en los principios de cada una de las famosas épocas de la ley natural, manifiestan muy claramente, que en aquel tiempo se ofrecian ya al Señor y á sus ministros diezmos y primicias. Moisés, al hablar por primera vez al pueblo, Exod. XXII, 29, encargó, que no fuese perezoso en pagar los diezmos y primicias; y en el Levítico, así como tambien en el libro de los Números, y en el Deuteronomio, está consignado terminantemente este precepto, Lev. XXVII, 30: Num. VIII, 17: Deut. XII, 6, que aún estaba vigente en tiempo de Jesucristo, Matth. XXIII, 23: Luc. XI, 42, et cap. XVIII, 12. Es, pues, indudable, que la obligacion de pagar diezmos y primicias en la antigua ley, era considerada y cumplida como procedente de la voluntad de Dios, y los que faltaban á ella, eran castigados por transgresores de la ley divina.

Veamos ahora la conducta observada por la Iglesia desde sus pri-

meros tiempos sobre este particular. San Lucas, hablando de los primeros cristianos, nos dice, Act. iv, 32, que el corazon era uno, y el alma una; y que ninguno decia ser suyo lo que tenia, sino que todas las cosas eran comunes: aquellos fervorosísimos cristianos no se contentaban con ofrecer al Señor los diezmos y las primicias, como los israelitas, sino que ofrecian tambien las propiedades que los producian. Vendian los campos y las casas que poseian, y ponian su precio en manos de los apóstoles, ó sea, á disposicion de la Iglesia, que lo repartia con suma prudencia entre los fieles, segun las necesidades de cada uno, despues de cubrir las atenciones del culto y sus ministros. Así es, que teniendo entónces la Iglesia muchísimo más de lo que necesitaba, no contó con diezmos ni primicias, por más que pudiese exigirlos, cediendo el uso de este derecho en beneficio de la comunidad de los fieles. Con el transcurso del tiempo, la piedad y el fervor menguaron, las ofrendas voluntarias de los fieles llegaron á no ser suficientes para el sostenimiento decoroso del culto y clero, y entónces la Iglesia, usando de su derecho, exigió de sus hijos los diezmos y las primicias; y este precepto se convirtió en uno de los principales mandamientos de la santa madre Iglesia.

El que reflexione un poco sobre esto, conocerá, por el fin que la Iglesia se propone en este mandamiento, que es necesario distinguir en los diezmos y primicias la sustancia y la cantidad. La sustancia son los frutos que bajo este concepto se ofrecen á Dios, y la cantidad está marcada con el número correspondiente á estos mismos frutos. Supuesta esta distincion, fácilmente puede cualquiera conocer, que los diezmos y primicias, considerados en cuanto á la sustancia, se deben pagar por derecho natural; y nadie, absolutamente nadie, puede dispensarse de esta obligacion, que se extiende á todos proporcionalmente, así como nadie puede dispensarse de tributar á Dios el culto debido. Son tambien, en este mismo concepto, de derecho divino, porque lo tiene Dios mandado en el antiguo y nuevo Testamento.

«Todos los diezmos de la tierra, dice Moisés, Levit. xxvii, 30, ya sean de ganados, ya de frutos de árboles, del Señor son, y á él están consagrados.» Y por boca de Ezequiel dice Dios: «Sobre mi santo monte, sobre el excelso monte de Israel, allí me servirán todos los de la familia de Israel: todos, digo, en aquella tierra, en la cual me serán gratos, y en donde estimaré yo vuestras primicias, y la ofrenda de vuestros diezmos, con todos los actos de vuestro culto sagrado: Ezeq. xx, 40. San Lucas, refiriendo la parábola del fariseo y del publicano, afirma que aquél decia orando: «Ayuno dos veces á la semana, y pago los diezmos de todo lo que poseo: Cap. xviii, 12.» El apóstol S. Pablo, hablando del sumo sacerdocio de Jesucristo representado en Melquisedec, dice: «Contemplad ahora cuán grande sea éste, á quien el mismo Abrahan dió los diezmos, sacándolos de los mejores despojos. Lo cierto es, que aquellos de la tribu de Leví que son elevados al sacerdocio, tienen por la ley órden ó derecho de cobrar los diezmos del pueblo: Hebr. vii, 4 et 5.» Y el mismo Apóstol, en otro lugar, se expresa en estos términos: «¿Quién milita jamás á sus expensas? ¿Quién planta una viña, y no come de su fruto? ¿Quién apacienta un rebaño, y no se alimenta de la leche del ganado? ¿Por ventura esto que digo, es solamente un raciocinio humano? ¿No dice esto mismo la ley? Sí, ciertamente. La esperanza hace arar al que ara; y el que trilla lo hace con la esperanza de percibir el fruto. Si nosotros, pues, hemos sembrado entre vosotros bienes espirituales, ¿será mucho que recojamos un poco de vuestros bienes temporales? Si otros participan de este derecho á lo vuestro, ¿por qué con más razon no debemos participar nosotros? ¿No sabeis que los que sirven en el templo, se mantienen de lo que es del templo, y que los que sirven al altar, participan de las ofrendas? Así tambien dejó el Señor ordenado, que los que predican el Evangelio, vivan del Evangelio: I Cor. ix, 7.» Es, pues, indudable, que la Iglesia, al mandar á sus hijos que paguen los diezmos y primicias, está en su derecho; y que, relativamente á la sustancia de los mismos, ni siquiera puede dispensar, bien que lo pueda en cuanto al modo y la cantidad, salvo siempre el mantenimiento decoroso del culto y clero.

2. Nuestros mayores atendian al culto y clero con los diezmos y primicias. Creyendo en las santas Escrituras, estaban convencidos de que debian destinar parte de sus bienes libres al esplendor del culto divino, y á la manutencion decorosa de sus ministros. Lo que era bueno y justo entónces, lo es ahora, y lo será siempre; pero ahora, por parte de los hombres, hay una oposicion que entónces no se conocia, y por eso no se paga á la Iglesia lo que entónces se pagaba. Habiendo acordado el santo Padre y el gobierno el modo con que debe sostenerse el culto y clero, nosotros debemos acatar y obedecer sus disposiciones. Los encargados de gobernar la nacion son los que ahora tienen estrecha obligacion de sostener el culto y clero de una manera decente. Si la dotacion no fuese decorosa, léjos de ser útil, seria depresiva del culto que se debe al Criador, y aún perjudicial á la sociedad. Para convencerse de esta verdad, bastará considerar los resultados que daria necesariamente una dotacion mezquina. Por de pronto, nadie habria que inclinase á sus hijos en la carrera eclesiástica, toda vez, que por término de ella se halláran con el vilipendio y la miseria.

Si á pesar de esto, algunos se dedicasen á la carrera del sacerdocio, no podrian, careciendo de recursos, hacerse con libros que les ilustráran, y mucho ménos socorrer á los necesitados, con quienes los ministros del altar, y con especialidad los párrocos, tienen que compartir con tanta frecuencia lo suyo. Falto de ciencia y de recursos, el clero ocuparia en la sociedad un lugar ménos digno, y pocos se prestarian á darle oidos, porque se creeria, que lo que le impeliéra á dirigirles la palabra, no seria el cumplimiento del deber, sino el deseo de que le diéran algo. Sus exhortaciones serian frias y sin prestigio, porque aún cuando la uncion y la gracia las dá el Señor, quiere, empero, que se pongan los medios que tiene acordados en su ley santísima, y con esta condicion dá complemento á la obra. Si, pues, no se sostuviera decorosamente al culto y clero, la sociedad se resentiria, porque no habria quien contuviese á los hombres en sus demasías, y les hiciese entrar en el camino del justo deber. Las consideraciones recíprocas que los hombres, sin diferencia de clases, deben tenerse mútuamente, desaparecen cuando se abandona al culto y clero.

Bien persuadidos de esta verdad están los impíos, pues queriendo borrar de la memoria de los hombres hasta el nombre de religion, hacen cuanto pueden en contra del clero. No les basta verle privado de los medios con que legítimamente atendia á su decorosa subsistencia, sino que quisieran verle pedir limosna, y con refinada malicia van repitiendo, que la Iglesia debe ser pobre y pobres sus ministros, como lo fueron los apóstoles. No advierten los infelices, que los primeros cristianos vendian cuanto tenian para ponerlo á disposicion de la Iglesia; de modo, que si por estas máximas hubiésemos todos de dirigirnos, habria de hacerse ahora sobre el particular lo que entónces se hizo. En este caso, no habria necesidad de recordar á los fieles el deber de sostener el culto y clero; porque puestos á disposicion de la Iglesia los bienes de todos sus hijos, á cada uno daria lo que hubiera menester para atender á sus necesidades; pero privar á la Iglesia y á sus ministros de lo que poseian y necesitaban para sostenerse, quedarse con ello, y luego predicar que deben ser pobres como en tiempo de los apóstoles, es cosa que solo puede caber en corazones corrompidos. Si los impíos quieren que los ministros del altar vivan como vivian los apóstoles, empiecen ellos por imitar á los primitivos cristianos. Pero no; ellos quieren vivir en la abundancia, tal vez disfrutan de lo que era propio del culto y clero; y lo que desean es, que los templos se arruinen, que no haya ministros que clamen y reprendan, y que el culto y clero desaparezcan. Pero sin culto divino y sin ministros no hay religion, y sin religion no puede existir la sociedad.

El gobierno, pues, debe sostener el culto y clero; pero si éste no puede cubrir tan sagrada obligacion, ó abandona el culto, y desprecia á sus ministros, á todos incumbe, en proporcion de sus facultades, sostener la religion. ¿No ha manifestado Dios su voluntad sobre el particular? ¿No es suya la tierra y cuanto hay en ella? ¿No se le respeta sosteniendo el culto y clero? Sí, por cierto. ¿Quién, pues, se atreverá á negar, que si el gobierno no cuida del culto y clero, como ha sucedido más de una vez, están todos obligados, segun sus facultades, á cuidar de su sostenimiento? El impío, y solo el impío; porque impío es el que desprecia el culto y clero; y le desprecia, á no dudar, el que pudiendo, no contribuye á su decoroso sostenimiento.

No creais, amados oyentes, que al hablar así, pretendo que los sacerdotes disfruten de grandes riquezas temporales: no es este mi ánimo; estén los templos del Señor con la decencia debida, hágase el culto con la majestad posible, y sean atendidos los ministros del Señor como reclama su sagrado carácter y su mision, para bien de las almas y prosperidad de nuestra patria. El orígen de la prosperidad de los pueblos está en la moralidad que la religion enseña. Sin religion no puede haber moralidad, y sin moralidad es absolutamente imposible que una nacion prospere.

Amados oyentes, recordad por un momento lo que en nuestros dias ha ocurrido, y conocereis cuán funesto seria nuestro porvenir, si no se atendiera al decoroso mantenimiento del culto y de sus ministros. El santo Evangelio manda á todos, que no pongamos la confianza en los bienes de la tierra como si no tuviéramos que esperar otra cosa; que á cada uno se le dé lo que sea suyo, y que todos miren por el templo y sus ministros. ¡Desgraciados de nosotros si no cumpliésemos estos deberes! Pero si despreciamos los bienes del tiempo, y solo suspiramos por los de la eternidad, si tributamos á Dios el culto que le es debido, el cielo nos colmará de bendiciones, el Señor nos protegerá en esta vida y nos recompensará en la eterna gloria.

Véase: RELIGION.

CURIOSIDAD.

Et tu quæris tibi grandia? Noli quærere.

¿Y tú pides para tí cosas grandes? No tienes que pedirlas.

(*Jer.* XLV, 5.)

Nada me parece más justo, amados mios, que aquella atencion que ponen los predicadores en el carácter y circunstancias de sus oyentes, para suministrarles el alimento de la divina palabra, conforme advierten serles más útil ó necesaria para el remedio de sus espirituales dolencias. Ellos eligen los asuntos conforme á la calidad de los auditorios, y los pronuncian y explican con mayor ó menor hermosura, con más ó ménos elocuencia, segun la instruccion mayor ó menor que consideran en los que escuchan. Fundados en aquella grande verdad que pronunció el Apóstol, cuando dijo: *Sapientibus et insipientibus debitor sum*, Rom. I, 14, somos deudores á sábios é ignorantes; procuran, unas veces, reprender aquellos vicios más de bulto y más groseros á que los ignorantes se arrojan; y otras veces, explican y declaman contra aquellos desórdenes más finos y delicados, en que comunmente delinquen muchas personas instruidas. Nada á la verdad más justo que esta atencion, nada más útil que esta diversidad.

Siguiéndola nosotros, hemos declamado contra la embriaguez, el hurto, la deshonestidad, la blasfemia y otros pecados, que, aunque aborrecibles y detestables á primera vista, se hallan, sin embargo, sumergidos en ellos muchos hombres de cortísima instruccion, á quienes somos deudores por razon de nuestro santo ministerio: *Insipientibus debitor sum*. Pero, considerando que la mayor parte de vosotros los mira con horror, seria inútil mi fatiga en inspiraros aborrecimientos á unos vicios, á los que vosotros mirais ya con detestacion; mas no lo será el predicar contra otros pecados más finos,

más delicados é infinitamente más perjudiciales que los antecedentes; vicios á que se entregan todas las gentes, sin remordimiento de su gravedad, sin conocimiento de sus fatales y funestas consecuencias, y sin espanto de su formidable malicia; vicios que dominan en todas partes, que todo lo manchan, todo lo corrompen; vicios á los que nadie mira con horror, y que se pasean francamente, desde lo más recóndito del santuario, hasta las calles, las plazas y los paseos más públicos; vicios... Pero ya os veo impacientes y llenos de curiosidad, por saber qué vicios tan perjudiciales son estos. Pues, amados mios, ya lo he dicho: la curiosidad es el primero. *Curiositas est vitium*, decia san Antonino, *pene omnes involvens, parum cognitum, sed multum nocivum*. Part. 2, tit. 3. La curiosidad, dice este santo, es un vicio que casi á todos prende con sus redes, al religioso y á la religiosa, al sacerdote y al secular, al noble y al plebeyo, al rico y al pobre, al ignorante y al sábio: ella es un vicio, que cometiéndole todos, casi nadie lo conoce; y ella, finalmente, es un vicio de tan fatales y funestas consecuencias, que espero dejaros sorprendidos esta tarde al escucharlas. La curiosidad es un desordenado apetito de escudriñar lo que no conviene saber, y que, despues de sabido, perjudica. Ella es hija de la ociosidad, hermana de la perturbacion, madre de la inquietud y abuela del desórden. La curiosidad nos eleva con una temeraria presuncion á buscar lo que supera nuestros alcances; y ella misma nos abate á inquirir con imprudencia las cosas inferiores á nosotros, que no merecen nuestra atencion. La curiosidad es un obstáculo á nuestra fe, y es un escollo á nuestras buenas costumbres. ¡Quién lo creyera! Pero ¡ah! que el Espíritu santo dijo con muchísima razon por boca de Jeremías: *Et tu quæris tibi grandia? Nolli quærere*: tú andas buscando con una vana curiosidad muchas cosas grandes; no las busques. Por qué? Por ser esta vana curiosidad muy perjudicial á la fe y á las buenas costumbres. Es perjudicial á la fe; yo lo demostraré en la primera parte: es perniciosa á las buenas costumbres; yo lo haré ver en la segunda parte. Imploremos los auxilios de la gracia: A. M.

1. No equivoqueis, señores mios, las cosas. Cuando vengo á hablar contra la curiosidad, no habeis de entender por tal, aquel natural deseo que todos tenemos de inquirir y saber lo que ignoramos. Este es el fundamento de todas las artes, de todas las ciencias, y aún de todas las felicidades. Si se acabára en los hombres esta buena curiosidad, se verian desiertas las universidades, sin uso los libros, ociosas las prensas, desatendidos los oficios necesarios á la vida y co-

CURIOSIDAD.

Et tu quæris tibi grandia? Noli quærere.

¿Y tú pides para tí cosas grandes? No tienes que pedirlas.

(*Jer.* XLV, 5.)

Nada me parece más justo, amados mios, que aquella atencion que ponen los predicadores en el carácter y circunstancias de sus oyentes, para suministrarles el alimento de la divina palabra, conforme advierten serles más útil ó necesaria para el remedio de sus espirituales dolencias. Ellos eligen los asuntos conforme á la calidad de los auditorios, y los pronuncian y explican con mayor ó menor hermosura, con más ó ménos elocuencia, segun la instruccion mayor ó menor que consideran en los que escuchan. Fundados en aquella grande verdad que pronunció el Apóstol, cuando dijo: *Sapientibus et insipientibus debitor sum*, Rom. I, 14, somos deudores á sábios é ignorantes; procuran, unas veces, reprender aquellos vicios más de bulto y más groseros á que los ignorantes se arrojan; y otras veces, explican y declaman contra aquellos desórdenes más finos y delicados, en que comunmente delinquen muchas personas instruidas. Nada á la verdad más justo que esta atencion, nada más útil que esta diversidad.

Siguiéndola nosotros, hemos declamado contra la embriaguez, el hurto, la deshonestidad, la blasfemia y otros pecados, que, aunque aborrecibles y detestables á primera vista, se hallan, sin embargo, sumergidos en ellos muchos hombres de cortísima instruccion, á quienes somos deudores por razon de nuestro santo ministerio: *Insipientibus debitor sum*. Pero, considerando que la mayor parte de vosotros los mira con horror, seria inútil mi fatiga en inspiraros aborrecimientos á unos vicios, á los que vosotros mirais ya con detestacion; mas no lo será el predicar contra otros pecados más finos,

más delicados é infinitamente más perjudiciales que los antecedentes; vicios á que se entregan todas las gentes, sin remordimiento de su gravedad, sin conocimiento de sus fatales y funestas consecuencias, y sin espanto de su formidable malicia; vicios que dominan en todas partes, que todo lo manchan, todo lo corrompen; vicios á los que nadie mira con horror, y que se pasean francamente, desde lo más recóndito del santuario, hasta las calles, las plazas y los paseos más públicos; vicios... Pero ya os veo impacientes y llenos de curiosidad, por saber qué vicios tan perjudiciales son estos. Pues, amados mios, ya lo he dicho: la curiosidad es el primero. *Curiositas est vitium*, decia san Antonino, *pene omnes involvens, parum cognitum, sed multum nocivum*. Part. 2, tit. 3. La curiosidad, dice este santo, es un vicio que casi á todos prende con sus redes, al religioso y á la religiosa, al sacerdote y al secular, al noble y al plebeyo, al rico y al pobre, al ignorante y al sábio: ella es un vicio, que cometiéndole todos, casi nadie lo conoce; y ella, finalmente, es un vicio de tan fatales y funestas consecuencias, que espero dejaros sorprendidos esta tarde al escucharlas. La curiosidad es un desordenado apetito de escudriñar lo que no conviene saber, y que, despues de sabido, perjudica. Ella es hija de la ociosidad, hermana de la perturbacion, madre de la inquietud y abuela del desórden. La curiosidad nos eleva con una temeraria presuncion á buscar lo que supera nuestros alcances; y ella misma nos abate á inquirir con imprudencia las cosas inferiores á nosotros, que no merecen nuestra atencion. La curiosidad es un obstáculo á nuestra fe, y es un escollo á nuestras buenas costumbres. ¡Quién lo creyera! Pero ¡ah! que el Espíritu santo dijo con muchísima razon por boca de Jeremías: *Et tu quæris tibi grandia? Nolli quærere*: tú andas buscando con una vana curiosidad muchas cosas grandes; no las busques. Por qué? Por ser esta vana curiosidad muy perjudicial á la fe y á las buenas costumbres. Es perjudicial á la fe; yo lo demostraré en la primera parte: es perniciosa á las buenas costumbres; yo lo haré ver en la segunda parte. Imploremos los auxilios de la gracia: A. M.

1. No equivoqueis, señores mios, las cosas. Cuando vengo á hablar contra la curiosidad, no habeis de entender por tal, aquel natural deseo que todos tenemos de inquirir y saber lo que ignoramos. Este es el fundamento de todas las artes, de todas las ciencias, y aún de todas las felicidades. Si se acabára en los hombres esta buena curiosidad, se verian desiertas las universidades, sin uso los libros, ociosas las prensas, desatendidos los oficios necesarios á la vida y co-

modidad de los hombres, desamparadas las iglesias, y el mundo todo se miraria sumergido en una espantosa ociosidad, y lleno de tinieblas y horrores. No, cristianos mios; la curiosidad, en este sano sentido, es una de las más bellas prerogativas del alma, y una prueba convincente de su espiritualidad. Sus potencias maravillosamente activas abrazan todos los tiempos, miran lo pasado, reflexionan sobre lo presente, y preven lo porvenir; indagan las causas, barruntan los efectos, calculan, pesan, combinan los medios para la consecucion de los fines que se prefijan, y eligen de entre ellos los más proporcionados. Yo hablo solo, y comprendedlo bien, contra aquel deseo inmoderado de ver y conocer muchas cosas sobrenaturales y sublimes, que no nos pertenecen; contra el deseo de muchas cosas frívolas é inútiles, que no nos importan, y contra el deseo de muchas cosas criminales, que nos pervierten y perjudican. En este sentido, vuelvo á repetirlo, la curiosidad es un obstáculo á la fe.

Esta es una virtud teologal, por la cual firmemente asentimos á aquellas cosas que son reveladas por Dios, por sola la autoridad del mismo que las revela. No hay mayores riquezas, tesoros, ni honores, no hay sustancia mayor en este mundo, que la fe católica. Ella salva los pecadores, ilumina los ciegos, sana los enfermos, bautiza los catecúmenos, justifica los impíos, repara los penitentes, aumenta los justos, y corona á los mártires. La fe ignora lo falso, toca lo inaccesible, percibe lo incógnito, comprende lo inmenso, trasciende los fines de la razon humana, los términos de la experiencia, el uso de la naturaleza, y, de alguna suerte, abraza en su vastísimo seno á la misma eternidad. Pero exige de nosotros la sumision del entendimiento, la sujecion de la razon humana en obsequio de la autoridad divina, que por la Iglesia nos habla; de otra suerte, quedaria el curioso escudriñador de la Majestad suprema oprimido de su gloria: *Scrutator Majestatis opprimetur à gloria*; Prov. xxv, 27. Porque la fe nos enseña unos misterios, que superan infinitamente nuestros alcances; la existencia de un Sér eterno, que coexiste á todos los tiempos; de un Sér invisible, que todo lo ve; de un Sér incomprensible que, todo lo comprende; una divina Esencia en que se halla una verdadera Trinidad de personas, que siendo cada una verdadero Dios, repugna, sin embargo, la existencia de tres Dioses; una union admirable entre la humana y divina naturaleza en un supuesto solo; la resurreccion de una carne convertida en polvo, comida de gusanos, de aves, peces y animales; una duracion eterna de bienes, y una infinita muchedumbre de eternos males. Estos y otros profundísimos misterios, que trascienden los límites de la razon humana, los términos de

la experiencia, y el uso y fuerzas de la naturaleza, nos los enseña la Fe; y nosotros creemos todo esto, porque Dios lo dice, aunque el entendimiento no lo alcance; pero si llevados de una detestable curiosidad queremos penetrarlos, averiguarlos, comprenderlos, ¡ay, Dios! luego caemos lastimosamente en la incredulidad, en la supersticion y en la herejía. ¿De dónde, sino, decidme, tantos ateistas en el mundo, que han sido el oprobio de la razon, la infamia y el horror de todo el género humano? ¿de dónde la magia, las hechicerías, las vanas observancias, las supersticiones? ¿de dónde tantas herejías en casi todos los siglos, desde los principios mismos del cristianismo? Miradlo bien, amados mios: de la curiosidad: ella hizo á los arrianos negar la consustancialidad del Hijo eterno con el Padre; á los nestorianos la maternidad divina en la Vírgen inmaculada María santísima, señora nuestra; y á los marcionitas la igualdad del Espíritu santo con el Padre y con el Hijo. Ella hizo delirar en la Fe á Menandro, formar sus perniciosas profecías á Montano, y negar la divinidad de Jesucristo á Ebion. La curiosidad en averiguar las fuerzas del libre albedrío, hizo negar la necesidad de la divina gracia á los pelagianos, y la curiosidad en penetrar la concordia del libre albedrío con la gracia, hizo á los calvinistas y luteranos negar el albedrío, y conceder una fuerza irresistible á la misma divina gracia. ¿Qué más diré? ¡Oh! ¿cuándo la curiosidad ha dicho basta, ó se ha visto satisfecha? Nunca, señores, nunca: ella se va perpetuando en el mundo con la sucesion de los siglos. ¿De dónde, sino, de la curiosidad en manejar ciertos libros pestilenciales y nocivos, tiene principio la decadencia visible de nuestra Fe? ¿Qué es ver á unos hombres criados en una vergonzosa ociosidad en la casa de sus padres, en un libertinaje contínuo en la milicia, ó en una disipacion frecuente en las universidades, entre juegos, placeres, bailes, teatros, paseos y prostitutas, tomar por un breve diccionario alguna tintura de aquella ciencia á que más le arrastró su curiosidad, y salir inmediatamente por el mundo, proyectando, reformando, proponiendo mejoras en las ciencias, artes y facultades, y estimándose por unos hombres de diversa especie que los demás? ¿Qué es ver á estos hombres avergonzarse de confesar la fe de sus mayores, insultar la devocion, burlarse de la piedad, negar las verdades eternas, y entregarse como hombres que no esperan otra vida, á los gustos, encantos y placeres de la presente? ¿Podria creerse, señores, que la curiosidad, en que nadie reflexiona, fuese un obstáculo tan grande á nuestra fe? ¡Ah! con cuánta razon dijo el grande doctor de las Españas san Isidoro: *Nulla sit tibi curiositas sciendi latentia: cave indagare quæ sunt à sensibus remota: in hære-*

ses enim provocat, in fabulas sacrilegas mentem præcipitat, in causis obscuris reddit audaces, in rebus ignaris facit præcipites; Lib. II. Synon. Guárdate ¡oh alma! decia el santo, de indagar lo que supera la esfera de los sentidos: esta curiosidad imprudente impele en heregías, induce al espíritu, para que ciego se precipite en sacrílegas fábulas, para que resuelva con audacia en las cosas oscuras, y se abalance con arrogancia á la penetracion de las cosas ignoradas. Mirad qué cierta es mi primera proposicion, en la que aseguraba ser la curiosidad un obstáculo á la fe. No parece sino que el santo, con tan terminante autoridad, ha dejado mi asunto más evidenciado que la luz.

Vosotros, oyentes mios, á quienes Dios, por una singularísima gracia, ha criado en el centro de la Fe, guardáos muy bien de investigar con una curiosidad excesivamente temeraria sus misteriosos arcanos. Humillad vuestros entendimientos en su obsequio; creed firmemente lo que propone y la Iglesia santa nos dicta; huid, evitad la perniciosa compañía de tantos libertinos, que dando á la razon humana más riendas que lo justo, se abalanzan, se arrojan, se precipitan por alcanzar los adorables misterios de la Religion con sus limitados y viciosos entendimientos; y ofuscados entre el resplandor inaccesible de las verdades eternas, caen atolondrados en multitud de errores, herejías y pecados. Mirad con cuánta razon decia el grande apóstol san Pablo: *Non plus sapere, quam oportet sapere, sed sapere ad sobrietatem;* Ad. Rom. XII, 3: es necesario no saber más que lo que conviene, y aún esto, debe saberse con sobriedad. Desterrad, pues, de vosotros esta pestilente curiosidad, y acompañaos de aquella otra curiosidad santa, que con docilidad nos conduce al conocimiento de los misterios de la fe. Tratad de instruiros en ella; cuidad de que se instruya vuestra familia; repetidles esta obligacion innumerables veces; obrad conforme á lo que dicta vuestra fe, y sereis felices y bienaventurados. Y si aún insistís en descubrir lo que os oculta el velo de la fe, yo os daré un medio seguro para que lo consigais. Arrojad al fuego esos libros de mala doctrina, esos libros que no os enseñan más que una ciencia terrena, animal y diabólica, como la llama un apóstol, y aplicaos con humildad y devocion á la leccion de los Libros santos, de aquellos libros, digo, dictados por el mismo Dios, en que se contiene la palabra de vida y de verdad, sin mezcla alguna de error. Velad y orad, para que Dios os dé la verdadera inteligencia de la santa Biblia; acudid á los sacerdotes, acudid á la perpétua tradicion de los santos Padres de la Iglesia, para entender los pasajes oscuros y textos difíciles; abrazad lo que esta piadosa madre de todos los fieles abraza, y desechad lo que desecha; y así aprendereis los beneficios de Dios y vuestra mala correspondencia, lo que su Majestad ha hecho por vosotros y lo que vosotros debeis hacer por él. Aprendereis de este modo, no á escudriñar é inquirir vanamente los misterios de Dios, sino vuestras mismas obras; y al verlas llenas de pecados, avergonzados y confusos volvereis arrepentidos á vuestro Dios; *Scrutemur vias nostras*, Jer. Thren. III, 40. Sí, amados mios; seamos curiosos investigadores de la soberbia que nos domina, y que es el principio funesto de nuestras iras, enojos y desavenencias con nuestros prójimos; de la envidia, que lentamente roe nuestro corazon, secando las fuentes de la divina gracia y los dones del Espíritu santo; de la avaricia, que tan artificiosamente nos apega el corazon á los bienes de la tierra, dejándonos mirar con una asombrosa indiferencia las necesidades de nuestros hermanos; de la hipocresía, que ocultando con un exterior compuesto los desórdenes más abominables de un corazon corrompido con el pecado, pretende engañar á Dios, así como alucina al mundo; de la vida ociosa, disipada, entregada á todos los placeres de la carne, que como enemiga de la cruz de Jesucristo, no puede tener otro fin que la perdicion eterna. En suma, indaguemos, busquemos y curiosamente examinemos nuestra conducta; y viéndola pecaminosa en la presencia de Dios, detestémosla, aborrezcámosla, volviéndonos á su divina Majestad con un corazon contrito, y con un espíritu humillado; y creamos, que el padre de las misericordias y Dios de toda consolacion escuchará nuestros clamores, apreciará nuestras lágrimas, dará oidos favorables á nuestras peticiones y perdonará nuestros pecados. De otra suerte, vivamos firmemente persuadidos, á que la vana curiosidad no solo será un obstáculo á nuestra fe, como lo acabamos de probar en esta primera parte, sino que tambien será un escollo á nuestras buenas costumbres, como lo veremos ahora.

2. Todo el mundo conviene en esta verdad: que es imposible salvarnos sin las buenas obras. Todos debemos confesar, que el cielo no se consigue sin ejercitarnos en las virtudes para sujetar las pasiones, miéntras vivimos; y que, á pesar de la subordinacion con que deben estar á la razon, y del dominio que Dios nos concedió sobre ellas, se rebelan y revuelven incensantemente contra nosotros mismos. Una alma adornada de mortificacion, retiro y oracion, mantendrá siempre el dominio sobre sus pasiones; será señora de sí misma, y tendrá en la debida obediencia sus apetitos, á pesar de sus contínuas resistencias; pero inmediatamente que, arrastrada de la curiosidad, se abate vergonzosamente al desarreglo de sus pasiones, pone

un terrible obstáculo á sus buenas obras, pierde el espíritu de oracion, y se apodera de ella la disipacion; sale de sí misma, abandonando el retiro, y léjos de buscar la mortificacion, se entrega á todos los placeres de la vida. ¿Quién lo creyera? ¿quién pensara que tan funestos efectos produjera, y tantos obstáculos pusiera á las buenas obras una curiosidad, que en el mundo se tiene por una nada? Pues, no lo dudeis, oyentes mios. Dadme una madre tan buena como Eva en el estado feliz de la inocencia; pero si se deja dominar de la curiosidad, marchará libremente por el paraíso, mirará la vedada fruta, le parecerá hermosa á la vista, suave y gustosa al paladar, entablará conversacion con el demonio, se dejará seducir de la serpiente astuta, atropellará el mandamiento del Señor, perderá á su marido, haciéndole cómplice de su pecado, y llenará de calamidades la tierra y de condenados el infierno hasta la consumacion de los siglos. Dadme una hija tan bien criada como Dina en la casa de su santo padre Jacob; pero si se entrega á la curiosidad, huirá de la casa de su padre, pasará á Siquen, enamorará con su hermosura al príncipe Hemor, perderá su limpieza, y ocasionará la muerte de todos los habitantes de aquel numeroso pueblo. Dadme una mujer tan justa como la de Lot, que no se separe de su marido, que acompañe á sus hijas y gobierne con economía prudente su casa: ella se convertirá en un momento en estátua de sal, apénas vuelva sus curiosos ojos, contra el mandato de Dios, para ver el incendio de Sodoma. Dadme un rey tan santo como David, cortado á la medida del corazon de Dios, humilde, piadoso, agradecido, ejemplar: yo le mostraré en un instante convertido en un hombre adúltero, homicida y escandaloso, si se deleita en mirar curiosamente á una mujer ajena. Dadme unos hombres aplicados al trabajo, y que en lo más ardiente de un agosto se tuesten sus carnes, se fatiguen y abrasen segando, acarreando, trillando, aventando y encerrando el trigo, como los betsamitas; y en un momento los vereis muertos en las mismas eras, por haber mirado curiosamente el Arca santa del Señor Dios. Dadme en fin una alma en el mayor grado de oracion, que se deje arrastrar del impertinente deseo de saberlo todo, de preguntar por todo: y la vereis salir fuera de sí misma, ocuparse en mil bagatelas, desatender las inspiraciones de Dios, y disiparse enteramente. Ella pregunta por las conversaciones que se mantienen, por las novedades que ocurren, por los acontecimientos que suceden, por los negocios que se tratan; quiere saber cuanto pasa en las familias, los casamientos que en ellas se disponen, los empleos que pretenden, las haciendas que poseen, las obras en que se ocupan, las palabras con que se explican, los pasos que dan,

las casas que visitan, los paseos que frecuentan; y olvidando sus propias obligaciones, pretende indigar hasta los más mínimos pensamientos de sus prójimos. Esto la ocupa el corazon y el espíritu; esto la llena sus potencias: las conversaciones con su Dios le son insípidas, no halla ya en ellas aquel contentamiento dulce, que graciosamente entretenia su alma: las horas destinadas á la oracion la martirizan; desea que se minoren, y llega enteramente á omitirla.

No se terminan aquí los daños de la curiosidad, porque, disipada así una alma, no solo pierde el espíritu de oracion, sino que aborrece el retiro, y se mezcla en todos los acontecimientos del mundo. Aquí es donde la multitud de objetos, que se presentan á su curiosidad, la pone un nuevo obstáculo á sus buenas obras. El resplandor de las riquezas, el fausto de las dignidades, el atractivo de las promesas, el encanto de los espectáculos, todo sirve de pábulo á su curiosidad. Estos objetos pasan de la vista al espíritu; ocupan allí vanamente nuestros pensamientos, resfrian los afectos santos, corrompen los sentimientos de devocion, respeto y veneracion que teníamos para con Dios; y apartándonos del santo retiro, en que fácilmente escuchábamos la voz del Señor, nos lleva á buscar los placeres de la vida y los vanos entretenimientos del siglo. Conducidos de la curiosidad, deseamos hallarnos entre las diversiones, para saber quién brilla más en ellas; quién se lleva las atenciones en los teatros, en los bailes, en las visitas, en los juegos, para comparecer en estas famosas reuniones, que, al decir de san Agustin, son los sacramentos del diablo; se buscan con ansia los excesivos adornos, porque la curiosidad nos hace atentos á investigar la variedad de las modas, los diferentes cortes del vestido, la varia postura del cabello.

No se terminan aquí los daños de la curiosidad: ella nos conduce á las concurrencias de toda clase de gentes; y moviéndonos la lengua para averiguar la conducta de nuestros prójimos, nos precipita en murmuraciones horribles, con que desacreditamos el proceder de las personas más irreprensibles. La curiosidad... Pero no nos hagamos interminables; ella, digámoslo en breve, no solo nos aparta de la oracion, por cuyo medio cumplíamos nuestras obligaciones para con Dios; no solo nos arranca del retiro, con que edificábamos á nuestro prójimo, sino que pasa á hacernos aborrecer la mortificacion, y nos sujeta á la ignominia de las pasiones más vergonzosas. Y ciertamente, un hombre, una mujer, un jóven, una doncella, que, abandonando la oracion, se entregan, impelidos de la curiosidad, á una vida disipada, que se dedican á unos entretenimientos perjudiciales, que encienden las pasiones, y sostienen los vicios en el mundo; ¿qué paradero

tendrán? ¿qué fin pueden esperar? Enredados, unos, en un criminal comercio, que se figuraban eternamente oculto, se descubrirán sus torpezas cuando ménos piensen, y se harán patentes al mundo con la mayor publicidad; entregados, otros, al juego ilícito, se hallarán con un alcance inopinado que los cubrirá de confusion; y entretenidos innumerables con una vida alegre y desahogada en bailes, comedias, banquetes y otros pecaminosos divertimientos, abandonarán la frecuencia de sacramentos, la leccion de los libros santos, la atencion á los divinos misterios; huirán la direccion de los confesores justos, desestimarán los consejos de los hombres sábios; y pasando unos buenos dias, como dicen, descenderán en un momento hasta el infierno: *Ducunt in bonis dies suos*, dice el Espíritu santo, *et in puncto ad inferna descendunt.* Job. xxi, 13. Mirad qué consecuencias tan funestas proceden de la curiosidad, en que tan poco habeis parado vuestra consideracion hasta el presente. Ella precipita los hombres, como habeis oido, en las supersticiones más abominables, en las herejías más escandalosas, en el ateismo más declarado; ella forma los hombres impíos, los magos, los hechiceros; ella inventa las fábulas sacrílegas, los pactos con el demonio, los maleficios y encantamientos; ella, en fin, despues de ser un obstáculo horrible á la pureza y santidad de nuestra fe, pasa á ser un escollo funesto á nuestras buenas costumbres, arrancándonos de la oracion, separándonos del retiro, sumergiéndonos en los vicios, y arrastrándonos con una diabólica astucia hasta el abismo, despues de haber pasado la vida en la ociosidad, en los placeres, en la disipacion y en los pecados.

Huid, cristianos mios, tan pestilente curiosidad, si pretendeis mantener la pureza de vuestra fe y la integridad de vuestras costumbres: huid el temerario arrojo de averiguar lo que infinitamente supera las fuerzas de la naturaleza, el uso de los sentidos y los alcances de las potencias: huid el criminal deseo de indagar las costumbres de vuestros prójimos, cuando este conocimiento no ha de contribuir á su bien, sino á ocasionar en vosotros mucho mal. Cuidad de vosotros mismos, y dejad á los demás. Señoras doncellas, porcion la más selecta del rebaño de Jesucristo; si la curiosidad os acomete para que imiteis á las otras en el corte del vestido, en la disposicion del cabello, en la amistad con esos tertuliantes, con esos muebles ó cortejos, en la frecuencia de esos paseos y en la franqueza de esos tratos, decíos inmediatamente á vosotras mismas: ¿qué nos importa á nosotras todo eso? Vistamos con limpieza y honestidad, apliquémonos á la labor, obedezcamos á nuestros padres, frecuentemos los sacramentos, desterremos de nuestra presencia esos hombrecillos ociosos, parleros,

inútiles al Estado y perjudiciales á la Iglesia, y contemos seguramente con nuestra verdadera felicidad. Señores jóvenes, si la curiosidad os incita á buscar y leer ciertos libros pestilenciales, que otros manejan, sean de autores extranjeros, ó del pais; si os incita la curiosidad, vuelvo á decir, á seguir los pasos de otros jóvenes de vuestra edad, que solo saben hallarse en pendencias, rondas nocturnas, bailes y amistades, conocidamente malignas y escandalosas; decid á vosotros mismos: ¿quién nos precisa á imitar tan malas vidas? Sean ellos solamente responsables de su pésima conducta ante el tribunal de Dios y de los hombres: busquemos nosotros los libros de autores católicos, piadosos y de sana doctrina; instruyámonos en nuestras obligaciones, abracemos alguna ocupacion honesta, que nos haga brazos útiles al estado, y empecemos á llevar desde nuestra adolescencia el suave yugo del Señor con la observancia puntual de sus divinos preceptos. Señores y señoras, que vivís en el santo estado del matrimonio; si la curiosidad os precipita á imitar á otros y otras de vuestro mismo estado, que no cuidan de la hacienda, que les dió el Señor, que omiten la instruccion de su familia, que le permiten comunicaciones peligrosas con personas de otro sexo, de cualquier grado y condicion que sean; que no procuran saber á dónde van sus hijos, con quiénes se acompañan, que conversaciones mantienen, dejándolos pasar la vida en una vergonzosa ociosidad, sin aplicarlos á algun oficio ó destino honesto, con que en adelante puedan ser unos buenos y útiles ciudadanos y unos cristianos irreprensibles; si vieseis, digo, á otros padres y madres, que se portan de esta manera, decid inmediatamente: á nosotros, á quienes Dios no ha constituido padres de la patria, ni superiores de estos otros, ¿qué nos importa todo eso? Eduquemos nuestra familia cristianamente, no le permitamos aquellas libertades que á nosotros nos fueron tan ruinosas en la tierna edad; enseñémosle á temer á Dios y observar sus mandamientos santos, y ninguno de los desórdenes extraños nos perjudicarán.

Por último, amados mios, si las autoridades que hemos alegado, no os convencen, ni las razones y experiencia que hemos dado, no os concluyen para desterrar la curiosidad, tenedla en hora buena; pero sea una curiosidad que os conduzca á una sana filosofía para leer el libro abierto de la naturaleza, y discernir la luz sobrenatural para entender el libro misterioso de la gracia. Acompañados de ambas, dad en hora buena rienda á vuestro discurso, y mirad esta admirable máquina del universo, la asombrosa fecundidad de la tierra, la impetuosidad y fuerza de los vientos, el conjunto maravilloso de las aguas en los mares, sus divisiones y partes en los rios, la voraci-

dad del fuego, y, sobre todo, la peregrina hermosura, sabiduría y poder con que el Omnipotente ha templado sus contrarias cualidades, para que entre todos los elementos formen esta incomparable armonía que se halla en todo el globo terráqueo. Leed bien este admirable libro de la naturaleza, y vereis como todas las criaturas os gritan: *Ipse fecit nos, et non ipsi nos.* Psalm. lcix, 3. La mano de Dios ha criado los peces del mar, las aves del cielo, las bestias de la tierra, sus plantas, sus frutos, sus minerales; ella nos dió el ser, la vida y el movimiento; no nos formamos nosotras á nosotras mismas, sino que Dios nos sacó de la nada, á quien obedecemos y de cuya voluntad jamás nos separamos. Levantad vuestros ojos hácia el cielo, y mirad esa máquina inmensa que nos rodea y envuelve; considerad su vasta y asombrosa capacidad, sus reglados y constantes movimientos, el número casi infinito de las estrellas, la conjuncion y separacion de los planetas, los crecientes y mengüantes de la luna, la fuerza, actividad y ligereza del sol, que vivifica y alienta con su calor á todas las cosas que existen; y vereis cómo os cuentan la gloria de Dios que los crió, y os anuncian ser obras de sus manos: *Cœli enarrant gloriam Dei, et opera manuum ejus annuntiat firmamentum.* Psalm. xviii, 2. Leed esto bien, y despues confundíos de vuestra altanería, de vuestra presuncion y desobediencia á los mandatos de Dios, á vista de la sumision y obediencia con que todas las demás criaturas los cumplen: confundíos tambien y humillaos leyendo este precioso libro de la naturaleza; pero no os detengais ahí solamente: abrid tambien el cerrado y misterioso libro de la gracia, y mirad cuántas habeis recibido de Dios, y vuestro poco aprovechamiento. Dios os crió en medio del cristianismo con una predileccion particular, que no ha usado con innumerables almas; Dios os redimió á costa de su sangre y de su vida; Dios os mantiene y os conserva; Dios os libró del pecado original por el santo sacramento del bautismo; os fortaleció en la fe por el de la confirmacion, os sanó de vuestras espirituales dolencias por la penitencia, os dió su mismo cuerpo y sangre en la adorable Eucaristía, y os proveyó de las demás necesidades del alma con los otros sacramentos que instituyó en su Iglesia: Dios os comunicó los dones de su divino espíritu, y no cesa de enriqueceros con otras innumerables gracias, llamándoos en la salud y en la enfermedad, en la adversidad y en la prosperidad, en la soledad y en la compañía, en el pueblo y en el campo, para que guardeis sus santos mandamientos y observeis sus leyes; y como si no estuvierais obligados á observarlos por tantos títulos, os convida con un premio inmenso, con la gloria. Sí, amados mios, con la gloria; con la casa

de Dios, centro de la paz, mansion de la felicidad eterna y habitacion dichosa de todos los bienaventurados. Aquí teneis, señores, unos objetos inmensos con que alimentar útil y provechosamente vuestra curiosidad; la naturaleza y sus criaturas, la gracia y sus dones, la gloria y sus eternas felicidades. ¡Oh Dios admirable! ¡oh Dios magnífico! ¡oh Dios poderosísimo! ¿Qué necesidad tenemos de emplear nuestras potencias en las pequeñeces de la tierra, cuando vos nos ofreceis las grandezas de la gloria? ¿Quién no suspira por aquellos bienes eternos, infinitos é inmensos, para cuya posesion nos ha criado el Señor? ¿Será tanta nuestra desdicha, nuestra infelicidad y miseria, que tenga más atractivo para nosotros el pecado que la gracia, la tierra que el cielo, la criatura que el Criador? ¡Ay de mí! Si hubiese alguno tan insensato, sepárese de nuestra amable compañía, y todos los demás que quieran eficazmente salvarse, vengan conmigo á los piés de Jesucristo, y tomándole por modelo de nuestra conducta, seremos del número feliz de los predestinados.

Sí, cristianos mios muy amados: este Señor es el camino para llegar á la patria, la verdad que hemos de creer, la vida con que hemos de vivir: ved aquí un Dios hombre; pero un hombre sobrio, justo, santo; un hombre silencioso, laborioso, humilde, veraz, pacífico, manso y caritativo; un hombre que con su ejemplo y su doctrina enseña la paciencia, la castidad, la misericordia y todas las virtudes; un hombre benigno con los pecadores contritos y arrepentidos, severo con los soberbios y obstinados, dulce en las palabras, modesto en sus vestidos, justo en su trato; un hombre irreprensible en sus costumbres, que á todos hizo bien y á nadie mal. Este es, cristianos, el modelo que debeis imitar, y el ejemplar que debeis seguir, si pretendeis salvaros. ¡Oh, qué bueno eres, Dios de Israel! ¡qué benigno! ¡qué amable! ¿Quién me concediera amaros con todo el corazon y toda el alma? ¡Oh amado mio, hermosura antigua y siempre nueva, que tarde te amé! ¡Oh Dios de mi corazon! ¡oh Dios todo caridad! ¡oh, quién nunca os hubiera ofendido! ¡oh, quién siempre os hubiera amado! ¡oh! si mi corazon se deshiciera, diciéndoos con todas sus fuerzas: *Señor mio Jesucristo, etc.*

PLANES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

I.

La curiosidad es un gravísimo obstáculo para la salvacion eterna, por ser: 1.°, el escollo en que naufraga la fe: 2.°, el escollo en que se

pierde la inocencia: 3.°, el escollo en que desaparece la caridad.

I. La curiosidad trata de examinar y comprender misterios incomprensibles; de ahí proviene la incredulidad. La curiosidad pretende penetrar secretos que el cielo ha querido ocultarnos; de ahí la supersticion. La curiosidad inventa nuevos sistemas religiosos: ved ahí el orígen de la herejía. La incredulidad, la supersticion y la herejía son hijas de una curiosidad temeraria.

II. Hay tres clases de curiosidad, á saber: curiosidad de los ojos, curiosidad de los oidos, curiosidad del entendimiento; y es fácil demostrar, que esas curiosidades son el manantial ordinario de las tentaciones, que acaban por desterrar del corazon la inocencia.

III. Si nos informáramos curiosamente de la conducta del prójimo, para imitar sus virtudes y edificarnos con sus ejemplos, la curiosidad, léjos de ser un obstáculo para la salvacion, mantendria en nuestro corazon el fervor y una santa emulacion. Pero hemos de confesar, con san Bernardo, que nuestra curiosidad no desea conocer lo que tiene de bueno el prójimo, sino el mal que hace. Esta es nuestra natural propension; esto es lo que nos gusta: averiguar malignamente los defectos de nuestros hermanos, para criticarlos y censurarlos. La curiosidad, pues, es un escollo para la caridad.

II.

La curiosidad, aún cuando no sea en materia grave, produce siempre los siguientes males: 1.°, hace que perdamos el tiempo: 2.°, que nos olvidemos de nosotros mismos: 3.°, que no alcanzemos nunca la perfeccion.

I. Es indudable, que la persona curiosa pierde en visitas, conversaciones, viages, etc. un tiempo precioso, que debiera emplear en el cumplimiento de las obligaciones del propio estado: la educacion de la familia, la vigilancia de los domésticos, la oracion, los ejercicios de caridad, etc. ¡Pérdida deplorable!

II. Nosotros debemos trabajar de contínuo en la reforma del corazon. Pues bien, el hombre curioso, el que no piensa más que en escudriñar las acciones del prójimo, en saber lo que pasa, lo que se dice, descuida esta reforma tan necesaria, y sus intereses espirituales. ¿No es una necedad ocuparse de los otros y olvidarse de sí mismo?

III. La perfeccion se adquiere, principalmente, con la meditacion de las verdades eternas, con el exámen de la propia conciencia y la contínua vigilancia sobre sí mismo. El curioso no será nunca

hombre de meditacion; pues ésta pide recogimiento. Ocupado en examinar vidas agenas, tampoco pensará en el exámen de sus defectos; ni velará para que el enemigo no le sorprenda. Es imposible, pues, que haga ni un solo paso en el camino de la perfeccion.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Non saturatur oculus visu, nec auris auditu impletur. Eccles. I, 8.

Nunca se harta el ojo de mirar, ni el oido de oir *cosas nuevas.*

Fascinatio nugacitatis obscurat bona, et inconstantia concupiscentiæ transvertit sensum sine malitia. Sap. IV, 12.

El hechizo de la vanidad *del siglo* oscurece el bien *verdadero*; y el inconstante ímpetu de la concupiscencia pervierte el ánimo inocente.

Vani sunt homines in quibus non subest scientia Dei. Sap. XIII, 1.

Vanidad, *y no más*, son ciertamente todos los hombres en quienes no se halla la ciencia de Dios.

Altiora te ne quæsieris, et fortiora te ne scrutatus fueris. Eccli. III, 22.

No te metas en inquirir lo que es sobre tu capacidad, ni en escudriñar aquellas cosas que exceden tus fuerzas.

Quæ præcepit tibi Deus illa cogita semper, et in pluribus operibus ejus ne fueris curiosus. Ibid. XXII.

Piensa siempre en lo que te tiene mandado Dios, y no seas curioso escudriñador de sus muchas obras.

Noli circumspicere in vicis civitatis, nec oberraveris in plateis illius. Eccli. IX, 7.

No andes derramando tu vista por las calles de la ciudad, ni vagueando de plaza en plaza.

Adolescentiores viduas devita... otiosæ discunt circuire domos; non solum otiosæ, sed et verbosæ, et curiosæ, loquentes quæ non oportet. I. Timoth. V, 11, 13.

Viudas jóvenes no las admitas... por cuanto estando ociosas *ó teniendo poco trabajo*, se acostumbran á andar de casa en casa: no como quiera ociosas, sino tambien parleras y curiosas, hablando de cosas de que no deberian hablar.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

La mujer de Lot, llevada de la ligereza tan comun en su sexo, y olvidando las advertencias de los ángeles, que la sacaron por fuerza de la ciudad nefanda, quiso volverse por mera curiosidad para ver como se abrasaban aquellos infames habitantes; pero fué castigada terriblemente, quedando convertida instantáneamente en estátua de sal. GENES. XIX.

Aunque la curiosidad no siempre es pecado en sí misma, casi siempre es ocasion de culpa: así lo vemos en la desgraciada Dina, hija de Jacob. ¿Qué podia darse más natural á la inclinacion de su sexo, que el acto de salir de su tienda para ver á las mujeres de aquel país, siendo extranjera? Pues bien; esta curiosidad fué orígen de un sin número de desastres, que pueden leerse en el capítulo 34 del Génesis.

A la curiosidad profana y no á otra cosa debe atribuirse el castigo que Dios fulminó contra los betsamitas, dando muerte repentina á setenta de los ancianos del pueblo y á cincuenta mil del vulgo, por haber mirado con curiosidad ilícita el interior del arca del Señor, I REG. VI. Así lo explican los sagrados expositores.

No debemos pasar en silencio el cúmulo de desgracias de que fué objeto el incauto David, de resultas de una mirada curiosa y entretenida: ésta produjo un adulterio, y un homicidio, los cuales fueron castigados con muertes, asesinatos, estupros, guerras y otras calamidades. II REGUM. XI, 19.

Léase el capítulo II del Eclesiastés, en el cual se ven los frutos que Salomon sacó de toda su curiosidad; vanidad y solo vanidad, acabando por decir: *renuntiavitque cor meum ultra laborare sub sole.*

En el Evangelio vemos tambien las respuestas con que Jesucristo ataca las preguntas de los curiosos, y contesta á las exigencias de los incrédulos: *Generatio mala et perversa signum quærit, et signum non dabitur ei.* MATTH. XII. Igual conducta observó con Herodes y Pilatos, y con aquellos discípulos, que, en el acto de dejarlos para subir al cielo, le preguntaron si habia llegado el tiempo de reorganizar el reino de Israel: *Non est vestrum*, les contestó, *nosse tempora vel momenta, quæ Pater posuit in sua potestate.* ACTOR. I.

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Volentes gaudere (curiosi) forinsecus facile evanescunt, et effunduntur in ea quæ videntur, et temporalia sunt, et imagines rerum famelica cogitatione lambunt. S. AUGUST. LIB. 9. CONFESS. CAP. 4.

Los curiosos inclinados á divertirse con frecuencia, se dejan enajenar por los sentidos; su corazon se derrama en los objetos exteriores y temporales, corriendo con avidez tras las sombras de los bienes reales.

Sunt qui scire volunt, tantum ut sciant: et turpis curiositas est. S. BERNARD., SERM. 36 IN CANTIC.

Muchos quieren saber por el solo prurito de saber; mas esto es una curiosidad reprensible.

Vanus labor, qui studio vanitatis assumitur. IDEM, DE CONVER. AD CLER. CAP. 12.

Es vano todo trabajo, que solo se emprende por un espíritu de curiosidad.

Cave curiositatem, omitte curas alienæ vitæ; nulla curiositas animum tuum decipiat, ne tu oblita tuorum morum, alienos perquiras. IDEM, DE MODO BENE VIVENDI.

Guárdate de la curiosidad, no te cuides de la conducta ajena: jamás te dejes dominar por este vicio, no sea que examinando las costumbres de los demás, descuides las tuyas.

Curiositas damnosa peritia est, ad hæresim provocat, in fabulas sacrilegas præcipitat mentem, in causis obscuris reddit audaces, in rebus ignotis facit homines præcipites. IDEM, IBID.

La curiosidad es una erudicion nociva, porque inclina á la herejía y arrastra al entendimiento á gozarse en cuentos sacrílegos; en los negocios difíciles hace á los hombres osados, y cuando se obra por ignorancia, se obra con precipitacion.

Véase: CONCUPICENCIAS (LAS TRES).

DEBERES PARA CON DIOS.

Dominum Deum tuum adorabis, et illi soli servies.

Adorarás al Señor Dios tuyo, y á él solo servirás.

(*Matth.* IV, 10.)

Dios crió al hombre, le conserva, se dá á conocer á él, le juzga, y de sus relaciones nacen para el hombre deberes, que pueden reducirse á cuatro capitales, como: *creer*, *amar*, *obedecer*, *adorar*.

Dios existe; todo lo prueba: la razon, los sentimientos morales, el órden del universo. El hombre debe, pues, *creer* en Dios.

El hombre existe y debe á Dios la conservacion de su existencia, lo mismo que la inteligencia y la libertad, que le constituyen rey de la naturaleza. El hombre debe, pues, *amar* á Dios.

Dios, criador del hombre, se muestra á él como una fuerza, no solamente benéfica, sí que tambien superior. El hombre debe, pues, *obedecer* á Dios.

El hombre lo recibe todo de Dios; depende de él y le está sujeto; debe, pues, prestarle homenaje de todo su sér; sér finito, debe humillarse ante el Sér infinito. El hombre debe, pues, *adorar* á Dios.

La *fe*, el *amor*, la *sumision* y la *adoracion* constituyen la *religion*. Toda religion supone un culto. El culto se divide en tres clases: 1.° el *culto interno;* 2.° el *culto externo;* 3.° el *culto público*. El hombre está obligado á cumplir, bajo estas tres formas, sus deberes para con Dios. Lo demostraré, despues de haber implorado los auxilios de la gracia: A. M.

1. El culto no es otra cosa que el mismo pensamiento religioso, y el homenaje que el hombre rinde á Dios con todas sus facultades. En efecto, dice Fenelon, la referencia del pensamiento es *conocer* á Dios, verdad suprema; la referencia de la sensibilidad es *amar*

á Dios, bondad infinita: la referencia de la voluntad es *conformarse con la voluntad divina*, fuente de todo bien y de todo deber. Para precisar más la naturaleza del culto interno y de los sentimientos que comprende, hay que considerar los diversos *atributos* de Dios á los cuales corresponden aquellos sentimientos; de suerte, que la consideracion de su eternidad, de su infinidad, de su sabiduría infinita, debe llenarnos de la más viva admiracion. Su omnipotencia debe imponernos perpétuo respeto. La autoridad suprema que sobre nosotros tiene, como creador y conservador del mundo, nos debe mover á tributarle la adoracion y los honores que le son debidos. Su bondad nos excita á amarle, su misericordia robustece nuestra esperanza, sus beneficios deben excitar nuestro agradecimiento, su veracidad é inmutabilidad nuestra confianza. El sentimiento de la dependencia contínua en que vivimos, y de la necesidad que de él tenemos, nos dicta, que debemos implorar su auxilio y misericordia. Todos estos sentimientos se confunden en uno solo, que no se refiere más que á Dios: *la adoracion en espíritu y en verdad.*

2. El culto externo consiste en los actos y señales, con los cuales se expresa y manifiesta el culto interno ó el sentimiento religioso. Su necesidad se demuestra por la estrecha relacion que une el alma y el cuerpo, el pensamiento y su expresion. El verdadero culto es indudablemente el del alma y del pensamiento, *pues Dios es espíritu y quiere ser adorado en espíritu y en verdad;* pero no hay un solo acto del espíritu, un solo sentimiento, que, por poca viveza que tengan, no propendan á manifestarse y expresarse. Todo sentimiento que queda sepultado en la conciencia y no toma una forma sensible, se desvanece presto.

En todos tiempos ha sido este culto una profesion solemne de los dogmas más esenciales de la creacion, de la unidad de Dios, de su providencia, de la vida futura, de la caida del hombre, y la necesidad de un Redentor. Los pueblos que no han practicado fielmente el ceremonial, tal como Dios lo prescribió, no han tardado en desconocer estas mismas verdades. El culto externo es una profesion muy clara de los dogmas de nuestra creencia, y en todas épocas ha servido para mostrar á los herejes la verdadera doctrina de Jesucristo y de los apóstoles, y para esclarecer, en caso necesario, el sentido de los pasajes de la Sagrada Escritura, sobre los cuales se controvertia. Así es, que á los arrianos se les opuso los cánticos de los fieles, que atribuian á Jesucristo la divinidad; á los pelagianos, las preces con que la Iglesia implora contínuamente el auxilio de la gracia divina; y el papa Celestino I, apelaba á las mismas preces para discernir la

creencia antigua de la Iglesia. Lo mismo se ha hecho para probar á los protestantes que se han separado de la fe primitiva, y contra ellos se ha tomado de las antiguas liturgias un argumento, al que nada sólido pueden contestar. El culto externo es tambien una leccion de moral, que recuerda contínuamente á los hombres sus deberes para con Dios, para con el prójimo y para consigo mismos; deberes, que se derivan naturalmente de los dogmas de que hemos hablado. En efecto, si Dios es el único dispensador de los bienes de este mundo, hemos de contentarnos con lo que nos dá, sin usurpar lo que se ha dignado otorgar á los demás; cuando nos prodiga más de lo que necesitamos, es justo, que los que no lo tienen participen de ello. Ya que él es el único árbitro de la vida y de la muerte, no es permitido atentar á la vida de nadie. La conducta de los antiguos justos demuestra, que sacaron todas estas consecuencias, ó que Dios se las hizo ver. No fuera difícil demostrar, que las ceremonias del cristianismo son una leccion de moral más enérgica y más elocuente, que todas las ceremonias antiguas. El culto exterior es, por otra parte, un lazo social, que reune á los hombres al pié de los altares, les inspira los sentimientos de fraternidad, mantiene entre ellos el órden y la paz, y contribuye á la civilizacion. La ley primitiva formó la sociedad doméstica, la ley mosaica la sociedad nacional, y la ley cristiana la sociedad universal de todos los pueblos. Por último, el culto externo es un monumento de hechos, que en el decurso de los siglos han probado la revelacion; de forma, que la Pascua y la presentacion de los primogénitos recordaban á los judíos su salida milagrosa de Egipto; la Pascua de Pentecostés, la promulgacion de la ley en el monte Sinaí... El domingo nos recuerda la resurreccion de Jesucristo.

Se ha sostenido en nuestros dias, que el culto interno es el único que honra á Dios; máxima cómoda para dispensarse de toda práctica religiosa, pero máxima muy falsa: Dios no hubiera instituido el culto externo, si no se hubiese considerado honrado con él, y si este culto no fuese necesario para conservar el culto interno. Cuando Jesucristo dijo, que los verdaderos adoradores debian tributar á Dios *un culto en espíritu y en verdad*, no pretendió excluir el culto externo, puesto que él mismo lo observó. Él mismo instituyó varios sacramentos, y, por medio de sus apóstoles, la forma de la liturgia. Jesucristo condenaba, como los profetas, el culto únicamente externo, en el que el corazon no toma parte; pero elogió las señales de compuncion del publicano, la ofrenda de la viuda, y preceptuó la oracion. Al hablar de las purificaciones y de las obras de caridad, dijo

que era menester practicar las unas y no omitir las otras. Las declamaciones contra los abusos del culto externo son, las más veces, un rasgo de hipocresía. Hasta el fin de los siglos abusarán los hombres de las cosas más santas; las pasiones saben esplotar en provecho propio el freno mismo destinado á reprimirlas; pero el abuso más odióso es, querer abolir todas las instituciones de que se puede abusar. ¿Deben desterrarse de la sociedad las demostraciones de benevolencia y amistad, solo porque estas señales son muchas veces falsas y pérfidas?

3. Llámase culto público el que los hombres rinden en comun á la divinidad en los templos. Su necesidad se funda en el principio, de que el sentimiento religioso es eminentemente sociable, y tiende á comunicarse, á formar una sociedad religiosa. La sola palabra *religion* indica bastante, que el sentimiento religioso es el vínculo más poderoso que reune á los hombres. Por tanto, seria contrario á la naturaleza, que el culto á Dios tributado fuese meramente personal, individual y aislado. Por lo demás, ¿no son los más gratos á la divinidad los homenajes que públicamente le prestamos en los templos? La necesidad del culto externo y público está admirablemente demostrada en el siguiente pasaje de Fenelon: «Cierto es, que lo que se llama religion requiere señales externos que acompañen el culto interno, y voy á decir por qué: Dios crió á los hombres para que viviesen en sociedad. Su sociedad no debe alterar el culto interno; por el contrario, su sociedad debe ser un culto contínuo. Es preciso, pues, que este culto tenga señales sensibles, que sean el principal lazo de la sociedad humana. Este culto externo es esencial, y debe reunir á los hombres. Dios quiso indudablemente que ellos se amasen, que viviesen juntos como hermanos en una misma familia, y como hijos de un mismo Padre. Conviene, pues, que puedan edificarse, instruirse, corregirse, exhortarse, alentarse mútuamente; alabar juntos al Padre comun, é inflamarse en su amor. Todo esto exigia congregaciones, pastores que las presidiesen, subordinacion, oraciones comunes, señales comunes para expresar unos mismos sentimientos. (Cartas sobre la Metaf. C.ª III.)» Tributemos, pues, á Dios culto interno, culto externo y culto público, para poder alabarle eternamente y gozar de su misma felicidad en el cielo.

Véase: CULTO.

DEBERES DEL HOMBRE

PARA CONSIGO MISMO.

Integer spiritus vester, et anima et corpus... servetur.

Vuestro espíritu entero, con alma y cuerpo se conserven sin culpa.

(*I Thes.* v, 23.)

Los que han tratado de averiguar, si el hombre se debe algo á sí mismo, disputaron sobre un equívoco. Sin duda no se debe nada, en el sentido, de que el deber no tiene su orígen en un derecho de la persona sobre sí misma. El deber es impersonal. Pero si el hombre no es el principio del deber, puede ser objeto de éste, pues se siente obligado á realizar la idea del bien, que debe ser la regla de sus actos. Los deberes del hombre para consigo mismo, son de dos clases: los unos, se refieren al *alma*, al sér moral; los otros, al *cuerpo*, al sér físico. De estas dos clases de deberes os hablaré brevemente, despues de invocar los auxilios de la gracia: A. M.

1. Todos nuestros deberes para con nosotros mismos, y con nuestra alma en particular, se resumen en uno solo, el de nuestra perfeccion moral. Al nacer el hombre, ninguna de sus facultades está desarrollada. Además, para establecer entre los elementos de su sér, el órden, la armonía que constituye el bien, son menester constantes esfuerzos, un trabajo, una lucha, que no termina sino con la vida. El hombre debe, pues, procurar perfeccionarse, desenvolver sus facultades conforme con el tipo del órden y del bien que Dios puso en él. De este modo se toma á sí mismo por fin legítimo de sus acciones. Realiza en sí mismo, en lo posible, la idea del órden y del bien; y si no puede ser perfecto, tiende sin cesar á la perfeccion. Por último, perfeccionándose á sí mismo, se habilita más para ser útil á sus semejantes y á la sociedad. El hombre tiene tres facultades principales: la *inteligencia*, la *voluntad*, la *sensibilidad*. Estas tres facultades deben perfeccionarse en el órden que les señala su naturaleza y su relacion de subordinacion mútua.

Cultivar el entendimiento, procurar saber la verdad, es un deber para todos los hombres. Este deber no tiene para todos igual extension; no todos estamos obligados á ser sabios ó filósofos, pero todos debemos tratar de ilustrarnos acerca de las verdades necesarias para la conservacion de la vida, acerca de los problemas relativos á nuestro orígen, á nuestra naturaleza y destino. *Conócete á tí mismo*, es un precepto de moral, igualmente que una regla de sabiduría especulativa. Dos son las clases de conocimientos que debemos especialmente adquirir: 1.°, *los conocimientos morales*, 2.°, *los conocimientos útiles*. Los primeros son inmutables y los mismos en todas partes; los segundos varian segun el puesto que cada hombre está llamado á ocupar.

Debemos esforzarnos para conseguir la emancipacion progresiva de la voluntad. Las fuerzas que contrarian nuestra voluntad están, ó dentro, ó fuera de nosotros. Dentro, somos nosotros mismos, esto es, nuestras inclinaciones; fuera, son nuestros semejantes, ó los séres de la naturaleza. Estas fuerzas se ponen de dos maneras en contradiccion con nuestra voluntad; ó la *solicitan*, ó la *resisten*. De aquí dos deberes: el de resistir á las solicitudes diversas, cuando se oponen al deber; y el de luchar contra los obstáculos, cuando son contrarios á la ejecucion de designios legítimos. La virtud de *resistencia* y la virtud de *accion*, la *paciencia* y la *fuerza*, son las dos virtudes de las almas libres, y á ellas es debido cuanto de grande hace el hombre. En el fondo, toda virtud emana de aquellas dos; además, las virtudes fuertes suponen tambien la paciencia, y recíprocamente. Dependen directamente de la fortaleza: el *valor*, la *religion*, el *patriotismo*, la *constancia*... de la paciencia, la *resignacion*, la *confianza*, el *perdon*, la *piedad*... Conviene no solamente procurar aumentar la energía de nuestra volutad, sino, ante todo, acostumbrarla á ceder á las prescripciones de la razon.

Dios creó al hombre *sensible*, al par que inteligente y libre. Por lo tanto, no debemos trabajar para destruir nuestras inclinaciones y afecciones, sino ordenarlas. Las pasiones no son en sí buenas ni malas; son útiles ó funestas segun están bien ó mal gobernadas. La pasion es, ora un obstáculo, ora un medio. Lo que le importa es mantenerla en su lugar; si en vez de obedecer nos manda, nos trae al alma el desórden y la perturbacion; moderadas y bien dirigidas,

las pasiones, llegan á ser el principio de las acciones más heróicas. Como séres sensibles ó susceptibles de amor, nuestro deber general es dar á nuestras afecciones la direccion y el grado convenientes. El objeto más inmediato de nuestro amor, somos nosotros mismos; pero debemos amarnos con un amor sensato, es decir, atendiendo á nuestros fines espirituales, sin perjudicar el amor desinteresado á los demás hombres, ni el amor de Dios. El amor al prójimo, superior al amor á sí mismo, porque es desinteresado, resume todas nuestras obligaciones para con los hombres, como séres sociales que somos. Allí donde no hubiese ningun amor al hombre, y por lo mismo, ningun desinterés, no habria sociedad posible. Es un axioma de la economía política, que la prosperidad comun no puede brotar del egoismo individual. El amor al prójimo es, pues, en realidad, nuestra obligacion más grave, puesto que la existencia y la economía del mundo moral se fundan en su cumplimiento. El amor más perfecto es el amor de Dios. Nuestra alma es espíritu, y, por lo mismo, está llamada á fines nobles y superiores á la materia: aspirar á estos fines, esto es, á Dios, por el amor, es cumplir el deber impuesto á toda humana criatura. Así es, que nuestra alma fué criada para alimentarse de verdad, de justicia, de religion; es decir, para amar á Dios sobre todas las cosas.

2. El cuerpo es el instrumento del alma, y le está unido: 1.°, para adquirir conocimientos; 2.°, para expresar sus conceptos; 3.°, como medio de ejecucion. De aquí tres deberes para con el cuerpo: 1.°, *conservacion de la salud*; 2.°, *conservacion de la vida*; 3.°, *subordinacion al alma*.

La salud del cuerpo es no solamente el primer bien temporal, sí que tambien la condicion ordinaria de la salud del alma. Un cuerpo sano y robusto no es meramente una ventaja física; rara vez un alma fuerte habita en un cuerpo débil, delicado y enfermizo. «Cuanto más débil es el cuerpo, dice Rousseau, más manda; cuanto más fuerte, más obedece.» Si el cuerpo es el instrumento del alma, tambien es su residencia: no está pues prohibido hermosearlo y adornarlo; es una cubierta transparente del alma, que la deja aparecer en todas sus formas, movimientos y ademanes, sobre todo, en la fisonomía. Este carácter simbólico nos impone el deber, de poner el exterior en armonía con el interior bien ordenado y compuesto. De aquí el aseo, los adornos, la decencia y el decoro en nuestros vestidos, modales y palabras; reglas que se modifican segun el carácter, posicion y rango de los individuos.

Vivir para vivir no es un deber, ni siquiera el objeto de la vida.

Así es, que no hemos de conservar el cuerpo para el cuerpo, sino con referencia á los fines morales del alma. En este sentido, lo que le debemos, tambien lo debemos al alma; y los cuidados que el cuerpo reclama, son los que reclama el cumplimiento de un fin más alto, el del sér moral. La conservacion del cuerpo es un deber sagrado, pues, es el instrumento necesario del alma; el cuerpo es la condicion, el medio absoluto de la vida moral.

El cuerpo nunca debe hacerse dueño del alma. Esto seria invertir el órden establecido y destruir nuestra libertad. Sus apetitos han de subordinarse constantemente á la voluntad del alma, sometida, á su vez, á la ley del deber. Ningun vicio nos parece tan degradante como los que se oponen á estos principios, por ejemplo: la gula, la embriaguez, la impudicia... No olvidemos nunca estos deberes para con el alma, y para con el cuerpo, y seremos eternamente dichosos, que es lo que á todos deseo.

DEBERES

PARA CON EL PRÓJIMO.

Diliges proximum tuum tanquam teipsum.

Amarás al prójimo como á tí mismo.

(*Marc.* XII, 31.)

De las relaciones que tiene el hombre con sus semejantes nacen sus deberes, los unos, generales, los otros, particulares, segun se le considera como individuo de la *sociedad humana* en general, ó de las diferentes asociaciones que ésta contiene en su seno, tales como la *familia*, ó la sociedad doméstica, y la sociedad civil, ó el *Estado*.

las pasiones, llegan á ser el principio de las acciones más heróicas. Como séres sensibles ó susceptibles de amor, nuestro deber general es dar á nuestras afecciones la direccion y el grado convenientes. El objeto más inmediato de nuestro amor, somos nosotros mismos; pero debemos amarnos con un amor sensato, es decir, atendiendo á nuestros fines espirituales, sin perjudicar el amor desinteresado á los demás hombres, ni el amor de Dios. El amor al prójimo, superior al amor á sí mismo, porque es desinteresado, resume todas nuestras obligaciones para con los hombres, como séres sociales que somos. Allí donde no hubiese ningun amor al hombre, y por lo mismo, ningun desinterés, no habria sociedad posible. Es un axioma de la economía política, que la prosperidad comun no puede brotar del egoismo individual. El amor al prójimo es, pues, en realidad, nuestra obligacion más grave, puesto que la existencia y la economía del mundo moral se fundan en su cumplimiento. El amor más perfecto es el amor de Dios. Nuestra alma es espíritu, y, por lo mismo, está llamada á fines nobles y superiores á la materia: aspirar á estos fines, esto es, á Dios, por el amor, es cumplir el deber impuesto á toda humana criatura. Así es, que nuestra alma fué criada para alimentarse de verdad, de justicia, de religion; es decir, para amar á Dios sobre todas las cosas.

2. El cuerpo es el instrumento del alma, y le está unido: 1.°, para adquirir conocimientos; 2.°, para expresar sus conceptos; 3.°, como medio de ejecucion. De aquí tres deberes para con el cuerpo: 1.°, *conservacion de la salud*; 2.°, *conservacion de la vida*; 3.°, *subordinacion al alma*.

La salud del cuerpo es no solamente el primer bien temporal, sí que tambien la condicion ordinaria de la salud del alma. Un cuerpo sano y robusto no es meramente una ventaja física; rara vez un alma fuerte habita en un cuerpo débil, delicado y enfermizo. «Cuanto más débil es el cuerpo, dice Rousseau, más manda; cuanto más fuerte, más obedece.» Si el cuerpo es el instrumento del alma, tambien es su residencia: no está pues prohibido hermosearlo y adornarlo; es una cubierta transparente del alma, que la deja aparecer en todas sus formas, movimientos y ademanes, sobre todo, en la fisonomía. Este carácter simbólico nos impone el deber, de poner el exterior en armonía con el interior bien ordenado y compuesto. De aquí el aseo, los adornos, la decencia y el decoro en nuestros vestidos, modales y palabras; reglas que se modifican segun el carácter, posicion y rango de los individuos.

Vivir para vivir no es un deber, ni siquiera el objeto de la vida.

Así es, que no hemos de conservar el cuerpo para el cuerpo, sino con referencia á los fines morales del alma. En este sentido, lo que le debemos, tambien lo debemos al alma; y los cuidados que el cuerpo reclama, son los que reclama el cumplimiento de un fin más alto, el del sér moral. La conservacion del cuerpo es un deber sagrado, pues, es el instrumento necesario del alma; el cuerpo es la condicion, el medio absoluto de la vida moral.

El cuerpo nunca debe hacerse dueño del alma. Esto seria invertir el órden establecido y destruir nuestra libertad. Sus apetitos han de subordinarse constantemente á la voluntad del alma, sometida, á su vez, á la ley del deber. Ningun vicio nos parece tan degradante como los que se oponen á estos principios, por ejemplo: la gula, la embriaguez, la impudicia... No olvidemos nunca estos deberes para con el alma, y para con el cuerpo, y seremos eternamente dichosos, que es lo que á todos deseo.

DEBERES

PARA CON EL PRÓJIMO.

Diliges proximum tuum tanquam teipsum.

Amarás al prójimo como á tí mismo.

(*Marc.* XII, 31.)

De las relaciones que tiene el hombre con sus semejantes nacen sus deberes, los unos, generales, los otros, particulares, segun se le considera como individuo de la *sociedad humana* en general, ó de las diferentes asociaciones que ésta contiene en su seno, tales como la *familia*, ó la sociedad doméstica, y la sociedad civil, ó el *Estado*.

Vamos á examinar bajo estos tres puntos de vista los deberes del hombre para con sus semejantes; imploremos antes la gracia: A. M.

1. Dos son los preceptos que le imponen estos deberes: *No hagas á otro lo que tú no quisieras que te hiciesen á tí; haz á otro lo que quisieras que á tí te hiciesen.*

Estas máximas no significan, que la voluntad ó el deseo de cada uno sea la regla de lo que debe á sus semejantes, lo cual destruiria el mismo espíritu de la ley; sino que el hombre halla en su conciencia una medida fija, de que debe valerse con los demás, como quiere que la usen con él: la de la *justicia*, ó de la equidad, á la cual se añade la caridad ó la *beneficencia*. En efecto, estas dos virtudes comprenden todos los deberes de la moral social.

Suum cuique tribuere: dar á cada cual lo que le toca, tal es la definicion de la justicia. Esta fórmula, que tal vez no ofrece un sentido bastante preciso, envuelve, á lo ménos, la idea, de que todos los *deberes* relativos á la justicia suponen *derechos* en aquellos que son objeto de ellos. La justicia, pues, segun el sentido riguroso de la palabra, es el *respeto al derecho*. Sé justo, no atentes á los derechos de tus semejantes; tal es el primer precepto de la moral social. No atentar á los derechos ajenos, ó si se quiere, al desenvolvimiento legítimo de las facultades legítimas de los demás hombres, quiere decir, que no ha de atentarse al desarrollo de sus facultades orgánicas y de su vida animal, que es sagrada como instrumento y condicion de la vida moral; ó más directamente todavía, de las de su vida espiritual.

No perjudicar al prójimo no es más que la mitad de la ley. A la justicia y á la probidad debe, pues, agregarse la *beneficencia*. Si este deber no importa un derecho en los que son objeto del mismo, no por eso es ménos obligatorio. Este deber es positivo, y dimana, no ya de la inviolabilidad de los individuos aislados, sino de su solidaridad, en virtud de su comun naturaleza. En efecto; dotados de facultades semejantes, llamados á un fin comun, y puestos en sociedad para cooperar al mismo con esfuerzos comunes, ninguno puede separar su deber del deber de los que le rodean, y su bien del bien comun, sin desnaturalizar así sus obligaciones personales. Ayudar á los demás en el desarrollo legítimo de sus facultades, es ayudarles á vivir, procurarles el bienestar, socorrerles en la miseria, en las enfermedades; es formar su inteligencia, encaminarla al bien, á lo bello, á lo justo; es llenar su corazon de sentimientos puros y elevados; es desenvolver su libertad moral con nuestros consejos, nuestro influjo y nuestros ejemplos. Toda esta doctrina se resume en estas palabras del Evangelio: Tratad á los hombres de la misma manera que quisierais que ellos os tratasen á vosotros: *Et prout vultis ut faciant vobis homines, et vos facite illis similiter* Luc. VI, 31.

2. La familia es de institucion natural y divina. Ningun poder humano puede suprimirla, ó cambiar siquiera su naturaleza y sus bases. Seria ocioso probar esta verdad inconcusa, si no hubiese sido y no fuese aún cada dia impugnada ó desconocida. Para demostrar la necesidad de la familia, se pueden emplear los argumentos sacados: 1.°, de la ley cristiana: Dejará el hombre á su padre, y á su madre, y se juntará con su mujer, y serán los dos una carne: *Relinquet homo patrem, et matrem suam: et adhærebit uxori suæ: et erunt duo in carne una;* Eph. v, 31. Sacramento es este grande, mas yo hablo con respecto á Cristo y á la Iglesia: *Sacramentum hoc magnum est, ego autem dico in Christo et in Ecclesia;* Ibid. v, 31; 2.°, de la consideracion de la naturaleza humana, de sus necesidades morales, de sus afecciones más caras y más indestructibles; 3.°, de los deberes y derechos que se establecen, desde un principio, entre el padre y la madre, los padres y los hijos, y de los que ningun poder humano puede separarles ó despojarles; 4.°, de la naturaleza de la misma sociedad civil, que no puede existir sin la familia, y de la que ésta es condicion y primer elemento; 5.°, de la historia, en fin, en que se ve que la familia se ha perfeccionado, estrechando sus lazos, á cada nuevo progreso de la humanidad.

El género humano no se compone de individuos, sino de familias. Nosotros salimos de la familia con el título de hijos, y luego la reproducimos con el de padres. Tal es el órden general, que nadie evita, á no ser por excepcion, ó por un carácter que reemplaza la paternidad, como el del sacerdocio. Nuestros deberes de hombres están, pues, particularmente en el círculo de la familia, en que se dividen en cuatro clases: 1.°, deberes de los esposos; 2.°, deberes de los padres; 3.°, deberes de los hijos; 4.°, deberes de los hermanos. Hay que añadir tambien, los deberes de los criados, y de los amos. El marido debe á su compañera amor, fidelidad, confianza, proteccion, un sostén conveniente y proporcionado á sus recursos. La mujer debe á su marido fidelidad, amor y sumision. Los padres deben á sus hijos amor, alimento, educacion, instruccion, vigilancia, correccion, buenos ejemplos, y darles una posicion correspondiente á sus necesidades y vocacion. Los hijos deben honrar á sus padres, obedecerles, amarles, tolerar sus defectos, sostenerles en su

vejez, y en sus necesidades. Estos son deberes de la piedad filial, fundamento de todas las virtudes, como dice un antiguo. Los deberes de los hermanos son deberes de afecto, de concordia, de auxilio mútuo.

3. El Estado no es otra cosa, que una asociacion de hombres sometidos á las mismas leyes y al mismo gobierno. La sociedad civil es una asociacion de séres inteligentes y libres, no formada con un objeto particular, semejante al de tal ó cual compañía mercantil, industrial ó científica. Su fin general debe ser el de la humanidad, á saber, el desarrollo completo y regular de las facultades humanas, bajo el imperio y proteccion de la ley, que ordena su ejercicio exterior, é impide que estos séres se dañen mutuamente, ó violen sus recíprocos derechos. Este principio es, á la vez, negativo y positivo, restrictivo y protector, ni opresor ni despótico.

Cada pueblo tiene una vocacion particular, que nace de su propio genio, de sus tradiciones y costumbres, de sus relaciones con los demás pueblos y de su posicion geográfica. El destino de cada nacion es sagrado. Este destino lo ha recibido de Dios, y nada puede prevalecer contra él. Por consiguiente, el deber de todo gobierno es, saber comprender ese fin, dirigir á ese objeto la sociedad á cuyo frente se halla. No hay duda, en que la soberanía y la justicia emanan de Dios; pero para representar á Dios en la tierra, es preciso cumplir una mision verdaderamente divina. Un gobierno prudente, ilustrado y justo reina siempre por derecho divino; es la imágen de la divina Providencia, y participa de su majestad é inviolabilidad.

Dos cosas hay que considerar en el Estado: 1.°, las instituciones y las leyes que lo rigen; 2.°, los hombres investidos de la autoridad; pues no hay leyes posibles sin poder, ni poder sin hombres que lo representen. Con respecto á las instituciones y á las leyes, el deber del ciudadano, como del hombre que ejerce la autoridad, y que por la naturaleza de su cargo es uno de los primeros ciudadanos, esto es, de los que tienen más obligaciones, este deber se resume en la *fidelidad*. Todos, pues, deben ser fieles á la ley, segun sus mismas prescripciones, y segun el puesto que ellos ocupan en la nacion. Para todos, indistintamente, esta fidelidad es la *sumision* á la ley, hasta el límite en donde no se halle en contradiccion con la conciencia. Por lo que mira á los hombres investidos de la autoridad, el deber es tambien la sumision. Por la misma razon de que tienen la autoridad, se hacen sagrados, como la conciencia moral, en la que reside la autoridad primitiva.

Meditemos, hermanos mios, estos deberes para con los hombres en general, para con la familia, y para con el Estado: esforcémonos á cumplirlos, para que seamos un dia perfectamente felices.

DEBERES

PARA CON LA SOCIEDAD.

Quærite primum regnum Dei, et justitiam ejus, et hæc omnia adjicientur vobis.

Buscad primero el reino de Dios, y su justicia: y todas las demás cosas se os darán por añadidura.

(*Matth.* VI, 33.)

Cuando la sabiduría humana se propone por objeto la felicidad del hombre, y la prosperidad de las naciones, acostumbra emplear unos resortes que, ó por demasiado fuertes, ó por demasiado complicados, se destruyen con su oposicion, y no hacen más que principiar la obra. Por medio del atractivo de los bienes presentes llega á excitar deseos, que considera como un estímulo poderoso para ejecutar hechos esclarecidos, y emprender trabajos útiles; pero estos mismos deseos, como que se aumentan de contínuo, sin que lleguen jamás á saciarse, turban la pública armonía. La sabiduría humana espera toda su felicidad de la destreza en dirigir las pasiones, sin hacerse cargo, de que una sociedad, fundada solamente en la satisfaccion de las pasiones, encierra en sí propia el principio de su desconcierto y de su destruccion.

Dios, que se burla de los vanos esfuerzos de la sabiduría humana, de su envidia, de sus temores, de sus susceptibilidades ridículas é infundadas, muestra un camino más decidido para conducir á los hombres á la felicidad. Despues de condenar la actividad intranquila

que se desasosiega por acumular bienes, que el tiempo consume, Dios nos hace aficionar á la patria con la esperanza de los bienes eternos, nos excita á practicar las virtudes con el atractivo de la gloria celestial, y, en recompensa, dice á los reyes y á las naciones lo siguiente: buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y conseguireis además de eso la paz, la abundancia y la felicidad presente.

Amplificando esta verdad, voy á manifestaros hoy, que el Evangelio forma los verdaderos ciudadanos, porque con sus preceptos ilustra y determina las obligaciones del cristiano en la sociedad, y con sus motivos facilita y santifica el cumplimiento de estas obligaciones. Pidamos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Algunos hombres altivos, segregando los intereses de la sociedad de los intereses de la religion, quieren persuadirnos, que el exacto cumplimiento de los preceptos del Evangelio no es compatible con las máximas de una sábia política; y que no habria órden ni concierto posible en una nacion, si el gobierno se guiase exclusivamente por la piedad. ¡Cuán ajena de la verdad es semejante máxima! La religion, esparciendo por la tierra un rayo de la suprema inteligencia, descubre á los mortales todas las verdades útiles, los consuela en las aflicciones, les inspira el desinterés, el amor de la patria y el celo de servirla, y de este modo asegura el órden y la tranquilidad de las naciones.

El Evangelio nos enseña, que todo poder procede de Dios, quien ha establecido así los reyes como sus ministros, por medio de los cuales reina sobre todas las naciones. Nos manda, además, hacer votos por la salud de los que mandan. Los primeros cristianos, en medio de los tormentos, rogaban por los emperadores, que los habian condenado á muerte, porque así se lo tenia enseñado Jesucristo, quien siempre fiel y afecto á su ingrata patria, encomendaba á sus discípulos, que fuesen obedientes á los soberanos, respetasen el órden público, y solo opusiesen la mansedumbre á la violencia de los tiranos. Su santa ley no respira sino dulzura, indulgencia y caridad. La humanidad, la justicia, la moderacion y el perdon de las injurias son las señales por las que se distingue nuestra religion, cuando, sin obrar solamente en virtud de aquella gracia, que domina los espíritus, se manifiesta por efectos más visibles. La victoria ha podido ser accesible á los estandartes del error; el fanatismo ha podido formar guerreros temibles; el furor que éste inspira, no respetando los derechos de la humanidad, ha podido someter naciones enteras con el

temor de males exagerados; pero hacer ciudadanos leales á la patria, generosos con sus enemigos, sumisos en la persecucion; que quieran derramar su sangre ántes que turbar el órden público; éste es el lauro de la religion verdadera, la cual solo se vale de la persuasion; y hace resplandecer la verdad para ilustrar la virtud, elevando el corazon á Dios para identificarlo más y más con el órden social.

De esta manera asegura el Evangelio el órden y la tranquilidad de los pueblos, inspirando la obediencia por el medio más poderoso, esto es, por el amor á la obligacion, y á lo que nos enseña la conciencia: *Obedite præpositis vestris*, Hebr. xiii, 17. *Non solum propter iram, sed propter conscientiam*, Rom. xiii, 5. Sus preceptos, que inspiran el amor del prójimo y el celo por la patria, no prestan ménos luz, pues señalan todas las obligaciones del ciudadano en la sociedad, precaven todos los abusos, y demuestran que la verdadera piedad nunca se opone á la prosperidad pública. Segun sus principios, todos los hombres son hermanos; y atrayéndolos la religion hácia su origen comun, establece entre ellos el vínculo del amor fraternal. Ningun hombre es extraño para otro: siendo todos hermanos, deben amarse, socorrerse y asistirse; pero como no es posible acudir á todos, es necesario aplicarse principalmente á servir á aquellos con quienes nos unen diferentes vínculos, los tiempos y otras circunstancias. Esta admirable regla, establecida por San Agustin, explica las obligaciones de los hombres que viven en sociedad. La tierra, que habitan juntos, produce entre ellos un nuevo vínculo; la consideran como una madre comun; y esta inclinacion, que les es propia, los une con mayor intimidad, forma aquel afecto virtuoso que los antiguos llamaban amor de la patria: *Charitas patrii soli*. Con efecto, los hombres se sienten unidos más íntimamente al considerar, que aquella misma tierra, que los ha alimentado cuando vivos, los recibirá en su seno despues de muertos: José se consolaba al pensar que sus cenizas estarian mejor en medio de sus conciudadanos. El amor del soberano, amados oyentes, se confunde en vuestro corazon con el amor de la patria; y este afecto puede suplir á todos los demás en una nacion, donde se forman buenos súbditos y buenos superiores, y en donde los vínculos recíprocos no se fundan ménos en el amor que en la obligacion. Pero ¡qué fuerza no añaden á este afecto las ideas religiosas, la fe que ilumina á todos los cristianos, la esperanza que cifra su bien comun en el cielo, la caridad que sobrevive á la destruccion de los objetos presentes, y los sacramentos que los regeneran en la vida espiritual, y establecen una fraternidad en Jesucristo! ¡Cuánto no debe interesarse el cristiano

por una patria, en la que encuentra todo cuanto puede serle útil, así ahora como en lo venidero, esto es, los altares, los sacrificios, la gloria, los bienes, el descanso y la seguridad de la vida, y la sociedad de las cosas divinas y humanas! Hijos mios, decia Matatías, la ciudad santa ha perdido todos sus adornos; sus ancianos y sus hijos han sido asesinados; el pueblo está profanado; han colocado al ídolo en el altar; han injuriado al Dios de Jacob; y nosotros ¡vivimos todavía! Seamos, en fin, los guardas de la ley, y demos la vida por el testamento de nuestros padres. Más vale morir en la guerra, que ver destruida nuestra patria y nuestro santuario: *Melius est nos mori in bello, quam videre mala gentis nostræ.* Las máximas de los filósofos ¿han inspirado jamás tan generosos sentimientos? Para aficionar al hombre á su patria no bastan palabras, sino que se necesitan vínculos; y ¿dónde los encontraremos si se rompen los que la naturaleza y la religion han formado? Aquel pueblo que no hallaba ningun consuelo en las fértiles orillas de Babilonia, no presumia, en verdad, que un sábio es ciudadano del mundo, y que su patria verdadera es el punto donde se encuentra bien, pues su alma no daba entrada á la alegría, viéndose apartada de la santa Sion; sus instrumentos permanecian colgados de los sauces plantados en la ribera, y no se oia más que esta exclamacion de su dolor: ¡Oh Jerusalen, si yo me olvidáre de tí, entregada sea al olvido mi mano diestra.

No me cansaria de recordaros, amados oyentes, que la religion asegura la union y la felicidad de los hombres, y el amor y prosperidad de la patria. Ciudadanos de todas clases, si mi débil voz puede llegar á vuestros oidos, escuchad cuáles son vuestras obligaciones. La caridad, que debe uniros, es la perfeccion de todas las virtudes sociales. Siendo pacífica de sí propia, conoce que los hombres son frágiles, ciegos é inconstantes; pero no se irrita contra sus vicios, aunque los desaprueba, ántes bien se lastima de sus flaquezas, y se compadece de sus errores; no se detiene aquí, sino que, siendo indulgente por ternura, cierra los ojos por no ver defectos, que no podria disculpar. Siendo desinteresada, hace capaz al ciudadano de los mayores sacrificios, le aficiona más y más á la patria, encamina todos sus pasos hácia el órden público considerándolo como voluntad del Criador; es la única, que puede formar aquella armonía, donde, llegando el amor á ser el lazo que une todas las partes, desciende contínuamente de los gobernantes al pueblo por los beneficios, y vuelve del pueblo á los gobernantes por el agradecimiento. Cuando este principio llegue á obrar con entera eficacia, todas las voluntades se unirán en favor del bien público, todos los ciudadanos serán dichosos, y la patria presente vendrá á ser la imágen de la Jerusalen eterna.

En la descripcion del cuadro de la piedad cristiana, y del celo activo por la patria que inspira ésta á los gobernantes, os parecerá tal vez, que empleo algunos rasgos exagerados de las grandes ideas que nos dá el Espíritu Santo del retiro, del ayuno, de la penitencia y de la oracion. No permita Dios, que yo censure unas obligaciones que la ley prescribe y la caridad santifica. Cuando el hombre se humilla en los templos, y depone el fausto del orgullo que ofende á los mortales; cuando llora á los piés del sacerdote, y se corrige en la sociedad; cuando un corazon benéfico vá á buscar en el sacramento del amor de Jesucristo una renovacion perpétua de su fervor; cuando los ayunos acompañan á las obras de misericordia, á fin de que el alma, expuesta siempre á la tentacion, se afiance y purifique por la penitencia; entónces, estos actos son preciosos delante de Dios. Tampoco hay engaño en atribuir á la oracion el feliz éxito de las empresas y la prosperidad de las naciones. Un rey, decia David, no se libra del peligro por sus armas solamente; el ejemplo de Moisés, cuyas manos levantadas hácia el cielo mataban más enemigos que los que peleaban, manifiesta cuanta es la fuerza que la oracion comunica al brazo del guerrero; á la voz del justo han caido muros, que las armas no podian derribar; y los Macabeos, aunque valientes, más bien triunfaban con sus oraciones que con las armas. Vírgenes puras, santos penitentes, de quienes no es digno el mundo, alzad sin cesar vuestras manos hácia el cielo; con el fervor de vuestras oraciones devolvereis á la sociedad aquella porcion de fuerza y de luz, que vuestra inclinacion á la soledad parece que la usurpan. Y vosotros, cuyas obligaciones se confunden con los cargos civiles, no limiteis á solo el fervor de la oracion todo el ardor de vuestro celo por el bien de la patria. Nehemías, que tanto confiaba en el Todopoderoso, no por eso omitia los medios humanos; tomaba en una mano la espada, y la escuadra en la otra, para levantar y defender á un mismo tiempo los muros de Jerusalen. Todos los obstáculos que nuestras fuerzas pueden remover, todo el bien que nuestro corazon puede abrazar, y nuestros talentos pueden producir, todo esto se comprende en el órden privativo de las obligaciones. El que niega á la sociedad sus fuerzas, sus oraciones ó su doctrina, es un árbol estéril que Jesucristo destina al fuego eterno.

2. Habeis visto que el Evangelio enseña con sus preceptos al ciudadano cuáles son sus obligaciones; veamos, ahora, como facilita el cumplimiento de las mismas. El motivo más propio para formar ciu-

dadanos, para dar actividad á sus talentos y hacer fecunda su virtud, es aquel que, en todas las circunstancias, une la felicidad á la virtud, que muestra al hombre el mayor interés en el cumplimiento de sus obligaciones, y le promete premios capaces de indemnizarle de todos los sacrificios que hace al bien público. Este fin, tan ventajoso á la sociedad, no puede conseguirse con los esfuerzos de la sabiduría humana, aunque se abrase en el amor de los pueblos; los prudentes designios, la perspicacia y los arbitrios de la sabiduría humana, jamás harán perfecta esta constitucion, porque solo mueve á los hombres por el atractivo de los bienes presentes; y este atractivo les hace muchas veces inclinar al vicio. Las pasiones, que inflaman á éste, son tiros asestados contínuamente contra el bien público; encadenadas éstas por la fuerza, ó desanimadas por los obstáculos, parece que se modifican á merced del legislador; encendidas con el ardor de una gloria aparente, comunican al alma una especie de valor, y muestran, en algunas acciones útiles, el mismo ánimo que emplean en los graves delitos. Sus impulsos pueden ser más prontos, sus medios más decisivos, y sus efectos podrán sorprender más que los de la virtud; pero peligrosas siempre en su proceder, asustan, aún cuando se precipitan hácia el bien; se teme, que aplicada á lo malo esta impetuosidad, se arroje á los precipicios. Las mismas causas que ponen en movimiento las pasiones, pueden excitarlas de modo, que desprecien las leyes: el ambicioso, que intenta hacerse superior á sus conciudadanos, no se diferencia mucho del tirano que los oprime; solo espera una ocasion para sujetarlos.

Si nuestras pasiones ó nuestros deseos, limitados á los objetos presentes, se oponen al bien público, no darán actividad á las virtudes sociales. Miéntras el hombre funde únicamente la idea de su felicidad en los bienes actuales, es necesario, para que ame á su patria, que la constitucion presente los ponga á una distancia en que él pueda alcanzarlos; y semejante constitucion no es posible que exista. El único medio de hermanar, en todos casos, el interés particular con el general, de hacer útil al prójimo aquel amor á la felicidad, que parece reconcentrar el hombre en sí mismo, de aficionar á los ciudadanos á la patria, aunque sea ingrata; el único motivo que puede hacer los ánimos generosos, fecundar la semilla de las grandes virtudes, sin dar fomento á los grandes vicios, y dar movimiento á la sociedad, sin ocasionar embates peligrosos, es el que nos promete el mayor interés en lo venidero, nos anima para hacer el sacrificio del descanso, de los bienes, y aún de la misma vida, con la esperanza de una gloria inmortal, y asegura á la virtud en el cielo recompensas, que no logra muchas veces en la tierra. No quiero decir por esto, amados oyentes, que seais indiferentes para las cosas del mundo. Jesucristo, que maldice los tesoros allegados con injusticia, condena igualmente la indigencia, que es fruto de la ociosidad. El cristiano ruega á Dios como si todo lo esperase de él, y obra como si solo contase con sus fuerzas; desprecia las riquezas que las pasiones consumen, pero aprecia las que la misericordia emplea en alivio de los infelices. Sea, pues, siempre activa vuestra industria, y coopere á la prosperidad pública; pero nunca anime la codicia vuestras tareas. Buscad, primero, el reino de Dios, y juntareis aquellos tesoros que la caridad puede introducir en el cielo.

Este es el motivo que puede animar las virtudes en todos casos, formar los mejores ciudadanos en la tierra, enseñándoles á hacerse dignos de ser ciudadanos del cielo, interesarlos en favor de una patria, que muchas veces se vé imposibilitada de atraerlos con sus beneficios. Este motivo ha producido en todos los siglos hechos heróicos. Todo lo que nos queda de buena fe en el comercio, de integridad en la administracion de justicia, de desinterés en el manejo de los caudales públicos, de pureza en las costumbres, y todas las fuerzas que tenemos para practicar lo bueno, se lo debemos á aquella elevacion que la fe comunica al alma del cristiano.

Vosotros, que teneis en vuestra mano los grandes móviles del bien público, permitidme que os dirija aquellas palabras de San Gregorio: Proteged la virtud, reprimid los atentados del vicio, y haced que el imperio de la tierra sirva al imperio del cielo: *Ad hoc enim potestas data est, ut terrestre regnum cœlesti regno famuletur.* Cooperad con el Evangelio á suscitar aquel desinterés, aquel desprecio de las vanidades, aquellas costumbres frugales y puras, que son el fundamento de todas las virtudes sociales: apartaos de los objetos que pueden excitar las pasiones: dejad para los manejos secretos el abatimiento y el oprobio: auxiliad el mérito contra todos los obstáculos: haced que la virtud tan severa consigo misma, y fatigada ya de las luchas que sostiene contra las propensiones del hombre, no sea detenida en su penosa carrera por el temor del desprecio y de la censura; que no la opriman los malvados, y que goce en este mundo de los galardones que merece. Obrando entónces de acuerdo el Evangelio y la sabiduría humana, la sociedad será perfecta, el imperio de la tierra será el imperio del cielo, y la felicidad presente será prenda de la felicidad eterna, que os deseo á todos.

DEBERES DE LOS PADRES: véase PADRES.

DEBERES DE LOS HIJOS: véase HIJOS.
DEBERES DE LOS AMOS: véase AMOS.
DEBERES DE LOS CRIADOS: véase CRIADOS.
DEBERES DEL CRISTIANO: véase CRISTIANO.
DEBERES DE LA MUJER CRISTIANA: véase MUJER CRISTIANA.
DEBERES DEL PROPIO ESTADO: véase ESTADO DE VIDA Y CUIDADO DE PERFECCIONARSE EN ÉL.

DECÁLOGO.

Custodi præcepta Domini Dei tui.
Observa los preceptos del Señor Dios tuyo.
(*Deut.* v, 17.)

Esta es la advertencia que hizo Moisés á los iraelitas, cuando fué enviado por Dios para anunciarles su santa ley: Observad fielmente, les dijo, los mandamientos del Señor Dios vuestro; sus palabras y sus preceptos serán grabados en vuestros corazones; los referireis á vuestros hijos, los meditareis en vuestra casa, y cuando caminareis; de noche, en los intérvalos del sueño; á la mañana, cuando disperteis; en una palabra, os acordareis siempre de ellos, como si los tuvieseis delante de los ojos ó en las manos: *Movebuntur inter oculos tuos.* DEUT. VI, 8. Estos mismos mandamientos de la ley antigua, son los que Jesucristo ha confirmado y autorizado en la nueva; y como son el orígen de todas nuestras obligaciones, y la regla única de nuestra conducta, os los explicaré familiarmente, á fin de que cada uno pueda conocer lo que Dios exige de él para conseguir la felicidad eterna. La materia es vasta, pero os importa sumamente el estar bien instruidos en ella. Imploremos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. El Decálogo contiene los diez mandamientos, que Dios dió á los israelitas por el ministerio de Moisés; la Escritura los llama las diez palabras de la alianza que el Señor hizo con su pueblo: *Scripsit in tabulis verba fœderis decem.* EXOD. XXXIV, 28. Dió esta ley á los israelitas despues de la primera Pascua, á los cincuenta dias de su salida de Egipto, y fué publicada sobre el monte Sinaí entre rayos, truenos y relámpagos, para que el temor, dicen los intérpretes, obligase á los hombres á observarla, y conociesen lo que debian temer en la otra vida, si tenian la desgracia de quebrantarla en la presente: y fué grabada en dos tablas de piedra por el dedo del Todopoderoso, por lo cual se llamó el Decálogo: *Ley escrita.*

En la primera tabla se contenian los tres primeros mandamientos, que arreglan nuestras obligaciones para con Dios, ordenándonos, que solo le adoremos á él, que respetemos su santo nombre, y que santifiquemos el dia que consagró á su servicio.

La segunda tabla contenia los siete últimos mandamientos, que señalan nuestras obligaciones respecto del prójimo, ya en particular, y ya en general; en particular, se le debe tributar el honor que le corresponde, y esto nos prescribe el precepto de honrar á nuestros padres; en general, no se debe hacer daño á ninguno por obra, por palabra, ni por pensamiento. Se hace injuria al prójimo por obra, y esto es lo que prohibe el quinto precepto: *no matarás*; ó en la persona que le está unida por el vínculo del matrimonio, y esto es lo que prohibe el sexto: *no cometerás adulterio;* ó finalmente, en sus bienes, y esto es lo que prohibe el séptimo mandamiento: *no hurtarás:* por el octavo se prohibe hacer daño al prójimo con palabras: *no levantarás falso testimonio;* y últimamente, se prohibe el ofenderle con el pensamiento y con los deseos del corazon por estos dos preceptos: *no codiciarás la mujer de tu prójimo, ni sus bienes.* Veis aquí los diez mandamientos contenidos en el Decálogo, que son como el sumario y compendio de todas las leyes. Dios, dice S. Agustin, q. 140 IN EXOD., ordenó muchas cosas á Moisés; y no obstante, solo le dió dos tablas de piedra, llamadas las *Tablas del Testimonio*, que debian guardarse en el Arca; porque todas las demás leyes dimanan de estas diez; así como se encierran todas en los dos preceptos del amor de Dios y del prójimo, que comprenden toda la ley y los profetas, como Jesucristo lo dice en su Evangelio: *In his duobus mandatis universa lex pendet et prophetæ.* MATTH. XXII, 40.

Todo cristiano, que ha llegado al libre uso de la razon, está obligado á saber, á lo ménos en cuanto á la sustancia, los mandamientos de Dios, y de la Iglesia; porque no puede arreglar su vida como

DEBERES DE LOS HIJOS: véase HIJOS.
DEBERES DE LOS AMOS: véase AMOS.
DEBERES DE LOS CRIADOS: véase CRIADOS.
DEBERES DEL CRISTIANO: véase CRISTIANO.
DEBERES DE LA MUJER CRISTIANA: véase MUJER CRISTIANA.
DEBERES DEL PROPIO ESTADO: véase ESTADO DE VIDA Y CUIDADO DE PERFECCIONARSE EN ÉL.

DECÁLOGO.

Custodi præcepta Domini Dei tui.
Observa los preceptos del Señor Dios tuyo.
(*Deut.* v, 17.)

Esta es la advertencia que hizo Moisés á los iraelitas, cuando fué enviado por Dios para anunciarles su santa ley: Observad fielmente, les dijo, los mandamientos del Señor Dios vuestro; sus palabras y sus preceptos serán grabados en vuestros corazones; los referireis á vuestros hijos, los meditareis en vuestra casa, y cuando caminareis; de noche, en los intérvalos del sueño; á la mañana, cuando disperteis; en una palabra, os acordareis siempre de ellos, como si los tuvieseis delante de los ojos ó en las manos: *Movebuntur inter oculos tuos.* DEUT. VI, 8. Estos mismos mandamientos de la ley antigua, son los que Jesucristo ha confirmado y autorizado en la nueva; y como son el orígen de todas nuestras obligaciones, y la regla única de nuestra conducta, os los explicaré familiarmente, á fin de que cada uno pueda conocer lo que Dios exige de él para conseguir la felicidad eterna. La materia es vasta, pero os importa sumamente el estar bien instruidos en ella. Imploremos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. El Decálogo contiene los diez mandamientos, que Dios dió á los israelitas por el ministerio de Moisés; la Escritura los llama las diez palabras de la alianza que el Señor hizo con su pueblo: *Scripsit in tabulis verba fœderis decem.* EXOD. XXXIV, 28. Dió esta ley á los israelitas despues de la primera Pascua, á los cincuenta dias de su salida de Egipto, y fué publicada sobre el monte Sinaí entre rayos, truenos y relámpagos, para que el temor, dicen los intérpretes, obligase á los hombres á observarla, y conociesen lo que debian temer en la otra vida, si tenian la desgracia de quebrantarla en la presente: y fué grabada en dos tablas de piedra por el dedo del Todopoderoso, por lo cual se llamó el Decálogo: *Ley escrita.*

En la primera tabla se contenian los tres primeros mandamientos, que arreglan nuestras obligaciones para con Dios, ordenándonos, que solo le adoremos á él, que respetemos su santo nombre, y que santifiquemos el dia que consagró á su servicio.

La segunda tabla contenia los siete últimos mandamientos, que señalan nuestras obligaciones respecto del prójimo, ya en particular, y ya en general; en particular, se le debe tributar el honor que le corresponde, y esto nos prescribe el precepto de honrar á nuestros padres; en general, no se debe hacer daño á ninguno por obra, por palabra, ni por pensamiento. Se hace injuria al prójimo por obra, y esto es lo que prohibe el quinto precepto: *no matarás*; ó en la persona que le está unida por el vínculo del matrimonio, y esto es lo que prohibe el sexto: *no cometerás adulterio;* ó finalmente, en sus bienes, y esto es lo que prohibe el séptimo mandamiento: *no hurtarás:* por el octavo se prohibe hacer daño al prójimo con palabras: *no levantarás falso testimonio;* y últimamente, se prohibe el ofenderle con el pensamiento y con los deseos del corazon por estos dos preceptos: *no codiciarás la mujer de tu prójimo, ni sus bienes.* Veis aquí los diez mandamientos contenidos en el Decálogo, que son como el sumario y compendio de todas las leyes. Dios, dice S. Agustin, q. 140 IN EXOD., ordenó muchas cosas á Moisés; y no obstante, solo le dió dos tablas de piedra, llamadas las *Tablas del Testimonio*, que debian guardarse en el Arca; porque todas las demás leyes dimanan de estas diez; así como se encierran todas en los dos preceptos del amor de Dios y del prójimo, que comprenden toda la ley y los profetas, como Jesucristo lo dice en su Evangelio: *In his duobus mandatis universa lex pendet et prophetæ.* MATTH. XXII, 40.

Todo cristiano, que ha llegado al libre uso de la razon, está obligado á saber, á lo ménos en cuanto á la sustancia, los mandamientos de Dios, y de la Iglesia; porque no puede arreglar su vida como

debe, si no está instruido, á lo ménos en general, de lo que la ley de Dios le ordena y le prohibe. Por esto dice S. Cárlos en sus *Instrucciones á los confesores*, que no se debe dar la absolucion á los que no ponen el correspondiente cuidado en saber el Padre nuestro, el Credo y los mandamientos, y que se les obligue á asistir á la explicacion del catecismo hasta que aprendan todas las cosas necesarias para salvarse. Los que por ignorancia faltan contra los mandamientos, pecan regularmente. La ignorancia en que viven algunos cristianos de las obligaciones contenidas en el Decálogo, es culpable, porque es el efecto de su negligencia, y muchas veces de su mala voluntad, que se opone á las luces de Dios.

Todos los hombres que tienen uso de razon, y que son capaces de discernir lo bueno de lo malo, están obligados á guardar los mandamientos del Decálogo; y ninguno ha podido, ni podrá nunca salvarse sin guardarlos. La razon es, porque pertenecen á la ley natural, que es comun á todos los hombres, y contra la cual nunca es lícito obrar; y basta el quebrantar uno solo de estos mandamientos, para incurrir en la ira de Dios, y exponerse á la condenacion eterna, si no se hace penitencia. Esta verdad nos la explica claramente Jesucristo en la respuesta que dió á un jóven, que le preguntó lo que deberia hacer para conseguir la vida eterna: Si quieres salvarte, le dice el Salvador, guarda los mandamientos: *Si vis ad vitam in gredi, serva mandata.* MATTH. XIX, 17. ¿Y cuáles son los mandamientos que he de guardar? replicó el jóven. Los que se contienen en el Decálogo, le respondió Jesucristo.

Como alguno podria imaginarse, que nuestro Señor vino para dispensarnos de la ley dada á los judíos, declara expresamente, que no vino á destruirla, sino á perfeccionarla y cumplirla. Por esto el santo concilio de Trento pronuncia anatema contra los que digan, que el Evangelio solo nos ordena tener fe; que todo lo demás es libre é indiferente; y que los cristianos no están obligados á guardar los diez mandamientos. SESS. VI, CANT. 9. Y así, no os engañeis, hermanos, porque es un error condenado por la Iglesia el afirmar, que podemos ir al cielo sin guardar los mandamientos. Es preciso que todos los observemos con suma exactitud, si queremos ser salvos. Si consideramos los mandamientos de Dios en sí mismos, nos parecen difíciles de observar, como opuestos á las inclinaciones de la naturaleza corrompida por la culpa, que tiene mucha mayor propension á lo malo que á lo bueno; pero si los consideramos acompañados con el auxilio de la gracia, debemos decir con el discípulo amado, que los mandamientos de Dios no son gravosos: *Mandata ejus gravia non sunt*, I JOAN. V, 3; y con el mismo Jesucristo, que su yugo es suave y su carga ligera. Luego no tendremos excusa delante de Dios, si dejamos de observar su santa ley.

Nosotros, los cristianos, debemos guardarla con mayor perfeccion que los judíos. MATTH. V, 20. Si vuestra justicia, nos dice Cristo, no es más llena y abundante que la de los escribas y fariseos, no entrareis en el reino de los cielos. Los judíos no penetraban el espíritu de la ley, y se contentaban con reformar lo exterior, descuidando lo interior. Para impedir que incurramos en el mismo defecto, quiso el Salvador explicarnos por sí mismo los mandamientos, y romper el velo que nos estorbaba penetrar su verdadero sentido. No basta, dice, que ameis á vuestros amigos, es preciso, además, que ameis á vuestros enemigos, que hagais bien á los que os hacen mal, y que oreis por los que os persiguen y calumnian. No basta el no matar, sino que es preciso que reprimais la ira. No basta no cometer adulterio, sino que es preciso no desearlo con el pensamiento ni la voluntad. No basta evitar el perjurio, sino que es preciso abstenerse de jurar. No basta practicar buenas obras, sino que es preciso hacerlas con recta intencion, y con el fin de agradar á Dios y no á los hombres. No basta evitar el pecado, sino que es preciso huir de la ocasion, y cortar todo lo que pueda ser motivo de escándalo, hacerse violencia, caminar por la senda estrecha. Otro defecto muy comun entre los judíos era el que ellos guardaban la ley de Dios por espíritu de temor, como los esclavos, que solo obran por el miedo de la pena y del castigo. Pero nosotros que somos hijos de Dios, y que hemos recibido el espíritu de adopcion, como dice S. Pablo, debemos observar la ley de Dios por el motivo de su amor. Pero ¿tenemos cuidado de cumplirla así? ¿Amamos á Dios? ¿Le obedecemos por amor como los hijos deben obedecer á sus padres?

2. Dios promete á los que guarden fielmente sus mandamientos, galardonarlos abundantemente: *In custodiendis illis retributio multa*, PSALM. XVIII, 12: dice el rey profeta. Si sois fieles en guardar la ley del Señor, os colmará de bienes y derramará sobre vosotros sus santas bendiciones, dijo Moisés á los israelitas: *Abundare te faciet Dominus omnibus bonis.* DEUTER. XXVIII, 11. Con la observancia de la ley ganamos la amistad de Dios. ¿Qué no se hace para conseguir la amistad de un príncipe, ó de un hombre rico y poderoso? ¿Y qué es lo que vale esta amistad de un hombre, comparada con la de Dios? No obstante, Jesucristo asegura, que si hacemos lo que nos manda, seremos sus amigos y confidentes. JOAN. XV, 14. ¿Qué no debemos hacer para conseguir tan grande honra? Para colmo de nuestra feli-

cidad promete el Señor al que guarde su ley, que se le manifestará y le hará contemplar su gloria por toda la eternidad: *Et manifestabo ei meipsum.* JOAN. XIV, 21.

¡Cuánta impresion debe hacer en nosotros la consideracion de tantas ventajas como hallamos en guardar la ley de Dios! Y sin embargo, ¿quién es el que piensa en esto? Un príncipe nos manda, y muchas veces injustamente, y temblamos. Dios nos manda cosas las más justas y útiles, y no tememos desobedecerle. Todo lo que se puede amar en la tierra, nada es en comparacion de esta santa ley; y no obstante, ¿cómo la tratamos? Demos una ojeada por las familias, por las tiendas de los mercaderes, por los tribunales de justicia, etc., y veremos, que casi en todas partes es quebrantada esta ley: por cosas de muy poco valor, se burlan, se rien y hacen juguete de ella. ¡Oh gran Dios! ¿dónde estamos? No son ya los infieles, sino los cristianos, que se llaman hijos vuestros, los que han pisado vuestra ley: los cristianos que prometieron tan solemnemente observarla. ¿Cuántas veces, amados hermanos, habeis faltado á vuestra promesa? Pensad en esto y humillaos, pedid perdon á Dios.

Y atended seriamente estas palabras con que el Sábio concluye su libro del Eclesiástico: *Deum time et mandata ejus observa, hoc est enim omnis homo.* ECCLI. XII, 13. Temed á Dios, y observad sus mandamientos, y esto es todo el hombre. Si esto es todo el hombre, se infiere, que todo lo demás es nada. Por más riqueza que junteis, si no habeis observado la ley de vuestro Dios, todo esto, de nada os servirá. Pedid á Dios que os conceda la gracia de penetrar á fondo esta importante verdad. No basta que sepais de memoria los mandamientos, y que los reciteis cada dia, sino que es preciso, que pidais á Dios la inteligencia de ellos, para que comprendais lo que os manda, y lo que os prohibe. Repasadlos á menudo, y haced que, á ejemplo de los santos, sean el asunto ordinario de vuestras meditaciones. Pero, sobre todo, formad un eficaz propósito de no quebrantarlos jamás. Sí, Dios mio, yo prometo de nuevo á presencia de estos santos altares, obedecer vuestros mandamientos, y no traspasaré vuestra santa ley, aunque me importára el ganar todo el mundo, y aunque pusiese á riesgo mis bienes, mi honra y aún mi vida. Yo procuraré siempre cumplir vuestra santa voluntad, para merecer el premio que nos teneis preparado en el cielo.

Véase: MANDAMIENTOS DE LA LEY DE DIOS, y LEY DE DIOS.

DEDICACION DE UN TEMPLO.

Quam terribilis est locus iste, non est hic aliud, nisi domus Dei et porta cœli!

¡Cuán terrible es este lugar! Verdaderamente esta es la casa de Dios y la puerta del cielo.

(*Gen.* XXVIII, 17.)

Tales eran los justos sentimientos de respeto y amor de que estaba penetrado el virtuoso Jacob, por la majestad del lugar en que el Señor se le habia aparecido, y tales son tambien los que deberian animarnos á nosotros cada vez que entramos en nuestros templos, donde reside el mismo Dios. Sin duda llena él la tierra y el cielo con su inmensidad; sin duda debemos amar y temer su santa presencia en todas partes; pero ¿quién no sabe tambien, que él siempre ha escogido lugares que se ha complacido en habitar con preferencia á otros, y en los cuales se ha hecho sentir la accion de su divina presencia? En los sagrados libros leemos, que le agradaba aparecerse á nuestros primeros padres, y platicar familiarmente con ellos en los dias en que, enriquecidos con todos los tesoros de la inocencia, moraban en el paraíso terrenal. La Escritura Sagrada nos enseña, que él se mostró á los hombres despues que hubieron pecado, para endulzar la amargura de su destierro con el beneficio de su presencia. Tambien se apareció á los santos patriarcas, y á Moisés, á quien escogió para que libertase á su pueblo. Mas tarde, se hizo erigir un tabernáculo entre los hijos de Israel. Puestos los israelitas en posesion de la tierra prometida, cesaron de habitar las tiendas, y se construyeron moradas más sólidas: el Señor quiso entónces tener tambien la suya. David recibió la mision de allegar á toda costa los ricos materiales que habian de servir para la construccion del edificio. El gran Salomon estuvo encargado de presidir su ereccion; y cuando siete años de trabajos y esfuerzos lo hubieron perfeccionado, y

cidad promete el Señor al que guarde su ley, que se le manifestará y le hará contemplar su gloria por toda la eternidad: *Et manifestabo ei meipsum.* JOAN. XIV, 21.

¡Cuánta impresion debe hacer en nosotros la consideracion de tantas ventajas como hallamos en guardar la ley de Dios! Y sin embargo, ¿quién es el que piensa en esto? Un príncipe nos manda, y muchas veces injustamente, y temblamos. Dios nos manda cosas las más justas y útiles, y no tememos desobedecerle. Todo lo que se puede amar en la tierra, nada es en comparacion de esta santa ley; y no obstante, ¿cómo la tratamos? Demos una ojeada por las familias, por las tiendas de los mercaderes, por los tribunales de justicia, etc., y veremos, que casi en todas partes es quebrantada esta ley: por cosas de muy poco valor, se burlan, se rien y hacen juguete de ella. ¡Oh gran Dios! ¿dónde estamos? No son ya los infieles, sino los cristianos, que se llaman hijos vuestros, los que han pisado vuestra ley: los cristianos que prometieron tan solemnemente observarla. ¿Cuántas veces, amados hermanos, habeis faltado á vuestra promesa? Pensad en esto y humillaos, pedid perdon á Dios.

Y atended seriamente estas palabras con que el Sábio concluye su libro del Eclesiástico: *Deum time et mandata ejus observa, hoc est enim omnis homo.* ECCLI. XII, 13. Temed á Dios, y observad sus mandamientos, y esto es todo el hombre. Si esto es todo el hombre, se infiere, que todo lo demás es nada. Por más riqueza que junteis, si no habeis observado la ley de vuestro Dios, todo esto, de nada os servirá. Pedid á Dios que os conceda la gracia de penetrar á fondo esta importante verdad. No basta que sepais de memoria los mandamientos, y que los reciteis cada dia, sino que es preciso, que pidais á Dios la inteligencia de ellos, para que comprendais lo que os manda, y lo que os prohibe. Repasadlos á menudo, y haced que, á ejemplo de los santos, sean el asunto ordinario de vuestras meditaciones. Pero, sobre todo, formad un eficaz propósito de no quebrantarlos jamás. Sí, Dios mio, yo prometo de nuevo á presencia de estos santos altares, obedecer vuestros mandamientos, y no traspasaré vuestra santa ley, aunque me importára el ganar todo el mundo, y aunque pusiese á riesgo mis bienes, mi honra y aún mi vida. Yo procuraré siempre cumplir vuestra santa voluntad, para merecer el premio que nos teneis preparado en el cielo.

Véase: MANDAMIENTOS DE LA LEY DE DIOS, y LEY DE DIOS.

DEDICACION DE UN TEMPLO.

Quam terribilis est locus iste, non est hic aliud, nisi domus Dei et porta cœli!

¡Cuán terrible es este lugar! Verdaderamente esta es la casa de Dios y la puerta del cielo.

(*Gen.* XXVIII, 17.)

Tales eran los justos sentimientos de respeto y amor de que estaba penetrado el virtuoso Jacob, por la majestad del lugar en que el Señor se le habia aparecido, y tales son tambien los que deberian animarnos á nosotros cada vez que entramos en nuestros templos, donde reside el mismo Dios. Sin duda llena él la tierra y el cielo con su inmensidad; sin duda debemos amar y temer su santa presencia en todas partes; pero ¿quién no sabe tambien, que él siempre ha escogido lugares que se ha complacido en habitar con preferencia á otros, y en los cuales se ha hecho sentir la accion de su divina presencia? En los sagrados libros leemos, que le agradaba aparecerse á nuestros primeros padres, y platicar familiarmente con ellos en los dias en que, enriquecidos con todos los tesoros de la inocencia, moraban en el paraíso terrenal. La Escritura Sagrada nos enseña, que él se mostró á los hombres despues que hubieron pecado, para endulzar la amargura de su destierro con el beneficio de su presencia. Tambien se apareció á los santos patriarcas, y á Moisés, á quien escogió para que libertase á su pueblo. Mas tarde, se hizo erigir un tabernáculo entre los hijos de Israel. Puestos los israelitas en posesion de la tierra prometida, cesaron de habitar las tiendas, y se construyeron moradas más sólidas: el Señor quiso entónces tener tambien la suya. David recibió la mision de allegar á toda costa los ricos materiales que habian de servir para la construccion del edificio. El gran Salomon estuvo encargado de presidir su ereccion; y cuando siete años de trabajos y esfuerzos lo hubieron perfeccionado, y

constituido una de las maravillas del mundo, hizo su dedicacion al Eterno con numerosos sacrificios, y el Señor mostró que esta habitacion le placia, haciendo sentir en ella la accion de su presencia con admirables prodigios, hasta que, cansado de las harto largas iniquidades de su pueblo, lo abandonó, en fin, para elegir otro pueblo y otros templos. El pueblo privilegiado, que ha reemplazado al pueblo antiguo, somos nosotros; y nuestros templos, en que él realmente reside, há tiempo que han sustituido al templo de Jerusalen, que el Señor apenas habitaba á no ser en figura. Basta lo dicho para conocer, cuán dignos son de profundo respeto y de tierno amor; mas como la irreverencia y la frialdad usurpan con mucha frecuencia el lugar de los nobles sentimientos, no será inoportuno, á lo que creo, despertarlos en vuestra alma. Nuestros templos, son casas de oracion y residencia de Jesucristo; y, por lo mismo, son dignos de nuestro respeto. Son para nosotros la fuente de las más preciosas mercedes; merecen, pues todo nuestro amor. Estos son los dos puntos que me propongo explanar. Imploremos ántes, etc. A. M.

1. El Señor habia querido en la ley antigua, que su templo y los objetos materiales que debian servir para su culto, se distinguiesen de los objetos comunes y de los lugares ordinarios; y que, una vez apropiados á su uso, fuesen objeto de la veneracion de todos. Habia querido que se establecieran oraciones particulares y ceremonias especiales para consagrar, santificar y bendecir cuanto debia contribuir al honor de su culto y á la gloria de su nombre. Así es, que manda á Moisés, que construya una arca, erija un altar en su honor, y le levante una tienda en el desierto; dócil á las prescripciones que del Señor ha recibido, Moisés consagra á su gloria el tabernáculo, el arca de la alianza, y todos los objetos destinados á su uso, sin exceptuar las vestiduras de los sacerdotes y sus personas, por medio de oraciones acompañadas de santas unciones y de la aspersion del agua de las víctimas, que al efecto inmola; y separados estos objetos de las cosas profanas por la consagracion que han recibido, y por el noble destino que se les ha dado, ¡desgraciado del que se olvide del respeto que les debe, del que ponga en ellos una mirada indiscreta ó una mano temeraria! El más riguroso castigo seguirá inmediatamente á su ofensa. Los culpables hijos del sumo sacerdote Helí, los habitantes de Betsames, el temerario Oza, el sacrílego Baltasar, el impío Heliodoro, y otros muchos, nos ofrecen de ello tristísimos ejemplos. Si pues el Señor exigia tanto respeto por todo lo que pertenecia al culto del judío, que, á lo más, era una figura del nuestro, y por su templo, que no contenia más que la sombra de lo que en realidad poseen nuestras iglesias; ¿no deben exigir éstas un respeto más profundo, ya que han sido santificadas por nuestras más fervientes oraciones, purificadas por el agua de salud, y consagradas, así por las santas unciones, como por el signo augusto de nuestra redencion?

Por otra parte, consagradas las iglesias á Dios y á su gloria, son casas de oracion, y dignas, por esto, de todos nuestros respetos. ¿Por qué, pues, en nuestros dias, hay tantos hombres, que, dándose aún el nombre de cristianos, profanan tan á menudo nuestras iglesias, faltando al respeto que les deben, cuando vienen á ellas en ciertas festividades, en ciertas circunstancias, atraidos por la sola curiosidad, con el intento de ver ó ser vistos, ó con el único objeto de llenar ciertas formalidades mundanas, y de ningun modo para tributar homenaje á Dios y para orar?

El Evangelio nos enseña, que Jesucristo, al entrar un dia en el templo de Jerusalen, vió á unos hombres, que traficaban con las cosas indispensables á los sacrificios, y que, devorado de un santo celo por la gloria de Dios, ofendido, él, la misericordia encarnada, él, la bondad por excelencia, cogió una cuerda, y se sirvió de ella como de un látigo para arrojar del templo á los compradores y vendedores diciéndoles: Escrito está: Mi casa será llamada casa de oracion: más vosotros la teneis hecha una cueva de ladrones. Matth. xxi, 13. ¿Qué hubiera pues dicho, hermanos mios, si hubiese visto, como á veces vemos nosotros, convertidas nuestras iglesias en otros tantos teatros, en que muchos supuestos cristianos entran en escena, y presentan al público la ligereza de sus pasos, la inconveniencia de su continente, y la inmodestia de sus adornos, cuando la Iglesia, por ejemplo, admite al santo bautismo á los recien nacidos que ellos la presentan, cuando ella bendice su union ó derrama sus lágrimas y sus últimas oraciones sobre los restos mortales de sus amigos y parientes ántes de confiarles en depósito á la tierra? ¿Qué habria dicho, si les hubiese visto, como frecuentemente les vemos, estarse con ménos reserva y prudencia en medio de nuestras reuniones cristianas y de nuestras iglesias, de la que mostrarian en el seno de las asambleas profanas y de los lugares ordinarios, desdeñándose de doblar la rodilla ante el Dios, que adoran los demás fieles, insultando su fe con los aires de altivez y de impiedad sarcástica que afectan, turbando, á veces, el recogimiento del lugar santo, el órden y la gravedad de las ceremonias, con sus conversaciones extemporáneas y con sus risas intempestivas; en una palabra, ocupándose en todo ménos en orar? Si, lo que no

quiera Dios y estoy léjos de pensar; si entre los que me escuchan se encontrase por casualidad uno de esos hombres á que me refiero, le diria: Santificadas por la oracion y consagradas por las santas unciones, no introduzcas en nuestras iglesias la abominacion de la desolacion con tus escándalos; ellas son casas de oracion: ven siempre á ellas para entregarte á la oracion, más nunca para turbar esta santa práctica; su consagracion te impone el deber de respetarlas, y la presencia de Dios, tres veces santo, que las habita, te lo impone aún más rigurosamente.

En efecto; ¿qué hay dentro de nuestras iglesias, en nuestros santos tabernáculos sino el Eterno, el Hijo de Dios, Jesucristo en persona? Por consiguiente, son dignas de todo vuestro respeto. En otro tiempo, huyendo Jacob de la cólera de su hermano Esaú, y pasando á Bethel, vió en sueños una escala misteriosa, cuya cima tocaba en el cielo y cuyo pié estaba en la tierra; vió á los ángeles que bajaban y subian para llevar á Dios las tiernas súplicas de los hombres, y para traer á los hombres los beneficios del Señor, y exclamó aterrado al despertar: Verdaderamente que el Señor habita en este lugar. ¡Cuán terrible es este lugar! Gen. xxviii, 16 et 17. Y adoró á Dios con santo espanto. Moisés, en el monte de Horeb, apenas vió una zarza que ardia sin consumirse, penetrado de religioso pavor, iba á acercarse para contemplar mejor la maravilla, cuando oyó una voz celestial que le ordenó quitarse el calzado, imágen de las afecciones terrenas, porque aquel lugar era santo, y Moisés se acercó en seguida temblando. El gran Salomon levanta en Jerusalen un templo al Señor para conformarse con su santa voluntad; el sumo sacerdote penetrará solamente una vez al año en su santuario, y aún habrá de prepararse para esta accion temible con toda suerte de expiaciones, habrá de llevar en sus manos la sangre de las víctimas inmoladas para hacerse propicio al Señor, y será preciso que una nube de incienso oculte á sus miradas el arca santa. Si pues tal era el respeto que la santa presencia del Señor imponia en aquellos tiempos por los lugares que él habia señalado con su paso; si el templo de Jerusalen; donde el Señor pronunciaba sus oráculos, exigia tal respeto al judío, ¿qué mayor respeto, qué mayor veneracion no nos exigen, á nosotros cristianos, los templos en que reside nuestro Dios?

Y sin embargo, al ver el comportamiento de tantos cristianos en nuestras iglesias, estamos para preguntarnos ¿en dónde está su Dios? En efecto, los unos se presentan con un aire petulante y de grandeza, que sienta muy mal á su bajeza, y contrasta ofensivamente con el estado habitual del divino huésped que lo habita; los otros vienen con

todo el pomposo boato de las vanidades mundanas; éstos entran, las más de las veces, acompañados del demonio de la disipacion y de la liviandad, para charlar y reir, y para disimular muy mal, por más que hagan, con prestada alegría, los remordimientos secretos y harto reales que roen su corazon; aquéllos, en fin, manifiestan tanta dejadez, que parece que llaman al sueño para librarse del fastidio.

Vosotros, fieles que me escuchais, no os acerqueis nunca al templo sino con un sentimiento de profundo respeto mezclado con una dulce confianza. Presida la fe todos vuestros pensamientos, rija todas vuestras palabras y vuestros menores pasos miéntras estais dentro, y os mantenga así en humildad profunda como en santo recogimiento; y no dudeis de que al Señor le serán gratas vuestras adoraciones y plegarias; de que vuestra presencia constituirá aquí la alegria de la religion, el consuelo de sus ministros, y la edificacion de los verdaderos fieles; ella será como una predicacion muda, pero más que la mia elocuente, que recordará á los que lo olviden, el respeto que deben á nuestras iglesias, dignas además de todo nuestro amor.

2. Si nuestras iglesias consagradas por las santas unciones y santificadas por la oracion, convertidas tambien en casas de oracion, y el augusto santuario en que reside Jesucristo, son dignas de nuestro mayor respeto, fundadas por la piedad de nuestros padres y fuentes para nosotros de las gracias más preciosas, merecen tambien todo nuestro amor. En efecto; ¿no fué la piedad de nuestros padres la que, en siglos más fervorosos y más creyentes que el nuestro, cubrió el suelo de nuestra hermosa patria con monumentos religiosos de todas órdenes y clases, que manifiestan todavía la grandeza de su fe, la viveza de su amor á los siglos venideros? ¿No fué ella la que erigió en todas partes, y hasta en los villorrios más apartados de nuestros pobres campos, esos templos tan modestos, y á veces tan nobles, de elegante sencillez, en que el Dios del pesebre y del Calvario, el Dios de los pobres y de los pequeños, descansa felizmente bajo un techo humilde, en el seno de nuestras poblaciones más agrestes; dónde todas sus delicias, como él mismo dice, es estar con los hijos de los hombres? ¿No fué asimismo la piedad de nuestros padres, la que levantó en el seno de nuestras populosas ciudades esos templos majestuosos, esas soberbias basílicas, que constituyen la justa admiracion del erudito y del sábio, y el muy legítimo orgullo de sus habitantes? ¿No fué ella la que enriqueció nuestras iglesias con un gran número de misteriosos emblemas, que hablan tanto al espíritu natural del hombre, que vive de la fe, como al genio del sábio arqueólogo, y que conmueven á veces el corazon de los más indiferentes

hasta lo más profundo de sus entrañas? ¿No fué ella, en fin, la que reunió en su recinto las obras maestras de escultura y pintura que las embellecen, las expléndidas vidrieras pintadas que las adornan, y esos mármoles raros que las decoran? Nuestros padres no creian hacer demasiado para el Dios infinitamente bueno, que, dichosísimo en el cielo, y justo apreciador de las sublimes adoraciones que le rinden sus ángeles, mira, sin embargo, con agrado, los humildes homenajes que los hombres le tributan en los templos, que ellos han erigido en honor suyo, y que él se digna habitar. Justamente agradecidos, se le veia rivalizar en celo, al rico como al pobre, al pechero como al señor, al hijo del pueblo como al hijo de los reyes, para la ereccion de templos, el primero por sus larguezas, el segundo por sus trabajos, éste pagando con su persona, aquél remunerando al obrero con sus bienes, y estotro, en fin, empleando su genio poderoso ó su saludable influjo. Y así es como el mundo ha adquirido todos estos monumentos religiosos, que formaban la delicia de nuestros padres, y de los cuales se envanece á lo ménos nuestro siglo. ¿Con qué afecto no debemos mirarlos? Además, ¿no es en su recinto donde fuimos hechos cristianos, hijos de Dios, herederos de su reino, coherederos de Jesucristo; donde nuestros ojos se abrieron á las luces más puras de la fe y nuestros corazones á las más tiernas inspiraciones de su gracia? Y ¿qué nos predican todos los objetos que ellos nos ofrecen á la vista, sino el amor inmenso que Dios nos profesa? ¿Qué recuerdan á nuestros corazones las fuentes bautismales, el sagrado púlpito, el altar, la mesa, los augustos tribunales de la reconciliacion, sino todas las maravillas que un Dios ha obrado en favor nuestro y las que su ternura todavía nos reserva?

La Iglesia, que tantas veces ha sido testigo de vuestros goces, lo fué tambien de vuestros más atroces dolores; y á fuer de buena y tierna madre, se ha asociado presurosa á ellos, en los dias, por ejemplo, en que la implacable muerte os arrebataba un padre, una madre, un hijo querido, una esposa tiernamente amada. Ella se vestia de luto como vosotros, invitando á sus hijos con su voz grave, que resuena por los aires, á venir á mezclar sus lágrimas y oraciones á las oraciones y lágrimas, que derramabais sobre el féretro de aquellos á quiénes habiais perdido; y cuando la muerte os haya arrebatado tambien á vosotros, recibirá vuestros despojos en su seno, y ofrecerá por vosotros á Dios su sacrificio y sus oraciones, para asistir á vuestra alma, y asegurarla lo más pronto posible la posesion del cielo. Ya veis pues, hermanos mios, cuan digna es esta santa iglesia de todo vuestro agradecimiento y amor. De suerte, que si, lo que no

quiera Dios, llegaseis un dia á olvidarlo, el altar, el púlpito, las fuentes bautismales, los tribunales de la penitencia, y hasta las piedras de este templo, se levantarian contra vosotros para acusaros ante el tribunal de Dios y condenaros para siempre.

Pero léjos de ser así con respecto á uno solo de nosotros, todos la manifestaremos contínuamente el respeto y amor que la son debidos; todos querremos frecuentarla y visitar asíduamente al divino huésped que la habita: todos vendremos fiel y puntualmente los domingos y fiestas de guardar para cumplir el santo precepto del Señor, y dispuestos á sufrirlo todo, á ejemplo de los primeros fieles, antes que faltar al mismo. Sí, santa Iglesia de Dios, fuente y causa de toda nuestra alegría; pegada quede al paladar la lengua nuestra, seca quede nuestra mano diestra, si no nos acordáremos de tí; y si estos piadosos sentimientos son siempre los de nuestras almas, saldremos siempre de tu recinto mejores de lo que hayamos entrado; saldremos llenos de fe, de amor y de esperanza, y tu serás para nosotros como la puerta que conduce á la mansion eterna.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Vere Dominus est in loco isto... Quam terribilis est locus iste! Non est hic aliud nisi domus Dei, et porta cœli. GEN. XXVIII, 16 ET 17.

Verdaderamente que el Señor habita en este lugar... ¡Cuán terrible es este lugar! Verdaderamente esta es la casa de Dios y la puerta del cielo.

Solve calceamenta de pedibus tuis; locus enim in quo stas, terra sancta est. EXOD. III, 5.

Quítate el calzado de los piés, porque la tierra que pisas es santa.

Si cœlum et cœli cœlorum te capere non possunt, quanto magis domus hæc quam ædificavi? III REG. VIII, 27.

Si los cielos, oh Señor, si ni los altísimos cielos no pueden abarcarte ¿cuánto ménos esta casa que yo he fabricado?

Santificavi domum hanc quam ædificasti, ut ponerem nomen meum ibi in sempiternum, et erunt oculi mei et cor meum ibi cunctis diebus. IDEM. IX, 3.

He santificado esta casa que me has edificado, á fin de que permanezca en ella mi nombre para siempre; y en todo tiempo mis ojos y mi corazon estarán fijos sobre este lugar.

Oculi mei erunt aperti, et

Mis ojos estarán abiertos y

aures meæ erectæ, ad orationem eorum, qui in loco isto orabunt. II PARALIP. VII, 15.

atentos mis oidos á la oracion del que me invocará en este lugar.

Introibo in domum tuam, adorabo ad templum sanctum tuum in timore tuo. PSALM. V, 8.

Entraré en tu casa, y poseido de tu *santo* temor, doblaré mis rodillas ante tu santo templo.

Domine, dilexi decorem domus tuæ, et locum habitationis gloriæ tuæ. PSALM. XXV, 8.

Señor, yo he amado el decoro de tu casa, y el lugar donde reside tu gloria.

Zelus domus tuæ comedit me. PSALM. LXVIII, 10.

El celo de tu casa me devoró.

Quam dilecta tabernacula tua, Domine virtutum! concupiscit et deficit anima mea in atria Domini. PSALM. LXXXIII, 2.

¡Oh cuán amables son tus moradas, Señor de los ejércitos! mi alma suspira y padece deliquios *ansiando estar* en los atrios del Señor.

Domum tuam decet sanctitudo, Domine, in longitudinem dierum. PSALM. LXLII, 5.

La santidad debe ser, Señor, el ornamento de tu casa por la serie de los siglos.

Intravit Jesus in templum Dei, et ejiciebat omnes vendentes et ementes in illo... et dicit eis: Scriptum est: Domus mea domus orationis vocabitur; vos autem fecistis illam speluncam latronum. MATTH. XVI, 12, 13.

Habiendo entrado Jesus en el templo de Dios, echó fuera de él á todos los que vendian y compraban... y les dijo: Escrito está: Mi casa será llamada casa de oracion; más vosotros la teneis hecha una cueva de ladrones.

Et cum fecisset quasi flagellum de funiculis, omnes ejecit de templo. JOAN. II, 15.

Y habiendo formado de cuerdas como un azote, los echó á todos del templo.

Si quis autem templum Dei violaverit, disperdet illum Deus. Templum enim Dei sanctum est, quod estis vos. I COR. III, 17.

Pues si alguno profanáre el templo de Dios, perderle há Dios á él, porque el templo de Dios, que sois vosotros, santo es.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

La Iglesia en la dedicacion ó consagracion de sus templos tomó el ejemplo del gran patriarca Jacob, el cual en muestra de respeto por la vision de aquella misteriosa escalera, por la que subian ángeles del Señor, erigió en monumento aquella piedra, que le habia servido de cabecera, y derramó aceite sobre ella. GEN. XVIII.

En el templo no todos deben servir como ministros de Dios, segun pretenden los protestantes; y por esto llamamos intruso y sacrílego al que se arroga el sagrado ministerio, sin haber sido llamado de Dios y consagrado por los legítimos pastores. Dios tambien fulmina sus rayos contra esos usurpadores osados y sacrílegos, como lo vemos en Coré, Datan y Abiron, quienes, por su atrevido proyecto de ofrecer incienso á Dios en el santuario, sin ser llamados ni ungidos, fueron tragados horrorosamente por la tierra, que se hundió debajo sus piés. NÚM. CAP. XVI.

Aún los que están destinados al servicio de Dios deben administrar con el más profundo respeto lo que es propio solamente de su respectivo ministerio; pues toda intrusion merece el castigo de Dios. Así sucedió al incauto Oza, que llevado de una buena intencion, quiso aplicar su mano al arca para que no bambolease sobre el carro donde iba colocada; pero no era sacerdote, y el Señor, en pena de su atrevimiento, le castigó con una muerte repentina. I PARALIP. XIII.

Véase tambien el castigo que experimentó el impío rey Baltasar en aquel célebre festin, último de su vida, en el que hizo traer los vasos sagrados que se habia llevado del templo de Jerusalen, para profanarlos con sus concubinas: este castigo nos manifiesta el respeto que debemos tener, no solo á la casa de Dios, sino tambien á todo lo que está consagrado á su culto. DANIEL. V.

Tambien debemos mencionar el castigo horrible con que fué vengado el Templo santo de la profanacion de Heliodoro. II MACHAB. III.

Jesucristo, como Mesías, reformador de la Iglesia antigua y fundador de la nueva ley de gracia, con su conducta, pone el sello á la ley, que amenaza con horribles castigos á los profanadores de la casa de Dios, arrojándoles, azote en mano, del atrio del templo como á profanadores del lugar santo. JOANN. II.

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Ecclesia non est officina forensis, sed locus angelorum, regia cœli, cœlum ipsum. S. CHRISOST. IN EP. 1 AD COR.

La iglesia no es una oficina forense, sino un lugar de ángeles, la corte del cielo, el cielo mismo.

Habes ecclesiam, sacrificium quod perficitur, patrum orationes, habes Spiritus Sancti domum, martyrum memorias, sanctorum congregationem, multaque alia,

Tienes la dicha de poseer junto con la iglesia el augusto sacrificio que allí se celebra, y las oraciones de tus padres espirituales; tienes allí la morada del Espíritu

quæ possunt te à peccatis ad justitiam revocare. IDEM. HOM. LXIX.

Santo, el recuerdo de los mártires, la reunion de los fieles y varias ventajas que pueden llevarte del vicio á la virtud.

Tunc primis Ecclesiæ temporibus domus erant ecclesiæ; nunc ecclesia est domus, vel potius quavis domo deterior. IDEM, IBID.

En los tiempos primitivos, las casas de los fieles eran como iglesias; ahora la iglesia es como una casa, y quizá peor, que cualquier casa particular.

Stat sacerdos Deo offerens orationem cunctorum, tu autem rides? Nihil times? Non contremiscis? IDEM, HOM. 15 IN EP. AD HEBR.

El sacerdote está ofreciendo á Dios las oraciones de todos los fieles, ¿y tú entretanto ries? ¿Nada temes? ¿Y no tiemblas de miedo?

Hinc et illud quoque accedat, ut omnium pene mentium insitum sit, naturaliterque persuasum quæ Deo semel dedicata sunt, ea neque profanari, neque ulla hominum insolentia, Deo obtinente, posse attingi. Quo enim pacto fieri queat, ut ea polluantur, quæ suapte natura semper sunt munda, cæteraque emundant omnia? CONCIL. EPHES. L. V, 21.

Procúrese tambien inculcar en los ánimos de todos, y persuadirles por medio de la razon, de que, con el auxilio de Dios, no ha de llegarse jamás á profanar por ningun acto de irreverencia los objetos que una vez fueron consagrados á Dios. Porque ¿cómo podria tolerarse la profanacion de los objetos, que de sí son santos y eficaces para santificar á todos los demás?

Noluit Christus in domo sua terrenæ negotiationis opus... quid ergo putamus faceret Dominus si rixis dissidentes, si fabulis vacantes, si risu dissolutos reperiret? BEDA IN CAP. 2 JOANN.

Cristo no quiso tolerar en su templo negociaciones terrenas... Pues ¿qué hubiera hecho si hubiese encontrado allí hombres que reñian, ó que estaban en conversacion, ó se estaban riendo?

Véase: BENDICION DE IGLESIA, y BENDICION DE LA PRIMERA PIEDRA DE FÁBRICA DE UNA IGLESIA.

DEFECTOS.

Omne, quod est in mundo, concupiscentia carnis est, et concupiscentia oculorum, et superbia vitæ.

Todo lo que hay en el mundo, es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos, y soberbia de la vida.

(*I Joan.* XI, 16.)

Jesucristo, en una de las admirables parábolas de que se servia para instruir al pueblo, compara el reino de los cielos á un hombre, que sembró buena simiente en su campo; y dice, que al tiempo de dormir los hombres, vino cierto enemigo suyo y sembró cizaña en medio del trigo. En esta parábola tenemos la historia de lo que sucede en toda sociedad cristiana. Dios siembra la buena simiente en abundancia; pero miéntras uno se entrega al descanso, viene el enemigo, y siembra la cizaña en medio del trigo. Despues, cuando el trigo está ya en yerba y apunta la espiga, descúbrese la cizaña; y los criados del padre de familia acuden á él, y le preguntan si quiere que arranquen este fruto de maldicion: *Vis imus, et colligimus ea?... Non: ne forte, colligentes zizania cradicetis simul cum eis et triticum.* No, les contesta el padre de familia, porque no suceda que arrancando la cizaña, arranqueis juntamente con ella el trigo. Sin embargo, no se debe inferir de esta respuesta, que se han de dejar en el alma los defectos, que germinan en ella; sino que, para arrancarlos, es necesaria la prudencia. La necesidad de extirpar estos malos gérmenes, se deduce claramente de las siguientes terribles palabras del padre de familia: «Al tiempo de la siega yo diré á los segadores: coged primero la cizaña, haced gavillas de ella para el fuego.» La salvacion eterna de nuestras almas depende, pues, de la extirpacion de sus defectos: y es de la más alta importancia, conocer cuales son los defectos, que en ella han echado hondas raices. Creo,

quæ possunt te à peccatis ad justitiam revocare. IDEM. HOM. LXIX.

Santo, el recuerdo de los mártires, la reunion de los fieles y varias ventajas que pueden llevarte del vicio á la virtud.

Tunc primis Ecclesiæ temporibus domus erant ecclesiæ; nunc ecclesia est domus, vel potius quavis domo deterior. IDEM, IBID.

En los tiempos primitivos, las casas de los fieles eran como iglesias; ahora la iglesia es como una casa, y quizá peor, que cualquier casa particular.

Stat sacerdos Deo offerens orationem cunctorum, tu autem rides? Nihil times? Non contremiscis? IDEM, HOM. 15 IN EP. AD HEBR.

El sacerdote está ofreciendo á Dios las oraciones de todos los fieles, ¿y tú entretanto ries? ¿Nada temes? ¿Y no tiemblas de miedo?

Hinc et illud quoque accedat, ut omnium pene mentium insitum sit, naturaliterque persuasum quæ Deo semel dedicata sunt, ea neque profanari, neque ulla hominum insolentia, Deo obtinente, posse attingi. Quo enim pacto fieri queat, ut ea polluantur, quæ suapte natura semper sunt munda, cæteraque emundant omnia? CONCIL. EPHES. L. V, 21.

Procúrese tambien inculcar en los ánimos de todos, y persuadirles por medio de la razon, de que, con el auxilio de Dios, no ha de llegarse jamás á profanar por ningun acto de irreverencia los objetos que una vez fueron consagrados á Dios. Porque ¿cómo podria tolerarse la profanacion de los objetos, que de sí son santos y eficaces para santificar á todos los demás?

Noluit Christus in domo sua terrenæ negotiationis opus... quid ergo putamus faceret Dominus si rixis dissidentes, si fabulis vacantes, si risu dissolutos reperiret? BEDA IN CAP. 2 JOANN.

Cristo no quiso tolerar en su templo negociaciones terrenas... Pues ¿qué hubiera hecho si hubiese encontrado allí hombres que reñian, ó que estaban en conversacion, ó se estaban riendo?

Véase: BENDICION DE IGLESIA, y BENDICION DE LA PRIMERA PIEDRA DE FÁBRICA DE UNA IGLESIA.

DEFECTOS.

Omne, quod est in mundo, concupiscentia carnis est, et concupiscentia oculorum, et superbia vitæ.

Todo lo que hay en el mundo, es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos, y soberbia de la vida.

(*I Joan.* XI, 16.)

Jesucristo, en una de las admirables parábolas de que se servia para instruir al pueblo, compara el reino de los cielos á un hombre, que sembró buena simiente en su campo; y dice, que al tiempo de dormir los hombres, vino cierto enemigo suyo y sembró cizaña en medio del trigo. En esta parábola tenemos la historia de lo que sucede en toda sociedad cristiana. Dios siembra la buena simiente en abundancia; pero miéntras uno se entrega al descanso, viene el enemigo, y siembra la cizaña en medio del trigo. Despues, cuando el trigo está ya en yerba y apunta la espiga, descúbrese la cizaña; y los criados del padre de familia acuden á él, y le preguntan si quiere que arranquen este fruto de maldicion: *Vis imus, et colligimus ea?... Non: ne forte, colligentes zizania cradicetis simul cum eis et triticum.* No, les contesta el padre de familia, porque no suceda que arrancando la cizaña, arranqueis juntamente con ella el trigo. Sin embargo, no se debe inferir de esta respuesta, que se han de dejar en el alma los defectos, que germinan en ella; sino que, para arrancarlos, es necesaria la prudencia. La necesidad de extirpar estos malos gérmenes, se deduce claramente de las siguientes terribles palabras del padre de familia: «Al tiempo de la siega yo diré á los segadores: coged primero la cizaña, haced gavillas de ella para el fuego.» La salvacion eterna de nuestras almas depende, pues, de la extirpacion de sus defectos: y es de la más alta importancia, conocer cuales son los defectos, que en ella han echado hondas raices. Creo,

pues, hacer una cosa sumamente útil, instruyéndoos acerca de estos defectos; es lo que me propongo en el presente discurso. Pidamos ántes los auxilios de la gracia: A. M.

1. Pocos son los que se conocen á sí mismos, y conocen sus defectos. Para facilitaros los medios de conoceros á vosotros mismos, os haré algunas observaciones generales. Entre los defectos que tal vez han echado hondas raices en vuestro corazon, hay algunos que no los conoceis, otros que no los quereis conocer, otros, en fin, que los conoceis, pero que os disgusta corregiros de ellos.

En primer lugar, hay defectos que no los conoceis, y esto, no cabe duda, os es perjudicial. Estos defectos germinan, echan raices, se fortifican, se extienden, y poco á poco, se apoderan de vuestra alma; y cuando hayan dado frutos amargos, será demasiado tarde para arrancarlos. En la juventud, los defectos, tiernos aún, ceden facilmente á los esfuerzos de una buena voluntad; pero cuando han penetrado ya en los pliegues del corazon, cuando se han apoderado de nuestra alma, cuando, por decirlo así, hánse encarnado en nosotros, entónces forman como una segunda naturaleza, y solo pueden arrancarse á costa de los más terribles esfuerzos. La ignorancia, pues, de estos defectos es un mal, tanto más grave, cuanto que el tiempo es impotente para destruirlos, y, al contrario, á medida de su duracion, echan más hondas raices. Una persona llena de defectos vive muchos años: todo el mundo ve sus defectos; todos sufren por ellos, porque en mil ocasiones producen amargos frutos; pues bien, esa persona los ignora; es la sola que los ignora, y ni siquiera tiene de ellas la menor sospecha. Son muchas las personas que llegan á una edad avanzada, sin abrigar la menor sospecha de defectos que los hacen desgraciados. Si por casualidad un amigo se atreve á insinuarles que tienen ese defecto, muéstranse llenos de sorpresa; y dado que despues de haberle conocido, traten de corregirse, necesitan un valor sobrenatural.

En segundo lugar, hay defectos que no los quereis conocer; lo que, por cierto, es más perjudicial que la simple ignorancia de ellos. Como lo hemos dicho, muchas veces los defectos no se conocen; pero es todavía más triste, ver, que, con frecuencia, no se los quiere conocer. Hay en el corazon del hombre cierta disposicion, que le inspira disgusto de su propio conocimiento, ó porque no quiere reprobar lo que hace, ó porque le disgusta hacer el menor esfuerzo para corregirse. No se quieren conocer los defectos íntimos, los defectos de nuestra naturaleza, porque nos tocan demasiado de cerca. Vemos la mota en el ojo de nuestros hermanos, y no vemos la viga en el nuestro. No sabemos tolerar que se califique de defectuoso nuestro carácter; acerca de esto la menor contradiccion nos irrita, la más insignificante reprension nos exaspera. ¡Ilusion funesta! «Cuida, dice el Salvador, de que la luz que hay en tí no se convierta en tinieblas; porque si lo que debe ser luz en tí es tinieblas, las mismas tinieblas ¿cuán grandes serán?»

Por último; hay defectos que se conocen, pero que no se quieren corregir; en este caso se falta al deber y á la virtud con un acto de infidelidad positiva; infidelidad no ménos culpable que funesta. De lo que acabamos de decir, puede muy bien deducirse, que es de la más alta importancia conocer sus defectos, y conocerlos lo más pronto posible; desear conocerlos, y por lo mismo, buscar los medios para esto necesarios; y que es inexcusable el que no quiere corregirse de ciertos defectos, pues sus consecuencias pueden llegar á ser incalculables. La historia nos ofrece sobre el particular ejemplos terribles y espantosos.

Los defectos se clasifican, por su naturaleza, en corporales, intelectuales, y morales. Los defectos corporales, físicos, exteriores, no dejan de tener importancia; pues no pocas veces impiden que ocupemos en la sociedad la posicion á que estábamos destinados. Cierto modo de andar, modales groseros y torpes, pueden ser un obstáculo para la estimacion, confianza y respeto de que tendríamos necesidad cerca de muchas personas, que solo nos conocen por nuestras relaciones exteriores. Algunas enfermedades, ignoradas, á veces, por las mismas personas que las padecen, pueden causar un disgusto invencible á personas bien intencionadas y sensatas. Una voz desagradable, ademanes ridículos y maneras vulgares, inutilizan muchas veces los efectos del talento, así en los tribunales como en las cátedras. Hé aquí defectos que convendria conocer cuanto ántes, para poder corregirse de ellos; y sin embargo, pocos son los que, avisados de ellos, se muestran agradecidos.

Más que los físicos, conviene conocer los defectos intelectuales. Acerca de esto, la ignorancia es más completa, y de ordinario, ni nuestros mejores amigos nos avisan de ellos. Estos defectos son diferentes, y más ó menos graves; hay, por ejemplo, defecto de gusto, que impide que demos á luz nada que sea á un tiempo brillante y sólido, y que, con frecuencia, nos conduce á extravíos los más ridículos; defecto de juicio, cuyas consecuencias pueden ser fatales, porque, á veces, precipitan en faltas enormes é irreparables; defecto de imaginacion, que puede hacernos incapaces de ciertas funciones: en

vano el que tiene ese defecto se aplicaria á ellas, pues no haria más que perder el tiempo; defecto de penetracion, con el cual no podeis desempeñar ciertos negocios graves é importantes; defecto de sensibilidad, que, en ciertas ocasiones, impide practicar algunas acciones muy agradables á Dios, puesto que con él no se ganan los corazones, no se sabe compartir con ellos el júbilo y el dolor, ni alentar ó consolar á sus semejantes. De estos defectos tan graves, y de otros muchos que omito, y que tanto importa conocer, nadie se atreverá á hablaros; porque temen disgustaros y heriros al vivo. Si fuésemos humildes, y tuviésemos deseos de corregirnos, no faltaria quien nos hiciera conocer nuestros defectos.

Los defectos morales son, sin duda, los más graves, pues, si no son pecados, son, á lo ménos, orígen de ellos. Entre estos defectos, algunos, son naturales, quiero decir, que provienen del carácter, de la naturaleza del individuo: otros son, por decirlo así, sobrenaturales, esto es, la consecuencia de la pérdida de la justicia original. Los defectos naturales de este género, casi siempre provienen de una cualidad, que fuera preciosa, si desapareciese el defecto que la exagera y afea. Por ejemplo, un carácter firme, está expuesto á mostrarse duro; un carácter vivo, á mostrarse brusco. Corríjanse estos defectos, y entónces tendremos firmeza, actividad y celo, que son cualidades muy preciosas. Hay, empero, defectos naturales, que no ocultan ninguna buena cualidad; y por lo mismo, son más despreciables y perniciosos. Un carácter ligero y caprichoso, trae consigo consecuencias trascendentales: la disipacion y la indiscrecion son, en toda edad, peligrosas. Estos defectos podrian corregirse ó paliarse, practicando las virtudes opuestas. La verdadera humildad sabe descubrir estos defectos, y la perseverancia cristiana triunfa de ellos.

2. Los defectos morales sobrenaturales, son las consecuencias del pecado original; así es, que nadie está exento de ellos. Uno de los caracteres de la divinidad de las santas Escrituras, es el modo claro con que nos descubre aquellos defectos, que son como el orígen de los demás; y en ellas reconocemos la mirada de Dios, que sondea las llagas del corazon humano, y las pone á nuestra vista con todas sus miserias. *Todo lo que hay en el mundo*, dice San Juan, *es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos, y soberbia de la vida.* Estas pocas palabras son la explicacion más completa de todas las cosas humanas: con ellas todo se comprende en el mundo, lo pasado y lo presente; y sin ellas, el mundo moral no es más que un enigma.

Soberbia de la vida. El orgullo es, entre estos tres principios del mal, el más fecundo; y si bien se examina, es el padre de los otros dos. La sagrada Escritura nos dice, que la soberbia es el principio de todo pecado. Sin embargo, como para referirlo todo al orgullo, seria necesaria mucha reflexion, nos serviremos de la designacion explícita, que San Juan nos hace de los tres principios del mal, á saber: orgullo, sensualidad y curiosidad de los ojos, para que con más facilidad se comprenda el orígen de nuestros defectos. Como el orgullo tiene una fecundidad prodigiosa, y además, es un vicio universal, por eso lo ponemos en primer lugar.

El orgullo es, por de pronto, el padre de la incredulidad, de la apostasía, y de la impiedad. Si no se cree, ó lo que es más comun, si se aparenta no creer, es, ó porque se quiere hacer ostentacion de una inteligencia superior á la de los otros, ó para divinizar, en cierto modo, su propia razon; alguna vez, tambien, es por la manía de aparecer espíritu fuerte. La impureza, aunque sea fruto inmediato de la molicie, es, no pocas veces, el castigo del orgullo. Dios acostumbra castigar este vicio con pasiones de ignominia: la experiencia nos lo demuestra con horribles ejemplos. La desobediencia tampoco reconoce otro orígen que el orgullo: se desobedece á la autoridad más legítima y discreta, porque no se quiere reconocer otra regla de conducta, que la propia voluntad. Las pasiones feroces, los grandes crímenes, los ódios, las venganzas, casi siempre son partos del orgullo. Tambien produce la envidia y los celos contra todo lo que nos humilla por su superioridad. La grosería, la incivilidad, las murmuraciones, las respuestas insolentes, son otras tantas rebeliones orgullosas de un espíritu, que no quiere reconocer su debilidad ó su culpa. La cólera y las injurias son chispas de un orgullo, que á toda costa quiere hacerse superior á todos los demás. Las críticas nos gustan, porque humillan á los otros, y parece que nos sirven de pedestal para elevarnos. La dureza para con los pobres, la altanería y la arrogancia; la vanidad, que no es más que el deseo de agradar y el amor á las alabanzas; la ostentacion, que consiste en hablar con frecuencia de sí mismo, y en aplaudirse, son redes bien conocidas del orgullo, para que el que adolece de estos defectos pueda dudar, que sea este vicio la llaga de su alma. La susceptibilidad, que se irrita por la más ligera observacion, ó por la más infundada sospecha, no es otra cosa, que cierta ternura para consigo mismo, ternura hija del orgullo. La ambicion de gloria, de grandeza, revela tambien el orgullo del corazon. La hipocresía, que pretende ocultar con el manto del honor, las vergonzosas miserias del corazon, y la pobreza

intelectual y moral; la mentira, que trabaja para desfigurar la verdad; la avaricia, que no dice nunca: basta; el espíritu de indocilidad, el espíritu de independencia, el espíritu de contradiccion, y mil otras pasiones, no ménos horribles que funestas, son tambien hijas del orgullo. Siempre, y en todas partes, el yo, el egoismo, quiere dominar, sacrificarlo todo en provecho suyo, y hasta pretende que se le adore. Tal es la horrible descendencia del orgullo; vicio tan venenoso para el alma y para el corazon, que podemos decir con toda verdad, que la humildad, su antídoto, bastaria para devolver á todos los hombres la virtud y el buen sentido. La enumeracion que acabamos de hacer, aunque larga, no por esto deja de ser incompleta; para completarla seria necesario escribir un tratado de moral, que dilucidase las más altas cuestiones acerca de la sociedad, de la familia, del individuo, de la religion y de la política.

La sensualidad, la molicie, *concupiscentia carnis*, es la más vil de nuestras malas inclinaciones. El orgullo es una locura, es una usurpacion criminal; pero en él brilla un resto de dignidad; es el espíritu que se honra á sí mismo con exageracion; la sensualidad, por el contrario, nada tiene que no sea indigno, es la mas miserable y vergonzosa esclavitud del alma; la sumision del espíritu á la carne. El sensual no reconoce otra ley que su cuerpo; su inteligencia se entorpece; y una vez sumido en el fango, ya no tiene gusto por las cosas nobles y puras. La sensualidad produce la lujuria, vicio vergonzoso, cuyos efectos son los más degradantes; la gula, la intemperancia, el desprecio de las leyes de la Iglesia, la ociosidad, la pereza, la inconstancia, la dureza del corazon, la disipacion, y la pusilanimidad. El hombre sensual no tiene valor para practicar la virtud, ni constante aplicacion para dedicarse á las ciencias. En él los sentidos lo dominan todo de tal manera, que apenas se diferencia del bruto. El ejercicio de la inteligencia le fatiga, el amor del bien halla su corazon desfallecido, y, á veces, endurecido: tales son los frutos de la sensualidad.

Finalmente, la curiosidad, *concupiscentia oculorum*, es el tercer principio del mal que nos descubre San Juan. Esta curiosidad, llamada aquí concupiscencia de los ojos, porque todo desea verlo, comprende todas las propensiones indiscretas para ver, sentir, y saberlo todo. Es al amor del placer, es la puerta del alma abierta á todo lo que nos viene por los sentidos; es el placer de los ojos, que desean verlo todo, el placer de los oidos, que se complacen en escucharlo todo, el placer del gusto, que todo quisiera probarlo. Es muy perjudicial permitir que el alma se muestre, no solo accesible, sino

dispuesta á recibir todas las impresiones que le vienen de fuera. En la juventud, sobre todo, cuando se empieza á conocer los secretos de la vida, el amor de las cosas visibles puede, si el jóven no vela con mucha atencion, dejar penetrar en su interior multitud de tiranos, no ménos viles, que despreciables; y desde el momento que hayan entrado, pierde todo dominio sobre sí mismo, y se vé arrastrado por un torbellino de ilusiones, que le hacen sacrificar la virtud, y el deber. La curiosidad, sino es el orígen de todos los vicios, es, á lo ménos, quien les da entrada en nuestra alma.

He analizado individualmente los defectos y los malos principios que los producen. Cuando un defecto se presenta aislado, puede más facilmente tolerarse, pues sus consecuencias tal vez no llegarán á ser desastrosas. Pero si los defectos de diferentes clases se combinan, las consecuencias serán infaliblemente terribles. Cuando el orgullo, por ejemplo, se combina con los defectos de la inteligencia, serán inevitables todas las consecuencias perniciosas, que provienen de la falta de luces, pues el orgullo ciega é inspira á un tonto una necia confianza en su talento. Si, por desgracia, el orgullo se une á la molicie ¡qué terribles han de ser las consecuencias de esta union, estando inficionados el alma y el cuerpo! Por último; si á cualquiera de los grandes defectos de la inteligencia y del corazon se añade la curiosidad; el mal, introduciéndose por todos los poros, no hallará obstáculo alguno que le impida causar, á su placer, los mayores estragos en el alma. La curiosidad induce al amor del mundo, y este amor es la causa de cuantos estragos deploramos. Procuremos, pues, evitar la curiosidad, y con ella evitaremos tambien la sensualidad y el orgullo, que son los otros dos grandes principios del mal.

DEFECTOS DEL PRÓJIMO.

Audisti verbum adversus proximum tuum? commoriatur in te.

¿Oiste alguna palabra contra tu prójimo? Sepúltala en tu pecho.

(*Eccli.* XIX, 10.)

Habiendo entrado Jesucristo en casa de uno de los principales fariseos á comer en un dia de sábado, sus enemigos le estaban acechando. En esto entró en la sala del convite un hidrópico; y el Salvador, volviéndose hácia los doctores de la ley y los fariseos, les preguntó: ¿Es lícito curar en el dia de sábado? Los doctores de la ley y los fariseos callaron; y el Señor les dirigió esta otra pregunta: ¿Quién de vosotros, les dijo, deja de sacar en sábado á la caballería que se le cayó en un charco? ¿Acaso, pues, los brutos son más acreedores á nuestra compasion que los hombres? ¿Qué decís? Nada pudieron responder los fariseos. Entónces Jesucristo devolvió la salud á aquel pobre hidrópico, y al propio tiempo nos dió un ejemplo para que sufriéramos con paciencia las calumnias; pues hasta su más loable misericordia llegó á ser reprendida de la malicia.

Aunque el mundo, señores, llame rigor á vuestro celo, mezquindad á vuestra parsimonia, hipocresía á vuestra devocion: aunque el mundo, señoras, os llame rústicas inciviles á las que aborreceis la ociosidad, y os apartais de aquellas conversaciones y tratos en que tanto peligra la pureza; no os cause novedad, ni os perturbe, porque siempre ha sido maligna y detestable la conducta de los mundanos. El mundo, despues de haber tenido á gran culpa que los apóstoles, rudos pescadores, se sentáran á la mesa sin lavarse las manos, se atrevió á fiscalizar á su inocentísimo Maestro. Los fariseos le acusaron de que trataba con personas de mala conducta; y le reprendieron porque curaba en sábado á los enfermos.

Gran consuelo, hermanos mios, para cuando os veais desprecia-

dos, calumniados, perseguidos; pues en esto os pareceis á vuestro divino Maestro, que fué tratado como sedicioso, hipócrita y endemoniado. Gran maldad la de los maldicientes, que intentan desacreditar las virtudes mismas. Pero aún cuando sean ciertos los defectos de nuestros prójimos, no podemos darlos al público, ni descubrirlos en secreto; y en caso de haberlo hecho, debemos reparar la injuria. Ved ahí lo que me propongo demostráros, despues de haber pedido los auxilios de la gracia. A. M.

1. Dice San Agustin, que el hombre, compuesto de cuerpo y alma, es de dos modos objeto de la caridad cristiana. La caridad le socorre en sus necesidades temporales: si está desnudo, le viste: si está hambriento, le alimenta: si está en la cárcel, le visita. La caridad sirve de ojos al ciego; de manos al manco; de piés al paralítico: es un remedio universal para las enfermedades del cuerpo; y es igualmente eficaz para las del alma. Si un hombre vive en las tinieblas de la ignorancia, la caridad le alumbra; si desfallece al rigor de una pena, la caridad le alienta; si lleva una vida escandalosa, la caridad le corrige. En su sencillez, la caridad no piensa mal de nadie: es generosa para alegrarse de la virtud agena: tranquila para sufrir á los pecadores, y aguardar su conversion: desprovista de orgullo y odio, encubre las faltas que no puede evitar. Las propiedades de la maledicencia son enteramente contrarias á las que el Apóstol atribuyó á la caridad, y son las siguientes: Sospechosa, siempre piensa mal de sus prójimos. Impaciente y precipitada, publica sus defectos. Envidiosa, se goza de sus debilidades y flaquezas. Soberbia, se eleva sobre ajenas ruinas. Cruel, en vez de endulzar las llagas del prójimo, las vuelve incurables.

Con todo, si creemos á los más finos maldicientes, no es la envidia, el orgullo y el odio el que les hace hablar, sino la gloria de Dios, el honor de la Iglesia, y el bien comun. Segun ellos, no es malo irritar á los pecadores á fin de corregirles; y cuando no toman el consejo que se les da, es bueno manifestar al mundo lo que son. Bajo este especioso pretexto, los que al parecer son más virtuosos, son á veces los primeros que se toman la fatal libertad de publicar los defectos ajenos. Luego que un hombre, dice San Jerónimo, comienza á vivir una vida regular, luego que una mujer está reputada por devota y modesta, piensa haber adquirido derecho á censurar las vidas ajenas; y siempre toman en boca la gloria de Dios, el honor de la Iglesia, y el bien comun, como si su maledicencia no se opusiere á estos fines, que fingen proponerse. Se opone á la soberanía de Dios,

á quien privativamente toca juzgar nuestras acciones. Se opone al honor de la Iglesia, que se funda en el honor de sus miembros. Se opone al bien comun, que se interesa en defender no ménos la reputacion que la vida de sus ciudadanos. Y se opone al amor del prójimo, pues si verdaderamente le amasen, no le quitáran el honor y la fama, sino que le corregirian en secreto.

Cuando José, en su impaciencia por darse á conocer á sus hermanos, hizo salir á los demás para decirles á solas: Yo soy José á quien vendisteis, acreditó claramente el especial amor que les tenia. Quiso que se acercáran sus hermanos, y que se apartáran los egipcios, para que éstos no tuvieran la menor noticia de la crueldad de aquéllos. Así debeis hacerlo vosotros, hermanos mios, si quereis que crea que la caridad os mueve á proferir sus defectos y faltas. Porque de otra suerte, diré que la envidia que teneis á su honor y fama, os mueve á publicarlas. Y si solo en secreto, y á tono de lástima las descubrís á otros, no por eso os librais de la culpa de maldicientes. No será contumelia vuestra maledicencia, pero será murmuracion. Serán vuestras palabras como el áspid, que muerde en silencio y sin estrépito: como una bebida en que el arte disimula el veneno. Será vuestra conducta no solo culpable á los ojos de Dios, sino vil á los ojos del mundo.

Si quereis perder á vuestros prójimos, fingiendo darles cierta honra, no manifesteis compadeceros de sus defectos, no vayais á descubrirlos en secreto: declaraos francamente sus enemigos, y acusadles en público. Así lo practicaban los antiguos romanos. ¿Quereis como cristianos hacer bien á todos vuestros prójimos? El medio no es costoso: explicadles sus defectos, y aconsejadles la enmienda. Así sereis el Samuel de los Saules, el Natan de los Davides, el Miqueas de los Acabes, así usareis de aquella autoridad que os da Dios en el Evangelio. Si no teneis celo para corregir fraternalmente los defectos de vuestros prójimos, á lo ménos calladlos.

Me direis que no es la envidia, ni el oido la causa de descubrir los defectos ajenos: es la ligereza de vuestro genio, y la precipitacion de vuestra lengua. Así lo creo; mas no por eso dejais de ser culpables. Sabiendo que es habitual vuestra locuacidad y ligereza, debierais tomar las precauciones necesarias para corregirla: debierais haceros violencia para callar, é imponeros alguna pena por haber hablado mal: debierais confesar vuestra inconsideracion, y manifestar que os desagrada, para que, siendo de alguna manera involuntaria, fuera ménos culpable vuestra maledicencia. Pero viendo que dais á vuestra lengua la licencia de decir todo lo que quiere, que no os cuidais de corregirla, ni de reparar el daño que causa, ¿cómo puedo dejar de creeros culpados?

Si la maledicencia fuera un pecado cuya reparacion fuese fácil, ó que siendo difícil, pudiera suplirse con otros medios, no me inspiraria tanto horror. Pero cuando, por una parte, se me representa que las heridas causadas por este pecado, moralmente hablando, son incurables, y por otra, veo que los santos padres y teólogos unánimes defienden, que es incapaz de perdon el maldiciente, que no quiere reparar el mal que hizo á su prójimo; confieso que tiemblo, y me aflijo sin consuelo.

Almas timoratas, que teneis la dicha de no estar comprendidas en la funesta culpa de la contumelia ó murmuracion, no me creais á mí, creed al Espíritu Santo, que os da este consejo: Tened gran cuidado, dice, de no pecar con la lengua: no sea incurable y mortal vuestra caida. Eccles. xxviii, 30. Tened gran cuidado de vuestra lengua: el peligro de incurrir en la maledicencia es grande. Vuestras pasiones, el orgullo, la avaricia, la envidia, enemigos domésticos; el demonio, el mundo vuestros amigos, enemigos externos, os estimularán á que hableis mal de vuestros prójimos.

Tened cuidado con vuestra lengua. Son funestas y difíciles de remediar las consecuencias que traen consigo los excesos. ¿Hareis cuanto es menester para ser dignos del perdon? ¿Reprobareis y desmentireis lo que habeis dicho de vuestros prójimos? ¿No tendreis horror á desacreditaros en el mundo? ¿Querreis ser reputados por hombres ligeros, por calumniadores? Supongamos, que por salvaros hagais cuanto se os manda; ¿conseguireis restituir la fama que quitasteis? El mundo, que con tanta facilidad cree lo malo, y con tanta dificultad lo bueno: el mundo perverso, que por autorizar sus desórdenes, se alegra de los escándalos: el mundo, de cuya maligna censura no están exentos los más virtuosos: este mundo, digo, ¿se dejará desengañar cuando vosotros direis que os engañasteis? Unos pensarán, que hablais por mandato de vuestro confesor, y otros creerán, que por alguna conveniencia particular cambiais de lenguaje. ¿Cómo, pues, volvereis la reputacion que quitasteis á vuestros prójimos? ¿Cómo repararéis el daño que causasteis?

2. Mas no por la gran dificultad que hay en volver la reputacion al prójimo, se disminuye la obligacion de hacer los mayores esfuerzos para conseguirla. Es indispensable esta obligacion. Aunque tengais el más vivo dolor de haber publicado los defectos del prójimo, y el más firme propósito de no murmurar, como no hagais lo posible para reparar el daño que causasteis á vuestro prójimo, no al-

canzareis el perdon de vuestra culpa. Es obligacion personal. La hacienda hurtada puede restituirla el confesor, ó cualquier otro: la honra y la fama que quitasteis, debeis restituirla personalmente. Vosotros mismos debeis buscar á aquel ó aquellos á quienes descubristeis los defectos y faltas ajenas, para decirles que fué falso lo que dijisteis, pues todo pecado puede llamarse falsedad; y debeis añadir á la retractacion las mejores recomendaciones y elogios del sugeto á quien desacreditasteis. Esta obligacion no puede conmutarse. Las oraciones, las lágrimas, las penitencias, las limosnas os serán inútiles sin la restitucion que os prescribe la justicia: obligacion ejecutiva, que no sufre dilaciones. Porque la infamia con el tiempo se divulga, y se acrecienta; la llaga se corrompe, y cancera; y así pide el más pronto y eficaz remedio.

Quiera Dios que mediteis debidamente estas circunstancias, para que, concibiendo un justo horror á la gravedad de la contumelia y murmuracion, y á lo funesto de sus efectos, pongais freno á vuestra boca, y peseis muy bien todas vuestras palabras. Pero no quisiera que lo que acabais de oir perturbára vuestras conciencias, haciéndoos creer, que hay pecado mortal en descubrir las más ligeras faltas de vuestros prójimos. No: la misma parvedad de la materia, que no basta á quitar la fama, tampoco es suficiente para hacer grave la culpa. Ni ménos quisiera que confundierais la maledicencia con la invectiva. Hay notable diferencia entre descubrir los defectos y las faltas del prójimo, y culparlos cuando son públicos. Lo primero es maledicencia, lo segundo es celo. He oido á muchos empeñados en decir, que todos son buenos. Llevan á ajusticiar á un asesino, y dicen que le tienen por inocente, sin reparar que con esto hacen delincuentes á los jueces que le condenaron. Ven una accion evidentemente escandalosa, y buscan medios ingeniosos de disculparla, sin advertir, que con esto inducen á los demás á que hagan otro tanto. No es esta conducta conforme á la caridad, cuyo celo nos obliga á aborrecer y á declamar contra las públicas maldades. No es conforme á la justicia, pues quita á la virtud las alabanzas que dá al vicio. No es conforme á la razon, que prescribe un medio entre la maledicencia y la lisonja. Tanto amenaza Isaías á los que califican de bueno á lo malo, como á los que llaman malo á lo bueno: *Væ vobis dicentibus bonum malum, malum bonum.* Is. v, 20.

Entre estos dos extremos debeis caminar, amados oyentes, condenando y reprendiendo las maldades públicas, y encubriendo las faltas ocultas de vuestros prójimos. ¡Dios mio! vos solo podeis reprimir las lenguas de los que todo el dia lo emplean en hablar de los

defectos y de las faltas que con curiosidad descubren. Vos podeis romper las plumas de los que con sátiras y libelos famosos desacreditan lo que hay de más venerable. Vos, Señor, podreis poner á nuestras bocas aquel candado que os pedia David para la suya: *Pone, Domine, ostium circunstantiæ labiis meis.* Psalm. cxl, 3. Hacedlo, Dios mio, para bien de los hombres maldicientes. Haced que la lengua que nos disteis, solo la empleemos en alabaros y bendeciros acá en la tierra, para que tengamos despues la dicha de cantar vuestras alabanzas por toda la eternidad en el cielo.

Deleites: Véase, PLACERES.

DEMONIO.

I.

Ductus est Jesus in desertum à spiritu, ut tentaretur à diabolo.

Jesús fué conducido del Espíritu al desierto, para que fuese tentado por el diablo.

(*Matth.* iv, 1.)

La vida del hombre es una guerra contínua sobre la tierra, y podemos decir, que apenas acaba de nacer, cuando ya ha de salir al campo para pelear. Pero los combates del espíritu son muy diferentes de los combates del cuerpo. En éstos se trata de vencer á los hombres, en aquéllos de vencer á los demonios: en éstos se intenta desbaratar escuadrones, romper líneas, forzar trincheras, sitiar plazas, arruinar murallas, minar castillos y consumir un ejército por hambre ó exterminarle á sangre y fuego; en aquéllos los enemigos

canzareis el perdon de vuestra culpa. Es obligacion personal. La hacienda hurtada puede restituirla el confesor, ó cualquier otro: la honra y la fama que quitasteis, debeis restituirla personalmente. Vosotros mismos debeis buscar á aquel ó aquellos á quienes descubristeis los defectos y faltas ajenas, para decirles que fué falso lo que dijisteis, pues todo pecado puede llamarse falsedad; y debeis añadir á la retractacion las mejores recomendaciones y elogios del sugeto á quien desacreditasteis. Esta obligacion no puede conmutarse. Las oraciones, las lágrimas, las penitencias, las limosnas os serán inútiles sin la restitucion que os prescribe la justicia: obligacion ejecutiva, que no sufre dilaciones. Porque la infamia con el tiempo se divulga, y se acrecienta; la llaga se corrompe, y cancera; y así pide el más pronto y eficaz remedio.

Quiera Dios que mediteis debidamente estas circunstancias, para que, concibiendo un justo horror á la gravedad de la contumelia y murmuracion, y á lo funesto de sus efectos, pongais freno á vuestra boca, y peseis muy bien todas vuestras palabras. Pero no quisiera que lo que acabais de oir perturbára vuestras conciencias, haciéndoos creer, que hay pecado mortal en descubrir las más ligeras faltas de vuestros prójimos. No: la misma parvedad de la materia, que no basta á quitar la fama, tampoco es suficiente para hacer grave la culpa. Ni ménos quisiera que confundierais la maledicencia con la invectiva. Hay notable diferencia entre descubrir los defectos y las faltas del prójimo, y culparlos cuando son públicos. Lo primero es maledicencia, lo segundo es celo. He oido á muchos empeñados en decir, que todos son buenos. Llevan á ajusticiar á un asesino, y dicen que le tienen por inocente, sin reparar que con esto hacen delincuentes á los jueces que le condenaron. Ven una accion evidentemente escandalosa, y buscan medios ingeniosos de disculparla, sin advertir, que con esto inducen á los demás á que hagan otro tanto. No es esta conducta conforme á la caridad, cuyo celo nos obliga á aborrecer y á declamar contra las públicas maldades. No es conforme á la justicia, pues quita á la virtud las alabanzas que dá al vicio. No es conforme á la razon, que prescribe un medio entre la maledicencia y la lisonja. Tanto amenaza Isaías á los que califican de bueno á lo malo, como á los que llaman malo á lo bueno: *Væ vobis dicentibus bonum malum, malum bonum.* Is. v, 20.

Entre estos dos extremos debeis caminar, amados oyentes, condenando y reprendiendo las maldades públicas, y encubriendo las faltas ocultas de vuestros prójimos. ¡Dios mio! vos solo podeis reprimir las lenguas de los que todo el dia lo emplean en hablar de los

defectos y de las faltas que con curiosidad descubren. Vos podeis romper las plumas de los que con sátiras y libelos famosos desacreditan lo que hay de más venerable. Vos, Señor, podreis poner á nuestras bocas aquel candado que os pedia David para la suya: *Pone, Domine, ostium circunstantiæ labiis meis.* Psalm. cxl, 3. Hacedlo, Dios mio, para bien de los hombres maldicientes. Haced que la lengua que nos disteis, solo la empleemos en alabaros y bendeciros acá en la tierra, para que tengamos despues la dicha de cantar vuestras alabanzas por toda la eternidad en el cielo.

Deleites: Véase, PLACERES.

DEMONIO.

I.

Ductus est Jesus in desertum à spiritu, ut tentaretur à diabolo.

Jesús fué conducido del Espíritu al desierto, para que fuese tentado por el diablo.

(*Matth.* iv, 1.)

La vida del hombre es una guerra contínua sobre la tierra, y podemos decir, que apenas acaba de nacer, cuando ya ha de salir al campo para pelear. Pero los combates del espíritu son muy diferentes de los combates del cuerpo. En éstos se trata de vencer á los hombres, en aquéllos de vencer á los demonios: en éstos se intenta desbaratar escuadrones, romper líneas, forzar trincheras, sitiar plazas, arruinar murallas, minar castillos y consumir un ejército por hambre ó exterminarle á sangre y fuego; en aquéllos los enemigos

son de otra clase, ménos visibles, pero más fuertes, pasiones ciegas, apetitos rebeldes, inclinaciones violentas, deseos inflamados: enemigos nacidos en nuestra casa, criados con nosotros mismos, artificiosos, solapados y tenaces, que ni el hambre los acaba, ni el hierro los destruye, ni la esclavitud los humilla. Aquí los trofeos se elevan sobre los muros y ciudadelas; allá se erigen en presencia de Dios y de sus ángeles: aquí se termina la gloria del vencimiento á la toma de una plaza ó á la conquista de un reino; allá se adquiere el dominio de los cielos y el estandarte de la inmortalidad: aquí el conquistador es muchas veces sepultado en su propio triunfo, ó á lo ménos no goza del triunfo largo tiempo; allá no hay esta inconstancia, la gloria es permanente y la duracion tan larga como la eternidad. Todas estas ventajas llevan los combates interiores á los exteriores; pero si las ventajas son mayores, tambien las empresas son mas árduas, la lucha más obstinada, y el éxito más dudoso. Y ¿por qué? Porque no es lucha contra la carne y la sangre, como dice el Apóstol, sino contra las potestades espirituales, que reinan en las tinieblas: es lucha contra el mismo demonio, contra el presidente del abismo, contra el príncipe de este mundo, contra el autor de todo lo malo y perseguidor de todo lo bueno; él es el fuerte armado del Evangelio, y en sus armas lleva escrito: *perdicion y muerte del alma.* ¿Puede darse campo de batalla más horrendo, choque más desigual entre el hombre flaco y tentado, y el espíritu fuerte y tentador? ¡Cuánto no hay que temer de este enemigo! Contra este espíritu tentador hemos de pelear varonilmente, con denuedo y valentía, si queremos vencer y coronarnos. Os lo demostraré, despues de haber implorado los auxilios de la gracia: A. M.

1. Paréceme que la misma Escritura sagrada, no hallando colores bastante vivos para hacer la pintura exacta del demonio, de este espíritu tentador, multiplica los borrones y la fealdad del cuadro que bosqueja, para hacernos concebir alguna idea de la malignidad del original que representa. Ya nos lo propone bajo la odiosa denominacion de Bremot, bestia fiera, que asusta y espanta con sus ahullidos y terrible forma, ya bajo la imágen de Beelzebub, mosca importuna, molesta y hedionda, que todo lo anda, todo lo corre, en todo se halla, en todo se ceba como sea hedor y fetidéz, y nunca se fatiga ni se cansa; ahora bajo la figura de Leviatan, jigante membrudo y temerario, que á nadie teme y hace temblar á todos los vivientes; ahora bajo el símbolo de una culebra enroscada, serpiente antigua y astuta, como la llama san Juan, diablo, y Satanás, que seduce y engaña al orbe entero. Prosigue Job la descripcion de este dragon en términos que horrorizan, y dice: su cuerpo está cubierto de compactas é impenetrables escamas, sus ojos arrojan centellas ardientes, sus narices respiran denso humo, su boca es un horno encendido, su aliento una ponzoña mortífera, su estornudo un rayo vibrado, su mirada la de un basilisco, sus piés oprimen los montes, su mano rompe el hiero y el bronce, y todo lo desmenuza como si fuera paja ó materia podrida. Su soberbia es tan osada, que pretende escalar los cielos y derribar al Altísimo de su trono.

Tal es este espíritu de las tinieblas, esta cabeza de los réprobos, este famoso adversario de Dios y de los hombres. ¿Y habrá alguno, que se libre de las asechanzas, de las maquinaciones, de las artes de este prestigiador doloso y malignante, cuando se atrevió á tentar al mismo Verbo eterno vestido de carne, para hacerle caer, si posible fuera, en sus redes y en sus lazos? Jesucristo (cosa que parece increible) permitió en su propia persona las tentaciones diabólicas, para prevenirnos que no hay hombre sobre la tierra á quien no acometa la rabia y la malicia del enemigo. Despues de haber el Salvador ayunado cuarenta dias en el desierto, sintió los estímulos del hambre; y al punto acudió el demonio, y le dijo: Si eres el Hijo de Dios, dí que estas piedras se conviertan en pan. Jesucristo rechazó la tentacion diciéndole: Escrito está, que el hombre no vive de solo pan, sino de toda palabra y asistencia, que viene de la mano de Dios: *Non in solo pane vivit homo.* De allí á poco le arrebató el diablo, y llevándole por el aire, le colocó sobre el pináculo del templo y le dijo: Si eres el Hijo de Dios, tírate cabeza abajo, porque está escrito, que el Señor mandó á sus ángeles, que te llevasen en palmas para que no te lastimes en la caida. Jesucristo le hiere por los mismos filos: Tambien está escrito, le dice, no tentarás á tu Dios y Señor: *Non tentabis Dominum Deum tuum.* Aún porfió el demonio en su malvado intento, y apoderándose del Salvador, le subió á la cima de un elevado monte; y mostrándole desde allí todos los reinos y toda la gloria del mundo, tuvo descaro y osadía de decirle: Todo cuanto ves te daré, si cayendo en tierra me adorares. Jesucristo no pudo sufrir tal temeridad é insolencia, y con aire de indignacion y desenfado le dijo: Vete de ahí, Satanás: *Vade, Satana*; porque está escrito: adorarás á tu Señor Dios, y á él servirás solamente: *Scriptum est enim: Dominum tuum adorabis, et illi soli servies.* Con estas respuestas categóricas y terminantes, rebatió Jesucristo los tiros de su adversario; y luego acudieron los ángeles á servirle, porque las tentaciones vencidas son corona del vencedor, y el cielo se complace de la

victoria. Conoció el demonio la superioridad de aquel hombre, y que daban en dura piedra sus sugestiones; pero, en nosotros conoce la fragilidad del barro, y por lo mismo, no desiste jamás de sus empresas.

2. ¡Oh Dios! ¡cuáles y cuántas son las artes y trazas de este tentador astuto, para triunfar de nuestra debilidad y flaqueza! Él aviva las pasiones, enciende los apetitos, presenta imágenes halagüeñas, lisonjea el gusto, halaga la inclinacion, endurece la voluntad, obscurece la mente, convida con placeres, ofrece diversiones, y dá á beber el veneno en copas de oro, disfrazando la amargura que oculta con el oropel de la dulzura que ostenta. El ángel prevaricador nada perdió de sus luces por el pecado; solo ha variado el uso, y no sirviéndose de ellas para lo bueno, se sirve para todo lo malo. El demonio es por extremo envidioso, y de aquí le nace el encono y la saña que tiene con el hombre. Esta fria y obscura pasion le roe y despedaza las entrañas; llena de hiel y de amargura, cuando reflexiona que el trono en que se sentaba un príncipe tan alto, ha de ser ocupado por un siervo humilde, por una criatura baja, y aún ha de venir tiempo en que esta misma criatura, por baja y humilde que sea, ha de juzgar al mayor potentado del cielo, al desertor famoso de aquellas celestiales milicias. El hombre elevado á la dignidad del ángel, y el ángel degradado de su alteza; la tierra puesta sobre el cielo, y el cielo hundido en los abismos de la tierra; ved la causa que irrita su furor, enciende su cólera, acrecienta su rabia; y á la manera que un leon furioso y herido corre por las selvas, dá rugidos por los montes, hace una horrible carnicería en cuantos brutos se le ponen delante, mas no por eso se aquieta, porque su furor le causa una aguda flecha que lleva hincada en el pecho; del mismo modo este enemigo cruel del linage humano, herido con la lanza de la envidia que lleva clavada en el corazon, no descansa, no duerme, no sosiega, dá giros dentro del mundo pequeño, hace estremecer los montes más elevados en virtud, despedaza á cuantos animales encuentra, quiero decir, á cuantos viven vida bestial y mundana; mas no por eso se satisface su rabia, porque á todas partes le sigue aquella flecha amarga de la envidia, por la que quisiera arrastrar á las grutas y cavernas infernales todas las criaturas. Cuantos mas caen en sus manos, tanto mayor gozo recibe; y como se vé privado del verdadero bien, no puede sufrir que algun otro le goce: y ya que no puede tener compañeros de las glorias, que perdió, quiere tener cómplices de la ignominia y miserias, que padece.

Sin embargo, si en el demonio no hubiera mas que una envidia

desnuda y una emulacion desarmada, no fuera de temer tanto, porque esta pasion, considerada en su principio, es un torcedor que despedaza; pero únicamente las entrañas del envidioso, sin que por eso dañe á otro mas que al que la padece. Rabia de ver felices á otros; mas no por eso les quita parte de su felicidad; á él solo le carcome sin fruto, y todas las saetas se vuelven contra el mismo que las arroja. Es un veneno, que abrasa el corazon; pero no sale á la parte de fuera, y consumiendo lentamente los huesos á vista de la prosperidad del prójimo, aumenta la propia miseria y no menoscaba la ajena. Pero esta negra pasion, que suele ser infructuosa en nosotros, en el demonio es activa, eficaz y fecunda, porque la aviva y la enciende su astucia y su malicia: y ved aquí por que este enemigo es temible en tanto grado. Nosotros somos semejantes, dice el apóstol san Pedro, á los que están colocados en el punto céntrico de un círculo, que á donde quiera que miren, dán con la circunferencia; así de cualquiera parte que nos volvamos, damos de ojos con el espíritu tentador; y como no hay clima tan templado que no esté expuesto á las injurias del tiempo, ni mar tan tranquilo que no sea combatido de borrascas; no hay estado alguno en que el demonio no presente sus tentaciones. En vano aquellos hombres grandes, de quienes el mundo no era digno, buscaban los desiertos, los montes y las cavernas, para ponerse á cubierto de los insultos del demonio; no dejaban por eso de sentir sus golpes: en sus mortificaciones y austeridades, les presentaba placeres; en su indigencia y pobreza, les ofrecia riquezas; sepultados en la obscuridad de una gruta, les brindaba con el esplendor del mundo y con el dulce trato de las gentes. ¿Quién no miraria la tranquilidad de aquel retiro consagrado al silencio, como un asilo para la virtud, y como un puerto seguro á la santidad? Con todo ¿qué fueron los desiertos más famosos de Egipto, de la Tebaida y Palestina, sino teatros de una guerra sangrienta para los Antonios, Macarios, Gerónimos é Hilariones? ¿Hubo jamás pensamientos criminales de que no se viese asaltado su espíritu? ¿Hubo imágenes lascivas, que no los tentáran? ¿Hubo llamas abrasadoras, que no prendiesen en la leña seca de aquellos montes? Ya la ternura de sus padres y de su patria, ya el recuerdo de sus pasadas satisfacciones, ya el disgusto y el tédio á la soledad, ya la estimacion de su mérito, todas estas baterías dispuestas por Lucifer, estuvieron á pique de dar por tierra con el fuerte de su alma, y fué menester una resistencia tan obstinada como la de aquellos esforzados guerreros, para que no abriesen brecha en la muralla de su constancia.

Pues si una vida tan justa, tan regulada y tan santa como la de

aquellos hombres, que se sepultaron vivos, no estuvo libre de las asechanzas de este enemigo cruel; ¿habrá que fiar de otras condiciones implicadas en mil negocios, metidas en mil tratos y laberintos, ocasionadas á mil licencias? Si no hay claustro, soledad, ni retiro; sino hay velo, ni sacerdocio, en que el vapor pestilente de la tentacion diabólica no insinúe su veneno, y con un sútil é imperceptible contagio no corrompa la pureza del alma; ¿qué hemos de decir del mundo, sino que padece un naufragio universal en las aguas de las tentaciones, y una desolacion y total exterminio en la guerra del mayor tirano? Como los pecadores gustan de ciertos pecados que lisonjean su inclinacion, aquí se mete el demonio á inclinar esta balanza, que el temor de la pena, por una parte, y el placer de la culpa, por otra, tenian como en equilibrio. Presenta el objeto halagüeño, le viste de colores deleitables, inflama la pasion, ceba el apetitó, facilita los medios, proporciona el logro, aviva el deseo; y un árbol que ya tiene picada la raiz por el gusano del vicio, á pocos golpes le vereis en tierra. Ya sabe este espíritu astuto, que armas ha de manejar para rendir; ya sabe, que al avariento no le ha de ir con liviandades, ni al gloton con abstinencias, ni al iracundo con mansedumbre. ¿Eres regalado? te dará por delicias; ¿eres soberbio? te presentará elevaciones; ¿eres murmurador? te hará saber novedades; ¿eres lascivo? fabricará en tu imaginacion mil imágenes lisonjeras, y acomodándose al paladar diferente de los mundanos, sabrosamente los engaña con sus astucias. Ya ha visto un talento elevado como el de Agustino; le dá por la libertad en la doctrina: ya ha visto una hermosura sobresaliente como la de Magdalena; le dá por la vanidad de ganarse adoradores: ya ha visto un genio flojo como el de Heli; le dá por la indiferencia y abandono de su familia: ya ha visto un ánimo flexible á los dones y á las dádivas; le dá por el soborno y la estafa, como á los jueces de Israel: ya ha visto una doncella vacilante en el pudor; le dá por el velo de futuro matrimonio, como lo hizo con Tamar. A unos vence por el interés, como á Judas: á otros por la envidia, como á Saul: á éstos por ruegos, como á Sanson: á aquéllos por amor, como á David. Él sugiere á los pecadores más obstinados, que al fin de la vida se convertirán; á los pecadores de costumbre, que les es imposible salir por ahora del atolladero en que se ven metidos; á los devotos recientes ó principiantes, les presenta montes de dificultades en el progreso de la virtud; y á los adelantados y perfectos, les dá por presuncion y vanagloria. Os he dado, hermanos, una ligera muestra del espíritu

maligno y tentador, para que le aborrezcais de muerte y resistais á sus asaltos.

DEMONIO.

II.

Adversarius vester diabolus tamquam leo rugiens circuit, quærens quem devoret.

Vuestro enemigo el diablo anda girando como leon rugiente al rededor de vosotros, en busca de presa que devorar.

(*I Petr.* v, 8.)

Triste es la situacion del hombre en este mundo. Una inteligencia sublime, elevada sobre la materia, independiente de los sentidos, nos tiende de contínuo lazos para perdernos. Cuando el ángel salió de las manos del Criador, estaba enriquecido con las prerogativas más brillantes de la naturaleza, con los preciosos dones de la gracia. Así un profeta, ántes de referir su lamentable caida, le dirige la palabra de esta manera: ¡Oh! tú que llevas en tí mismo el verdadero sello de la hermosura, tú que llevas el sello de esa hermosura divina, y de esa semejanza grabada en tí como una imágen fiel, tú tan bello, tan perfecto en tus caminos, cubierto de piedras preciosas en tu vestidura, oh angel, yo te saludo! Pues bien, esa naturaleza privilegiada, ese ángel colmado de los dones del Señor, constituido en el crítico momento de la prueba, aunque gozando de libertad y de facultad suficiente para dirigirse al fin, y llegar á su objeto, el ángel, casi en el momento mismo de entrar en posesion de la gloria y de ir á colocarse junto al trono de Dios, dió oidos á sus propias sugestiones, se amó á sí propio con exceso, se adoró, se consideró como su

único objeto, como su fin. Sintió el aguijon del orgullo, y entónces el fin á que estaba destinado, el cielo de que iba á tomar posesion, todas esas glorias que le esperaban, todos esos tesoros que tenia en su mano, todo se desvanece. No sé que especie de fascinacion se apoderó de él; no quiso someter su voluntad á la voluntad de su Criador, no quiso servirle. *Non serviam!* exclamó, quiero ser independiente; y al punto, el que debia difundir la luz, el que debia iluminar el universo, el que debia ser el mensajero de las voluntades celestiales, el que debia traer á la tierra designios de paz, de misericordia y de amor, es relegado á las cavernas infernales; y de ángel, de amigo de Dios, de servidor del Altísimo, de asistente á su trono, de ministro de su poder, queda convertido en demonio. Confirmada su voluntad en el mal, hace una cruda guerra á los que obedecen á Dios; transformado en tentador y en fomentador del mal, se remueve y agita como leon rugiente al rededor de nosotros, para hacernos caer en pecado y perdernos. Por eso el príncipe de los apóstoles nos exhorta á velar, y nos dice, que firmes en la fe, opongamos una generosa resistencia á ese enemigo de Dios y de los hombres. De esa resistencia depende nuestra felicidad. Deseando que todos vosotros triunfeis de los esfuerzos del demonio, quiero hoy hablaros de lo que él hace para perdernos, y de lo que debemos nosotros practicar para inutilizar sus esfuerzos. Imploremos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. La vida del cristiano sobre la tierra no es mas que vida de tentacion, y cuanto más virtuosos queremos ser, más tentaciones hemos de experimentar. Apenas empieza el alma á amar las cosas celestiales, el demonio se enfurece contra ella, y le suscita las más terribles tentaciones. Faraon no trató con aspereza y rigor á los Israelitas, miéntras que, olvidados de su Dios, no pensaban sino en edificarle ciudades y cumplir sus órdenes; pero luego que Moisés, enviado por Dios, le inspiró un vivo deseo de encaminarse á la tierra feliz que les estaba prometida, suscitó contra ellos una terrible persecucion. Su furor crecia con la fe y la sumision de los israelitas á Dios; y cuando les vió salir de Egipto, reunió un numeroso ejército para perseguirlos y acabar con ellos. No de otro modo ejerce sobre nosotros su crueldad el demonio, cuando ve, que, descontentos de su servicio, emprendemos el camino de la virtud y perfeccion. Miéntras nos tiene cautivos á su voluntad, y, olvidados de nuestro sublime destino, nos abandonamos á los placeres, nos halaga; pero apenas la gracia del Señor excita en nuestro corazon el deseo de recobrar la libertad que habíamos perdido, incurriendo en el pecado, levanta contra nosotros terribles persecuciones. El primer movimiento de nuestro corazon hácia Dios, es el primer estímulo de su furor contra nosotros. Y á proporcion que el Señor nos obliga con particulares finezas y mercedes á su servicio y amor, aquel cruel tirano multiplica su furor en daño nuestro.

¡Oh! ¡cuánta debe ser nuestra vigilancia en vista de las artificiosas invenciones de la malicia del demonio para perder á los amigos del Señor! ¡Con qué astuta diligencia escudriña los más ocultos pliegues de su corazon para acometerlos por la parte más sensible, por la que más se presta á sus infames sugestiones! Examina y considera las complexiones, necesidades y disposiciones de cada uno, para tentarle en aquello á que nos vé inclinados. A los soberbios los va á tentar con los honores; á los que están satisfechos y saciados, con el ocio; á los iracundos, con las contiendas; á los avaros, con las usuras; á los impuros, con los placeres; á los ambiciosos con la gloria; y á cada uno le prepara el gusto ó la aficion particular de que le ve dominado. Observa las costumbres de cada uno, compara sus cuidados, escudriña sus afectos, para perjudicarle en lo que más le ocupa y divierte.

Y no creais que desechada la primera sugestion de su malicia, desiste de sus dañados intentos. A Eva la tentó primero con la gula, diciéndole: ¿Por qué os ha mandado el Señor que no comais de todos los frutos del paraíso? Luego la tentó con la vanagloria, prometiéndola, que si comia del fruto vedado se abririan sus ojos y conoceria el bien y el mal. Por último, la tentó asegurándole, que ella y su esposo serian como dioses. De la misma manera obró con Jesucristo. Primero, le tentó por medio del sustento del cuerpo, cosa de que no puede prescindir ningun mortal. Viendo que con esto nada alcanzaba, le tentó con que hiciese algo para ostentacion ó vanagloria, en lo cual, alguna vez, se dejan arrastrar las almas virtuosas. Ultimamente, le tentó en lo que no es ya propio de personas espirituales, sino carnales, ofreciéndole las riquezas y gloria del mundo, con manifiesto desprecio de Dios. Nunca se desconcierta, ni desalienta el demonio, ántes del desprecio mismo que hacemos de sus artificiosas invenciones, saca nuevos y más poderosos argumentos para deslumbrarnos y precipitarnos. Si al primer encuentro con que pensó desvanecer la virtud del santo Job, respondió éste, que poco le importaban los males y las pérdidas de la tierra, miéntras el cielo le fuese propicio; luego se sirvió de su misma confianza en Dios para poner á prueba su fidelidad, haciendo bajar fuego del cielo que abrasase y destruye-

se sus haciendas. Así tambien, cuando ve que resistimos una tentacion con que intenta apartarnos de la observancia de un precepto, acude con nuevos brios á atacarnos por la parte que ha sido motivo de nuestra resistencia.

Para lograr mejor su objeto, rara vez intenta derribar al hombre justo de un golpe, sino que lo hace por grados. Oraba el santo Profeta siete veces al dia, levantábase á media noche á cantar las divinas alabanzas, el rigor de sus ayunos habia extenuado sus fuerzas, velaba con incansable desvelo sobre todas sus acciones, y en todas tenia presente al Señor, no perdonando diligencia para apartar á su alma de la ocasion y del peligro. Para acometer el demonio á un hombre tan virtuoso, tan vigilante y tan animoso, empieza por aconsejarle una pereza criminal con respecto á los deberes de su regia dignidad. Cuando los reyes salian á combatir al frente de sus ejércitos, David se estaba paseando con tranquilidad por las galerias de su palacio. A esta primera omision le siguió otra no ménos perniciosa en los ejercicios de la oracion y de la penitencia; y viéndole Satanás falto de vigor, lleno de frialdad, le dispuso para que fijase sus ojos en un objeto torpe. La vista de una mujer completó la obra del ángel de las tinieblas; David perdió su antigua fortaleza, desaparecieron sus buenos propósitos, extínguiéronse sus fervorosos deseos, y cometió un enorme pecado. Esta misma maliciosa conducta observó con el príncipe de los apóstoles. Fuéle apartando poco á poco de su divino Maestro, y entibiando el fervor de su caridad con esta separacion, hasta que al fin le indujo al punto de negar con insistencia á su Maestro.

Deducid de esto, amados oyentes, que no hay tentacion, por ligera que sea, que no deba causarnos sobresalto. Si despreciamos las tentaciones que nos parecen de poca monta, el príncipe de las tinieblas, poco á poco, dominará á nuestra alma, y nos haremos esclavos de un tirano, que por mas que nos lisonjee con promesas halagüeñas, jamás os dará sino trabajos y deshonra.

Decidme, sino: ¿qué puede daros el infame tentador? ¿Cuáles son sus riquezas sino tormentos atrocísimos? ¿qué lleva consigo sino la desolacion y el estrago? ¿Qué dió á Saul? La desesperacion. ¿Qué dió á Job? Enfermedades y aflicciones. ¿Qué dá al sensual? Penas, recelos, pérdida de su hacienda, de su salud y de su tranquilidad. ¿Qué dá al ambicioso? Vanas y fantásticas ideas con que agita cruelmente su imaginacion. Ved ahí, amados oyentes, lo que el demonio dá á quien le entrega su alma. Dios mio, no permitais que los hombres entreguen sus almas al desgraciado espíritu, que, por haberse

rebelado contra vos, quedó privado de todas sus perfecciones, y solamente posee la malicia, la afliccion y la tristeza. No permitais que los que han sido redimidos con el precio infinito de vuestra sangre, se hagan esclavos de un tirano que hiere, mata y destruye en donde entra; de un mónstruo, que despues de haber extinguido en nosotros la fe, la esperanza y la caridad, consume las riquezas de nuestros méritos, ciega la razon, despues se burla de nuestra desgracia; y si en su eterna desesperacion cabe alguna complacencia, la tiene en nuestra ruina y perdicion.

2. Amados oyentes, vestíos con la armadura de Dios, para que podais defenderos contra las asechanzas del demonio. Si implorais con confianza el socorro del cielo, Dios estará con vosotros, y vuestro enemigo quedará vergonzosamente derrotado. El que tiene el auxilio del Señor, nada debe temer. «A sus piés, como dice David Psalm. xc, 7, caerán á millares sus enemigos; caminará seguro sobre el áspid y el basilisco, pisará al leon y á los dragones.» Con esta confianza, no debemos desistir un momento de nuestra fervorosa oracion, para implorar los socorros del cielo: siempre debemos traer en boca estas palabras del profeta: *Deus in adjutorium meum intende, Domine ad adjuvandum me festina;* Psalm. lxix, 2. ¡Oh Dios atiende á mi socorro: acude, Señor, luego á ayudarme.

No basta, empero, implorar los auxilios del cielo para triunfar del demonio, es preciso, además, mortificar nuestro cuerpo, poderoso instrumento que sirve al enemigo tentador para hacernos caer en pecado. San Pablo hacia mencion de sus trabajos, cuando cantaba las misericordias de Dios, que le habia librado de innumerables peligros: *Plus omnibus laboravi, non ego, sed gratia Dei mecum*; Cor. xv, 10. Debe pues el cristiano juntar á la poderosa arma de la gracia la mortificacion; debe debilitar y abatir la carne. ¡Qué conjunto de armas tan poderosas ofrece la carne al demonio! La seduccion, el placer, los más dulces atractivos, todo está dispuesto para perdernos. No desprecia el demonio unos medios tan oportunos para derribarnos. Para triunfar de nuestro primer padre se valió de la mujer, y por este medio de ilusion le sedujo y pervirtió; y para triunfar de nosotros se vale del cuerpo y de sus atractivos. Sujetándole y enfrenándole, destruiremos sus maquinaciones.

Armados con la oracion y la mortificacion, ya no tenemos que temer al demonio. Rechacémosle con intrepidez, y no nos detengamos á oir su voz seductora; no contestemos á sus propuestas y sugestiones; no nos pongamos á disputar con él sobre si nos conviene ó no lo que nos propone. Es una serpiente astuta, que apenas ha in-

troducido su cabeza, cuando ya se apodera completamente de nosotros. Si queremos vencerla, rechacemos con brio y decision sus primeras asechanzas. La perdicion de Eva tuvo su orígen en el hecho de haberse detenido á discutir con el demonio sobre la inteligencia del precepto divino. Nosotros debemos imitar la conducta de Jesucristo, que, sin detenerse á declarar su infinito poder al tentador, ni hablarle de la conveniencia ú oportunidad del milagro, que solicitaba, le rechazó con una sentencia, que le dejó confuso y desvaneció todos sus proyectos. Haciéndolo así, el demonio se retirará avergonzado y confundido; las pasiones se amortiguarán, la concupiscencia quedará refrenada, la carne se humillará, y las virtudes crecerán en nosotros hasta hacernos varones perfectos, y disponernos á recibir la eterna corona, prometida á los que vencen hasta el fin, corona que á todos os deseo. Amen.

DEMONOLOGÍA.

Accedens tentator dixit ei.
Acercándose al tentador le dijo.
(Matth. IV, 3.)

Hermanos mios: el Evangelio de este dia puede, con razon, llamarse el Evangelio de la tentacion. Nuestro Señor Jesucristo nos dá, en efecto, en su persona divina, el ejemplo de la tentacion, con sus caracteres los más admirables y extraordinarios, puesto que llega hasta el punto de permitir al demonio, que ponga sus manos sobre su santa humanidad, y que le traslade de un lugar á otro. Empero, me apresuro á añadir, que, en su triunfo brillante sobre el espíritu tentador, nos presenta inmediatamente el modelo y la garantía de una victoria cierta contra las tentaciones, aún las más violentas y extremadas.

Pudiera yo, hermanos mios muy amados, con ocasion de este Evangelio, hablaros de las tentaciones, que torturan nuestra vida; y de las razones decisivas que tenemos, para que su permision no nos cause admiracion ni espanto, sino que nos mueva á precavernos y armarnos contra ellas; empero, he preferido deciros algunas palabras del tentador mismo, del demonio, autor é instigador del mal. Rara vez habreis oido tratar de este asunto en este lugar; sin embargo, conviene tratarlo, porque atravesamos una época en que nada se respeta; y en nuestros dias, algunos doctores del protestantismo, algunos neos intérpretes de la Biblia, contando con el apoyo de los numerosos libre-pensadores, no temen afirmar, que el demonio y las obsesiones, de las cuales habla el Evangelio, nunca han existido, sino en la imaginacion y el cerebro enfermo del vulgo crédulo é ignorante. Impugnar este error tan impío como grosero, é ilustraros, al mismo tiempo, sobre ciertas cuestiones importantes que se relacionan con el mismo asunto, es lo que me propongo hacer con mi discurso. Imploremos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Antes de ocuparme, queridos hermanos mios, en demostrar la existencia del demonio, su identidad propia, sus actos y los certificados de su orígen, como tambien la autenticidad de las obsesiones y posesiones del Evangelio, que le presuponen, permitidme recordaros, que tres especies de criaturas salieron de las manos de Dios: las criaturas propiamente espirituales, ó los ángeles; las criaturas mixtas, ó el hombre con su doble naturaleza y unidad de persona; y las criaturas simplemente corporales, divididas en dos clases, animadas, las unas, é inanimadas, las otras, cuyo uso y vista nos alimentan, nos encantan y regocijan.

No temais, hermanos mios, que pretenda con eruditos y laboriosos argumentos probaros la existencia del demonio, ni que me remonte al orígen de las cosas, para obligaros á asistir á la creacion de tantos millones de espíritus gloriosos, destinados á alabar á Dios eternamente, y á formar una corona radiante al rededor de su trono; nó, queridos hermanos; ni tiempo ni voluntad tengo para ello. Tampoco os hablaré de la historia y de las causas de la caida de un considerable número de esos espíritus, de la naturaleza de su falta, y de los castigos horribles, que fueron la consecuencia de ella, tales como la pérdida de los dones y de las gracias privilegiadas, que habian recibido, su vergonzosa derrota y expulsion del cielo, y los malos espantosos á que fueron condenados. Me limitaré á exponeros dos puntos importantes de la enseñanza católica sobre los demonios, que os

troducido su cabeza, cuando ya se apodera completamente de nosotros. Si queremos vencerla, rechacemos con brio y decision sus primeras asechanzas. La perdicion de Eva tuvo su orígen en el hecho de haberse detenido á discutir con el demonio sobre la inteligencia del precepto divino. Nosotros debemos imitar la conducta de Jesucristo, que, sin detenerse á declarar su infinito poder al tentador, ni hablarle de la conveniencia ú oportunidad del milagro, que solicitaba, le rechazó con una sentencia, que le dejó confuso y desvaneció todos sus proyectos. Haciéndolo así, el demonio se retirará avergonzado y confundido; las pasiones se amortiguarán, la concupiscencia quedará refrenada, la carne se humillará, y las virtudes crecerán en nosotros hasta hacernos varones perfectos, y disponernos á recibir la eterna corona, prometida á los que vencen hasta el fin, corona que á todos os deseo. Amen.

DEMONOLOGÍA.

Accedens tentator dixit ei.
Acercándose al tentador le dijo.
(Matth. IV, 3.)

Hermanos mios: el Evangelio de este dia puede, con razon, llamarse el Evangelio de la tentacion. Nuestro Señor Jesucristo nos dá, en efecto, en su persona divina, el ejemplo de la tentacion, con sus caracteres los más admirables y extraordinarios, puesto que llega hasta el punto de permitir al demonio, que ponga sus manos sobre su santa humanidad, y que le traslade de un lugar á otro. Empero, me apresuro á añadir, que, en su triunfo brillante sobre el espíritu tentador, nos presenta inmediatamente el modelo y la garantía de una victoria cierta contra las tentaciones, aún las más violentas y extremadas.

Pudiera yo, hermanos mios muy amados, con ocasion de este Evangelio, hablaros de las tentaciones, que torturan nuestra vida; y de las razones decisivas que tenemos, para que su permision no nos cause admiracion ni espanto, sino que nos mueva á precavernos y armarnos contra ellas; empero, he preferido deciros algunas palabras del tentador mismo, del demonio, autor é instigador del mal. Rara vez habreis oido tratar de este asunto en este lugar; sin embargo, conviene tratarlo, porque atravesamos una época en que nada se respeta; y en nuestros dias, algunos doctores del protestantismo, algunos neos intérpretes de la Biblia, contando con el apoyo de los numerosos libre-pensadores, no temen afirmar, que el demonio y las obsesiones, de las cuales habla el Evangelio, nunca han existido, sino en la imaginacion y el cerebro enfermo del vulgo crédulo é ignorante. Impugnar este error tan impío como grosero, é ilustraros, al mismo tiempo, sobre ciertas cuestiones importantes que se relacionan con el mismo asunto, es lo que me propongo hacer con mi discurso. Imploremos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Antes de ocuparme, queridos hermanos mios, en demostrar la existencia del demonio, su identidad propia, sus actos y los certificados de su orígen, como tambien la autenticidad de las obsesiones y posesiones del Evangelio, que le presuponen, permitidme recordaros, que tres especies de criaturas salieron de las manos de Dios: las criaturas propiamente espirituales, ó los ángeles; las criaturas mixtas, ó el hombre con su doble naturaleza y unidad de persona; y las criaturas simplemente corporales, divididas en dos clases, animadas, las unas, é inanimadas, las otras, cuyo uso y vista nos alimentan, nos encantan y regocijan.

No temais, hermanos mios, que pretenda con eruditos y laboriosos argumentos probaros la existencia del demonio, ni que me remonte al orígen de las cosas, para obligaros á asistir á la creacion de tantos millones de espíritus gloriosos, destinados á alabar á Dios eternamente, y á formar una corona radiante al rededor de su trono; nó, queridos hermanos; ni tiempo ni voluntad tengo para ello. Tampoco os hablaré de la historia y de las causas de la caida de un considerable número de esos espíritus, de la naturaleza de su falta, y de los castigos horribles, que fueron la consecuencia de ella, tales como la pérdida de los dones y de las gracias privilegiadas, que habian recibido, su vergonzosa derrota y expulsion del cielo, y los malos espantosos á que fueron condenados. Me limitaré á exponeros dos puntos importantes de la enseñanza católica sobre los demonios, que os

ayudarán singularmente á comprender las cuestiones, y hasta ciertos hechos prácticos y curiosos.

En primer lugar, la Iglesia nos enseña, que una de las consecuencias mas horrorosas de la caida de los malos ángeles, y de su pretension insensata de igualarse á Dios en gloria y en poder, fué una herida profunda y fundamental inferida á sus facultades, á su inteligencia y á su voluntad. Fueron entregados á este espíritu de error, á este sentido réprobo, que forma esta espantosa enfermedad, que se llama *ceguedad intelectual.* Ellos hicieron entónces un pacto eterno con la noche, con las tinieblas, y la mentira. Su corazon, á su vez, fué maldito, y entregado á un endurecimiento irremediable y desesperado; de suerte, que pueden decir, en cierto sentido, á las tinieblas: Vosotras sois mis hermanas; y al mal: Tú eres mi hermano. Hicieron como un divorcio eterno con la luz y el bien; y fueron condenados; lo que forma uno de sus suplicios y de sus rasgos distintivos, á amar el mal por el mal, y á odiar el bien por el bien: amor y ódio, que, en todos los idiomas y en todos los pueblos, son llamados diabólicos. Cuando el hombre obra el mal, lo obra libremente; pero no sin protesta. Cede, obedece al impulso de una naturaleza decaida, de instintos desgraciados; mas, en medio de sus extravíos, conserva el instinto de lo bueno, de lo justo y de lo verdadero; de suerte, que, aún en el sér mas degradado, existe algo, que no abdica jamás enteramente, que jamás enmudece, sino que grita y reclama contra el mal; y este algo es la conciencia. ¡Oh, qué hombre tan infeliz soy yo! exclama el Apóstol: No hago el bien que quiero: ántes bien hago el mal que no quiero.

Por eso, cuando por casualidad encontramos en los dramas sangrientos de la historia, ó en los tribunales, una de esas figuras de hombre (si tal puede llamarse quien nada tiene de humano), que han recorrido todos los grados de la humana perversidad, ó bien han descendido á un abismo de ferocidad, que nos llena de espanto y estupor, le rehusamos el título de hombre, y le llamamos, mónstruo. Tal es el título abominable con que las generaciones, de siglo en siglo, han estigmatizado á Neron, Calígula, Domiciano, y otros varios, cuya vida, y horribles crímenes no ignorais. En efecto; ¿cómo explicar, hermanos mios, tanta maldad, y esa infame voluptuosidad del mal por el mal? Los libre-pensadores, y otros adversarios de la doctrina católica, podrán, si gustan, esforzarse en explicar esos monstruosos fenómenos del órden moral; podrán no ver en ellos más que el resultado de cierta conformacion ú organizacion anormal, enferma, excepcional; empero el católico, guiado por los Libros santos y la autoridad de los Santos y de los Padres, sin que pueda acusársele de temerario ó supersticioso, reconoce en ellos un pacto, más ó ménos directo con el demonio, como San Gregorio el Grande señalaba la presencia de un demonio en cada uno de los soldados, que destrozaron, en una flagelacion sangrienta, la carne sagrada del Salvador.

Establecida ya, amadísimos hermanos, esta rabia furiosa del demonio por el mal, y su propagacion, su ódio á Dios, y su envidia de la gloria y redencion del hombre, me propongo demostrar tambien, en breves palabras, que Dios, al retirarle los dones y las gracias de eleccion de que le habia dotado, le dejó, como al hombre mismo despues de su caida, los dones y las fuerzas inherentes á su naturaleza espiritual, aunque profundamente alteradas y depravadas, y cierta preeminencia maravillosa, en todo, sobre las demás criaturas. Esto es lo que nosotros llamamos poder del demonio, poder, que está todo entero al servicio del mal, y de que se sirve para atormentar nuestros cuerpos, y perjudicarnos en nuestros bienes, en nuestra alma, arrastrándonos á la perdicion eterna. Puede el demonio tambien conspirar y formar como un pacto, una especie de alianza con hombres perversos y desesperados, que se le entregan expresa ó tácitamente, se hacen sus esclavos y sus satélites, y se alistan á su servicio, por medio de espantosas estipulaciones y tratados misteriosos.

Aquí, hermanos mios, no vamos á discutir con Dios, ni á pedirle por qué no tiene á Satanás encadenado en el fondo de los infiernos, sino que le deja libre en los aires y le permite atormentar al hombre, y tentarle de contínuo para perderle. En presencia de los hechos, que no dejan lugar á la menor duda, y de este poder exterior dejado al demonio, aún despues de su condenacion, lo cual es incuestionable; nosotros debemos adorar los consejos ocultos é insondables de Dios, é inclinarnos ante su voluntad, seguros, como lo estamos, de que esa especie de potestad, esas libertades concedidas al demonio, son puramente exteriores, y tan restringidas, que, si queremos, léjos de dañarnos, solo sirven segun las miras misericordiosas del Señor, para confusion del enemigo comun y glorificacion de los Santos.

Esa libertad y esa potestad limitadas del demonio, no pueden negarse ni desecharse sin negar el Evangelio, en cuyas páginas, su existencia y sus actos están demostrados de una manera clara y terminante con hechos ciertos é incontestables. Dejemos, empero, las teorías, las discusiones y los raciocinios, para entrar de lleno en la historia mas santa y venerada del mundo. ¿Qué leemos en ella, en lo

relativo á esta cuestion del demonio y de sus obsesiones, que implican necesariamente su presencia? Abrimos la sagrada Escritura, y leemos en el Evangelio S. Marc. IX, que un desventurado padre conduce un dia á los piés del Salvador á un pobre jóven poseido del demonio, conjurándole á que le curase: Espíritu sordo y mudo, dijo el Salvador, yo te lo mando, sal de este mozo, y no vuelvas más á entrar en él: *Surde et mute spiritus, ego præcipio tibi, exi ab homine et ne amplius introcas in eum.* Y como sus discípulos le preguntáran á solas, por qué motivo ellos no le habian podido curar, respondióles: *Hoc genus dæmoniorum in nullo potest exire, nisi in oratione et jejunio:* esta raza de demonios por ningun medio puede salir, sino á fuerza de oracion y de ayuno. En otro pasaje S. Luc. VIII, Nuestro Señor manda al demonio que le diga su nombre, y éste, obedeciéndole, le pide que no le mande ir al abismo, sino que le permita entrar en el cuerpo de animales inmundos que andaban por allí paciendo. Vosotros, oyentes mios, ya sabeis lo demás de esta historia. En otra ocasion, Jesucristo dijo á los setenta discípulos, muy satisfechos porque los demonios les estaban sometidos; que no se regocijáran de que les obedeciesen los espritus, sino de que sus nombres estuvieran escritos en el cielo: *In hoc nolite gaudere quia spiritus vobis subjiciuntur*... etc. Estos textos no necesitan comentario; es evidente, que aquí no se trata de meros enfermos ni de enfermedades imaginarias, sino de demonios reales, personales y verdaderos, así como de verdaderas obsesiones y posesiones demoníacas, que son un argumento invencible en favor de nuestra tésis, y de toda la doctrina católica sobre el tentador, sobre aquel á quien, en cierto sentido, se llama príncipe de este mundo.

2. Cuando el Salvador envió sus Apóstoles á predicar su Evangelio, les dió tambien la potestad de exorcisar ó de arrojar á los demonios; y vemos en los Hechos de los Apóstoles, que lo practicaron en diferentes ocasiones y circunstancias. Esta potestad no terminó con los Apóstoles: dura todavía en la Iglesia; y no es una palabra vana, un vano título, sino una gracia preciosa, una arma divina, de que puede usar ó no usar, segun las razones y circunstancias de que ella sola es juez, en su sabiduría infalible.

Vivimos en una época, en la que se hace muy poco caso de la gracia, y se dá muy poca importancia á la revelacion divina en el progreso y movimiento del género humano; se pretende, que el hombre, el hombre solo lo ha realizado todo con su potente génio, y que á él únicamente se le debe la gloria de haber creado esta brillante civilizacion, de la cual somos nosotros los hijos y los testigos, como

si la historia moral y social del mundo no demostrase, hasta la última evidencia, que es la obra bendita de Cristo y de su Iglesia.

Antes de la Encarnacion, la dominacion del demonio era habitual, constante y universal; y Bossuet no hizo más que consignar esta triste verdad, cuando, con su magnífico lenguaje, exclama, que ántes del Evangelio, el mundo entero no era sino un templo de ídolos, ó de adoradores del demonio, que se ocultaba detrás de ellos; y sus palabras son un magestuoso eco de los Padres de los primeros siglos, quienes unánimemente enseñaron, que el demonio, ántes de la venida misericordiosa del Salvador, era el príncipe y el rey del mundo. Me concretaré, hermanos mios, con citar aquí las palabras que el gran Athenágoras, filósofo ateniense, convertido á la fé, dirigió al emperador Cómodo en favor de los cristianos. Hablando en nombre de una valerosa diputacion, á cuyo frente iba, le expuso noblemente su opinion sobre el paganismo, que acababa de abandonar. «Los hombres, le dijo, son atraidos á los altares de los ídolos por los demonios, que los engañan, y hacen víctimas de sus sacrificios sangrientos: todas las divinidades mentirosas, á las cuales se han erigido estátuas en vuestros templos, fueron hombres comunes, cuyos nombres tomaron los demonios para poder, por medio de esta supercheria, imponer á la muchedumbre y arrastrarla á la perdicion.» Eusebio en su elogio de Constantino, declara lo mismo, y afirma, que por do quiera el espíritu del mal estaba oculto en los ídolos, hablaba y obraba por los oráculos, los mágicos y otros mil instrumentos y agentes de supersticiones paganas. San Cipriano sostiene la misma doctrina, añadiendo, que Satanás procuraba, por todos los medios, turbar las imaginaciones de los paganos, y espantarlos por medio de la aparicion de negras fantasmas y de sombrías visiones nocturnas, para conducir á esos infelices idólatras, con impresiones las más terribles, á los templos, y á sacrificar á los ídolos, que no eran otra cosa que ellos mismos.

Ahora, hermanos carísimos; bien podemos preguntar con San Atanasio ¿desde cuando comenzó el género humano á abandonar el culto de esas falsas divinidades? ¿No ha sido, desde que el Verbo de Dios se hizo carne, y habitó entre los hombres? ¿Desde cuando los oráculos tan celèbrados en la Grecia y de otras naciones han enmudecido y desaparecido? ¿No ha sido desde que el Salvador se ha manifestado á los hombres? Antes de su venida, viles sibilas gobernaban el mundo, y las naciones estaban atentas á las menores revelaciones de las pitonisas y de los oráculos de Delfos, de Dodona, de la Tracia y del Egipto; mas, desde que Cristo hizo oir su voz, y anunció su

doctrina, todos los adivinos y adivinas, confusos y humillados, bajaron de sus trípodes.

¿Cuando comenzó el mundo á reirse de los dioses y de los héroes, de Homero y de otros poetas, sino cuando Nuestro Señor triunfó de la muerte por su resurreccion gloriosa? ¿Desde cuando se burlan los mortales de las astucias y de la rabia de los demonios, sino desde la Encarnacion del Verbo, Señor y Dueño de todo, que tuvo piedad y misericordia del hombre? ¿No es desde esa hora para siempre bendita, que se ha visto en todas partes caer la mágia con los mágicos, y las escuelas con sus filósofos, convencidos de locura por la aparicion de Aquel, que es la sabiduría increada? San Atanasio se servia de esa fuga de los demonios llenos de terror, como de un argumento perentorio de la resurreccion del Salvador; pues con solo invocar su nombre, dice el Santo á los paganos, desaparecen en su presencia, ó le adoran y tiemblan, porque reconocen que Aquel, en quien los perversos se niegan á creer, es el verdadero Dios; esos espíritus del mal exclaman hoy, todavía, como cuando Cristo estaba visiblemente en la tierra: Jesús de Nazareth: ¿qué tenemos nosotros que ver contigo? Déjanos en paz: ¿has venido á exterminarnos? ya sabemos quién eres, *eres* el Hijo único de Dios. Luc. IV, 34. Jesús Hijo del altísimo Dios, en nombre del mismo Dios te conjuro, que no me atormentes. Marc. V, 7. San Cipriano, en su libro á Demetrio, atestigua, que los demonios se han visto obligados por el poder de Dios, á confesar la verdad del juicio futuro; y San Ambrosio, nos avisa en sus Cartas, que en los exorcismos por la imposicion de las manos, los demonios se sentian forzados á confesar, que no hay salvacion sin la fe en el misterio de la Sma. Trinidad. San Jerónimo, entre otras cosas curiosas, habla de la rabia furiosa y de las horribles contorsiones de los posesos, cuando eran conducidos ante los sepulcros de los Santos. En presencia de tales maravillas de la gracia, San Hilario, en uno de los arranques de su admiracion exclama: «El mundo sabrá ahora, que Cristo ha venido en realidad: los libros de los profetas le habian anunciado, y el cumplimiento de sus profecías, en la plenitud de los tiempos, demuestra, que ha venido. Los sepulcros de sus apóstoles y de sus mártires proclaman su divinidad por los milagros que en ellos se obran, y la potestad de su nombre revela lo que él es, puesto que, invocado, los mismos demonios lo confiesan temblando.

Empero, desviemos por un instante nuestros ojos del viejo paganismo, de Roma, de Atenas, del Egipto y de Babilonia, para fijarlos sobre los desventurados pueblos salvajes de nuestros tiempos, entre los cuales el cristianismo no ha podido aún hacer sentir su divina

influencia: ¿No encontramos en ellos los mismos absurdos, los mismos excesos, los mismos horrores? El infanticidio, la esclavitud, la fuerza brutal, con todas las crueldades más abominables ¿no pesan todavía sobre esas regiones del paganismo moderno? ¿Quien de entre nosotros, no ha leido con cierto espanto, lo que nuestros misioneros y viajeros refieren de las costumbres bárbaras de los antropófagos de la nueva Zelandia, y otras comarcas idólatras? ¿Son hombres ó demonios ocultos bajo la forma de hombres, aquellos salvajes diformes de las costas del África, y de Madagascar? Levantad el velo espeso que nos oculta el espectáculo de las costumbres horribles del Oriente; echad una ojeada al través del Indostan y del Japon, desde Delhí y el hermoso valle de Cachemira, hasta la cintura de islas, que rodean la India oriental; mirad por encima de esta famosa muralla de la China las escuelas y instituciones de Confucio, ¡qué refinamiento de lujo! pero, ¡qué de horrorosos males morales y sociales! ¿Cuál es la suerte y la proteccion que se da á la infancia, á la mujer, á la ancianidad, al pobre, y al enfermo? ¡Ay! bajo de aquel cielo tan bello, de aquellos climas tan puros, los desgraciados son absolutamente abandonados; y en vano buscariais en ellos un solo establecimiento de caridad y de beneficencia. Me equivoco; hermanos mios; un célebre gógrafo halló una pobre enfermería para algunos estropeados.

Hé ahí lo que es el hombre abandonado á sí mismo; hé ahí el mundo, sin la civilizacion de Cristo, y sin Iglesia; y en este mismo instante, que hago estas reflexiones, mi mente se traslada con dolor, no hácia esas comarcas infortunadas de América, donde la esclavitud es una institucion social y política, sino hácia esas risueñas orillas del Bósforo, donde yo percibo caravanas de mercaderes de esclavos blancos, la cabeza cubierta con el turbante, y llevando en la mano el Coran de Mahoma, que van á comprar en cambio de oro, como vil rebaño, á pobres criaturas humanas, cautivos, que han sido arrancados á sus madres y á su patria. Miéntras os estoy hablando; carísimos hermanos, graciosas y bellas jóvenes, doncellas adornadas de todas las gracias de la naturaleza, y con frecuencia enriquecidas de los más hermosos dones del corazon y del espíritu, vuelven hácia nosotros sus miradas suplicantes y derramando lágrimas. Angeles de bondad y de candor, encadenadas por espantosos demonios, yacen tristemente y por grupos en los mercados de esclavos del Oriente, donde son indignamente visitadas y examinadas por las manos de infames mahometanos, que van á traficar con su inocencia y sus personas. En vista de estos espantosos excesos del paganismo, ó de la infidelidad, nuestros modernos filósofos y libre-pensadores, no va-

cilan en atribuirse el título de sábios, y en reirse de la piedad de nuestros sábios y venerados Padres de la Iglesia de los primeros siglos, porque vieron las obras del demonio en todas esas monstruosidades del paganismo; empero, ¿puede negarse que los hechos del mundo contemporáneo, fuera de nuestra jóven Europa, están demostrando hasta la evidencia, la accion y la presencia del génio del mal, de Satanás, enemigo desesperado de Dios Criador y Padre del género humano?

Ya veis, queridos hermanos, lo que debe pensarse de la nueva doctrina de algunos protestantes y neo-intérpretes de la santa Escritura, de nuestros racionalistas modernos, que, desde lo alto de su autoridad privada, han decidido, que el demonio es un mito, y los endemoniados del Evangelio una quimera, miéntras que todos los monumentos más sagrados, las autoridades más respetables, y la Iglesia, toda entera, proclaman lo contrario.

3. Establecidos estos hechos, admitidos estos principios, ¿qué debemos pensar, en general, de todas esas historias, más ó ménos formales y conmovedoras de mágicas, de hechiceras, y otros fenómenos del mismo género, con que se nos meció en nuestra infancia, espantó nuestra imaginacion, aún en la edad madura, y que parece renacer y revivir bajo mil formas, más ó ménos extrañas, en nuestra edad, que por ser la edad del progreso, no es, seguramente, la edad de oro de la perfeccion moral? ¿Será preciso atribuir todas las maravillas, que de público se refieren, al demonio, *á priori*, y no hemos de ver en ellas absolutamente más que al hombre solo con su fuerza natural y su genio personal?

Mi breve respuesta, aunque no infalible, será decisiva y segura, puesto que sirve comunmente de regla á las personas prudentes en sus juicios. Por de pronto, cuando se tratan estas cuestiones tan delicadas de hechos demoníacos, ó no demoníacos, no debemos por sistema, ó de una manera absoluta, negar la intervencion del genio del mal. En efecto, se comprende facilmente esta complicidad del demonio, despues de todo lo que he dicho, de su potestad y de su malicia, posesiones y obsesiones del Evangelio, y mucho más si se tienen en cuenta, las pasiones y los instintos corrompidos del hombre. La opinion, que admite la posibilidad, en ciertos casos, la probabilidad de un comercio diabólico, de un pacto horrible, entre ciertos hombres de una perversidad consumada, y el demonio, nada tiene de contrario á la doctrina católica; y si despues de la Encarnacion, el poder del espíritu del mal ha disminuido notablemente, si es ménos insolente en sus ataques, no es porque el demonio haya cedido en

nada de su ódio y envidia: él es siempre el príncipe del desórden y el rey del mal. Empero, si, en principio, no se puede negar ni desechar absolutamente la participacion del demonio en ciertos hechos, que presentan señales casi ciertos de su intervencion personal, y que nos dan, sino una certeza absoluta, á lo ménos una certeza moral, suficiente, para que la Iglesia haga uso de sus privilegios; tampoco debemos ver el espíritu del mal en todo y por todo, sin el exámen de una sana crítica, sin consultar el diagnóstico y la autoridad de la Iglesia, y sin un prudente discernimiento, y suponer un demonio en la cabeza de todos los pretendidos hechiceros y mágicos de todos los tiempos y de todos los paises; si no queremos ser semejantes á los habitantes de no sé que ciudad, que creyéndose todos endemoniados, se agitaban y se atormentaban incesantemente, para librarse de su feroz huésped: no sea que nuestra imaginacion, exaltada, acabase por convertir el mundo en una especie de *pandæmonium* horroroso, y hacer de todos, más ó ménos, comparsas y agentes del demonio.

Aquí, hermanos mios, me hallo en una rápida pendiente, y sin pena me deslizo en el exámen de ciertos hechos y de ciertas posesiones demoníacas, célebres en la historia de nuestros dias. ¿Quien no ha oido hablar de las espantosas escenas de Loudun, de Louviers, de los Cevennes, y otros lugares? Por punto general, y en práctica, creo que deben leerse con cierta desconfianza y con prudente reserva, lo que algunos historiadores sospechosos é incompetentes han escrito acerca del particular, y ordenar nuestra conducta y nuestro juicio segun los principios de que ántes he hablado.

Es posible, y aún probable, que el demonio, príncipe del desórden, y que en su rabia del mal, hace una guerra encarnizada, sobre todo, á las almas, y á las casas más santas, no ha sido extraño á muchas de las causas, que han producido ciertas escenas de delirio y de discordia intestina, puesto que él es el primer autor de la famosa máxima: *divide ut imperes*, divide para reinar; pero creo asimismo, que, en gran parte, deben atribuirse á una imaginacion exaltada, al miedo, que es contagioso, á las impresiones de un temperamento enfermizo y nervioso, como tambien á una notable debilidad de espíritu y de juicio, que no es rara entre ciertas mugeres. No dudo, que adolecen de exageracion los relatos de los hechos á que he aludido, y, por lo mismo, tengo por una severidad exagerada, ú error deplorable, su remedio y represion. La Iglesia no ha cesado de perseguir con sus anatemas á todos los fautores de adivinaciones, maleficios é imposturas, tan perniciosos para nuestras almas, y tan enemigos de

la paz y del reposo de las familias y de la sociedad. Cualquiera que estudie la historia de la Iglesia con intencion pura, reconocerá, que jamás ha cesado de luchar contra las supersticiones, las locas creencias, las prácticas ocultas, condenándolas en sus Concilios, ordenando á los confesores y á los predicadores, que se esfuercen en desarraigarlas con exhortaciones y razones sólidas. El Concilio de Trento, despues de haber condenado esos diversos errores, recomienda á los obispos, que preserven á los fieles de todo cuanto pueda conducirlos á la supersticion, y á escandalizar al prójimo.

Las armas que siempre ha empleado la Iglesia para combatir á esa infinita variedad de supersticiones, han sido constantemente las espirituales, la enseñanza y la instruccion para ilustrar á sus hijos, y colocarlos en situacion de no confundir la verdad y la doctrina católicas, con los errores que pudieran alterarlas, oscurecerlas ó exagerarlas.

No tengo que detenerme aquí en explicar ni en justificar los medios extremos empleados, á veces, por la potestad secular, para cortar un mal, que turbaba todas las imaginaciones, y ponia en riesgo los intereses de las familias en el órden moral, social y religioso: nos hallamos muy distantes de los tiempos y de las costumbres de la edad media, y aún de una época más inmediata á la nuestra; nuestras leyes, nuestras instituciones y nuestros hábitos se han suavizádo, y aún transformado con la luz y la influencia vivificadora del Evangelio, de la cual, aún sin saberlo, estamos impregnados. Mas, si en nuestro siglo de progreso y de tolerancia, no se quema ya á los hechiceros y á los mágicos, ¿debemos mofarnos y reirnos de ellos? Nuestras burlas no impiden que existan y se perpetuen.

Una palabra, al concluir, sobre las locas creencias de hoy dia, acerca de este asunto, no con el objeto de discutirlas ó definirlas, sino para prescribiros algunas reglas de conducta, que debeis seguir, en presencia de las tristes enfermedades del espíritu humano, que se extravia y malea, siempre que se separa de la autoridad de la Iglesia. En efecto; ¿cómo intentar siquiera en un breve discurso, la exposicion de una mínima parte de cuanto concierne á los espíritus, los duendes, las brujas, los fantasmas, los hechiceros y sus maleficios; los hechos de los demonios, y de los mágicos, de que nos hablan mil cuentos populares? ¿Cómo mencionar las mil formas de adivinaciones supersticiosas, desde la quiromancia de los Bohemios nómadas, hasta el arte de predecir de las mugercillas, que echan las cartas en nuestras encrucijadas; desde la astrología y el magnetismo, hasta las mesas giratorias y parlantes de nuestros elegantes salones, á las

cuales los espíritus prodigan sus visitas de favor, y en donde parece que se complacen en abrir las cien puertas de lo porvenir? Me limito, pues, hermanos mios, á indicaros algunos principios generales y algunas reglas seguras, con cuya ayuda no os extraviareis en el dédalo misterioso de esas imposturas, ó errores groseros y peligrosos.

La primera observacion que se puede notar para servir de regla de conducta, es, que, en general, y ordinariamente, las supersticiones y las prácticas ocultas son ataques directos ó indirectos contra la religion, y proceden de los desertores de la fe, de la heregía, del cisma y de los incrédulos: por lo tanto, hay que desconfiar, y precaverse de todos esos embustes.

Otra observacion se ofrece, no ménos justa, ni ménos fundada; y es, que ni la autoridad, ni la ciencia han podido comprobar, analizar, ni acreditar ninguno de los hechos maravillosos de que se habla. Además, amados fieles, en todo tiempo, la Iglesia ha condenado la adivinacion y las prácticas supersticiosas, como una triste herencia de las tradiciones paganas. Desconfiad, por lo tanto, de todos esos experimentos, más ó ménos maravillosos, más ó ménos demoníacos, cuyo fin principal es el interés, y cuyo peligro y horribles consecuencias son frecuentemente el desórden y la perturbacion de la inteligencia; y lo que es más deplorable, la pérdida de la fé y la ruina de la conciencia.

Voy á concluir, mis queridos hermanos, por donde he empezado, recordándoos, que nuestra vida es una tentacion continua, que el demonio está en todas partes, no para dominarnos, como sucede en los casos de posesion, sino para tentarnos. Él nunca duerme y se aprovecha de las cosas más ténues para perdernos, á imitacion de las sirenas, en concepto de los antiguos, tiene lugares y teatros para fascinarnos y seducirnos. Yo me inclino á creer, que ciertos almacenes de vanidad, ciertas diversiones y fiestas, ciertas reuniones muy poco en armonía con el espíritu del Evangelio, ciertas pompas y locuras, principalmente en dias señalados, le son muy agradables; porque le ofrecen ocasion oportuna para la caza de almas y de conciencias.

Procuremos, pues, hermanos mios, imitar el ejemplo del Salvador en el Evangelio; huyamos del peligro, y opongamos siempre, á las asechanzas y tentaciones de nuestro enemigo, una resistencia invencible; la vigilancia y la oracion, la cruz, que le pone en fuga, y una confianza filial en la Santísima Virgen María, quien aplastará la cabeza de la serpiente infernal, como se nos ha prometido para nuestro consuelo. *Amen.*

DIVISIONES.

DEMONIO.—Sabido es, que el demonio no trabaja sino para cegar á los hombres; y, sin embargo, hay hombres bastante locos para complacerle con preferencia.

Sabido es, que el poder que tiene sobre los hombres, no obsta para que deje de ser la mas esclava de las criaturas; y, sin embargo, hay hombres bastante débiles para servirle.

DEMONIO.—Es un enemigo, que se oculta en las tinieblas: se necesita, pues, luz para no ser víctima de sus sorpresas.

Es un enemigo, que se vale de todos los medios para hacernos violencia: por lo tanto, hay que desconfiar de todo para vencerle.

Es un enemigo temerario en el combate: por lo tanto, hay que oponerle una resistencia contínua.

DEMONIO.—Jesucristo, al arrojar al demonio de los cuerpos, nos ha enseñado el modo de arrojarle de nuestras almas.

Jesucristo, al arrojar al demonio, y al arrojarle todos los dias de la Iglesia, que es su Estado, nos ha enseñado el modo con que debemos arrojarle de nuestra condicion, de nuestro estado y de nuestra profesion.

Jesucristo, al arrojar al demonio de su presencia, nos ha enseñado el modo de apartarle de nuestra compañía.

DEMONIO.—Es necesario combatirle, miéntras nos deja en paz, del mismo modo que cuando nos hace la guerra.

Es necesario resistirle, resistiendo á todos los que nos inducen al mal.

Es necesario resistirle con la cruz de Jesucristo.

DEMONIO.—Debemos estar prevenidos para cuando se nos aproxime el demonio, porque lo hace siempre con incomparable sutileza.

Debemos estar prevenidos contra la presencia del demonio, porque no se acerca al hombre sino con disimulo.

Debemos estar prevenidos contra la retirada del demonio, porque no se aleja del hombre sino con disgusto.

DEMONIO.—Podemos vencer al demonio, triunfando de nosotros mismos.

Podemos vencer al demonio, borrando nuestros pecados.

Podemos vencer al demonio, perseverando en las buenas obras.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Inimicitias ponam inter te et mulierem, et semen tuum et semen illius: ipsa conteret caput tuum, et tu insidiaberis calcaneo ejus. Gen. III, 15.

Yo pondré enemistades entre tí y la mujer, y entre tu raza y la descendencia suya: ella quebrantará tu cabeza, y tú andarás acechando á su calcañar.

Quomodo cecidisti de cœlo, Lucifer, qui mane oriebaris? corruisti in terram, qui vulnerabas gentes. Isai. XIV, 12.

¿Cómo caiste del cielo, oh Lucero, *tú que tanto* brillabas por la mañana? ¿Cómo fuiste precipitado por tierra, tú, que has sido la ruina de las naciones?

Clamaverunt (diaboli) dicentes: Quid nobis et tibi, Jesu Fili Dei? Venisti huc ante tempus torquere nos. Matth. VIII, 29.

Empezaron á gritar (los diablos) diciendo: ¿qué tenemos que ver contigo, oh Jesus hijo de Dios? ¿Has venido acá con el fin de atormentarnos ántes de tiempo?

Spiritus inmundi, cum illum videbant, procidebant ei: et clamabant dicentes: tu es Filius Dei. Marc. III, 11.

Hasta los poseidos de espíritus inmundos, al verle, se arrodillaban delante de él, y gritaban diciendo: tú eres el Hijo de Dios.

Exibant autem dæmonia à multis clamantia et dicentia: quia tu es Filius Dei: et increpans, non sinebat ea loqui, quia sciebant ipsum esse Christum. Luc. IV, 41.

De muchos salian los demonios gritando y diciendo: tú eres *el Mesías*, el Hijo de Dios; y con amenazas les prohibia decir, que sabian que él era el Cristo.

Venit diabolus, et tollit verbum de corde eorum, ne credentes salvi fiant. Luc. VIII, 12.

Viene luego el diablo, y les saca de sus corazones la palabra *de Dios*, para que no crean ni se salven.

Vos ex patre diabolo estis, et desideria patris vestri vultis facere. Ille homicida erat ab initio, et in veritate non stetit, quia non est veritas in eo: cum loquitur mendacium, ex propriis loquitur,

Vosotros sois hijos del diablo, y así quereis satisfacer los deseos de vuestro padre: él fué homicida desde el principio, y *criado justo*, no permaneció en la verdad: y así, no hay verdad en él: cuando

quia mendax est et pater ejus. JOANN. VIII, 44.

dice mentira, habla como quien es, por ser de suyo mentiroso, y padre de la mentira.

Deus hujus sæculi excæcavit mentes infidelium, ut non fulgeat illis illuminatio Evangelii. II CORINTH. IV, 4.

El dios de este siglo (el diablo) ha cegado los entendimientos de esos incrédulos; para que no les alumbre la luz del Evangelio.

Ipse Satanas transfigurat se in angelum lucis. II COR. XI, 14.

El mismo Satanás se transforma *á veces* en ángel de luz.

Induite vos armaturam Dei, ut possitis stare adversus insidias diaboli. EPHES. VI, 11.

Revestíos de la armadura de Dios, para poder contrarestar á las asechanzas del diablo.

Sobrii stote, et vigilate; quia adversarius vester diabolus, tamquam leo rugiens circuit, quærens quem devoret. I PETR. V, 8.

Sed sobrios y estad en *contínua* vela; porque vuestro enemigo el diablo, anda girando como leon rugiente al rededor de vosotros, en busca de presa que devorar.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Jesucristo nos dice, que el demonio es mentiroso y homicida, desde el principio del mundo. En efecto: la ruina de todo el género humano fué causada por la envidia y tentacion de ese espíritu infernal. Léase en el cap. III del Génesis la triste narracion de la caida de nuestros padres y de nuestra perdicion.

A pesar de la victoria que el demonio obtuvo de nuestros primeros padres, y del dominio que ejerció sobre el género humano, á causa de la primera prevaricacion, no puede hacer sino lo que Dios le permite. Así se vió en Job, contra cuyos bienes y persona no se enfureció, hasta que Dios le dió permiso, primero, contra los bienes y familia, y despues, contra su cuerpo. JOB, I y II.

Lleno de envidia por el noble y eterno destino que perdió el demonio, destino al cual fué ascendido el hombre, por la misericordia de Dios, siempre promueve el mal, y procura nuestra desgracia temporal y espiritual. Así, la Escritura atribuye á Satanás el capricho que tuvo David, de levantar un censo general de sus estados, capricho que desagradó á Dios, y acarreó una horrible peste á todo el reino. I PARALIP. XXI.

Dios permite muchas veces, que el demonio nos alucine, en castigo de nuestra obstinacion y del desprecio que hacemos de su voz amorosa. Así se verificó con el impío rey Acab. Miqueas, profeta del

Señor, le habia anunciado, que no debia emprender la guerra contra Siria; pero él se burló del profeta, y le mandó poner preso, para matarle al regresar de la guerra, despues de obtenida su soñada victoria: mas el Señor, para castigar su impiedad «permitió salir *del abismo* al espíritu *maligno*, y presentóse al Señor, diciendo: yo engañaré á Acab *si me lo permites*... saldré, y seré un espíritu mentiroso en la boca de todos sus profetas. Y dijo el Señor: le engañarás, y lograrás tu intento: vete y haz lo que dices.» II REG. XXII.

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Lata et spatiosa itinera vitæ lælhalis: illic illecebræ et mortiferæ voluptates: illic diabolus blanditur, ut fallat; arridet, ut noceat; allicit, ut occidat. S. CYPRIAN. IN QUAD. EPIST.

Los caminos de la vida del pecador son anchos y espaciosos: en ella abundan los deleites halagüeños y mortíferos; en ella el diablo lisonjea para poder engañar; adula para dañar; halaga para matar.

In primis gravis et insuperabilis est impetus diaboli: quod si quis forti animo sustinuerit eum, in secundo inveniet eum infirmiorem. Quanto enim plus percussus fuerit, magis refrigescit et deficit. S. CHRYSOST. SUPER MATTH.

Temible y casi insuperable es el primer ímpetu del demonio: el que le resiste con constancia, ya lo experimenta mas débil al repetirse: y comunmente, cuanto más se rechaza el demonio, tanto más se desalienta y desiste.

Diabolus plerumque vult nocere, et non potest, quia potestas ista est sub potestate. Nam si tantum posset nocere diabolus, quantum vult, aliquis justorum non remaneret. S. AUG. IN PSALM.

Muchas veces el demonio quiere perjudicarnos, y no puede; porque todo su poder se limita á lo que Dios le permite. Si él pudiese hacer todo el mal que desea, no quedaria ni un solo justo.

Sine permisione Dei diabolum non posse nocere cognoscas; ne potentiam diaboli magis timeas, quam divinitatis offensam. S. AMBROS. IN LUC.

Sábete, que el demonio no puede dañarte, sin que Dios se lo permita: así, no temerás más el poder del demonio, que el ofender á Dios.

Perfecte adversarius vincitur, quando mens nostra in tentamenta ejus ad delectationem atque consensum non contrahitur, et inter contumelias proximi ab odio

Vencemos completamente á nuestro infernal enemigo, cuando no consentimos en el deleite de sus tentaciones: cuando reprimimos el ódio por las injurias que

custoditur, et inter flagella Dei à murmuratione compescitur. S. Greg. in Homil.

Dæmonium est mala suggerere, nostrum est non consentire. Quoties eis resistimus, toties eos superamus, angelos glorificamus, Deum honoramus, qui visitat, ut pugnemus; adjuvat, ut vincamus; consolidat, ne deficiamus. S. Bernard.

recibimos, y nos guardamos de murmurar de Dios, que nos castiga.

Es propio de los demonios sugerirnos el mal, pero nuestro deber es, no consentir en él. Cuantas veces los resistimos, otras tantas los vencemos, damos gloria á los ángeles, y honramos á Dios, que permite la tentacion para que peleemos, nos ayuda para que triunfemos, y nos dá fuerzas para que no desmayemos.

DESAFÍO.

Non vosmetipsos defendentes... mihi vindicta, ego retribuam, dicit Dominus.

No os vengueis vosotros mismos... á mi toca la venganza, yo haré justicia, dice el Señor.

(*Rom.* XII, 19.)

En el dia se observa un hecho grave, aflictivo y desconsolador, que no puede ménos de llamar la atencion de todos los hombres pensadores. Tal es la frecuencia espantosa de los desafíos. Si esta plaga, que alarma vivamente á la sociedad, si esta lepra social, que asola tantas familias, si este espantoso cáncer, que hace tantas víctimas, va tomando creces, es porque su causa aumenta en proporcion. Ahora bien: esta causa es la soberbia. Invadida la sociedad por este vicio infame, las relaciones de hombre á hombre sufren una alteracion profunda; las ofensas toman un carácter más grave; los ódios son

más generales y duraderos, y los desafíos más frecuentes. No tienen otro orígen, si bien se estudian, todos estos desórdenes. La soberbia, que desde el principio del mundo, aspiró á ser reina de los hombres, toca con su cetro maléfico á las generaciones, y las convierte en sociedad de salvajes. El hombre dice: *Sobre mí, nada*, y desprecia toda autoridad; *contra mí, nada*, y quisiera reducir á pavesas á cuantos le ofenden ó se le oponen. En vano la Iglesia nos repite las palabras, que San Pablo dirigia á los Romanos: á nadie volvais mal por mal; renunciad á la propia defensa por venganza, puesto que tenemos por vengador al mismo Dios; los duelos son cada vez más frecuentes, y, lo que parece increible, en estas horribles trasgresiones de las leyes naturales, divinas y humanas, se hace consistir el honor. Tal es la depravacion intelectual y moral de los hombres en el siglo llamado de los progresos y de las luces. Contra este desórden impío, bárbaro, irracional, salvaje, ridículo, ignominia de la civilizacion, y baldon de la sociedad humana, quiero, hoy, levantar mi voz, en nombre de la religion y de la sociedad, para demostraros, que el desafío es una costumbre impía, ridícula y bárbara: impía en su principio; ridícula en sus motivos; bárbara en sus resultados. Ayudadme, primero, á implorar los auxilios necesarios. A. M.

1. De la soberbia á la impiedad hay muy pocos pasos; y cuando vemos en el hombre refinamiento y exceso de soberbia, la impiedad está dominando ya su corazon. Ahora bien: el desafío no es más que el refinamiento y exceso de la soberbia; por esto he dicho, que es impío en su orígen. La exagerada idea, que el hombre se forma de sí mismo, le hace suponer grande aún la mas pequeña ofensa, y le arrastra á cometer los más repugnantes desmanes; y hasta á negar el derecho divino y la suprema autoridad de Dios para dar leyes al hombre. Bajo este punto de vista, hay en el desafío una apariencia de impiedad, ya que no digamos, que la hay en el corazon de los que le provocan, admiten, ó autorizan. Si en el corazon de los duelistas hubiese creencias positivas, estas creencias tendrian formada en él una repugnancia habitual, espontánea y permanente, no digo ya á provocar á otros á un bárbaro combate á muerte, pero ni á tomar la más pequeña parte en un crímen, que es tan grande ante la ley divina y ante la humana. Pero, cuando la impiedad ó la indiferencia religiosa reinan en los corazones, cuando se supone que, ó no hay Dios, ó que no cuida de las cosas del mundo, cuando se cree, que nada hay más allá de la tumba, el hombre no reconoce ley alguna para sus vicios. *Antes que yo, nadie; sobre mí, ninguno; contra mí, na-*

custoditur, et inter flagella Dei à murmuratione compescitur. S. Greg. in Homil.

Dæmonium est mala suggerere, nostrum est non consentire. Quoties eis resistimus, toties eos superamus, angelos glorificamus, Deum honoramus, qui visitat, ut pugnemus; adjuvat, ut vincamus; consolidat, ne deficiamus. S. Bernard.

recibimos, y nos guardamos de murmurar de Dios, que nos castiga.

Es propio de los demonios sugerirnos el mal, pero nuestro deber es, no consentir en él. Cuantas veces los resistimos, otras tantas los vencemos, damos gloria á los ángeles, y honramos á Dios, que permite la tentacion para que peleemos, nos ayuda para que triunfemos, y nos dá fuerzas para que no desmayemos.

DESAFÍO.

Non vosmetipsos defendentes... mihi vindicta, ego retribuam, dicit Dominus.

No os vengueis vosotros mismos... á mi toca la venganza, yo haré justicia, dice el Señor.

(*Rom.* XII, 19.)

En el dia se observa un hecho grave, aflictivo y desconsolador, que no puede ménos de llamar la atencion de todos los hombres pensadores. Tal es la frecuencia espantosa de los desafíos. Si esta plaga, que alarma vivamente á la sociedad, si esta lepra social, que asola tantas familias, si este espantoso cáncer, que hace tantas víctimas, va tomando creces, es porque su causa aumenta en proporcion. Ahora bien: esta causa es la soberbia. Invadida la sociedad por este vicio infame, las relaciones de hombre á hombre sufren una alteracion profunda; las ofensas toman un carácter más grave; los ódios son

más generales y duraderos, y los desafíos más frecuentes. No tienen otro orígen, si bien se estudian, todos estos desórdenes. La soberbia, que desde el principio del mundo, aspiró á ser reina de los hombres, toca con su cetro maléfico á las generaciones, y las convierte en sociedad de salvajes. El hombre dice: *Sobre mí, nada*, y desprecia toda autoridad; *contra mí, nada*, y quisiera reducir á pavesas á cuantos le ofenden ó se le oponen. En vano la Iglesia nos repite las palabras, que San Pablo dirigia á los Romanos: á nadie volvais mal por mal; renunciad á la propia defensa por venganza, puesto que tenemos por vengador al mismo Dios; los duelos son cada vez más frecuentes, y, lo que parece increible, en estas horribles trasgresiones de las leyes naturales, divinas y humanas, se hace consistir el honor. Tal es la depravacion intelectual y moral de los hombres en el siglo llamado de los progresos y de las luces. Contra este desórden impío, bárbaro, irracional, salvaje, ridículo, ignominia de la civilizacion, y baldon de la sociedad humana, quiero, hoy, levantar mi voz, en nombre de la religion y de la sociedad, para demostraros, que el desafío es una costumbre impía, ridícula y bárbara: impía en su principio; ridícula en sus motivos; bárbara en sus resultados. Ayudadme, primero, á implorar los auxilios necesarios. A. M.

1. De la soberbia á la impiedad hay muy pocos pasos; y cuando vemos en el hombre refinamiento y exceso de soberbia, la impiedad está dominando ya su corazon. Ahora bien: el desafío no es más que el refinamiento y exceso de la soberbia; por esto he dicho, que es impío en su orígen. La exagerada idea, que el hombre se forma de sí mismo, le hace suponer grande aún la mas pequeña ofensa, y le arrastra á cometer los más repugnantes desmanes; y hasta á negar el derecho divino y la suprema autoridad de Dios para dar leyes al hombre. Bajo este punto de vista, hay en el desafío una apariencia de impiedad, ya que no digamos, que la hay en el corazon de los que le provocan, admiten, ó autorizan. Si en el corazon de los duelistas hubiese creencias positivas, estas creencias tendrian formada en él una repugnancia habitual, espontánea y permanente, no digo ya á provocar á otros á un bárbaro combate á muerte, pero ni á tomar la más pequeña parte en un crímen, que es tan grande ante la ley divina y ante la humana. Pero, cuando la impiedad ó la indiferencia religiosa reinan en los corazones, cuando se supone que, ó no hay Dios, ó que no cuida de las cosas del mundo, cuando se cree, que nada hay más allá de la tumba, el hombre no reconoce ley alguna para sus vicios. *Antes que yo, nadie; sobre mí, ninguno; contra mí, na-*

da. Ved ahí la última fórmula del orgullo humano; y á estas tres blasfemias, grito de los corazones impíos, se sacrifica la amistad, se sacrifica el honor, se sacrifica la vida, se sacrifica la religion, y se sacrificaria todo el género humano, si tuviese una cabeza para acabar con él de una vez, como deseaba hacerlo el más detestable de los antiguos tiranos de Roma. Desde el instante, en que la impiedad rompe el freno de las creencias, y domina los depravados instintos del hombre, el natural desórden de las pasiones se revela con toda su fuerza; entónces, apenas se recibe una injuria ú ofensa, sea grande, sea pequeña, la ira se exalta, la venganza se apetece y se busca, y la rabia de la osa á quien robaron los hijuelos, no iguala á su frenesí destructor. La impiedad, pues, ó la indiferencia, que es lo mismo, es el orígen de los desafíos.

Por esto observareis, que la locura del desafío se desarrolla en todas las épocas de incredulidad. Imposible es explicar por otro principio, tanta y tan horrible depravacion como la que supone el provocar, el admitir y autorizar el desafío. Cuando ni al que provoca, ni al que admite, ni al que autoriza el desafío, le causa horror la sola idea de un acto tan reprobable, señal es, de que no están muy arraigadas las divinas creencias en sus corazones. Estudiad la vida y las costumbres de los que toman parte directa ó indirecta en los desafíos; no encontrareis entre ellos á personas piadosas, á personas que asistan con frecuencia al templo del Señor, y que practiquen la religion; sino á personas que no asisten jamás á un acto religioso, á gente, ó sospechosa en sus creencias, ó visiblemente impía. Y si de una persona á quien considerábamos como cristiana, se nos dijese, que habia provocado ó admitido semejante exceso, desde luego creeríamos, ó que su espíritu religioso habia sido hipocresía, ó que habia renunciado á la fe para satisfacer un deseo de venganza. Porque, decidme, amados oyentes, ¿cómo es posible, que teniendo fe en Dios, temiéndole y amándole, estando además convencido, de que despues de esta vida, hay otra, y de que en el momento de morir en un desafío, ha de presentarse el duelista ante el tribunal de Dios, para darle cuenta de todos sus pensamientos y acciones, y si sabe y cree, como debe saber y creer, que entónces mismo comenzará para él una eternidad desgraciada; cómo es posible, repito, que hallándose familiarizado con estas aterradoras ideas, se atreva á provocar, ó admitir el desafío? Tal vez se diga, que la ira ofusca la razon, y que á los duelistas no se les ocurren estas ideas, por más que se hayan nutrido con ellas. Vana respuesta. Sabemos que la ira ofusca la razon; por esto no nos sorprende, que un hombre irritado cometa un crímen; pero

no olvidemos, que á los desafíos les preceden tarjetas, declaraciones, la eleccion de padrinos, y otras formalidades ridículas, con las cuales se dá tiempo más que suficiente para calmar la ira. Lo repito: los duelistas, y los que los apadrinan, son impíos, ó, á lo ménos, no están muy arraigados en sus creencias.

Además, sabido es, que la Iglesia ha condenado siempre el desafío. El santo concilio de Trento fulmina excomunion, contra los padrinos, contra los que conceden á los duelistas campo para el combate, contra los que de cualquiera manera aconsejen el duelo, contra los que lo presencien, y priva de los sufragios y de la sepultura eclesiástica á los que mueran en el desafío. No hay quien ignore estas solemnes disposiciones de la Iglesia. Pues bien, cuando los duelistas se desentienden de ellas, las desobedecen y desprecian, revelan la impiedad de su corazon, que les hace, ó mirar como una mentira lo que la Iglesia les enseña, ó despreciar las penas con que la Iglesia les amenaza.

Amados oyentes, guardaos bien de imitar estos ejemplos que revelan, en los que los dan, un fondo de impiedad abominable. Guardaos bien de toda lectura de libros, en que se elogie á los duelistas. Solo son dignos de infamia y baldon los que desprecian á Dios, y á todas las leyes divinas, naturales y humanas. Ved aquí lo que voy ahora á demostraros.

2. Nada más comun, que recurrir al honor cuando se trata de justificar un duelo. ¡Honor! exclama el que desafía. ¡Honor! repite el que acepta. ¡Honor! murmuran los medianeros ó padrinos. Lance de honor le llaman sus defensores. Pero, ¿saben los que así hablan, qué se entiende por honor? Honor para la criatura, miéntras ultraja á su Criador; ¿quién defiende este delirio? Honor para el hombre, miéntras se ultraja á la humanidad; ¿quién puede figurárselo? Honor para un ser racional, miéntras insulta á la razon; ¿quién se atreve á defenderlo? Si para los duelistas y sus defensores algo valiese el testimonio de Dios, les recordaria, que el Espíritu Santo dice en el libro de los Proverbios: *Honor est homini, qui separat se à contentionibus*. Prov. xx, 3. Es honor del hombre el huir de disputas ó contiendas. Les haria ver, que la gloria y el justo motivo de gloriarse, como dice el Eclesiástico, consisten en el temor de Dios: *Timor Domini gloria et gloratio*. Eccli. i, 11. Traeria á su memoria aquella sentencia del Espíritu Santo: Honrada será la descendencia del que teme á Dios; y deshonrada será la del que traspasa los mandamientos del Señor: *Semen hominum honorabitur, quod timet Deum;*

semen autem exhonorabitur, quod præterit mandata Domini. Eccli. x, 23.

Pero ya que no admiten los duelistas el testimonio de Dios, para enseñarles en qué consiste el verdadero honor, voy á citarles las palabras de uno de los mas célebres deistas de los tiempos modernos. «Guardaos bien, dice Rousseau, de confundir el nombre sagrado del honor con esa preocupacion feroz, que pone todas las virtudes en la punta de una espada, y no sirve más que para dar arrojo á los malvados... El honor sólido no es variable; no depende ni de los tiempos, ni de los lugares, ni de las preocupaciones: ni puede pasar, y renacer; tiene su orígen eterno en el corazon del hombre justo y en la regla inalterable de sus deberes. Si los pueblos más ilustrados, más valientes y más virtuosos de la tierra, no conocieron el duelo, digo que no es una institucion de honor, sino una moda horrible y bárbara digna de su feroz orígen. Resta saber, si cuando se trata de su propia vida, ó de la de otro, el hombre honrado toma la moda por norma de su conducta, y si, en este caso, no se dan pruebas de más valor despreciándola, que siguiéndola? Considerad vosotros mismos atentamente, si es permitido atacar con propósito deliberado la vida de un hombre, y exponer la vuestra para satisfacer un bárbaro y peligroso capricho, que no tiene ningun fundamento razonable. ¿Conoceis algun crímen igual al homicidio voluntario? Y si la base de las virtudes es la humanidad; ¿qué pensaremos del hombre sanguinario y depravado, que se atreve á atacarla en la vida de su semejante?»

«Aún cuando fuese cierto, que rehusando el batirse, se atrajera uno el desprecio de los ociosos, de los malvados, que tratan de divertirse con las desgracias de los demás; ¿puede esto darse como un motivo para exponerse á la muerte? ¿Qué desprecio es más temible, el de los demás, obrando bien, ó el suyo propio, obrando mal? Creedme; al que se estima verdaderamente á sí mismo, le importa poco el injusto desprecio de otro, y no teme más que hacerse digno de él; porque lo bueno y honroso no depende del juicio de los hombres, sino de la naturaleza de las cosas; y aún cuando todo el mundo aprobara vuestra pretendida valentía, no por eso dejaria de ser harto vergonzosa. Por otra parte, es falso, que, al abstenerse de un duelo por virtud, se haga uno despreciable. El hombre recto, cuya vida no tiene tacha, rehusará manchar su mano con un homicidio, y por eso será más respetado, pues se echa de ver, que teme ménos morir, que obrar mal, y que le espanta el crímen y no el peligro.»

«Yo considero los duelos como el último grado de brutalidad á que pueden llegar los hombres. El que va á batirse con la alegría en el corazon, no es, á mis ojos, más que una fiera, que trata de despedazar á otra; y si queda algun vestigio de sentimiento natural en su alma, compadezco ménos al que perece, que al vencedor. Ved á esos hombres familiarizados con espectáculos de sangre; no desprecian los remordimientos sino ahogando la voz de la naturaleza; se vuelven sucesivamente crueles é insensibles; juegan con la vida de los demás, y el castigo de haber podido faltar á la humanidad, es perderla completamente al fin. ¿Qué son en este estado?» Nuev. Elois. lib. 57.

Así se espresa Rousseau: y meditando sus razones, debemos tener por loco al que crea defender lo que llama su honor, cometiendo un asesinato; es una estupidez buscar en la herida ajena el honor propio, sin reparar en la mancha é infamia, que cae sobre el que toma una sangrienta venganza del ofensor. Pero ¿que hago, Dios mio, qué hago? ¿Por qué me detengo á probar las más obvias verdades y principios del derecho y de la razon natural? ¿A quiénes dirijo mi palabra? ¿En qué sociedad vivo? Combatir una de las mayores aberraciones que puede experimentar la sociedad humana, no es cosa que honra á estos tiempos en que tanto se blasona de cultura. Pasemos pues á demostrar, que el desafío es bárbaro en sus resultados.

3. Demente seria el hombre, que viendo á su enemigo poniendo una chispa de fuego en su casa, corriese al punto á amontonar allí combustibles, y á arrojar, en medio de aquel incendio, todas sus alhajas y riquezas, y aún á sus mismos hijos. Semejante modo de obrar, no podria explicarse sino por una demencia. Pues bien; esta es la conducta del duelista. Su adversario, al ofenderle, le ha querido comunicar una chispa de su malicia y de su mala voluntad, y él hace, que con esa chispa, se encienda toda su ira, se abrase su razon, se extravien sus potencias, se destruya su casa, perezca su riqueza, y sean siempre desgraciados sus hijos. Queria vengar su honor, y lo pierde labrando al propio tiempo su desgracia y la de su familia. ¡Hombres bárbaros, si la consideracion del insulto, que se irroga á la ley divina y humana, que son las encargadas de ejecutar la justicia, no es bastante para haceros abominar el duelo, deténgaos el amor de vosotros mismos, el cariño de vuestra familia, y el interés de vuestros hijos!

Otra consideracion debiera hacerles detestar la teoría y la práctica del duelo, y es, la de que con él se profanan y borran los más sagrados sentimientos de la naturaleza. ¿Qué seria del género humano y de la sociedad, si se generalizára el duelo? Aquel volveria á los más rudos tiempos de la barbarie, y ésta se convertiria en un inmenso campo de sangrientas luchas. Ha hecho muy bien la Iglesia en cortar,

por medio de la excomunion, del cuerpo místico de sus fieles, esos miembros, que siempre están dispuestos á devorar á sus hermanos. No debe pertenecer á la Iglesia, el que en la sociedad es un lobo rapaz. No debe pertenecer á la familia cristiana, el que contra la familia humana atenta.

Hermanos mios, si hay una chispa de fe en vuestro entendimiento, reprobad y condenad esa impía costumbre, que la desmedida soberbia de nuestros tiempos ha reproducido. Rechazad las malévolas sugestiones, que se os hagan, para que de una manera ó de otra tomeis parte en los desafíos. El que perdona, es grande; el que se venga, es pequeño y miserable. La religion y la humanidad condenan el duelo, que, como os he demostrado, es impío en su principio, ridículo y necio en sus motivos, y bárbaro en sus resultados. Detestadle de todo corazon, y ahogad en vuestra alma el orgullo, padre de este mónstruo. Sed humildes; perdonad las ofensas; la humildad y la generosidad harán, que en vuestra alma penetre la gracia, y que despues alcanceis la gloria.

Véase VENGANZA.

DESAPEGO.

Exspectatio creaturæ, revelationem filiorum Dei exspectat.

Las criaturas todas están aguardando la manifestacion de los hijos de Dios.

(*Rom.* VIII, 19.)

Estas son, carísimos hermanos, las palabras con que el apóstol S. Pablo nos anuncia la perturbacion, que el pecado ha causado entre las criaturas. Todo está en desórden, desde que el hombre se rebeló contra Dios. En vano pretenden los hombres dados al placer, que la tierra debe ser un lugar de delicias, y que en ella se puede ser feliz; no ven, que el abandonarse á semejante idea, hace, que sea más triste habitar la tierra, aumenta los desórdenes de este mundo, y provoca la justicia de Dios contra el género humano. Los impíos, al notar este desórden, acusan á la divina Providencia; pero no ven, que el mismo desórden dimana de los hombres, y que Dios, por el contrario, calma, por medios ocultos, atenua ó repara el mal. Los hijos de Dios aprenden á desasirse de la tierra, á levantar sus miradas al cielo y sus aspiraciones á la posesion de Dios. Corrompidas las criaturas, el cristiano debe tratarlas con moderacion: seductoras, el cristiano se libra de ellas por el deseo de la eternidad. Tal es, hermanos mios, el asunto de este discurso. A. M.

1. Entre el cúmulo de deseos, que continuamente surgen en el alma humana, hay uno que los domina todos, y que subsiste sobre los restos de los demás: es el deseo de la felicidad, deseo esencial, invencible, irresistible, por el cual el alma humana aspira á la posesion de Dios. Nada en el mundo puede sofocar este deseo, porque es, digámoslo así, parte integrante de la naturaleza humana; y en medio de las miserias más horrorosas, de las desgracias más terribles, veis siempre brotar del fondo de su corazon este deseo. Desgraciadamente engañado por la aparente dulzura de las criaturas, el hombre, hermanos mios, consulta los sentidos, y estos malos consejeros, siempre en contacto con los seres materiales, le persuaden, de que la felicidad consiste en la posesion de estos séres. ¡Error funesto, seduccion deplorable, cuyas consecuencias engendran el pecado y la muerte! Los hijos de Dios, no se dejan tentar por esta seduccion, ántes la rechazan con valor, y saben dominar los deseos más imperiosos, los apetitos que compelen á las almas sensuales hácia los placeres de la vida; saben que la tierra es un campo de prueba, de lucha, de combates; por eso los mártires dan su vida, los cenobitas, se despojan de este fango de los bienes terrestres, que les habria impedido atravesar sin naufragio los agitados mares del mundo: almas puras, que, en medio del siglo, se conservaban puras por un pensamiento elevado, por el sentimiento más noble, por el deseo del cielo.

Y despues de tales ejemplos, hermanos mios, ¿amaremos aún la tierra, buscaremos una felicidad efímera, é iremos á mancharnos con esas criaturas, ya condenadas por el pecado á la destruccion y á la muerte? El que se atrasa en el camino del cielo, y no sabe, que debe andar constantemente para llegar á toda costa, ese es el viajero insensato, que, devorado de sed, y sabiendo que puede apagarla en una

por medio de la excomunion, del cuerpo místico de sus fieles, esos miembros, que siempre están dispuestos á devorar á sus hermanos. No debe pertenecer á la Iglesia, el que en la sociedad es un lobo rapaz. No debe pertenecer á la familia cristiana, el que contra la familia humana atenta.

Hermanos mios, si hay una chispa de fe en vuestro entendimiento, reprobad y condenad esa impía costumbre, que la desmedida soberbia de nuestros tiempos ha reproducido. Rechazad las malévolas sugestiones, que se os hagan, para que de una manera ó de otra tomeis parte en los desafíos. El que perdona, es grande; el que se venga, es pequeño y miserable. La religion y la humanidad condenan el duelo, que, como os he demostrado, es impío en su principio, ridículo y necio en sus motivos, y bárbaro en sus resultados. Detestadle de todo corazon, y ahogad en vuestra alma el orgullo, padre de este mónstruo. Sed humildes; perdonad las ofensas; la humildad y la generosidad harán, que en vuestra alma penetre la gracia, y que despues alcanceis la gloria.

Véase VENGANZA.

DESAPEGO.

Exspectatio creaturæ, revelationem filiorum Dei exspectat.

Las criaturas todas están aguardando la manifestacion de los hijos de Dios.

(*Rom.* VIII, 19.)

Estas son, carísimos hermanos, las palabras con que el apóstol S. Pablo nos anuncia la perturbacion, que el pecado ha causado entre las criaturas. Todo está en desórden, desde que el hombre se rebeló contra Dios. En vano pretenden los hombres dados al placer, que la tierra debe ser un lugar de delicias, y que en ella se puede ser feliz; no ven, que el abandonarse á semejante idea, hace, que sea más triste habitar la tierra, aumenta los desórdenes de este mundo, y provoca la justicia de Dios contra el género humano. Los impíos, al notar este desórden, acusan á la divina Providencia; pero no ven, que el mismo desórden dimana de los hombres, y que Dios, por el contrario, calma, por medios ocultos, atenua ó repara el mal. Los hijos de Dios aprenden á desasirse de la tierra, á levantar sus miradas al cielo y sus aspiraciones á la posesion de Dios. Corrompidas las criaturas, el cristiano debe tratarlas con moderacion: seductoras, el cristiano se libra de ellas por el deseo de la eternidad. Tal es, hermanos mios, el asunto de este discurso. A. M.

1. Entre el cúmulo de deseos, que continuamente surgen en el alma humana, hay uno que los domina todos, y que subsiste sobre los restos de los demás: es el deseo de la felicidad, deseo esencial, invencible, irresistible, por el cual el alma humana aspira á la posesion de Dios. Nada en el mundo puede sofocar este deseo, porque es, digámoslo así, parte integrante de la naturaleza humana; y en medio de las miserias más horrorosas, de las desgracias más terribles, veis siempre brotar del fondo de su corazon este deseo. Desgraciadamente engañado por la aparente dulzura de las criaturas, el hombre, hermanos mios, consulta los sentidos, y estos malos consejeros, siempre en contacto con los seres materiales, le persuaden, de que la felicidad consiste en la posesion de estos séres. ¡Error funesto, seduccion deplorable, cuyas consecuencias engendran el pecado y la muerte! Los hijos de Dios, no se dejan tentar por esta seduccion, ántes la rechazan con valor, y saben dominar los deseos más imperiosos, los apetitos que compelen á las almas sensuales hácia los placeres de la vida; saben que la tierra es un campo de prueba, de lucha, de combates; por eso los mártires dan su vida, los cenobitas, se despojan de este fango de los bienes terrestres, que les habria impedido atravesar sin naufragio los agitados mares del mundo: almas puras, que, en medio del siglo, se conservaban puras por un pensamiento elevado, por el sentimiento más noble, por el deseo del cielo.

Y despues de tales ejemplos, hermanos mios, ¿amaremos aún la tierra, buscaremos una felicidad efímera, é iremos á mancharnos con esas criaturas, ya condenadas por el pecado á la destruccion y á la muerte? El que se atrasa en el camino del cielo, y no sabe, que debe andar constantemente para llegar á toda costa, ese es el viajero insensato, que, devorado de sed, y sabiendo que puede apagarla en una

fuente, más ó ménos lejana, pero accesible, no se dirige al término, y se inclina sobre cisternas secas; toma la apariencia por la realidad, el accidente por la sustancia, y abandona á Dios para apegarse á unos objetos, que desaparecerán con él en la sepultura.

En su orígen, hermanos mios, las criaturas eran puras, eran brillantes al salir de las manos del Criador; este mundo era bellísimo; Dios lo habia aprobado, bien lo sabeis. El sublime arquitecto, al comparar esta creacion maravillosa con el plan que habia concebido en su entendimiento eterno, vió que todas las cosas, que habia hecho, eran en gran manera buenas: *et erant valdè bona.* Gen. I, 31. Y las criaturas sometidas al imperio del hombre, le obedecian; ellas elevaban su corazon al Señor comun, y como no tenian lengua para alabar á Dios, respetaban al hombre, pontífice de este universo, de este inmenso palacio, y le obedecian con amor. Entónces no habia para las criaturas ningun principio de exterminio; la muerte no existia en este mundo. Pero cuando, á causa de una rebelion horrible, hubo roto el hombre los lazos de la subordinacion con Dios, cuando tuvo su independencia, ¿qué sucedió? Que la sombra helada de la muerte vino á tenderse sobre la misma creacion, que palideció y vió oscurecerse su belleza primitiva. Y las criaturas, indignadas de la degradacion de su primitiva hermosura, se hicieron instrumentos de la destruccion humana. «¡La criatura se ha encendido en ira contra el insensato!» El Espíritu Santo es quien lo dice.

Y en efecto, hermanos mios, con la aparente mansedumbre que ha quedado en esas criaturas, el hombre se abandona á todos sus apetitos, y es excitado á correr en pos de ellas. ¿Y qué halla en el seno de esos placeres, de que tiene un deseo desenfrenado? Lo que halla es la muerte. Cierto es, que la destemplanza ha matado más gente que la espada, y las batallas, en que los hombres se despedazan entre sí, son ménos mortíferas que la lujuria y la destemplanza. Y con todo, el hombre no se enmienda; se siente arrastrado por una seduccion inexplicable, y la moderacion de sus deseos no viene sino cuando ha perdido la salud.

Pero si así sucede, hermanos mios, si todo es seduccion; ¿quién, pues, se salvará en este mundo? El discípulo de Jesucristo: solo él podrá escapar á esta seduccion universal; solo él no se quedará preso en las redes de las criaturas, segun la expresion del libro de la Sabiduría; él sabrá romper las redes, que le hubieren detenido, y entónces podrá dirigirse libremente á Dios. El se salvará, pues, siguiendo lo que el divino Maestro le ha enseñado, esto es, despreciando lo que el mundo aprecia, apreciando lo que el mundo desprecia. Porque

el divino Salvador, como dice muy bien S. Agustin, vino á enseñarnos el uso que debemos hacer de las cosas de este mundo y á restablecer el órden, destruyendo el desórden, diciéndonos, que toda la vida humana, para ser inocente, debia valerse de las cosas que Dios le dió para su uso, y no buscar su goce en ellas. Y sucede todo lo contrario: el hombre quiere gozar de las cosas de que solamente debiera servirse, y servirse de Aquel de quien deberia gozar. El debia servirse de las criaturas y gozar de Dios; pero, muy al contrario, quiere gozar de las criaturas, y hacer servir á Dios de instrumento para sus placeres; ¿me atreveré á decirlo? quiere hacer de él el proveedor de sus pasiones.

La oracion os salvará, hermanos mios: pedireis fuerzas á Dios para resistir á esta seduccion terrible; le rogareis que dé luz y fuerzas bastantes á vuestros pensamientos para elevaros sobre esta tierra, para dirigirlos al cielo; que purifique vuestros sentimientos é imprima á vuestras afecciones la pureza evangélica, que los hace dignos del Señor. Rogareis como la Iglesia, pues la Iglesia, que sabe la degradacion de las criaturas, y cuanto hay en ellas seductor y mortal, no cesa de demandar á Dios que las purifique.

Os salvareis, si frecuentais los sacramentos, pues Jesucristo quiso purificar las materias de que nos servimos para el uso de la vida, empleando en los sacramentos el agua, la sal, el aceite, el pan y el vino: así se rehabilita la materia, y se santifica con la palabra de vida. Os salvareis, si usais con moderacion de las cosas de este mundo, si sois modestos, segun la expresion de S. Agustin, en su uso ordenado, á tenor de la disciplina eclesiástica, y no abandonándoos á la pasion desenfrenada de los hombres, que solo buscan sus placeres. Os salvareis con la mortificacion de los sentidos, sometiendo este cuerpo rebelde á la ley divina; rebelde, porque está de acuerdo con los seres que nos rodean.

Os salvareis, pues, hermanos mios, cuando continueis siendo discípulos de Jesucristo, segun los preceptos evangélicos, y entónces dominareis á las criaturas. No solamente no os seducirán sus apariencias, sino que las sometereis, pues sereis superiores á ellas.

2. Réstame demostraros, hermanos mios, que siendo las criaturas seductoras, es preciso resistir á sus seducciones con el pensamiento y el deseo de los bienes infinitos. Los escasos falaces deleites que nos proporcionan esos objetos efímeros, no bastan siquiera, hermanos mios, para llenar nuestra vida presente; y á esos deleites dudosos y fugaces ¿sacrificaríamos los bienes eternos? Pensad, pues, en la eternidad, y pensad en la vida. La vida, hermanos mios, es un

intérvalo entre dos infinitos, entre la nada, de que salimos y la eternidad, que nos aguarda. La vida del hombre es un soplo, dice la Escritura; es un vapor que se desvanece. Ahora bien; durante este intérvalo de un momento ¿quisiérais establecer el fundamento de vuestra felicidad? ¿No veis, que en el instante en que creeis poder disfrutarla, vais á desaparecer como una sombra? Los santos patriarcas, hermanos mios, no pensaban como el siglo. Si tenian, dice San Gregorio, numerosos rebaños, una familia inmensa, digámoslo así, una gran consideracion entre las naciones, todo eso, sin embargo, estaba muerto en el fondo de su corazon. Consideraban, durante su destierro, la ciudad permanente y mejor; y á fin de hacer confesion de fe, durante su vida mortal, vivian, dice S. Pablo, bajo tiendas, mostrando así, que la vida es una como tienda, que se fija por la mañana y se retira por la tarde. ¿Y qué hacian en la tierra aquellos desterrados? Cuando se les interrogaba sobre los años de su vida, con Jacob, con David, hablaban de su vida como de una peregrinacion. ¿Qué hacian, pues, acá abajo, aquellos desterrados? ¿Qué hacian, hermanos mios? Se guardaban muy bien de tratar con los seres corruptores y corruptibles de este mundo: cantaban, no los cantos profanos, no las alegrías de la tierra, no los placeres del mundo, sino la hermosura de la ley de Dios. Cantaban esta ley tan admirable, porque era el principio de su felicidad futura. Con los ojos fijos en la eternidad, como en una roca inmóvil, veian correr á sus piés el rio que arrastraba las generaciones humanas, y no temian ser arrebatados por el torrente, que debia precipitarles en el océano de la vida divina. Hasta aspiraban á su fin, porque su alma, siempre levantada sobre este mundo, no contemplaba más que á Dios solo; y desde la tierra, veian ya construirse aquella ciudad maravillosa de que ellos habian de ser piedras vivas.

Es menester, hermanos mios, que nos consideremos como desterrados en la tierra. Así, pues, cuando los mundanos vinieren á presentaros la copa de sus groseras voluptuosidades, la rechazareis con desdén y la rompereis con desprecio. Las aguas de la vida eterna son las solas que pueden refrescaros. Merced al deseo de los bienes infinitos, Dios transporta vuestra alma fuera de este mundo, y la mantiene siempre á la altura de la eternidad. ¡Ah! no la bajeis á la tierra.

¿Qué es este mundo, hermanos mios? Es un teatro en que la muerte arrebata un sin número de víctimas; el sol, que está suspendido sobre nuestras cabezas, es como la lámpara funeraria de un sepulcro inmenso. ¡Oh patria celestial! ¿cuándo te poseeremos? ¡Oh!

¡cuán oprimida siento mi alma en este mundo! ¡ella no respira sino en presencia de lo infinito! Estos, hermanos mios, estos deben ser nuestros sentimientos; ¿los tenemos? La vida espiritual nos espera: debemos prepararnos. No hay iniciacion sin dolor, no puede haber parto en la vida divina sin prueba. El cielo, hermanos míos, es el lugar, donde el espíritu se sumergirá en la contemplacion de las verdades infinitas; donde el alma se dilatará en presencia del Ser divino; donde la luz de Dios será el vestido de gloria, que ceñirá á los escogidos; donde el mismo cuerpo, transfigurado, habitará el lugar de las inteligencias, y disfrutará de una dicha real conveniente á su ser. Y ¿quisierais vosotros, que para gozar el hombre de esa dicha inefable, no estuviese bien preparado, en medio de las criaturas que le rodean? Si un hombre completamente absorto por los placeres de este mundo, entrase de repente, y esto es imposible, en la mansion de los Santos, la pureza de los Angeles, la calma de la vida divina, los cantos purísimos de aquellos séres que gozan de Dios, le espantarian; se horrorizaria de sí mismo, y sentiria la necesidad de precipitarse en las tinieblas, para sustraerse á la contemplacion de aquella luz, que haria espantosamente visibles todas las manchas de su alma.

Preparémonos, pues, hermanos mios, preparémonos para el cielo. La vida pasa presto, los años vuelan... Y ¿á dónde iremos, si no hemos hecho nada para salir dignamente de este mundo, para llegar á Dios? ¿Cuál será nuestro futuro destino, si nos hemos apegado á la tierra para correr en pos de los placeres, que nos hacen criminales y de que no disfrutamos sino pasajeramente?

Volvamos los ojos á la eternidad; empecemos, como dice la Escritura, formándonos soledades en el fondo de nuestro corazon, léjos del bullicio de las criaturas. Hablemos con Dios, discurramos con él, acerca de la felicidad de la vida futura en que gozaremos de su presencia, en que le poseeremos, en cierto modo, de una manera infinita. Hablémosle del deseo que tenemos de dejar este mundo, y repitamos varias veces estas palabras del Salmista: Como brama el sediento ciervo por las fuentes de aguas, así, oh Dios, clama por tí el alma mia: *Quemadmodum desiderat cervus ad fontes aquarum: ita desiderat anima mea ad te, Deus.* PSALM. XLI, 2.

Así es, hermanos mios, como atravesareis el mundo sin mancharos. Vosotros, pues, los que poseeis los bienes de la tierra, guardaos de esperar en su inseguridad, y de dejaros fascinar por las inevitables seducciones que en ellos se encuentran. Miradlos con desprecio: esta es la leccion que os da Jesucristo en su pesebre de Belen, y esto es lo que os enseña el apóstol S. Pablo. Y vosotros, los que careceis de

bienes mundanos, sed, á lo ménos, ricos en la fe: *Pauperes in mundo, divites in fide.* Jac. ii, 5. Enriqueceos con esta doctrina celestial. Entónces apartareis los ojos de los mentidos placeres de este mundo y de las seducciones de la naturaleza, y contemplareis los cielos, donde os espera, si merecerla sabeis, una felicidad inalterable y eterna. Esta es la gracia que os deseo.

DIVISIONES.

DESAPEGO.—El de los ricos, proporciona la pobreza, en medio de la abundancia.

El de los pobres, proporciona la abundancia, en medio de la pobreza.

DESAPEGO.—El desapego nos hace fácil el ejercicio de la oracion.

El desapego nos conduce á ser generosos en la práctica de la caridad.

El desapego nos dá nuevas fuerzas para dedicarnos á la penitencia.

DESAPEGO.—El desapego trae consigo:

1.° La aprobacion de todas nuestras empresas.
2.° Honra todas nuestras virtudes.
3.° Recompensa todos nuestros actos.

DESAPEGO.—Es preciso, que nos desprendamos del bien que poseemos, para conservarlo.

Es preciso desprendernos del bien que esperamos, para merecerlo.

DESAPEGO.—Cuando el cristiano está tranquilo en su vida, debe su tranquilidad á su desprendimiento.

Cuando el cristiano está tranquilo en la hora de su muerte, debe su tranquilidad á su desprendimiento.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Ecce nos reliquimus omnia, et secuti sumus te: quid ergo erit nobis?... Centuplum accipietis, et vitam æternam possidebitis. Matth. xix, 27.

Bien ves que nosotros hemos abandonado todas las cosas, y te hemos seguido: ¿cuál será, pues, nuestra recompensa?... Recibireis cien veces más *en bienes más sólidos*, y poseereis *despues* la vida eterna.

Dixit eis Jesus: Venite post me, faciam vos fieri piscatores hominum; et continuo relictis retibus secuti sunt eum. Marc. i, 17.

Díjoles Jesus: Seguidme, y yo haré que vengais á ser pescadores de hombres. Y ellos prontamente, abandonadas las redes, le siguieron.

Qui non renuntiat omnibus quæ possidet, non potest meus esse discipulus. Luc. xiv, 33.

Cualquiera que no renuncie todo lo que posee, no puede ser mi discípulo.

Non potest mundus odisse vos; me autem odit, quia ego testimonium prehibeo de illo, quod opera ejus mala sunt. Joann. vii, 7.

A vosotros no puede el mundo aborreceros: á mí, sí, que me aborrece, porque yo demuestro, que sus obras son malas.

Nolite conformari huic sæculo. Rom. xii, 2.

No querais conformaros con este siglo.

Hoc itaque dico, fratres: tempus breve est; reliquum est, ut qui habent uxores, tamquam non habentes sint. I Cor. vii, 29.

Y lo que digo, hermanos mios, es: que el tiempo es corto; y que así lo que importa es, que los que tienen mujer, vivan como si no la tuvieran.

Dedit semetipsum (Christus) pro peccatis nostris, ut eriperet nos de præsenti sæculo nequam. Gal. i, 4.

Se dió á sí mismo *á la muerte* (Cristo) por nuestros pecados, para sacarnos de la corrupcion de este mundo.

Mihi mundus crucifixus est, et ego mundo. Idem vi, 14.

El mundo está *muerto* y crucificado para mí, como yo lo estoy para el mundo.

Omnia detrimentum feci, et arbitror ut stercora, ut Christum lucrifaciam. Philipp. iii, 8.

He *abandonado* y perdido todas las cosas, y las miro como basura por ganar á Cristo.

Quicumque ergo voluerit amicus esse sæculi hujus, inimicus Dei constituitur. Jacob. iv. 4.

Cualquiera, pues, que quiere ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

El primer acto heróico de desapego, que se consigna en la sagrada Escritura, es el de Abrahan al seguir la voz de Dios, que le dice: *Egredere de terra tua, et de cognatione tua, et de domo patris tui, et veni in terram quam monstrabo tibi.* Genes. xii. Al ver la sumision y pronta resolucion de este patriarca, nos parece ver á un cristiano cumpliendo aquellas palabras, que Jesucristo no dijo hasta dos mil años despues: Si alguien quiere seguirme, renuncie cuanto posee... y sígame. En efecto: para aquel corazon grande y generoso, más habia de costarle el dejar padres, hermanos, parientes y patria, que todos los bienes fugaces de la tierra.

Este desapego es un precepto, que, cuando se trata de defender la gloria de Dios, horriblemente ultrajada, debemos cumplirlo, prescindiendo de padres, hermanos y personas más queridas, y despreciando todo humano respeto. Así lo vemos practicado por Moisés é hijos de Leví. Al ver aquel caudillo, que el pueblo habia caido en el pecado enorme de idolatría, volviendo las espaldas á Dios, y adorando un becerro de oro, obra de sus manos, levantó la voz, diciendo: Todo el que sea del partido del verdadero Dios, júntese conmigo: y luego, arengando á los afiliados al Señor, dijo: *Hæc dicit Dominus Deus Israel: ponat vir gladium super femur suum; ite, et redite de porta usque ad portam per medium castrorum, et occidat unusquisque fratrem, et amicum, et proximum suum:* y despues de la horrible matanza, en que perecieron unos veinte y tres mil hombres, díjoles Moisés: *Consecrastis manus vestras hodie Domino, unusquisque in filio, et in fratre suo, ut detur vobis benedictio.* Exod. xxxii.

Con cuanta generosidad premia Dios el desapego á la carne y á la sangre, lo vemos en la piadosa y caritativa Ruth, que, por no abandonar á su anciana suegra, desamparada de todos, deja sus padres, sus parientes y su patria, trasladándose á un país extranjero. Léase su historia, especialmente los capítulos 1, 2 y 3.

Eliseo, algunos siglos antes de la venida del Salvador y de la predicacion de su doctrina, se nos presenta como un tipo de los Apóstoles por su desapego de la carne y sangre y de los bienes terrenos. Llamado por el grande Elías, miéntras estaba arando, dejó las yuntas, se despidió de sus padres, y siguió al profeta de Dios. III Reg. 19.

El ejemplo de los Apóstoles, que á la voz de Jesucristo todo lo abandonaron, debe tambien alentarnos á separar nuestro corazon de los bienes del mundo; y mucho más el ejemplo de nuestro divino Salvador, pue aunque fuese señor absoluto de todo lo criado, nació en un pesebre, vivió en la mayor pobreza, y murió, sin tener donde reclinar su cabeza

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

An non tibi videtur à terra devorari ille, qui semper de terra cogitat, qui semper terrenos habet actus, qui de terra loquitur, qui de terra litigat, terram desiderat, et omnem spem suam ponit in terra? Origen. Hom. 19 in Lev.

¿No te parece, que es absorvido por la tierra el hombre, que siempre piensa en lo terreno, y cuyos actos son siempre terrenos, que no habla sino de lo terreno, que no discute, ni habla, ni desea, ni espera sino en lo de la tierra?

Contemne divitias, et eris locuples: contemne gloriam, et eris gloriosus: contemne supplicia inimicorum, et tunc eos superabis: contemne remissionem et quietem, et tunc eam recipies. S. Chrysost. sup. epist. ad Hebr. serm. 25.

Desprecia las riquezas, y serás rico; desprecia la gloria vana, y serás glorioso; desprecia los ataques de los enemigos, y de este modo los vencerás; aparta de tí la ociosidad y el descanso, y así descansarás.

Qui moderari nescit cupiditatibus, is quasi equis raptus indomitis volvitur, laniatur, affligitur. S. Ambros. de virgin.

Quien no sabe moderar sus apetitos, se ve atropellado por ellos, como por caballos desenfrenados.

Omnia contemnit, qui non solum quantum potuit, sed etiam quantum voluit, habere contemnit. S. Aug. de catech. rud.

Todo lo desprecia el que, no solo desprecia lo que posee, sino tambien todo lo que codicia.

Pulchre à conditis amorem subtrahunt, qui in ipsum auctorem pulchritudinis, cordis passibus tendunt. S. Gregor. in Moral.

Bello es el espectáculo de los que en alas del corazon vuelan hácia el autor ó fuente de toda belleza.

Nihil in hac vita laboriosius, quam desideriis terrenis æstuare:

En esta vida no hay cosa más pesada que el abrasarse de mun-

et nihil hic quietius, quam hujus sæculi nihil appetere. S. BERNARD. SERM. 6.

danos afectos; y nada hay más dulce y tranquilo, que el no desear cosa alguna de este mundo.

DESCANSO: Véase: DOMINGO.

DESCONFIANZA.

Beatus vir qui sperat in eo.

Bienaventurado el hombre que en él confia.

(*Sal.* XXXIX, 9.)

El demonio, que nos incita al pecado, poniéndonoslo todo expedito, nos desanima despues con lo terrible de la divina justicia. Has ofendido, le dice al pecador, á un Dios infinitamente justo, infinitamente celoso de su honra; has perdido su gracia y amistad; has incurrido en su indignacion; ¿qué esperas en este caso de su bondad? Despues de haberle injuriado tan contínua y descaradamente, ¿cómo puedes esperar te franquee sus soberanos auxilios, sin los cuales de nada sirven todos los esfuerzos de los hombres y de toda la naturaleza? De este modo procura el enemigo conducirnos á una funesta desesperacion. ¡Traidor! no se expresaba así cuando halagaba nuestra pasion.

Sin embargo, nosotros sabemos, que es tan infinita la misericordia de Dios, como su justicia; sabemos, que desea nuestra felicidad

con mucha más intension que nosotros mismos; por consiguiente no tenemos motivos para desconfiar. Voy á demostrarlo: A. M.

1. Dios aborrece el pecado, es verdad; pero tambien lo es, que no puede olvidar, que el pecador es hechura de su mano omnipotente, que es un soplo de su divina boca, que es una porcion, digámoslo así, de su mismo sér. ¿Llegará una tierna madre á olvidar al hijo que llevó en su seno, aunque sea desobediente y perverso? pues aunque esto pudiera suceder, nos dice Dios por el profeta Isaías, ISAI. XLIX, 15, nunca sucederá que yo me olvide de vosotros. Aborrece el pecado; mas, apénas el primer hombre se sujetó á la vergonzosa esclavitud de la culpa, le ofreció el Señor el medio más seguro y eficáz de romper sus cadenas, y volver al delicioso estado de que habia caido; y aunque siempre le habia amado, nunca le manifestó su amor con señales tan marcadas y excesivas como despues del pecado. En el estado de su inocencia, le hizo dueño de los peces, de las aves, de los reptiles, de todos los animales, de todo lo que alcanzaba su vista; pero todo era obra de las manos de Dios; todas estas cosas eran criaturas: despues del pecado le promete, y, en efecto, le hace donacion de su mismo Hijo, de su Hijo único, de aquel Hijo, que es el resplandor de su gloria, la imágen de su divinidad, una misma sustancia, un mismo Dios con el Padre: le da su Hijo, para que sea perseguido, atormentado, crucificado y muerto, y franquear así el camino de la salud al hombre pecador.

¡Qué es esto, Dios mio! ¿de dónde tanta misericordia? ¿Quién es capáz de medir la infinidad de vuestro amor al hombre, por más que él os aborrezca? Y ¿aún desconfiaremos de vuestras bondades?

La Iglesia santa, poseida de la más justa gratitud, como que sale fuera de sí de alegría, y en vez de aborrecer, detestar y maldecir el pecado, lo celebra, por el contrario, lo aclama y felicita: *¡dichosa culpa*, dice con un santo entusiasmo, *dichosa culpa, que ha merecido, tan grande, tan benéfico, tan misericordioso, tan divino Redentor!* ¡Verdaderamente, feliz el pecado, que ha sido redimido con la muerte del mismo Dios, á quien ofendia! Y ¿temeremos nosotros, que nuestros crímenes hayan agotado este inmenso raudal de las divinas misericordias? ¿Juzgaremos, que ya no es tiempo de recuperar lo que perdimos? Por mas que háyamos estado sumergidos en el abismo de los vicios más abominables, desde que empezamos á usar de la razon, aunque hayan éstos penetrado hasta la médula de nuestros huesos, aunque tengan á nuestra alma más fea y horrible que los condenados del infierno, no importa; en el instante en que nos convirtamos á Dios, re-

et nihil hic quietius, quam hujus sæculi nihil appetere. S. BERNARD. SERM. 6.

danos afectos; y nada hay más dulce y tranquilo, que el no desear cosa alguna de este mundo.

DESCANSO: Véase: DOMINGO.

DESCONFIANZA.

Beatus vir qui sperat in eo.

Bienaventurado el hombre que en él confia.

(*Sal.* XXXIX, 9.)

El demonio, que nos incita al pecado, poniéndonoslo todo expedito, nos desanima despues con lo terrible de la divina justicia. Has ofendido, le dice al pecador, á un Dios infinitamente justo, infinitamente celoso de su honra; has perdido su gracia y amistad; has incurrido en su indignacion; ¿qué esperas en este caso de su bondad? Despues de haberle injuriado tan contínua y descaradamente, ¿cómo puedes esperar te franquee sus soberanos auxilios, sin los cuales de nada sirven todos los esfuerzos de los hombres y de toda la naturaleza? De este modo procura el enemigo conducirnos á una funesta desesperacion. ¡Traidor! no se expresaba así cuando halagaba nuestra pasion.

Sin embargo, nosotros sabemos, que es tan infinita la misericordia de Dios, como su justicia; sabemos, que desea nuestra felicidad

con mucha más intension que nosotros mismos; por consiguiente no tenemos motivos para desconfiar. Voy á demostrarlo: A. M.

1. Dios aborrece el pecado, es verdad; pero tambien lo es, que no puede olvidar, que el pecador es hechura de su mano omnipotente, que es un soplo de su divina boca, que es una porcion, digámoslo así, de su mismo sér. ¿Llegará una tierna madre á olvidar al hijo que llevó en su seno, aunque sea desobediente y perverso? pues aunque esto pudiera suceder, nos dice Dios por el profeta Isaías, ISAI. XLIX, 15, nunca sucederá que yo me olvide de vosotros. Aborrece el pecado; mas, apénas el primer hombre se sujetó á la vergonzosa esclavitud de la culpa, le ofreció el Señor el medio más seguro y eficáz de romper sus cadenas, y volver al delicioso estado de que habia caido; y aunque siempre le habia amado, nunca le manifestó su amor con señales tan marcadas y excesivas como despues del pecado. En el estado de su inocencia, le hizo dueño de los peces, de las aves, de los reptiles, de todos los animales, de todo lo que alcanzaba su vista; pero todo era obra de las manos de Dios; todas estas cosas eran criaturas: despues del pecado le promete, y, en efecto, le hace donacion de su mismo Hijo, de su Hijo único, de aquel Hijo, que es el resplandor de su gloria, la imágen de su divinidad, una misma sustancia, un mismo Dios con el Padre: le da su Hijo, para que sea perseguido, atormentado, crucificado y muerto, y franquear así el camino de la salud al hombre pecador.

¡Qué es esto, Dios mio! ¿de dónde tanta misericordia? ¿Quién es capáz de medir la infinidad de vuestro amor al hombre, por más que él os aborrezca? Y ¿aún desconfiaremos de vuestras bondades?

La Iglesia santa, poseida de la más justa gratitud, como que sale fuera de sí de alegría, y en vez de aborrecer, detestar y maldecir el pecado, lo celebra, por el contrario, lo aclama y felicita: *¡dichosa culpa*, dice con un santo entusiasmo, *dichosa culpa, que ha merecido, tan grande, tan benéfico, tan misericordioso, tan divino Redentor!* ¡Verdaderamente, feliz el pecado, que ha sido redimido con la muerte del mismo Dios, á quien ofendia! Y ¿temeremos nosotros, que nuestros crímenes hayan agotado este inmenso raudal de las divinas misericordias? ¿Juzgaremos, que ya no es tiempo de recuperar lo que perdimos? Por mas que háyamos estado sumergidos en el abismo de los vicios más abominables, desde que empezamos á usar de la razon, aunque hayan éstos penetrado hasta la médula de nuestros huesos, aunque tengan á nuestra alma más fea y horrible que los condenados del infierno, no importa; en el instante en que nos convirtamos á Dios, re-

cobraremos, por su gracia, toda la belleza y felicidad, que habíamos perdido; nuestra alma quedará más blanca que la nieve, más resplandeciente que los astros, más hermosa que los cielos. Sus iras, su furor, su indignacion, todo se apaga enteramente al vernos arrepentidos. Más aún; á pesar de su ciencia infinita, y de su incomprensible eternidad, nos dice por el profeta Ezequiel, Ezech. xviii, 21 et 22, que si el pecador se arrepiente de sus pecados, los borrará de su memoria, de suerte, que jamás volverá á acordarse de ellos.

El hombre miserable, esclavo vil de sus pasiones, especialmente de la soberbia, orígen de su perdicion, se resiste á creer, que llegue á tal extremo la bondad de Dios; pero este Señor, movido de su infinita misericordia, y conociendo, que la fe de este atributo de su divinidad es el medio más eficáz de librar al pecador de sus culpas, añadió el más solemne juramento, para desvanecer cualquier duda, que pudiera ocurrirnos, y dejar nuestras almas llenas del más dulce consuelo. *Por mi misma vida os juro*, nos dice, Ezech. xxxiii, 11, *que no quiero la muerte ni la condenacion del pecador; lo que de veras deseo, solicito y anhelo es su conversion*, para poderle dar la vida eterna.

Si tan repetidas promesas, si tan solemnes juramentos no acaban de convenceros, recurrid, os diré con San Juan Crisóstomo, recurrid á la experiencia: lo mismo que sucedió á los primeros padres, ha sucedido á los demás pecadores. David, abusando de la autoridad real que Dios le habia confiado tan graciosamente, quita á un tiempo á Urias la mujer, el honor y la vida; pecados tanto más graves, cuanto mayores beneficios le habia dispensado el Señor. Sin embargo, cuando él quiso, en el tiempo que, reconocido, llegó á exclamar, *peccavi*, el Señor le acogió con la mayor benignidad, le concedió un perdon completo, y aún se lo manifestó por un profeta para librarle del temor é incertidumbre. Tantos y tan terribles fueron los crímenes del impío Acab, que no tuvieron semejantes, segun nos dice el mismo Dios. III. Reg. xxi, 25. Y este Señor, cuya paciencia es infinita, cansado ya de sufrirle, determina, por último, imponerle un castigo, que sirva de ejemplar y escarmiento en todos tiempos y naciones; pero Acab, noticioso por el profeta Elías, Ibid. 27 et 29, se resuelve á cambiar de vida, aprovecha aquel momento, que le parece más oportuno, y obliga á Dios á revocar la sentencia. Manasés, como si se hubiera propuesto provocar la ira de Dios, oponiéndose abiertamente á sus órdenes, solo por ser suyas, introduciendo en el templo santo los ídolos más abominables, obligando á toda la nacion á dejar el culto del verdadero Dios, derramando injustamente y con la mayor abundancia la sangre de los inocentes; Manasés, enemigo declarado de Dios, le hace de intento la guerra más impía y obstinada. El Señor determina ya por tan horrendos crímenes, descargar sobre él y sobre todos sus vasallos el pesado brazo de su justicia; y los entrega á los Asirios sus enemigos, quienes luego llevan al impío rey sin honor, sin libertad, sin reino, cargado de cadenas, sujeto á una penosa esclavitud, y amenazado de una muerte cruelísima. ¿Quién no se persuadirá á que es llegado el tiempo de la perdicion de Manasés? Sin embargo, aún está á tiempo; si se reconoce, llora sus abominaciones, pide con lágrimas el perdon, aún está á tiempo de conseguirlo. Así lo hace con efecto, movido de la desgracia, y en el momento es perdonado, restituido á su reino y á la gracia de su Dios, convertido en un rey justo, religioso, en un verdadero penitente y amigo de la virtud. Los Ninivitas...

Pero, ¡qué! ¿me detendré á referir la historia de los Patriarcas, de los Profetas, de los Jueces, de los Reyes y Capitanes del pueblo de Dios, para evidenciar con hechos no interrumpidos, que el hombre está siempre á tiempo de convertirse y recobrar el derecho á la bienaventuranza? Esto ni seria posible, ni lo juzgo necesario.

2. Por otra parte, como pudiera parecer á alguno, que nada tiene de particular el que Dios fuera misericordioso en la ley antigua, porque no le costaba sino querer; para responder, digo, á esta objecion, quiero presentaros hechos de otra especie, que no os dejen la menor duda. Llegad con la consideracion á Nazaret; entrad en la dichosa mansion de los santos ancianos Joaquin y Ana; penetrad hasta el retiro de María; oid al Mensajero de los cielos... Pero ¿dónde tenemos oidos para percibir, ni razon para comprender tan profundo misterio? Arcángel santo, ¿no te admiras, no te llenas de espanto, al ver tan abatida la majestad suprema de tu Criador? ¿No se apodera de tí, una santa envidia que te impida dar fin á tu comision, al considerar que Dios se hace hombre? ¿Puedes creer, á pesar de estarlo tú anunciando, que Dios se cubre de todas las miserias de la naturaleza humana, con lo que va á desaparecer su majestad, su gloria, su grandeza, su poder, su inmensidad, su... puedes persuadirte tú mismo de todo esto?

Dejemos á este Nuncio que termine su mision, y pasemos á Belen, guiados, como los Magos, de la nueva estrella: miremos al tierno Hijo de María desnudo, sin más abrigo que un establo, que le ofrece la caridad, sin otra cama que un pesebre, sin otra compañía que unos brutos, sin más auxilio que la compasion de los pastores: ¿qué es lo que allí se ofrece á nuestra vista? ¿qué es lo que con tan dulces himnos celebran los Ángeles gloriosos? ¿qué es lo que con tan-

to resplandor anuncia la estrella? ¿qué es lo que vienen á buscar los reyes del Oriente? ¿á quién adoran los piadosos pastores? Un niño... Pero ¿es posible, que este recien nacido sea hijo del Eterno Padre? Ni ¿qué objeto podria tener tanta humillacion, tanta bajeza, tanto anonadamiento? ¿Qué fin habia de proponerse...? Oigámoslo al mismo Dios. Apénas se manifiesta á los pueblos, cuando nos saca de tanta admiracion diciendo, MATTH. IX, 13: *Yo no he venido en busca de justos, sino de pecadores:* la miseria del pecador ha conmovido las entrañas de mi misericordia, y viendo, que es incapaz de satisfacer por sí mismo á mi divina justicia, de recobrar mi amor, mi gracia y el derecho á mi gloria, me resuelvo á sacarle de tan lastimoso estado. Yo quiero dar á mi Eterno Padre la satisfaccion, que él no puede dar; yo quiero cargar con la culpa que él ha cometido; yo me obligo á pagar la pena que él debe; yo quiero padecer, para librarle de los eternos tormentos que le esperan; yo quiero morir, porque viva él eternamente; este es el objeto de mi venida al mundo.

Hé aquí, cristianos pecadores, el fundamento más sólido de vuestra esperanza; este es el testimonio más evidente de una misericordia mil veces, mil millones de veces, infinitamente superior á la malicia de todas las criaturas; infinitamente mayor que los pecados juntos de todos los hombres y de los mismos demonios. Y teniendo un fiador de esta especie, un fiador omnipotente, y empeñado en redimir y salvar á toda la descendencia de Adan; ¿quién, digo, dudará, quién podrá desconfiar, de que se le ha de conceder el perdon más cumplido de sus culpas, en cualquier tiempo que lo solicite?

Para reanimar más vuestra esperanza, quiero haceros observar, que nuestro Redentor es tambien infinitamente santo, y que su virtud y santidad no es melindrosa como la de los hipócritas. No se desdeña de hablar, familiarizarse y comer con los más famosos pecadores; al contrario, le ocupa siempre la idea de buscarlos, para reponerlos en la felicidad que habian perdido. No se dignará responder una sola palabra á las preguntas de Heródes; pero se detendrá á conversar muy despacio con una Samaritana, con una Magdalena, personas que dan muestras fundadas de aspirar á la virtud: su intento, su único deseo es buscar al pecador, seguirle, estar siempre á su lado, y poder perdonarle, cuando él se lo pida.

Cuando leo en el Evangelio, que aquel amoroso padre, que tantas lágrimas habia derramado por la ausencia de su rebelde é ingrato hijo, sale fuera de sí al verle volver á su casa; corre presuroso á recibirle, sin que le detenga su edad avanzada; le estrecha entre sus trémulos brazos, sin reparar en lo andrajoso del vestido; estampa

mil besos de amor en sus mejillas, sin advertir el hedor intolerable que despedia su cuerpo; olvida todos sus delitos, sin darle lugar á que le pida perdon de ellos, como lo tenia él pensado; alborota toda la casa, haciéndose vestir las mejoras ropas y adornar con los anillos y joyas de más valor; convida á todos los parientes; manda matar el becerro más gordo, buscar los músicos de más habilidad y celebrar la fiesta más solemne, en demostracion de que nunca en su vida ha sentido un regocijo tan puro y extraordinario como ahora; que acaba de recobrar al hijo que habia perdido; cuando leo este pasaje en la Historia sagrada, me parece ver retratado en él á nuestro amoroso Redentor, en el acto de volver á su gracia un alma, que se habia extraviado por el camino de la perdicion. ¡Oh! en tan delicioso momento recibe una alegría tan inmensa, un regocijo tan puro, que excede á todo encarecimiento. Entónces le son dulces y deliciosos los dolores, las afrentas, las ignominias y la muerte; entónces ve reunida la preciosa sangre que derramó por todo el género humano; entónces se cumple aquel intenso y eficáz deseo, que le hizo descender desde el elevado trono de su grandeza, hasta el oscuro lugar de la tierra, hasta este triste valle de miserias y lágrimas; entónces olvida que aquella alma fué pecadora; borra de su memoria para siempre todos sus extravíos; cuanto descubre en ella, todo le agrada, todo le excita el amor más intenso.

No extrañeis, cristianos, mis expresiones; todas ellas son tomadas al pié de la letra de la Escritura santa: todas ellas están comprobadas con hechos numerosos é incontestables. En el momento que Pedro reconocido detesta su pecado; en el momento en que contrito el buen ladron le ruega al Salvador que le tenga presente; en el momento en que arrepentida la Magdalena le busca en casa del fariseo y se arroja llorosa á sus piés, publicando sus culpas; en el momento en que postrado en tierra Saulo dice: ¿qué exigís, Señor de mí? en el momento mismo, sin esperar á más, les concedió el perdon más ámplio de todas sus culpas; en aquel mismo momento... Pero ¿qué puede decirse de estas conversiones, que no suceda en todas las demás? Apénas el pecador desengañado se vuelve á Dios, y se declara en favor de la virtud, se verifica en el amantísimo y misericordiosísimo corazon del Hombre-Dios el cambio más glorioso. Su alegría es tal, que, para celebrar aquel acontecimiento, quisiera consumir toda la infinidad de sus tesoros. Todo le parece poco para regalar, para embellecer, para glorificar aquella alma, cuyo amor le ha costado tantos sudores y fatigas, tantas lágrimas y penas. Los cielos resuenan por todas partes con los más dulces y armoniosos himnos;

los Ángeles, á competencia, se empeñan en celebrar con las más expresivas demostraciones su inmenso júbilo; los demás bienaventurados, poseidos de la misma alegría, le dan humildes el parabien, le bendicen, le alaban, le tributan el sacrificio de accion de gracias; y aquel padre amorosísimo, embriagado de placer, no acierta á manifestarlo, y solo dice, repitiéndolo sin cesar: alegraos todos; participad, en el modo posible, de las inmensas delicias que inundan mi alma; celebrad mi contento y mi felicidad: sabed que ha vuelto mi hijo, mi amado hijo, el hijo de mi corazon, aquel hijo, que hace tanto tiempo abandonó mi casa, aquel hijo predilecto, que yo he llorado tantas veces, por parecerme irreparable su pérdida.

Llegad, pues, llegad á él pecadores; llegad, que este es el tiempo más oportuno; esta es la hora, en que van á abrirse para vosotros las puertas de la salud; este es el tiempo, en que se van á romper las duras cadenas de vuestra opresion; este es el tiempo, en que vais á sacudir el yugo tiránico de Satanás; este es el felicísimo momento, en que va á correr para vosotros la sangre preciosa del Cordero inmaculado. Llegad, pecadores; llegad á cogerla, para que sean rociadas con ella vuestras almas. Llegad todos, hombres y mujeres, ricos y pobres, ancianos y niños, llegad: aquí teneis un Dios, que os espera con impaciencia, que os llama con amor, que os perdona con liberalidad. Llegad, que aquí tenéis la satisfaccion por todos los hombres, y Dios queda plenamente satisfecho: llegad; que aquí está la hostia ofrecida por nuestra redencion, y quedareis completamente redimidos: llegad, que aquí está un Dios muerto por nuestro amor, y viviréis eternamente: llegad; no abuseis de ese tiempo que se os concede, porque ¿quién sabe si este será el último de vuestra vida? Llegad, y haced vuestros los méritos, vuestras las virtudes, vuestra la pasion, vuestra la sangre, vuestra la gloria del mismo Dios: todo es vuestro en el momento en que os decidais. Llegad á aprovechar este momento, del que tal vez pende vuestra eterna felicidad, que á todos deseo. Amen.

DIVISIONES.

DESCONFIANZA.—La desconfianza de la misericordia de Dios hace, que muchos pecadores no se conviertan.

La desconfianza de la bondad del Señor hace, que muchos justos dejen de serlo.

DESCONFIANZA.—Debemos desconfiar:

1.° De nuestras pasiones, aún cuando no estén exaltadas.

2.° De nuestros pecados, aún cuando nos hayan sido perdonados.

3.° De nuestras virtudes, cuando somos virtuosos por capricho.

DESCONFIANZA.—Es necesario desconfiar siempre de los enemigos.

Es necesario desconfiar, algunas veces, de los amigos.

Hay acciones en que conviene, y otras en que no conviene, desconfiar de nosotros mismos.

DESCONFIANZA DE LOS PECADORES.—Los pecadores desconfian de las personas, en quienes deberian depositar toda su confianza.

Los pecadores no desconfian de las personas, de las cuales tienen muy fundados motivos de desconfianza.

Véase: CONFIANZA EN DIOS y MISERICORDIA.

DESMEMBRACIONES RELIGIOSAS: Véase: CISMAS.

DESEOS

(MALOS).

Post concupiscentias tuas non eas.
No te dejes arrastrar de tus pasiones.
(Eccl. XVIII, 30.)

El Señor es el dueño de nuestras almas y de nuestros cuerpos; ved aquí, por que quiere que nuestros pensamientos y nuestros deseos se sometan á su ley, lo mismo que nuestras acciones. Él es infinitamente santo y perfecto, y exige de nosotros, que seamos santos en todo nuestro ser; pero nosotros no podemos llegar á este grado de perfeccion, sin poner freno á nuestras pasiones y reprimir nuestros malos deseos. Esta es la causa por que nos prohibe Dios, hasta el pensamiento y el deseo del mal. Su voluntad está escrita en los dos últimos preceptos del Decálogo, que me faltan explicaros, y que están formulados de este modo: *No desearás la obra de la carne sino en el matrimonio. No codiciarás los bienes de otro para adquirirlos injustamente.* Imploremos la gracia de Dios, por intercesion de María, para que comprendamos bien el sentido de estos dos últimos mandamientos. A. M.

1. Pecar por mal pensamiento, es pensar voluntariamente y con complacencia en una cosa mala, en una cosa que Dios prohibe. Pecar por mal deseo, es ambicionar, exigir, ó desear con reflexion y con conocimiento una cosa mala, ó que Dios prohibe. Una imágen impura se presenta á vuestra imaginacion, una mala idea se os ocurre; si no la desechais, si os deteneis en ella con complacencia, si os recreais en ella, os haceis culpables de un mal pensamiento. Vosotros formais en vuestro corazon el deseo de ejecutar esa cosa mala, que el pensamiento os presenta; deseais la posesion de esa cosa, que no os es permitido tener; deseais cometer ese pecado: ese es un mal deseo, ese es un pecado.

Sin embargo, no confundais los pensamientos culpables y los malos deseos con la concupiscencia, con la inclinacion al mal, que es el triste fruto de nuestros primeros padres, y del que no están libres las almas más puras. Esta malhadada inclinacion existe, á pesar nuestro, en nuestros corazones, y no nos es posible destruirla enteramente; pero no por eso debemos dejar de luchar contínuamente contra ella; nosotros no debemos consentir en los pensamientos que ella nos sugiere, en las tentaciones que nos suscita, ni en las peligrosas imágenes con que llena y fatiga nuestro espíritu y nuestra imaginacion; porque todo mal pensamiento, todo mal deseo, es pecado en presencia de Dios, cuando es consentido deliberadamente.

Es cierto, que los dos últimos preceptos del Decálogo no reprueban, al parecer, más que los deseos de impureza y de avaricia, sin duda, porque estos deseos son el orígen principal de los pecados de los hombres. Pero no son éstos solos los que Dios condena. En efecto, escuchad á nuestro Señor Jesucristo reprender á los fariseos sus pensamientos de envidia y de ódio; ved como rechaza del altar á todo el que conserva contra su hermano un pensamiento ó un deseo contrario á la caridad. Y ¿no fué por un pensamiento de orgullo por lo que Lucifer fué arrojado del cielo, y sumergido para siempre en los infiernos? ¿Porqué dice tambien el Espíritu Santo, que debemos rechazar todo deseo de cualquier cosa prohibida y mala? Porque consentir en malos pensamientos, y formar malos deseos, es exponerse á un peligro cierto de caer muy pronto en los pecados á que se refieren estos deseos. Si no se cometen, es porque falta la ocasion, ó los medios para cometerlos; pero el crímen está consumado en el corazon del que lo desea. Por esta razon, Dios, que sondea los corazones, y á quien nada se oculta de cuanto pasa en el alma y en el pensamiento del hombre, declara, que el que miró á una mujer con ojos de concupiscencia, ha cometido ya un adulterio en su corazon. ¡Ay, con cuanta frecuencia se cometen hoy estos pecados! ¡Cuántos pecados de esta especie comete un corazon embriagado con una pasion criminal! ¡Cuántos pensamientos y cuantos deseos formais á la vista de todos los objetos que se os presentan! ¡Cuántos pecados se cometen en esos proyectos, en esas resoluciones, en esas concurrencias, en esas citas, y en esas intrigas secretas, aún suponiendo que no se lleven á efecto! Delante de Dios la voluntad es reputada por el hecho, y hay pecado en la delectacion sola del espíritu y de la voluntad, aún cuando no haya accion alguna deshonesta. ¡Cuán peligroso es el combate que

debemos sostener contra nuestra carne! Este malhadado cuerpo dá orígen á una multitud de malos pensamientos, de deseos corrompidos y de pecados.

Pero no son ménos numerosos los pecados de pensamiento y de deseo, que tienen su orígen en la codicia, en el amor desordenado de los bienes de este mundo.

Es indudable, hermanos mios, que no todo deseo de los bienes ajenos está prohibido; porque se puede desear, sin pecar, lo que otro posee, cuando solo se quisiera adquirir por las vias legales y por los medios que la probidad y la conciencia aprueban.

Pero ¡cuántos deseos de los bienes ajenos son injustos, criminales y abominables á los ojos de Dios! El Espíritu Santo dice: *Aquellos que quieren hacerse ricos, caen en muchos deseos inútiles y perniciosos.* I, Timot., 6. ¡Cuántos deseos perniciosos hay en el corazon de ese hombre, que mira con envidia los bienes del prójimo! ¡Cuántos deseos criminales ve Dios en el alma de esos comerciantes, que desean la ruina de otros, para poder aumentar su comercio; que provocan la escasez y la carestía de víveres, para poder enriquecerse; y que, finalmente, con el objeto de vender más caro ó de comprar más barato, llevan á mal que otros vendan ni compren! ¡Qué deseos tan injustos los de esos hombres, que ansian la desgracia de las personas de posicion, para colocarse en su puesto! ¡Oh, cuántos crímenes salen del corazon del hombre! *De él salen*, nos dice el Salvador, *los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los latrocinios, los falsos testimonios y las blasfemias; en él se encuentra la fuente de todos los crímenes.* Así, pues, para secar esta fuente pestilencial, es para lo que Dios prohibe hasta los pensamientos, los deseos, las imaginaciones, las representaciones y aún los recuerdos malos.

Desengañaos, pues, vosotros los que hasta ahora habeis creido poder entregaros sin pecar á todos vuestros malos pensamientos, y á todos vuestros malos deseos. ¡Ay! vosotros habeis ofendido mucho á Dios. Volved, pues, á vosotros mismos, haced penitencia, acusáos humildemente de esos pecados, reparad vuestras confesiones mal hechas, y volved á entrar en la gracia de Dios, si quereis ir al cielo.

2. Pero hay algunas personas que se alarman y se inquietan, y creen que pecan siempre que se les ocurre algun mal pensamiento; este es un error, hermanos mios, y debe desvanecerse de vuestro espíritu, si habeis comprendido lo que os he dicho hasta aquí. No hay más pensamientos ni más deseos culpables, que aquellos en que nos detenemos con complacencia, y nos recreamos deliberadamente. Si, por el contrario, resistimos con valor, si rechazamos con energía el mal pensamiento, si no hemos dado ocasion á él, muy léjos de hacernos perder nada de la amistad de Dios, esta tentacion nos dá más mérito, y aumenta nuestros derechos al amor y á la gracia del Señor. No debemos esperar en esta vida una paz, que esté libre de combates. Además, la santidad del alma no consiste en no ser tentado, sino en mantenerse firme y resistir con valor todas las tentaciones que experimentamos. No os asusteis por esos pensamientos que se os ocurren á pesar vuestro, sino desechadlos lo más pronto que os sea posible; y lo podreis siempre, si recurrís á la oracion. Decid, como los Apóstoles en el momento del peligro: *Salvadnos, Señor, que perecemos*; y Dios os ayudará á triunfar de vuestros enemigos. Dirigíos con toda confianza á la Santísima Vírgen, y decidle esta bella y corta oracion: *¡Oh Vírgen purísima! alcanzadme, por vuestra santísima virginidad y vuestra concepcion inmaculada, la gracia de conservar puro mi cuerpo y mi espíritu.*

No lo dudeis, la Santísima Vírgen vendrá en vuestra ayuda, y vuestra alma adquirirá, á cada momento de tentacion, un nuevo mérito delante de Dios. Rechazad los pensamientos de la carne. Luchad firmemente contra las sugestiones de la codicia. Para vencerlas, aprended á contentaros con el estado en que Dios os ha puesto, y no deseeis mejorarlo sino con moderacion, permaneciendo siempre sumisos á las disposiciones de la Providencia, que todo lo arregla y lo dirige en el mundo. Grandes bienes, cuantiosas riquezas, serian, tal vez, vuestra infelicidad. Jesucristo dice, que hay muy pocos ricos que se salven. *No procureis*, añade, *amontonar sobre la tierra tesoros, que la polilla y los gusanos devoran, y que los ladrones os pueden arrebatar; sino acumular tesoros en el cielo.* Matth. vi. Tened confianza en Dios; vosotros sois unas criaturas muy gratas á su corazon, y él cuidará de vosotros.

Guardad, hermanos mios, los preceptos de la ley de Dios, y observadlos fielmente. Haced lo que Dios os manda; de este modo vivireis en su amistad, y conseguireis la grande é inefable recompensa, que Dios reserva para sus siervos vigilantes y fieles, porque Jesucristo ha dicho: *Si quereis conseguir la vida eterna, guardad los mandamientos.* Deseo que la gracia de Dios sea con vosotros; que ella os ayude y os fortifique constantemente, *para que glorifiqueis á Dios, adelantando en la práctica de las buenas obras*, que conducen á la eterna felicidad. *Así sea.*

Véase: PENSAMIENTOS MALOS.

DESHONESTIDAD.

Iram Domini portabo, peccavi ei.

Yo sufriré el castigo del Señor, pues que pequé contra él.

(*Miqueas.* VII, 9.)

Entre cuantas veces me he presentado á vuestra vista, desde esta cátedra del Espíritu Santo, jamás ha estado mi pobre espíritu más indeterminado é irresoluto que esta tarde. Dos opuestos extremos me están ejecutando enteramente el discurso, y parece imposible satisfacerlos. La limpieza de algunas almas que me oyen, la santidad de este templo, la reverencia debida á la Vírgen inmaculada, y á aquel gran Dios, que en el sagrario adora y venera nuestra fe, me están impeliendo, para que, imitando á los Ciprianos, Crisóstomos y Ambrosios, forme un elogio de la virtud limpísima de la castidad. Vuestra grande necesidad y la extrema que padece el mundo, me compelen á declamar con todo el celo y espíritu de San Pablo, contra el detestable vicio de la lascivia. Si yo hubiera nacido en los principios del cristianismo, en que aún tenia sus mártires la castidad, en aquellos felices tiempos, en que los santos Padres empleaban más su brillante elocuencia en alabanzas de la castidad, que en invectivas contra la lascivia; sin duda alguna abrazaria luego este partido, tan propio de mi carácter y del sagrado sitio en que me hallo, desde donde es tan frecuente anunciaros la casta ley del Señor.

Pero habiendo nacido, por mi desgracia, en este infelicísimo siglo, en que la deshonestidad ha corrompido todos los estados, todas las edades y condiciones de los hombres; en este siglo, en que la fuerza del libertinaje y mal ejemplo ha llegado hasta lo sumo, borrando en los cristianos aquel pudor y vergüenza santa que tanto los ennoblecia; en este siglo, en fin, en que, hasta en las doncellas, hasta en los niños mismos se advierten un descoco, una libertad y un desahogo reprensible en la manera de presentarse, que evidentemen-

te demuestran llevar en su frente las señales más claras de la incontinencia, aún en una edad, en que debiera ser su propio carácter el retiro, el pudor y la pureza; creedme, fieles, que es forzoso levantar la voz, no avergonzarnos de prohibiros lo que os preciais hacer, y que os digamos con la santa libertad de nuestro ministerio, que aquel Dios, que en el sagrario adora y venera nuestra fe, ha de perder eternamente al que mancha su cuerpo y su alma con el pecado de la impureza.

De este pecado, pues, como el más opuesto á los limpísimos y purísimos ojos del Señor, es del que vengo á hablar esta tarde, aunque sea con la mayor repugnancia mia, por haber de tratar de un asunto tan abominable en tan limpísimo sitio. ¡Almas infelices, que infringís con frecuencia el sexto mandamiento de la ley santísima de Dios! os digo en nombre suyo, que si no tratais de veras de apartaros de las ocasiones malas, de mortificar vuestro cuerpo y hacer frutos dignos de penitencia, vendrá sobre vosotros la ira de Dios con toda suerte de desdichas. Desdichas temporales, desdichas espirituales, desdichas eternas será vuestro patrimonio en esta y en la otra vida. Sí, deshonestos; seréis castigados en el cuerpo, seréis castigados en el alma, seréis castigados en el infierno. Tres reflexiones, que forman todo el fondo, division y série de este discurso, y que evidenciará la verdad de estas palabras del Señor: *Iram Domini portabo, quoniam peccavi.*

Vírgen inmaculada, hoy más que nunca, necesito de vuestra proteccion y amparo, para que mis palabras sean puras, mis expresiones limpias y todos mis afectos santos. Esta gracia os suplico me alcanceis de Dios: A. M.

1. Ántes de manifestar en esta primera parte, las formidables penas temporales con que Dios Nuestro Señor ha castigado en todos los siglos, á los que viven encenegados en el vicio de la deshonestidad, es menester evidenciar, aunque sea brevemente, la espantosa deformidad de su pecado, no sea que se persuadan, que las penas son exageradas ó excesivas. Nada ménos, amados mios; no hay exceso ni exageracion en las verdades eternas. Por ellas sabemos, que la deshonestidad es un pecado contra Dios, contra el mismo que lo comete, y contra sus prójimos; un pecado, que todas estas circunstancias hacen á la verdad horribilísimo. Digo, que es un pecado contra Dios, porque viola su templo santo, que son los cristianos, como lo decia el grande apóstol San Pablo. ¿No sabeis, les decia el Santo á los fieles de Corinto, no sabeis, que sois templo de Dios vivo I Cor. III, 16?

¿ignorais, que el Espíritu Santo habita en vosotros? Sepan, pues, todos los cristianos, que Dios los perderá eternamente, si manchan su templo santo, que son ellos mismos. No es ménos constante en la divina Escritura, que este abominable pecado es contra el mismo que lo comete, á quien corrompe el cuerpo, destruye la hacienda, pierde la reputacion y mancha el alma. Vuelva á hablar el mismo apóstol San Pablo, cuyas son las palabras que se siguen: *Huid la fornicacion, porque todo otro pecado que comete el hombre, cae fuera de su cuerpo; pero el que peca torpemente, peca contra su propio cuerpo,* I Cor. vi, 18, perdiendo su hermosura, degradando su nobleza y esclavizándole á los caprichos extravagantes y torpísimos desórdenes de una perversa, que le plaga de males, llena de enfermedades asquerosas, y le hace sentir en la vida con anticipacion los dolores del infierno, que padecerá despues de la muerte.

Mas, no solamente la impureza es un pecado contra Dios y contra el mismo que le comete, sino tambien contra los prójimos. Seríamos interminables, si quisiéramos referir, aunque fuera con la mayor concision, los males, que este pecado causa contra el prójimo. La desunion de tantos matrimonios, la prodigalidad de tantos caudales, las pendencias y muertes de tantas personas, son hechos demasiado patentes, para que podais ignorarlos. Ahora bien, señores mios, vosotros, sí, con vosotros hablo, los que vivís de asiento en la deshonestidad; ¿merecerá muy bien el castigo del cielo un pecado, que viola el templo de Dios, que corrompe al hombre impuro con enfermedades vergonzosas, con úlceras encanceradas y pestilentes, con la pérdida de su salud, de su reputacion y de su alma? ¿qué trastorna y destruye el buen órden establecido por la divina Providencia en la propagacion humana, y abandona el diligente cuidado que se debe tener de la familia? ¿Qué decís? ¿será una bagatela, un juguete, un nonada este pecado formidable, que ha hecho empuñar muchas veces la espada de la divina justicia?

Yo registro las santas Escrituras, y veo, que por la torpeza anegó Dios el mundo con un diluvio universal: por la torpeza veo descender fuego del cielo, que reduce á cenizas todos los habitadores de Sodoma y Gomorra: por la torpeza veo cubierta de cuerpos despedazados y nadando en sangre la ciudad de Siquen, por haber violado su príncipe, hijo de Hemor, á Dina, hija del santo patriarca Jacob: por la torpeza veo pasados á cuchillo veinte y cuatro mil israelitas, por haberse mezclado contra el mandato de Dios con las mujeres mohabitas: por la torpeza pereció casi toda la tribu de Benjamin, por haberse atrevido á la mujer de un levita, que caminaba con su marido á la ciudad de Gabaa: por la torpeza veo á Onan, herido por la mano de Dios, porque á sus solas hacia consigo mismo acciones detestables. Veo al príncipe Amnon, muerto violentamente en un convite, por haber violado á su misma hermana Tamar: veo á Absalon colgado de una encina por sus cabellos, y atravesado el corazon con tres lanzas, por haber abusado públicamente de las mujeres de su santo padre David: veo morir infamemente á los Jueces ancianos, que solicitaron á la casta y honrada Susana: veo... Pero, ¡Dios inmortal! ¡cuántas desdichas, cuántas penas, cuántos castigos no veríamos en las santas Escrituras, que ha fulminado Dios contra los deshonestos! Muertes violentas, ruina de ciudades, rebeliones de pueblos, destruccion de imperios y universal trastorno del orbe; todo aparece en los Libros santos para castigo de este pecado.

Demos ahora una vuelta por la historia de los reinos, y hallaremos la mayor parte de ellos lastimosamente perdidos por este abominable pecado. Demolidas sus fortificaciones en unos, destruidas sus ciudades, asolados sus pueblos y perdida hasta la memoria de su existencia: arrancada la fe en otros; destruidas las iglesias, desterrados sus sacerdotes, abolidas las leyes, roto el freno de la subordinacion, y abrumados de abominables desórdenes, nos hacen ver todos con la mayor evidencia, que si continúa el hombre reincidiendo en su pecado, continúa Dios tambien aplicando el castigo. Por la torpeza tuvo fin el grande imperio de los Asirios, despues de mil y trescientos años de duracion, con los escandalosos desórdenes de su impío rey Sardanápalo; por la torpeza acabó el poderoso reino de los Babilonios, hallándose su lascivo rey Baltasar cenando con sus concubinas á la mesa; por la torpeza finalizó el brillante imperio de los Persas en su afeminado rey Darío, en cuyo palacio se halló un enjambre de mujeres, destinadas á mantener y fomentar su concupiscencia; por las torpezas de Cleopatra vió su fin el fuerte imperio de los Griegos; y por el mismo vicio, Tarquino enervó todo el poder de los Romanos.

Pero no tenemos que ir tan léjos á buscar funestos ejemplares de esta verdad. La Inglaterra, que en otros tiempos podia muy bien llamarse isla de Santos; la Inglaterra, se vió por los torpes amores de Enrique VIII y Ana Bolena, dividida de la santa Iglesia católica con un cisma horrible y escandaloso, que demolió sus templos, desterró sus sacerdotes, abolió los sagrados Ritos, y conmutó el oro brillante de la Fe divina en tristes amarilleces del barro de la protestante division. Corramos un velo sobre los horrores que inundaron la Francia: no se encuentran términos, no se hallan expresiones bastante significa-

tivas para manifestar su abominable situacion: degollados en una pública plaza sus monarcas, abolidas perpétuamente todas las congregaciones religiosas; maltratados en sus personas y haciendas los ministros del Señor; prófugos los Obispos; insolente el más soez y destemplado populacho; afligido el Sumo Pontífice, é irritados de sus insolencias y crueldades todos los soberanos de Europa. ¡Ah, cristianos mios muy amados! si por la incontinencia universal, tan pública y tan impune en aquel reino, no se hubiera roto el primer eslabon y subordinacion que la criatura debe al Criador, no se hubiera visto en aquel reino la anarquía más detestable, con todos los funestísimos efectos que de ella se originan, no ménos perjudiciales al imperio, que al sacerdocio. Pero no olvidemos nuestras desdichas domésticas, cuando tratamos de dar alguna idea de las desgracias ajenas. España, señores mios, España, que sin juntar sus fuerzas, solo con una partecilla de ellas, supo hacer frente, por más de ciento y cincuenta años, á todo el imperio Romano en el auge de su grandeza; siendo algunas de nuestras ciudades teatro donde se vieron maravillas del valor, pues solas nuestra Numancia y Sagunto costaron á los Romanos más ejércitos y más caudales que provincias enteras en otros reinos; esta España, vuelvo á decir, tan valerosa, se vió por más de setecientos años oprimida de bárbaros Moros por las torpezas de Witiza, y los ilícitos amores de Don Rodrigo y Florinda, la sobrina del conde Don Julian, á la que comunmente llaman las historias la *Caba*.

Mas ¿para qué incomodarnos en buscar ejemplares antiguos, cuando, por desgracia nuestra, los tenemos harto patentes? Sed vosotros mismos testigos de esta verdad: ¿cuántas casas veis arruinadas por los excesos de este inmundo pecado? ¿cuántos matrimonios desunidos? ¿cuántas familias escandalizadas? ¿cuántas doncellas perdidas? ¿cuántos jóvenes apestados? ¿cuántos casados y viudos llenos de enfermedades abominables? ¡Oh vicio infame! ellos se quedarian muertos como bestias podridas en un estercolero, si la caridad de Jesucristo no se extendiese hasta el remedio y curacion de los enfermos voluntarios. ¡Oh vicio funesto, que destruyes las haciendas, las casas, la reputacion, la salud y la misma vida del cuerpo! ¿Queréis más penas temporales? Añadid las pendencias entre los competidores, las muertes crueles por los celos, el abandono de las obligaciones del estado y del empleo, y el sacrílego abuso de lo más venerable y augusto de la Religion. ¡Oh Santo Dios! ¡cuándo acabaríamos, si hubiéramos de nombrar tantas desdichas como acarrea este pecado, y tantas penas temporales como ha experimentado para su castigo! ¡Pero

¡ay! ¡que estas penas son incomparablemente menores, que las que se siguen: las penas espirituales son infinitamente más temibles!

2. Así como no hay bienes temporales, por más grandes y preciosos que se reputen, que puedan compararse con el menor grado de los bienes espirituales, por ser éstos de un órden superior, de un carácter muy sobresaliente, de una naturaleza toda divina; tampoco hay penas temporales, por más graves y penosas que se crean, que puedan compararse con las penas espirituales. Un hombre afligido con dolores, encarcelado y ciego, parece un hombre miserable; pero si está en gracia de Dios, si es heredero del cielo, si es templo del Espíritu Santo, hé ahí un hombre dichoso, un hombre feliz. Por el contrario, un hombre rico, sano, robusto, sábio, hermoso, noble y valiente, cualquiera le reputará por un hombre dichoso; pero si su alma está en pecado, si es sordo á los divinos llamamientos, ciego para las misericordiosas luces del Señor y obstinado en sus delitos; ved ahí un hombre maldito, un hombre esclavo de Satanás, desterrado del cielo, enemigo de Dios, y destinado á los braseros del infierno. Tan temibles son las penas espirituales; pero el deshonesto no las vé, y por eso no se arrepiente; y ved ahí la primera pena con que Dios le castiga, la ceguedad espiritual. *Supercecidit ignis, et non viderunt solem*, Psalm. lvii. 9: sobre ellos cayó el fuego de la lascivia, dice el santo profeta David, y no vieron el sol de justicia, Cristo, para honrarle como á su criador, como á su redentor y como á su conservador: no vieron la luz de su inmaculada ley para observarla, y así la desobedecieron con avilantez y osadía: no vieron los vínculos del parentesco para respetarlos, y por eso los traspasaron con escándalo: no vieron los límites sagrados de los templos para venerarlos, la dignidad de sus ministros para honrarlos, la santidad de sus Sacramentos para dignamente recibirlos; todo lo atropellaron, como ciegos, con el infame pecado de la deshonestidad. Nada vieron, desde las horribles tinieblas de su pecado, nada puso freno á sus desórdenes, y se abalanzaron, como ciegos, á los precipicios más horrorosos. Ellos pecaron en las calles, pecaron en las plazas, pecaron en los campos, pecaron en las casas, pecaron en las iglesias, pecaron de dia, pecaron de noche, pecaron solos, y pecaron acompañados.

El segundo castigo del deshonesto es la sordera espiritual. Sí, señores: *Verbum sapiens... audivit luxuriosus, et displicebit illi, et projiciet illud post tergum suum*. Eccli. xxi, 18. Esta notable diferencia hallareis, sin duda, entre los sordos por defecto del órgano de su oido, y los sordos por mala disposicion de su corazon. Aquéllos no oyen, pero desean oir; éstos oyen, pero no quieren escuchar. La sor-

dera corporal es sin pecado; la sordera espiritual nunca es sin culpa. Los sordos en el cuerpo, lo son contra su voluntad; los sordos en el espíritu, lo son porque quieren. Por eso no dice el Espíritu santo, que absolutamente no oye el deshonesto: sí, oye con el cuerpo; pero es como si no oyera, porque como dice el Señor, le desagradan las buenas palabras que se le hablan, y las arroja á las espaldas, como si jamás las hubiera oido. Habladle con las palabras más dulces, amonestadle con las expresiones más tiernas, reprendedle con severidad, castigadle con rigor; nada aprovechará al que está encenagado en la torpeza. A pesar de las declamaciones más vehementes de los predicadores, de los consejos más sábios de los confesores, de las providencias más oportunas de los prelados, se le verá sin enmienda alguna pecar con los ojos, pecar con los oidos, pecar con la lengua, pecar con las manos, pecar con los piés, pecar con la memoria, pecar con el entendimiento, pecar con la voluntad, pecar con el cuerpo y pecar con el alma. Si una muerte repentina de un amigo, si una mision fervorosa que entra en su pueblo, si un accidente inopinado y tremendo, si una tempestad furiosa, si un rayo que cae á sus piés, le aturde por algun tiempo, y hace detener un poco la carrera precipitada, con que se despeña hasta el abismo, esto no es otra cosa que haber oido con los sentidos del cuerpo estas pavorosas voces del Señor; pero, en pasando de su memoria, ó desvaneciéndose de su imaginacion aquella impresion tremenda que causó la tempestad, la muerte, el rayo ó la palabra de Dios, luego vuelve con nuevo ímpetu á sus desórdenes, y se revuelve y revuelca, como animal inmundo, en el lodazal de sus lascivias.

No lo dudemos, amados mios; cuando un deshonesto se entrega por un dilatado espacio de tiempo á su insaciable pecado, nada ve, nada oye, y todo lo desprecia. Desprecia á Dios, no haciendo caso de su justicia; desprecia á Jesucristo, estimando en nada su sangre; desprecia al Espíritu santo, no atendiendo á sus inspiraciones; desprecia á María santísima, posponiéndola á la amistad y compañía de su manceba; desprecia á los ángeles y santos, amándolos ménos que á su cortejo, y pecando sin rubor y sin vergüenza en su presencia: *Impius autem cum in profundum venerit peccatorum, contemnit.* Prov. xviii, 3. Desprecia el deshonesto su alma, perdiéndola por una sucia culpa: desprecia su cuerpo, manchándole con su pecado: desprecia su hacienda, prodigándola al ídolo de sus torpezas: desprecia su reputacion, su fama, su buen nombre; y nada se le dá por hacerse el objeto de la murmuracion y escándalo de su pueblo. ¡Sordera incurable, pues no escucha las voces de su fama perdida, de su hacienda arruinada, de su salud disminuida, de su alma condenada! ¡Sordera horrible, pues no atiende las inspiraciones de los ángeles, el clamor de los santos, la misericordia de la Vírgen, la sangre de Jesucristo, ni la justicia de Dios!

Á un hombre de este carácter, á una mujer de esta clase de pecadores, ¿qué les falta para hallarse en el estado de réprobos, de obstinados y de una impenitencia final? Abandonados de Dios, entregados al desarreglo de sus pasiones y á un sentido réprobo, como lo llama san Pablo; ciegos para no ver las misericordias del Altísimo, el abuso de sus gracias y la inmensidad de sus delitos; sordos á las voces de la razon, á los atractivos de la gracia y á las grandezas de la gloria; ¿qué les falta, sino que apagada su fe, debilitada su esperanza, perdida su caridad y desnudos de los dones del Espíritu santo, vengan á morir infelicísimamente, y ser sepultados con los huesos llenos de los vicios de su juventud, que les acompañarán eternamente en el infierno? *Ossa ejus*, decia el santo Job, *implebuntur vitiis adolescentiæ ejus, et cum eo in pulvere dormient.* Job. xx, 11. ¿Qué resta, sino que, endurecidos en esta vida por su pecado y castigados en ella con penas temporales y penas espirituales, como habeis visto hasta aquí, sean tambien castigados despues de la muerte con penas eternas?

3. Es una verdad de fe, que aquel gran Dios que nos crió, nos juzgará con toda rectitud, cuando comparezcamos en su juicio. Está determinado, decia el apóstol san Pablo, que todos salgamos de esta vida por la puerta de la muerte, y seamos presentados delante del tribunal de Jesucristo, para llevar el premio ó castigo que corresponda á nuestra virtud, ó á nuestros pecados: *Statutum est hominibus semel mori; post hoc autem judicium.* Ad Hebr. ix, 27. Pero aunque todos los pecadores debamos tener por juez á Jesucristo, Dios y hombre verdadero, los deshonestos le tendrán no solamente por juez, sino tambien por testigo. Él fué testigo de vuestras miradas torpes en los bailes nocturnos, en vuestras rondas escandalosas, y hasta en los pórticos de los templos, cuando os dejabais arrastrar por los ojos del ídolo de vuestra desenfreneda pasion; él fué vuestro testigo: él mismo será vuestro juez, que os sentenciará á que solo veais en el infierno la espantosa figura de los demonios, la voracidad de las eternas llamas, la oscuridad perpétua de aquel hediondo calabozo. El Señor Dios vió con sus mismos ojos, oh doncella impura, ciertas acciones que ejecutaste, y como juez justísimo te sentenciará á tocar en el infierno el fuego devorante, las cadenas eternas y los grillos sempiternos, que oprimirán para siempre tu cuerpo, tan acostumbrado á

los criminales placeres. El Señor Dios, decia el apóstol san Pedro, reservará en su juicio para ser atormentados á todos los pecadores; pero muy particularmente á los que se dejan arrastrar de los vicios de la carne. II Petr. II, 10. Allí, vuestros ojos mirando fuego, vuestras manos tocando fuego, vuestra boca gustando fuego, vuestro cuerpo, corazon y alma ardiendo como tea inextinguible en llamas de eterno fuego, experimentareis el dejo amargo de vuestras culpas, los funestos efectos de vuestros pecados. Allí, aumentándose á un grado incomprensible vuestros tormentos, á proporcion que se multipliquen en el mundo vuestros escándalos, llorareis con lágrimas inútiles vuestra irremediable desventura. Allí, lloverá sobre vosotros un diluvio de llamas, un rio, un mar de fuego, cada vez que caiga en el infierno alguna alma perdida por vuestras indecentes palabras, por vuestras acciones provocativas, por vuestros trajes escandalosos, por vuestros torpes ejemplos. ¡Oh formidable pecado, que tienes á Dios por testigo que te acusa, y por juez que te condena, excluyéndote de la gloria, y destinándote á una pena interminable.

Amados pecadores de mi alma; ¿hasta cuándo habéis de ser de tardo y pesado corazon? ¿hasta cuándo os habéis de mantener presos con los grillos de vuestro infame pecado? ¿No habrá llegado ya aquel feliz instante, de levantaros del cieno de los vicios, y de romper las pesadas prisiones de vuestro pecado? Sí, cristiano mio, sí: desata, rompe esos hierros, y pásate al partido de Dios, que te llama y te convida con su gracia y amistad. Si seguiste á la Magdalena errante, síguela penitente; si imitaste á la Egipcíaca viciosa, imítala arrepentido. Vuela al partido de los virtuosos, si hasta aquí acompañaste á los pecadores; y oye, escucha como exclama una alma amante de esta virtud celestial: ¡ay, castidad amable, y que poco te estiman los mortales! ¡Castidad perseguida en todas partes, sin hallar asilo seguro donde fijar tu pié, ven á mí, y conviérteme en tí! Sean castos mis ojos; sea casta mi lengua; sean castos mis piés, mis oidos, mis manos, y mis sentidos todos; sean castos mis pensamientos, castas mis palabras y puras mis obras. Ven á mí, castidad hermosa, que te mantienes con la oracion, con las lágrimas y gemidos á los piés de Jesucristo. Tú, que, como lirio entre las espinas, te conservas con los inocentes y saludables rigores de la mortificacion cristiana; tú, que permaneces con la huida de los peligros, con el retiro de las malas compañías y ocasiones; tú, que haces mártires dichosos á los que, por conservarte intacta, martirizan sus pasiones, y sujetan á la divina ley los desordenados apetitos de su cuerpo, ven á mis brazos.

Ven á mis brazos, dulcísimo Jesús, cordero purísimo de Dios, que

quitas los pecados del mundo; ven á mis brazos, esposo dulcísimo de las almas; pero ántes, desclavad esas benditas manos, y clavad las mias, para que paguen, de alguna manera, mi maldad: apartad vuestros piés de esa cruz, y crucificad los mios, para que todos mis pasos sean encaminados por las sendas de la justicia y satisfaccion, ya que algun dia se fatigaron corriendo por los caminos de la iniquidad: ensanchad esa corona, y encerrad en ella esta mi cabeza, para que al contacto de tus dolorosas espinas, entienda la locura de mis libres pensamientos, la fealdad de mis delectaciones y el horror de todos mis malos consentimientos: extended la llaga de vuestro amante pecho, para que entre este ingrato pecador á registrar la grandeza, la inmensidad, la intension y la duracion eterna de ese amor tan fuerte como la muerte, que os ha movido á poneros en esa cruz por mi salud y remedio; y abrasado en el horno encendido de vuestra infinita caridad, quede muerto al mundo, al demonio y á las pasiones, y viva solo para vos, llorando mis pecados, detestando mis vicios, entablando una vida irreprensible, y caminando de virtud en virtud, cargado con vuestra cruz en seguimiento vuestro. Dádmela, Dios mio; yo quiero llevarla, ayudado de vuestra gracia, para poder alcanzar un dia vuestra gloria.

DIVISIONES.

DESHONESTIDAD.—Las mujeres, cuyo traje libre y descubierto no corresponde á lo que la decencia exige, dan una significativa muestra de deshonestidad.

La falta de decencia, que muestran algunas mujeres en su vestido, es un lazo que arrastra á los hombres á la deshonestidad.

DESHONESTIDAD.—La desenvoltura ó deshonestidad de las doncellas mundanas, que visten trajes indecentes, es una prueba de su impudencia.

En las mujeres casadas, es prueba de su incontinencia.

En las personas, que pretenden pasar por devotas, es prueba de su hipocresía.

DESHONESTIDAD.—Dios castiga, frecuentemente con la vergüenza del adulterio, á los maridos, que toleran á sus mujeres los trajes deshonestos.

Dios castiga, ordinariamente, con el tormento de los celos, á las mujeres, que, contra la voluntad de sus maridos, visten de un modo indecoroso por lo deshonesto.

Véase: IMPUREZA, SENSUALIDAD, HIJO PRÓDIGO.

DESIGUALDAD.

Spiritus dividens singulis prout vult.

El Espíritu reparte los dones á cada uno segun quiere.

(*I Corint.* XII, 11.)

Cuando se examina el gobierno de Dios en el mundo, se ofrecen á nuestra vista dos clases de fenómenos: el primero es la desigualdad que hay en los dones divinos, el segundo, es el progreso ó adelanto. Desigualdad y adelanto, hé ahí los dos órdenes de fenómenos, que, en todas partes y á cada instante, se descubren en el gobierno de Dios. Por lo tanto, vamos á investigar y á explicar esos dos órdenes de fenómenos: Si es cierto, que haya desigualdad en la distribucion de los dones divinos, y el por qué de esa desigualdad; si es verdad, que haya progreso, y el por qué de ese adelanto.

Haciéndolo así, señores, tocaremos al más profundo de los misterios de nuestros destinos, y cada uno de nosotros, interrogándose y viendo el punto á que ha llegado en esos fenómenos, descubrirá fácilmente lo que ha conquistado en el órden de su destino, y lo que le queda aún por hacer.

Pidamos á Dios, por la intercesion de la Vírgen, que me sostenga é ilumine, y que sostenga é ilumine tambien á vuestros espíritus. A ese fin, saludemos á nuestra celestial Madre con las palabras del Angel. A. M.

1. Todos los hombres nacen creados á imágen de Dios, *ad imaginem Dei creavit eos* GEN. I, 27; todos los hombres nacen redimidos por la sangre de Dios; *pro omnibus mortuus est Christus* II COR. V, 15; todos los hombres nacen llamados á la eternidad de Dios, *speramus in Deum vivum qui est Salvator omnium hominum.* I TIM. IV, 10.

Estas tres cosas constituyen en todos, sin excepcion ninguna, nuestro capital divino. Nacemos con este capital divino en el órden sobrenatural, así como, en el órden natural, nacemos con un capital, por pequeño que sea. Porque el hombre por sí solo no es nada, no puede vivir: es preciso que nazca con algo correspondiente á su vida; y este algo, le llamamos, en lenguaje moderno, un capital. La palabra es bella, es fea, es buena y es mala, poco importa; nosotros nos servimos del vocablo, á medida que los casos lo suscitan entre nosotros, y gustamos de traducir las cosas antiguas en nuevo lenguaje, á fin de seguir en algun modo los progresos de la verdad en sus desarrollos por la palabra misma, que aplicándose desde luego á las cosas mas elevadas, se aplica despues á las cosas inferiores.

Hé ahí nuestro capital divino. Empero no nos será difícil, hermanos mios, ver, que, en el órden sobrenatural como en el órden natural, no tenemos la misma parte de capital. Es evidente que hay en el órden sobrenatural, pobres, como los hay, dentro del órden humano; es evidente que hay ricos en el órden sobrenatural como los hay en el órden natural. Los unos nacen como llenos y penetrados del espíritu de Dios; creen, por decirlo así, respirando; se elevan hácia Dios como las nubes de la tierra y suben á ellas para ver más. Otros, por el contrario, encorvados pesadamente hácia la tierra que sostiene su cuerpo, levantan apénas acá y allá los ojos al cielo, y, cuando esto hacen, no descubren nada. El sol, las nubes y todos los astros están velados á su vista, y la luz misma, en cierto modo, les ciega. Esto es cierto; pero, ¿por qué sucede así? Dejo, como vosotros lo veis, á un lado, el órden natural; pues no siendo el objeto de esta enseñanza, nos conduciria á consideraciones de un órden inmenso que nos separarian de nuestro fin.

Prosigamos. ¿Por qué esa desigualdad hasta en el órden divino? Es, señores, que todo lo que Dios hace está hecho con órden, con idea de órden, con voluntad de órden, con realidad de órden. ¡Pues bien! el órden encierra estos cuatro elementos: primero, la multiplicidad, porque el órden es un conjunto de relaciones dispuestas armoniosamente, y no hay relaciones sin multiplicidad. El segundo ele-

Dios castiga, ordinariamente, con el tormento de los celos, á las mujeres, que, contra la voluntad de sus maridos, visten de un modo indecoroso por lo deshonesto.

Véase: IMPUREZA, SENSUALIDAD, HIJO PRÓDIGO.

DESIGUALDAD.

Spiritus dividens singulis prout vult.

El Espíritu reparte los dones á cada uno segun quiere.

(*I Corint.* XII, 11.)

Cuando se examina el gobierno de Dios en el mundo, se ofrecen á nuestra vista dos clases de fenómenos: el primero es la desigualdad que hay en los dones divinos, el segundo, es el progreso ó adelanto. Desigualdad y adelanto, hé ahí los dos órdenes de fenómenos, que, en todas partes y á cada instante, se descubren en el gobierno de Dios. Por lo tanto, vamos á investigar y á explicar esos dos órdenes de fenómenos: Si es cierto, que haya desigualdad en la distribucion de los dones divinos, y el por qué de esa desigualdad; si es verdad, que haya progreso, y el por qué de ese adelanto.

Haciéndolo así, señores, tocaremos al más profundo de los misterios de nuestros destinos, y cada uno de nosotros, interrogándose y viendo el punto á que ha llegado en esos fenómenos, descubrirá fácilmente lo que ha conquistado en el órden de su destino, y lo que le queda aún por hacer.

Pidamos á Dios, por la intercesion de la Vírgen, que me sostenga é ilumine, y que sostenga é ilumine tambien á vuestros espíritus. A ese fin, saludemos á nuestra celestial Madre con las palabras del Angel. A. M.

1. Todos los hombres nacen creados á imágen de Dios, *ad imaginem Dei creavit eos* GEN. I, 27; todos los hombres nacen redimidos por la sangre de Dios; *pro omnibus mortuus est Christus* II COR. V, 15; todos los hombres nacen llamados á la eternidad de Dios, *speramus in Deum vivum qui est Salvator omnium hominum.* I TIM. IV, 10.

Estas tres cosas constituyen en todos, sin excepcion ninguna, nuestro capital divino. Nacemos con este capital divino en el órden sobrenatural, así como, en el órden natural, nacemos con un capital, por pequeño que sea. Porque el hombre por sí solo no es nada, no puede vivir: es preciso que nazca con algo correspondiente á su vida; y este algo, le llamamos, en lenguaje moderno, un capital. La palabra es bella, es fea, es buena y es mala, poco importa; nosotros nos servimos del vocablo, á medida que los casos lo suscitan entre nosotros, y gustamos de traducir las cosas antiguas en nuevo lenguaje, á fin de seguir en algun modo los progresos de la verdad en sus desarrollos por la palabra misma, que aplicándose desde luego á las cosas mas elevadas, se aplica despues á las cosas inferiores.

Hé ahí nuestro capital divino. Empero no nos será difícil, hermanos mios, ver, que, en el órden sobrenatural como en el órden natural, no tenemos la misma parte de capital. Es evidente que hay en el órden sobrenatural, pobres, como los hay, dentro del órden humano; es evidente que hay ricos en el órden sobrenatural como los hay en el órden natural. Los unos nacen como llenos y penetrados del espíritu de Dios; creen, por decirlo así, respirando; se elevan hácia Dios como las nubes de la tierra y suben á ellas para ver más. Otros, por el contrario, encorvados pesadamente hácia la tierra que sostiene su cuerpo, levantan apénas acá y allá los ojos al cielo, y, cuando esto hacen, no descubren nada. El sol, las nubes y todos los astros están velados á su vista, y la luz misma, en cierto modo, les ciega. Esto es cierto; pero, ¿por qué sucede así? Dejo, como vosotros lo veis, á un lado, el órden natural; pues no siendo el objeto de esta enseñanza, nos conduciria á consideraciones de un órden inmenso que nos separarian de nuestro fin.

Prosigamos. ¿Por qué esa desigualdad hasta en el órden divino? Es, señores, que todo lo que Dios hace está hecho con órden, con idea de órden, con voluntad de órden, con realidad de órden. ¡Pues bien! el órden encierra estos cuatro elementos: primero, la multiplicidad, porque el órden es un conjunto de relaciones dispuestas armoniosamente, y no hay relaciones sin multiplicidad. El segundo ele-

mento del órden, es la semejanza; porque solo los séres semejantes pueden entrar en relaciones unos con otros. Pero si han de ser semejantes, no deben ser uniformes, porque la uniformidad causa fastidio. El tercer elemento es la jerarquía; porque sin grados ascensionales, el órden, ó la multiplicidad en la similitud, y la similitud en la multiplicidad, no producirian sino la uniformidad, es decir el tedio, la frialdad, la monotonía. El cuarto elemento del órden es la unidad; nosotros no concebimos séres ordenados que no se refieran á uno.

Así, multiplicidad, similitud, desigualdad, jerarquía y unidad, hé ahí, las condiciones del órden, y, por consiguiente, de lo bello. Pues bien, todo lo que Dios hace, es órden y belleza. Pero tened presente, que por la unidad, lo que es dado á uno, es dado á todos. Porque los dones de Dios, no son para uno solo, son para todos.

Cualquiera que posea el bien, lo debe á todos; y cualquiera que no lo posea, debe aceptarlo para él y para todos. Los que lo tienen, deben detestar el egoismo; los que no lo tienen, deben aborrecer la envidia. Seamos, pues, señores, generosos para dar lo que tengamos: seamos humildes para aceptar de otros lo que no tenemos y necesitamos.

Pero hay mucha diferencia, entre los dones naturales y los dones sobrenaturales: se puede abusar de aquéllos; pero no de éstos, porque si lo intentásemos, al instante, los perderíamos. La caridad es un don sobrenatural; desde el momento que no nos servimos de ella, en pró de nuestros hermanos, dejamos de poseerla. Al contrario, las riquezas son un don natural; aunque no hagamos participantes de ellas á nuestros semejantes, continuamos poseyéndolas.

Dios distribuye con desigualdad los unos y los otros dones, á fin de que haya órden, jerarquía, belleza. Pero, se dirá, ¿por qué mi vecino ha de recibir más, y yo ménos?

Si el pacto primitivo con Adan subsistiera, la dificultad no existiria. En ese pacto, Adan era el principio de la vida natural y de la vida sobrenatural de toda su posteridad. Como hombre, transmitiría la vida natural; como depositario de una gracia transmisible á su descendencia, transmitiría esta gracia; y, de generacion en generacion, en virtud del mérito ó demérito de cada uno, los unos recibirian más y los otros ménos. Dios, por el capital primitivo, el capital anterior á todo mérito ó demérito, seria pasivo; pero si el hombre hubiese venido al mundo con la vida natural y la vida sobrenatural, entónces daria más ó ménos, segun la correspondencia de cada uno.

Este órden fué destruido. Adan, por el pecado original, cesó de

ser el principio de la vida sobrenatural. Conservó solo el principio de la vida natural y de todas las desigualdades que existen entre nosotros, bajo ese concepto. Porque es doctrina expresa de Santo Tomás, que, nuestras almas humanas, aunque criadas por Dios, reciben cualidades proporcionadas al cuerpo que las llama; y así, las desigualdades naturales, que existen entre nosotros al nacer, no vienen de Dios, sino de las simples leyes naturales de la generacion y del nacimiento.

Pero, habiéndose reservado Dios la vida sobrenatural, despues de nuestra caida, y viniendo de Jesucristo todo don sobrenatural, tenemos, que él es el principio de nuestras desigualdades sobrenaturales. Se pregunta, pues, ¿por qué dá más á uno, y ménos á otro?

Tambien nosotros, hermanos mios, distribuimos lo que es nuestro, como queremos. Yo salgo, encuentro pobres, uno, dos, tres; les miro, me conmuevo y siento por ellos una compasion general; pero, yo doy más al uno, que al otro. ¿Por qué? porque uno de ellos me ha parecido más pobre, ó bien porque se dibujaba en su fisonomía cierta expresion que me ha conmovido. Sin embargo, nunca doy desigualmente sin saber por qué, y si no sé por qué, estoy falto de razon. Pues bien, Dios, señores, ¿obra del mismo modo? ¿Encuentra algo en nosotros, que le impulse á dar más á uno, que á otro? No. ¿Qué tenemos nosotros? Nosotros tenemos, ántes de la distribucion del don divino, algun don natural; pero ese don ¿qué relacion tiene con el don sobrenatural? Supongo, que una criatura venga al mundo, mejor dotada que otra, más hermosa, más amable, más inteligente: ¿qué importa esto para recibir de la sangre de Jesucristo mayor parte? ¿Murió, acaso, Jesucristo en el Calvario por la nobleza de la sangre? La sangre de Jesucristo fué vertida por amor de todos: del bello, del feo, del rico, del pobre, del pequeño, del noble; todos; cuando Cristo murió, los tenia presentes; abria sus manos para todos, tenia todo el género humano estrechado contra su pecho sangriento, y decia á todos: «¡Bebed gratuitamente!» *Dabo de fonte aquæ vitæ, gratis.* Apoc. xxi, 6,

Luego, los dones naturales no son nada. Lisonjeaos de tener tanto talento como querais; no por vosotros derramó Jesucristo una sola gota más de su sangre: al contrario, si os enorgulleceis de vuestro rango, de vuestro talento, estais perdidos. ¿Sabeis lo que es el orgullo delante de Dios? una causa de maldicion: *Deus superbis resistit.* Jac. iv, 6. ¡Dios resiste á los soberbios! ¡Odia á los soberbios! Vosotros pedís una parte mayor de la crucifixion porque sois duques.... Algo es en la tierra ser duque, pero yo me alegro muchas veces de

no serlo! ¿Qué le importaba á Dios, cuando sufria por vosotros, que fuerais duques? Lo que le importaba, es, que vosotros erais pecadores, frágiles, que estabais perdidos; lo que le importaba, es, que vosotros no erais nada, y él lo es todo, y os amaba.

Y bien! entónces, ¿cuál es la causa de la preferencia? ¿cuál es la causa de la eleccion? ¡Ah! yo me avergonzaria de preguntarlo, tratándose de bienes de la tierra: los romanos decian: *de minimis Pretor non curat!* «El Pretor no se ocupa de las cosas pequeñas!» Que os senteis en un trono ó en un escabel, la Providencia lo ve; esto es nada en su presencia.

Pero, en fin, hermanos mios, es preciso saber el por qué de la eleccion; es preciso saber lo que plugo á Dios en nosotros. Pues bien, reconozcámoslo; no hay en nosotros, anteriormente al derecho divino, ninguna causa de eleccion, ninguna causa de preferencia, ninguna causa de amor. Y ¡ahí está nuestro error!

Para nosotros, cuando empezamos á amar y á odiar, hay siempre en el objeto que consideramos, algo que nos persuade, que atrae nuestra simpatía ó nuestra antipatía. En cuanto á Dios, en el órden sobrenatural, ántes que nosotros háyamos obrado y cooperado con nuestro movimiento, no hay más que Cristo. Luego, si es él quien ha elejido, es preciso que nosotros sepamos la razon. Al morir, le vimos rogar por todos, por sus verdugos mismos; le vimos acoger á todas las almas, á todos los que estaban allí, en lo pasado y en lo porvenir. Si él ha hecho, pues, una eleccion, la cuestion no cambia. ¿Por qué, muriendo, prefirió los unos á los otros? repitámoslo: anteriormente á su sangre, no hay nada; por consiguiente, su libertad era absoluta.

Son necesarias la variedad y la uniformidad para que haya extension, órden, profundidad, armonía, belleza. Vosotros edificais una basílica: es menester que haya piedras en el coronamiento y piedras en los fundamentos. Existe una razon metafísica general. ¿Por qué hay fundamentos y coronamiento? Porque la arquitectura tiene leyes, lo bello tiene leyes. Pero, ¿por qué, de dos piedras extraidas de la cantera, perfectamente iguales en extension, en peso y en solidez, poneis la una en los fundamentos, y la otra en el coronamiento? ¿Por qué la una está oculta, y la otra á la vista? Yo os desafío á que halleis la razon, sino que eso es, porque es preciso que haya una debajo, y otra encima, y para eso podeis tomar la que os agrade más.

Así, señores, la falta de motivos en la eleccion, dá la plenitud de la eleccion; hay en ésto algo de absoluto, cuya razon exacta no podemos resolver, porque habrá siempre en la piedra de que quisiéramos hacer uso, cierta cualidad, que os determinará á colocarla en un sitio con preferencia á otro.

Hé ahí lo que, con relacion á Dios, en el órden sobrenatural, no tiene lugar. Sin embargo, no aceptemos esto en todo su rigor; guardémonos bien de ello. Nosotros no teníamos ningun mérito anteriormente á nuestra cooperacion libre en el órden sobrenatural. Cuando os dije, que, hasta naturalmente, no habia motivo alguno de eleccion en Dios, no fuí absolutamente exacto.

No hay derechos; ninguna de las criaturas tiene más derecho que otra á la sangre de Jesucristo. Pero vemos claramente, por la Escritura, que existe algo que atrae el corazon de Dios, hácia cierta clase de séres, hasta en los que todavía no han obrado. Y Jesucristo nos lo ha revelado en estas notables palabras, cuando dijo: *Confiteor tibi, Domine cœli et terræ, quia abscondisti hæc à sapientibus, et prudentibus, et revelasti ea parvulis.* Yo te glorifico, Padre mio, Señor del cielo y tierra, porque has tenido encubiertas estas cosas á los sábios y prudentes, y las has revelado á los pequeñuelos!» *Ita pater: quoniam sic fuit placitum ante te.* Sí, Pádre mio, alabado seas, por haber sido de tu agrado que fuese así! MATTH. XI, 25.

Luego, ser pequeño, tener disposiciones sencillas, rectas y humildes, hasta naturalmente, es un motivo de propension para Dios, aunque no un motivo de extricta justicia. *Deus superbis resistit, humilibus autem dat gratiam*, «Dá su gracia á los humildes, miéntras que resiste á los soberbios.»

Así, lo más pequeño, lo más humilde, hasta en el órden de la naturaleza, es lo que atrae en el corazon de Dios. Vosotros veis y vereis de ello efectos maravillosos.

Hé ahí porque hay una razon, hasta bajo el punto de vista natural; y cuando el hombre no ha cooperado aún, y algunos reciben más abundantes gracias en el órden sobrenatural, es porque son pequeños y humildes por una disposicion de su corazon, y su corazon no es orgulloso contra la verdad. Y á medida que el hombre crece, que pueda mezclar sus acciones en el órden natural y en el órden sobrenatural á la accion de Dios, este horror de Dios por aquel que se tiene por sábio, y este amor de Dios por aquel que es pequeño á sus propios ojos, se aumentará; vosotros vereis á los pequeños llegar al reino de Dios, y á los grandes apartarse de él, y comprendereis una de las principales razones de la distribucion de las gracias divinas en el mundo.

Añadid, además, que las generaciones que nos han precedido, no nos transmiten solamente méritos naturales, sino tambien méritos

del órden divino. Nuestros padres trabajaron para nosotros en el órden humano, pero tambien en el órden divino. Sembraron en la tierra, pero sembraron tambien en la religion, en la fe y la virtud. Pues bien, nosotros vemos claramente, por la Escritura, que los pactos de justicia de Dios con el hombre, son extensivos á toda su posteridad. Por consiguiente, cuando nosotros venimos al mundo, venimos no solo con cualidades naturales, sino con bendiciones acumuladas sobre nuestros antepasados.

Hé ahí porque los Patriarcas, conociendo esta ley profunda de la distribucion de los dones naturales, tenian en gran estima la bendicion de sus padres; la pedian de rodillas, porque con ella se transmitian méritos á toda la familia, y dependia del padre, en cierto grado, al parecer, derramarlos de una manera desigual sobre los unos, ó sobre los otros, en virtud de su propia eleccion.

Y así, señores, vuestros padres trabajaron para vosotros en los dos órdenes. Trabajaron para vosotros, para formaros un capital humano y natural; este capital lo constituyen los campos, el honor, la aptitud para el trabajo, la generosidad en la conducta y en los sentimientos. Pero tambien, os amaron en Dios y por Dios; ellos rogarán á Dios, y, durante largos años de su carrera, estuvieron arrodillados á los piés de los altares por vosotros. Vosotros sois herederos en el órden sobrenatural, como lo sois en el órden natural. Seria en vano, que quisierais evitar esta distribucion del patrimonio: recibís de vuestros padres el bien y el mal, que ellos os han legado, y vosotros transmitís tambien á vuestros hijos el bien y el mal, que vosotros habeis adquirido en los dos órdenes de la naturaleza y de la gracia, de la tierra y del órden divino.

Hay, pues, desigualdad en los dones divinos. Vosotros conoceis las causas generales, y habeis visto alguna razon de la distribucion particular de esa desigualdad en los unos y en los otros.

2. Despues de la ley de la desigualdad, viene la ley del progreso en el uso y la distribucion de los dones divinos.

La experiencia lo demuestra. Nuestra vida empieza por un trabajo sordo, misterioso, desconocido, invisible y subterráneo, semejante al de la simiente en el seno de la tierra. Nada aparece aún, todo está confuso; somos libres, sin gozar de libertad; este es un estado de preparacion, durante el cual Dios, en cierto modo, nos encubre y prepara el desenvolvimiento de nuestra libertad, de nuestra espontaneidad. Avanzamos en edad; nos hallamos libres, golpeamos la tierra con el pié, como un caballo que, al fin, ha conocido sus fuerzas y que, en frase de la sagrada Escritura, se dice: «Vamos, tiempo es ya de marchar.» Entónces, nos encontramos en un estado, que yo llamaria estado de gracia, de posibilidad; estado en el cual el pecado ejerce un fuerte imperio sobre nosotros, bien que podamos siempre resistirlo. Todo jóven lo experimenta, y sabe que á esa edad hay una pasion sangrienta y terrible, que es la emanacion del pecado; pasion, que toca á lo que hay de más dulce, esto es, á las afecciones; y á lo que hay de más vil, al fango, á la materia. Y el jóven, atraido á la vez, por lo bueno y generoso, y arrastrado, á pesar suyo, por lo ruin é infame, apenas siente libertad divina. Se le ha dicho, y se dice á sí mismo: Tú eres hombre, eres libre, tu alma es reina. Pero al mismo tiempo que se le dice esto, el amor, los sentidos le extravian; y arrebatado por una fascinacion difícil de moderar, comprende, que no es sino un pecador. Si el cielo derrama luminosas claridades sobre su inteligencia, échase al suelo, á imitacion de Agustin, que acostado en su lecho, resistia á las divinas inspiraciones, como nos lo dice él mismo, hasta oir aquellas palabras: *Tolle et lege*, Toma y lee.

Todos hemos sido jóvenes; todos hemos conocido ese estado. Incurriria empero en un error peligroso, el que creyera, que en la juventud no se debe luchar; puesto que, con el tiempo, la lucha será más fácil. Ilusion: la edad y el tiempo de servicio, comunican valor al soldado que ha combatido, pero si en el primer fuego no sabe resistir, para él no llegará nunca la hora del combate. Cobarde en el primer dia, lo será siempre. Y nada es más vil, y ménos fuerte que la vejéz que no ha luchado en su juventud. Su depravada costumbre ha carcomido sus huesos, y su infamia le domina cada vez más. Con un pié en la tumba, insulta aún á sus cabellos blancos, y con frecuencia, al pasar por el lado de un jóven, corrompido quizá, pero que lucha, vése obligado á confesar, que ese jóven es más prudente y más feliz que él, que no supo combatir desde los primeros tiempos de su vida.

Combatid, pues; si caeis, decíos: Yo soy débil; sin embargo, espero que triunfaré. Combatid, y no lo dudeis, llegará el momento en que la fuerza que habreis desarrollado, ayudada por la que Dios os comunicará, será más que suficiente para sosteneros. No os faltará el auxilio de lo alto; Dios atenderá á vuestros esfuerzos; escuchará vuestras súplicas, y cumplirá su promesa de haceros marchar de virtud en virtud, *ibunt de virtute in virtutem* PSALM. LXXXIII, 8, de claridad en claridad, como decia el Apóstol, llegado ya á la madurez, pero aún abofeteado por el mal, segun su enérgica expresion.

La pasion intentará derribaros; pero mostraos fieles á Dios, y vereis al pecado despojado de su fuerza; el mundo, en alguna ma-

nera, desaparecerá de vuestra presencia; las riquezas, los honores, la ambicion, los placeres de todo género, todo eso os parecerá nada; disfrutareis de la serenidad de la conciencia; los enemigos, que os habian asaltado, los vicios, que os habian dominado, quedarán postrados á vuestros piés. Entónces no tendreis más que un placer, el sentimiento de Dios en todos vuestros pensamientos, en todas vuestras acciones.

Hé ahí, hermanos mios, en pocas palabras, la ley del progreso moral. Pero, ¿por qué esta ley? ¿Por qué no llegamos de una vez al término? Lo diré brevemente, porque, así como la desigualdad es la ley del órden, el progreso moral es la ley de la perfeccion. Os lo demostraré en tres palabras.

Dios es la perfeccion; todo sér está infinitamente distante de Dios, y, por consiguiente, infinitamente distante de la perfeccion. Si, pues, tiende á la perfeccion, es preciso que, partiendo de un punto infinitamente distante de Dios, suba lenta y progresivamente hácia Él. Y entónces estas palabras del Evangelio: «Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto;» y estas otras del Apocalypsis: «El que sea santo, se santifique más,» son una verdad que se siente, que se vé, que se toca. Las plantas crecen y se desarrollan, los animales adquieren nuevas fuerzas, el espíritu debe progresar siempre en la virtud; y ese progreso es la ley de la perfeccion, como la desigualdad es la ley del órden. Esas dos leyes existen en el órden natural, y en el órden sobrenatural. Así, pues, cuando atacais la desigualdad de las cosas que existe en todas partes, esos ataques, los dirigís contra las leyes generales de todo órden y de toda perfeccion. La desigualdad es el órden, porque es la jerarquía; la desigualdad es el órden, porque es la belleza, y la verdad; pero, al mismo tiempo, el progreso es tambien la verdad, la justicia.

No nos quejemos, pues, de la desigualdad con que Dios distribuye sus dones; aprovechémonos más bien de las gracias que nos dispensa; adelantemos cada dia en la virtud, reflexionando, que no podemos llegar á nuestro Criador sino por el camino indefinido de la perfeccion, y así disfrutaremos un dia de su misma felicidad, que á todos deseo.

DESOBEDIENCIA; Véase: OBEDIENCIA.

DESPOSADOS; Véase: MATRIMONIO (DISPOSICIONES PARA ENTRAR DEBIDAMENTE EN EL ESTADO DEL).

DETRACCION; Véase: MALEDICENCIA y MURMURACION.

DEUDAS.

Redde quod debes.
Paga lo que debes.
(*Matth.* XVIII, 28.)

El reino de los cielos, decia el Salvador, es semejante á un rey que quiso tomar cuentas á sus sirvientes. Habiendo examinado lo que cada uno le debia, se pasmó de hallar uno, que le era deudor da diez mil talentos. Por más que esta suma fuese excesiva, el príncipe quiso ser pagado, sin que faltase un óbolo; y como su servidor fuese insolvente, mandó se le embargase todo lo que tenia. Viéndose aquel desgraciado perdido, sin recurso, reducido á la desesperacion, recurrió á la clemencia de su señor; echóse á sus piés, y bañado en lágrimas, le suplicó, que le diese tiempo, prometiéndole que le pagaria toda la suma. Enterneciose aquel buen señor, y le perdonó toda la deuda. Al salir de palacio este servidor, encontró á uno de sus compañeros, que le debia una suma muy pequeña, y olvidando el modo con que se le acababa de tratar á él, le asió del cuello, y le ahogaba, diciéndole: págame lo que me debes.

Esta parábola me ofrece ocasion de hablaros de ciertas verdades importantes á vuestra salvacion, sobre las cuales, tal vez, no habreis concebido el menor escrúpulo; hablo, oyentes, de la obligacion que

nera, desaparecerá de vuestra presencia; las riquezas, los honores, la ambicion, los placeres de todo género, todo eso os parecerá nada; disfrutareis de la serenidad de la conciencia; los enemigos, que os habian asaltado, los vicios, que os habian dominado, quedarán postrados á vuestros piés. Entónces no tendreis más que un placer, el sentimiento de Dios en todos vuestros pensamientos, en todas vuestras acciones.

Hé ahí, hermanos mios, en pocas palabras, la ley del progreso moral. Pero, ¿por qué esta ley? ¿Por qué no llegamos de una vez al término? Lo diré brevemente, porque, así como la desigualdad es la ley del órden, el progreso moral es la ley de la perfeccion. Os lo demostraré en tres palabras.

Dios es la perfeccion; todo sér está infinitamente distante de Dios, y, por consiguiente, infinitamente distante de la perfeccion. Si, pues, tiende á la perfeccion, es preciso que, partiendo de un punto infinitamente distante de Dios, suba lenta y progresivamente hácia Él. Y entónces estas palabras del Evangelio: «Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto;» y estas otras del Apocalypsis: «El que sea santo, se santifique más,» son una verdad que se siente, que se vé, que se toca. Las plantas crecen y se desarrollan, los animales adquieren nuevas fuerzas, el espíritu debe progresar siempre en la virtud; y ese progreso es la ley de la perfeccion, como la desigualdad es la ley del órden. Esas dos leyes existen en el órden natural, y en el órden sobrenatural. Así, pues, cuando atacais la desigualdad de las cosas que existe en todas partes, esos ataques, los dirigís contra las leyes generales de todo órden y de toda perfeccion. La desigualdad es el órden, porque es la jerarquía; la desigualdad es el órden, porque es la belleza, y la verdad; pero, al mismo tiempo, el progreso es tambien la verdad, la justicia.

No nos quejemos, pues, de la desigualdad con que Dios distribuye sus dones; aprovechémonos más bien de las gracias que nos dispensa; adelantemos cada dia en la virtud, reflexionando, que no podemos llegar á nuestro Criador sino por el camino indefinido de la perfeccion, y así disfrutaremos un dia de su misma felicidad, que á todos deseo.

DESOBEDIENCIA; Véase: OBEDIENCIA.

DESPOSADOS; Véase: MATRIMONIO (DISPOSICIONES PARA ENTRAR DEBIDAMENTE EN EL ESTADO DEL).

DETRACCION; Véase: MALEDICENCIA y MURMURACION.

DEUDAS.

Redde quod debes.
Paga lo que debes.
(*Matth.* XVIII, 28.)

El reino de los cielos, decia el Salvador, es semejante á un rey que quiso tomar cuentas á sus sirvientes. Habiendo examinado lo que cada uno le debia, se pasmó de hallar uno, que le era deudor da diez mil talentos. Por más que esta suma fuese excesiva, el príncipe quiso ser pagado, sin que faltase un óbolo; y como su servidor fuese insolvente, mandó se le embargase todo lo que tenia. Viéndose aquel desgraciado perdido, sin recurso, reducido á la desesperacion, recurrió á la clemencia de su señor; echóse á sus piés, y bañado en lágrimas, le suplicó, que le diese tiempo, prometiéndole que le pagaria toda la suma. Enterneciose aquel buen señor, y le perdonó toda la deuda. Al salir de palacio este servidor, encontró á uno de sus compañeros, que le debia una suma muy pequeña, y olvidando el modo con que se le acababa de tratar á él, le asió del cuello, y le ahogaba, diciéndole: págame lo que me debes.

Esta parábola me ofrece ocasion de hablaros de ciertas verdades importantes á vuestra salvacion, sobre las cuales, tal vez, no habreis concebido el menor escrúpulo; hablo, oyentes, de la obligacion que

tenemos de pagar las deudas. *Redde quod debes*, decia el cruel criado de esta parábola; y aunque no puede aprobarse su violencia, tan indigna de un hombre de bien, y tan contraria á la caridad, sin embargo, exigia lo que era suyo, y su compañero estaba obligado á pagárselo. Pagad lo que debeis, diré tambien yo á los que, teniendo bienes, no pagan, y buscan rodeos, efugios y dilaciones, con notable perjuicio de sus acreedores. Pagad lo que debeis, digo á los que quiebran con fraude, ó hacen una engañosa cesion de bienes, escondiendo parte de sus tesoros, sin pagar todos sus créditos, y á los que burlan las más justas ejecuciones con ventas fingidas, ó falsos créditos anticipados. Pagad lo que debeis, digo á cuantos tengan contraida alguna deuda; porque quien debe, y no paga, peca; y solo pagando se justifica. Esto es lo que me propongo demostraros, despues de haber implorado los auxilios de la gracia. A. M.

1. Es cierto, que quien no paga lo que debe, pudiendo hacerlo, peca mortalmente; y si bien se mira, se verá, que comete tres pecados, á saber: de ingratitud, de mala fe, y de injusticia. Vuestro acreedor, prestándoos su dinero, ó parte de sus bienes, os hizo un beneficio; si, pues, dejais de satisfacerle, pudiendo, incurrís en una ingratitud infame. El Espíritu Santo describe muy bien lo que estamos viendo todos los dias en el mundo. Nadie es, al parecer, más humilde ni más reconocido á su obligacion, que los que esperan recibir de otro algun socorro. ¡Qué atenciones! ¡qué agrado! ¡qué protestas y expresivas demostraciones de gratitud! Intenta mil medios para conseguir lo que desea: visitas, promesas, humillaciones, nada omite para dar á entender, que estará eternamente reconocido: *Donec accipiat*, dice el Eclesiástico, *osculatur manus dantis, et in promissionibus humiliat vocem suam*. Eccli. xxix, 5. Besa las manos de su futuro bienhechor, y aún más se abate, que se humilla. Pero cuando despues su acreedor le pide lo que le prestó, se cambia completamente la anterior actitud: *In tempore redditionis postulabit tempus, et loquetur verba tædii et murmurationis*. Pide tiempo para pagar, murmura de su bienhechor, quéjase de su dureza, y le llena de injurias. Antes le llamaba su amigo, su protector: ahora ya le mira como á su enemigo, su perseguidor, su tirano. Antes no tenia palabras bastantes para alabarle: ahora no las encuentra suficientes para despreciarle. Antes le buscaba y tenia singular gusto en encontrarle: ahora se aparta de él, y tiene pesadumbre de verle. Antes publicaba en todas partes su generosidad: ahora no habla sino de su insaciable avaricia. En este retrato que hace de un mal pagador el Espíritu

Santo, están representados muchos, que rien comiendo con el caudal de otro, que ayuna y llora: muchos, que visten con lujo, miéntras su acreedor no tiene lo necesario. Estos hombres podrán ser á los ojos del mundo, nobles y esclarecidos, pero, á la luz de la razon, son villanos, y á los ojos de Dios, infames ingratos.

Tambien cometen un pecado de mala fe. Antes de contraer la deuda, previendo que no podrian pagarla, daban palabra de hacerlo, y aún lo juraban; ahora mienten arriendos, que han de vencer, caudales que han de cobrar; obligan bienes, que están sujetos á anteriores créditos, y de este modo engañan al inocente. Despues conservan con engaños lo que con engaños tomaron. ¡Qué embustes y qué mentiras! Se excusan con el mal tiempo, malas cobranzas, fingen infortunios y enfermedades. No hablan sin que mientan. Imitan la mala fe de aquel procurador, de quien habla San Lucas, que habiendo disipado gran parte del caudal que le habia confiado su dueño, en vez de restituirle lo poco que le quedaba, solo trató de engañarle. Soy muy delicado, decia, no puedo cavar: *Fodere non valeo*. Soy bien nacido, no tengo valor para mendigar: *Mendicare erubesco*. Luc. xvi, 3. Pues ¿qué hace? Se mete á embustero, y burlando las más justas pretensiones de su dueño, añade pecados á pecados. De suerte, que el hombre más de bien, una vez que haya contraido muchas deudas, deja de serlo; y no obstante la tranquilidad de su conciencia, nada tiene de buen cristiano. La experiencia lo enseña.

Comete, por último, un pecado de injusticia. La justicia consiste en dar á cada uno lo que es suyo; y dejando uno de pagar lo que debe, retiene lo ajeno, es injusto y ladron. Hay, como decia Salviano, ladrones de muchas clases. Unos, que abusando de la autoridad de su empleo, roban impunemente, labrándose su fortuna á costa de los súdbitos, que gravan y oprimen. Otros hay, que con la apariencia de compasivos, despojan á su prójimo, haciéndose pagar usurarios intereses de lo que le prestaron. Y asi mismo, son ladrones los que no pagan lo que deben, porque retienen lo que no es suyo, contra la voluntad de su dueño. Por eso la Escritura, tanto llama restituir al pagar deudas, como al volver lo hurtado: *Redde quod debes*. Con esta sola diferencia, de que el restituir lo hurtado, supone delito cometido en el hurto; y el restituir lo que se debe, no supone culpa. Pero, en lo demás, un mal pagador en nada se diferencia de un ladron. ¿Qué se le dá á tu prójimo, que le hayas quitado su dinero, ó que, prestado, no se lo quieras volver? Tan perdido le tiene de una manera como de otra. ¿Qué más tiene, que vuestros acreedores hayan caido en manos de los ladrones, ó en las vuestras? ¡Crueles, desapiadados! lo que

debeis, grita venganza contra vosotros. Perecereis, malvados, que habeis robado, sin encontrar resistencia y sin correr peligros. Dios os amenaza con las mismas miserias á que se vió sujeto el obstinado Faraon, porque maltrataba á los israelitas que le servian. Solo hay un remedio, y es el pago de vuestras deudas. La gratitud os obliga, pues os dispensaron un beneficio. Os obliga la buena fe, pues empeñásteis vuestra palabra. Tambien os obliga la justicia, pues lo que debeis no es vuestro. Habeis ofendido á Dios, reteniendo lo ajeno; no recobrareis su gracia, sino pagando. El no pagar, ha sido vuestro pecado; el pagar, hará vuestra justificacion.

2. La primera obligacion de un cristiano es, observar fielmente la ley de Dios; buscar los medios necesarios para satisfacer á Dios y al prójimo lo que les debemos, es la segunda. No faltar á la primera, es gran gloria: el que cumple con la segunda, merece elogio; pero es un infeliz y un loco el que desatiende entrambas obligaciones. Para cada delito tiene el Señor preparado el remedio, con cuyo buen uso recobra el pecador la inocencia perdida. El pago de las deudas es el medio único y eficáz para que se reconcilie con Dios, el que pecó no pagándolas. Con esta condicion, le absuelven las leyes civiles, y Dios le absuelve y justifica. A veces, un deudor cumple con las leyes civiles, pero no con la divina; porque con astucias logra treguas ó condonacion de parte de la deuda; pero Dios conoce la mala fe y la reprueba. Quiere que se paguen las deudas, y que se paguen sin dilacion y por entero. No justifica al deudor si la paga no es pronta y completa. Consultado S. Gregorio papa, Vit. S. Greg. M. lib. ii, cap. 55, sobre que debia hacer un hombre, que, gravado con deudas no podia pagarlas, respondió, que si era tan pobre, que no tenia con que pagar, quedaba, por entónces, libre de la obligacion; pero que si tenia algunos efectos, estaba obligado en conciencia desde luego. Por lo que parece, que las virtudes de la misericordia y de la justicia piden igual diligencia. No aflijas el corazon del pobre, difiriendo socorrer su miseria, dice Dios por el Eclesiástico, Cap. iv. 3. No aguardes al otro dia para pagar el salario á tu jornalero, dice en el Levítico, Cap. xxix, 13. No te detengas, corre á cumplir la palabra que diste á tu acreedor, pagándole, dice en los Proverbios, Cap. vi, 1.

Pero me engaño: lleva una notable ventaja la justicia sobre la misericordia. Primero es pagar las deudas, que dar limosna. ¡Feliz aquel, que socorre solícito las necesidades de sus hermanos! ¡Insensato el que no paga sus deudas, por socorrer á los necesitados! El uno dá limosna para satisfacer, ó redimir sus pecados; el otro peca para dar limosna. ¡Cuántos debian tener presente esta verdad! ¡Cuántos

se acusan en el tribunal de la penitencia, de no haber dado limosna al pobre que se la pedia, y no se acusan del perjuicio que causan á sus acreedores, haciéndoles pasar semanas, meses y aún años, sin pagarles lo que les deben. Y ¿qué diré de aquellos deudores, que reconvenidos en juicio á que paguen, solo por no menoscabar su caudal, por no malvender sus frutos, buscan como ganar tiempo? ¿Cuántos daños causan con la dilacion? No solo pecan gravemente, sino que, además, quedan obligados en conciencia á resarcir los gastos y daños ocasionados; porque así como un ladron, cuando llega á tener bienes, está obligado á restituir, sin detencion, lo que ha hurtado; así tambien lo está el deudor á pagar lo que debe.

Por esta misma razon se conoce ¡cuán vanos son los pretextos de aquellos, que se excusan de pagar por completo sus deudas, por no disminuir los gastos que creen necesarios á su estado! Un hombre de mi calidad, van repitiendo, debe mantener la ostentacion con que se ha criado. Si su calidad es la de hombre de mala fe y usurpador, no tengo nada que decirle; pero si es de cristiano, esta calidad le obliga á disminuir mil gastos supérfluos.

No es ménos vano muchas veces el pretexto de no empobrecer para no pagar. He dicho muchas veces; porque, si pagando falta lo preciso, y ha de ser extrema la necesidad del que debe, queda excusado de pagar sus deudas, teniendo el ánimo verdadero de hacer cuanto pueda para pagar. Pero si la necesidad no ha de ser tanta, si solo se trata de estar más ó ménos bien, hay obligacion de pagar. La razon es clara. Solo la necesidad extrema puede hacer suyo lo ajeno; y así, no siendo extrema la suya, no es suyo lo que debe, y está obligado á entregarlo á su dueño. Oid lo que sucedió en tiempo de Esdras. En la Judea se habia desarrollado una desoladora hambre, y con este motivo, muchos escondieron sus frutos por no pagar el diezmo y sus deudas. Pues bien; Dios no tuvo por justo este motivo: hé aquí en qué terminos se explicó por boca de Malaquías: ¿No dejareis jamás de ultrajarme? Pues sabed, que sois malditos, y, por lo mismo, sereis víctimas de la miseria que temeis: *In penuria maledicti vos estis:* Cap. iii, 9.

Dios, amados oyentes, no tiene por suficientes las excusas que dá el mundo. Este no respira sino vanidad, lujo, destemplanza y mentiras, para sostener esos vicios con injusticias. Dios ama la confianza en su providencia; la parsimonia, la moderacion, la humildad, para excitar la gratitud, la buena fe, la justicia, que obliga á pagar las deudas cuanto ántes y por entero. El que no quiera experimentar su indignacion en el supremo dia del juicio, que pague sus deudas á su

prójimo. Y sobre todo, paguémoselas todos al Señor. La gratitud, la buena fe y la justicia nos obligan á ello. ¿Qué beneficios no hemos recibido de su generosa mano? ¿Cuántas palabras le hemos dado de amarle y de no ofenderle? ¿Qué hay en nosotros que no sea suyo? Seamos, pues, agradecidos, fieles y justos. ¡Dios mio! no entreis en cuenta con nosotros, pues siéndoos deudores de inmensos beneficios, no podemos satisfacer á vuestros cargos. Perdonad nuestras deudas. Reconocidos os ofrecemos en sacrificio cuanto somos, el corazon, la vida, el alma. Admitidlo en satisfaccion de nuestras deudas. Tened misericordia de nosotros, para que despues de haberos amado en la tierra, cantemos eternamente vuestras alabanzas en el cielo.

Véase: HURTO.

DEVOCION

(LA VERDADERA Y FALSA).

I.

Viæ Sion lugent eo quod non sint, qui veniant ad solemnitatem.

Enlutados están los caminos de Sion; porque no hay quien vaya á sus solemnidades.

(*Lam.* 1, 4.)

Lloran los caminos de Sion, porque no se halla persona que venga á la solemnidad. Así se lamentaba en otro tiempo el gran profeta Jeremías, al mirar desierto el magnífico templo de Jerusalen, los sacerdotes solos, ofreciendo los sacrificios, y el pueblo enteramente ol-

vidado de la asistencia á la santa casa del Señor. No podemos en el dia lamentarnos, como el profeta, de que falten personas que concurran á las solemnidades. Ninguna otra cosa vemos más frecuentemente, que inundarse las iglesias de toda clase de gentes, concurrir á los templos, como á competencia, todos los estados, y formarse una especie de ley, para no faltar á las funciones de iglesia y oir los sermones. Sin embargo, si atentamente miramos las costumbres de los pueblos, si desciframos los caracteres de la verdadera devocion, acaso hallaremos ménos verdaderos devotos que pensamos, y las solemnidades y fiestas tan desamparadas de espíritu y verdadera religion, como en tiempo de Jeremías.

Porque, efectivamente, si separamos la devocion faustosa y ruidosa de los que concurren á las solemnidades, solo por hacer ostentacion con el pueblo, de que contribuyen á ellas con todo su poder, y se franquean liberalmente para sostenerlas; si entresacamos las devociones naturales, las de inclinacion, las de génio y de interés, las devociones dulces, ociosas y cómodas, las devociones de los tibios, los relajados y los pecadores; si separamos, finalmente, todas las devociones, que no tienen espíritu, religion ni solidez, es muy temible que queden pocos verdaderos devotos, y que podamos lamentarnos con el profeta de que, *Viæ Sion lugent, eo quod non sint, qui veniant ad solemnitatem.*

Pero, demos gracias á Dios, amados oyentes mios, porque aunque sea verdad, qué no hay tantos devotos como se dice, no hay tan pocos como los libertinos piensan. Dios nuestro Señor tiene almas fieles, y en todos los estados conserva la más sólida y verdadera piedad. Hay rectitud, integridad y religion en todas las condiciones de gentes; hay verdaderos devotos y devotas en el siglo. Si los mundanos pudiesen ver lo que pasa en ciertas almas sólidamente cristianas y piadosas; si penetrasen la rectitud de sus intenciones, la pureza de sus sentimientos, la delicadeza de su conciencia; si supiesen cuál es su caridad, su humildad, su paciencia, su mortificacion y su desinterés, apénas querrian creerlo, y quedarian admirados, movidos y avergonzados; y léjos de ridiculizar la piedad, como lo hacen frecuentemente, respetarian aún las apariencias de la falsa devocion, por no exponerse á censurar la verdadera. No lo dudemos, señores: hay almas llenas de un piadoso y humilde afecto para con Dios, que es en lo que consiste la verdadera devocion; afecto humilde por el conocimiento de la propia miseria, y afecto piadoso por la consideracion de la clemencia divina. Hay almas, que tienen una voluntad generosa, pronta y preparada para entregarse á todas las cosas, que

prójimo. Y sobre todo, paguémoselas todos al Señor. La gratitud, la buena fe y la justicia nos obligan á ello. ¿Qué beneficios no hemos recibido de su generosa mano? ¿Cuántas palabras le hemos dado de amarle y de no ofenderle? ¿Qué hay en nosotros que no sea suyo? Seamos, pues, agradecidos, fieles y justos. ¡Dios mio! no entreis en cuenta con nosotros, pues siéndoos deudores de inmensos beneficios, no podemos satisfacer á vuestros cargos. Perdonad nuestras deudas. Reconocidos os ofrecemos en sacrificio cuanto somos, el corazon, la vida, el alma. Admitidlo en satisfaccion de nuestras deudas. Tened misericordia de nosotros, para que despues de haberos amado en la tierra, cantemos eternamente vuestras alabanzas en el cielo.

Véase: HURTO.

DEVOCION

(LA VERDADERA Y FALSA).

I.

Viæ Sion lugent eo quod non sint, qui veniant ad solemnitatem.

Enlutados están los caminos de Sion; porque no hay quien vaya á sus solemnidades.

(*Lam.* 1, 4.)

Lloran los caminos de Sion, porque no se halla persona que venga á la solemnidad. Así se lamentaba en otro tiempo el gran profeta Jeremías, al mirar desierto el magnífico templo de Jerusalen, los sacerdotes solos, ofreciendo los sacrificios, y el pueblo enteramente ol-

vidado de la asistencia á la santa casa del Señor. No podemos en el dia lamentarnos, como el profeta, de que falten personas que concurran á las solemnidades. Ninguna otra cosa vemos más frecuentemente, que inundarse las iglesias de toda clase de gentes, concurrir á los templos, como á competencia, todos los estados, y formarse una especie de ley, para no faltar á las funciones de iglesia y oir los sermones. Sin embargo, si atentamente miramos las costumbres de los pueblos, si desciframos los caracteres de la verdadera devocion, acaso hallaremos ménos verdaderos devotos que pensamos, y las solemnidades y fiestas tan desamparadas de espíritu y verdadera religion, como en tiempo de Jeremías.

Porque, efectivamente, si separamos la devocion faustosa y ruidosa de los que concurren á las solemnidades, solo por hacer ostentacion con el pueblo, de que contribuyen á ellas con todo su poder, y se franquean liberalmente para sostenerlas; si entresacamos las devociones naturales, las de inclinacion, las de génio y de interés, las devociones dulces, ociosas y cómodas, las devociones de los tibios, los relajados y los pecadores; si separamos, finalmente, todas las devociones, que no tienen espíritu, religion ni solidez, es muy temible que queden pocos verdaderos devotos, y que podamos lamentarnos con el profeta de que, *Viæ Sion lugent, eo quod non sint, qui veniant ad solemnitatem.*

Pero, demos gracias á Dios, amados oyentes mios, porque aunque sea verdad, qué no hay tantos devotos como se dice, no hay tan pocos como los libertinos piensan. Dios nuestro Señor tiene almas fieles, y en todos los estados conserva la más sólida y verdadera piedad. Hay rectitud, integridad y religion en todas las condiciones de gentes; hay verdaderos devotos y devotas en el siglo. Si los mundanos pudiesen ver lo que pasa en ciertas almas sólidamente cristianas y piadosas; si penetrasen la rectitud de sus intenciones, la pureza de sus sentimientos, la delicadeza de su conciencia; si supiesen cuál es su caridad, su humildad, su paciencia, su mortificacion y su desinterés, apénas querrian creerlo, y quedarian admirados, movidos y avergonzados; y léjos de ridiculizar la piedad, como lo hacen frecuentemente, respetarian aún las apariencias de la falsa devocion, por no exponerse á censurar la verdadera. No lo dudemos, señores: hay almas llenas de un piadoso y humilde afecto para con Dios, que es en lo que consiste la verdadera devocion; afecto humilde por el conocimiento de la propia miseria, y afecto piadoso por la consideracion de la clemencia divina. Hay almas, que tienen una voluntad generosa, pronta y preparada para entregarse á todas las cosas, que

pertenecen al culto del Señor; constantes y firmes en las santas prácticas, que una vez establecieron; activas y laboriosas para no omitir un ápice de sus obligaciones, por cualquiera devocion, por muy espiritual que parezca; interiores y espirituales, por la compañía que su corazon hace á sus labios. Hay, pues, verdadera devocion en los justos, y falsa devocion en los pecadores: es forzoso que el ministro de la divina palabra desengañe á éstos, fortifique á aquéllos, y proporcione á todos una sólida instruccion.

Ponedla, oh padre de las misericordias y Dios de toda consolacion, en mis labios y en mi corazon, para que yo se la comunique á estas almas: concededme, Señor, esta gracia por la intercesion de vuestra Madre santísima, con cuyo patrocinio doy principio. A. M.

1. Siempre la virtud ha sido una cualidad recomendable; siempre la verdadera devocion ha merecido los respetos de todas las gentes, hasta de sus mismos enemigos. Por engañosa que sea una vida desarreglada y licenciosa, por más progresos que haga cada dia la corrupcion de costumbres en el mundo, por contagioso que sea el mal ejemplo; la piedad cristiana nada pierde de su pureza, ni de la estimacion que justamente le es debida. Los hombres más perdidos, las personas más tibias en la virtud, y los cristianos más fieles y fervorosos, todos hacen la corte á esta excelentísima virtud, con la diferencia, que en los primeros es una devocion falsa, en los segundos una devocion inútil, y en los terceros una devocion provechosa. Necesitamos, pues, reprender á los pecadores, desengañar á los tibios y confirmar en sus buenos propósitos á los fervorosos.

He dicho, que los hombres más perdidos, las gentes más estragadas en los vicios tienen sus devociones, y se emplean, algunas veces, en varios ejercicios de piedad. Sus labios, dice el Señor, MATTH. XV, 8, me honran; pero su corazon huye de mi presencia. Ellos ponen su lengua en el cielo, sumergiendo su corazon en el infierno; y aunque sus pasiones los dominan, los vicios los arrastran, el mundo los vence y el demonio los engaña, todavía ellos, dejando reinar en su interior estos abominables desórdenes, tributan al Ser supremo, en ciertos momentos, algunos ejercicios de culto exterior. ¡Válgame Dios, amados mios, y qué verdad tan terrible, pero tan práctica, tan universal, tan cierta! ¿Es posible que un libertino, un mundano, un vicioso, tengan sus devociones? Sin duda alguna. Pero ¿cómo? Escuchadlo: un libertino, sin ley, sin religion y sin virtud; un hombre, que con un exterior aparente de probidad oculta un corazon indiferente en materia de religion; que niega en su interior las inmutables verdades de la fe; que se burla de los ministros del Altísimo, como de unos hombres ilusos; en medio de su impiedad, allá á sus solas y en su retiro, tal vez rezan el rosario de la santísima Vírgen, por librarse de ciertas agitaciones interiores que los molestan y conturban. Un mundano tiene tambien sus devociones, sí: un mundano, cuya ley es la vanidad, cuya regla es la razon de estado, y cuyo Evangelio son las máximas del siglo: sus timbres, sus títulos, sus honores, sus empleos, su lujo, sus excesos, sus indecencias en los vestidos, su disipacion en las tertulias, su prodigalidad en los juegos y en otras pecaminosas diversiones, embríagan todos sus sentidos y llenan su espíritu de altanería, de soberbia, de orgullo, de arrogancia, hasta no poder sufrir la amonestacion de un amigo, el consejo de un hombre sabio, ni el mandato de un superior; con todo, en ciertos intérvalos que le permite su vida, entregada á todos los deleites del sentido, y á todas las satisfacciones del amor propio, revuelve su escapulario, dice sus *Pater noster*, y con él se cree á cubierto de la cortante espada del Omnipotente, que amenaza con la muerte eterna á una vida enemiga de la mortificacion y penitencia. Pero, ¡ay! que resuena el eco de esta pavorosa voz: *Qui talia agunt, regnum Dei non consequentur*. GALAT. V, 21.

Un vicioso, un mundano, un libertino, no se salvarán, por más que recen el rosario, por más escapularios que lleven, si no dejan sus vicios, si no enmiendan su vida, si no hacen frutos dignos de penitencia. Sí, cristianos mios; esta es una devocion fantástica, que solo puede contribuir para que se pierdan con serenidad los pecadores, para que perseveren en su mala vida, pensando hallar, mediante tan falsa devocion, su remedio en la muerte. Pero contra estos falsos devotos, claman las santas Escrituras, con espantosas palabras: *Qui autem non credit, jam judicatus est*. JOANN. III, 18. ¡Ay de los libertinos, que no sometiendo su entendimiento en obsequio de la fe, contradicen sus infalibles verdades; porque el que no cree, ya está juzgado con los réprobos! ¡Ay tambien de los mundanos, que creyendo las verdades eternas, viven como si no tuvieran Evangelio, ni en él estuvieran escritas aquellas santas máximas, que tanto aborrecen el pecado, y tanto recomiendan la virtud! Lascivos, mundanos, viciosos, abrid los ojos en tiempo oportuno; conocéd en tiempo oportuno las misericordias de Dios, y hacéd frutos dignos de penitencia. No os fieis en esas devociones fantásticas, que solamente pueden contribuir, para que os vayais al infierno con una lastimosa tranquilidad. Entended, os suplico por amor de Dios, esta verdad de fe: sin enmienda, no hay perdon; sin penitencia, no hay cielo.

Bien quisiera yo, que estas terribles verdades determinasen tambien á los devotos tibios, á abandonar su languidéz y tibieza; pero, esta segunda clase de devotos es una de las más irremediables. Los tibios son unas personas que viven una vida comun en el cristianismo, media, entre los fervorosos y relajados, porque no son de los espirituales, ni de los mundanos. No de los espirituales, porque no tienen un amor generoso á Dios, sobre todas las cosas. Tampoco son de los mundanos relajados y pecadores perdidos, que corren desenfrenadamente por el camino de los vicios.

Los tibios visten á la usanza del país, lo mejor y más brillantemente que pueden, oyen sus misas los dias de fiesta, y tambien algunos de labor, hacen sus devociones, interpolándolas ó interrumpiéndolas, cuando se ofrece, con los festejos, los bailes, los juegos, los entretenimientos y placeres: confiesan una ó dos veces al mes, pero siempre unos mismos defectos, porque nunca se resuelven eficazmente á una vida más exacta y más cristiana. Incurren en murmuraciones leves y graves, impaciencias frecuentes, altiveces de genio, deslices de la lengua, curiosidades impertinentes por saber las vidas y costumbres ajenas, poca atencion á los divinos misterios, ninguna vigilancia contra los peligros del mundo, y ningun aprovechamiento con la frecuencia de los santos sacramentos. Nada asusta á los tibios este tenor de vida; y como es una verdad de fe, que el que desprecia las cosas pequeñas, caerá en las grandes, ellos se miran, cuando ménos lo pensaban, enredados en los lazos de Satanás, engañados con las máximas del mundo, arrastrados de los viciosos desarreglos de sus pasiones, y hechos objeto de la cólera del omnipotente Dios.

¡Ojalá, ojalá, dice el Señor, fuerais fervorosos ó fuerais frios! pero, porque sois unos tibios, esto es, ni buenos ni malos, me provocais á náusea, me obligais á que os abandone, y me aparte para siempre de vosotros.

¿A quién, oh gran Dios, se dirigen unas palabras tan espantosas? A tantos y tantas de mi auditorio, que como árboles infructuosos plantados en el jardin del cristianismo, no llevan más fruto que hojas y se hallan á punto de ser malditos del Señor; á tantos y tantas que, como las vírgenes necias, no se previenen con tiempo del óleo santo de buenas obras, para cuando las llame el Señor, exponiéndose á quedar excluidas para siempre de su bienaventuranza; á tantos y tantas que, como el siervo perezoso, no trabajan en el cultivo de la viña de su alma, dejan pasar inútilmente el precioso tiempo de la vida, y en el momento triste de la muerte, atados de piés y manos, son arrojados por irrevocable sentencia en las tinieblas exteriores, como dice el Evangelio. ¿Qué remedio, pues, para una enfermedad tan perjudicial y tan maligna? Yo no encuentro otro, sino arrojar al momento de nuestras almas un veneno tan mortal, pero tan traidor y disimulado, y revestirnos despues de un nuevo espíritu, para dedicarnos al cumplimiento de nuestras obligaciones con un maravilloso fervor; concebir un grande celo por la salvacion de nuestras almas y las de nuestros prójimos, y resolvernos eficazmente á vencer con fortaleza cristiana, ayudados de la divina gracia, los respetos humanos, las tentaciones del demonio, las máximas del mundo, y los combates domésticos de nuestras mismas pasiones: fervor, celo y fortaleza, tres remedios contra la enfermedad de la tibieza, y que nos harán pasar desde ella á la clase de verdaderos y fervorosos devotos.

2. Estos son unas personas, que hacen de su obligacion su mérito para con Dios, el mayor gusto para sí mismos y su honor para con el mundo. Hacen, digo, su mérito para con Dios, porque lo que Dios les pide singularmente, y sobre todas las cosas, es el cumplimiento de sus obligaciones; porque una vez que son obligaciones ordenadas por Dios, cuanto más perfectamente las cumplen, tanto más perfectos son en su divina presencia y agradables á sus ojos. Por este medio se conforman tambien con los decretos de su sabiduría en el gobierno del mundo; porque ¿qué es lo que hace subsistir la sociedad humana, sino el buen órden que reina en ella? Y ¿qué es lo que establece este buen órden, que reina en ella y la conserva, sino el que cada uno cumpla exactamente con el empleo en que se halla, y las funciones que son propias de él, segun su clase y profesion? Y como hay tanta diferencia entre estas funciones y empleos, cuantas son las profesiones y estados, se sigue, que las obligaciones no son en todos las mismas, y que las devociones han de ser forzosamente diferentes. La devocion de un secular, la de un religioso, ni la de un lego es la devocion de un eclesiástico, y así de los demás estados. Para que entendais bien esto, es necesario distinguir el espíritu, de la devocion; y la practica, de la devocion. La devocion en el espíritu ó en su esencia debe en todos ser la misma, porque en este sentido no es otra cosa que honrar á Dios, obedecer á Dios y vivir segun su santísima voluntad. Pero en la práctica y en el ejercicio es tan diversa la devocion, como lo son las obligaciones y ministerios; y así, lo que es devocion en uno, no es devocion en otro; porque la obligacion y ministerio de uno, no es ministerio y obligacion del otro. Que una pobre viuda con hijos pequeños á quienes mantener, con casa de que cuidar y labores en que ocuparse, se esté toda

la mañana ó la mayor parte de ella en la iglesia, orando, visitando los altares, abandonando su casa, sus hijos y sus ocupaciones; esta no seria verdadera devocion, sino un error, una ilusion, un engaño, pues faltaba á sus primitivas y esenciales obligaciones. Que una mujer casada, no cuidando de su marido, solamente cuide de asistir á todas las novenas que se hacen en su pueblo, que vuelva tarde á su casa, donde halle las cosas sin arreglo, y á su marido desazonado é inquieto con su tardanza, ¿quién no dirá que no falta á su obligacion, y que su concurrencia á las novenas es un pecado? Que un artesano pierda su jornal por estar oyendo misas toda la mañana, viva el resto del dia ocioso, y se queden sin alimento su mujer y su familia, ¿quién no se persuadirá, que es un hombre iluso, engañado con su falsa devocion? ¿Qué diríamos de un comerciante, que tuviese sus cuentas sin ajustar, sus compras y ventas sin arreglar, y sus libros de caja embrollados, llenos de confusion y desórden, por estarse largas horas en la iglesia? ¿Qué pensaríamos de un juez, de un abogado ú otro hombre de negocios, que por asistir á todos los sermones, á los ejercicios y al rosario, retardase el despacho de las causas, eternizase los procesos, perjudicase á los litigantes con tan pésimas dilaciones, dejando las escrituras sin firmar, los pedimentos sin presentar, las citaciones sin hacer, ó pronunciase al fin una sentencia precipitada y sin conocimiento exacto de la parte donde se hallaban la verdad y la justicia? ¿Qué diríamos, repito, de un hombre de este carácter? ¿Qué habíamos de decir, ni qué habíamos de pensar, sino que éste, aquél y los otros, que hemos nombrado poco há, faltaban enormemente al cumplimiento de su obligacion, á la sombra de una devocion fantástica y mal entendida. Es, pues, una regla excelente, amados mios, juzgar de nuestra devocion por nuestra obligacion, y establecer nuestra devocion sobre el cumplimiento exacto de nuestra obligacion; regla segura, regla general, y que comprende á todas las personas del mundo. Toda otra devocion, sin esta idea, no es más que una devocion imaginaria; y esta sola devocion, sin dependencia de las demás, puede hacernos adquirir el mayor mérito y elevarnos al más alto grado de santidad.

Dije tambien, que los verdaderos devotos, no solo hacian su mérito para con Dios, cumpliendo exactamente con sus obligaciones, sino que tambien hallaban en esto su mismo placer y gusto. No ignoro, que el Evangelio nos intima una mortificacion contínua; pero tambien sé, que hay una cierta quietud de alma, un cierto gusto interior, que comunica la verdadera devocion, y nos lo hace hallar en la práctica y cumplimiento de nuestras obligaciones. Porque, piense

como quisiere la libertad y el desórden, siempre es de suma utilidad el cumplir con su obligacion; porque haciéndolo así, aunque se tuerzan las cosas, aunque los sucesos no correspondan, aunque todo se trastorne, siempre le queda á una alma piadosa y recta este grande consuelo y firme apoyo: *hice lo que debia, cumplí con mi obligacion.* Que se conjuren todos contra mí, que se imaginen ofendidas muchas personas, que se burlen y rian del mal suceso de esta ó la otra dependencia, siempre queda en el corazon este consuelo y alegría: *cumplí con mi obligacion, hice en este particular lo que debia hacer.* Bástale á un hombre de bien este pensamiento, para asegurarle contra todos los discursos y calumnias, y contra todas las desgracias que le sucedan; porque, por triste y desagradable que sea lo que le suceda, se vuelve siempre á esta grande y admirable máxima, que jamás se aparta de su memoria, y que le dá una constancia incontrastable: *yo he hecho lo que es de mi obligacion.* Y si sale bien lo que ha emprendido, tiene tanto más puro y sensible placer, cuanto sabe, que no ha logrado la empresa sino por medios honestos y cumpliendo con su obligacion. ¡Qué placer más puro, qué alegría más digna de una alma racional!

Ultimamente dije, que los verdaderos devotos se conciliaban la estimacion y honor para con el mundo. Porque, aunque es propio de la humildad cristiana huir del esplendor, y no solicitar jamás la estimacion de los hombres por impulso de soberbia y vanidad, no condena por eso el cristianismo, que tengamos un razonable cuidado de nuestra reputacion, en lo que mira á la integridad y rectitud de conducta. El Espíritu santo nos manda tener cujdado con nuestro buen nombre, cuando nos dice: *Curam habe de bono nomine:* Eccli. lxi. 15. Y lo que nos acarrea esta buena reputacion, á que debemos aspirar, hasta cierto punto, es el ser puntuales y exactos en el cumplimiento de nuestras obligaciones. Se halla hoy el mundo muy corrompido, porque está lleno de gentes sin fe, sin religion y sin verdad; y para decirlo más claro, está lleno de embusteros, de impíos, de perversos y malvados; sin embargo, me atrevo á asegurar, que no hay personas en el mundo de tan poco entendimiento, ni de tan relajadas y corrompidas costumbres, que no estimen y respeten en lo interior de su alma á un hombre, que saben ser fiel al cumplimiento de su obligacion, inflexible en lo que mira á su obligacion, dirigido y gobernado en todo por el cumplimiento de su obligacion. Un hombre de este carácter imprime veneracion; y ninguno, por más que le pese, se puede negar á honrarle.

No lo dudeis, oyentes mios; los verdaderos devotos piensan, y

piensan bien, que su devocion consiste en cumplir exactamente sus obligaciones. Para con Dios, con un espíritu de verdadera religion; para con el prójimo, con un espíritu de verdadera caridad; y para consigo mismos, con un espíritu de verdadera mortificacion; ésta sujeta sus pasiones, doma sus apetitos y los mantiene humildes, sóbrios, modestos y aplicados á su oficio y ministerio. La caridad los hace útiles á sus prójimos con sus consejos, sus buenos ejemplos y sus limosnas, para aliviar sus necesidades temporales y sus trabajos espirituales. Y la Religion los lleva á adorar al Omnipotente en sus santos templos, á frecuentar devotos la oracion, á recibir fervorosos los sacramentos, á procurar la gloria de su divina Majestad y la exaltacion de su santo y terrible nombre, para que no sea ofendido de las criaturas. Este fué siempre el camino de los justos, esta la ruta de los Santos, por aquí han caminado todos cuantos logran la posesion de la feliz bienaventuranza. Las Vírgenes, los Confesores, los Mártires, los Apóstoles, los Patriarcas, los Profetas, todos se salvaron por el exacto cumplimiento de sus obligaciones para con Dios, para con el prójimo y para consigo mismos. Por más dulces, por más amables que les fuesen las horas destinadas á sus piadosos ejercicios, se interrumpian en el momento mismo que su obligacion los necesitaba. San José, apetecia con las más vivas ansias de su corazon tener siempre en sus brazos al dulcísimo niño Jesús; pero como la obligacion al trabajo le llamaba para la manutencion del mismo Hijo y Madre santísimos, le dejaba, aunque con dolor, en los brazos de la Vírgen, para aplicarse en su taller al despacho de las obras que le habian encomendado. Dulcísimos é inexplicables eran los consuelos que en la oracion recibia de Dios la misma vírgen María; pero cuando las ocupaciones domésticas la necesitaban, cuando su aplicacion á la labor era precisa por la ancianidad y enfermedades de san José, sabia muy bien la Vírgen trasnochar con la almohadilla y la aguja en las manos, porque esta entónces era su obligacion. El mismo Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, que tanto amaba á su madre, se separaba de ella, por ocuparse en sanar enfermos, resucitar muertos, ahuyentar demonios, enseñar á todos el camino del cielo y entregarse del todo á las demás cosas que pertenecian á su mision, y á la mayor honra y gloria de su eterno Padre. *Nesciebatis quia in his, quæ Patris mei sunt, oportet me esse:* Luc. II, 49. ¿Ignorais acaso, dijo un dia á su madre y al santo José, que con dolor y pena le buscaban; no sabeis que yo debo ocuparme en el cumplimiento de mi obligacion, llevando á ejecucion cuanto me manda mi Padre? No lo dudéis pues, amados mios; Jesús, María y José, con todos los demás Santos y cortesanos del cielo, os enseñan este camino. Todas sus voces no forman más que este solo clamor: cumplid con vuestra obligacion, y esta es vuestra verdadera devocion.

Por tanto, pecadores, desechad esa vana confianza que teneis en vuestras devociones: con ellas no os salvareis, miéntras que no arrojeis de vuestras almas el vicio y empeceis á practicar constantemente la virtud. Los Santos van delante de vosotros, enseñándoos con su ejemplo y su doctrina, lo que debeis practicar con Dios, con el prójimo y con vosotros mismos. Con Dios, resolviéndoos á amarle con todo vuestro corazon, con todas vuestras fuerzas y con toda vuestra voluntad; dirigiéndole todos vuestros pensamientos, palabras y obras, para que con su gracia las santifique y con su amor las perfeccione; temiéndole como á rectísimo juez, que os ha de sentenciar segun el mérito de vuestras obras; teniéndole siempre presente en todos los lugares, en todos los tiempos y en todas las acciones, para que vayan acompañadas de la debida rectitud y perfeccion; creyendo en todas las verdades eternas, que como sapientísimo y santísimo maestro se ha dignado enseñar y revelar á su Iglesia; esperando en él como en vuestro bien sumo y vuestra verdadera felicidad, que os dará los auxilios necesarios para conseguirla; conformándoos con sus adorables disposiciones, ya sean favorables ó ya adversas; recibiendo con paciencia los dolores, las enfermedades, la pobreza, las persecuciones y demás miserias, de que vivimos repletos todos los hombres, como decia el santo Job: Job, XIV, 1, y admitiendo sin soberbia, sin orgullo, sin elacion del ánimo todas las demás misericordias, que su divina Majestad quisiere derramar sobre vosotros, humillándoos, finalmente, en su presencia, para confesar su infinito poder y vuestra dependencia. Así cumplireis con la obligacion que teneis para con Dios; pero, ¡ay! si sordos á estas verdades, si ciegos á estas claras luces, continuais en vuestros desórdenes; si vivís lujuriando, maldiciendo, jurando, murmurando, robando, mintiendo y siendo voraces, iracundos soberbios, bebedores y ociosos, ¿de qué (decidmelo por amor de Dios), de qué podrán serviros vuestras frívolas devociones? Sed, pues, fieles á vuestra obligacion para con Dios, si quereis ser felices eternamente; pero sedlo tambien para con vuestros prójimos.

Sí, hermanos mios: Dios nuestro Señor os ha criado sociables; vivís en medio de vuestro pueblo, donde si teneis ojos para ver, se os presentarán á cada paso mil necesidades de vuestros prójimos, que podreis acaso remediar, porque, unos, podeis defender en los tribunales las causas de la viuda desamparada, del huérfano desvalido y del

pobre desechado, amparándolos, protegiéndolos contra la violencia y la injusticia; y poniéndoos de su parte en cuanto tuvieren razon y la verdad les favoreciese. Hacedlo así, dice el Señor y despues venid á mí, y argüidme, si yo no usase con vosotros de misericordia. Isai. I, 17. Otros, podeis evitar los escándalos con vuestro carácter, con vuestra autoridad, con vuestro zelo: evitad, pues, esas muertes espirituales de tantas almas, que perecen por no arrojar del pueblo una oveja apestada, que inficiona todo el rebaño de Jesucristo. Estos, se hallan con caudal sobrante para promover un establecimiento útil en su pueblo, una escuela, un estudio, un hospital, una casa de misericordia, en que recogidos y alimentados los pobres, se les instruya en las obligaciones de cristianos y de ciudadanos, de que tan olvidados viven innumerables, por haberse acostumbrado desde su niñez á la holgazanería, á la ociosidad, á la lacería; sin servir en el estado más que de un brazo inútil y sin provecho, ni en la Iglesia más que de un espíritu muerto en sus vicios y pecados. Aquéllos, poseen un rico tesoro de luces, de prudencia, de sabiduría para instruir á sus prójimos desde los sagrados púlpitos; éstos para asistir á los enfermos; aquéllos para auxiliar á los moribundos; éstos para consolar á los tristes; aquéllos para animar á los pusilánimes; y, finalmente, no hay hombre, por más infeliz que se le suponga, que no pueda ser útil á sus prójimos, si él eficazmente lo procura.

Por último, es necesario, amados pecadores, no solo cumplir las obligaciones para con Dios y para con el prójimo, sino tambien para con vosotros mismos. Las obligaciones para con Dios nos compelen á reconocerle, adorarle y servirle con un espíritu de verdadera religion. Las obligaciones para con el prójimo nos precisan á procurarle el bien con un espíritu de verdadera caridad; y las obligaciones para con nosotros mismos nos apremian á sujetar nuestras pasiones y apetitos viciosos con un espíritu de verdadera penitencia: sin ésta, hermanos mios, no hay cielo. Este es el único negocio que nos importa, nada ménos que una feliz eternidad: nuestra salvacion, sí, nuestra salvacion. Diga el mundo, hable el mundo y murmure el mundo cuanto quiera, vamos nosotros á correr tras este *uno* necesario como lo llama el Evangelio; *Porro unum est necessarium:* Luc. x, 42. Si te salvas, todo lo lograste; si te condenas, todo lo perdiste. Fijad vivamente en el alma esta terrible verdad, que poderosa es para arrancaros de vuestros vicios, para haceros llorar y clamar á los piés de Jesucristo crucificado con el mayor dolor y pena por vuestras culpas pasadas, y con las más vigorosas resoluciones de entablar una vida irreprensible en lo venidero, para reparar con la mortificacion y

aflicciones de la carne vuestros mismos pecados. Poderosa es para trasladaros al estado de los devotos verdaderos y fervorosos, que renunciando todos los placeres del mundo, dedicándose á las buenas obras, entregándose á la oracion, á la visita de los sagrados templos, al frecuente uso de los santos Sacramentos, al arreglo prudente, económico y cristiano de su casa, al cuidado de los pobres, forman acá, en la tierra, un anticipado cielo. Sí, Dios mio: *Et dixi nunc cœpi: hæc mutatio dexteræ Excelsi:* Psalm. lxxvi, 11. Hoy ha de ser aquel dia feliz, que determinaste desde la eternidad, para que yo me pasase al partido de la piedad.

Venid, Dios mio, á obrar en mí esta mutacion, que es obra de vuestra mano: espero que ella me fortalezca, para que yo jamás retroceda de este camino recto, que hoy empiezo. ¿Es posible, amado Redentor mio, que no haya yo conocido hasta ahora este bien tan precioso y verdadero? ¡Ay! ¿qué me ha quedado de mis pasados deleites, sino una pena, una amargura, que me atraviesa el alma? ¿Qué fruto han producido mis desarreglos y mis vicios, sino un pesar insufrible, un sentimiento doloroso, que me traspasa el corazon? ¿Es posible que fuese tanta mi locura, que pensase podia hallar la tranquilidad de mi espíritu, el gozo de mi corazon, en las ofensas y agravios de mi Dios? ¿Dónde estaba mi entendimiento? Queria componer el mundo y el Evangelio, y no podia; queria la paz con el pecado, y no podia; queria seguir mis vicios y ser devoto, y no podia. ¡Ah! ¿cómo habia de poder unir el cielo y el infierno, las tinieblas y la luz, la gracia y la culpa? Pero ya, Dios mio, cayeron de mis ojos aquellas escamas, aquellas cataratas, que me impedian ver esta verdad. Ahora la veo, Jesús mio, en medio de mis lágrimas, mi dolor, mi pena y sentimiento. Sostened mis reflexiones y resoluciones, mantened mis propósitos. Santos... Santas... Vírgen santísima... interceded por todos, para que todos lleguemos al cielo.

DEVOCION

(LA VERDADERA Y FALSA).

II.

Nisi abundaverit justitia vestra plus quam scribarum et pharisæorum, non intrabitis in regnum cælorum.

Si vuestra justicia no es más llena y mayor que la de los escribas y fariseos, no entrareis en el reino de los cielos.

(*Matth.* v, 20.)

¿Quién hubiera creido jamás, hermanos mios, que un espíritu de justicia, que en concepto de todos los hombres parecia tan perfecto como el de que se fingian animados los fariseos, se hiciese acreedor á la desaprobacion de Jesucristo, calificándolo de indigno de ser recompensado con el reino de los cielos? ¿Qué eran, pues, los fariseos? ¿en qué consistia su justicia? Los fariseos formaban una sociedad segregada del comun del pueblo; eran hombres que hacian alarde de una devocion extraordinaria y que aún se les tenia por santos. Hacian largas oraciones, daban considerables limosnas á los pobres, pagaban con puntualidad el diezmo, y ayunaban dos veces á la semana. Si alguno se dedicase ahora á todos estos actos de devocion y penitencia, se le tendria por santo; ¿cómo se explica, pues, que Jesucristo censurase con tanta severidad la justicia de los fariseos? ¿eran por ventura censurables sus actos? El ayuno, la oracion, la limosna, ¿no son acaso actos virtuosos, que Jesucristo ha prometido recompensar con generosidad?

Cierto es, que semejantes actos son loables en sí, y dignos de las recompensas eternas, cuando van acompañados de determinadas condiciones; mas, como el fingido espíritu de justicia de los fariseos carecia de estas cualidades, por esto Jesucristo no pudo ménos de reprobarlo. Los fariseos procuraban parecer ante el público virtuosos y santos, pero, en realidad, ni eran santos, ni virtuosos. Dándose por satisfechos con la observancia de algunos preceptos, y con el retraimiento de ciertos crímenes, que aún en el órden natural repugnan á la naturaleza humana, infringian la ley del Señor en muchos puntos, que consideraban como poco importantes, aunque lo eran mucho delante de Dios. Por loables que pareciesen á los hombres, los actos de los fariseos no procedian del principio, ni tendian al fin que debian hacerlos agradables á Dios.

En una palabra, el espíritu de justicia, de que parecian animados los fariseos, no era perfecto, sino una mera participacion; no era íntimo, sino aparente; y ved aquí, hermanos mios, los defectos que excitaron la reprobacion de Jesucristo. Estos defectos échanse de ver tambien en la virtud de muchos cristianos, como podreis conocerlo por el paralelo que voy á establecer con la conducta de los fariseos. De aquí deduciremos, que la piedad, para ser verdadera, debe ser íntima y perfecta: perfecta, para que alcance á la observancia de todos los preceptos de la ley; íntima, para estar dispuestos á la abnegacion y á todos los sacrificios que la ley de Jesucristo nos impone.

Para conseguir la eficacia de mis observaciones, pidamos ántes los auxilios del cielo. A. M.

1. El espíritu de justicia de los fariseos no era perfecto, porque se contentaban con observar algunas prescripciones de la ley. Al propio tiempo eran hasta escrupulosos en la práctica de ciertas ceremonias, en el respeto á algunas tradiciones, que habian recibido de sus mayores, y que no eran absolutamente obligatorias para ellos, en tanto que no reparaban en infringir la ley del Señor en muchos de los puntos á que estaban estrictamente obligados. No se hubieran atrevido á blasfemar, á jurar y cometer un homicidio; pero no vacilaban en tomar en vano el santo nombre del Señor, y en jurar por las criaturas, para dar fe de lo que querian persuadir á los demás.

Jesucristo no promete su reino sino á los que observan estrictamente toda la ley, pues el que infrinje siquiera uno de sus preceptos, no podrá tener derecho alguno á reclamar su posesion. No debe, pues, hacérseos extraño, que diga explícitamente á sus discípulos, que si su espíritu de justicia no aventaja al de los fariseos, no serán partícipes de su reino. Ahora bien; ¿á cuántos cristianos pudiera hoy dirigir las mismas amenazas que el Señor dirigia á sus discípulos, y los cargos que hacia á los fariseos? ¿cuántos se contentan con

observar la ley del Salvador, solo en algunos artículos, cuyo cumplimiento no les es incómodo, ó les conviene por su honor y su interés? ¿Cuántos no se tienen por culpables, porque procuran evitar ciertos crímenes, que traen consigo un carácter de infamia, pero que se dispensan con facilidad de las faltas, que el deleite ó el interés les inducen á cometer contra la ley del Señor?

Hermanos mios, si infringís alguno de los preceptos del Señor, aún cuando no sea más que uno, todas vuestras virtudes no os traerán el menor provecho en el juicio del Señor, y no teneis que esperar más recompensa de la que obtendríais si hubiéseis infringido todos los preceptos.

No importa, que, á ejemplo de los fariseos, os encubrais con ciertas apariencias de virtud; no importa, que con vuestros actos procureis atraeros las simpatías de los hombres: si faltáseis á alguna de vuestras obligaciones, vuestro espíritu de justicia será reprobado, como lo fué el de los fariseos. Tal es, sin embargo, el abuso que se introduce en la mayor parte de las devociones que se practican: cual los fariseos, que cumplian estrictamente con las prescripciones de la ley, á que estaban ménos obligados, y desatendian los deberes esenciales; muchos de los que hacen profesion de devotos, son hasta escrupulosos en punto á ciertas prácticas de piedad, que pertenecen á la categoría de consejos; son muy puntuales en el cumplimiento de ciertas devociones de cofradías, á las cuales están asociados; acuden puntualmente á oir misa todos los dias en que no es de precepto; visitan los hospitales, asisten á las iglesias, y practican con sumo gusto ejercicios de devocion, á que no están obligados, porque conviene acaso á su reputacion, á su costumbre y al buen parecer; pero, por lo demás, se cuidan poco de llenar las obligaciones de su respectivo estado, porque estas obligaciones les son desagradables é incómodas. Algunos hacen con sumo gusto continuas romerías, y no asisten á los divinos oficios que se celebran en su parroquia, no frecuentan los sacramentos, y dan malos ejemplos á su familia. Mujeres hay, que pasan muchas horas rezando en la iglesia, y no se cuidan de ser complacientes con su marido, tratan con dureza á sus criados, y descuidan la educacion de sus hijos. Otros procuran asistir con mucha puntualidad á tal ó cual reunion, que tiene un objeto de beneficencia ó piedad, y, en cambio, cometen fraudes en el comercio y desatienden los negocios que están á su cargo: ¿están conformes estos actos de devocion con el espíritu del Evangelio? No, hermanos mios; porque toda devocion que prescinde de los deberes esenciales del estado respectivo, ó que no los atiende estrictamente, es una devocion farisáica, reprobada por Dios, con tanta más razon, en cuanto se opone al cumplimiento de las obligaciones.

2. La piedad verdadera es interior, esto es, procede del corazon, como de su verdadero orígen, y está conforme con el espíritu de la religion.

El corazon es á la piedad, lo que la raíz al árbol; así como un árbol, que no tenga raíces, no puede dar frutos, así la piedad, que no procede del corazon, es estéril é infructífera. Tal era el espíritu de justicia de los fariseos: procuraban adquirir ciertas apariencias de piedad, pero estas formas exteriores encubrian groseros vicios de que estaban infectados; bajo la piel de oveja, ocultaban la voracidad de rapaces lobos; ved aquí porque Jesucristo pronuncia, con tanta frecuencia en su Evangelio, terribles anatemas contra los fariseos. ¡Ay de vosotros, les dice, escribas y fariseos hipócritas, que, bajo un exterior agradable, ocultais la fealdad interior!

¡Cuántos cristianos han heredado los vicios de los fariseos! ¡cuántos fingen una piedad superficial como aquellos hipócritas! ¡cuántos falsos devotos esconden bajo una virtud aparente los groseros vicios que los dominan! Tal es la conducta que siguen la mayor parte de los devotos; á primera vista, cualquiera los tendria por santos; presentan todas las pruebas exteriores de religiosidad, se dedican á la oracion, al ayuno, hacen limosna, y asisten con afan á todos los actos de devocion; toman con sumo gusto una parte activa en todas las asociaciones y proyectos de beneficencia, que se crean en una parroquia, ó en una poblacion; pero tras estas apariencias conservan el orgullo, la sensualidad, el apego á los bienes de la tierra y á las comodidades de la vida y otras inclinaciones reprobadas por la religion.

Las devociones y las virtudes que no parten del corazon, como de su verdadero orígen, son virtudes superficiales, son devociones injuriosas á Dios, é inútiles al que pretende pasar plaza de devoto. Son injuriosas á Dios, porque Dios desea con absoluta preferencia el sacrificio del corazon, y, por lo tanto, le injuria el que le niega este sacrificio. Son inútiles y perniciosas, porque la virtud aparente pierde todo su mérito y atrae sobre sí la maldicion de Dios. Verdad es, que la piedad debe manifestarse por medio de las obras, y que no debe ser imperfecta y estéril; pero si estas obras no van acompañadas de un buen espíritu, si no las ennoblece un buen fin, la piedad será como un cuerpo sin alma, como un árbol sin frutos, y que, á lo más, produce flores, que de nada sirven. El alma devota ha de considerar que es un templo animado, en el cual ha de ofrecer á Dios el incienso de sus fervientes oraciones, y el sacrificio de sus inclinaciones más

principales; este templo ha de estar adornado interiormente con el oro puro de la caridad, de una profunda humildad, de una pureza inviolable, y, en una palabra, de todas las virtudes que la conviertan en digna morada del Todopoderoso. Este templo debe tambien adornarse exteriormente con el realce de las buenas obras, que son una prueba de la belleza interior, obras inspiradas exclusivamente por el deseo de agradar á Dios, de edificar al prójimo, y de santificarnos á nosotros mismos; obras dictadas por la intencion sincera que debe alentar al alma, y que constituye todo su mérito.

Tal es, en pocas palabras, el carácter de la verdadera piedad y de la devocion sólida, que no desatendiendo cosa alguna de las que pueden contribuir á la gloria de Dios y á la salvacion propia, sabe hermanar todos los deberes de la religion con los de la sociedad, para dar al propio tiempo á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César, ó sea, para cumplir con las obligaciones que tenemos para con Dios y para con el prójimo. Ya veis, amados hermanos, cuáles son vuestros deberes, y lo que os incumbe para cumplirlos perfectamente; recordad, pues, lo que debeis á Dios, al prójimo y á vosotros mismos. A Dios le debeis el sacrificio de una viva fe, sometiendo vuestra inteligencia á las verdades que os ha revelado; le debeis el sacrificio de vuestra voluntad, para hacer todo lo que os manda; debeis pagarle el tributo de un culto religioso, de un amor perfecto, de una adhesion inalterable; adhesion que ha de ser constante é igual, así en medio de las dulzuras y consuelos espirituales de la devocion, como en la sequedad que experimenteis; de suerte, que habeis de pensar ménos en los consuelos de Dios, que en el Dios de los consuelos; y habeis de estar tan dispuestos á hacer lo que no se acomode á vuestro gusto, como lo que estuviese muy conforme con vuestras inclinaciones, porque, en uno y otro caso, solo debeis ver en ello la voluntad de Dios.

Con respecto al prójimo os incumben los deberes de caridad y los de justicia; los de justicia, para dar á cada uno lo que le pertenezca; los de caridad, para aliviar las necesidades del prójimo; los de sociedad, para ser útiles y bien quistos de los que se relacionan con vosotros; pues la verdadera devocion, aunque es severa en sí, es agradable con respecto á los demás: la virtud quisiera echar sobre sí sola las incomodidades de los otros. En esto se distingue esencialmente de la supuesta virtud de los fariseos, que imponian graves cargas á los demás, y se negaban á ayudarles.

No os alucineis; no podeis ser verdaderamente devotos, sin tomar alguna mortificacion para seguir las máximas del Evangelio; no podeis hermanar la verdadera devocion con todas las comodidades de la vida. El carácter de la devocion consiste, principalmente, en la imitacion de las virtudes de Jesucristo. Si quereis ser verdaderamente devotos, tomad por modelo este original divino. Todos vuestros actos, aún los más indiferentes, practicadlos en nombre de Jesucristo, recordando todo lo que hizo por nosotros en este mundo: esta es la mejor práctica de devocion que puedo proponeros, para que merezcais un dia la felicidad eterna, que á todos os deseo. Amen.

DIVISIONES.

DEVOCION.—La verdadera devocion es:

1.° La de las almas cristianas, que aceptan con gusto las cruces que Dios les envia, en medio de sus ejercicios de piedad.

2.° La de las almas cristianas, que todo lo esperan de Dios, aunque estén convencidas, de que son poco dignas sus peticiones.

3.° La de las almas cristianas, que dan creces á su fervor, ya se les conceda, ya se les niegue lo que piden.

DEVOCION.—La devocion debe ser efecto de la plenitud del interior.

Debe conocerse en todo nuestro exterior.

Debe apartarnos de las criaturas.

DEVOTO.—Se conoce que somos verdaderamente devotos:

1.° Por la semejanza que tenemos con los Santos que nos precedieron.

2.° Por los sentimientos de piedad que inspiramos á los que nos tratan.

3.° Por el placer que encontramos en estar á la presencia de Dios.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Deus meus volui, et legem tuam in medio cordis mei. PSALM. XXXIX, 9.	Eso he deseado *siempre*, oh Dios mio; y tengo tu ley en medio de mi corazon.

Sicut adipe etpinguedine repleatur anima mea. PSALM. LXII, 6.

Quede mi alma bien llena *de tí*, como de un manjar pingüe y jugoso.

Justorum semita, quasi lux splendens, procedit et crescit usque ad perfectam diem. PROV. IV, 18.

La senda de los justos es como una luz brillante, que va en aumento y crece hasta el medio dia.

Consummatus in brevi explevit tempora multa. SAP. IV, 13.

Con lo poco que vivió, llenó la carrera de una larga vida.

In omnibus operibus tuis præcellens esto. ECCLI. XXXIII, 23.

En todas tus cosas mantén tu superioridad.

Factus est in corde meo quasi ignis exæstuans, claususque in ossibus meis. JEREM. XX, 9.

Luego sentí en mi corazon como un fuego abrasador, encerrado dentro de mis huesos.

Maledictus, qui facit opus Dei fraudulenter. IDEM, XLVIII, 10.

Maldito aquel que ejecuta de mala fe la obra que el Señor *le manda.*

Maledictus dolosus, qui immolat debile Domino, quia rex magnus ego. MALACH. I, 14.

Maldito sea el hombre fraudulento..... el cual inmola al Señor una víctima defectuosa, porque yo soy un rey grande.

Beati qui esuriunt, et sitiunt justitiam. MATTH. V, 6.

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia.

Sollicitudine non pigri; spiritu ferventes; Domino servientes. ROM. XII, 11.

No seais flojos en cumplir vuestro deber; sed fervorosos de espíritu, acordaos que el Señor es á quien servís.

Charitas Christi urget nos. II CORINTH. V, 14.

La caridad de Cristo nos urge.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Abrahan nos dió un ejemplo de sincera devocion, muy digno de ser imitado. Apenas se le aparecen los tres Angeles del Señor en figura humana, se apresura en detenerlos, les ofrece agua para lavarse los piés, y, en pocos momentos, les presenta una buena refaccion con que reparar sus fuerzas y templar el calor.

No es ménos fervoroso y devoto el rey David, tanto en sus actos, como en sus palabras. Sus Salmos son un reflejo vivísimo del fervor de su espíritu, y de su devocion.

Léase el capítulo VIII del libro III de los Reyes, en el cual puede verse la tierna súplica que Salomon dirige á Dios, con motivo de la solemne dedicacion del templo; súplica, que sale del corazon de un príncipe lleno de fervor y de devocion para con el Todopoderoso.

Véanse tambien en el lib. IV de los Reyes, c. XVIII, los actos del piadoso rey Ezequías, que nos lo presentan como un modelo de acendrada piedad.

El ejemplo más admirable de devocion, que leemos en los santos Evangelios, es el que nos ofrece el Centurion, que, siendo gentil, se humilla á la presencia del Salvador, y se declara indigno de hospedarle en su casa. MATTH. VIII.

Digno de ser imitado es el fervor con que S. Pedro contestó á la tercera pregunta que le dirigió Jesucristo, para probar su amor: *Simon Joannis, diligis me plus his? Dicit ei: Domine, tu omnia nosti, tu scis quia amo te.* JOANN. XXI.

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Sanctum non est quod agitur sanctum, nisi sancte, quod sanctum est, peragatur. ORIGEN. DE CLERIC.

No consiste la perfeccion precisamente en hacer obras santas, sino en hacerlas santamente.

Tota ratio vivendi hominis christiani unum scopum habet, nempe gloriam Dei. S. BASIL. DE INGLUV. ET EBRIET. ORAT. 16.

La vida del cristiano no tiene sino un fin, la gloria de Dios.

Non improbo eos qui castigant corpus suum, sed Satanas mille artibus nonnumquam illudit incautis. S. CYPRIAN. DE DUPL. MART.

No repruebo á los que mortifican su cuerpo, pero sí, digo, que Satanás se vale de muchas astucias para engañar á los incautos.

Nihil simulatum et fictum vere virtutis esse certum est. S. AMBROS. LIB. 2 DE OFFIC.

La verdadera virtud no consiente ficciones ni hipocresías.

Vere monstruosa res est speciem habere columbinam, et mentem caninam: professionem ovinam, et intentionem lupinam; intus esse Neronem, foris apparere Catonem. S. HIERON. EPIST. 58.

Realmente es detestable la conducta de los que manifiestan sencillez en su trato, y tienen un corazon malo; que muestran una mansedumbre de oveja, y tienen intenciones de lobo; que su ánimo es de Neron, y su exterior de un Caton.

Sine vera pietate et religione,

Sin el espíritu de piedad y reli-

omne, quamvis laudabile ingenium superbiæ, vanescit, et decidit. S. Aug. de Civit. Dei, lib. 2, cap. 5.

Summa cura vigilandum est ne, vel operibus bonis serviens, mens reproba intentione polluatur. S. Greg. Moral. lib. 28, cap. 6.

Cum perversa intentione recte nihil agitur, et si splendere coram hominibus cernitur, apud examen tamen interni judicis obscuratur. S. Greg. Moral. l. 28, cap. 6.

Sicut fabrica columnis, columnæ autem basi nituntur, ita vita nostra in virtutibus, virtutes autem in intentatione intima subsistunt. Idem. ibid.

Multa videntur bona, quæ non sunt, quia bono animo non fiunt. Idem. Dialog. lib. 1, cap. 10.

Qui pro virtute quam agit, humanos favores desiderat, rem magni meriti pro vili pretio venalem portat. Idem. Moral. lib. 8, cap. 28.

Qui amat ardentius, currit velocius, et citius pervenit. S. Bern. serm. 3 in Cant.

gion son vanas y perdidas todas las obras, aunque loables, por el espíritu de orgullo que las anima.

Debemos velar en gran manera, para que una intencion torcida no vicie nuestra alma en las mismas obras buenas.

Nada bueno practicamos si nos dejamos llevar de una intencion mala; y aún cuando nuestras obras fuesen aplaudidas por los hombres, serian muy insignificantes delante de Dios.

Así como el edificio descansa sobre las columnas, y éstas sobre sus bases, así nuestra vida debe tener por base las virtudes, y éstas una recta intencion.

Muchas obras parecen buenas, y no lo son, porque no se hacen con voluntad recta.

El que busca las alabanzas de los hombres, en recompensa de las virtudes que practica, vende por un vil precio actos de gran mérito.

El que ama con más fervor, corre más ligero, y llega más pronto.

DIGNIDADES.

Omni cui multum datum est, multum quærelur ab eo.

Se pedirá cuenta de mucho á quien mucho se le entregó.

(*Luc.* xii, 48.)

Si mirásemos las dignidades con los ojos de la fe, léjos de emplear los perniciosos esfuerzos de la sagacidad, el fraude, la amistad, la adulacion y la perfidia para alcanzarlas, y de experimentar una complacencia secreta al obtenerlas, temeríamos que fuesen para nosotros un escollo, donde naufragasen nuestros merecimientos y virtudes. Muchos no buscan en las dignidades sino el lucro y la consideracion personal, para satisfacer el orgullo y la ambicion, tener más valimiento, asegurar una autoridad que los haga respetables, ostentar á los ojos del mundo un vano alarde de grandeza; y no reflexionan, que las dignidades traen consigo la necesidad de distinguirse más que los otros fieles en la vida y en las costumbres, la necesidad de contribuir, en cuanto se pueda, al cumplimiento de los designios de Dios sobre sus criaturas, de emplear el talento, la solicitud, el poder y toda la influencia en la santificacion de los inferiores y subordinados, cuidar que Dios sea más fielmente servido y amado, reprimir la licencia del vicio, y hacer más general la práctica de la virtud. Las dignidades traen consigo estas graves obligaciones; por esto dice el Espíritu Santo, que será rigurosa la cuenta que se pedirá á los que las poseen. Ved ahí lo que me propongo demostraros, y lo que debe infundir un saludable temor á los que buscan las dignidades. Imploremos los auxilios de la gracia. A. M.

1. Es muy comun en el mundo afirmar, que á las grandes dignidades están unidas grandes obligaciones. La gloria es un peso que abruma al hombre, si no sabe sostenerla con las virtudes. Si esto es una verdad indisputable en el juicio de los hombres, mucho más lo

omne, quamvis laudabile ingenium superbiæ, vanescit, et decidit. S. Aug. de Civit. Dei, lib. 2, cap. 5.

Summa cura vigilandum est ne, vel operibus bonis serviens, mens reproba intentione polluatur. S. Greg. Moral. lib. 28, cap. 6.

Cum perversa intentione recte nihil agitur, et si splendere coram hominibus cernitur, apud examen tamen interni judicis obscuratur. S. Greg. Moral. l. 28, cap. 6.

Sicut fabrica columnis, columnæ autem basi nituntur, ita vita nostra in virtutibus, virtutes autem in intentatione intima subsistunt. Idem. ibid.

Multa videntur bona, quæ non sunt, quia bono animo non fiunt. Idem. Dialog. lib. 1, cap. 10.

Qui pro virtute quam agit, humanos favores desiderat, rem magni meriti pro vili pretio venalem portat. Idem. Moral. lib. 8, cap. 28.

Qui amat ardentius, currit velocius, et citius pervenit. S. Bern. serm. 3 in Cant.

gion son vanas y perdidas todas las obras, aunque loables, por el espíritu de orgullo que las anima.

Debemos velar en gran manera, para que una intencion torcida no vicie nuestra alma en las mismas obras buenas.

Nada bueno practicamos si nos dejamos llevar de una intencion mala; y aún cuando nuestras obras fuesen aplaudidas por los hombres, serian muy insignificantes delante de Dios.

Así como el edificio descansa sobre las columnas, y éstas sobre sus bases, así nuestra vida debe tener por base las virtudes, y éstas una recta intencion.

Muchas obras parecen buenas, y no lo son, porque no se hacen con voluntad recta.

El que busca las alabanzas de los hombres, en recompensa de las virtudes que practica, vende por un vil precio actos de gran mérito.

El que ama con más fervor, corre más ligero, y llega más pronto.

DIGNIDADES.

Omni cui multum datum est, multum quærelur ab eo.

Se pedirá cuenta de mucho á quien mucho se le entregó.

(*Luc.* xii, 48.)

Si mirásemos las dignidades con los ojos de la fe, léjos de emplear los perniciosos esfuerzos de la sagacidad, el fraude, la amistad, la adulacion y la perfidia para alcanzarlas, y de experimentar una complacencia secreta al obtenerlas, temeríamos que fuesen para nosotros un escollo, donde naufragasen nuestros merecimientos y virtudes. Muchos no buscan en las dignidades sino el lucro y la consideracion personal, para satisfacer el orgullo y la ambicion, tener más valimiento, asegurar una autoridad que los haga respetables, ostentar á los ojos del mundo un vano alarde de grandeza; y no reflexionan, que las dignidades traen consigo la necesidad de distinguirse más que los otros fieles en la vida y en las costumbres, la necesidad de contribuir, en cuanto se pueda, al cumplimiento de los designios de Dios sobre sus criaturas, de emplear el talento, la solicitud, el poder y toda la influencia en la santificacion de los inferiores y subordinados, cuidar que Dios sea más fielmente servido y amado, reprimir la licencia del vicio, y hacer más general la práctica de la virtud. Las dignidades traen consigo estas graves obligaciones; por esto dice el Espíritu Santo, que será rigurosa la cuenta que se pedirá á los que las poseen. Ved ahí lo que me propongo demostraros, y lo que debe infundir un saludable temor á los que buscan las dignidades. Imploremos los auxilios de la gracia. A. M.

1. Es muy comun en el mundo afirmar, que á las grandes dignidades están unidas grandes obligaciones. La gloria es un peso que abruma al hombre, si no sabe sostenerla con las virtudes. Si esto es una verdad indisputable en el juicio de los hombres, mucho más lo

es respecto de Dios. Cuanto mayores medios tiene el hombre para hacer que el Señor sea glorificado, tanto más se acrecienta en él la obligacion de hacerlos efectivos. Y ¿quién no vé, que el hombre, constituido en dignidad, posee más medios de hacer que en la tierra sea ensalzado el nombre augusto de Dios? La elevacion, que le distingue, no es una mera prerogativa de que Dios le ha investido sin designio alguno ulterior; es, sí, una dignidad, que le hace un deber de distinguirse de los otros en su vida, en sus costumbres, en todo cuanto puede contribuir á la mayor edificacion de sus hermanos. Cuanto más brillantes son esos astros que giran sobre nuestras cabezas, es mayor la atencion que naturalmente fija en ellos el que los contempla, y, de consiguiente, mucho más notable la menor oscuridad que los rodee; así tambien, cuanto mayor es la elevacion á que se halla sublimado el hombre, la atencion de los otros fíjase en ellos de un modo especial, y sus más pequeños defectos se notan, hasta por los ménos previsores. Y ¿qué consecuencia más natural podemos inferir de aquí sino, que la obligacion del buen ejemplo en el hombre constituido en dignidad está en razon directa de su mayor elevacion? El ejemplo de los grandes afecta al interés general; y así es indispensable, que se distinga por sus virtudes el hombre á quien los hombres contemplan enaltecido.

Hé aquí porque el Señor lanza terribles amenazas contra los que no emplean su encumbramiento en la propagacion de la gloria de su nombre. «Yo te levanté del polvo, decia un dia al impío Baasa, haciéndote caudillo de mi pueblo de Israel, y tú has seguido el camino de Jeroboam, induciendo al pecado á mi pueblo, provocándome á ira con tus excesos: por lo tanto, yo arrancaré de la faz de la tierra tu descendencia y la de tu familia, y haré de tu casa lo que he hecho de la de Jeroboam.» II Reg. xvi, 2 et 3. Lo propio puede decir al que abusa de la altura á que se halla colocado, para producir efectos diversos en las costumbres de los fieles: Yo te elevé sobre el comun de los hombres, para que ocupases un lugar distinguido, desde donde pudieses ejercer, por medio de tus buenas obras, una accion poderosa sobre los demás; sin embargo, hiciste pecar á los que hubieras debido edificar, y derramaste las tinieblas sobre los que debias favorecer con la luz del buen ejemplo.

El ejemplo tiene una persuasion irresistible: su fuerza arrastra casi insensiblemente á la práctica; es una leccion inarticulada, pero más eficáz para inspirar el amor del bien, que los raciocinios más sublimes. Por eso el Salvador, al propio tiempo que nos exhorta á ocultar el mérito de nuestras buenas obras, para preservar nuestro corazon del sutil veneno, que la vanidad inocula en él insensiblemente, nos manda, en términos expresos, que demos de ellas un testimonio público á la faz del mundo, para que, viéndolas nuestros prójimos, dén gloria á Dios y se alienten á imitarlas. Tan sagrada es esta obligacion del ejemplo, que el Apóstol nos la recuerda á cada paso en sus preciosas cartas. En la que dirigió á los Hebreos dice: «Pongamos los ojos los unos en los otros, y sirvámonos mútuamente de incentivos de caridad y de buenas obras.» Cap. x, 24. En la primera de las que escribió á los de Corinto, dice: «¿Qué es lo que se ha de hacer, hermanos mios? hágase todo para edificacion de vuestros prójimos.» I Cor. xiv, 26. Y en su carta á los Romanos se expresa en estos términos: «Poned cuidado en no causar tropiezo á vuestro hermano. Procuremos que todas nuestras acciones contribuyan á establecer la paz; observemos cuanto puede servir á nuestra mútua edificacion.» Cap. xiv, 13 et 19. Pues si el buen ejemplo es un deber universal, que á ninguno exceptúa, ¿cuál no debe ser la integridad de costumbres en los hombres que ocupan las dignidades? Si tan poderosa es la influencia del ejemplo de un particular, ¿cuánto más eficáz será la del hombre constituido en dignidad? La virtud, lo mismo que el vicio, parecen tener una accion más directa sobre el corazon de los hombres; debe, por consiguiente, manifestarse en todas sus acciones un ejemplar digno de imitacion.

2. Añádese, que cuanto mayor es la dignidad del hombre, más hondas son las huellas que dejan en pos de sí sus ejemplos. Verdad es, que la grandeza, la autoridad, el poder, los honores, todo en este mundo perece con la muerte y queda sepultado en la tumba. Empero, los grandes ejemplos de virtud, resisten á la accion consumidora del tiempo; sobreviven á los sugetos que los ejercieron, y gozan de una especie de inmortalidad, que perpetua su memoria á través de los siglos. El recuerdo de las acciones virtuosas, que practican especialmente los hombres que ocupan dignidades, es una voz sonora, cuyo eco jamás se apaga, y una exhortacion contínua de la virtud. Entre la inumerable multitud de hombres que sucesivamente han poblado la tierra, y han descendido al polvo del sepulcro, ¿quiénes son los que han dejado una memoria más duradera en el mundo? ¡Ah! las grandes acciones de los hombres, principalmente de los que ocuparon dignidades, son y serán siempre un objeto de admiracion. Las rápidas conquistas de los dominadores del orbe, no han dejado en pos de sí una impresion tan honda y eficáz, como los triunfos que han reportado la virtud y la religion, con los ejemplos de hombres que ocupaban grandes dignidades. Reasumamos, pues, y considerando,

que la elevacion de los que ocupan las dignidades dá mayor lustre y resplandor á su ejemplo, y hace que sus efectos sean más permanentes, es tambien mayor su obligacion de mostrarse á la faz del mundo intachables, para que en su conducta, como en un espejo claro, puedan ver todos el modo de servir y amar á Dios. Colocados en un lugar elevado para que sean visibles á los demás, es preciso que éstos puedan tomar de su conducta motivos de edificacion. Vosotros, pues, que ocupais las dignidades, no priveis á vuestros prójimos de uno de los recursos que Dios ha puesto en vuestras manos para contribuir á su salvacion, objeto único de la venida del Salvador al mundo. ¡A cuántos podreis apartar de los extraviados senderos de la culpa con vuestros buenos ejemplos! ¡Cuántos se determinarán á abrazar las máximas evangélicas, viéndolas puestas en accion por vosotros! ¡Cuántos, que parecen incorregibles y de quienes la sociedad no espera sino un fin trágico y funesto, á la vista de vuestros saludables ejemplos, sentirán conmoverse su pecho, y verán humedecerse sus mejillas con una lágrima preciosa, prenda segura de su salvacion! ¡Cuántos, que envueltos en los intrincados laberintos de la incredulidad, blasfeman de las verdades más incontestables del cristianismo, movidos en un momento feliz por vuestro ejemplo, meditarán, inquirirán, creerán, en fin, y se someterán al yugo suave de la religion! ¡Dichosos vosotros si cumplís con esta obligacion sagrada! El cielo no mirará con indiferencia el bien que vuestro ejemplo haya producido en unas almas redimidas con la sangre de un Dios. Si un vaso de agua dada al sediento en nombre de Jesús, no quedará sin recompensa, ¿cuánto ménos habrá de quedarlo vuestro saludable ejemplo, que es lo más sublime de la beneficencia, lo más heróico de la caridad?

Y, por el contrario, desgraciados de vosotros, si con vuestra mala conducta confirmais á los pecadores en el vicio! ¡Desgraciados de vosotros, si no vivís segun Dios! ¡A cuántos engañará vuestro mal ejemplo! ¡Cuántos se dejarán arrastrar de él! ¡Cuántos perseverarán en los desórdenes por vuestro mal ejemplo! ¡Cuántos corazones, dispuestos ya á convertirse, no opondrán á los atractivos de la gracia, sino los compromisos á que los habrán arrastrado vuestras costumbres! Luego que los jefes de las tribus entraron en las tiendas de las hijas de Madian, inmediatamente prevaricó todo Judá, y quedaron muy pocos que estuviesen exentos de la iniquidad comun. Los hombres siempre imitan el mal con mucho gusto, y particularmente, cuando se lo proponen con su ejemplo los que ocupan dignidades. Entónces hacen gala de sus desórdenes, porque este es el modo de parecerse á los grandes; el pueblo mira como una especie de honor el seguir sus pasos, y sus depravados ejemplos son un veneno que muda las costumbres públicas, y que dá al libertinage una apariencia de buen gusto.

¡Gran Dios! qué desgracia son para un pueblo, los hombres constituidos en dignidad que no os temen, que no os conocen, que desprecian vuestras leyes y vuestros eternos decretos! Esos son un presente que enviais al mundo á impulsos de vuestra ira, y la más terrible señal de vuestra indignacion para con los pueblos! Pero ¿qué terrible cuenta tomareis á esos hombres que, además de sus pasiones, son tambien responsables en vuestra presencia de los desórdenes públicos? No permitais, Dios mio, que los que entre nosotros ocupan dignidades, pierdan de vista los bienes eternos: haced que todos ellos dén aquellos grandes ejemplos, que perpetuan la virtud de generacion en generacion, y ayudan á formar aquella Iglesia inmortal de justos, que os ha de bendecir por todos los siglos. Amen.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Et nunc reges intelligite: erudimini qui judicatis terram: servite Domino in timore, et exultate ei cum tremore. PSALM. II, 10, 11.

Ahora, pues, oh reyes, entendedlo: sed instruidos, vosotros, los que juzgais *ó gobernais* la tierra: servíd al Señor con temor, y regocijaos en él, poseidos *siempre* de *un* temor *santo*.

Cum impii sumpserint principatum, gemet populus. PROV. XXIX, 2.

Cuando los impíos toman las riendas del gobierno, el pueblo tendrá que gemir.

Diligite justitiam, qui judicatis terram. SAPIENT. I, 1.

Amad la justicia, vosotros los que juzgais *ó gobernais* la tierra.

Judicium durissimum his, qui præsunt, fiet. IDEM. VI, 6.

Los que ejercen potestad sobre otros, serán juzgados con extremo rigor.

Potentes potenter tormenta patientur. IDEM IBID. 7.

Los grandes sufrirán grandes tormentos.

Præbete aures vos, qui continetis multitudines, et placetis vobis in turbis nationum; quoniam data

Dad oidos *á mis palabras* vosotros, que teneis el gobierno de los pueblos, y os gloriais del va-

est à Domino potestas vobis, et virtus ab Altissimo, qui interrogabit opera vestra, et cogitationes scrutabitur. IDEM IBID. 3, 4.

sallaje de muchas naciones: porque la potestad os la ha dado el Señor: del Altísimo teneis esa fuerza; el cual examinará vuestras obras, y escudriñará *hasta* los pensamientos.

Quanto magnus es, humilia te in omnibus: quoniam magna potentia Dei solius, et ab humilibus honoratur. ECCLI. III, 21, 22.

Cuanto fueres más grande, tanto más debes humillarte en todas las cosas... porque Dios es el solo grande en poder, y él es honrado de los humildes.

Noli quærere fieri judex, nisi valeas virtute irrumpere iniquitates IDEM VII, 6.

No pretendas ser juez, si no te hallas con valor para hacer frente á las injusticias.

Secundum judicem populi, sic et ministri ejus: et qualis rector est civitatis, tales et inhabitantes in ea. IDEM X, 2.

Cual es el juez *ó jefe* del pueblo, tales son sus ministros; y cual es el gobernador de la ciudad, tales son sus habitantes.

Rectorem te possuerunt? noli extolli: esto in illis quasi unus ex ipsis. IDEM XXXII, 1.

¿Te han hecho rey *ó director?* no te engrias: pórtate entre ellos como uno de tantos.

Egressa est iniquitas de Babylone à senioribus judicibus, qui videbantur regere populum. DAN. XIII, 5.

La iniquidad habia salido en Babilonia de los ancianos que eran jueces, los cuales parecia que gobernaban al pueblo.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Los hombres constituidos en dignidad deberian mirarse, como en un espejo, en la persona de Job, cuyo elogio nos hace el Espíritu Santo con su acostumbrado laconismo y claridad, diciéndonos, que era *magnus inter Orientales;* pero tambien *simplex, rectus, ac timens Deum, et recedens à malo* JOB. I. ¡Cuán pocos hay ahora!

No es ménos digna de ser imitada la conducta de José, elevado á la primera dignidad despues del soberano en Egipto.

La conducta de Moisés nos manifiesta cuán poco caso hizo este hombre admirable de las dignidades y honores. Heredero presunto de la corona de Faraon, como que era tenido por hijo de la hija del rey, decia, sin embozo, que no era hijo de la princesa, sino de una mujer hebrea, y que pertenecia á aquel pueblo odiado y bárbaramente afligido por Faraon y sus súbditos. Constituido por Dios caudillo de su pueblo, le pesa tanto esta dignidad suprema, que le oimos quejarse amorosamente con Dios. NÚM. XI.

Josué, elegido jefe y guia del pueblo de Israel, despues de la muerte de Moisés, puso todo su cuidado en seguir las reglas que su antecesor le habia dado por órden de Dios; y su principal esmero, al introducir su pueblo á la tierra prometida, consistió en leer muy á menudo todos los preceptos de la ley, todas las órdenes de Dios, para cumplirlas en sus más mínimos detalles.

Saul era tan virtuoso cuando fué elegido rey de Israel, que en el dia de su eleccion se escondió para evitar esta dignidad, habiendo sido preciso consultar al Señor para que descubriera el lugar en que estaba escondido. El historiador sagrado, I REG. 13, dice, que cuando comenzó su reinado, era sencillo y recto como un niño de un año. Pero su dignidad le pervirtió de tal manera, que llegó á ser reprobado por Dios, por sus muchos crímenes.

Véanse las instrucciones que Jesucristo dió á sus apóstoles sobre las dignidades. JOANN. 13, LUC. 22, MARC. 10, MATTH. 20.

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Optimus est judex, qui his pessimis vitiis ira et cupiditate non tenetur. S. HIERON. IN JOB, XXXVI.

Es muy buen magistrado el que no se deja dominar de los dos fatales vicios, la ira, y la codicia.

Non operis ipsius, sed dominationis ac potentiæ desiderium pestilens esse dixi. S. CHRYSOST. LIB. 3 DE SACERD.

He dicho, que es muy perjudicial, no el deseo de la dignidad, sino el de gobernar y ejercer el poder sobre los demás.

Qui primatum quærunt, sibi ipsis dedecori sunt, ignorantes hocce pacto ad infima se detrudere. IDEM HOM. 66, IN MATTH.

Los que buscan las prelacías, se deshonran á sí mismos, pues no conocen, que así se rebajan hasta el desprecio.

Gloriam et honorem non debet sequi virtus, sed ipsa virtutem. S. AUG. DE CIVIT. DEI, LIB. 5.

La virtud no ha de ir tras el honor y la gloria, sino que el honor y la gloria van tras la virtud.

Reges, quanto sunt in majori sublimitate terrena, tanto magis humiliari Deo debent. IDEM IN PSALM. CXXXVII.

Cuánto mas elevados se ven los príncipes en este mundo, tanto más deben humillarse delante de Dios.

Qui imperant, non dominandi cupiditate imperent, sed officio consulendi; nec principandi su-

Los que gobiernan, no lo deben hacer por la ambicion de mandar, sino por el deber de ha-

perbia, sed providendi misericordia. IDEM DE CIVIT. DEI, LIB. 9, CAP. 4.

Multi non tanta fiducia currerent ad honores, si esse scirent et onera. S. BERN. EPIST. 42.

Si quis de populo deviat, solus perit; verum principis error multos involvit, et tantis obest, quantis præest ipse. IDEM EPIST. 127 AD DUCEM AQUIT.

Major est virtus non tantum seipsum bene regere, sed plures; et quanto plures, tanto major præmium. S. THOM. DE REG. PRINCIP.

cer bien; no por el orgullo de la primacía, sino por el deseo de socorrer á todos.

Muchos hay, que no pretenderian los honores con tanta presuncion, si reflexionasen, que son á la vez, cargas muy molestas.

Si peca alguno de entre el vulgo, se pierde él solo; pero si peca un príncipe, su error afecta á muchos; á tantos cuantos son sus súbditos.

Es de gran mérito, no solo gobernarse á sí mismo, sino tambien á muchos; y tanto mayor es el premio, cuanto mayor el número de gobernados.

DIFUNTOS

(CONMEMORACION DE LOS).

I.

Sancta et salubris est cogitatio pro defunctis exorare.

Es un pensamiento santo y saludable el rogar por los difuntos.

(II Machab. XII, 46.)

¡Cuán admirables son, amados hermanos mios, las instituciones de la Iglesia! ¿Qué cosa más tierna, que el enlace de las dos solemnidades que celebramos en estos dos dias? El dia de ayer consagrado á

la fiesta de los Santos, y el de hoy á la Conmemoracion de los Difuntos.

Ahí está toda la Iglesia, hermanos mios; ayer nos hacia ella entrever á los Santos, que triunfan ya en el cielo, levantando el velo que nos oculta el esplendor de que están rodeados, y la gloria que están gozando, para excitarnos á imitarles, y á merecer participar, algun dia, de su felicidad.

Hoy, la Iglesia nos hace descender á las regiones del Purgatorio; nos presenta el lamentable espectáculo de los dolores y tormentos de las almas que allí padecen, á fin de decidirnos á interceder por ellas, y obtener así, que se vean libres de sus penas, y puedan entrar en *un lugar de refrigerio, de luz y de paz.* En esta fiesta, toda la Iglesia está reunida: la Iglesia triunfante ya en el cielo; la Iglesia purgante; y nosotros, la Iglesia militante, que estamos colocados entre las otras dos, para que con nuestras obras merezcamos la recompensa prometida, y evitemos las penas del Purgatorio; y con nuestras oraciones y acciones obtengamos por nuestros hermanos la dicha de ir al cielo.

Meditemos, pues, en este dia lúgubre, hermanos mios, sobre dos reflexiones muy sencillas, que encierran todo el espíritu de esta solemnidad: la primera, las penas que las almas sufren en el Purgatorio; la segunda, los medios que tenemos de aliviarlas. Estas reflexiones formarán la materia del presente discurso; imploremos ántes, etc. A. M.

1. Digo, en primer lugar, amados hermanos mios, que las almas detenidas en el Purgatorio padecen: la justicia de Dios es rigurosa; nada impuro, nada manchado entrará nunca en la celestial Jerusalen, como nos lo dice S. Juan en el Apocalipsis. No son solamente los grandes crímenes, las grandes iniquidades, lo que está sometido á la accion de la justicia eterna; son tambien las faltas más leves, los pensamientos más veniales, al parecer, lo que es preciso expiar: este punto es incontestable, y nadie puede negarlo sin faltar á la fe. Con efecto, una falta venial, un pecado levísimo, si no se han expiado en la tierra por medio de la penitencia, nos impedirán entrar en la mansion de los escogidos; éste es para nosotros un artículo de fe. Será pues necesario, que ántes de ser admitidos en el cielo, pasemos por pruebas y penitencias que nos purifiquen y limpien enteramente á los ojos de Dios. Son muchas, en verdad, las almas que salen cada dia de esta vida en estado de gracia, porque se han reconciliado con Dios por la absolucion; más no han tenido tiempo para satisfacer completamente todas las deudas que habian contraido con la sabiduría divina por sus pecados. ¿Cuántas obras, sin haberse hecho culpables de grandes

perbia, sed providendi misericordia. IDEM DE CIVIT. DEI, LIB. 9, CAP. 4.

Multi non tanta fiducia currerent ad honores, si esse scirent et onera. S. BERN. EPIST. 42.

Si quis de populo deviat, solus perit; verum principis error multos involvit, et tantis obest, quantis præest ipse. IDEM EPIST. 127 AD DUCEM AQUIT.

Major est virtus non tantum seipsum bene regere, sed plures; et quanto plures, tanto major præmium. S. THOM. DE REG. PRINCIP.

cer bien; no por el orgullo de la primacía, sino por el deseo de socorrer á todos.

Muchos hay, que no pretenderian los honores con tanta presuncion, si reflexionasen, que son á la vez, cargas muy molestas.

Si peca alguno de entre el vulgo, se pierde él solo; pero si peca un príncipe, su error afecta á muchos; á tantos cuantos son sus súbditos.

Es de gran mérito, no solo gobernarse á sí mismo, sino tambien á muchos; y tanto mayor es el premio, cuanto mayor el número de gobernados.

DIFUNTOS

(CONMEMORACION DE LOS).

I.

Sancta et salubris est cogitatio pro defunctis exorare.

Es un pensamiento santo y saludable el rogar por los difuntos.

(II Machab. XII, 46.)

¡Cuán admirables son, amados hermanos mios, las instituciones de la Iglesia! ¿Qué cosa más tierna, que el enlace de las dos solemnidades que celebramos en estos dos dias? El dia de ayer consagrado á

la fiesta de los Santos, y el de hoy á la Conmemoracion de los Difuntos.

Ahí está toda la Iglesia, hermanos mios; ayer nos hacia ella entrever á los Santos, que triunfan ya en el cielo, levantando el velo que nos oculta el esplendor de que están rodeados, y la gloria que están gozando, para excitarnos á imitarles, y á merecer participar, algun dia, de su felicidad.

Hoy, la Iglesia nos hace descender á las regiones del Purgatorio; nos presenta el lamentable espectáculo de los dolores y tormentos de las almas que allí padecen, á fin de decidirnos á interceder por ellas, y obtener así, que se vean libres de sus penas, y puedan entrar en *un lugar de refrigerio, de luz y de paz.* En esta fiesta, toda la Iglesia está reunida: la Iglesia triunfante ya en el cielo; la Iglesia purgante; y nosotros, la Iglesia militante, que estamos colocados entre las otras dos, para que con nuestras obras merezcamos la recompensa prometida, y evitemos las penas del Purgatorio; y con nuestras oraciones y acciones obtengamos por nuestros hermanos la dicha de ir al cielo.

Meditemos, pues, en este dia lúgubre, hermanos mios, sobre dos reflexiones muy sencillas, que encierran todo el espíritu de esta solemnidad: la primera, las penas que las almas sufren en el Purgatorio; la segunda, los medios que tenemos de aliviarlas. Estas reflexiones formarán la materia del presente discurso; imploremos ántes, etc. A. M.

1. Digo, en primer lugar, amados hermanos mios, que las almas detenidas en el Purgatorio padecen: la justicia de Dios es rigurosa; nada impuro, nada manchado entrará nunca en la celestial Jerusalen, como nos lo dice S. Juan en el Apocalipsis. No son solamente los grandes crímenes, las grandes iniquidades, lo que está sometido á la accion de la justicia eterna; son tambien las faltas más leves, los pensamientos más veniales, al parecer, lo que es preciso expiar: este punto es incontestable, y nadie puede negarlo sin faltar á la fe. Con efecto, una falta venial, un pecado levísimo, si no se han expiado en la tierra por medio de la penitencia, nos impedirán entrar en la mansion de los escogidos; éste es para nosotros un artículo de fe. Será pues necesario, que ántes de ser admitidos en el cielo, pasemos por pruebas y penitencias que nos purifiquen y limpien enteramente á los ojos de Dios. Son muchas, en verdad, las almas que salen cada dia de esta vida en estado de gracia, porque se han reconciliado con Dios por la absolucion; más no han tenido tiempo para satisfacer completamente todas las deudas que habian contraido con la sabiduría divina por sus pecados. ¿Cuántas obras, sin haberse hecho culpables de grandes

pecados, han cometido un sin número de faltas leves, de pecados veniales, de los que no han pensado en purificarse con la penitencia? Esas son las almas que la justicia divina tiene cautivas en el Purgatorio, de donde no saldrán, hasta que estén enteramente purificadas, hasta que queden enteramente puras de sus faltas; pues nada impuro, nada empañado entrará en el reino de los cielos, en la celestial Jerusalen.

Tan rigurosa, tan perspicaz es la justicia de Dios, que descubre una mancha en donde nosotros no vemos más que inocencia y santidad; y distingue un punto oscuro allí donde nosotros admiramos la más radiante claridad. De ahí la necesidad de un lugar intermedio, entre el cielo y el infierno, á fin de que las almas, que no han merecido la reprobacion eterna, pero que, sin embargo, tienen que satisfacer muchas deudas, puedan justificarse, purificarse plenamente delante de Dios, y ser, en seguida, admitidas á gozar de lugar de refrigerio, de luz y de paz. Ved ahí, hermanos mios, lo que se entiende por Purgatorio. Existe un Purgatorio: es artículo de fe.

Las almas padecen en el Purgatorio; padecen mucho, padecen tormentos, que sobrepujan todos los de la tierra en angustias y dolores; sufren, al mismo tiempo, la pena de *daño* y la de *sentido*. En primer lugar, sufren la pena de daño, esto es, la privacion de la vista de Dios, Esta privacion no hace en nuestro ánimo una impresion tan grande como deberia, porque estamos unidos á un cuerpo, cuyo peso nos encorva sin cesar al suelo, y porque nuestra alma está en su cuerpo como encadenada en una cárcel. El alma, en cierto modo, está sujeta al poder, á las necesidades de este cuerpo mortal; pero cuando se rompen los lazos que nos retienen en esta cárcel, entónces comprendemos, que nacimos para Dios. Nuestra alma se levantará hácia él con todas sus fuerzas; se levantará hácia él, como la llama al aire, que es su esfera y alimento; se levantará hácia él, como la saeta lanzada por un brazo nervudo se precipita hácia el objeto que debe alcanzar. Ved ahí lo que percibimos á la hora de la muerte; ved ahí lo que sienten las almas del Purgatorio; ellas quisieran ir á Dios, suspiran incesantemente por Dios, conocen que solo Dios puede hacerlas felices, que solo Dios puede llenar el vacío de su corazon; y, sin embargo, tambien sienten que una fuerza invencible las detiene y las obliga á permanecer léjos de Dios. Por más que clamen con el rey David: *Quando veniam et apparebo ante faciem Dei?* Dios desecha sus oraciones y las deja gemir, pues no han expiado sus faltas. Tal es el suplicio inconcebible de daño, que las almas del Purgatorio están condenadas á sufrir.

Figuráos un hombre abrasado de sed ardiente, que ve correr á su lado un arroyo de agua pura y cristalina, al que solo tendria que acercar sus lábios para apagar su sed, pero á quien sujetan unos hombres fuertes y vigorosos, que le impiden acercarse al agua para beber su salud. Tal es el tormento de las almas del Purgatorio; es el suplicio que la antigüedad pagana habia imaginado en su Tártaro: el suplicio de Tántalo. Este tormento de las almas del Purgatorio es el deseo de ver á Dios, de ir á él: las devora una sed ardiente, la sed de ver á Dios. Suspiran por la vista de Dios con el mismo ardor, que el ciervo sediento, perseguido por los cazadores, desea el agua del manantial. Esta sed no puede satisfacerse; un brazo invencible, más fuerte que el bronce, las detiene. Figuraos, hermanos mios, un pobre niño separado de su tierna madre, á la que hubiese estado mucho tiempo sin ver, y supiera, que su madre vive, y no está muy léjos de él, que sólo le separa de ella una corta distancia. Querria verla, tenderia los brazos hácia ella; querria prodigarla las pruebas de su amor y ternura, estrecharla contra su corazon, y cumplir con ella todos los deberes de un hijo querido con la autora de sus dias; querria con igual afan disfrutar de sus caricias, calentarse á los rayos de su amor, verse reunido con su tierna madre para no dejarla más. Pero, no puede; está encadenado, y, en su desgracia, en su afliccion, no tiene otro consuelo que sus lágrimas, sus oraciones y su esperanza! Esas son las penas del alma del Purgatorio; Dios es su padre; ella quisiera verle, y está separada de él por un inmenso cáos interpuesto entre ambos. Fácilmente podeis imaginaros, hermanos mios, el rigor de tal suplicio.

La primera pena de las almas del Purgatorio es la de daño; pero tambien sufren la pena de sentido, esto es, la pena del fuego. Sí; hay fuego en el Purgatorio: ésta no es una ficcion ni exageracion para expresar y describir los tormentos de las llamas del Purgatorio. No plugo á Dios revelarnos la naturaleza de ese fuego expiatorio; pero es cierto que existe. San Pablo nos asegura, que si llegamos á salvarnos, nos salvaremos por el fuego. El fuego del Purgatorio obra en las almas, aunque estén separadas de su cuerpo, y las hace sufrir torturas y tormentos indecibles para purificarlas de sus iniquidades, y volverlas justas delante de Dios; y les causa tales martirios, que profieren, igualmente que las réprobas, esta queja lamentable: «Soy atormentada, horrorosamente atormentada en estas llamas, *crucior in hac flamma*. Luc. XVI, 24. Todos sabeis lo que es el suplicio del fuego; todos sabeis la accion de este elemento en el cuerpo del hombre; sabeis los tormentos, los dolores espantosos que nos hace sufrir.....

¡Ah! ¿cuál será, pues, la accion del fuego prevenido por la voluntad de Dios, contra unas almas perdonables, es verdad, pero que aún son deudoras á la justicia?

Ved ahí, en resúmen, lo que sufren las almas del Purgatorio; ved ahí, como pesa sobre ellas la justicia divina. Verdad es, que esas almas están seguras de su salvacion: esta es la diferencia esencial que hay de su situacion, á la de las almas hundidas en los abismos del infierno; es que en el infierno no hay esperanza. Los réprobos están condenados á padecer eternamente, sin que les sea dado poder esperar nunca el fin de sus tormentos; miéntras, por el contrario, en el Purgatorio hay almas justas y santas, que, una tras otra, subirán á la morada de los escogidos, cuyas puertas les abrirá el Altísimo.

Pero, hermanos mios, esta esperanza ofrece un término remoto, y el dia de felicidad para ellas se hace esperar mucho. Esta felicidad, por tanto tiempo diferida, los aflige en extremo; ellas se salvarán, están seguras de ello; pero ¿no habrán de permanecer aún mucho más tiempo en aquel triste lugar, privadas de la vista de Dios, objeto de sus deseos y amor, sometidas á la terrible accion del fuego vengador? ¡Ah! ¡cuán dignas son de compasion al ver retardada la hora de su salvacion!

Amados hermanos mios, las almas del Purgatorio no os son extrañas, ni indiferentes. ¿Quién de vosotros no tiene un padre, una madre, un hijo, una hija, una hermana, un hermano, un amigo, en aquel triste lugar, y quién no se conmoviera de su suerte? Nó, esas almas no os son extrañas, ni indiferentes. ¡Es tan raro entrar en el cielo inmediatamente despues de la muerte! ¡Es preciso ser tan puro, tan santo para ello! ¿Hay uno solo de vosotros, que pueda lisonjearse, de haber tenido entre sus parientes un alma tan pura, que nunca haya recaido en ella la justicia de Dios? El alma del Purgatorio, lo repito, es el alma de vuestro padre, de vuestra madre, que os criaron con tanto esmero y amor, é hicieron tantos sacrificios por vosotros; que habrian dado gustosos cuanto poseian, hasta su propia vida, para salvar la vuestra; es el alma de una esposa á quien amabais más que á vosotros mismos, cuya pérdida aún estais llorando, y que en la tierra consagró su existencia á embellecer la vuestra; es el alma de un esposo, que os proporcionó una vida tan sosegada y tranquila, sin que jamás la anublara ningun pesar; es el alma de vuestro hijo, ó de vuestra hija, á quien os arrebató una muerte temprana; es el alma de una hermana tierna, de un hermano, de un amigo fiel, que eran como una mitad de vosotros mismos. Esas son las almas que gimen, que sufren tormentos, mucho más crueles que

cuantos pudieran sufrir en las cárceles de la tierra: esas almas no pueden recurrir más que á vosotros, pues no les es dado aliviarse á sí mismas.

Las almas no tienen en el Purgatorio ningun protector, ningun amigo que pueda socorrerlas; les es imposible librarse por un solo momento de la accion terrible de la justicia de Dios. Sed caritativos, conmoveos de sus penas; ellas os tienden los brazos, y os llaman desde el fondo de aquel abismo de dolor; os dirigen aquellas lamentables palabras de Job, reducido á la posicion más triste en que puede encontrarse un mortal en la tierra: ¡Tened piedad de mí! tened piedad de mí, á lo ménos vosotros, que sois mis amigos, ya que la mano de Dios me ha castigado: *Miseremini mei, miseremini mei saltem vos, amici mei, quia manus Dei tetigit me.* La mano de Dios me ha herido cruelmente; mi llanto no le ha aplacado.

2. Vosotros, amados hermanos mios, podeis aliviar muy fácilmente á esas almas, sin que para ello hayais de imponeros un sacrificio superior á vuestras fuerzas; no es menester ningun esfuerzo extraordinario, no es necesario cruzar los mares; hacer un largo viaje; lo que se necesita son oraciones, limosnas y la comunion: esto es lo que os piden. Sí, artículo de fe, que no podemos negar sin dejar de ser católicos, es, que con nuestras oraciones podemos ser útiles á las almas que penan en el Purgatorio, y no pueden abreviar por sí mismas sus padecimientos y tormentos. Podemos aplicarles los méritos de la sangre de Nuestro Señor Jesucristo; podemos ofrecer á su intencion el sacrificio de la misa; podemos hacer derramar sobre ellas la sangre de nuestro Salvador, para purificarlas de sus pecados y apagar la sed que las devora; podemos aplicarles todas las indulgencias plenarias y parciales, que á la liberalidad de la Iglesia debemos. Tan fáciles medios están en vuestra mano, y vosotros no vacilareis en prestar á vuestros parientes y amigos el favor más señalado para romper sus cadenas, abrir las puertas de su encierro, y procurarles la felicidad de los justos. ¿Qué haríais, decidme, si vuestros padres estuviesen en la cárcel, y os fuese posible sacarles de ella, dando un solo paso? Si fuesen menester sacrificios, ¿no os los impondríais? Ahora bien: vosotros podeis salvarles de las penas más terribles con vuestras oraciones y limosnas; así podeis proporcionarles la felicidad! ¿Y no lo haríais? Nó; vosotros no dejareis suponer, que estais tan faltos de ternura, de generosidad y agradecimiento.

Sí; vosotros rogareis por las almas del Purgatorio; pensareis en ellas de dia y de noche; y rogando por ellas, os hareis una buena obra á vosotros mismos. Perpetuareis esta solemnidad para el alivio

de las almas del Purgatorio. Asistireis al sacrificio de la misa, comulgareis por los séres más queridos que en la tierra habeis tenido, y con esto estareis más seguros de no ir al Purgatorio en el dia de vuestra muerte; lo cual será un doble resultado de vuestros esfuerzos, saludable para vosotros, y provechoso para aquellos que quereis aliviar. Os purificareis de los pecados veniales, y resolvereis no esperar la muerte para hacer penitencia y aplacar la ira celeste. Os arreglareis amistosamente, digámoslo así, con vuestro acreedor, temerosos de que, al término de vuestra vida, no os obligue á pagar con demasiado rigor. Resolvereis no caer en pecado venial, pues puede decirse, que los pecados veniales son el alimento del Purgatorio. Evitadlos, pues, en cuanto quepa; estad en la firme disposicion de no resistir á la gracia; así podreis aliviar las almas del Purgatorio y librarlas de sus tormentos. Así aprovecharemos la solemnidad de este dia; así será tambien nuestra la fiesta de los Santos, que ayer celebrábamos; así recibiremos, un dia, de manos de Jesucristo, la corona de la bienaventurada inmortalidad, que yo os deseo, en nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amen.

DIFUNTOS

(CONMEMORACION DE LOS).

II.

Venit hora, et nunc est, quando mortui audient vocem Filii Dei, et qui audierint, vivent.

Viene tiempo, y estamos ya en él, en que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y aquellos que la escucháren, revivirán.

(*Joann.* v, 25.)

Hoy han oido los muertos la voz del Hijo de Dios, porque, hoy, en todo el mundo se ha ofrecido por los muertos el sacrificio solemne del cuerpo y sangre de Jesucristo. La sangre de Jesucristo tiene voz,

como la sangre de Abel, pero voz más fuerte que aquélla, voz que penetra hasta los cielos, y que se hace obedecer hasta el centro de la tierra. Sí, hermanos mios, la sangre de este Cordero sin mancha ha clamado hoy sobre nuestros áltares, y ha pedido á Dios el alivio de aquellas almas fieles, que, aunque separadas de sus cuerpos y predestinadas, no dejan de padecer y gemir con la esperanza de su felicidad. Ellas tienen aún que expiar reliquias de sus pecados; por eso, esta divina sangre dió voces, primeramente al cielo, para abogar allí á favor de estas almas que padecen; y despues hasta el lugar en que estas almas están detenidas, para anunciarles la dichosa nueva de su libertad, y decirles, que llegó la hora de salir de sus prisiones. Esto sucede en esta solemnidad más auténtica y generalmente que en ningun otro dia del año; pues éste está consagrado únicamente á la memoria de aquellas almas santas, y á las exequias públicas que les hacemos, ofreciendo por ellas el sacrificio de nuestra religion; y cualquiera de los muertos, que oiga esta voz favorable de la sangre de Jesucristo, gozará de una vida bienaventurada, porque, libre al mismo tiempo de los lazos de la culpa, entrará á poseer la herencia de los hijos de Dios, en la que hallará un principio de vida, que jamás se acabará. De esto he de hablaros, pues quiero exhortaros á socorrer las almas de vuestros hermanos difuntos, y á ejercitar con ellos vuestra caridad. Yo hallo dos clases de cristianos, que en nada contribuyen al alivio de las almas del Purgatorio: los unos, porque no se compadecen de ellas; y los otros, porque no practican medios eficaces para aliviarlas. No socorrer á las almas del Purgatorio, es una dureza tan culpable como impía é inhumana. Estar dispuesto á socorrerlas, y usar á este fin de medios ineficaces, es un desórden tan comun, como digno de llorarse en la cristiandad. Os demostraré estas dos verdades, despues de haber implorado los auxilios de la gracia. A. M.

1. Creer que hay Purgatorio, y no compadecerse de las penas que padecen las almas sentenciadas á él, es una especie de insensibilidad, que se opone y perjudica igualmente tres distintos intereses: éstos son: el interés de Dios, el de nuestros hermanos, y el nuestro propio. Portarse así, es no tener celo alguno por Dios, que, interesándose su gloria en la libertad de estas almas justas, quiere facilitársela por medio nuestro, y tiene derecho á quejarse de nosotros, cuando ve que no lo consigue: es tambien tener un corazon de bronce para con estas mismas almas, que esperan seamos sus libertadores; pues sabiendo, que Dios puso su libertad en nuestras manos, y

que el complemento de su felicidad depende, de algun modo, de nosotros, esperan con santa impaciencia, que hagamos á su favor este importante oficio. Pero principalmente portarse así, es renunciar nuestras propias utilidades, y perder muchos bienes, que, á poca costa, nos resultarian de aquí, los cuales seguramente nos produciria este ejercicio de caridad para con los difuntos. Y ¿será tal nuestra dureza, que no alcancen estos motivos para obligarnos á remediar en nosotros este desórden?

Se trata por este medio de aumentar la gloria de Dios; y puede ser, que este aumento sea uno de los mayores que puede recibir. ¿Se necesita más motivo para movernos á socorrer las almas de los difuntos? ¡Ah! cristianos; permitidme que haga aquí con vosotros una reflexion, de que confieso me hallo penetrado, y espero que vosotros lo quedareis tambien. Algunas veces, tenemos celo por Dios, pero nuestra ignorancia tan grosera como inexcusable en las cosas de Dios, hace, que no apliquemos este celo á los asuntos en que verdaderamente se interesa Dios. Por ejemplo; nos admiran los hombres apostólicos, que, inspirados del espíritu de Dios, atraviesan los mares, y van á países bárbaros á ganar en ellos almas para Dios. Pues bien; la devocion para alivio y libertad de las almas del Purgatorio es una especie de celo, que, por su objeto, no cede al de la conversion de los paganos, y aún la excede, en algun modo: porque las almas del Purgatorio, aunque santas, predestinadas y confirmadas en gracia, son incomparablemente más nobles delante de Dios, que las de los paganos; son más amadas y queridas de Dios, y son actualmente más capaces de dar gloria á Dios, que las de aquéllos. Jesucristo quiso darnos, con su ejemplo, la idea de esta devocion y afecto por las almas del Purgatorio, cuando descendió á los Infiernos: esto es, á aquella cárcel, en que las almas de los antiguos Padres estaban detenidas, segun la Escritura, para consolarlas con su presencia. Nosotros podemos imitar en esto á Jesucristo; sin bajar como el Señor á las prisiones subterráneas, podemos, á su ejemplo, libertar almas tan perfectas y santas, y haciéndolo como él, y con el fin de la gloria que puede á Dios resultar de ello, participamos (seamos del estado ó condicion que fuéremos) de este espíritu apostólico, cuyo principio fué él, y el cual quisiera yo inspiraros hoy.

Añado á esto una reflexion, aún más interesante. Muchas veces habreis oido, que las almas que padecen en el Purgatorio, están allí con grande violencia, porque están privadas de la vista de Dios; el asunto es evidente, pero puede ser, que jamás háyais comprendido, que el Purgatorio es un estado de violencia, aún para el mismo Dios,

y esto es lo que os declaro de su parte. Que la privacion ó separacion de Dios, sea estado violento para un alma justa, no me admira; pero que lo sea tambien para Dios, nos debe admirar mucho, y el interés del mismo Dios no nos permite mirarlo con indiferencia. ¿En qué consiste, pues, este estado de violencia respecto de Dios? En que ve en el Purgatorio las almas que quiere con un amor sincero, tierno y paternal, á las cuales, no obstante, no puede hacer bien alguno; ve almas llenas de mérito, santidad y virtud, y, no obstante, no puede recompensarlas todavía; y almas, que son sus escogidas y esposas, á las cuales se ve obligado á castigar y hacer padecer. ¿Hay cosa más opuesta á la inclinacion de un Dios, tan misericordioso y caritativo? Pero nosotros podemos hacer que cese esta violencia, libertando estas almas de su prision, y abriéndoles con nuestras oraciones el cielo que tienen cerrado. En él se reunirán á Dios, y Dios se unirá á ellas para siempre. Allí derramará sobre ellas todos los tesoros de su magnificencia, y allí el amor, que las tiene, obrará segun toda su extension. Miéntras están en el Purgatorio, el amor de Dios es como un torrente de delicias, que está pronto á inundarlas, pero está detenido por el obstáculo de una culpa, cuya deuda aún no está satisfecha. ¿Qué debemos hacer nosotros? Quitar el obstáculo, satisfaciendo por ellas.

Nada os digo, amados oyentes mios, del interés de las almas mismas para quienes procuro conmover hoy vuestra piedad; pues las penas que padecen, hablan bien fuertemente á su favor. Me preguntareis, ¿qué es lo que padece un alma en el Purgatorio? A lo que os respondo, que seria más fácil decir lo que no padece. Padece el más intolerable de todos los males, que es la privacion de Dios; este solo haria un Infierno del Purgatorio, si no la sostuviese la esperanza. Padece las impresiones milagrosas, pero verdaderas, de un fuego, que es para ella un segundo suplicio. Padece ella sola más, que en todos tiempos padecieron todos los mártires; y siente dolores más agudos, que los de todas las enfermedades complicadas en un mismo cuerpo. No puede haber bárbaro que dejára de conmoverse con lo que digo, si lo entendiera, y estuviera persuadido de ello, cual lo estamos nosotros. Con efecto; ¿qué seria, si Dios, en este instante, os hiciese presentes estas almas afligidas, y fuéseis testigos de sus tormentos? ¿Veriais sin piedad tantas almas justas en el triste estado á que están reducidas? ¿Quereis saber quienes son estas almas? Pero ¿podeis ignorarlo? Acercaos, y os lo diré: reconocedlas. Esta es el alma de tu padre, cuyos bienes posees; de aquel padre, digo, que se consumió por tí, y á quien debes cuanto eres; padece, quizá, por haberte

enriquecido demasiado, y espera de tu reconocimiento, que, á lo ménos, tomes ahora á tu cargo sus intereses delante de Dios. Pasa más adelante, y mira á aquel amigo, cuya memoria te deberia ser tan preciosa, y en quien puede ser no pienses ya: al presente, se halla necesitado de experimentar si tu amistad fué sincera; pues padece, y no puede ser aliviado sino por tí; ruega por él á Dios, y pondrá fin á sus penas: en una necesidad tan urgente ¿le negarás un socorro que tanto necesita, y que tan poco te puede costar?

Pero puede ser, que seas de aquellos hombres tan amantes de sí mismos, que solo atienden á su propio interés: pues, amado oyente mio, si eres de este carácter, aunque este espíritu de interés es muy ajeno de la pura y perfecta caridad, convengo y consiento en que busques tu propio interés, con tal, que lo solicites por caminos derechos, y los medios legítimos que la religion te ofrece. ¿Qué interés mayor para tí, que contribuir á libertar un alma del Purgatorio? ¡Qué gran cosa es poder decir: Un alma hay en el cielo, que me debe, en parte, su felicidad; un alma he puesto en posesion de su bienaventuranza; y un alma está obligada especialmente á rogar por mí! No tiene comparacion entre las gracias de salvacion, y aún quizá, ni entre las señales de la predestinacion. ¡Ah! hermanos mios: si Dios, por una revelacion expresa, me manifestára hoy en la gloria un alma, que yo hubiese sacado del Purgatorio, y me la señalára particularmente, ¡con qué fe no la invocaria yo! ¡Con qué confianza no recurriria á ella! ¡Y con qué fervor no la encomendaria mi eterna salvacion! Pues nosotros podemos tener este consuelo, porque si hay alguna de estas almas fieles, cuya felicidad hemos anticipado, aunque no la conozcamos, ella nos conoce á nosotros, y podemos siempre contar con un alma, que nos estará eternamente reconocida de lo que hubiéremos hecho, en algun modo, por su libertad; y de consiguiente, no nos olvidará jamás. Es, pues, seguro, que todo género de intereses nos obligan á esta devocion. Pero ved aquí otro desórden. Se tiene compasion de las almas que padecen en el Purgatorio, y se quisiera aliviarlas; pero, no obstante, no se les alivia, porque no se usan á este fin los medios convenientes y eficaces.

2. En el mundo cristiano, hay pocos, que segun los principios y reglas de la religion, tengan con los muertos una sólida y verdadera caridad; pocos, que realmente contribuyan á aliviar sus penas; pocos, que usando de los medios que nos dá á este fin la religion, les procuren los socorros que necesitan y que puedan servirles. Confieso que no deja de haber piedad para con los difuntos; pero lo que se llama piedad para con ellos, es, en unos, una piedad estéril é infructuosa, y en

otros, de ostentacion y fausto; en éstos, una piedad mundana y gentil, que no obra segun los designios de la fe; y en aquéllos, una piedad que, aún siendo cristiana, solo produce obras muertas: esto es, obras sin mérito, porque no están en estado de gracia.

Llamo piedad estéril é infructuosa para con los difuntos, la que solo consiste en vanos sentimientos, en lamentos inútiles, en exclamaciones lúgubres, en demostraciones de dolor, en torrentes de lágrimas, y en extravagancias y desesperaciones. Pues no hay cosa más comun. Los que se precian de vivir, segun las leyes del mundo, en habiendo llorado sus muertos, se dispensan de orar por ellos. ¿De qué alivio puede serle á un alma el exceso de vuestro dolor? Todos estos testimonios de una afliccion excesiva y sin término, ¿serán capaces de minorar sus penas? ¿Pensais que aquel fuego, que las purifica, y cuya viveza sienten, puede apagarse con las lágrimas de vuestros ojos? ¡Ah! hermano mio (escribia S. Ambrosio á un señor de distincion, para consolarle en la pérdida de una hermana á quien amaba entrañablemente) arreglaos hasta en vuestro dolor, y por más violento que sea, sed equitativo y cristiano. Dios os quitó una hermana, que amabais más que á vos; orad por ella y por vos; por vos, porque sois un pecador, expuesto á las tentaciones y peligros de esta vida; y por ella, á fin de libertarla de los tormentos que padece. Este es el celo que debeis tener, porque esto es lo que la puede ser útil, y de lo que eternamente os estará agradecida.

Llamo piedad de ostentacion y fausto para con los difuntos, la que se reduce á lo exterior de las exequias fúnebres, á las ceremonias de un duelo, y á todo lo que pueda brillar á los ojos de los hombres, buscando este falso esplendor, hasta en las cosas más santas, como son los oficios de la Iglesia, en los que, por lo comun, hay más pompa que religion, cuidando mucho más de observar todo lo que la ambicion humana introdujo, que de practicar lo más necesario, que es socorrer á las almas fieles con nuestros sacrificios y oraciones. No intento condenar absolutamente todas las exterioridades que se practican en los funerales; ni nuestro abuso puede impedir que, en su orígen, fuesen santas y conformes á la intencion de la Iglesia, que las instituyó; solo quiero decir, que no se ha de reducir á esto toda nuestra piedad para con los difuntos, que si nos paramos en esto, nada hacemos á su favor. Un alma en el Purgatorio, más nos agradece las buenas obras y limosnas, cuyo fruto la aplicamos, que todo el gasto y magnificencia de sus exequias; una comunion aplicada por ella, la manifiesta mejor nuestro reconocimiento, que los más ricos y soberbios mausoleos.

Llamo piedad enteramente pagana con los difuntos, á la que no teniendo más objeto que la carne y sangre, no obra segun los principios de la fe; la que solo inspira para con los difuntos sentimientos naturales poco subordinados á Dios, opuestos al gran precepto del amor de Dios, que nos manda preferirle á todo, y honrar á Dios más que á todos. Con esta piedad, que llamo pagana, dan bien á entender, que no aman las criaturas por Dios, sino, que si aman á Dios, ó recurren al Criador, solo es por las criaturas.

Pecador, que me oyes, en vano haces sufragios por las almas del Purgatorio, en vano oras é intercedes por ellas, en vano das limosnas á los pobres, y en vano practicas por ellas todo lo que el fervor de una devocion particular puede inspirarte, si te hallas en desgracia con Dios, pues estas almas, que padecen, jamás experimentarán con ello algun alivio. Miéntras Dios te mire como enemigo suyo, tus oraciones no son admitidas, todas tus limosnas se pierden; porque el pecado con que está gravada tu conciencia, destruye la virtud de todas tus buenas obras. ¿Cómo puede ser, que lo que haces, sea de algun valor para estas almas santas, cuando es de ningun precio para tí? Socorrer un alma en el Purgatorio es cederla el fruto de las buenas obras que practicas: luego, tus buenas obras en el estado de culpa tendrian delante de Dios algun mérito, si pudieses aliviarlas con ellas: pero es de fe, que no le tienen; porque, sin la gracia y sin la caridad, son obras muertas, que carecen del principio de la vida: y siendo muertas para tí, que las haces, no es de admirar, que lo sean mucho más para los otros por quienes las aplicas.

No obstante, exceptuo de esta regla el sacrificio de la Misa, porque su valor no depende de la santidad del que le ofrece, y mucho ménos, del que le hace ofrecer, sino que únicamente está ligado á la persona de Jesucristo y al precio de su sangre: de lo que se infiere, que un pecador, en el estado mismo de su culpa, puede contribuir al descanso de las almas del Purgatorio, haciendo ofrecer por ellas este sacrificio, entre cuyas principales propiedades es una, ser excelentemente propiciatorio por vivos y muertos. En cuanto á lo demás, es siempre cierto, que obrando el pecador por sí mismo, nada puede hacer que sea útil á los muertos; y este es el fundameto de una devocion tan autorizada hoy, y tan solemne en la Iglesia de Dios, que consiste en purificarse por el sacramento de la Penitencia, y participacion del cuerpo de Jesucristo, para disponerse á socorrer útil y seguramente á las almas del Purgatorio. Esto es, amados oyentes mios, lo que Dios os pide hoy. Lavaos. pues, y Purificaos; lavaos en las aguas de la Penitencia, y purificaos con la sangre del Cordero. Y despues, defended la causa de esas almas por las cuales os interesais, que entónces Dios aceptará vuestros sacrificios, y se aplacará con vuestros ruegos. Por este medio le glorificaremos, consolaremos á nuestros hermanos en su afliccion, alcanzaremos para nosotros las más abundantes gracias de salvacion, que nos conducirán á la vida eterna, que es la que á todos os deseo.

Véase: PURGATORIO.

DILIGENCIA.

Quodcumque facere potest manus tua, instanter operare.

Todo el bien que pudieres hacer, hazlo sin pérdida de tiempo.

(Eccles. IX, 10.

El negocio que más importa al hombre es aquel, cuya ganancia ó pérdida es para él de mayores consecuencias. Tal es, amados oyentes, el negocio de nuestra salvacion. Se trata de todo para el cuerpo y para el alma; para el tiempo y para la eternidad. Si logramos salvarnos, lo hemos ganado todo, bienes, placeres, honores, que sobrepujan nuestros pensamiestos y nuestros deseos, y que el hombre, que llega á adquirirlos, no los puede comprender, ni siquiera imaginar. Pero si no conseguimos nuestra salvacion, ¡ay! todo lo habremos perdido! nuestra alma, rescatada con la preciosa sangre de Jesucristo, el sumo bien, para el cual fuimos criados; y perdiéndolo, nos habremos acarreado males eternos.

No obstante, al ver la conducta de la mayor parte de los hombres, ¿no se diria, que su salvacion es más una bagatela, que un negocio de trascendencia? ¿Qué se hace por la salvacion del alma, desde la mañana hasta la noche, desde el principio, hasta el fin del año, desde la

Llamo piedad enteramente pagana con los difuntos, á la que no teniendo más objeto que la carne y sangre, no obra segun los principios de la fe; la que solo inspira para con los difuntos sentimientos naturales poco subordinados á Dios, opuestos al gran precepto del amor de Dios, que nos manda preferirle á todo, y honrar á Dios más que á todos. Con esta piedad, que llamo pagana, dan bien á entender, que no aman las criaturas por Dios, sino, que si aman á Dios, ó recurren al Criador, solo es por las criaturas.

Pecador, que me oyes, en vano haces sufragios por las almas del Purgatorio, en vano oras é intercedes por ellas, en vano das limosnas á los pobres, y en vano practicas por ellas todo lo que el fervor de una devocion particular puede inspirarte, si te hallas en desgracia con Dios, pues estas almas, que padecen, jamás experimentarán con ello algun alivio. Miéntras Dios te mire como enemigo suyo, tus oraciones no son admitidas, todas tus limosnas se pierden; porque el pecado con que está gravada tu conciencia, destruye la virtud de todas tus buenas obras. ¿Cómo puede ser, que lo que haces, sea de algun valor para estas almas santas, cuando es de ningun precio para tí? Socorrer un alma en el Purgatorio es cederla el fruto de las buenas obras que practicas: luego, tus buenas obras en el estado de culpa tendrian delante de Dios algun mérito, si pudieses aliviarlas con ellas: pero es de fe, que no le tienen; porque, sin la gracia y sin la caridad, son obras muertas, que carecen del principio de la vida: y siendo muertas para tí, que las haces, no es de admirar, que lo sean mucho más para los otros por quienes las aplicas.

No obstante, exceptuo de esta regla el sacrificio de la Misa, porque su valor no depende de la santidad del que le ofrece, y mucho ménos, del que le hace ofrecer, sino que únicamente está ligado á la persona de Jesucristo y al precio de su sangre: de lo que se infiere, que un pecador, en el estado mismo de su culpa, puede contribuir al descanso de las almas del Purgatorio, haciendo ofrecer por ellas este sacrificio, entre cuyas principales propiedades es una, ser excelentemente propiciatorio por vivos y muertos. En cuanto á lo demás, es siempre cierto, que obrando el pecador por sí mismo, nada puede hacer que sea útil á los muertos; y este es el fundameto de una devocion tan autorizada hoy, y tan solemne en la Iglesia de Dios, que consiste en purificarse por el sacramento de la Penitencia, y participacion del cuerpo de Jesucristo, para disponerse á socorrer útil y seguramente á las almas del Purgatorio. Esto es, amados oyentes mios, lo que Dios os pide hoy. Lavaos. pues, y Purificaos; lavaos en las aguas de la Penitencia, y purificaos con la sangre del Cordero. Y despues, defended la causa de esas almas por las cuales os interesais, que entónces Dios aceptará vuestros sacrificios, y se aplacará con vuestros ruegos. Por este medio le glorificaremos, consolaremos á nuestros hermanos en su afliccion, alcanzaremos para nosotros las más abundantes gracias de salvacion, que nos conducirán á la vida eterna, que es la que á todos os deseo.

Véase: PURGATORIO.

DILIGENCIA.

Quodcumque facere potest manus tua, instanter operare.

Todo el bien que pudieres hacer, hazlo sin pérdida de tiempo.

(Eccles. IX, 10.

El negocio que más importa al hombre es aquel, cuya ganancia ó pérdida es para él de mayores consecuencias. Tal es, amados oyentes, el negocio de nuestra salvacion. Se trata de todo para el cuerpo y para el alma; para el tiempo y para la eternidad. Si logramos salvarnos, lo hemos ganado todo, bienes, placeres, honores, que sobrepujan nuestros pensamiestos y nuestros deseos, y que el hombre, que llega á adquirirlos, no los puede comprender, ni siquiera imaginar. Pero si no conseguimos nuestra salvacion, ¡ay! todo lo habremos perdido! nuestra alma, rescatada con la preciosa sangre de Jesucristo, el sumo bien, para el cual fuimos criados; y perdiéndolo, nos habremos acarreado males eternos.

No obstante, al ver la conducta de la mayor parte de los hombres, ¿no se diria, que su salvacion es más una bagatela, que un negocio de trascendencia? ¿Qué se hace por la salvacion del alma, desde la mañana hasta la noche, desde el principio, hasta el fin del año, desde la

juventud, hasta la vejez? Vosotros lo sabeis y lo veis mejor que yo: no hay negocio más abandonado que la salvacion del alma. El que posee un campo, va á verlo muchas veces; el que tiene una viña, la cultiva todo el año; si se sostiene un pleito ú otro negocio de esta naturaleza, se piensa en él dia y noche: solo de la pobre alma no se tiene cuidado alguno. Todos dicen y repiten, que para salvarnos, envió Dios su Hijo al mundo; no obstante, somos tan infelices, que miramos con la mayor indiferencia lo que es el objeto de la Encarnacion, de la pasion y muerte del Salvador. ¡Dios mio! qué espantosa ceguedad es la nuestra! Somos activos y vigilantes para las cosas de la tierra, y solo para las necesidades del alma somos perezosos é inaplicados. Salgamos, amados oyentes, salgamos de una vez de semejante estado: ya es tiempo de trabajar con la mayor deligencia por nuestra salvacion; y ved aquí lo que me propongo demostraros. Ayudadme á implorar los auxilios necesarios. A. M

1. La salvacion de nuestra alma es nuestro único negocio. Una sola tenemos, y lo único que debemos hacer, es salvarla. *Salva animam tuam:* Gen. xix, 17; dijo á Lot el ángel del Señor, para obligarle á salir pronto de Sodoma, que iba á ser destruida. Lo propio os digo, á fin de que no llegueis á perecer entre la corrupcion del mundo, de la cual Sodoma era figura. Hermanos mios, salvaos. Si tuvieres dos almas, podriais arriesgar una, para satisfacer vuestras pasiones, y gozar de los placeres criminales; pero no teneis sino una. Si la perdeis, todo está perdido para vosotros; trabajad, pues, para salvarla. Esta era la conducta del real profeta, como nos lo enseña él mismo: *Anima mea in manibus meis semper* Psalm. cxviii, 109. La salvacion era el preferente objeto de sus cuidados: nunca la perdia de memoria, de dia y de noche, dando órdenes para el gobierno de su reino, ó cuando era necesario tomar algun descanso, siempre tenia presente la necesidad de trabajar para su salvacion. Tal debe ser nuestra disposicion.

Nunca nos anticiparemos demasiado en cuidar de este negocio. Padres y madres, decidlo con frecuencia á vuestros hijos, á fin de que abracen desde luego el camino de la virtud. Hijo mio, dice el Sábio: Eccles. xii, 1; acuérdate de tu Criador en los dias de tu juventud, ántes que con la vejez venga el tiempo de la afliccion, y se lleguen aquellos años, en los cuales ya casi no podrás hacer nada. Esta es la advertencia que el Sábio hace á los jóvenes, y ved aquí lo que S. Pablo nos hace á todos: *Hoc itaque dico fratres:* I Cor. vii, 29. Escuchad la moral que tengo que predicaros; el tiempo de la vida es corto, y siempre más corto de lo que pensais; ya habeis dejado pasar mucho; aprovechaos del que os resta: es tiempo, de que los que están empeñados en el matrimonio, vivan como si no lo estuvieran: es tiempo, de que los ricos y poderosos del mundo desembaracen sus corazones de esa prosperidad y de esa abundancia que los rodea; porque la figura de este mundo pasa. Este mundo es como un teatro, en donde se aparece y desaparece casi al mismo tiempo: así: no hay que perder tiempo, aprovechémoslo con un religioso ahorro, pues que todos sus momentos son tan preciosos, que pueden merecérnos una felicidad eterna; y si ya hemos desperdiciado demasiado, apresurémonos, mis hermanos, apresurémonos á pedir perdon á Dios, entretanto que la puerta de su misericordia está abierta; porque no hallaremos en la otra vida las gracias que hubiéremos menospreciado en ésta. Marchad, nos dice Jesucristo, interin que teneis luz; porque se acerca la noche, en la que ya no podreis hacer nada. Haced prontamente todo el bien que pudiéreis, puesto que ni obra, ni pensamiento, ni sabiduría, ni ciencia ha lugar en el sepulcro, hácia el cual vais corriendo, nos dice el Sábio. Eccles. ix, 10.

2. Trabajad en vuestra salvacion con aplicacion y cuidado: *Custodite, igitur, solicite animas vestras.* Deut. iv, 15. Esta advertencia no os es ménos necesaria que lo era á los israelitas, á quienes Moisés la hizo: no teneis menor motivo de temor que ellos. Este mundo está todo lleno de escollos y de ocasiones peligrosas; á cada paso que damos, estamos en peligro de perdernos por toda una eternidad. Tenemos que combatir contra terribles enemigos, que solo buscan nuestra pérdida. El camino que conduce á la vida eterna es estrecho, y hay pocos que lo hallen, ménos que entren en él, y poquísimos, que habiendo entrado, perseveren hasta el fin. ¡Cuántos réprobos se han engañado! Porque hay un camino que parece recto al hombre, cuyo fin, no obstante, conduce á la muerte. Todo esto debe empeñarnos en velar sobre nosotros mismos, y en obrar nuestra salvacion con temor y temblor. Tengamos, á lo ménos, tanto celo por la salvacion de nuestra alma, como tenemos por la salud de nuestro cuerpo: apenas sentimos nuestra salud un poco alterada, cuando estamos inquietos, cuidadosos y atentos á sus necesidades, y luego recurrimos á los remedios y á los médicos. ¿Y qué no hacemos por un cuerpo, que no puede tardar en podrirse en la tierra? Y por esta alma, que es inmortal ¿qué haceis? La dejais desfallecer años enteros en el estado de pecado, sin tratar de sacarla de él. Aún más; cuando pudieseis asegurar, que no abandonais enteramente el negocio de vuestra salvacion, ¿esto basta? Nó.

Trabajad en él continuamente. Dios no coronará sino al que hubiere combatido legítimamente, y hasta el fin: es preciso, pues, que nos apliquemos de contínuo á nuestra salvacion. ¿Y qué? rehusaremos hacer por nuestra alma, lo que vemos hacer todos los dias por cosas de tan poca consecuencia? Un hombre gana su vida en la pesca: tiene siempre sus ojos clavados en su sedal ó en sus redes. Un pastor, está siempre con cuidado para que, durante su sueño, no se eche el lobo sobre su rebaño. Un mercader, está continuamente ocupado de su negocio; sufre por verlo florecer casi tanto como sufria un S. Pablo por la Iglesia. ¿Es preciso, para hacer fortuna, emprender largos y penosos viajes? los emprende. ¿Es necesario exponer su vida al mar, y padecer las fatigas de una peligrosa navegacion? lo hace. ¿Hay necesidad de exponerse al riesgo de ser despojado por los ladrones? se expone. ¿Es necesario levantarse temprano y acostarse tarde? se priva del sueño; y en fin, ¿de cuántas inquietudes no está acompañado su negocio? Y todo esto ¿por qué? Por adquirir bienes corruptibles y perecederos. ¡Ah! si se toman tantos trabajos por cosas de no nada, ¿qué no debemos hacer por aquella corona inmortal, que nos está reservada en el cielo?

Ahora reflexionemos un momento sobre nosotros mismos. ¡Qué extraña consternacion no será la nuestra, al fin de nuestros dias, en aquellos momentos, que median entre el tiempo que va á acabar, y la eternidad que va á comenzar, si nos hallamos entónces, sin haber pensado sériamente en nuestra salvacion! Consideraos, mis hermanos, sobre la tierra, entre el cielo y el infierno: en el infierno hay males infinitos, que os podeis atraer por un solo pecado mortal: en el cielo hay bienes inmensos, que podeis merecer por la práctica de la virtud: de la tierra podeis subir al cielo ó bajar al infierno. Ved lo que teneis que hacer: estais á la entrada de dos caminos, de los cuales uno, sembrado de flores, conduce al precipicio; y el otro, lleno de espinas, conduce á la gloria: escoged. ¡Qué consuelo para vosotros en la hora de la muerte, cuando despues de haber marchado por la senda de la virtud, viereis al fin de vuestra carrera, abrirse el cielo para recibiros! Mas tambien, ¡qué desconsuelo, cuando al fin de aquellos caminos agradables del vicio y de las pasiones criminales, viereis abrirse el infierno para tragaros! Clamareis entónces, pero demasiado tarde: yo he hecho mi negocio de todo lo que no lo era: mundo, tú me has seducido: criaturas, vosotras me habeis engañado; ¿de qué me servireis por toda la eternidad? Vosotros sois causa de mi desdicha y de mi pérdida.

Sacudid, pues, la pereza, aplicaos, desde luego, al negocio de

vuestra salvacion. *Hodie*, os diré con el real Profeta, *hodie si vocem ejus audieritis, nolite obdurare corda vestra.* PSALM. XCIV, 8. Si hoy habeis oido la verdad, y si lo que acabo de predicaros es la verdad, como no lo dudais; ¡ah! cristianos, no endurezcais vuestros corazones! *Hodie:* hoy, sin esperar más, tomad la resolucion de trabajar de veras en vuestra salvacion. *Hodie:* ved aquí, mis hermanos, la duracion de esta vida; ¡ay, qué corta que es! No es sino un dia, y este dia os es dado para ganar una bienaventuranza eterna. Es muy corto, es cierto, pero basta, si se emplea bien; sí, basta para ganar el cielo. ¡Dichoso para siempre aquel que sabe aprovecharlo! pero ¡desdichado para toda una eternidad el que lo emplea mal! pues que este dia es único, y todo depende de él. Aprovechaos de este dia que Dios os concede para salvaros, y no olvideis nunca, que la vida más larga no es, delante de Dios, sino como el dia de ayer, que ya se pasó. Es cierto, que nuestros años, entretanto que se pasan, parecen un poco largos al entendimiento humano, que solo mide el tiempo, sin pensar en la eternidad; pero considerados delante de Dios, son nada. No obstante, este nada de vida, siendo bien aprovechado para la salvacion, puede ser de tan gran precio, que si usamos bien de él, producirá en nosotros un precio eterno de gloria.

Véase: SALVACION,—FERVOR,—DEVOCION.

ÍNDICE

DE LOS

SERMONES CONTINUADOS EN ESTE TOMO,

Y DE LAS PRINCIPALES MATERIAS DE CADA UNO (*).

Pág.

Confesion general. *(Su necesidad y su utilidad.)* **VIII.** 7
1. La Confesion general no conviene á los perfectos. 9
2. Es útil á los tibios. 10
3. Es necesaria á los relajados. 12
Confesion general. *(Modo de hacer la)* **IX.** 15
1. El que trate de hacer Confesion general ha de practicar un exámen exacto.. 16
2. Ha de formar una resolucion eficaz de convertirse. 20
Confesion. *(Callar pecados por vergüenza.)* **X.** 23
1. Es necedad callar los pecados por el temor servil á Dios. 24
2. Es necedad callarlos por respeto al Confesor, por la gravedad de la culpa, y por la estimacion de sí mismo. 27
Confesion. *(Frecuencia de la)* **XI.** 32
1. La Confesion frecuente es de la mayor importancia para los pecadores. 32
2. Es tambien muy importante para los justos. 35
Divisiones. 37
Pasajes de la Sagrada Escritura. 38
Figuras de la Sagrada Escritura. 39
Autoridades de los Santos Padres. 41
Confesion de la fe. 44
1. Debemos estar siempre prontos á confesar la fe que profesamos. . 45
2. Debemos denunciar los pecados contra la fe.. 47

(*) Cada epígrafe es un extracto de la materia que contienen los párrafos de cada uno de los Sermones, señalados con el número que lleva dicho epígrafe.

Pág.

Division. 49
Confianza en Dios. 49
1. Nuestra confianza es un tributo debido á Dios. 50
2. Es el fundamento de nuestra felicidad. 53
Confianza *(Falsa).* 55
1. Locura de la falsa confianza. 56
2. La falsa confianza es injuriosa á Dios. 59
Planes sobre el mismo asunto. 62
Divisiones. 63
Pasajes de la Sagrada Escritura. 64
Figuras de la Sagrada Escritura. 65
Sentencias de los santos Padres. 66
Confirmacion. 68
1. El sacramento de la Confirmacion ha sido instituido para darnos la fortaleza de profesar nuestra fe. 69
2. Porque motivo algunos, que han recibido este sacramento, no poseen el don de fortaleza.. 72
Confirmacion. *(Su naturaleza y sus elementos.)* 75
1. Naturaleza del sacramento de la Confirmacion. 76
2. Sus elementos.. 77
Confirmacion. *(Disposiciones, efectos, ceremonias, sus ventajas sociales.).* 79
1. Disposiciones para la Confirmacion.. 79
2. Frutos que produce. 80
3. Ceremonias de la Confirmacion. 81
4. Sus ventajas. 81
Confirmacion. *(Exhortacion para disponer á los niños, que han de recibirla.)* 83
Divisiones. 86
Pasajes de la Sagrada Escritura. 86
Figuras de la Sagrada Escritura. 87
Sentencias de los santos Padres. 87
Dones del Espíritu Santo, que se nos comunican por el sacramento de la Confirmacion. 90
Conformidad con la voluntad de Dios. 92
1. Causas de nuestra resistencia á la voluntad divina. 93
2. Utilidades de la sumision á la voluntad divina.. 97
Planes sobre el mismo asunto. 101
Divisiones. 102
Pasajes de la Sagrada Escritura. 102
Figuras de la Sagrada Escritura. 103
Sentencias de los santos Padres. 104
Confusion de los buenos con los malos. 105
1. Los buenos sirven para la salvacion ó condenacion de los malos. . 106
2. Los malos sirven para instruccion ó mérito de los justos. 109
Conocimiento de sí mismo. 114
1. ¿Quiénes somos? 114
2. ¿De dónde venimos? 116
3. ¿En dónde estamos?. 117

Pág.

4. ¿A dónde vamos? 118
Consejo. 120
1. Necesidad de oir y seguir consejos y pareceres agenos. 121
2. Cualidades de aquellos á quienes debemos pedir consejo. 123
Planes sobre el mismo asunto. 125
Divisiones. 126
Pasajes de la Sagrada Escritura. 127
Figuras de la Sagrada Escritura. 128
Sentencias de los santos Padres. 128
Consuelos. 129
1. Debemos buscar los consuelos en Dios. 130
2. Sobre quienes derrama el Señor sus consuelos. 133
Consuelos de la religion en las personas que amamos. 135
1. No hay consuelo para el incrédulo á quien la muerte arrebata los objetos de su cariño. 136
2. Consuelos que nos ofrece la fe en la muerte de las personas que amamos. 138
Planes sobre el mismo asunto. 141
Divisiones. 142
Pasajes de la Sagrada Escritura. 142
Figuras de la Sagrada Escritura. 143
Sentencias de los Santos Padres. 143
Conversaciones. 144
1. Defectos contrarios á la discrecion en nuestras conversaciones. . . 145
2. Defectos que se oponen á que la conversacion sea agradable. . . . 148
Divisiones. 151
Pasajes de la Sagrada Escritura. 152
Sentencias de los santos Padres. 153
Conversion á Dios.—Plática. 155
1. Debemos ser apóstoles por nuestra conducta. 155
2. Debemos convertirnos á Dios completamente. 157
Conversion diferida. 159
1. Pretextos que el pecador opone por parte de Dios. 160
2. Pretextos que el pecador opone por parte de sí mismo. 163
Divisiones. 166
Pasajes de la Sagrada Escritura. 168
Figuras de la Sagrada Escritura. 169
Sentencias de los santos Padres. 170
Correccion fraterna. I. 172
1. Debemos evitar, por medio de caritativos avisos, los pecados de nuestros hermanos. 173
2. El precepto de la correccion no admite excusa. 175
Correccion fraterna. (*Cómo debe practicarse la*) **II**. 178
1. El que corrige debe mostrarse animado del espíritu de verdadera caridad. 179
2. Cómo debe practicarse la correccion. 180
Planes sobre el mismo asunto. 183
Divisiones. 184

Pág.

Pasajes de la Sagrada Escritura. 185
Figuras de la Sagrada Escritura. 186
Sentencias de los santos Padres. 187
Creacion. 189
1. Materiales de la creacion. 190
2. Disposicion general de la creacion. 193
Criados. (*Sus obligaciones para con sus amos.*). 197
1. Primera obligacion de los criados: vigilancia fiel con la guarda fiel de los bienes de sus amos. 199
2. Segunda obligacion: obediencia á sus amos. 201
Divisiones. 205
Pasajes de la Sagrada Escritura. 205
Figuras de la Sagrada Escritura. 206
Sentencias de los santos Padres. 206
Cristiano. (*Cuán gran beneficio es el ser cristiano.*) **I**. 208
1. Nuestro más grande honor consiste en ser cristiano. 209
2. La dignidad de cristiano es una inagotable fuente de consuelos . . 212
Cristiano. (*Dignidad y deberes del*) **II**. 214
1. Dignidad del Cristiano. 214
2. Deberes del Cristiano. 216
Cristianos primitivos. 220
1. Vida de los primeros Cristianos en sus relaciones con Dios. . . . 221
2. En sus relaciones con el prójimo. 224
3. En sus relaciones con los infieles. 228
Divisiones. 230
Pasajes de la Sagrada Escritura. 231
Figuras de la Sagrada Escritura. 232
Sentencias de los santos Padres. 232
Cruz (*Señal de la*). 234
1. La señal de la cruz es dignísima de nuestros respetos. 235
2. Es muy saludable. 238
3. Nuestros deberes respecto á esta señal. 239
Cuaresma (*Conducta del alma cristiana en tiempo de*). 241
1. La Cuaresma es un tiempo destinado al retiro. 242
2. A la predicacion y al ayuno. 243
3. A la confesion y la limosna. 245
Divisiones. 247
Culto (*Necesidad de un culto.*) **I**. 248
1. Necesidad de un culto. 249
2. Objeciones. 250
Culto externo II. 254
1. Necesidad del culto externo. 255
2. Efectos de este culto. 256
Culto doméstico. III. 259
1. Siempre se ha tributado á Dios culto doméstico. 260
2. Jesucristo perfeccionó este culto. 264
Culto público. IV. 269
1. El culto público es necesario. 271

Pág.

2. El culto público es obligatorio. 372
Culto interno y externo. V. 276
1. Necesidad del culto. 277
2. Inutilidad del culto externo sin el culto interno. 282
Culto de los Santos. 286
1. El culto de los Santos es sobremanera razonable. 286
2. Es un culto eminentemente consolador. 288
3. En qué consiste este culto. 289
Culto y clero. 290
1. Orígen de los diezmos y primicias. 291
2. Necesidad de sostener el culto y clero. 293
Curiosidad. 296
1. La curiosidad es perjudicial á la fe. 297
2. Es perniciosa á las buenas costumbres. 301
Planes sobre el mismo asunto. 307
Pasajes de la Sagrada Escritura. 309
Figuras de la Sagrada Escritura. 310
Sentencias de los santos Padres. 311
Deberes para con Dios. 312
1. Culto externo. 312
2. Culto interno. 313
3. Culto público. 315
Deberes del hombre para consigo mismo. 316
1. Deberes para con el alma. 316
2. Deberes para con el prójimo. 318
Deberes para con el prójimo. 319
1. Deberes para con la sociedad en general. 320
2. Deberes para con la familia. 321
Deberes para con la sociedad. 323
1. El Evangelio nos enseña cuales son nuestros deberes para con la sociedad. 324
2. El Evangelio nos facilita el cumplimiento de estos deberes. . . . 327
Decálogo. 330
1. Todos estamos obligados á observar los mandamientos del Decálogo. 331
2. Galardon prometido á los que los guardan. 333
Dedicacion de un templo. 335
1. Respeto que se debe á las iglesias. 336
2. Amor que se debe á las iglesias. 339
Pasajes de la Sagrada Escritura. 341
Figuras de la Sagrada Escritura. 342
Sentencias de los santos Padres. 343
Defectos. 345
1. Clasificacion de los defectos y necesidad de conocerlos. 346
2. Principios de los defectos morales y su filiacion. 348
Defectos del prójimo. 352
1. No podemos publicar los defectos del prójimo. 353
2. Publicándolos, debemos reparar el mal ocasionado. 355

Pág.

Demonio. I. 357
1. Malicia del demonio. 358
2. Sus artes y trazas. 360
Demonio. II. 363
1. Esfuerzos que hace el demonio para perdernos. 364
2. Medios para inutilizar sus esfuerzos. 367
Demonología. 368
1. Enseñanza católica sobre los demonios. 369
2. Potestad de arrojar los demonios. 372
3. Regla segura para no equivocarse cuando se trata de mágicas, hechiceras, etc. 376
Divisiones. 380
Pasajes de la Sagrada Escritura. 381
Figuras de la Sagrada Escritura. 382
Sentencias de los santos Padres. 383
Desafío. 384
1. El desafío es, en su principio, una costumbre impía. 385
2. Es una costumbre ridícula en sus motivos. 387
3. Es una costumbre bárbara en sus resultados. 389
Desapego. 390
1. Siendo degradadas las criaturas, el cristiano debe tratarlas con moderacion. 391
2. Siendo seductoras, el cristiano debe resistir á sus seducciones. . . 393
Divisiones. 396
Pasajes de la Sagrada Escritura. 397
Figuras de la Sagrada Escritura. 398
Sentencias de los santos Padres. 399
Desconfianza. 400
1. Motivos de confianza en la bondad y misericordia de Dios. 401
2. Tenemos un fiador omnipotente empeñado en salvarnos. 403
Divisiones. 406
Deseos (*Malos*). 408
1. Dios condena los malos deseos. 408
2. Cuando son culpables los malos deseos. 410
Deshonestidad. 412
1. Este vicio es castigado con penas corporales. 413
2. Con penas espirituales. 417
3. Con penas eternas. 419
Divisiones. 421
Desigualdad. 422
1. Desigualdad en el órden divino. 423
2. Progreso moral. 428
Deudas. 431
1. Quien debe, y no paga, pudiendo hacerlo, peca. 432
2. Solo pagando, se justifica el cristiano. 434
Devocion (*La verdadera y falsa*) **I.** 436
1. Falsa devocion de los pecadores. 438
2. Verdadera devocion de los justos. 441

Pág.

Devocion (*La verdadera y falsa*) **II**. 448
1. Perfeccion cristiana. 449
2. Piedad verdadera. 451
Divisiones. 453
Pasajes de la Sagrada Escritura. 453
Figuras de la Sagrada Escritura. 454
Sentencias de los santos Padres. 455
Dignidades. 457
1. A las grandes dignidades están unidas grandes obligaciones. . . . 457
2. Cuánta mayor es la dignidad, más hondas huellas deja su ejemplo. 459
Pasajes de la Sagrada Escritura. 461
Figuras de la Sagrada Escritura. 462
Sentencias de los santos Padres. 463
Difuntos (*Conmemoracion de los*) **I**. 464
1. Penas que sufren las almas en el Purgatorio. 465
2. Medios que tenemos de aliviarlas. 469
Difuntos (*Conmemoracion de los*) **II**. 471
1. Dureza impía de los que no socorren á las almas del Purgatorio. . . 472
2. Desórden de los que para socorrerlas, se sirven de medios ineficaces. 475
Diligencia. 478
1. La salvacion de nuestra alma es nuestro único negocio. 479
2. Debemos trabajar en ella continuamente, con aplicacion y cuidado. 480

FIN DEL ÍNDICE.

CAPILLA ALFONSINA
U. A. N. L.

Esta publicación deberá ser devuelta antes de la última fecha abajo indicada.

BV4217
T4
v.4
1871-93 45168

AUTOR